Alcide D´Orbigny

Viaje a la América Meridional

Tomo II

Alcide Dessalines d'Orbigny, nació el 6 de septiembre de 1802 en Couëron, cerca de Nantes. Desde muy joven, cuando vivía al borde del mar en la ciudad de La Rochelle, d'Orbigny comienza a interesarse en los moluscos y los cefalópodos microscópicos. Publica entonces sus primeros estudios, los cuales llaman la atención del Museo de Historia Natural de París, institución prestigiosa a la que ingresa en 1824. A los 23 años, poco antes de embarcarse hacia América, crea una nueva disciplina: la micropaleontología. Consciente de las acusaciones de impostura que se hacían a cierta literatura científica, d'Orbigny se propuso escribir un texto de gran rigor científico sustentado en una completa y rica colección de muestras. Este objetivo está anunciado desde las primeras páginas de su obra, la que será, según advierte, "lectura para el hombre grave que busca distraerse de sus estudios y para el sabio, siempre ávido de aumentar el conjunto de sus conocimientos". Impulsado por una energía y una pasión inagotables, Alcide d'Orbigny, joven y apasionado como era, no escatimó esfuerzos y logró reunir, en cerca de ocho años, una impresionante serie de ilustraciones, de mapas,

(Continúa en la solapa posterior)

Alcide D'Orbigny

Viaje a la América Meridional

Alcide d'Orbigny

Viaje a la América Meridional

Brasil - República del Uruguay - República Argentina - La Patagonia
República de Chile - República de Bolivia - República del Perú

Realizado de 1826 a 1833

Tomo II

Liberté • Égalité • Fraternité
RÉPUBLIQUE FRANÇAISE
AMBASSADE DE FRANCE EN BOLIVIE

plural EDITORES

IFEA

IRD
Institut de recherche pour le développement

Título del original francés:
Voyage dans l'Amérique Méridionale

Primera edición:
Editorial Futuro, Buenos Aires, 1945.

Versión directa de:
Alfredo Cepeda, revisada para la presente edición por
Edgardo Rivera Martínez y Anne-Marie Brougère.

Segunda edición, agosto de 2002,
año del bicentenario de Alcide d'Orbigny.

Publicado bajo el auspicio de la Embajada de Francia en Bolivia,
el Instituto de Investigación para el Desarrollo IRD y TotalFinaElf.

Esta obra corresponde al tomo 154 de la colección:
"Travaux de l'Institut Français d'Études Andines". (ISSN 0768-424X).

La presente edición ha sido revisada por René D. Arze Aguirre
y corregida por Alvaro Cuellar.

Las ilustraciones fueron obtenidas de la edición original en francés perteneciente
a la Biblioteca y Archivo Histórico del H. Congreso Nacional de Bolivia.

© Instituto Francés de Estudios Andinos, Plural editores, 2002.
Tomo II: ISBN 99905-64-50-7
D.L. 4-1-1164-02

Producción:
Plural editores
c. Rosendo Gutiérrez 595 esq. Ecuador
Tel. / Fax 2411018, casilla postal 5097,
La Paz, Bolivia

Impreso en Bolivia

CAPÍTULO XIII

Vistazo histórico a Buenos Aires y estadía en esa ciudad

Vistazo a la historia de Buenos Aires

Antes de referirme a los acontecimientos políticos que desfilaron ante mis ojos durante mi estadía en Buenos Aires, creo necesario hacer conocer esa ciudad desde el punto de vista histórico, lo que podrá aclarar a mis lectores las causas de los movimientos políticos que suelen producirse diariamente en el seno de esta desdichada República Argentina, que, en 1824, parecía rivalizar con nuestras antiguas ciudades por los establecimientos de todo género destinados a formar una generación culta, y que ha caído, de golpe, del despotismo en la anarquía.

1828
Buenos Aires

Algunos años después del descubrimiento de la costa del Brasil por los hermanos Pinzón, uno de ellos, don Vicente Yáñez Pinzón[1], descubrió el Plata, en 1509, acompañado de Juan Díaz de Solís[2], es decir, siguiendo las costas, hasta el 40° sur, reconoció una ancha interrupción que, siete años después, Solís volvió a ver solo y llamó Río de Solís, nombre que reemplazó al de *Paraná Guazú*, dado por los guaraníes, y que fue, después de una expedición mandada

1 Todos estos datos fueron extraídos de antiguos autores españoles y franceses, tales como Herrera (Décadas), Charlevoix, Padre Lozano, etc.; y para la historia más moderna, hasta 1810, de Funes: *Historia del Paraguay*.

2 La información de D'Orbigny no coincide con las actuales investigaciones. Eduardo Madero y José Toribio Medina han demostrado que una expedición proyectada antes –a la

por Gaboto, cambiado por el de *Río de la Plata*. La primera expedición al Plata no dejó ninguna colonia. La segunda, la de Gaboto, en 1526[3] dejó varias, entre otras el fuerte de Sancti-Spiritu, del que he tenido ocasión de hablar. El escaso metal que Gaboto obtuvo de los indios del norte del Paraguay, le hizo perdonar no haber alcanzado el objetivo de su viaje, porque debía haber doblado el cabo de Hornos; e hizo tanto ruido con sus descubrimientos que se envió otra expedición a las órdenes de Mendoza, a quien se le dio el título de *Adelantado del Río de la Plata*, extendiendo su jurisdicción hasta las concesiones acordadas a Almagro en Chile y Pizarro en el Perú[4]. Esta expedición, tal vez la más importante que se haya dirigido a América, se componía de 3.000 hombres de armas[5], con sus mujeres e hijos, sin contar la tripulación de once navíos; Mendoza puso los primeros cimientos de Buenos Aires el 2 de febrero de 1535[6]. La llamó la *Santissima Trinidad* y su puerto fue denominado *Puerto de Buenos-Ayres*[7]. Los naturales que encontraron eran los *querandíes*[8], nación ha-

---

que alude D'Orbigny– fue suspendida; la carabela se entregó a Pedrarias Dávila y los aparejos y municiones a Vicente Yáñez Pinzón. Además, en esa expedición que debía dirigir Solís, la ruta no era América, sino el Maluco y la China por vía de Africa, doblando el cabo de Buena Esperanza. Juan Díaz de Solís realizó un solo viaje: el que lo llevó al descubrimiento del Río de la Plata en 1516. Antes de él, dos navegantes a las órdenes del rey de Portugal, Cristóbal de Haro y Nuño Manuel pasaron frente al río y creyeron que se trataba de un brazo entre los océano Pacífico y Atlántico. Fue a raíz de ese hallazgo que el rey de España armó la empresa descubridora de Solís. Para mayores datos puede consultarse la documentada *Historia de la ciudad de Buenos Aires*, por Rómulo Zabala y Enrique de Gandía, MCMXXXVI, tomo primero. (N. del T.).

3 Sebastián Gaboto, o Gabot, veneciano, encargado por España de seguir la ruta de Magallanes, doblar la extremidad sur de América y buscar los países de Ofir y Tarsis, de donde Salomón sacó tantas riquezas (ideas de la época), fue obligado por su tripulación a reconocer el río descubierto por Solís.

4 Mendoza fue enviado al Río de la Plata para cortar los avances de portugueses en dirección a la fabulosa Sierra de la Plata o Imperio del Rey Blanco. Su gobernación tenía por límites desde la entrada del Río de Plata hacia el Oeste con doscientas leguas sobre la costa del océano Pacífico, al Sur la gobernación de Almagro, y al Norte todo el Alto Paraguay hasta el Amazonas. La limitaba al Este la línea de Tordesillas. En resumen estaba ubicada entre las jurisdicciones de Pizarro y Almagro al oeste y norte, y la jurisdicción de Portugal, establecida por el tratado de Tordesillas (N. del T.).

5 Eran poco más de mil quinientos hombres en total, de los cuales ochocientos de armas llevar, y sus navíos alcanzaban a doce. (N. del T.).

6 Mendoza fundó Buenos Aires el 3 de febrero de 1536. (N. del T.).

7 En los documentos más antiguos aparece como nombre de la ciudad: *Santa María del Buen Aire*, que corresponde a la Virgen así llamada, que Mendoza veneraba. (N. del T.).

8 Paúl Groussac ha demostrado documentalmente que los *querandíes* habitaban Santa Fe y sólo en ocasiones bajaban hasta Buenos Aires. Zabala y Gandía afirman que los guaraníes

bituada a la vida errante y a la caza. Recibieron primero a los españoles amablemente, atraídos por los regalos que les dieron; pero pronto, cansados de proveer a la subsistencia de tantos hombres, se retiraron a cuatro leguas de allí. Mendoza les pidió, con palabras amistosas, que volvieran y siguieran a su servicio, pero el enviado creyó que convenía más a la dignidad española mandar que suplicar[9]. Exigió imperiosamente. Los indios maltrataron a los delegados y las hostilidades comenzaron matando algunos soldados; Mendoza se propuso vengar esa afrenta. Marchó con sus tropas y encontró a los indios a tres leguas de la ciudad. Estos rechazaron las palabras de paz, se dispusieron a combatir y atacaron a los españoles con esa furia que conservan hasta hoy: la batalla fue sangrienta y perecieron los mejores oficiales de Mendoza[10]. Para colmo, la discordia cundió entre ellos, y Medrano fue asesinado a puñaladas en su lecho. Poco después, Mendoza envió dos destacamentos, uno con Ayolas, para descubrir; y otro, bajo un segundo jefe, en procura de víveres. Cuarenta días pasaron sin tener noticias, y Mendoza estaba a punto de regresar a España, cuando Ayolas le hizo llegar víveres desde *Corpus Christi*[11]. Por otra parte, todos los indios de las pampas, reunidos en número de veintitrés mil[12], pusieron sitio a la ciudad naciente. Fueron rechazados por la artillería, pero arrojaron flechas con materias combustibles, que pronto encendieron los techos de paja de la ciudad, y al mismo tiempo incendiaron los barcos estacionados en la Boca. Los indios fueron finalmente rechazados. Mendoza, llevando consigo cuatrocientos hombres, abandonó Buenos Aires, para remontar el Paraná. En esa época tuvo lugar la famosa aventura de aquella Maldonada, repetida, sin la menor expresión de duda, por todos los primeros historiadores: había salido de

---

de las islas y los pampas del lugar donde se fundó la ciudad eran los naturales más próximos a la región donde Mendoza instaló Buenos Aires. (N. del T.). De acuerdo a los datos que he podido reunir, esa nación era la misma que la de los puelches, que habitan hoy entre el Río Colorado y el Río Negro, en la Patagonia, o bien una de las numerosas tribus de los araucanos de las pampas. Belicosos y rebeldes, como todos los de las llanuras del sur, esos indios nunca estuvieron dispuestos a obedecer servilmente como las naciones de los Andes, los incas o los guaraníes del centro de América. Todavía defienden la independencia que se les quiso quitar hace tres siglos. Habitaban, entonces, desde el Plata hasta las montañas de Tandil.

9 Juan Pabón era el nombre del soldado comisionado por Mendoza para que parlamentara con los indios. (N. del T.).

10 Padre Lozano, libro primero, cap. tercero.

11 Corpus Christi era un fuerte que Ayolas fundó, cerca de la laguna de Coronda, el 15 de junio de 1536. (N. del T.).

12 Funes, *Historia del Paraguay*, t. I, p. 35.

Buenos Aires en busca de un alimento que no conseguía y buscó refugio, a la entrada de la noche, en una gruta, donde encontró una terrible leona[13], próxima a parir; ella la ayudó a alumbrar y ese animal, por agradecimiento, la nutrió durante algún tiempo. Maldonada fue a vivir con los indios y casó con uno de ellos. Posteriormente fue raptada, y el feroz Ruiz de Galán, habituado a los crímenes, la hizo atar a un árbol, fuera de la ciudad, para que muriera de hambre o devorada por las bestias feroces; pero, dos días después, los españoles, al ir a ver si vivía aún, encontraron a la leona y sus cachorros que la cuidaban, y la dejaron desatar sin hacer ningún daño a los visitantes.

En 1539, los indios atacaron de nuevo; estaban a punto de apoderarse de la ciudad, cuando la aparición de dos navíos postergó la última derrota, que tuvo lugar poco después, porque, en el mismo año[14], la colonia fue abandonada, así como los caballos y yeguas que allí había; y los desdichados sobrevivientes fueron a aumentar la población naciente de Asunción del Paraguay. Esta provincia, ambicionada sucesivamente por los diversos partidos, permaneció, a pesar de los reveses, floreciente hasta el momento que se pensó en levantar Buenos Aires. Juan de Garay, después de haber fundado San Salvador, sobre la costa oriental del Plata, supo que la discordia reinaba entre las naciones salvajes del sur del mismo río y quiso aprovechar esa situación. Se dirigió al puerto de Buenos Aires, con sesenta hombres, y se dedicó a reconstruir la ciudad; tarea que inició el 11 de junio de 1580. Ese general supo conquistar el afecto de algunas tribus vecinas y desplegó tal actividad que, dos años después, estaba en condiciones de hacer frente a los ataques de los indios, más de lo que habían estado los tres mil hombres de la primera tentativa, que no disponían de tanta experiencia y no pudieron desplegar tanta prudencia. Ello no impidió a los indios querandíes unirse a las naciones vecinas y atacar, en 1582, en gran número a los españoles; pero Garay todo lo había

---

13 La mejor prueba que esa historia no es más que una ficción inventada por los primeros historiadores, es que el terreno no permite suponer que haya alguna gruta en los alrededores de Buenos Aires y que, por otra parte, no hay leones en esas comarcas. Los únicos animales feroces son el jaguar y el puma. Este último ha sido llamado *León* por los españoles y podría haber servido de motivo a esa fábula, sin que eso que se le atribuye pueda ser admitido.

14 Los autores no están de acuerdo acerca del año de ese abandono. Doy aquí las diversas fechas aportadas por ellos. Funes, *Historia del Paraguay*, dice que en 1539; Charlevoix indica también 1539, t. 1, p. 48; otro tanto Azara. *La Guía del Forastero de Buenos Aires* da 1541, así como los almanaques de Buenos Aires; pero creo que esa fecha corresponde a la partida de la tripulación de los navíos que quedaron algún tiempo junto a las ruinas.

previsto; y, aunque deseaba más que nada la paz, se preparó a combatir. Pudo incluso realizar tal carnicería de indios que el nombre de *Matanza* ha quedado, hasta el presente, a ese campo de batalla, situado cerca de Barracas, sobre el Riachuelo. Esta primera victoria afirmó la colonia naciente, y el general Garay creyó poder ir al Paraguay, gozar de lo que acababa de hacer y volver a visitar su ciudad de Santa Fe; pero, mientras regresaba, durmiendo en tierra a la orilla oriental del Paraná, en la provincia hoy llamada de Entre Ríos, fue sorprendido y matado por los indios minuanes. El coraje de que había dado ejemplo a los otros colonos fue pronto puesto a prueba. Los reinos de Europa, celosos de las extensas posesiones de los españoles, quisieron realizar también conquistas. El corsario inglés Edward Fontano[15] atacó la ciudad el mismo año de la muerte de Garay (1582); pero fue en vano. Lo mismo sucedió con el proyectado ataque del famoso pirata inglés Thomas Cavendish, en 1587. Mientras tanto, Buenos Aires creció y se hizo fuerte, al mismo tiempo; no temió más por su porvenir.

La provincia fue, en 1620, separada del Paraguay, bajo la dependencia de la cual había estado hasta entonces, porque era ridículo que un puerto dependiera de una capital distante trescientas noventa leguas; y Buenos Aires se convirtió en la capital del Río de la Plata. Al año siguiente, su primer obispo tomó posesión, de su nueva sede. Fue, por así decirlo, al mismo tiempo que se comenzó a reducir a los indios de las orillas del Uruguay. Buenos Aires tuvo una aduana, establecida en 1623; y desde entonces la sucursal, existente en Córdoba, sirvió al transporte de plata y oro del Perú a Buenos Aires. Cinco años después (1628) los holandeses de Bahía (Brasil) intentaron también apoderarse de Buenos Aires; pero los preparativos de resistencia que encontraron les impidieron realizar tentativas directas; se limitaron a arrojar proclamas llamando a la libertad, las cuales no tuvieron el menor éxito. Dos siglos debían transcurrir todavía antes de que esas ideas se presentaran y halagaran la imaginación del americano del sur; permaneció durante mucho tiempo en tranquila posesión de la capital argentina, sin que sucediera nada de notable. Los ingleses y los holandeses hicieron esfuerzos tendentes a ocupar Buenos Aires. Francia permaneció hasta 1658 como simple espectadora de esos acontecimientos. En esa época, Luis el Grande, en medio de sus vastas empresas, hizo equipar, para atacar la ciudad, dos barcos a las órdenes de Osmat, conocido con el nombre de Caballero de la Fontaine; pero, luego de un combate en que se perdieron muchas vidas de una y otra parte, el jefe de la expedición y el

15 Eduard Fenton. (N. del T.).

navío en el que iba fueron apresados, mientras los otros dos regresaban a Francia en bastante mal estado. Tal victoria, así como el desarrollo de la ciudad, la hicieron considerar un lugar de lo más importante. En 1663 se creó la Audiencia, y desde entonces adquirió rango entre las primeras ciudades del continente. Dos años después se fundó el primer villorrio vecino, el de Quilmes, situado a tres leguas al sur; ese villorrio fue poblado con los restos de la nación del mismo nombre, que se trajeron de la provincia de Tucumán, donde vivían[16]. La ciudad de Buenos Aires aumentó a tal punto que pronto estuvo en condiciones de enviar tropas a la banda opuesta, para expulsar a los portugueses, que querían establecerse allí. En 1698, diez y nueve años después de su primera tentativa de desembarco en Buenos Aires con tan mal resultado, los franceses realizaron una segunda, pero fueron vencidos de nuevo; y los daneses no fueron más felices en su intentona del año siguiente.

A comienzos de 1701, se creó en Buenos Aires el primer hospital de hombres, y el primero de mujeres en 1727, mientras que el destinado a los niños abandonados lo fue mucho más tarde. Las fronteras de Buenos Aires con las posesiones portuguesas fueron siempre indecisas, por así decirlo, y continuamente tenían lugar sangrientas guerras. Los dos gobiernos deseaban terminar de una vez sus disputas; en consecuencia, España y Portugal enviaron, en 1755, los primeros comisionados de límites, encargados de fijar las líneas de demarcación; pero tales líneas nunca se establecieron antes de la caída de España, y hasta bajo la dependencia de las actuales repúblicas no están claramente definidas.

El comercio del Plata, aunque restringido a dos navíos por año, en virtud de una ordenanza de 1618, no era por eso poco activo. El Paraguay y el Alto Perú volcaban sus artículos en Buenos Aires, la cual sacaba de ello los mayores beneficios. Los productos del país habían estado, hasta entonces, exceptuados de derechos, pero esa peste de los gobiernos no tardó en introducirse en Buenos Aires. Se estableció un estanco para el tabaco en polvo, que debía venir de Sevilla o de La Habana, aunque Paraguay daba los mejores productos de esa planta. Ese impuesto provocó al principio grandes protestas; luego se acostumbraron, como en todo; por otra parte, esos derechos sólo perjudicaban a los consumidores, porque el comercio de tabaco en hojas seguía permitido al Paraguay. Las cosas mejoraron hasta tal punto que, después de un nuevo ata-

16 En ese villorrio, hoy enteramente poblado de criollos blancos o mestizos, sería muy difícil encontrar rastros de esa nación de los quilmes. Hasta la lengua primitiva fue olvidada debido al mestizaje.

que general de los indios, en 1762, los habitantes, hasta entonces encargados personalmente de la defensa, fueron remplazados por tropas de línea compuestas de caballería e infantería, a sueldo de la municipalidad; era ya un gran paso de superación. Cinco años después tuvo lugar, bajo el gobierno de Bucarelli, la expulsión de los jesuitas, en todas las regiones de su gobierno, lo que significó un golpe funesto al comercio y, al mismo tiempo, a los propietarios eclesiásticos; pero se olvidó bien pronto esa medida, cuando Buenos Aires, para coronar su posición, se hizo rival de la Ciudad de los Reyes, de Lima. Fue, en 1776, erigida en Virreinato y su jurisdicción comprendía el Alto Perú (Bolivia de hoy), Paraguay y las restantes provincias al sudeste de la Cordillera de los Andes; desde entonces, el Alto Perú recibió mercaderías por tierra de Buenos Aires y le envió sus riquezas en oro y plata, para ser expedidas a Europa. Puede uno imaginarse hasta qué punto Buenos Aires debió prosperar: fue pronto una ciudad populosa, una capital de reino; sus calles se cubrieron de casas espaciosas, que, empero, dejan todavía qué desear en perfecciones. Estaban bien trazadas y provistas de veredas de ladrillos, pero el centro siempre estaba sin empedrar, sucio, fangoso; se sentía la necesidad de remediar ese inconveniente: los terrenos de los alrededores eran poco apropiados para esos propósitos y hubo necesidad de recurrir a los terrenos graníticos de la orilla opuesta, yendo a buscar materiales a la isla de Martín García, único lugar de los alrededores que podía proporcionarlos. Buenos Aires comenzó en 1794, bajo el gobierno de Arredondo, a convertirse en gran ciudad. Se introdujo la vacuna en 1805: no halló tantas dificultades que vencer de parte de los habitantes como las experimentadas en Francia. Los pobladores aceptaron con entusiasmo ese preservativo y hasta los hombres de la campaña hicieron vacunar a sus hijos. La forma en que se la introdujo mostró hacia los americanos una solicitud poco habitual en los reyes de España. Carlos IV quiso que su primer médico, don Francisco Balmis, fuera a llevar personalmente ese benéfico descubrimiento; y, para que la expedición no dejara de cumplir su finalidad, se embarcó gran número de niños, cuyos brazos conservaban cuidadosamente la vacuna, porque la fragata debía visitar México y Colombia, antes de arribar a Buenos Aires. Fue, en efecto, sólo dos años después de su partida de Europa, que la vacuna llegó a extender sus beneficios al Virreinato del Río de la Plata. Podemos imaginar los estragos que la viruela hacía en los criollos, por los que hacía en los indios privados de la vacuna, para concebir la alegría con que fue recibida en Buenos Aires. Fue conducida por una esclava negra de Montevideo, a la que se le dio la libertad y se habla hasta hoy en día de aquella época de regeneración completa.

Hasta entonces Buenos Aires, salvo durante las primeras guerras de conquista cuando su fundación, no estaba habituada a ver su suelo convertido en teatro de guerra. El virrey Sobremonte era un hombre pusilánime, lleno de orgullo y sin ninguna capacidad. Sabía que una escuadra inglesa había sido vista en el Plata; se inquietó poco, diciendo que debían ser contrabandistas. El 25 de junio de 1806, el comodoro Home Popham hizo desembarcar y envió de 1.500 a 1.600 hombres, a las órdenes de Beresford, para atacar la ciudad, cuya población era de 40.000 habitantes. Buenos Aires sólo le pudo oponer cuatrocientos milicianos a caballo, mal equipados y poco disciplinados, que apenas pudieron resistir débilmente. En efecto, se retiraron, después de algunos tiros de fusil, de una y otra parte, y la ciudad se vio obligada a capitular; pero, una vez que el vencedor tomó posesión del fuerte, quiso dictar sus leyes. Faltó a los tratados, se apoderó del tesoro, que envió a Inglaterra, y por todos los medios posibles envileció y deshonró la conquista.

El Virrey, en vez de tratar de sacudir el yugo de los extranjeros, partió a Córdoba, donde tuvo la audacia de hacer cantar un *Te Deum*, en celebración de su llegada. Empero, un francés, Liniers, capitán de navío al servicio de España, trató de suplir la nulidad del gobernante. Pasó a la Banda Oriental, convocó a los milicianos de la Colonia, reunió a seiscientos hombres bien armados y bien exhortados por el gobernador de ese lugar. A ellos se agregaron otros cien completamente equipados con el dinero de una suscripción abierta por una mujer, doña Francisca Huet. Por otro lado, los pobladores de los alrededores de Buenos Aires se reunieron; trescientos hombres, a las órdenes de Pueyrredón, marcharon contra los ingleses, mientras los habitantes de Buenos Aires sumaban a la aversión común de los españoles contra todo extranjero, el odio que les inspiraba el fanatismo. Los ingleses eran, a sus ojos, los *bárbaros*[17], los impíos; los eclesiásticos se encargaban de intensificar esa aversión natural, atribuyendo a los ingleses sacrilegios. La superstición llegaba a tal punto que las mujeres estaban convencidas de que los ingleses *tenían colas como el diablo*, creencia mantenida durante mucho tiempo y que sólo desapareció en la época de las primeras alianzas entre ingleses y argentinos. Entonces Liniers, con sus tropas, a las cuales se sumaron trescientos hombres de mar de los navíos españoles, los atacó; hubo varios combates, en los cuales los ingleses fueron derrotados. Se retiraron a la plaza de la Victoria, de donde también fueron expulsados por el coraje del capitán Liniers; se refugiaron en el fuerte y allí se vieron

17 Calificativo con el cual se designaba, por lo general, a todos aquellos que no eran católicos.

obligados a rendir las armas a los españoles. El entusiasmo era tal, durante esa contienda, que una mujer combatió al lado de su marido y un niño manejó por largo tiempo una pieza de cañón.

Cuando Sobremonte se enteró de lo acontecido, se puso en camino con tres mil hombres; no fue recibido y se retiró a Montevideo. La acción que había tenido lugar, y el temor de nuevas agresiones hicieron que Liniers organizara una especie de guardia nacional, dividida por provincias. Esa primera victoria reveló a los criollos los secretos de su fuerza ignorada hasta entonces, o dormida bajo una ciega servidumbre. Sintieron lo que podían hacer a continuación y conocieron sus fuerzas personales. Sabían que Napoleón había invadido España, pero aún no sabían qué hacer ellos mismos.

Empero, el comodoro Popham cruzaba sin cesar por el Plata, reclutando, día a día, refuerzos parciales. Osó finalmente atacar y consiguió apoderarse de Montevideo. Entraba, entonces, en la política de los ingleses, ser los primeros, en el momento en que los colonos estuvieran en la mayor indecisión, en solicitar la alianza de pueblos que suponían necesitados de ayuda exterior, para constituirse en nación; pero no habían calculado lo que puede la diferencia de religión en hombres fanatizados y todavía poco instruidos, y se aventuraron en vano. Atacaron de nuevo a Buenos Aires; desembarcaron el 3 de julio de 1807, en número de diez mil, a las órdenes del general Whitelocke, mientras el fuego de sus barcos protegía el desembarco. De inmediato Liniers hizo reunir los destacamentos de Quilmes y de Olivos y encontró a todos sus soldados llenos de coraje, así como a todos los habitantes. Ese primer arranque de valor se transmitió incluso a las mujeres. Los dos ejércitos, frente a frente en el Riachuelo, trataron de sorprenderse; comenzó la batalla. Las tropas de Buenos Aires fueron momentáneamente rechazadas y se retiraron a la plaza, donde, respondiendo a las propuestas de capitulación del jefe inglés, se tomaron todas las medidas para una defensa obstinada. El ejército inglés formó de nuevo, pero las escaramuzas de las guerrillas lo hostigaron de una manera extraordinaria, matándole muchos soldados sin que pudiera remediarlo. Una vez que las tropas rodearon la ciudad, Whitelocke intimó el 5 la orden de rendición; esa jornada costó, empero, caro a los ingleses. Habían penetrado en el interior en tres columnas y fueron recibidos con un coraje llevado hasta la temeridad. Las calles quedaron pronto cubiertas de cadáveres, y a medida que la lucha se hacía más tenaz, aumentaba la valentía de los habitantes. Los hombres no combatían solos; veíanse a las mujeres, desde lo alto de las azoteas, hacer llover, sobre la cabeza de los ingleses, una granizada de ladrillos y otros proyectiles. Atacados por todos lados, estos fueron obligados a atrincherarse en las

iglesias, donde fueron bloqueados y obligados a capitular, a intimación de Liniers, que les impuso como condición el reembarco de sus tropas y la evacuación de Montevideo. El tratado fue firmado el 7 de junio y, como dice el historiador español Funes[18], que cuenta lo ocurrido con todos los detalles deseables[19], el mayor beneficio que aportó a los argentinos fue hacer que se conocieran a sí mismos.

Las cosas habían ocurrido así en Buenos Aires; se defendieron del extranjero, sin saber a qué gobierno pertenecerían, cuando tuvo lugar, en 1808, la abdicación de Carlos IV, rey de España, en favor de su hijo; más tarde, la protesta de Carlos IV, y más tarde aún, la imposición a Fernando VII de renunciar a la corona, que pasó inmediatamente a la cabeza de Napoleón; y de la cabeza de Napoleón a la de su hermano José, a quien los diputados prestaron juramento. Se recibieron, a principios de agosto, cartas que anunciaban que Fernando VII ascendió al trono; en consecuencia, Liniers expidió las órdenes necesarias para hacer prestar el juramento de fidelidad al nuevo rey. La ceremonia se fijó para el 31 del mismo mes. Los asuntos estaban en ese estado, cuando el 13, M. Saumay, emisario de Napoleón, se presentó en Buenos Aires, con despachos dirigidos a Liniers y otros jefes[20]. Liniers, en razón del carácter suspicaz de los españoles, tenía, como francés, muchas consideraciones que guardar para demostrar a los argentinos que su nacimiento en nada influía sobre su conducta. Reunió a las autoridades y, en su presencia, leyó los despachos por los cuales Napoleón hacía conocer sus intenciones y pedía obediencia al nuevo rey de España. La más viva indignación provocaron en esa reunión los proyectos del emisario; se decidió de inmediato que fuera en seguida enviado de vuelta. La audiencia aprobó esa medida y se decidió que el 21 tuviera lugar el juramento a Fernando VII. La ceremonia se realizó con pompa y se ocultó cuidadosamente al pueblo la llegada del emisario francés. El 23 del mismo mes se presentó el brigadier Goyeneche, que ha jugado un papel tan grande en los asuntos de América, el cual, a pesar de ser americano, combatió siempre contra su país, a favor de España. Era enviado de la Junta de Sevilla; había sido bonapartista en Madrid, fernandista en Sevilla, aristócrata en Montevideo, donde fomentó la insubordinación, y se hizo realista en Buenos Aires.

---

18 Gregorio Funes (1749-1829), llamado el Deán Funes, nació en Córdoba (Argentina). (N. del T.)

19 Funes, *Ensayo* de *la historia civil del Paraguay*, etc., t. III, p. 441.

20 D'Orbigny se refiere seguramente a M. Bernard de Sassenay. (N. del T.).

Por otra parte, Elío, gobernador de Montevideo, atentaba contra Liniers, porque éste era francés: la audiencia de Buenos Aires citó a Elío, pero negándose a ser juzgado, no quiso obedecer. Liniers ordenó prenderlo por la fuerza; Elío constituyó un nuevo cabildo y se declaró independiente de la capital. Eran las primeras ideas que hacían entrever las conmociones que agitarían a toda América. Elío se puso bajo la protección de Portugal, que trataba, entonces, de apoderarse de todas las provincias del Plata. En 1809, se presentaron los partidarios de Elío, el 19 de febrero, exigiendo una junta de gobierno; una parte del pueblo se declaró por ellos. Liniers, a fin de terminar con las intrigas, propuso renunciar en favor de la persona elegida por el pueblo; ellas se detuvieron por el momento. Exilóse a la Patagonia a cinco de los jefes descontentos y, sin embargo, sin duda a causa de las falsas acusaciones llevadas por Elío a la Junta de Sevilla, se nombró a Cisneros virrey, en lugar de Liniers, al cual se le otorgaron títulos honoríficos; Elío fue designado subinspector general; antes de la llegada del nuevo virrey, mandó traer, de la Patagonia, a los exilados políticos, a los que llevó a Montevideo; y después del arribo de Cisneros, arregló las cosas de manera de ponerlo completamente de su lado, contra Liniers[21]; de tal manera que Cisneros lo obligó a ir, hasta tal punto tenía miedo, a entregarle el Virreinato en la Colonia del Sacramento, después de lo cual entró en Buenos Aires, donde gobernó en medio del conflicto de las pasiones.

Habiéndose enterado, el 1 de mayo de 1810, que los franceses se habían apoderado de toda España, Cisneros perdió la cabeza, y en su turbación propuso la formación de una representación nacional.

Un partido de independientes trabajaba secretamente por la libertad del país; esos patriotas ya conocían sus derechos; por ellos, sacrificaban vida y fortuna; sin fuerzas, tenían la audacia de desafiar al poder del Virrey; sin experiencia, hallaron los medios de adormecer la vigilancia de los ministros; sin dinero, se aseguraron la cooperación del ejército; y sin autoridad, obtuvieron la aprobación general; en fin, en una reunión de nueve personas, revestidas con el poder del partido, el 25 de mayo de 1810 reemplazaron al Virrey y lanzaron ardientemente el grito de libertad; ese grito que, resonando y hallando eco desde las llanuras de las pampas hasta la cumbre de los Andes, abrazó pronto en crueles guerras al suelo americano y renovó escenas olvidadas desde los tiempos tormentosos de la Conquista[22].

---

21 Ese hombre íntegro recibió un mal pago por sus servicios. Víctima de la venganza de los partidos, murió cobardemente asesinado.

22 El lector suplirá las numerosas lagunas de este relato histórico. La "reunión de nueve personas", la "Primera Junta" sin duda nació de un Cabildo abierto. (N. del T.).

Los miembros de la Audiencia más recalcitrantes fueron enviados a las Canarias, con Cisneros, mientras que todos los jefes de las provincias reunían sus fuerzas, impotentes frente a Buenos Aires. Esta capital trató de formar un ejército para reducirlos; empero, algunas de las antiguas autoridades se reunieron para acordar los medios de sostener al partido de España; entre los asistentes estaba Liniers. El gobierno republicano descubrió esa coalición y todos los hombres comprometidos fueron condenados a muerte; esa primera sangre vertida por el partido republicano fue pronto seguida de la de los jefes peruanos, después de la batalla de Suipacha, ganada en octubre. Elío se negó a someterse al nuevo estado de cosas. La Banda Oriental se convirtió en teatro de guerras civiles entre él y Artigas, y las tropas enviadas al Paraguay fueron derrotadas; la chispa había inflamado los espíritus. En mayo de 1811, el Paraguay derrocó a sus jefes para ser libre; pero permaneció independiente de Buenos Aires.

Desde entonces, la anarquía más completa reinaba en la desdichada República Argentina. La capital era presa de las facciones rivales, para las cuales todos los medios de provocar desórdenes resultaban buenos[23]. Las invectivas se sucedían y aquélla estaba en el estado más deplorable, mientras se libraban sangrientas batallas contra los españoles en las provincias del interior, tales como la de Montevideo, por Artigas, en 1812, y el mismo año, la que los republicanos ganaron en Tucumán. Por la misma época, los españoles, reunidos en Buenos Aires, conspiraron contra el gobierno, a instigación de Alzaga[24]; trataron de hacer caer todas las cabezas de los independientes y dejar vivir solamente a los españoles de nacimiento. En el momento de cometer ese crimen, fueron sorprendidos con las armas en la mano, y todos fusilados. Las batallas se sucedieron rápidamente. Buenos Aires se mostró siempre partidario de la libertad: pueden citarse las hazañas de sus ciudadanos en Salta, en 1813; en Montevideo, en 1814. Desde 1812, comenzó a faltar numerario y los gastos fueron enfrentados apoderándose de las propiedades del enemigo. Sería largo entrar en detalles, respecto al estado de Buenos Aires, sobre las acciones que tuvieron lugar de una y otra parte; un congreso general, reunido en Tucumán, proclamó, el 9 de julio de 1816[25], la independencia de

---

23 Hay una evidente injusticia en esa apreciación de D'Orbigny, al no destacar más que la convulsión que trajo la revolución, prescindiendo de la doctrina y de los fines emancipadores de los primeros patriotas. (N. del T.).

24 El historiador Funes, t. III, p. 507, presenta a ese hombre como un asesino. Es curioso ver a uno de sus parientes, en 1828, asesinar a su amigo para robarle lo que poseía y destruir documentos que le había entregado. El crimen era de familia.

25 Esos informes son extraídos en parte de Núñez en su *Bosquejo de Buenos Aires*, hasta 1826 inclusive, así como de documentos e informaciones recogidas por mí en Buenos Aires.

las Provincias Unidas del Río de la Plata, independencia que realizó incesantes progresos; la lucha se hizo cada día más encarnizada en todas partes de América meridional y sangre de hermanos corrió en todos los lugares. Puede decirse que los primeros diez años no fueron más que un combate hasta 1820, época en que la anarquía más completa dominó a las provincias, que se convirtieron en pequeños Estados distintos. Se ha atribuido ese movimiento insurreccional al proyecto de Francia de coronar al príncipe de Luca y entregarle el gobierno. En 1821, el problema de un nuevo congreso general fue provocado por la división de opiniones sobre la centralización del poder o su aislamiento; esta última idea prevaleció y se encaró la organización de la constitución provincial. Martín Rodríguez fue designado Gobernador de Buenos Aires, y ese mismo año trajo la regeneración de la República Argentina. Los mayores progresos se deben a la experiencia del ministro de Relaciones Exteriores, don Bernardino Rivadavia, y a las ideas elevadas que había tomado de la civilización europea, durante su residencia en el viejo continente. Se eligió una cámara de representantes, que declaró la inviolabilidad de las propiedades, proclamó una ley de olvido y puso los fundamentos de una ley de tolerancia religiosa. La instrucción pública, sobre todo, recibió perfeccionamientos extraordinarios: se fundó una universidad, dividida en seis departamentos: ciencias sagradas, jurisprudencia, medicina, ciencias exactas, estudios preparatorios y primeras letras; se fundó un colegio de ciencias morales. Se crearon escuelas primarias, sostenidas por el Estado, en todos los villorrios; se estableció la libertad de prensa; se abolieron los derechos de importación sobre los productos del suelo y se tomó una serie de otras medidas tendentes a hacer de Buenos Aires un Estado bien constituido. En 1822 se instaló un tribunal, así como una escuela de medicina.

En 1820, Buenos Aires recibió un representante comercial de los Estados Unidos. En 1821, la República fue reconocida por Río de Janeiro, aunque en circunstancias inquietantes, porque las tropas de ese imperio estaban siempre en Montevideo; y, en 1825, los Estados Unidos reconocieron la independencia del Plata, así como Inglaterra, que envió un cónsul general. También se hicieron presentes agentes de España, pero solamente con poderes para concluir un acuerdo comercial y transmitir a las cortes la decisión de Buenos Aires y no de reconocer la independencia[26]. Habían sido enviados por los liberales. El absolutismo sobreviviente declaró nulas esas gestiones. Sin embargo, Buenos Aires había suscrito veinte millones de pesos a favor de España, para

26 Ver la carta de Ignacio Núñez al Sr. Parish, *Bosquejo de Buenos Aires*, p. 50.

sostener la causa constitucional en ese reino, la misma suma que votó Francia para combatirla. Es sabido que Buenos Aires, en esa época, estaba muy lejos de poder juntar una suma tan importante[27]. Se sancionaron, en fin, leyes a favor de los huérfanos, las cuales instituían una sociedad de beneficencia, que debía tener el derecho de tutela sobre ellos. Se creó también una caja de ahorros.

Ese mismo año se intentó establecer la verdadera frontera de la República. Se enviaron comisionados de límites en dirección al Paraguay y al Perú y, especialmente, a la línea de ocupación de los brasileños; se mandó al Brasil un Encargado de Negocios, para tratar el problema de la ocupación; él expuso, en una memoria detallada, todos los derechos de Buenos Aires a la posesión de Montevideo. El ministro respondió, a comienzos de 1824, que sólo se había incorporado Montevideo al Brasil de acuerdo al voto formal de sus habitantes, y que, en consecuencia, el Estado Cisplatino (la Banda Oriental) le pertenecía de derecho y de hecho. Sucedieron también muchas cosas interesantes: se decretó en Buenos Aires la publicación de un boletín de leyes y se constituyó una comisión emigratoria para todos los extranjeros que vinieran a establecerse en Buenos Aires, comisión que obedecía a propósitos muy sabios en el fondo y que trajo a numerosos extranjeros, con los que se cumplieron sólo en parte las promesas que se les había hecho. Rivadavia presentó su renuncia de ministro; es cierto que, desconociendo la opinión reinante, esperaba un puesto más elevado. Hacia fines del año, mientras que en el Alto Perú el general Sucre se cubría de gloria en la batalla de Ayacucho, se ocupaban, en Buenos Aires, de consolidar el Estado. Logróse instalar un cuerpo nacional en una cámara de representantes de todas las Provincias Unidas del Río de la Plata; desde entonces hubo una nación y esa cámara se ocupó, ante todo, del empadronamiento de cada provincia, de la administración provincial, de los impuestos y de los recursos. Una vez que ese sistema político quedó establecido en 1825, se concluyó un tratado de amistad, de comercio y de navegación con Inglaterra. Ese mismo tratado trajo, necesariamente, una ley sobre libertad de

---

27 De acuerdo a la contabilidad del ministro de hacienda, de 1822 a 1823, se tiene un balance, cuyas rentas alcanzan a 4.931.386, 4 pesos
frente a gastos de 4.931.386,4 pesos.
Pero un segundo balance viene después, el del dinero en circulación 349.792,1 1/4 pesos
fondos de tesorería 330.311,7 3/4 pesos
Déficit 19.480, 1/2 pesos

cultos; ¿podrían no hacerlo, cuando se permitió a los ingleses, por el tratado, elevar templos a su religión? Era un paso difícil de dar, en una nación todavía fanática, y eso fue lo que mayor mal hizo a Rivadavia, que había sido nombrado gobernador[28]. El gobierno, viendo que la cámara de diputados no era bastante numerosa, firmó un decreto, en virtud del cual cada provincia debía enviar al congreso nacional un diputado por cada 7.500 habitantes. Además, si quedaba una fracción igual a la mitad de la base designada, debía nombrarse un diputado más, y aunque se trataba de una república, las fortunas no permitían siempre a los diputados cultos vivir lejos de sus provincias, por lo que se les asignó un sueldo de dos mil quinientos pesos (12.500 francos), además de los gastos del viaje, evaluados, para el interior, en setecientos cincuenta francos (150 pesos).

Desde algún tiempo, el emperador del Brasil, don Pedro I, no ocultaba sus proyectos ambiciosos. Enviaba continuamente, bajo falsos pretextos de colonización, soldados extranjeros a Montevideo; parecía asimismo no contentarse con esa conquista, sino querer extenderla a Entre Ríos y el Paraguay. Todo anunciaba una próxima guerra; sin embargo, Buenos Aires, apenas cicatrizada sus recientes heridas, ¿podía, sin exponerse a una ruina completa, declarar hostil a un Estado tan formidable como el Brasil? Los hechos posteriores nos dirán de los riesgos que corrió. El general Lavalleja, de Montevideo, descontento por la invasión de su patria, partió de Buenos Aires, acompañado de treinta y tres compañeros, para emanciparla de los brasileños; se unió al general Fructuoso Rivera. Comenzó una guerra sanguinaria, y pronto la Banda Oriental entera perteneció a los independientes; no le quedaron a los portugueses más que Montevideo y Colonia, lo que demostraba claramente que le había sido arrancada la adhesión de los habitantes. Hasta ese momento, Buenos Aires no había tomado parte alguna, pero su congreso general recibió del gobierno provisorio de la Banda Oriental, como parte de la unión de las provincias, un pedido de ayuda, que lo decidió a reforzar las líneas de fronteras del Uruguay. Al mismo tiempo, el almirante brasileño exigió explicaciones a los argentinos; le fueron negadas, por no estar revestido de poderes legales, pero se prometió enviar a Río de Janeiro un Encargado de Negocios, para tratar las cuestiones pendientes con el Brasil. Empero, los orientales ganaban batallas y, al recibir informes de la victoria de Durazno, por Lavalleja, el congreso general declaró, por un decreto del 25 de octubre, que tomaría parte en la lucha, y

28 En 1826, Rivadavia fue nombrado Presidente de la República. Nunca fue gobernador de la provincia. (N. del T.).

así lo anunció al Ministro de Asuntos Extranjeros del Brasil. No había otra respuesta posible que la declaración de guerra, que fue aceptada por unanimidad por el congreso del Plata, el 1 de enero de 1826. Nada más paternal que los reglamentos del congreso para los inválidos del ejército; éstos debían gozar del sueldo íntegro de su grado por el resto de su vida, y las viudas las dos terceras partes del sueldo de sus maridos, o bien aquéllas ser reemplazadas por los hijos. Todas esas medidas habrían sido ejecutadas, por lo menos en parte, si el gobierno hubiera sido estable, porque tales promesas se hicieron de buena fe.

La provincia de Córdoba se destacó por su diligencia para proporcionar su contingente; no sucedió lo mismo con las otras, que permanecieron neutrales y dejaron, más tarde, recaer todo el fardo sobre Buenos Aires. Se encaró la formación de una marina, la que se confió a las órdenes del general Brown. Había visto, por lo demás, durante mi primer viaje, cómo se formaba esa marina por medio de una *leva*, que arrastraba, a la fuerza, a los pacíficos ciudadanos, para enviarlos a bordo de los navíos. Hacia principios de ese año, el congreso nacional fundó un Banco Nacional de las Provincias Unidas del Plata[29]; pero ese banco, al cual todos debían concurrir, no fue pronto más que solamente de Buenos Aires, porque las provincias retiraron sus fondos, impulsadas por los temores inconsistentes que provocaban los federales, lo que hizo bajar, de inmediato, los billetes en un cincuenta por ciento. Las provincias se negaron desde entonces a recibirlos, de manera que la capital debió sostener sola una carga tan pesada. Los billetes perdieron a tal punto su valor que, en los años siguientes, estaban a menos de un décimo de su valor primitivo. El congreso designó a Rivadavia Presidente de la República, encargado del Poder Ejecutivo. Gobernó sabiamente, pero quiso realizar progresos demasiado rápidos, único error que se le puede reprochar. Pretendió hacer prematuramente de Buenos Aires una ciudad europea, ciudad que quince años antes todavía estaba bajo el yugo de España, sin contar que la misma metrópoli estaba sujeta a una política mezquina que impedía la llegada de las luces, a no ser por contrabando. No se cambian las cosas de una manera tan brusca. Había muchos descontentos, especialmente en el clero, al que Rivadavia había herido con la supresión de los conventos, así como con la disminución de sus rentas. Algunos hombres, celosos de ver a los extranjeros ocupar cargos que ellos sólo hubieran podido desempeñar imperfectamente, lo criticaban sordamente, atribuyéndole la disminución del valor del dinero. Su principal motivo de queja

29 El Banco Nacional, fundado por ley del 28 de enero de 1826, vino a reemplazar al Banco de Descuentos o Banco de Buenos Aires, que existía desde 1822. (N. del T.).

consistía en no estar a la cabeza del gobierno o de no ocupar los puestos más importantes. Podía preverse, desde entonces, que el demasiado hermoso edificio levantado por Rivadavia, sobre un terreno todavía poco sólido, no tardaría en caer y arrastrar, en parte, a Buenos Aires en su caída, cuando los descontentos llegaran al poder.

Las batallas ganadas en tierra y mar, las bellas tropas enviadas al ejército de la Banda Oriental, la depreciación del dinero y la elevación del precio de las mercaderías almacenadas antes de la guerra, satisfacían a los comerciantes, en perjuicio de los consumidores. Empero, el gran número de obreros empleados por el gobierno, el movimiento ocasionado por los preparativos bélicos y el armamento de los corsarios, dieron momentáneamente un aire de vida a Buenos Aires. Toda la población de la ciudad parecía contenta, a pesar del encarecimiento de los artículos importados; únicamente se quejaban los campesinos. Nada de *saladeros*, nada de venta de productos agrícolas, nada de beneficios para el hacendado, que veía sus campos llenos de ganado, mientras que él carecía de ropas y estaba continuamente expuesto a ser enviado como soldado a bordo de los barcos; todo eso despertaba en la campaña el odio al ciudadano y en particular al partido de Rivadavia o Partido Unitario.

En 1827 continuaba la guerra. Las batallas ganadas siempre por los orientales comenzaron a inspirar a Pedro I temores acerca del resultado de una lucha que podía arruinar al Brasil. Buenos Aires permanecía en el mismo estado. Las mercaderías extranjeras aumentaban mucho su precio; los consumidores se sentían más y más descontentos, a medida que los alrededores se empobrecían. Los diarios atacaban abiertamente al gobierno; el Partido Federal se fortalecía de momento en momento; finalmente, viendo Rivadavia que no podía permanecer en su puesto; que a pesar de sus nobles esfuerzos para hacer una nación de la República del Plata, la ignorancia prevalecía; que sus medidas eran desnaturalizadas y mal comprendidas, prefirió el bien de su país al suyo propio y presentó su renuncia el 7 de julio. Lo perdieron sus muchos escrúpulos y su respeto por la libertad individual Las maquinaciones sordas de los agitadores, tales como Braulio Costa, corresponsal de Quiroga, y otros, y los diarios incendiarios, como el *Tribuno*, fueron minando poco a poco su gobierno y lo hicieron caer. El congreso nacional fue disuelto; Buenos Aires, privada del concurso de las provincias que la habían decidido a combatir a los brasileños, se halló sola para sostener todos los gastos. No existía más nación y la guerra proseguía con todo furor. El Partido Federal nombró a Dorrego[30] gober-

30 Esos datos están consignados en el diario *El Tiempo* (núm. 175, 3 de diciembre de 1828).

nador. Poco a poco desaparecieron las ideas liberales. Se anularon las leyes del congreso y no se proclamaron los diputados designados, porque no eran del partido de Dorrego. La libertad de prensa fue abolida. Se atacó ilegalmente a los ciudadanos que escribían contra el gobierno; se asesinó, en una palabra. Don Juan Mansilla fue mutilado en un café; un impresor fue amenazado de incendio y muerte, si continuaba componiendo el *Granizo*, y hasta se aplicaron a ese hombre honesto golpes de sable para obligarlo a dejar de expresar la voluntad de los habitantes... Los valores bajaron más y más.

A comienzos de 1828 las cosas estaban en el mismo punto, la miseria crecía de momento en momento en la capital, mientras que las tropas, sin dinero, se batían siempre contra los brasileños y faltaba dinero para mantenerlas. Tal era el estado de la ciudad cuando llegué a ella.

Estadía en Buenos Aires

Dediqué los primeros días a procurarme un alojamiento lo suficiente grande para poder revisar mis colecciones antes de enviarlas a Europa. Lo hallé fácilmente, y desde ese momento me ocupé, sin descanso, en mis tareas ordinarias, interrumpiéndolas solamente, de vez en cuando, para recorrer tanto las llanuras de los alrededores de la ciudad como las costas del Plata, donde buscaba, sucesivamente, pájaros, insectos, conchillas y plantas, encargando a los cazadores de la campaña que me consiguieran animales difíciles de obtener, tales como diversos mamíferos y aves acuáticas de las pampas. Así fue cómo diariamente veía aumentar mis colecciones de objetos raros del país, conocidos apenas de nombre en Europa. Mis paseos cotidianos al mercado completaron también mi colección de peces del Plata. Pasé así el mes de junio. Noté, con motivo de la fiesta del Santísimo Sacramento, que el clero había cambiado por completo de posición. No era más humilde y tímido, como en la época de Rivadavia; marchaba con la cabeza alta y era fácil comprobar que su reino había llegado con el gobierno federal[31].

Junio

31 He hablado ya de los partidos *Unitario* y *Federal* sin haberlos caracterizado todavía positivamente. Se entiende por *unitarios* en la República Argentina a todos aquellos que quieren que las provincias están unidas entre sí y posean un centro de poder; que tengan, en una palabra, un solo congreso nacional, un solo poder ejecutivo, un presidente de la República. Es el sistema que quiso sostener Rivadavia. El *Partido Federal* quiere, por el contrario, que cada provincia tenga su congreso particular, libre de todo otro poder, un gobierno propio, sin rendir cuenta de su conducta a sus vecinos. Desde entonces las trece

Fui a visitar al señor Rivadavia; pude apreciarlo y renové con bastante frecuencia mis visitas. Pasaba, entonces, una parte del año en su casa de recreo, fuera de la ciudad. Pensaba tal vez en lo que podría hacer todavía en bien de su ingrata patria. Visité también al nuevo gobernador, el general Dorrego, que me hizo un buen recibimiento y hasta me propuso acompañarlo a una expedición de descubrimiento a las pampas del sur: expedición que debía tener lugar apenas se firmara la paz con el Brasil y que debía proteger las tropas, por entonces de regreso. Se trataba de un asunto de importancia; consistía en reconocer el curso del Río Colorado hasta su fuente, con el loable propósito de establecer una navegación comercial de Mendoza a Buenos Aires. Es comprensible que aceptara de buena gana esa propuesta, que me ponía en condiciones de estudiar, bajo todos los aspectos, regiones todavía desconocidas; tanto más cuanto que el gobierno se ofreció a hacerme acompañar luego hasta la Patagonia, donde había resuelto ir, antes de pasar a las costas del océano Pacífico.

Nunca había presenciado una fiesta patria en Buenos Aires. La principal tuvo lugar el 25 de mayo, en honor del primer grito de libertad, en 1810; pero una segunda, no menos reverenciada, iba a celebrarse el 9 de julio, día de la proclamación de la independencia de las Provincias Unidas del Plata, hecha por el Congreso de Tucumán, en 1816. Se había erigido, alrededor de la plaza de la Victoria una columnata pintada sobre planchas paradas, en la cima de la cual brillaba un escudo donde estaban escritos cada uno de los lugares donde los independientes habían alcanzado victorias sobre los españoles. Se leían los nombres de Tupiza, Tucumán, Salta, Chacabuco, Penco, Maipú, Lima, Ayacucho, Junín, etc., con la fecha de cada una de ellas. En mis paseos por la ciudad vi todos esos preparativos, el entusiasmo de los ciudadanos que habían contribuido al éxito y el abatimiento de algunos de los antagonistas del sistema existente. Todo anunciaba, para el día siguiente, una fiesta brillante, pero fui decepcionado. Durante la noche se levantó un terrible pampero, acompañado de lluvia y granizo. Varios navíos encallaron; al día siguiente, al ir a ver el río enfurecido, me impresionó mucho el hallar a todo ese andamiaje con los altos hechos realizados por los argentinos volteado por el viento y sus victorias pintadas con engrudo borradas por la lluvia, sin que quedara el menor rastro. Unos

9 de julio

provincias de la República Argentina o del Río de la Plata formaron cada una un pequeño Estado independiente. Puede decirse, además, que el Partido Unitario era el de los liberales, del progreso del país, mientras que el Partido Federal era el del absolutismo con sus estrechas vistas y opuesto al adelanto de la civilización, o mejor dicho, era la campaña ignorante contra los ciudadanos cultos.

franceses, malos bromistas, se permitieron algunos juegos de palabras sobre ese accidente; los provincianos arriesgaron algunas alusiones al carácter de los *porteños* (habitantes de Buenos Aires), que consideraban, no sin razón, de una ligereza poco común, sacrificando siempre lo sólido al oropel y los conocimientos profundos a un estudio superficial, lo bastante extenso como para que puedan brillar en todo. La fiesta fracasó debido al mal tiempo y todos los preparativos se perdieron.

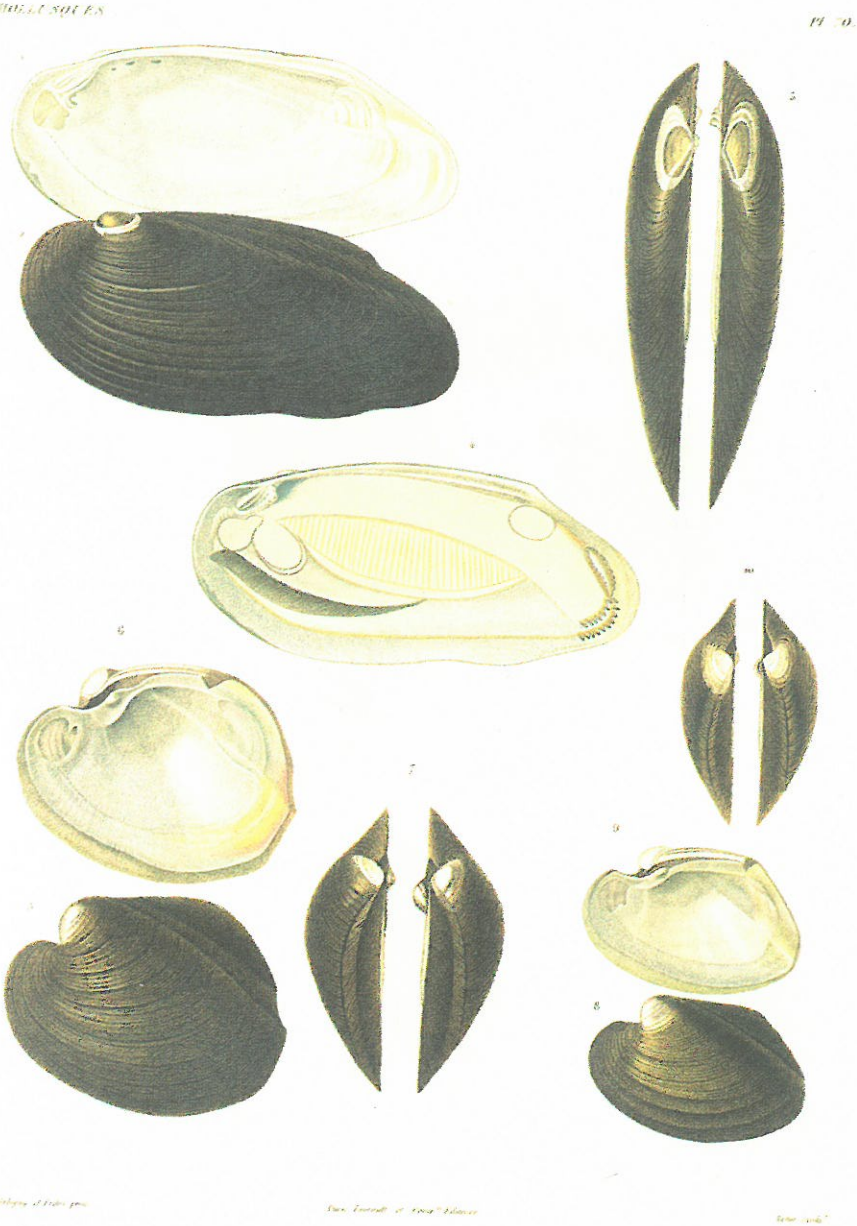
Las nuevas batallas ganadas a los brasileños, los enormes gastos que soportó el Brasil, así como los reclamos de los pobladores de los campos, teatro de la guerra, hacían esperar una paz próxima, deseada por todo el mundo. Buenos Aires también parecía sufrir mucho. La baja de valor de los billetes de banco, los únicos en circulación en la provincia, la excesiva carestía de los artículos extranjeros, hacían cara la vida. Una botella de vino valía hasta cinco o seis pesos; hasta el pan había aumentado considerablemente de precio y se estaba en vísperas de no poderlo conseguir. Las mercaderías extranjeras de todo género habían duplicado el precio y muchas faltaban por completo en plaza, lo que no era raro después de un bloqueo de dos años, durante el cual apenas dos navíos habían conseguido franquear la línea brasileña. La ciudad presentaba un impresionante contraste con el campo: todo se vendía en aquélla a precios exorbitantes, mientras que los frutos de los agricultores no valían nada. Así la arroba, o veinticinco libras de carne, se pagaba seis reales, que, de acuerdo al valor del papel moneda, correspondía al cambio apenas a 75 céntimos de Francia. Es comprensible, pues, el descontento de los hacendados; y, en la ciudad, la satisfacción de las clases inferiores, que sólo comían carne, nunca pan, y se preocupaban poco del vestido.

El estado de Buenos Aires no era nada lisonjero para el porvenir. Durante la elección del mes de mayo se había visto a las gentes de la campaña armadas y amenazando con cuchillos a las personas bien vestidas, invocando a su padre Dorrego[32]. No pudo llevarse a cabo la elección en la sala electoral. Los habitantes reclamaban inútilmente. El Banco Nacional perdía día a día su crédito. El comercio dejó de ser sostenido por el gobierno y hubo numerosas quiebras. Todo el mundo sabía en Buenos Aires cuántas veces el coronel Rauch había salvado al país, en las guerras contra las hordas salvajes, que devastaban, a intervalos, las campañas; pero Dorrego, temiendo a ese oficial, porque era extranjero, lo destituyó[33]. Desde

32 Diario *El Tiempo*, 1828, núm. 175.

33 Ese infortunado oficial, incorporado al servicio en 1829, en el partido de oposición, fue apresado por los gauchos de Rosas. Se le cortó la cabeza, colocándola en la punta de una lanza y llevándola en triunfo, exponiéndola a las injurias de los mismos hombres que antes temblaban en su presencia.

Mephitis Humboldtii.



1-4: *Unio patagonica*; 5-7: *Unio payaguana*; 8-10: *Unio minuana*.

ese momento, los indios, no detenidos por nada, invadieron las campañas, interceptaron las comunicaciones entre la ciudad argentina y las provincias del interior, y poco faltó para que no inundasen las llanuras de los alrededores de Buenos Aires.

Me resultaba imposible pasar a Chile por tierra, sin exponerme a ser degollado por los indios, que vengaban en los viajeros la furiosa guerra que se les hacía; esa puerta estaba cerrada para mí. Por otro lado, esperaba el cumplimiento de la promesa del gobierno sobre la expedición proyectada, tanto más que llegaron noticias de una paz próxima. Se supo, en efecto, que el 27 de agosto los preliminares habían sido firmados en el Brasil, noticia que dio lugar a grandes regocijos y que parecían hacer posible el cumplimiento de mis deseos de viajar. La paz fue ratificada el 4 de octubre, en Montevideo. La evacuación comenzó de una y otra parte. Ese tratado creó una nueva República, la de la Banda Oriental, con el nombre de República Oriental del Uruguay, la cual permaneció independiente entre las dos potencias. El puerto de Buenos Aires quedó libre, y su comercio comenzó a tomar gran vuelo. La nueva cámara de representantes, completamente partidaria del gobernador Dorrego, en lugar de ocuparse del progreso del país y de asegurar fondos para pagar los servicios de los valientes que regresaban con el ejército, dio, según los diarios de la época, 100.000 pesos (500.000 francos) a Dorrego, porque había firmado la paz, y 75.000 pesos (375.000 francos) para repartir, como recompensa, entre los miembros de la Legación del Brasil. Se debían nueve meses de sueldo a todo el ejército. Algunos oficiales, que llegaron pronto, reclamaron lo que se les debía; por toda respuesta se les dijo que no había dinero. Todo eso agrió los espíritus e hizo murmurar mucho.

Las tropas llegaron a Buenos Aires. Me dirigí, con una muchedumbre de curiosos, para verlas desembarcar. Recordaba haber visto partir a esos hermosos regimientos de lanceros, coraceros y cazadores, bien equipados, bien arreglados. Quedé sorprendido y experimenté una sensación penosa al ver a esos valientes, que acababan de vivir dos años a la intemperie, durmiendo en el vivac, batiéndose todos los días por el honor del país; apenas se podían distinguir a los oficiales, todos en la mayor miseria: sus miembros, medio desnudos, estaban ennegrecidos por el sol; resultaba difícil reconocer los jirones de los uniformes, bajo la mescolanza de sus vestidos. Unos tenían todavía un trozo de saco; otros carecían de camisa y cubrían sus espaldas desnudas con un ponchito de franela; a algunos les faltaban los pantalones o sólo disponían de fragmentos, cubriéndose el cuerpo con un simple chiripá. Sus vestimentas inspiraban piedad mezclada de admi-

Noviembre

ración; sus rostros fatigados, quemados por el sol, agregaban todavía dignidad a su porte marcial. No habían sido provistos de ropa desde su partida, y es sabido hasta qué punto dos años de campaña, en medio de desiertos donde se está expuesto a todas las intemperies de las estaciones, destruyen rápidamente un equipo militar. Todos exigieron el pago de sus sueldos, atrasados desde hacía mucho tiempo. Para que tuvieran paciencia, se entregó (a los soldados solamente) la novena parte de lo que se les debía, prometiéndoles completar poco después la suma, y se licenció a una parte de ellos; pero no se quiso dar nada a los oficiales. Los heridos y las viudas reclamaron el cumplimiento de la promesa formal del congreso nacional, que les asignó el sueldo en parte o en su totalidad para el resto de sus días; pero los tiempos habían cambiado y, lo mismo que en muchas otras repúblicas americanas, los desdichados lisiados del ejército fueron reducidos a la condición de tener que mendigar para vivir. Ello es probablemente lo que inspira a ciertos habitantes de la campaña una invencible aversión al Estado militar. Había muchos descontentos. Los oficiales subalternos y los soldados se quejaban de la rapacidad de sus superiores, que se habían enriquecido con la guerra, mientras que los otros habían perdido por completo el tiempo y expuesto gratuitamente su vida.

Las cosas estaban en ese estado y todos esperaban un movimiento en Buenos Aires. Por mi parte, aguardaba pacientemente el curso de los acontecimientos, esperando siempre la realización de mi viaje de descubrimiento. El gobernador, a quien vi poco después de la llegada de las tropas, me invitó a hacer preparativos, agregando que se ocupaba de ayudarme y que me encontraría con mi amigo Parchappe, encargado de las observaciones geográficas; alenté todavía una esperanza, la última que me quedaba, porque los campos estaban infestados de indios y las comunicaciones con Chile estaban parcialmente interrumpidas. Había depositado mis colecciones, algunos meses antes, en casa del cónsul general de Francia y esperaba impacientemente la partida. Había reservado mi paso por la Patagonia y me había munido de recomendaciones del gobierno para el comandante de la colonia del Carmen.

El 1 de diciembre por la mañana mi criado me informó que había estallado una revolución, que la plaza de la Victoria estaba ocupada por las tropas.

1° de diciembre

No quise creerlo, pero el ruido de algunos jinetes armados que pasaban frente a mi puerta no tardó en convencerme. Me dirigí al teatro de esa sublevación militar. Los cañones, apuntando en la calle que conducía a la plaza, me anunciaron por sí mismos, con la muchedumbre que se dirigía hacia allí, que había tumulto; al llegar, vi un regimiento de lanceros, uno de coraceros y todos los preparativos de gue-

rra. Las mismas disposiciones tenían lugar en el fuerte, donde piezas de artillería, apuntando a la ciudad, sólo esperaban la señal para hacer fuego. Yo estaba en bastante buena compañía; la concurrencia era numerosa y, hasta entonces, no se había disparado un solo tiro de fusil. Los soldados demostraban calma y los ciudadanos que se mezclaban con ellos parecían tan tranquilos como en un día de fiesta. Recogí de sus labios los siguientes detalles sobre el comienzo del movimiento insurreccional: durante la noche del 30 de noviembre al 1 de diciembre, el gobernador Dorrego se enteró de que la primera división del ejército se preparaba a sublevarse; envió al general Lavalle, que mandaba las tropas, un ayuda de campo para hacerlo venir. Ese jefe respondió que iría pronto a expulsar al gobernador de un puesto que no debía ocupar; en efecto, al amanecer, el regimiento de infantería marchó sobre la plaza, mientras que los lanceros y cazadores se apoderaban del parque de artillería. A las cuatro llegaron los lanceros, con el general Lavalle y muchos otros oficiales; pronto se les unieron los coraceros. Un regimiento estaba en el fuerte, con los ministros Guido y Balcarce. Hasta ese momento, la ciudad permanecía en una tranquilidad perfecta, cuando a las siete el general Martínez salió de la fortaleza y fue en comisión al encuentro de Lavalle. Se supo por él que Dorrego había huido a las cuatro de la mañana, sin dejar a nadie en su lugar; Buenos Aires carecía, pues, de poder ejecutivo. La diputación pidió al general Lavalle que dejara al congreso decidir sobre sus pretensiones. Este se negó, porque sus agravios se extendían a la cámara misma, compuesta de partidarios del gobierno; y porque, además, Dorrego había abandonado su puesto y, en consecuencia, todas las autoridades habían caído con él. Correspondía, pues, al pueblo deliberar sobre su suerte futura. Lavalle dio una proclama, donde declaraba haber tomado las armas no para gobernar, sino para liberar a sus conciudadanos; y les advertía que, habiéndose retirado el jefe de la administración, ellos debían ocuparse de designar otro.

Los ministros resolvieron poner sus carteras en manos de aquel que la nación eligiera; esa decisión tuvo lugar a la una. A partir de esa hora una muchedumbre inmensa se dirigió, en el mayor orden, a la iglesia de San Francisco, donde fue elegido presidente de la asamblea don Julián de Agüero. Leyóse una proclama de Lavalle, en la cual decía que ese movimiento no había costado una lágrima a Buenos Aires; que se había hecho en interés público y que sabría respetar inviolablemente las decisiones del pueblo. Se votó, y el general Lavalle fue elegido Gobernador y Capitán General de la provincia.

Así terminó una revolución iniciada por la mañana, sin librar batalla y sin más desorden que el provocado simplemente por la recepción de un nuevo

jefe. Por la tarde una calma profunda reinaba en la ciudad, como si no hubiera pasado nada; los habitantes parecían satisfechos; cada uno se dedicó a sus ocupaciones, como la víspera. Había visto, con sorpresa, establecerse el nuevo orden de cosas; y no podía concebir que no hubiera un solo descontento. Todo Buenos Aires parecía tener la misma opinión: era muy ciertamente el triunfo del Partido Unitario, al cual pertenecía la mayoría de sus habitantes; pero, si tal era la opinión de la ciudad, las campañas le eran siempre opositoras, así como al progreso; y estaban movidas por hombres poderosos. Sus habitantes formaron *montoneras* (o guerrillas) bajo las órdenes de Rosas y Dorrego, y pronto hubo luchas en todas partes. Esa calma aparente de la primera jornada debía ser apagada con muchas lágrimas; una guerra de exterminio debía comenzar. La madre vería a sus hijos combatirse encarnizadamente e inmolarse a sangre fría por opiniones políticas. La ciudad, con los extranjeros, estaba con el Partido Unitario, y la campaña, en masa, se declaró por el Partido Federal, uniéndose hasta con los indios de las pampas, antes sus enemigos, para asolar a sus hermanos. Lavalle designó al general Brown gobernador provisorio y se dirigió con sus tropas a la campaña, donde lo dejaré por el momento. Habiéndose prohibido la partida de barcos, temiendo que llevaran noticias a las tropas de afuera, esa medida atentaba también contra mi embarque; y, en espera de que el gobierno me permitiera ponerme a la vela, diré algunas palabras sobre Buenos Aires.

Después de lo que se acaba de leer de su historia, me faltaría hablar de la ciudad y de sus habitantes; pero como esas materias han sido tratadas varias veces por otros viajeros[34], me limitaré a fijar la atención de mis lectores sobre los edificios más notables de la capital argentina y sobre algunos aspectos característicos de sus costumbres.

Buenos Aires está situada a la orilla occidental del Plata, en la cima de un pequeño acantilado elevado a unos sesenta a setenta pies sobre el nivel del río. De la rada, presenta una línea de casas de la que sobresalen cúpulas y campanarios de iglesias; y su desarrollo la hace aparecer más importante de lo que es en efecto, porque, desde la Recoleta hasta Barracas tiene una serie casi ininterrumpida de construcciones con terrazas, en medio de la cual se distingue el fuerte que domina la pequeña rada, los edificios construidos sobre la

34 Vidal, *Buenos Ayres pittoresque*; María Graham, *Residence in Chile*, 1824; *Haigh's sketches of Buenos-Ayres; Mier's travels in Chile and Plata; Schmidt-Meyer's travels into Chile*; y especialmente *Voyage de M. Arsène Isabelle a Buenos- Ayres et a Porto Alegre* (Hayre, 1835), etc.

pendiente del acantilado y al pie mismo, como los que están en la alameda del *Bajo* o el paseo de orillas del río, plantado con ombúes. Buenos Aires, vista desde el Plata, tiene algo de imponente: el río está animado de un veloz movimiento, debido sea al desembarco de las mercaderías por medio de carretas con altas ruedas, que van por el agua a buscar los bultos hasta la rada exterior; sea a la presencia de las lavanderas, ubicadas sobre el tapiz verde de la costa, del lado norte; sea todavía a las numerosas carretas altas como casas, que ruedan sin cesar en línea al pie del acantilado; y todo eso concentra un gran comercio. La ciudad está sobre un plano horizontal, dividida metódicamente en bloques de casas absolutamente iguales entro sí y de ciento cincuenta varas de cada lado, separados por calles rectas y de igual anchura. Esas calles están, en las seis a ocho primeras cuadras, provistas de una vereda poco ancha y de una calzada empedrada. Digo las ocho primeras cuadras, porque no hay realmente más que ese trecho empedrado; es inconcebible el estado en el que se halla el resto. Las lluvias forman barro con la arcilla del suelo; las carretas cavan las calles; las aguas arrastran ese lodo cuando hay una pendiente; entonces las veredas llegan a tener tres o cuatro pies de altura sobre la calle; o, si no hay pendiente, el fango se amasa y forma un canal de lodo, que sólo desaparece en los tiempos secos. Si, empero, tenéis necesidad de pasar de una vereda a otra y ha llovido, os veréis obligados a ir hasta la esquina, porque allí solamente los vecinos caritativos han procurado una salida a los peatones, colocando, de tanto en tanto, en medio del agua o del fango, montículos de ladrillos sobre los cuales se pasa, saltando del uno al otro, a riesgo de caer dentro; cuando el tiempo es seco se camina, por el contrario, en medio de un polvo que se mueve. Las veredas próximas a la plaza de la Victoria están empedradas con piedras de talla; en las otras calles hay ladrillos, sostenidos exteriormente por trozos de madera. Esos ladrillos, aunque colocados de pie, unos se gastan por el frotamiento; otros, más duros, resisten más; así resultan desigualdades sin número, donde el peatón no acostumbrado tropieza incesantemente. Otra grave dificultad de la circulación por esas veredas es la manera viciosa de construir las ventanas, que son, en la planta baja solamente, de rejas o cajas de hierro, salientes a la calle por lo general un pie, y, además de ser muy feas, es muy difícil que los extranjeros no choquen con los hombros, cuando se acercan demasiado a las paredes.

Pero esas rejas de las ventanas, primero maldecidas por ellos, se convierten pronto en su pasión. Es allí que, un hermoso día de verano, verán, todos los atardeceres, a las más bonitas mujeres indolentemente sentadas sobre una alfombra, la cabeza adornada de su más bello adorno natural, con su enorme

peinetón de carey, teniendo en la mano el indispensable abanico; vestidas elegantemente, observan a los paseantes con una curiosidad a menudo más picaresca que discreta, diciendo lo que piensan de manera de ser oídas, esperando los saludos de sus amigos, que van siempre a conversar un momento con ellas... Es verdad que la incomodidad de las rejas, que se siente principalmente de noche, se olvida y que no se piensa en otra cosa que en ver y volver a ver a aquellas que las adornan con su encantadora presencia.

Los últimos bloques de casas, del lado de la campaña, se resienten algo por falta de cuidado de la policía. No están tan bien alineadas y presentan siempre muchas lagunas; por eso, a menos de ir a caballo, es realmente imposible, cuando llueve, andar, lo que hace que no se vean más que jinetes y malas casuchas, habitadas sea por agricultores, sea por los carreteros que pululan en la ciudad.

Si echamos una ojeada a los monumentos poco tendremos que decir. La plaza de la Victoria nos dará, mejor que el resto, una idea de esa ciudad, lo que me ha decidido a reproducir una parte de ella en la sola vista de Buenos Aires que creo mi deber publicar. Comprende la Recova monumentos de construcción morisca, que da frente al cabildo o palacio de justicia; es realmente una de las construcciones más regulares de la ciudad. Presenta una especie de arco de triunfo en el medio y, de cada lado, galerías donde se estacionan los comerciantes de vestidos confeccionados por las gentes de la campaña, lo que contrasta con el resto, que tiene un aspecto bastante majestuoso. Arriba hay una terraza provista de balaustradas de hierro y de pilastras con vasos de porcelana barnizada. Parece, de acuerdo al dibujo de la fachada septentrional, que se tenía la intención de continuar la Recova por otros lados, pero la ejecución de ese proyecto ha sido interrumpida a mitad de la longitud de esa manzana. En medio de la plaza hay una pirámide u obelisco informe, rodeado de rejas de hierro; esa plaza no está empedrada; está cubierta de una arcilla de igual clase que la de las pampas; asombra ver, en una ciudad donde la mitad de las calles están empedradas, que la plaza principal, centro de los negocios, no lo esté. Como ya lo he dicho, sobre el lado opuesto a la Recova está el Cabildo, monumento de un piso, provisto de una galería semejante, aunque mayor a la de todos los cabildos que ya he descrito. La fachada meridional está ocupada por una catedral, cuyo frontis está en construcción y espera, desde hace mucho tiempo, que el gobierno tenga con qué pagar los capiteles de estilo corintio en bronce que encargó en Europa para coronar las columnas. Fuera de la plaza de la Victoria, los monumentos son iglesias: la de Santo Domingo, célebre por la reconquista sobre los ingleses; la de San Francisco, el colegio de los Jesuitas, la Residencia, la Recoleta, San Juan, etc.; un teatro no terminado o coliseo, que debía reemplazar al antiguo, más mediocre, y mu-

chos otros establecimientos públicos de poco interés, en cuanto al exterior. Las casas particulares presentan, hasta cierto punto, más progresos que los edificios públicos. Las principales calles están adornadas de hermosas construcciones a la española, todas con azoteas. Desde hace algunos años ha comenzado a sentirse afición a las construcciones francesas, y dos arquitectos franceses han construido ya hermosas casas con balcones, sobre todo en la calle Florida.

Algo que todo extranjero encontrará siempre cómodo en Buenos Aires es el alineamiento de las calles. La ciudad está a lo largo, de norte y sur, a orillas del Plata; y todas las calles siguen esa dirección o la cortan en ángulo recto, como aquellas que parten del río hacia la campaña. Para no multiplicar los nombres, como sucede tan mal en París y en casi todas las ciudades de Francia, ellas conservan el suyo en todo su largo; y si parten del río hasta la campaña, su numeración va de la costa hacia el interior. En aquellas que son paralelas al Plata, habría sido imposible establecer una serie no interrumpida de números, de haber conservado el mismo nombre en toda longitud, porque sería necesario cambiar la numeración a medida que se alargaran. La medida que se tomó obvió todas las dificultades. Las calles que parten de la de la Victoria y de la plaza del mismo nombre, cortan transversalmente la ciudad en dos y cambian de nombre según van hacia el sur o hacia el norte, de manera que los números, partiendo del centro de la ciudad, pueden aumentar a medida que se construye hacia fuera de la ciudad, lo que tiene lugar tan rápidamente que el crecimiento de Buenos Aires es algo extraordinario. Ha duplicado su extensión desde comienzos de siglo. Con posterioridad a la revolución se creyó conveniente reemplazar los nombres de santos por los de lugares donde se obtuvieron victorias sobre los españoles, o bien, simplemente, por los de las provincias; se ven así los nombres de Potosí, Chacabuco, Florida, etc. Puede decirse, en una palabra, que Buenos Aires es, en todos sus aspectos, la ciudad más europea de toda la América meridional.

Después de haber visto el exterior de las casas, si se quiere penetrar en el interior se hallará casi siempre uno o dos grandes patios, rodeados de cuerpos de construcciones, cuyas ventanas dan hacia aquélla; todo es sencillo, pero bien dispuesto. En las casas de los funcionarios o de los comerciantes hay mucho lujo. A menudo ese lujo está en razón directa de la fortuna del propietario, pero, más a menudo todavía, por encima de ella; así todo se privilegia a lo exterior. Hay por ejemplo, dando a la calle, una lujosa sala, bastante bien decorada, amueblada con un piano, un sofá, sillas americanas[35] de madera, bien

35 Son las sillas más a la moda en Buenos Aires. Son hechas toda de madera, y si bien son lujosas, son también muy incómodas y muy duras.

doradas, de colores brillantes; esa sala es el lugar de recepción de las damas. En esa habitación, una gran puerta abierta deja ver un dormitorio, provisto de un lecho suntuoso y de muebles análogos. El porteño se siente encantado cuando oye decir a los paseantes: "¡Qué bonito salón! ¡Qué bonitas dependencias!". Esa satisfacción, y la de ver a su mujer llevar los vestidos más apropiados para despertar la envidia de sus amigas, colman su orgullo; no da importancia al hecho de carecer de comodidades en su casa; por eso no es raro ver esas casas, magníficas en apariencia, carecer de lo estrictamente necesario, sea para comer, sea para las comodidades interiores del menaje.

En esas grandes salas, las señoritas de la casa pasan todo el día sin hacer nada, o bien estudiando contradanzas españolas, o valses, o el acompañamiento de una nueva romanza, que deben cantar al atardecer, porque si las visitas son raras de día, los atardeceres traen las horas de las reuniones (*tertulias*); entonces, cuando hay muchas personas, se conversa y se critica; las mujeres muestran la mayor amabilidad y una vivacidad espiritual realmente rara; se baila el minuet, el montonero, la contradanza y el vals. La alegría más expansiva se une a un dejar hacer, a un abandono que no excede, empero, los límites de las conveniencias, aunque libres de esa reserva amanerada que las madres imponen a sus hijas en nuestra sociedad europea. Las señoritas participan en todas las conversaciones, agradando con su espiritualidad, sobre todo cuando se trata de criticar; siempre vivaces, alegres y encantando las reuniones, tanto por la manera de expresarse como por la gracia que despliegan en los bailes del país; es verdad que a ello se limita la educación de la mayoría de ellas.

Si se trata de una reunión privada y llega una visita, después de los cumplidos de uso a la madre, es raro que las señoritas no se levanten espontáneamente para ir al piano, sea para tocar algunas contradanzas, sea para acompañarse, mientras cantan una romanza; lo que proporciona a la visita un tema de conversación. Si el visitante es músico, puntea la guitarra, se le obliga a cantar, de preferencia un *triste* (romanza) lánguido, que las señoras prefieren y que hacen repetir muchas veces. Esas veladas amistosas son tanto más agradables cuanto que en ellas reina mucha alegría y la alegría no decae nunca.

Si uno se levanta muy temprano en Buenos Aires, donde nadie es madrugador, ni siquiera los obreros, se ve al principio completamente solo en las calles, que están todavía bajo el dominio de numerosas ratas, que salen de los albañales de las casas y que se divierten con toda libertad, como si estuvieran en casa propia. Pronto, sin embargo, la ciudad despierta: se ven en primer lugar las carretas de los pescadores que regresan de la playa, cargadas de pescado; como, por orden de la policía, no pueden vender el de la víspera, están

obligados a ir a pescar todos los días, antes del amanecer; arrojan una o varias veces la red, arrastrada por caballos, y la carreta se carga de hermosos peces, que conducen al mercado. Las carretas que van a la playa a descargar las mercaderías y sirven de desembarco a los marineros que llegan a bordo, marchan en grupo, de la campaña al río. Impresiona la altura de sus ruedas; llevan uncidos dos caballos y son conducidas por un gaucho montado sobre uno u otro, y que cuida poco a los pobres animales, que se compran a bajo precio en la provincia. Vienen después los aguateros, trepados en el yugo que une a los bueyes de la yunta, mientras que una campanilla, atada a un montante, anuncia su paso. Luego llega toda suerte de vendedores a caballo; los lecheros, niños, de cuclillas en medio de los tarros de lata llenos de leche; o los distribuidores de pan, sentados entre dos grandes canastas de cuero llenas de panes gruesos como el puño o más pequeños, según la abundancia o la escasez de las harinas, porque, debido a una extravagante costumbre, el pan siempre vale lo mismo; siempre se dan ocho o diez y seis por un peso (cinco francos); pero disminuye de tamaño, a medida que la harina se encarece o que el peso papel pierde su valor. Durante el bloqueo de los portugueses, se podía comer fácilmente una docena de esos panes, y a tal punto eran reducidos, que se consumían en uno o dos bocados. Los vendedores de aves y de frutas recorren también las calles, así como los obreros de toda clase que se dirigen a sus talleres. Las lavanderas negras o mulatas más o menos oscuras, con la cabeza cargada con una gran *batea*, en la cual llevan la ropa y el jabón, se dirigen al río fumando gravemente la pipa y conduciendo la pava destinada a hacer calentar agua para su mate, porque ellas nada hacen, lo mismo que los demás trabajadores del país, antes de haber sorbido, a menudo sin azúcar, su bebida favorita. A las ocho comienza el día para los comerciantes; abren sus negocios, se ubican frente al mostrador o se dedican a desempaquetar las mercaderías. La ciudad presenta, entonces, el aspecto de todos los puertos importantes: se ven las carretas cargadas de mercaderías, hombres de negocio de todas las naciones; se oye hablar todas las lenguas a la vez por los paseantes, a quienes el carretero o el obrero del país trata de *gringos*, de *carcaman*[36]. Unicamente los hombres circulan durante el día, y el movimiento es tal que parecería que acontece algo extraordinario; hasta ese momento no se ven, en las calles, más que esclavos, o por lo menos criados o extranjeros; las porteñas muy raramente salen antes del atardecer.

A las dos, el movimiento cesa de golpe: todos los negocios, todas las tiendas, se cierran; los carreteros se retiran, los comerciantes y los empleados de la

36 Palabras de desprecio con las cuales se designa a todos los extranjeros.

administración regresan a sus casas. Ha comenzado la siesta. No se ve ni siquiera un indio por las calles, que están desiertas y recuerdan el silencio de la noche; ¡desdichado quien algo necesita! Todas las puertas le están cerradas; solamente un pequeño número de extranjeros circulan todavía; o bien los changadores duermen en las esquinas, esperando la reanudación del trabajo. A las cinco se reinicia el movimiento y, lo mismo que el de la mañana, dura hasta el atardecer; al llegar la noche, termina el comercio al por mayor. El panorama cambia por completo para dejar paso al triunfo de las mujeres. Las carretas ya no atestan la ciudad. Regresan a los suburbios así como los hombres a caballo. La ciudad se hace por segunda vez silenciosa; pero por poco tiempo. Cuando se encienden los faroles, las señoras salen de sus casas, para ir a visitar las *tiendas* (negocios de telas, novedades, quincallerías, etc.); se las ve en largas falanges, compuestas a veces hasta de veinte, que no son, sin embargo, más que una sola familia. Marchan con lentitud balanceándose muellemente y agitando el abanico con una gracia encantadora: es la abuela, todavía hermosa; la madre, las hijas y las tías, acompañadas de sus criadas, negras, mulatas o indias. Se detienen a cada paso para responder a las preguntas de las otras familias que encuentran, y entonces el tráfico por la calle es interrumpido; luego entran en cada negocio, hacen desplegar todas las telas, se hacen mostrar los guantes, las peinetas, los abanicos; y, después de haber puesto todo en desorden, se retiran sin comprar nada, para reiniciar, no lejos de allí, la misma operación. Los dependientes de la tienda se quejan de que esas visitas no son, a veces, del todo desinteresadas, pero no trataré de descubrir qué sentido le dan a esta acusación. Las mujeres se pasean así hasta las diez; regresan entonces, y las calles, poco antes repletas de las bellezas más impresionantes del mundo, vuelven a estar desiertas y silenciosas. Ni a las mujeres más ricas del país se las ve trasladarse en coche; todas prefieren ir a pie; bien distinto, pero únicamente en esto, de las de nuestras capitales. Los cafés, sin embargo, están todavía repletos de hombres entregados al juego, pasión que los domina tanto como la de las mujeres; se los ve, alrededor de los billares, jugar a las cartas con tanto encarnizamiento y fuego como si se tratara, para ellos, de la más brillante conquista de Buenos Aires. Salen finalmente poco a poco, encendiendo sus cigarros, y comienza el silencio de la noche. ¡Desdichado entonces quien se aleja del centro de la ciudad o se retira demasiado tarde, si no está armado de unas buenas pistolas!, porque podrá ser robado en las mismas calles, cerca de la plaza, por gentes que, con el cuchillo en el cuello, le obligarán amablemente a desvestirse.

Si, en vez de permanecer en la ciudad al acercarse la noche, descendemos en dirección al Plata, veremos, si hace buen tiempo, a muchos caballeros y

señoritas[37] pasearse por el medio de la alameda del Bajo. Las extranjeras son las que allí abundan numéricamente: son francesas, inglesas y alemanas, que prefieren tomar el fresco a amontonarse en las calles; cuando se mezclan, los días de fiesta, a las señoras del país, a pesar de los prejuicios nacionales, las porteñas llevan la palma por la elegancia de su porte, el vestido, el aliño y, más aún, por la delicadeza de sus facciones; puesto que si, en otros lugares, se trata de descubrir a la mujer bonita en un paseo público, en Buenos Aires se buscaría en vano una desheredada de la naturaleza. Todas las porteñas son hermosas, bien formadas y unen, en general, a todas esas condiciones, la majestad de los rasgos españoles y la más bella sangre que se pueda encontrar. Las chilenas, ensalzadas en América, no pueden en nada rivalizar con ellas, ni tampoco las mujeres de Lima, tan célebres entre los peruanos; y diría que tampoco en ninguna parte de Europa he visto una población más hermosa de hombres y mujeres que en la capital argentina.

Al pasearse por la alameda, uno tiene frente al Plata: las aguas están bajas, por lo general; y, entonces, una playa de arena de más de media legua se extiende a la vista. Si está seca, la cubren hombres a caballo y carretas de altas ruedas, que se cruzan en todas direcciones para descargar los alijadores. Cuando llega el atardecer, esa playa se cubre de familias de todas las clases que van a bañarse al río; se ven, en todas partes, pequeños grupos, jugando con las olas. Algo más lejos, los hombres se hacen conducir en carretas muy adentro del Plata y, después de quitarse la ropa, se bañan. Tales son, para muchas personas, las diversiones de los atardeceres estivales mientras otras se pasean por las calles, atormentando a los dependientes de tienda.

Si, en vez de descender hacia el río, seguimos paseando hacia el norte, llegaremos pronto a esas numerosas concentraciones de carretas que hacen viajes a Mendoza, Salta y Córdoba; veremos esas jaulas ambulantes alineadas unas junto a otras, reconocibles por el gran cántaro que llevan detrás, utensilio indispensable para pasar por los desiertos; al lado, divididos por regiones, están los hombres medio desnudos o, por lo menos, mal vestidos; son los carreteros, los picadores, los boyeros y los capataces de una caravana, sentados en tierra o acostados alrededor de un brasero, donde hacen asar las costillas de vaca puestas en un asador de madera. Algo más abajo, los jóvenes se pasean a caballo, desplegando su destreza al regreso y atravesando las calles más frecuentadas, para hacerse notar de las señoras ubicadas en las ventanas.

---

37 Señorita quiere decir, en español, *demoiselle*. Es un diminutivo de señora (dame); pero en Buenos Aires no se aplica la palabra *señora*, ni siquiera a las de edad; prefieren que se las llame señorita a toda edad, y quien no lo hiciera sería considerado mal educado.

Los habitantes de la ciudad son tan parlanchines como los de la campaña taciturnos. Se expresan con la mayor facilidad y hasta con elocuencia; dotados de mucho ingenio natural y de una prodigiosa memoria, discurren sobre cualquier asunto con el mayor aplomo, como si dominaran en realidad la materia que tratan. Asombra, sobre todo, ver a los jóvenes abordar los problemas más importantes de la moral y del derecho, extenderse sobre teorías de economía política, hablar de industria, bellas artes, literatura, y pasar, sin esfuerzo, de un asunto a otro, empleando los términos técnicos más rebuscados y no pareciendo nunca suponer que su auditorio esté en condiciones de juzgar y de reconocer que toda esa charla oculta, en algunos, mucha ignorancia y un charlatanismo apoyado por algunos estudios superficiales y lecturas hechas a la ligera, con más avidez que discernimiento. Esos hermosos parlanchines siempre están dispuestos a apropiarse de las ideas de otros; por eso difícilmente aplauden un feliz pensamiento. Si no lo reciben con aire desdeñoso, por lo menos procuran disminuir el efecto por medio de alguna objeción más o menos aceptable, teniendo siempre mucho cuidado de grabarlo en la memoria, aguardando la primera oportunidad favorable para reproducirlo y darse corte. Presentadles la menor indicación, o dejadles entrever el menor indicio de un proyecto cualquiera, se apoderan de él con la mayor sagacidad, entran en los detalles más minuciosos y lo embellecen con todos los adornos que les proporciona la imaginación que los caracteriza. Mientras sólo se trate de teorías, de planes a realizar, contad con los porteños. Los porteños son inagotables y la fecundidad de su espíritu no parece tener otros límites que los de su manera de vivir; pero, ¿sucede lo mismo cuando se trata de llevarlos a la práctica? El hombre que hace un momento se extasiaba con nosotros acerca de las maravillas de la gravitación, por ejemplo, o sobre los resultados de los más hermosos problemas de la astronomía, ¿puede hacer una regla de tres, o llevar las cuentas de los gastos de su casa? ¿Sabe mantener el orden de su hogar aquel que nos ha desarrollado los planes más sabios de la economía política? El primer contacto con los porteños lisonjea e impone; pero, ¿no nos desengañamos a veces? Un alemán, que no los juzgó favorablemente, tuvo la audacia de hacer grabar y emplear un sello de armas de la República con la siguiente leyenda: *Ni palabra mala, ni obra buena*, en otros términos, nada malo en la teoría, nada bueno en la práctica. Esta insolencia, aunque fuera justa en algunos aspectos, no podía, debemos convenir, ser tolerada por hombres a quienes ofendía directamente, y se castigó al bromista con la expulsión.

Es bien triste que, dotados en tal forma del genio emprendedor, los porteños se ocupen a menudo de cosas tan superficiales. Podría citar varios ejem-

plos que demostrarían lo que acabo de adelantar, tanto en favor como en contra de ellos; asimilan con la mayor facilidad las materias más abstractas y las fijan para siempre en su cabeza. Aprenden los idiomas extranjeros con una rapidez asombrosa: el estudio del inglés y del francés no es nada para ellos; su memoria es realmente notable. Un comerciante porteño, que conocí en Corrientes, decidió aprender los nombres de todos los santos del calendario español de todos los días del año, y cumplió en muy poco tiempo esa difícil tarea, de manera de responder siempre bien a las preguntas que se le formulaban a este respecto, tomando indiferentemente el almanaque por el principio o por el fin. Los porteños aprenden los versos con igual facilidad; ¡no es lamentable verlos echar a perder tantas cualidades con una seguridad que descansa, por lo general, en tan pocos conocimientos verdaderos!

Un joven, que pasaba por instruido, vino un día a mi casa con la intención de ocuparse de historia natural; entre otras cosas, le pregunté si había estudiado ciencias físicas. Me respondió, sin desconcertarse, que conocía perfectamente todas, confesando empero que sólo había seguido un curso de seis meses, hecho que me recuerda la siguiente anécdota: el general S..., comandante del ejército que Buenos Aires oponía a los santafecinos, creía tener necesidad del mapa de la parte de la provincia que se extiende desde el Río Areco hasta el Riachuelo, espacio de alrededor un grado de longitud por otro tanto de ancho. Hizo llamar al ingeniero S..., empleado de su Estado Mayor, y le preguntó cuántos hombres necesitaba para levantar ese mapa. S... le dio un número. "Están a su disposición –le respondió bruscamente el general–. Monte a caballo y tráigame el mapa mañana a mediodía". Nuestro ingeniero se halló, como puede imaginarse, en un gran aprieto, no osando hacer sentir a su superior lo ridículo de tal orden. Un expediente muy hábil lo sacó del apuro. En el mismo Estado Mayor había un oficial francés que dibujaba pasablemente; S... lo fue a buscar y le encargó que le hiciera, de inmediato, un proyecto de croquis del trabajo que pedía el jefe común, seguro de que éste no pediría una exactitud absoluta. El oficial se encargó de la tarea y el mapa fue entregado a tiempo.

Los habitantes aprecian poco las bellas artes. La naturaleza del país es grandiosa, pero nada tiene de pintoresco, ni exalta el pensamiento. Nada de bosques para las dríadas y los faunos; sólo hay aguas estancadas salobres y fétidas para las náyades. Nada de imperio para Flora. ¿Qué divinidad habrían colocado los griegos en el vasto desierto de las pampas? Su fecunda imaginación habría, sin duda, sentado al genio de la Soledad, como Camoéns puso en el cabo de Buena Esperanza el de las Tempestades; pero los pobladores no ven más que pastos y cardones, y los indios su *gualichu* o genio del mal.

La revolución ha producido pocos de esos hombres que surgen generalmente durante los grandes sacudimientos políticos y que se muestran superiores a su época y a sus conciudadanos: la mayoría de los que han llegado a los primeros puestos, formados en un momento de necesidad, han salido de la clase de los abogados; y, salvo un número muy pequeño, que viajes a Europa o estudios tardíos, pero realizados con perseverancia y buena inteligencia, han puesto en condiciones de emplear su talento; en otros se agrega a los prejuicios y nociones erróneas de la educación más viciosa, el fruto de lecturas superficiales realizadas sin orden y sin juicio. Los jóvenes enviados a Europa con el fin de educarse no han justificado siempre las esperanzas puestas en ellos; y, carentes de buenas directivas, no han aportado, por lo general, más que conocimientos mediocres. Una extrema frivolidad, el placer de darse corte, la pasión del juego y de las mujeres, casi inutilizan las brillantes disposiciones con que la naturaleza ha dotado a los criollos americanos; y, en medio de la corrupción general de las costumbres, la república tiene pocas esperanzas de ver surgir de su seno un Alcibíades.

El espíritu de rapiña y dilapidación ha hecho tales progresos en medio de los desórdenes políticos de Buenos Aires, que algunos funcionarios, no contentos con vender la justicia y enriquecerse así, llegan a considerar que todo lo que pertenece al Estado es buena presa, y a cada cambio de gobierno se produce un saqueo general. Después de determinada revolución no se halló en la oficina del ministerio un solo escritorio, ningún mueble, ningún utensilio. Se me ha asegurado asimismo que, después del movimiento de diciembre, uno de los miembros de la representación nacional hizo sacar las persianas de las ventanas de un apartamento del lugar de sesiones y se apropió de un cofre de hierro donde se guardaban los registros, reemplazándolo por una caja de madera. El guardián de los archivos hizo transportar a su casa las sillas de su oficina, dejando estupefacto a su reemplazante que no halló nada donde sentarse. Las armas y las municiones son a menudo objeto de un tráfico escandaloso y la República Argentina, que es poco importante desde el punto de vista de su población, ha consumido tal vez más armas desde la declaración de su independencia que algunos Estados de Europa en el transcurso de prolongadas guerras. Algunos jueces sacan también buen partido de la justicia: generalmente es el litigante que paga más que lo que gana con el juicio; y determinado magistrado recibe de ambas partes al mismo tiempo; esta costumbre es hasta tal punto común que se habla de ella públicamente, y aquel cuyos derechos son más evidentes, pierde el pleito si no los apoya con regalos.

Entre las causas de prolongación y continua renovación de la anarquía, debe colocarse la prodigalidad y los vicios de algunos de los habitantes; por-

que, si todos aquellos que desde el principio de la revolución han dilapidado la hacienda pública y se han enriquecido por exacciones de todo género, hubieran conservado bienes muy a menudo mal adquiridos, estarían por lo menos interesados en el mantenimiento del orden y en la estabilidad de las instituciones; pero la mayoría, habiendo por el contrario disipado rápidamente su patrimonio y el fruto de sus rapiñas, han favorecido la agitación y el desorden, con la esperanza de ver renovarse para ellos las probabilidades que ya les fueron favorables. Así es que las provincias del Plata, sin haber tenido, por así decirlo, enemigos que combatir, sin haber creado ningún establecimiento duradero, sin haber hecho muy grandes progresos en la industria y en la agricultura, han arruinado a los capitalistas españoles, se han empobrecido sucesivamente de hombres y dinero, y han contraído una deuda enorme, que jamás podrán pagar[38].

Azara hizo notar, ya en tiempos de los virreyes, que las leyes carecían de fuerza y que siempre resultaba fácil a los habitantes eludirlas. La revolución no ha hecho más que aumentar esa blandura de una parte y esa facilidad de la otra. Los volúmenes de leyes y decretos, publicados a porfía por cada uno de los gobiernos que se han sucedido con tal rapidez, no han mejorado la administración pública, ni procurado más garantías a la propiedad y a la seguridad individual. Puede decirse que las leyes se echan al olvido tan pronto como se promulgan, hasta por los magistrados que las proponen y discuten; y que la mayoría de los ciudadanos no se inquietan, de ninguna manera, ni aun por aquellas que se publican en el Boletín. No extrañará, por lo demás, la inutilidad de las leyes, cuando se sepa que no se consigue el cumplimiento del más simple reglamento de policía. No es que la población oponga una resistencia abierta a la autoridad; posiblemente, al contrario, no puede ser más dócil; pero la indolencia de los habitantes los hace enemigos de toda especie de disciplina y presenta una fuerza de inercia que solamente podría vencer la energía de la administración. Es, sin duda, para combatir esa blandura de los habitantes, que el gobierno español tenía la costumbre de hacer proclamar cada año las ordenanzas y de recordar los reglamentos de policía por bandos publicados al son del tambor, costumbre que se conservó hasta algún tiempo después de la revolución. Luego se ha pensado que bastaba a los republicanos tener carteles,

---

38 Hay injusticia y exageración en esos juicios de D'Orbigny. Olvida el estudioso francés las guerras de la independencia, que demandaron hombres y dinero en forma considerable para el estado social del país; y su opinión superficial de los hombres de la revolución peca de maliciosa y falta de fundamento. (N. del T.).

diarios y un Boletín de leyes, pero la indiferencia por la cosa pública es más o menos la misma bajo el régimen de la libertad que bajo el de las leyes coloniales.

Una medida de policía que parece extravagante al europeo, y que los señores Rengger y Longchamp, en su *Essai historique sur le Paraguay*[39], señalan como ejemplo de la crueldad del doctor Francia, es la caza anual de perros. He visto cumplirse todos los años esa medida, completamente natural por lo demás, no solamente en Buenos Aires, sino en todas partes de la América meridional, y la considero completamente necesaria. Es de imaginar cuántos animales de esa especie deben pulular en un país donde la carne es tan barata; se multiplican tanto más cuanto, a menudo, se deja a una perra toda su camada, a la que se considera con la mayor indiferencia. Esos perros terminan por entorpecer a tal punto las calles, que uno se ve obligado a tomar muchas precauciones, caminando sobre las veredas, donde están acostados, con cuidado de no pisarles las patas y no ser mordido. La policía ha creído, pues, prestar un servicio a los peatones haciendo todos los años una batida general, que empero no hace disminuir sensiblemente el número. Esa sabia medida se extiende fuera de la ciudad, donde da lugar a crueldades reprensibles. Los pobladores de las campañas de la República Argentina crían, mejor dicho, dejan nacer alrededor de ellos una gran cantidad que se alimentan de los restos de la carne consumida en tan gran abundancia; cuando recorren los campos, son generalmente seguidos de la jauría, que los ayuda a reunir el ganado, dan caza a las perdices y tatúes y atacan valientemente a los jaguares, cuando los encuentran. Por la noche, los perros vigilan las casas e impiden la aproximación de las bestias; pero esos importantes servicios no son recompensados con la menor caricia. El insensible gaucho, que casi desconoce el amor, conoce raramente la amistad, sospecha apenas la existencia de los afectos familiares y trata a los animales tan duramente como a sus semejantes y a sí mismo. Los europeos ven con indignación, en las ciudades, a los peones de los *mataderos*, divertirse mutilando a los pobres perros que acuden en busca de despojos. Hasta los niños, educados desde temprano en la crueldad, se complacen en cortarles, a cuchillazos, las corvas, como ven a sus padres hacer con las vacas, y sus primeros juegos anuncian la ferocidad de sus costumbres futuras; porque, provistos de armas proporcionadas a su edad, los niñitos de la campaña se amenazan sin cesar, en sus luchas, con mutilarse o degollarse.

Abandono estos cuadros desagradables de las costumbres de los campesinos, para decir una palabra acerca de la manera de pronunciar el español en

39 P. 212.

Buenos Aires. La lengua es bastante mal hablada en las provincias del Plata; al castellano puro se mezclan una cantidad de términos provinciales y extranjeros; sin embargo, algo puede decirse a favor de América: es que en los lugares donde el idioma primitivo se conserva, como en el Paraguay y en Bolivia, el español está exento de jerga, como tan a menudo sucede en España; únicamente se puede acusar a Buenos Aires de una pronunciación viciosa, siendo la de los porteños afeminada. No sucede con el español lo que con el francés, tipo más o menos invariable, signo casi infalible del grado de educación de quien lo emplea. Es tal vez tan difícil hablar con pureza el uno como el otro; pero sin embargo, sobre todo en Buenos Aires, la manera de expresarse de los individuos no denota tan claramente la clase a la que pertenecen; lo que se debe, sin duda, a los hábitos provincianos; porque, a pesar de los cursos de la universidad y de las numerosas escuelas establecidas en la ciudad, es raro que un criollo se exprese correctamente y escriba con pureza. La falta en que caen muchos de ellos consiste en confundir la *i* con la *l*, como lo hacen en la pronunciación; así muchas personas escriben *llegua* por *yegua* y *yover* por *llover*. Este vicio uniforme del idioma parece nivelar a todas las clases de la sociedad; agreguemos a ello que la inteligencia y la facilidad natural de los criollos hacen que la conversación del pueblo sea casi tan florida y recaiga en las mismas materias que la de la alta sociedad; que el lujo, que ha conquistado hasta los reductos más humildes, haga comunes las modas a todos los rangos, especialmente en las mujeres; que, si hay alguna diferencia en el vestir, no consiste en la finura y valor de las telas; que hasta el tono y los modales desenvueltos de los hombres de buena familia (cosa que los *parvenus* tienen, entre nosotros, tanto trabajo para adquirir) son fielmente reproducidos por los diversos habitantes de los suburbios y hasta por los esclavos y gentes de color... ¿y qué conclusiones sacaremos?... Que no hay, por así decirlo, bajo pueblo en Buenos Aires. Sólo hablo, sin embargo, de la ciudad y separo completamente a los habitantes del campo, que forman una nación distinta.

Si, después de haber estudiado a los porteños, desde el punto de vista moral, pasamos al físico, se hallará, como lo he dicho, que es la gente más hermosa que se pueda imaginar, tanto por sus formas como por sus facciones. La población de las altas clases sociales está compuesta de españoles-americanos, como los denomina, con razón, el señor Humboldt, y raramente de sangre mestiza; por eso la piel es muy blanca y se ven con placer rubios, tan raros en el Perú y Chile. La raza española, en vez de alterarse, mejoró en Buenos Aires, así como en otras partes de América. En las clases pobres hay más mezclas, tanto con americanos como con africanos. Las clases altas quieren, aunque

renieguen de sus padres del punto de vista político, pasar todavía por ser de origen español; es hasta extravagante ver unir esas dos pretensiones tan opuestas. La clase pobre ha debido, necesariamente, repudiar menos el mestizaje; por eso se compone de muchas personas morenas de cabellos lacios, que provienen, sin duda, del cruce de blancos con aborígenes. Así sucede en el villorrio de Quilmes, que está a la puerta de Buenos Aires, compuesto antes solamente de indios, que ha visto desaparecer el idioma y los rasgos primitivos de sus habitantes. Hay también mucha mezcla con africanos; por eso se ve todavía en Buenos Aires gran número de negros y mulatos; pero el resultado que presenta no es comparable al que se descubre en el Brasil o también en Lima. En general, por una influencia muy peculiar del clima, todas las mezclas producen hombres bien constituidos, de facciones que no pueden ser más regulares; lo mismo que en Corrientes, no se ven en Buenos Aires jibosos ni enfermos de nacimiento.

Humboldt[40] da a la República Argentina una extensión de 126.770 leguas cuadradas y 2.300.000 habitantes. En la época en que escribía, la República de Bolivia aún no se había desmembrado del antiguo virreinato de Buenos Aires: hoy, que se ha reducido a las provincias al sur de Jujuy, su población no se eleva a mucho más de la mitad, porque, según cálculos aproximados, la República Argentina tendría realmente 1.600.000 habitantes, de los cuales Buenos Aires sola contaría, según Azara[41] (en 1801), en 73.782 almas, si creemos a este autor, porque las escasas fracciones que presenta revela que son datos aproximativos. Por lo demás, cuando asigna 600 a las islas Malvinas, donde hay apenas una pequeña guarnición[42], nos cabe dudar de las otras cifras que da. Ninguno de los censos realizados ofrece cálculos más exactos. Los escritos publicados en 1826 dan 165.000 a 170.000 almas a la provincia[43], de las cuales 70.000 para la ciudad; mientras que en 1801 Azara hacía ascender esta última población nada más que a 40.000, sin duda también por cálculos aproximativos. Es difícil obtener en América un censo algo fiel, y durante largo tiempo sólo habrá aproximaciones evidentemente falsas e incompletas. Empero, es seguro que, a pesar de las pérdidas causadas por las guerras civiles, Buenos Aires ha crecido de una manera asombrosa en los últimos años; extranjeros de

40 *Voyage aux régions équinoxiales*, t. 9, p. 157.
41 *Voyage dans l'Amérique méridionale*, t. 2, p. 338.
42 *Ibídem*, cuadro de población.
43 *Almanaque político y de comercio de Buenos-Ayres*, 1826; obra publicada por un francés, M. Blondel, y que da, sobre el comercio, informaciones preciosas.

todas las naciones llegan de todas partes, protegidos por una comisión especial de inmigración, creada en 1824, lo que acrecienta diariamente el efectivo de los habitantes de la ciudad y de las provincias.

Considerando el gran número de hijos que tiene cada familia de Buenos Aires, asombra que el crecimiento de la población no sea más considerable; porque, suponiendo justas las cifras de Azara, había en Buenos Aires, en 1801, 40.000 almas; y, en 1826, el número era de 70.000, del que pueden deducirse unos 20.000 extranjeros. Faltaría todavía contar 10.000 almas, a pesar de las guerras continuas de este país. No tengo en cuenta, sin embargo, la disminución debida a esa causa, porque las migraciones anuales de habitantes de las provincias del interior hacia Buenos Aires compensa ciertamente, y supera, la mortalidad de la guerra. De cualquier manera, el crecimiento sería, en veinticinco años, de más de un cuarto, y doblaría la población cada cien años; lo que sólo puede ser explicado por el cuadro siguiente, que he confeccionado con mi amigo Parchappe, del número de niños nacidos de determinada cantidad de matrimonios y tomados indistintamente entre sus conocidos únicamente.

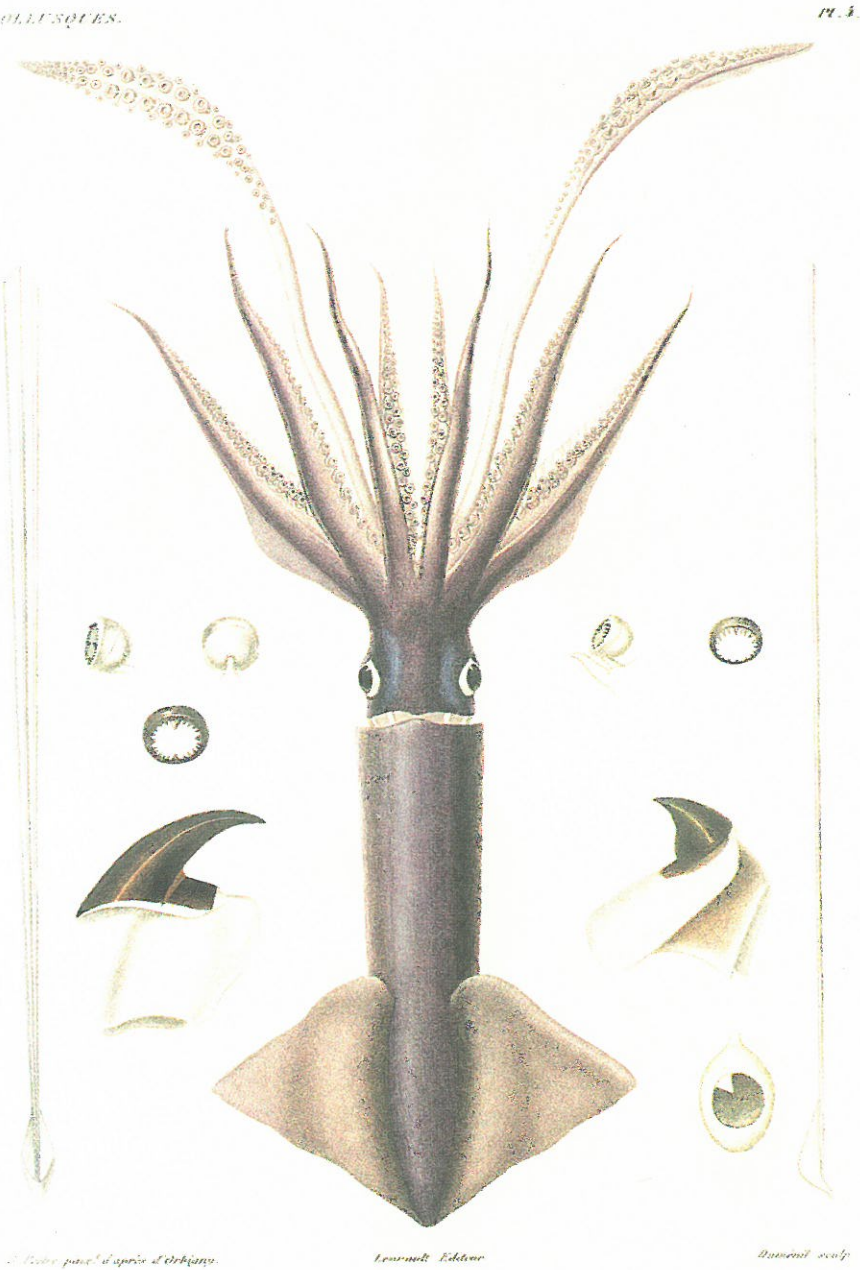
	NIÑOS	NIÑAS	TOTAL DE HIJOS
1.M.	3	7	10
2.M.	4	5	9
3.A.	–	–	–
4.A.	3	3	6
5.T.	4	1	5
6.J.	1	1	2
7.U.	2	3	5
8.E.	–	1	1
9.P.	1	1	2
10.E.	4	2	6
11.R.	3	4	7
12.J.	–	1	1
13. S.	4	3	7
14.D.	7	8	15
15.R.	9	7	16
16.M.	5	–	5
17.O.	1	1	2
18.O.	2	2	4
19.B.	–	–	–
20.C.	–	4	4
21.M.	–	2	2
22.R.	3	5	8
23.O.	2	4	6
24.P.	3	6	9
25.R.	3	2	5
26.U.	1	–	1

	NIÑOS	NIÑAS	TOTAL DE HIJOS
27.C.	3	3	6
28.S.	–	1	1
29.L.	4	2	6
30.C.	3	6	9
31.B.	4	2	6
32.E.	6	3	9
33.U.	1	2	3
34.T.	3	4	7
35.P	3	2	5
36.P.	4	–	4
37.P.	1	5	6
38.M.	2	4	6
39.J.	–	–	–
40.G.	3	5	8
41.M.	2	3	5
42.U.	3	–	3
43.A.	1	1	2
44.C.	4	7	11
45.U.	4	4	8
46.U.	5	1	6
47.S.	5	3	8
48.S.	2	1	3
49.M.	1	1	2
50.B.	2	7	9
51.U.	–	5	5
52.L.	1	7	8
53.U.	–	–	–
54.U.	–	–	–
55.M.	2	3	5
56.M.	3	3	6
57.P.	3	8	11
58.B.	2	6	8
59.L.	2	6	8
60.G.	2	–	2
61.C.	2	8	10
62.C.	2	8	10
63.R.	3	6	9
64.L.	2	4	6
65.P.	2	2	4
66.D.V.	3	2	5
67.B.	–	5	5
68.M.	3	3	6
69.L.	1	–	1
70.C.	3	1	4
71.L.	6	3	9
	173	214	387

Término medio sobre 71 matrimonios 5 31/71

o 5 11/25

Excedente de hijas ..... 40 o 5 11/25



1: *Loligo Gigas*.

1: *Trogon antisianus*; 2: *Aulacorhynchus coerulci-cintis*

Se comprueba por ese cuadro que de 71 matrimonios nacieron 173 varones y 214 mujeres, lo que forma un total de 387 hijos; en consecuencia, el término medio da 5 hijos 31/71 o 5-11/25 por cada matrimonio, mientras que en Francia es de 3-777, o casi cuatro hijos legítimos por matrimonio[44]. La cifra de Buenos Aires es enorme; mientras el máximo de hijos de una sola familia es de 16, cantidad bastante elevada, es cierto, pero común en los Estados Unidos, por ejemplo; en tanto que sólo hay cinco matrimonios que no han tenido hijos. Sería aventurado, sin embargo, basar cualquier observación sobre los resultados obtenidos en un círculo tan restringido. Me limito, pues, a darlos a simple título informativo; lo mismo respecto al excedente de hijas sobre el de hijos. Es sabido que, al contrario, de acuerdo a las reglas aceptadas en Francia, el número de hijos está en relación con el de hijas, en la relación de 17/16. Los restantes datos estadísticos, que podría consignar aquí, no son bastante completos como para que se puedan extraer de ellos conclusiones que interesen.

El comercio de Buenos Aires es muy activo, si lo consideramos desde el punto de vista de la exportación e importación. Podrá comprobarse ese hecho por el cuadro siguiente de los navíos de alta mar que entraron en el puerto en 1822:

Naciones	Nº de navíos	Nº de toneladas
Ingleses	109	20.852
Norteamericanos	71	15.545
Bonaerenses	94	5.817
Franceses	19	3.896
Brasileños	61	5.008
Suecos	10	2.215
Sardos	8	1.377
Holandeses	2	556
Daneses	2	220
Rusos	1	110
	377	55.596

Este número no comprende 651 embarcaciones de tonelaje medio que entraron en Buenos Aires por el cabotaje interior del río, y 1.035 que llegaron al puerto de San Fernando o del Tigre por el Paraná y el Uruguay, lo que daría 1.686 barquichuelos de toda capacidad.

44 *Annuaire du bureau des longitudes*, 1835, p. 108.

Si se echa un vistazo comparativo al comercio de los extranjeros con Buenos Aires, se verá que los ingleses ocupan el primer lugar, y que en la época a que acabo de referirme (1822), comerciaban seis veces más que nosotros, proporción que no se ha mantenido. El comercio de Francia aumentó mucho después, sin duda, pero no puede rivalizar todavía con el de los ingleses, ni con el de los americanos. Habría que buscar la causa de esa debilidad, sin duda, en el temor de los capitalistas franceses, o en la escasa perseverancia de los armadores, que quieren ganar el veinticinco por ciento desde el primer viaje de un navío; mientras que las mercaderías que llevan están poco al alcance de las necesidades de la plaza o, por lo menos, mal elegidas. Una segunda expedición resultaría más provechosa, pero es raro que tenga lugar y el negociante se desanima con la primera tentativa, mientras que perseverando triunfaría.

La importación produjo, en 1822, de acuerdo al cálculo de la aduana, 11.000.000 de pesos, o 55.000.000 de francos. Si se comparan las entradas después de la terminación de la guerra con los brasileños, se las hallará extraordinarias, puesto que la aduana percibió en derechos, desde el 19 de diciembre de 1828, hasta el 31 de agosto de 1829 (durante nueve meses) la suma de 5.391.567 pesos; el solo mes de agosto dio 613.552 pesos. Si, sobre la totalidad de los derechos, se toma un término medio de 15 por 100, se hallará que entró, en mercaderías, durante esos nueve meses, un valor aproximado de 35.943.780 pesos, o 179.718.900 francos, cifra tan distante de la del año 1822 que parece increíble; pero Buenos Aires había estado bloqueado tres años, faltándole hasta las cosas más necesarias. Si se comparan los derechos percibidos ese año con los de 1791, por ejemplo, que sólo fueron de 336.532 pesos, asombrará el enorme progreso del comercio.

De acuerdo a los datos de la aduana[45], la exportación fue en 1824 como sigue:

1.279.745	pesos fuertes, de 10% de prima	1.407.745
10.625	cuádruplos en oro, de 17 pesos	180.635
10.559	marcos plata, de 9 pesos	95.031
655.255	cueros vacunos, de 5 pesos	3.276.275
339.803	cueros de caballo, de 5 reales	212.315
130.361	quintales de carne salada, de 5 pesos	651.805
35.670	docenas de cueros de chinchilla, de 5 pesos	178.850

45 Datos extraídos de Núñez, *Esquisse de Buenos-Ayres*, p. 327. Si mis totales no están de acuerdo con los de Núñez es que he comprobado que éstos son falsos.

9.138	pieles de jaguares y otros animales, de 3 pesos	27.414
12.167	arrobas[46] de sebo, de 2 pesos	24.334
	Crines, cuernos, plumas de avestruz, etc.	50.940
	Total (pesos)	6.104.844
	Valores de oro y plata pasados fraudulentamente, con un tercio de valor de más	2.029.700
	Pesos	8.134.544
	En francos	40.672.720

Ese cuadro da una idea exacta de los productos de Buenos Aires. Hay que deducir, empero, la plata que viene de las provincias del interior, así como los cueros de chinchilla que se traen de la Cordillera de Bolivia. Las exportaciones de Buenos Aires se reducen, pues, a cueros vacunos, equinos, ovinos, de *nutrias*[47], a crines, a plumas de avestruz *(ñandú)*; a cuernos, a pieles de jaguares y lobos marinos; a sebo en rama, grasa y carne salada; porque, aunque la tierra produce trigos superiores, este género de cultivo está abandonado a tal punto, debido a la poca estabilidad de los gobiernos y a la escasa seguridad ofrecida a los agricultores, que a pesar de una cosecha de más del 20 por 1, la ciudad es, en cuanto a este artículo de primera necesidad, tributaria de Chile y de América del Norte; mientras que las tierras que producían en 1792 una exportación tal que la isla de Borbón y la isla de Francia se aprovisionaban en Buenos Aires, están, hoy, completamente incultas. Tal es la consecuencia de las perturbaciones políticas, en un país donde las tierras pueden rivalizar con las mejores de Europa.

He pensado que el mejor medio de hacer conocer el género de industria del país y, al mismo tiempo, la naturaleza de su comercio minorista, era dar a conocer una recapitulación industrial de las patentes de la ciudad de Buenos Aires; resultará fácil extraer conclusiones.

46 La arroba es igual a 25 libras españolas.

47 El *coipu* de los autores.

Comerciantes, tenderos mayoristas y minoristas, sin trabajos preparatorios	Mayoristas	Comerciantes de primera clase	85	231	987
		Almacenes mayoristas	146		
	De comestibles	Bebidas al por mayor	13	504	
		Bebidas al por menor (pulpería)	465		
		Almacenes de comestibles	14		
		Panaderías	5		
		Comerciantes de sal	2		
		Comerciantes de tabaco	5		
	De ropas	Ropavejeros	1	196	
		Comerciantes en tejidos, etc. (tiendas)	183		
		Merceros	12		
	De diversos artículos	Tiendas de cueros curtidos	24	56	
		Tiendas de pieles	3		
		Talleres de madera de constr.	25		
		Almacenes de pintura	4		
Fabricantes, empresarios, artesanos y obreros	Por la boca	Cafeteros	19	100	375
		Hoteles y hosterías	25		
		Boticarios, droguistas	23		
		Confiteros	8		
		Chocolateros	11		
		Destiladores o licoristas	14		
	Para el vestido	Sombrereros	21	118	
		tintoreros	3		
		Sastres	16		
		Orfebres	67		
		Cordoneros	67		
		Pasamaneros	2		
		Fabricantes de peines	5		
	Para la casa, empresarios	Carpinteros	37	84	
		Cerrajeros	3		
		Herreros	18		
		Caldereros	1		
		Hojalateros	2		
		Marmoleros	2		
		Albañiles (empresarios)	8		
		Colchoneros	1		
		Doradores	1		
		Estereros	3		
		Pintores de edificios	4		
		Toneleros	3		
		Cofreros	1		
	De lujo, de carruajes	Armeros	12	66	
		Grabadores	3		
	Diversos	Relojeros	14	6	
		Carreteros	6		
		Herradores	1		
		Silleros	9		
		Alquiladores de coches, caballos	21		
		Ingenieros arquitectos	2		
		Impresores	3		
		Pintores de miniaturas	2		
					1.362

Es sumamente interesante comparar las diversas cifras anteriores con las que corresponden a las ciudades donde la civilización está poco adelantada. Podrán extraerse de ese género de investigaciones consecuencias mordaces tanto sobre los progresos sociales de un país, como sobre el grado de corrupción. Se ve, por ejemplo, que el número total de industriales de toda clase de Buenos Aires, comprendiendo todos los empresarios, artesanos y obreros indispensables en todas las ciudades, suma solamente 375, lo que representa algo menos de la tercera parte de los negociantes; de donde es fácil concluir que se provee la industria extranjera en lugar de la propia. Ninguna fábrica aprovecha los productos del suelo; por eso el país debe necesariamente empobrecerse poco a poco, porque cambia una parte de sus producciones contra las mercaderías extranjeras; pero siempre a expensas de las entradas. Lo mismo sucede en todas las repúblicas de la América meridional donde las minas producen poco. Entre las tiendas de comestibles, es curioso hallar para los negociantes minoristas de bebidas la cifra de 465; mientras que la de panaderos es 5 (precisamente el mismo número que el de negociantes de tabacos). ¿Qué proporción establecer y qué consecuencia sacar? En primer lugar que en Buenos Aires se come poco pan, y luego que la ebriedad llega al extremo. ¿Qué decir de una ciudad donde la totalidad de obreros, empresarios y fabricantes de toda clase no iguala a los comerciantes en vino? Sólo se podrá tener una opinión muy desfavorable, en especial al comprobar que únicamente los comerciantes de objetos destinados al tocador, sin hablar de los *confeccionadores*, equivalen a casi la mitad del resto de los manufactureros. Si se llevan más lejos las reflexiones acerca del número de obreros, se verá que de 375 obreros, 100 corresponden a la producción de boca, y 118 a la del vestido; lo que demuestra que el lujo exterior está más difundido que el de la mesa. El número de artesanos constructores de todo género no es más que 84; mientras que los correspondientes al lujo interior del país sólo se elevan a 86. Comparando luego, con todas las sumas, las de los artículos de ingenieros y hasta de impresiones, que indican el grado de civilización de las ciudades, se verá que en Buenos Aires esas cifras tan desproporcionadas a la población total, demuestran poco en favor de las artes, de la literatura, de la instrucción en general.

No hay en Buenos Aires más que 22 notarios y 33 abogados, lo que es una cifra poco elevada para una población tan grande; mientras que en Chuquisaca se cuentan casi tantos como hombres de sociedad. La capital argentina tiene 39 médicos.

En la recapitulación que acabo de hacer no están comprendidos los comerciantes del mercado; éstos no pagan patente y su contribución consiste en

una suma que percibe diariamente la policía encargada de vigilarlos. Es allí donde los carniceros, después de haber adquirido el derecho de matanza en el matadero, llevan sus carretadas de carne, que solamente allí venden, porque no hay carniceros en la ciudad misma, aunque la carne sea de primera necesidad, puesto que reemplaza al pan de nuestra Europa. Allí también van a ofrecerse los artículos de toda especie producidos en el país; gran número de carretas transportan el pescado; a caballo se llevan los huevos y la aves en abundancia; la caza, que los cazadores de profesión traen de campo; así todo el año, y sobre todo en invierno, se ve tal cantidad de todas las especies de ánades, de tinamus o perdices, que asombra que sea posible comer en tal cantidad, así como pajaritos, tales como el chorlito militar; las limosas, aras patagonas, etc., van en bandada que se pueden matar al vuelo. Figuran también toda clase de tatúes pero solamente en invierno, porque esos animales, lo mismo que le pájaros, se alejan o desaparecen de los alrededores de Buenos Aires a medida que la población conquista los desiertos. Es interesante ve el mercado, tanto por la diversidad de objetos que en él se encuentran, como por las pocas comodidades de que gozan los minoristas que, en su mayoría, colocan sus mercaderías sobre el suelo.

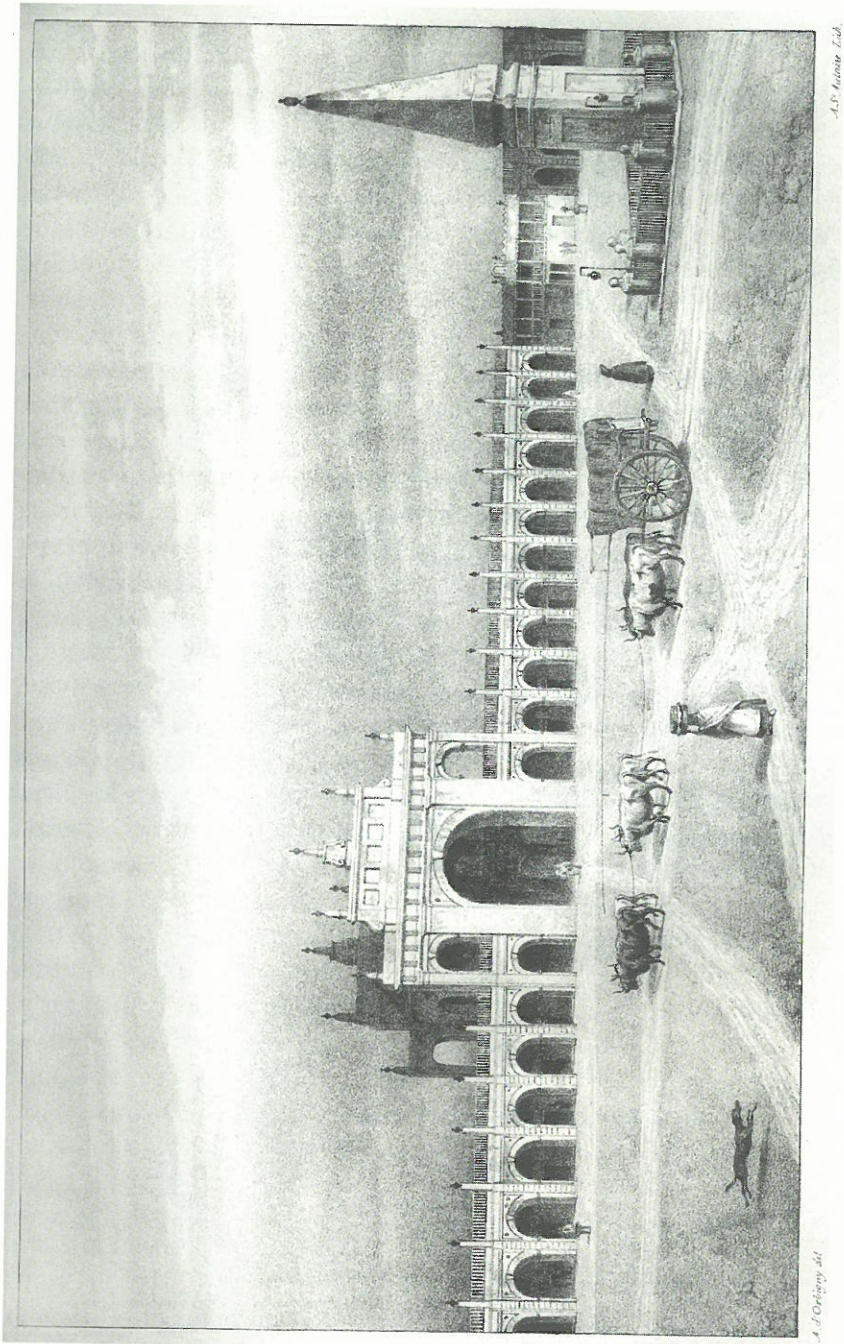
Me falta hacer una observación acerca de la diferencia entre las plazas comerciales de América, país consumidor, y las de Europa, país manufacturero. No hay en la primera como en la segunda tiendas dedicadas especialmente a un determinado artículo, y los objetos más dispares son vendidos en la misma casa; a menudo, una *tienda* despacha simultáneamente paños, muselinas, sederías de toda especie, quincallería, mercería, objetos confeccionados, modas, muebles, etc., y una *pulpería* será a la vez taberna, tienda de comestibles, droguería, guarnicionería, cuchillería, etc.

Me resta dar algunas nociones respecto a la temperatura de Buenos Aires, situada a 33°34' latitud sur, es menos cálida de lo que debía ser y se experimenta a menudo un frío bastante vivo; sin embargo, el máximo del año[48] (1822) es de 91 de Farenheit, ó 26°1/4 de Réaumur. Influye mucho sobre la salud, aunque el país sea sano al extremo, la gran variación de la atmósfera; el viento, al cambio de golpe, trae masas de aire, sea del polo, sea de las montañas y hace descender a tal punto la temperatura que la gente se ve obligada abrigar-

48 No disponiendo de las observaciones hechas por M. Mossotti en Buenos Aires, me veo obligado a dar esos datos resumidos de acuerdo a los cuadros publicados en 1822 por Núñez. *Esquisse historique de Buenos-Ayres*, pp. 196, 197.

se de inmediato. Ningún extranjero deja de notar ese hecho. De acuerdo a las observaciones higrométricas, el número de días húmedos, durante el año citado, fue de 294, y el de los días secos, 38: lo que explica fácilmente que las casas, las azoteas y las paredes estén cubiertas de una hermosa vegetación. Las observaciones meteorológicas, realizadas en curso del mismo año, dan los resultados siguientes: los días buenos fueron 207, los nublosos 80, los de lluvias 78 y los de tempestad (truenos y rayos) 28. Los vientos soplaron 170 días de norte a este; 56 de norte a oeste; 66 de sur a este; y 72 de sur a oeste, lo que demostraría que dominan los del norte a este o los del sur a oeste; los primeros, constantemente cálidos, ocasionan, cuando la atmósfera está cargada, violentos dolores de cabeza. Se ha notado también que, en los días que preceden a los cambios de tiempo, los gauchos se sienten más dispuestos a sus sanguinarias disputas; se ha comprobado que el número de asesinatos es entonces más considerable; pero la pesadez de la atmósfera anuncia una tempestad, el trueno suena diez veces más que en Europa; hay rayos por todas partes; Azara dice que en 1793, durante una sola tempestad, el rayo cayó treinta y siete veces en la ciudad y mató a diecinueve personas[49]. Por suerte esos casos son raros. En general, después de que los torbellinos de polvo oscurecen la atmósfera hasta obligar a alumbrar el interior de las habitaciones, el viento gira al sudoeste, y al pasar por las pampas, toma entonces el nombre de pampero y aumenta su fuerza a tal punto que voltea todo lo que encuentra a su paso. Es evidente que sopla con tanto mayor violencia cuanto se avanza más hacia el sur, y trae una frescura saludable que hace desaparecer todos los inconvenientes de los vientos nordeste, calma los espíritus y trueca de golpe el calor en un frío penetrante.

49 *Voyage dans l'Amérique méridionale*, t. 1, p. 36.



Vista de la Recoba, en la Plaza de la Victoria de Buenos Aires.

CAPÍTULO XIV

Viaje del Sr. Parchappe a la Cruz de Guerra[1]

Salí de Buenos Aires a las diez de la mañana y me detuve en San José de Flores, a causa del ardor del sol; iba con uno de mis amigos franceses, cuya casa estaba en el camino que debíamos seguir. San José de Flores es un villorrio bastante bonito, situado a dos leguas de Buenos Aires: todas las casas están construidas de ladrillos, algunas con azoteas y las otras cubiertas de paja; casi todos los habitantes son jardineros y ese villorrio proporciona gran parte de las legumbres y frutas que consume la capital. Hay muchos bosques de durazneros y álamos, que le dan un aspecto completamente europeo. Muchos habitantes de la ciudad tienen allí sus casas de recreo y jardines, cuyo cultivo mejora gradualmente; y como es un camino extremadamente frecuentado, la estadía es muy agradable, a pesar de la poca variedad de paisajes que ofrece un suelo generalmente llano. No hay otra agua que la de los pozos; pero es muy buena. El camino es muy ancho, muy cenagoso en invierno y lleno de polvo en verano, inconveniente común a todas las regiones arcillosas de las pampas propiamente dichas. Las numerosas casas que existen y que se construyen continuamente, hacen presumir que San José de Flores no tardará en unirse a Buenos Aires y a convertirse en uno

1828
S. José de Flores
1º de febrero

1 No realicé este viaje, pero mi culto amigo Parchappe, que ha recorrido esas regiones australes, cuya exploración vincula mis observaciones sobre la Patagonia con las que he hecho sobre Buenos Aires, ha querido transmitirme todos los materiales que componen este capítulo y los siguientes. Este relato hará conocer a mis lectores el suelo de las pampas.

de sus barrios. El sustantivo Flores, agregado a San José, predispone a los extranjeros a favor del villorrio; pero Flores no es más que el nombre de la persona que poseía el terreno sobre el cual se construyó la capilla de San José, cuya fundación es muy reciente.

Después de comer, mi compatriota se separó de mí y yo me fui a acostar a una *chacra*, distante siete leguas de Buenos Aires. Las casas se hacían más raras; las llanuras son ligeramente onduladas y se comienzan a ver esos inmensos cardales ya descritos[2].

Era la época de la cosecha del trigo, que se prolonga generalmente los meses de enero y febrero, y que, ese año, iba muy lentamente, debido a la falta de brazos. Las levas forzosas para el ejército habían despoblado el campo e impedido a los santiagueños[3] venir a contratarse, según su costumbre, por temor de verse obligados a hacer el servicio militar. Los labriegos cortaban el trigo con la hoz; lo reunían en montones en un recinto formado de estacas y travesaños, al que llaman *parva*[4]. Luego lo hacen pisar por una tropilla de yeguas, para separar el grano, más o menos como lo hacían los romanos; luego lo aventan, sacudiéndolo con horquillas de madera, que la paja, rota, queda a un lado.

Llegué a la chacra muy fatigado por el calor y por el polvo; me ofrecieron, en seguida, un sorbete agrio de naranja amarga, especie de refresco muy consumido en la zona y fabricado en los bosques de naranjos que cubren las islas de la desembocadura del Paraná en el Plata. Los pobladores acomodados hacen su provisión todos los años. Se conserva bastante bien, pero pierde mucho del perfume de la naranja. La casa donde me hallaba era grande, construida de *paredes francesas* y cubierta de paja, género de construcción generalmente usado en la campaña; solamente los propietarios ricos emplean ladrillos y cal en sus edificios. Esa obra se hace llenando los intersticios, dejados por la armazón, con tierra mezclada con paja picada. Tal sistema de construcción se modifica en la provincia de Buenos Aires a causa de la rareza y mala calidad de las maderas, que no siendo en escuadra ni rectas, no permiten que las paredes ni los techos estén unidos. Las paredes son groseramente revocadas con barro y raramente blanqueadas, de manera que, en general, las casas de campo presentan un aspecto de miseria y abandono que no corresponde en nada a la riqueza del país. La paja que se emplea en el techado varía; son gramíticas o

2 Cap. III y cap. XII.

3 Habitantes de la provincia de Santiago del Estero.

4 Palabra que no pertenece a la lengua española y parece puramente local.

juncos de diversas especies, que se colocan en capas graduales, de manera de cubrir de arriba abajo, unidas a veces, en pequeño número, por medio de correhuelas de cuero de vaca, a latas que descansan sobre los cabríos; a veces solamente se doblan sobre las latas. Cuando se trata de la paja llamada *esparto*[5], no se limitan a doblarla, sino que se tuerce cada grupo de capas, lo que da al tejado, visto de abajo, el aspecto de una trenza.

A la mañana siguiente, mi criado vino a buscarme, muy temprano, para conducirme, de parte del mayor Pedriel, jefe de la expedición, a la *pulpería de Caveda*, donde encontré a ese oficial, acompañado del comisario Olleros, de su cuñado Correa, que nos acompañaba como cantinero, y de un joven empleado de la oficina topográfica, designado para servirme de ayudante. Esos señores habían andado casi toda la noche y seguido a cuatro carretas pesadamente cargadas de efectos del comandante y de la cantina; por eso estaban agotados de cansancio y medio dormidos; pero se habló de almorzar, mientras los carreteros enganchaban los bueyes y pronto los espíritus y la conversación se animaron y pudimos conocernos. Los caminos de la provincia de Buenos Aires están cubiertos de pulperías, especie de tabernas que no dan alojamiento, porque no hay mesones en el interior de América del Sur, siendo la costumbre acostarse donde se hace un alto y se hace la cama con el recado. Se puede comprar en las pulperías vino, aguardiente, refrescos, yerba mate, tabaco, pan, queso, algunos artículos de quincallería; sirven de lugar de descanso a los viajeros y son el sitio de reunión de todos los holgazanes y gente de mal vivir de los alrededores; por eso a menudo se convierten en teatro de peleas que terminan, por lo general, en puñaladas. No tienen enseñas, como nuestras tabernas, o más bien todas tienen una, que consiste en una veleta o banderola colocada en el extremo de una larga estaca de *tacuara*[6], gran bambú que proviene de la provincia de Corrientes y del Paraguay.

Las carretas habían partido y sólo las alcanzamos cuando atravesaban un arroyuelo cenagoso. Para efectuar esta operación, el convoy se detuvo y las carretas pasaron una a una, agregando a las tres yuntas de bueyes uncidos, una o más yuntas, de acuerdo a lo necesario; los *picadores*[7] de las otras saltaron a tierra y, con su *picanilla*[8], se colocaron al lado del yugo, algunos con el agua

---

5 Especie de gramínea muy común en todas las pampas.

6 Caña de una especie de bambú.

7 O conductores, así llamados porque dirigen las carretas, picando a los bueyes con un aguijón.

8 Palo de unos tres metros de largo, armado de un aguijón.

hasta la mitad del cuerpo, y por medio de gritos y pinchazos excitaban a los bueyes a emplear todas sus fuerzas. Cuando el convoy es considerable, hace falta, algunas veces, un día entero para cruzar el río. Las carretas de Buenos Aires son menos cuidadas, más groseramente cubiertas que las de Corrientes, pero más fuertes en todas sus dimensiones; pueden cargar el doble, lo que no permiten los caminos de Corrientes, incomparablemente peores.

Una vez cruzado el arroyo, hicimos alto más lejos. Se desataron los bueyes, y todo el mundo se aprestó, unos a reunir cardos, otros a buscar agua. Se pusieron a asar algunos trozos de carne, y cuando la llama los había medio carbonizado se levantó el asador; los grupos se ubicaron alrededor. Se sentaron en tierra con las piernas cruzadas, como los orientales; cada uno armado de un cuchillo, cortó como quiso; y una vez que terminó la comida se zamparon una gran jarra de agua. Los lugareños sólo beben, por lo general, después de haber comido. La carne se asa y usualmente no se sazona con sal; es, comúnmente, el único alimento del viaje. El cuchillo es un instrumento indispensable para quienes recorren el interior del país, y las gentes de la campaña se burlan de los extranjeros que se olvidan de llevarlo; dice un proverbio: *el que no tiene cuchillo no come*. Una vez terminada la comida, cada uno busca la sombra de las carretas, y tendiendo las diversas piezas de su recado, hace la *siesta*, hasta las tres o cuatro de la tarde; entonces se uncen los bueyes, después de haber tomado siempre el *mate*, cosa que es de rigor.

Llegamos al atardecer a la posta de Céspedes, situada del otro lado del Río Matanza. Este nombre nos recordó la horrible carnicería que tuvo lugar allí durante la primera fundación de Buenos Aires. Ese arroyuelo corre por un lecho arcilloso y tiene agua salobre. Solicitamos a la mujer del jefe de postas que nos diera de cenar, a lo que ella se prestó con gusto, matando en seguida un par de gallinas de su corral. Es muy común ver, cerca de las casas de posta, una pulpería, que por lo general pertenece al jefe de aquel establecimiento; pero no quedaba en la que nosotros estábamos más que un poco de azúcar y vinagre, que sirvieron para refrescarnos. Las pulperías mejor organizadas ofrecen a los viajeros una habitación común, de la que pueden aprovecharse los jergones, que tienen a veces, para pasar la noche, si el temor de hallarse en una compañía demasiado numerosa no hace preferir acostarse al aire libre. Las postas proporcionan únicamente caballos sin montura. Se paga el del postillón; el precio de los caballos es medio real (31 céntimos) por legua; los de carga cuestan un real (62 céntimos); el gobierno paga los mismos precios. Las postas están generalmente a una distancia de cinco o seis leguas una de otra, raramente menos, a veces más.

Los equipajes, que se habían extraviado la víspera por la tarde, llegaron a mediodía; de modo que sólo pudimos proseguir la marcha a primera hora de la tarde. Tomamos la delantera al galope y, como hacía un calor excesivo, nos vimos obligados a detenernos en cada casa para refrescarnos. Llegamos de noche a una hondonada, cerca de una laguna, donde nos esperaba el resto del convoy, que se componía, en total, de veinte y pico carretas. Cuando una de las carretas hace alto, la mitad de la caravana se detiene y el resto continúa marchando, a lo largo de la primera parte de la serie, de manera de formar dos filas y dejar un camino en el medio, lo que tiene por fin ocupar menos terreno, facilitar la vigilancia y disminuir el trayecto que deben recorrer los *picadores* para mantener a los bueyes en el yugo. Hicimos asar un trozo de carne y nos dispusimos a acostarnos.

3 de enero

El recado, como ya lo he dicho, sirve de cama; se compone de las siguientes piezas: uno o dos cueros de oveja, o una manta grosera, que se coloca directamente sobre el lomo del caballo; una manta gruesa *(sudadera)*, destinada a impedir que el sudor penetre y ensucie las otras piezas; una o dos mantas *(jergas)*, de las cuales la más fina y adornada se coloca sobre la otra; una pieza de cuero oblongo (*carona*), cubierta de bordados y dibujos impresos y cuyas dimensiones están calculadas de manera de dejar ver el adorno de la manta que está debajo. Esta pieza se reduce, para las gentes pobres, a un cuero de vaca, cortado en cuadrilongo; por encima se extiende un aparejo (el *recado* propiamente dicho), cuyas cabeceras son de madera y el interior de junco, todo cubierto de cuero y adornado igualmente de dibujos impresos. Al recado se agregan los estribos, que los habitantes usan muy pequeños, poniendo la extremidad del pie y, a veces, tomando una de las barras del estribo entre el dedo grueso y el siguiente. El recado se fija sobre el caballo por medio de una cincha, compuesta de dos piezas, una para el lomo y la otra para el vientre. La primera es generalmente de cuero, adornada como la carona y el recado, y la segunda, de un trozo de la parte más fuerte de un cuero de vaca pelado, o bien trencillas de correhuela de cuero de caballo depilado, igualmente fijadas, por cada una de sus extremidades, a una fuerte pieza de cuero, y reunidas a las otras por trenzas transversales. Las dos piezas de la cincha están unidas por medio de un gran anillo de hierro y lleva cada una, en el extremo opuesto, otro anillo semejante; el de la pieza superior sirve para atar una fuerte correa que se hace pasar al anillo de la inferior; luego, alternativamente de la una a la otra, cuando se cincha el caballo, lo que se hace más o menos bajo el medio del vientre. Encima del recado se pone un cuero de oveja, con su lana, teñido de azul o de negro *(cojinillo* o *pellón)*; luego un cuerito curtido de vaca, adornado de una

orladura impresa *(sobrepellón)*; y sobre el conjunto, una ligera cincha de tejido de lana. Tal es la montura completa. Cuando se viaja se coloca, a veces, una sábana doblada bajo el *pellón*. La cincha de las gentes del campo y de los trabajadores está provista de otro anillo, ubicado al lado del de la derecha de la pieza superior y destinado a fijar la extremidad del lazo, o cualquier otra correa, cuando el jinete quiere arrastrar un fardo. El aparejo lleva también, sobre la parte superior, numerosas correítas que sirven para atar objetos menudos que se llevan durante el viaje; allí se ata la lanza, cuando no se usa, y algunas veces también las boleadoras, aunque por lo común se cuelgan de la cintura. Las mantas son de lana, diversamente tejidas, pintarrajeadas de diversos colores y a menudo con franjas y bordados. Se fabrican en Córdoba y constituyen un artículo de comercio de los indios pampas y chilenos. Los estribos de los pobres son de madera, de hierro o de latón; los de los ricos son de plata y, por lo general, de un trabajo pesado y grosero.

El jinete coloca en el pescuezo de su caballo un gran anillo de cuero trenzado *(fijador)*, al cual se une un anillo de hierro o de cuero, que sirve para colgar las trabas *(maneado)* y fijar la larga correa o cabestro *(maneador)*, por medio de la cual se ata el caballo al ronzal, para que pueda comer en los altos que se hacen en pleno campo.

El freno es siempre de hierro y está, por lo común, provisto de dos ruedillas de plata. La barbada, bien distinta de las nuestras, es un gran anillo que cubre la quijada inferior. La testera *(bozal)* está generalmente adornada de pequeñas piezas de plata; es la parte en que la gente rica del campo, a la manera de los indios, prodiga todo su lujo.

La brida es generalmente de trenzas de cuero de caballo y semejante por la forma a la que nosotros llamamos *a la húsar*. Está provista también de anillos y de cañitas de plata; y se ve todavía algunos antiguos arreos con un pretal cubierto de análogos adornos.

Las gentes de la zona montan, por lo común, sin espuelas, sobre todo los caballos diestros y mansos; y emplean en ese caso el *rebenque*, especie de martinete. A menudo se usa, en vez del mango de madera, una barra de hierro, lo que hace de la fusta un arma peligrosa, de la que los pobladores se sirven con mucha habilidad, sea para su defensa, sea para matar serpientes y otros animalitos que encuentran en el campo. Sólo se usan, por lo general, las espuelas para domar o montar caballos fogosos y recientemente amansados. Las que se usan para ese fin son de hierro, muy grandes y pesadas; las barras son largas y llevan una rondana o estrella cuyas puntas, muy agudas, tienen hasta dos centímetros. Sirven al jinete para fijar los talones en la *carona* y asegurarle un punto de resistencia para todas las corvetas y saltos del caballo brioso.

Las gentes de la región usan estriberas muy alargadas, de manera que la punta del pie se incline hacia el suelo; montan igualmente bien sin estribos, saltando, con la mayor ligereza y de una sola vez, sobre el lomo del caballo, tomando la crin del animal con la mano izquierda y colocando la derecha sobre la cruz, en el momento de tomar impulso, ejercicio muy difícil para los europeos. Se mantienen firmes a toda prueba, tanto sobre el caballo en pelo como ensillado.

Se tarda tiempo en colocar el recado y, a menudo, hay que desmontar para apretar la cincha, que tiende siempre a aflojarse y deslizarse hacia atrás, lo que resulta muy peligroso si el animal la siente en el bajo vientre, porque entonces se desboca inmediatamente, lanza coces y hace saltos furiosos, hasta desembarazarse de la montura y del jinete. El recado tiene también el inconveniente, por su poca flexibilidad, de herir muy a menudo al animal en el lomo; pero, en cambio, tiene la ventaja de ofrecer al hombre que lo monta un asiento más suave y menos resbaladizo, y servirlo de lecho. Las gentes de la región se acuestan siempre de manera de tener la cabeza al viento, considerando peligroso tener los pies, y no olvidando nunca comprobar de qué lado sopla, para tomar esa precaución.

El mayor Pedriel juzgó conveniente pasar por Lobos para ir a Navarro, y dejamos a las carretas dirigirse hacia este último punto, yendo nosotros a cambiar de caballos a la posta vecina, distante alrededor de una legua. De allí recorrimos de un galope el trayecto hasta Lobos, por un camino muy bueno, que hace agradable el gran número de casas que se descubre, en perspectiva, en todos los puntos del horizonte; casas rodeadas de álamos que forman otros tantos bosquecillos, que rompen la uniformidad del paisaje. El villorrio de Lobos se ve muy lejos por esta razón; está bordeado de zanjas y de álamos que, durante el verano, dan una sombra muy agradable y descansan el ojo fatigado de la monotonía de las pampas. Llegamos a la una, sofocados por el calor, tanto como por la agitación del caballo; la frescura que respiramos al entrar a Lobos y que gustamos durante todo el tiempo de nuestra permanencia en este villorrio, nos lo hizo encontrar encantador. Lobos es uno de los puntos de la antigua línea de frontera, trazada en tiempos del gobierno español, que seguía, más o menos, el curso del Río Salado, a algunas leguas al norte de ese río, desde Chascomús hasta Melincué, línea compuesta de pequeños fuertes cuadrados, bastante mal proyectados, algo mal construidos, que servían de acantonamiento a los cuerpos de caballería encargados de la protección contra los indios. Esos fuertes se convirtieron en villorrios, cuando los primeros fundadores se hicieron militares casados y can-

4 de enero

tineros, y aumentaron en mayor o menor grado, a causa de las ventajas de su respectiva situación. Todos han conservado, hasta el presente, el nombre de *guardia*, que indica su origen. En un principio, salía casi diariamente de cada fuerte un destacamento que debía recorrer la mitad del espacio que media al fuerte vecino, hasta encontrar los exploradores de este último. Esas salidas tenían por fin descubrir los movimientos de los indios y verificar si existían, en el terreno, algunos rastros de su paso. Los comandantes se aseguraban del fiel cumplimiento del reconocimiento por señales convenidas que los destacamentos debían cambiarse; hace tiempo que esa práctica ha cesado.

Quiero referirme a la costumbre de buscar en la tierra rastros del paso de indios. Todos los americanos tienen, como los gauchos, una sagacidad extraordinaria para reconocer así la dirección que toma el ganado o los jinetes que quieren seguir. Cuando la huella de las patas de los animales queda sobre la superficie del suelo, la cosa resulta fácil. Calculan, además, el espacio que existe entre las huellas de las patas de adelante y las de atrás, huellas que saben distinguir muy bien, y así comprueban si los animales marchan lentamente o al galope. Cuando no existen huellas, descubren, por el machucamiento de las hierbas, la dirección de la marcha y, aproximadamente, el número de animales que pasaron, así como el tiempo transcurrido. Se valen de una serie de indicios, y como poseen gran conocimiento de las localidades, conocen los puntos donde hay agua, y a los cuales, en consecuencia, deben dirigirse para parar.

Visitamos al cura del lugar, hombre muy amable, nada gazmoño, gran jugador, pasablemente libre en su conducta y conversación, lo mismo que la mayoría de los sacerdotes de la región. Nos dirigimos después a la casa del señor Brunier, militar francés al servicio de la República y que había tenido oportunidad de ver en Buenos Aires. Era mayor del regimiento de Blandengues, que, desde hacía gran número de años, estaba de guarnición en Lobos, lo que contribuyó mucho al progreso del villorrio y al rápido enriquecimiento de la mayoría de los taberneros que se establecieron. Comimos en casa de uno de ellos, quien en menos de dos años hizo una fortuna bastante grande y estaba haciéndose construir entonces una casa de dos pisos, cosa muy rara en el campo.

Navarro

Montamos a caballo después de comer y partimos para Navarro. Llegamos de noche a la posta de Santana, situada a un cuarto de legua de ese villorrio. El jefe era un hombre grueso, criado en el campo y dueño de una gran tropilla de ganado. Nos recibió muy bien, nos hizo servir mate y nos enteramos de que era viudo desde hacía algunos años; después de darnos la información más minuciosa sobre su difunta esposa y su familia, entonó el capítulo no menos importante y mucho

más vasto de sus caballos, de su número, su color, su edad, su calidad, su velocidad en la carrera, los que había regalado, vendido y perdido, los que había domado; luego nos invitó a montar a caballo, al día siguiente, para dar un paseo por Navarro, burlándose de los que, entre nosotros, no eran buenos jinetes. Tal fue, abreviada, la conversación de nuestro huésped, la que duró hasta medianoche, sin que nadie tuviera tiempo de ubicar una palabra y no terminó hasta que nuestro conversador se dio cuenta, finalmente, de que una gran parte de su auditorio dormía un sueño profundo. Si se agregan a las materias de que trató nuestro huésped el juego, las carreras de caballos, las discusiones sobre las marcas del ganado y algunos relatos amorosos, se tendrá una idea del tema perpetuo y uniforme de todas las conversaciones de los habitantes de la campaña. Los caballos, especialmente, son el motivo eterno de sus pláticas, lo que, por lo demás, es completamente lógico, puesto que este animal es, desde la infancia, el compañero inseparable de sus trabajos y de todos sus pasos, ya que el americano tiene siempre un caballo ensillado cerca de sí o a la puerta de su casa, y no realiza jamás a pie ningún trayecto, aunque sea de cien pasos.

La manera de domesticar los caballos en las provincias del Plata en nada se parece a la empleada en Europa. El gran número de esos animales y la vasta extensión de los campos de pastoreo, hacen que su valor sea muy módico, que su multiplicación y cría se abandonen a la naturaleza, que sus dueños, los mejores jinetes del mundo, los domen muy fácilmente y sin muchas precauciones, de manera que un caballo, muy dócil para ellos, por lo general sería un bucéfalo para un europeo. Los caballos pasan todo el año en el campo, y el empleo de caballerizas es desconocido e impracticable, a causa de la gran cantidad de ganado y a la falta de forrajes cultivados. No tienen, lo mismo que los animales con cuernos, otro alimento que la hierba que crece naturalmente; por eso, sufren y enflaquecen mucho en tiempo de grandes sequías, así como en los inviernos muy lluviosos, y carecen del fuego y vigor de los nuestros. Se los reparte, generalmente, en tropillas de cuarenta o cincuenta, más o menos, y a la cabeza de cada una de ellas se halla una yegua llamada *madrina*, que lleva una campanilla cuyo sonido sirve para reunirlos. Los caballos, acostumbrados a seguirla, no se separan nunca de ella; y aquel que se desensilla y abandona a la puerta de la casa, aunque esté medio muerto de hambre, toma, la mayor parte del tiempo, el trote largo o el galope, y no se detiene a comer hasta no unirse a la tropilla que, algunas veces, está a una legua de distancia. Basta para acostumbrarlo tenerlo algunos días con la madrina, lo que se hace por medio de dos anillos de cuero unidos por una fuerte correa y que se le pasa

por el pescuezo. Los propietarios ricos reúnen caballos del mismo color, lujo que aumenta en mucho el valor de la tropilla. Las yeguas se dividen asimismo en tropillas llamadas *manadas*, a la cabeza de cada una de las cuales se pone un caballo no castrado *(cojudo)*, que siguen fielmente; cuando uno de esos animales encuentra algunos otros aislados, los reúne, por las buenas o por las malas, a su tropilla, y los persigue a patadas y mordiscos, hasta que los somete. Cuando dos o más tropillas de esas yeguas se encuentran, es bastante común ver a los caballos padres buscarse mutuamente para quitarse sus compañeras y entregarse a furiosos combates. Estas yeguas están destinadas únicamente a la propagación de la especie; los habitantes consideran un deshonor montar una, así como es raro que se las dome; y cuando hay una en un establecimiento se la destina al servicio de los *peones* y a los empleos más bajos. Una de las jugarretas que los habitantes hacen a los extranjeros consiste en hacerlos montar una yegua sin advertirles, lo que provoca la hilaridad de los asistentes. Los caballos son castrados temprano y poco se emplean los que no lo son; se los doma, por lo general, a la edad de dos o tres años. Para esta operación, después de enlazar al animal, se le pone una testera, a la que está unida una larga y fuerte correa trenzada, que el jinete tiene continuamente en la mano y que le sirve para retener al caballo, mientras lo ensilla, o para el caso de una caída, y para hacerlo dar vuelta a su voluntad; luego, le pone las trabas, para impedir sus movimientos y ensillarlo más fácilmente: última operación que exige mucha paciencia y precauciones de parte del domador, tanto para evitar las coces, como para no espantarlo, al colocarle las diversas piezas del recado. Una vez ensillado, el jinete se dispone a montarlo, teniendo, con la mano izquierda, la correa del bozal y la crin, y dando algunos golpes con la derecha sobre la silla, para disponerlo a recibirlo: muy a menudo es ayudado por un camarada, que cierra fuertemente la oreja izquierda del caballo. Este comienza a revolverse, para evitar al jinete, que sigue con ligereza sus movimientos, y eligiendo el momento favorable salta encima con una rapidez y un aplomo asombrosos. Apenas siente el peso de su amo, se pone a cocear, a saltar, a hacer cabriolas y busca por todos los medios desembarazarse de una carga tan nueva para él, mientras el jinete, cerrando con fuerza los muslos y las piernas, fija los dardos de sus espuelas en la carona, resiste todos sus esfuerzos, atento solamente a evitar una caída si se aturde, lo que es muy común y muy peligroso, sobre todo cuando se arroja hacia un lado, lo que los habitantes llaman *bolearse*. El animal, cansado de la inutilidad de sus esfuerzos, comienza, finalmente, a soportar más pacientemente el peso del jinete, que, a espolazos, lo obliga a partir, secundado por otro jinete que, sobre un caballo manso, marcha detrás del do-

mador, y lo ayuda, con fuertes rebencazos, a hacer galopar su cabalgadura. El caballo furioso sólo se lanza a saltos, mezclando su carrera con brincos y coces; cuando ha galopado bien, se lo hace parar, y por medio de la testera se le enseña a obedecer la mano y a girar hacia la derecha y la izquierda, rompiéndole el pescuezo, por así decirlo, y llevándole el hocico hasta el arzón. El domador no desmonta hasta que ambos están bañados de sudor y rendidos de fatiga; entonces se deja al animal con sus compañeros, o, si se tiene apuro en domarlo, se lo ata a una *soga*, en un sitio donde encuentre qué comer, alrededor de una estaca, a fin de volver a comenzar al día siguiente, de manera que en pocos días, extenuado, mal alimentado, está efectivamente reducido, pero más por agotamiento y hambre que por arte. Reducido a ese estado, no es todavía considerado enteramente manso, sino *redomón*, es decir, medio domado; entonces se le ponen las riendas, pero, en vez de frenos, se le coloca, en la boca, una pequeña correa, con la cual se le ata fuertemente la quijada inferior: esa pequeña correa está unida a las bridas. En una estancia bien organizada se conducen, por lo menos una vez a la semana, los caballos al corral, a fin de hacer montar a todos los redomones y *repasarlos*, es decir, hacerlos galopar hasta que estén empapados de sudor. Están pronto en condiciones de recibir el freno y se les da, entonces, el título de caballos mansos; pero no lo son realmente sino al cabo de muchos meses o de un año de servicio y trabajo. Es comprensible que los caballos así domesticados deben conservar muchos defectos; en efecto, tienen generalmente la boca dura, son espantadizos, huyen bruscamente o parten al galope, al sentir el pie en el estribo, de manera que, para usarlos, es necesario ser tan hábil como lo son sus amos. El europeo que se cree jinete en su país se llena de asombro al no saber nada en medio de los americanos, y ser blanco de sus burlas; hasta tienen una palabra *(maturrango)* con la cual designaban antes a los españoles europeos y que usan hoy para hacer conocer a todo individuo que no monta tan bien como ellos a caballo; y el epíteto siempre cae sobre los europeos. Además de los defectos de que acabo de hablar, los caballos del país tienen generalmente las patas delanteras muy débiles, lo que se debe a la costumbre de los habitantes de pararlos de golpe, en pleno galope, así como de galopar tanto descendiendo como subiendo; y, como la tierra está casi siempre erizada de asperezas formadas por hierbas silvestres y hormigueros, al mismo tiempo que socavada por las *vizcachas*, los *tatús* y *otros* animales que cavan madrigueras, los caballos tropiezan a cada instante; por eso no es raro verlos caer sobre el jinete. Los americanos tienen la gran ventaja, en estos accidentes, de saber caer y muy raramente se lastiman; muchos de ellos caen siempre de pie, pasando por encima de la cabeza

del caballo. Los que poseen esa presencia de espíritu y destreza se denominan *paradores*. Hay algunos que se ejercitan desde jóvenes y que hacen caer su caballo para divertirse. Vi a un joven hacer, por algunas monedas, esa prueba de destreza en la esquina de una pulpería. Colocó en la brida una larga correa, que hizo pasar entre las palas, por debajo del vientre, fijando la otra extremidad a una estaca; montó después, partió al galope y cuando llegó al punto en que la correa, tendiéndose, oponía resistencia, el animal se cayó necesariamente. El jinete fue arrojado por delante, pero cayó de pie, con el poncho en la mano, dando unos pasos para no tropezar.

He descrito la manera de domar caballos. Aunque todos los habitantes son excelentes jinetes, no hay que creer que todos sean domadores; el número de estos últimos es bastante limitado y reciben, en las estancias, los mejores salarios, pero que están lejos de corresponder al trabajo y al peligro de la profesión. Muchos de esos desdichados, mordidos por los caballos o alcanzados por sus coces, quedan estropeados para toda la vida; y, algunos, perecen a consecuencia de una caída o de una herida.

El precio de los caballos varía, en la provincia de Buenos Aires, de cuatro a seis pesos fuertes (20 a 30 francos), cuando se los compra en gran cantidad a la vez, precio cuya modicidad explica el poco cuidado que se tiene de esos animales. El habitante del campo conserva el mismo animal ensillado durante tres o cuatro días, olvidándose a veces de hacerlo beber, sin que tenga, por otra parte, más alimento que el que encuentra, de noche, alrededor del palenque, es decir, en un radio de ocho a diez metros; sólo piensa en cambiar de cabalgadura cuando la pobre bestia está completamente enflaquecida. La mala hechura de los recados, el poco cuidado de la limpieza de las mantas y la costumbre de hacer arrastrar fardos con la cincha, hacen que la mayoría de los caballos se hieran en el lomo; es raro encontrar uno en buen estado y que no tenga cicatrices. Jamás se los baña, ni se los cubre, y el uso de la almohaza es desconocido en el campo, así como el de herraduras. Los americanos nunca les cortan la cola y consideran la abundancia de crines gran mérito y el más hermoso adorno del caballo, demostrando, con ello, mejor gusto que los europeos. Debemos decir, sin embargo, que hace algunos años se ha introducido en la provincia de Buenos Aires la moda de recortar la crin, dejándole solamente tres a cuatro dedos de largo, y un mechón cerca de la cruz, para ayudar a montar; pero creo que esa moda es interesada y se debe, en parte, al aumento del precio de las crines. En la capital, la gran afluencia de extranjeros ha hecho elevar el precio de los caballos y se ha introducido la manera europea de alimentarlos y cuidarlos; se les construyen caballerizas, se los cura, se les ponen

herraduras y se les dan granos y forraje. Se venden desde una onza de oro a treinta pesos (85 a 150 francos), y hay también los de Chile y los de carrera, que cuestan mucho más.

Las carreras de caballos constituyen uno de los principales entretenimientos de las gentes del lugar y eligen con cuidado aquellos que destinan a este fin, tomando más o menos las mismas precauciones que nuestros aficionados de Europa para llevarlos gradualmente a recorrer velozmente grandes distancias, desde una cuadra (alrededor de 140 metros) hasta una legua, según las fuerzas del animal. Por lo demás, los reglamentos de policía referentes a estas justas tienen gran semejanza a los nuestros, salvo que no se pesa a los caballos ni a los jinetes, que no hay señal convenida para la partida, y que nunca se lanzan más de dos caballos a la vez. Lo mismo que en Europa, las carreras siempre son por interés y dan lugar, a menudo, a apuestas muy fuertes.

Los caballos de las provincias del Plata son de tamaño mediano; no se hace distinción de razas y no existe la menor emulación para perfeccionarlas; por eso escasean los caballos con buenas formas; los de Chile, en cambio, gozan de gran reputación; su color más común es el colorado, que, por diversos matices, pasa del rojo vivo al rojo oscuro; hay también muchos caballos bayos, alazanes y grises; los negros son muy raros. Los habitantes emplean gran número de nombres para distinguir los colores y hasta los menores signos. Una de las variedades notables es la de los petizos, y una monstruosidad bastante común distingue a los que tienen doble casco, colocado a la altura del cuartillo y algo detrás; especie de segundo pie, más pequeño que el otro y no llega al suelo: algunas veces sólo dos patas, pero más a menudo las cuatro lo tienen. Los caballos salvajes, que había antes en gran cantidad en los campos despoblados de la provincia, al sur del Salado, han desaparecido casi por completo, así como en las otras provincias. Hemos hablado de ellos al tratar de Entre Ríos.

Es muy notable que casi todos los caballos de los indios pampas sean picazos (rojo y blanco) y manchados de una manera rara y con muchas manchas; mientras que esa variedad es muy rara entre los de los criollos. Puede atribuirse esa diferencia a que los caballos indios están más próximos al estado salvaje, porque esos mismos colores se encontraban también con poca frecuencia en las grandes tropillas salvajes que existían, hace algunos años, en las diversas provincias, y no cabe duda de que los indios se dedicaron a multiplicar, por gusto, esos animales pintarrajeados, conservando las yeguas que así nacían y comiéndose las otras.

Los asnos y las mulas son raros en los alrededores de Buenos Aires; estas últimas no se reúnen como en las otras provincias, lo que los habitantes atri-

buyen a la blandura del suelo, que hace crecer sus cascos de manera extraordinaria y los hace casi inútiles para el servicio, lo que les hace dar el nombre de *chapinas*.

Entre Ríos y Santa Fe realizaban gran comercio de mulas, antes que las guerras y los desórdenes de la revolución hubieran arruinado sus campos.

Vuelvo a mi relato: se preparaba una tormenta; llovió toda la noche y una parte del día, lo que nos impidió ponernos en camino. Nuestro huésped hizo reunir su ganado, que, durante todo el tiempo que duró la lluvia, permaneció cerca de la casa, inmóvil, sin comer, y dando el trasero al viento.

5 de enero

Las residencias del campo se dividen en *quintas*, *chacras* y *estancias*. Las primeras, cuyo nombre equivale más o menos al de vergel, son las que rodean a la capital y a los diversos villorrios de la provincia, y están destinadas especialmente al cultivo de árboles frutales, legumbres y flores. Las *chacras*, cuyo nombre corresponde al de *granja*, son establecimientos agrícolas donde se cultivan los cereales, principalmente el trigo, la cebada y el maíz. Las *estancias*, finalmente, son las tierras de mayor extensión, destinadas a la cría de ganado. Las de la provincia de Buenos Aires son las mayores y mejor administradas. Estuvimos en una de ellas, pero sólo hablaré de las diferencias que tienen con las de la provincia de Corrientes, ya suficientemente descritas. Las viviendas están distribuidas de la misma manera; las construcciones están, por lo general, encerradas en un espacio cuadrado, rodeado de fosos y defendido por una o dos piezas de cañón, uso introducido después de las últimas invasiones de los indios. Estos, aunque están algo familiarizados con el efecto de las armas de fuego, temen siempre mucho al cañón y osan muy raramente franquear los fosos de las casas donde los dueños aparentan querer defenderse. Se cita el caso de un inglés que, cercado en una casa rodeada de esa manera y sin artillería, se sirvió, para asustar a los indios, de uno de los morteros de madera que se usan en la zona; y, paseando esa nueva arma por el borde del foso, con un tizón en la mano, consiguió obligarlos a retirarse, sin que osaran hacer nada; pero, si eran pusilánimes hace algunos años, no lo son tanto actualmente: la continuación del relato probará que ahora el cañón les inspira menos terror.

Cerca del cuadrado que contiene los edificios, se hallan una, dos o tres construcciones más, destinadas a encerrar los animales, que llevan el nombre de *corrales*, *rodeos* o *potreros*. En las provincias donde abunda la madera se los rodea de fuertes estacas, unidas por travesaños, y se les da, a menudo, una forma circular. En Buenos Aires, donde ese artículo es tan raro, se lo substituye por fosos, lo que tiene la ventaja de ofrecer seguridad contra los salvajes. El

ganado criado en las estancias de Buenos Aires consiste en vacas, en caballos y en ovejas: en las primeras, a causa del valor de sus productos, se da más importancia a la multiplicación y su número es mayor.

Lo mismo que en Corrientes, las yeguas sólo sirven para dar los caballos necesarios a la explotación de la estancia. La crianza de las bestias con cuernos es la misma, y puede decirse que son, en cierto modo, salvajes. Como se dijo de Corrientes, todos los años, y generalmente en primavera, se marcan los animales del año anterior que dejaron de mamar y que llegaron al año de *hierra,* nombre de esa operación; esa época es de fiesta para los pobladores. El propietario nada ahorra para señalar ese gran día; invita a sus vecinos, les prepara un festín y hace matar a los animales más gordos, que se despedazan, sin desollarlos, a fin de poder asar la carne con el cuero, lo que es un lujo y un gran festín en la región. Se considera más sabrosa la carne así asada; en cuanto a mí, no he notado la diferencia. La hierra es un espectáculo curioso y verdaderamente interesante para un extranjero; son como justas, donde brilla toda la destreza de los pobladores y su superioridad como jinetes.

Antes de que los disturbios y la revolución hubiesen arruinado las campañas de otras provincias, los brazos no podían bastar para la marca y castración, y, en consecuencia, se sacrificaban muchos toros; por eso se los perseguía en los campos y bosques, se los mataba a lanzazos, o bien se les cortaban los jarretes con un instrumento cortante, en forma de media luna y colocado en el extremo de un largo bastón, para desollarlos en seguida. La carne era abandonada; a veces, se sacaba únicamente el sebo.

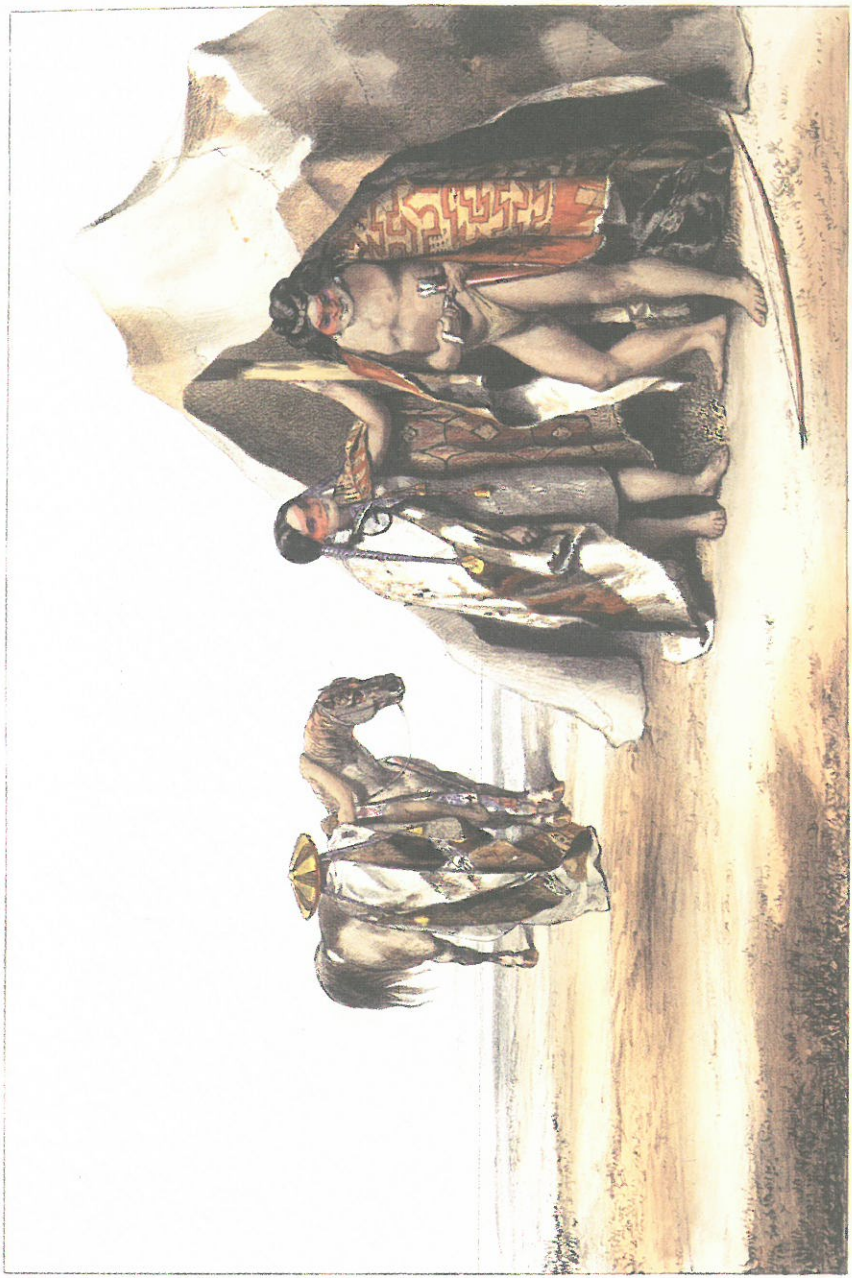
Los caballos, lo mismo que los demás animales domésticos de las chacras, se apegan de una manera extraordinaria a la tierra en que han nacido, o a la que se habitúan durante mucho tiempo; por eso es muy frecuente, cuando se los hace viajar, aunque se trate de distancias considerables, verlos huir y retornar por sí mismos a su suelo natal, que los pobladores llaman *querencia.* Son numerosos los animales dotados de ese instinto; se los denomina *volvedores*; y sus dueños cuidan mucho, cuando ponen pie en tierra en cualquier lugar, de atarlos fuertemente, sin lo cual se los ve partir al galope, llevando todos sus arreos.

La *hierra* de los caballos no se diferencia de la de las bestias con cuernos más que en el hecho de que aquélla se realiza en el interior del corral, porque es sumamente difícil enlazarlos en pleno campo, a causa de su ligereza. Es por el mismo motivo que, cuando se quiere atrapar caballos o yeguas, sin conducirlos al corral, o bien cuando se los persigue, sea a los caballos salvajes *(baguales)*, sea a caballos domados que tienen el hábito de huir, se trata de

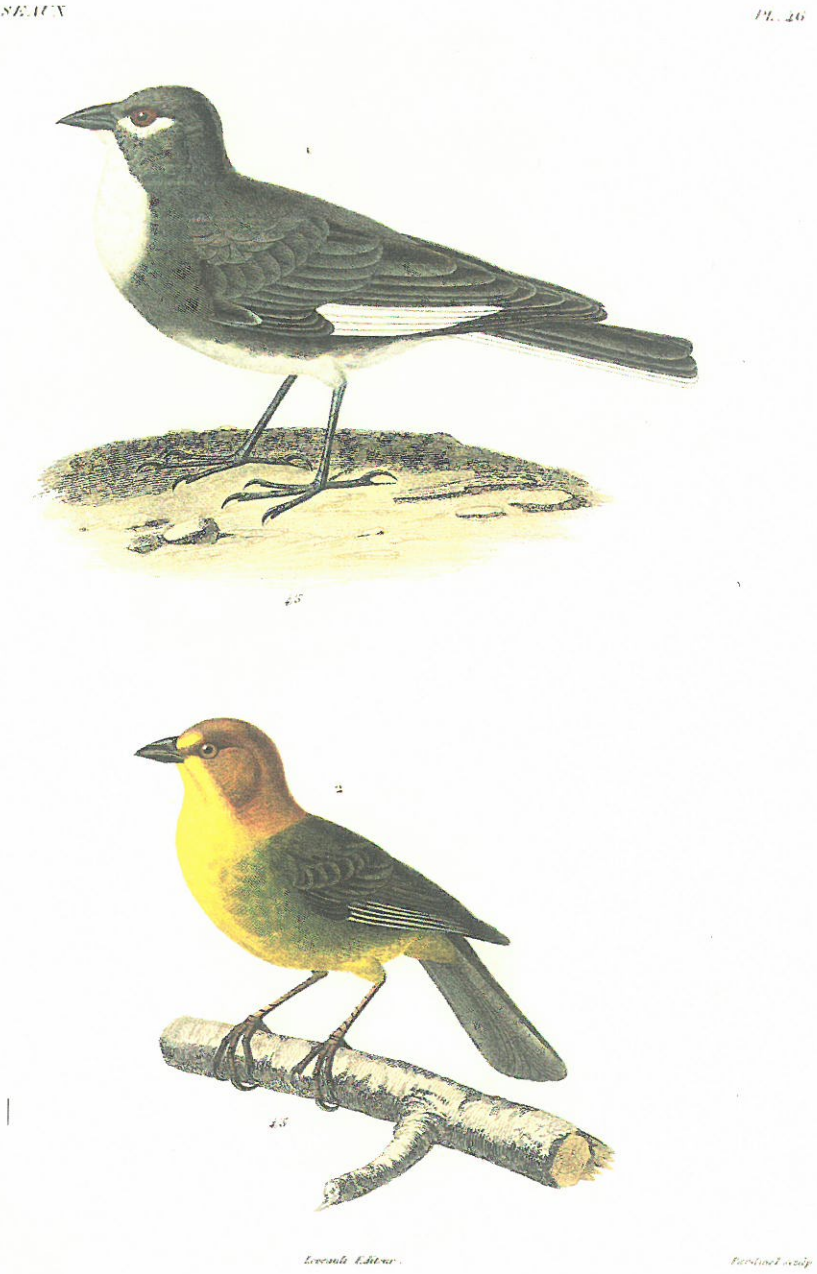
reunirlos, empleando, en vez del lazo, las boleadoras, arma que los pobladores, al igual que los indios, emplean con una destreza idéntica y se convierten en muy peligrosas en sus manos. Esas boleadoras, de las cuales he hablado varias veces, se diferencian algo de las empleadas para la caza; son generalmente más grandes.

Las estancias producen lo mismo que en Corrientes, pero se saca de los productos mejor partido, sobre todo de la carne seca y de los cueros de vaca, bueyes y caballos. Se los seca y sala, porque son así más buscados por los ingleses y están menos expuestos a los ataques de los insectos; pero su peso hace más oneroso el flete. Los recortes de cueros secos se venden para la elaboración de pegamento. Los hombres de campo emplean también esos cueros para mil usos; el sebo y la grasa se exportaban más antes que ahora, porque se emplean en las fabricas de velas y jabón. La grasa se vende para la cocina de los habitantes, a quienes les gusta mucho; la más buscada por ellos es la que se extrae del hueso, al hacerlo hervir.

Los cuernos se venden por miles y los huesos por carretadas; la crin por *arroba*, de 25 libras de peso. Como este artículo ha adquirido mucho valor desde hace algunos años, los propietarios hacen cortar la crin de todos sus caballos y yeguas; y pelan, además, la cola de estas últimas, a las que esa operación hace horribles y deja sin defensa contra los mosquitos y otros insectos que las asaltan durante el verano. Hay que agregar a los artículos de que acabamos de hablar, la lana de oveja, aunque la calidad sea extremadamente inferior y la pérdida enorme, a causa de la semilla espinosa de una especie de cardón que cubre el suelo de esta provincia y que llena los vellones. Cada estancia posee generalmente su rebaño de ovejas más o menos considerable; esas ovejas se acorralan aparte y se multiplican rápidamente, porque paren por lo común dos veces al año, sobre todo en las provincias más septentrionales. Los habitantes las aprovechan poco: no les gusta la carne de esos animales y hasta hace pocos años apenas la comían, y solamente cordero asado; pero, desde que los extranjeros han comenzado a afluir a Buenos Aires, el consumo de la carne de oveja se ha generalizado en la capital, y el aumento del precio de las vacas lo ha extendido al campo. Hay que agregar que esa carne es de una calidad muy inferior y no se parece a la del carnero de Europa. Los cueros, con su lana, sirven para confeccionar la parte del recado llamada pellón o *cojinillo*. La lana es empleada por los colchoneros y para hacer los sombreros comunes. Se ha intentado multiplicar los merinos y se los ha cruzado con la raza indígena, pero el cardón, que penetra en los vellones, es un gran obstáculo para que puedan obtenerse productos de buena calidad. Tales ensayos han



Indios patagones.



1: *Emberiza speculifera*; 2: *Emberiza fulviceps*.

tenido mejores resultados en las provincias de Corrientes y Córdoba. Los corderos de los indios pampas son muy apreciados por su gran tamaño y la belleza de su lana; los propietarios tratan de conseguir carneros padrillos de esa raza. Por lo demás, la crianza de esos animales no es más cuidada que la de las vacas y los caballos; están igualmente abandonados a la naturaleza y a la intemperie de las estaciones: sus guardianes no son pastores, sino los perros que he descrito al referirme a Corrientes.

Tales son los productos de las estancias, productos que forman la principal y casi única riqueza de la provincia de Buenos Aires. Si se considera la rapidez con que se multiplican los rebaños, la facilidad de conseguir tierras donde criarlos y los escasos gastos que exige esa empresa, se concebirá que esa rama del comercio sea a la vez la menos penosa y la más lucrativa que ofrece el país; por eso es la industria comercial a que los pobladores se entregan con preferencia y el origen de la mayoría de las grandes fortunas de las provincias del Plata. Hasta la época de la revolución, los criollos no conocían otras y el comercio estaba exclusivamente en manos de los españoles; sólo después, siguiendo el ejemplo de los extranjeros, se ocuparon de otras especulaciones mercantiles. En cambio, los extranjeros han adquirido terrenos y crían rebaños; hoy, muchos ingleses y otros extranjeros son propietarios de estancias. Existe, en éstas, una costumbre antigua y casi general que prueba que los pobladores de la campaña no son muy delicados en lo que se refiere a los medios de aumentar su fortuna; es la de robarse mutuamente los animales, a lo que contribuye mucho la extensión de las tierras y de los rebaños, que salen, a cada instante, de sus límites. En algunos establecimientos es raro que se maten animales que no sean de los vecinos. En las grandes estancias se organizan, para facilitar la vigilancia, especies de sucursales de la estancia principal, llamados *puestos*, y que poseen su administrador, sus obreros y su corral aparte. En un establecimiento de esta naturaleza, el propietario que, la mayor parte del tiempo, vive en la capital, tiene una persona encargada de la administración general, con el título de mayordomo, que tiene, a sus órdenes inmediatas, contramaestres llamados *capataces*, quienes, colocados a la cabeza de los puestos, dirigen y vigilan a los peones, en sus diversas operaciones y mantienen el orden entre ellos. El salario de los obreros, en esta provincia, es generalmente, para las estancias, de ocho pesos (40 francos) por mes, y sus tareas se reducen, si se exceptúan la hierra y la castración, a muy poca cosa: es una vida de ocio. Se dedican de alguna forma a montar a caballo, recorrer las tierras del patrón para la vigilancia y conducir las vacas y caballos al corral; por eso, es casi seguro encontrarlos, a cualquier hora que sea, con las barajas en la mano. Sin

embargo, desde hace algunos años la agricultura, antes absolutamente desconocida en las estancias, comienza a introducirse y terminará por eliminar la ociosidad. Puede verse hoy, en general, cerca de la casa principal de esos establecimientos, un bosque de durazneros, destinado a abastecer de combustible y frutas, y un pedazo de tierra, más o menos grande, reservado para el cultivo de granos y de algunas legumbres, lo que contribuye a mejorar el alimento de los trabajadores, que, antes de esa época, se componía únicamente de carne. Sería difícil hacerse una idea de la cantidad que consumen los habitantes del campo. En las estancias, los asadores están encendidos todo el día, y se ven las brasas cubiertas de diversos trozos pequeños de carne y de intestinos grasosos que los peones hacen asar, sin lavarlos, y que comen con el mayor gusto, carbonizados, sucios de cenizas y sin sal; en general, la limpieza es desconocida en la cocina y en la manera de preparar los alimentos. Los animales son despedazados en tierra, sobre el cuero, de manera que la carne siempre está cubierta de sangre, sucia de barro y estiércol; por eso se acostumbra lavarla antes de hacerla cocer, pero raramente antes de asarla. No se cuida mucho más la leche; por eso el queso es detestable; y la manteca, mal lavada y encerrada, como la grasa, en vejigas, tiene casi siempre mal gusto. Estos inconvenientes, comunes hace algunos años en la capital y sus alrededores, comienzan a hacerse sentir menos, debido a la afluencia de extranjeros, a la civilización y lujo que hacen buscar con avidez cuanto contribuye a hacer agradable la vida.

Las otras provincias han visto desaparecer la mayoría de su ganado a causa de los desórdenes que trajeron la revolución y la anarquía; Buenos Aires sufrió menos y, salvo las pérdidas que le ocasionaron sus guerras con Santa Fe y las invasiones de los indios, sus riquezas pastoriles permanecen casi intactas, y aumentan diariamente; por eso se ven, en sus campos, establecimientos importantes, que no pueden compararse a otros de su género. Una estancia que sólo posee tres a cuatro mil cabezas de ganado no llama la atención y apenas merece su nombre; y hay algunas cuyos propietarios marcan hasta doce mil vacas por año, lo que supone una existencia de cuarenta a cincuenta mil cabezas y una renta de un número igual de pesos. No hay otras pérdidas naturales, en estas empresas, que las que traen las grandes sequías que azotan a veces estas comarcas, y las epizootias, que son raras. Entre éstas se encuentra una enfermedad conocida con los nombres de *mancha* o *mal grano*, ya descrita en Corrientes; pero la probabilidad más terrible y capaz de arruinar en un instante al propietario es la de las frecuentes e imprevistas invasiones de los indios. Nada escapa a este flagelo, que destruye o se lleva cuanto se presenta a su alcance.

Los animales de la provincia de Buenos Aires son de un tamaño intermedio entre los de la Banda Oriental y los de las provincias del norte; y lo mismo puede decirse del peso de sus cueros. Su carne es tierna y se cuece muy fácilmente, al contrario de la de las otras provincias, pero es menos sabrosa y menos sustancial. Al cabo de media hora de hervor, la carne es buena para comer, y una cocción más prolongada la reduciría a papilla; por eso los habitantes, que comen a mediodía, ponen la olla al fuego a las once.

Las carretas pasaron la víspera por Navarro y, continuando su camino, se dirigieron hacia las Saladas. Fuimos a visitar al primero de esos dos lugares, una de las guardias de la antigua línea de frontera, que sigue inmediatamente a Lobos, hacia el noroeste, a una distancia de alrededor de seis a siete leguas. Ese villorrio fue levantado cerca de una laguna del mismo nombre, muy grande y unida a muchas otras por una *cañada*, o pantano, en medio de la cual se forma el lecho de un arroyuelo, que corre hacia el sudeste a desembocar en el Salado; esa cañada se denomina *las Saladas*, nombre que comparte el distrito comprendido entre ella y el Salado. Navarro se halla en una hondonada que me ha parecido húmeda; es, por lo demás, uno de los villorrios más miserables de la provincia, lo que debe tal vez atribuirse a que nunca ha tenido otra guarnición que un pequeño destacamento del regimiento de Blandengues, estacionado en Lobos. Las casas son poco numerosas, mal construidas y cubiertas de juncos; el fortín se cae en ruinas. Lo mismo que en Lobos, toda la población está rodeada de álamos, que son muy útiles y presentan desde lejos una bonita perspectiva.

6 de enero

No sabiendo positivamente el mayor Pedriel en qué punto de las Saladas nos esperaba el escuadrón de Blandengues que debía acompañarnos, y habiéndose enterado por nuestro huésped que el destacamento de milicias y otro convoy de carretas destinado a formar parte de la expedición no habían probablemente abandonado todavía la guardia de Luján, resolvió dirigirse a ese lugar. Montamos en seguida a caballo, y avanzando a través de los campos nos dirigimos a la posta situada entre Navarro y esa guardia. Los campos que atravesamos están casi desiertos y las hierbas tienen gran altura, a causa de la ausencia de ganado. Esta circunstancia hacía el trayecto muy penoso, sin impedirnos, empero, galopar, puesto que los habitantes no conocen otro modo de andar y van al trote cuando les resulta imposible hacerlo de otra manera. Llegamos a la posta a las dos; y, mientras se llevaban los caballos al *corral*, comimos un asado, a la sombra de algunos sauces plantados en el círculo de la fosa que rodeaba la casa. El propietario nos contó que había sido robado y arruinado en la última invasión de indios; y su casa presentaba, en efecto, un

aspecto de lo más miserable. Lo mismo pasa en la mayoría de las casas del campo de esta provincia; y, salvo las estancias y las casas de recreo de los alrededores de la capital, así como los principales villorrios, el resto se compone de miserables chozas, donde se ven, por todo mobiliario, un pobre jergón formado de palos cubiertos de un cuero de vaca, una mesa groseramente trabajada, algunas malas sillas o escabeles, reemplazados a menudo por bloques de madera o cabezas de vaca. La batería de cocina se compone de una olla, una pava, un vaso de lata, aunque muy a menudo se lo reemplaza con un cuerno de vaca, un plato de estaño y dos o tres cucharas de hierro o de cuerno; el uso de fuentes está poco extendido; se come generalmente en el plato, y hasta hace poco tiempo tal era en Buenos Aires la costumbre casi general.

Los caballos que nos dieron respondieron al esfuerzo que les exigimos; eran exteriormente verdaderos rocinantes, pero no galoparon por eso menos durante todo el trayecto que nos quedaba por recorrer, a través de cardos que se perdían a lo lejos y de hierbas que nos llegaban a la rodilla. Como no había camino abierto, el postillón, que desempeñaba al mismo tiempo la función de guía *(baqueano)*, marchaba a cierta distancia adelante, como se practica siempre en la región, sin volver la cabeza, ni inquietarse si lo seguíamos o no. Encontramos sólo alrededor de una legua de la guardia de Luján un camino abierto, que conducía a una *estancia* vecina, la única que hallamos en todo el trayecto. Llegamos al caserío a las tres, cubiertos de sudor y de una espesa capa de polvo, que no permitía ver el color de la ropa. Para colmo de desdichas, no teníamos con que cambiarnos, porque nuestros efectos estaban en las carretas, que seguían otro camino, y debíamos pasar todavía algunos días en ese estado. Es un inconveniente que debe sufrirse a menudo en los viajes por esas regiones. El europeo tiene que olvidar las comodidades de países poblados y civilizados, acostumbrarse a la fatiga, al hambre, a la sed, a la suciedad, a todas las privaciones posibles, privaciones que no lo son nunca para los pobladores, quienes consideran nuestras costumbres delicadezas y superficialidades. Descendimos en casa del juez de paz del lugar, un español casado en la región y establecido en el pueblo desde hacía muchos años; parecía gozar de una buena fortuna, adquirida, como en gran número de villorrios de esas campañas, con el comercio de pulpería y el de trigo y molienda. Nuestro juez desarrollaba alternativamente sus dos oficios, pasando de su oficina a su tienda y a su molino. Su casa respiraba comodidad; nos recibió muy bien y nos hizo por lo menos preparar una buena comida, la cosa más importante por el momento; en cuanto al alojamiento, el patio era grande y el calor de la estación permitía improvisar allí un dormitorio. Cuando hubimos descansado algo, nos fuimos a pasear por el

pueblo, que es muy grande y tiene mucho movimiento; hay muchas casas construidas con ladrillos y en su mayoría están ocupadas por una pulpería o una tienda, lo que demuestra que el campo de los alrededores está poblado y el comercio algo extendido. La guardia de Luján es el punto de la antigua línea de frontera, punto intermedio entre el fuerte de Navarro y el fuerte de Areco, a unas ocho leguas al nornoroeste de Navarro y a seis leguas al sudoeste de la ciudad de Luján que, como la guardia misma, toma su nombre del arroyo que corre cerca y se vierte en el Paraná en las Conchas. Ese villorrio presenta un aspecto totalmente distinto de Lobos y de Navarro, porque casi carece de árboles; en cambio, es más extenso y floreciente, y se cultiva mucho trigo en sus alrededores. Vimos, en la plaza, al otro convoy de carretas que esperábamos y que recibió la orden de partir al día siguiente. No pudiendo mudarnos de ropa, resolvimos, por lo menos, desembarazarnos de nuestra larga barba y entramos en casa de un barbero, con la intención de hacernos afeitar; lo encontramos ocupado en rejuvenecer a un anciano octogenario, que nos refirió una parte de la historia de su vida; era un antiguo soldado español, del cuerpo de Blandengues, y uno de los fundadores del burgo; nunca quiso, según decía, aceptar el grado de cabo, a fin de vivir sin responsabilidad. Mientras nos hacía una larga enumeración de sus campañas, que se reducían a algunas correrías contra los indios, notamos el ruido extraordinario que hacía la navaja en mano del rapista, ruido semejante al de una sierra; y como, por otra parte, la suciedad de las toallas y de la pocilga era extrema, perdimos el deseo de confiarle nuestras cabezas y nos retiramos, so pretexto de que era tarde. El mayor nos informó que la partida tendría lugar sólo al día siguiente, a fin de dar tiempo de reunirse a los milicianos, de los cuales llevaríamos un escuadrón.

Toda la población de la campaña está organizada en milicia activa y pasiva y dividida en varios regimientos, mandados por ex militares; una parte de los oficiales proviene también del ejército. La parte activa está destinada a concurrir, con las tropas de línea, al servicio interior de la provincia y a su defensa, y en tal caso goza del mismo sueldo. Los milicianos guardan sus armas consigo y montan sus propios caballos; los que debían acompañarnos recibieron orden de llevar cada uno dos y debían ser relevados al cabo de dos meses. Esa institución es una de las mejores del país; es lamentable que, dominada muy a menudo por el espíritu de partido, haya servido a veces a los promotores de la anarquía. Encontramos, en casa del Juez de paz, al coronel del regimiento que debía proporcionarnos el destacamento; se llamaba don Juan Izquierdo; era, decían, un valiente militar que sirvió en Europa; parecía dotado de gran franqueza, pero tenía ese mal tono y esa grosería que muchas personas, sobre

todo en el país de que hablo, consideran atributo necesario de la profesión de las armas. Tenía su casa en la ciudad de Luján, donde logró formar una pequeña estancia. Los coroneles de milicia están en condiciones de sacar gran partido de su puesto, por las exenciones de servicio y otros favores que acuerdan a quienes pueden pagar bien. Desde la revolución, y siguiendo el ejemplo de sus predecesores –los empleados españoles– poseen en grado supremo el secreto de enriquecerse en puestos donde los escasos emolumentos apenas alcanzan a satisfacer sus primeras necesidades.

7 de enero

El día transcurrió en preparativos para la partida; el coronel Izquierdo nos dio una pieza de cuatro, que pertenecía al acantonamiento, y un pequeño destacamento de artillería, mandado por un sargento. Se la dispuso de manera que pudiera ser arrastrada por una yunta de bueyes y se la colocó a continuación del convoy. El mayor hizo distribuir, en las carretas, veintinueve prisioneros de guerra brasileños, destinados a los trabajos del establecimiento; habían sido llevados con ese fin a la desembocadura del Salado y se los trataba muy humanamente. La conducta de los habitantes de la provincia de Buenos Aires con respecto a sus prisioneros y a sus esclavos hace mucho honor a su carácter, y si han procedido de otro modo con los españoles, durante y sobre todo al comienzo de la revolución, no hay que atribuirlo sino a la exaltación de las pasiones en semejante circunstancia. Una vez todo dispuesto y reunidos los milicianos, se dio orden de partir a la entrada de la noche. Las caminatas nocturnas se usan mucho en esas comarcas, durante la estación de los calores, a causa del ardor del sol, que hace sufrir en grande a los animales, sobre todo a los bueyes; y como estos últimos no pacen de noche, sino sólo en el caso de no haberse alimentado en el día, los convoyes de carretas sacan, de ese procedimiento, la doble ventaja de aprovechar el fresco y tener los animales bien saciados. El convoy partió, llevando la escolta de los milicianos, algo después de ocultarse el sol, y se dirigió hacia una estancia de las Saladas, donde nos esperaba el escuadrón de Blandengues; en cuanto a nosotros, el mayor decidió que partiéramos más tarde. Nos tendimos en nuestros recados y nos acostamos para esperar, conversando, la hora de la partida. A medianoche se ensillaron los caballos.

Pampas
8 de enero

Nos pusimos en camino a la una de la mañana, en una noche que el cielo cubierto hacía muy oscura, y tomamos la ruta de las Saladas, que es muy usada. Hay que estar habituado a ese género de tráfico para preferirlo a los viajes que se realizan de día, y tener, como los habitantes, la costumbre de dormir la siesta; o bien poder, como muchos de ellos, dormir a caballo, al paso y hasta al trote,

horas enteras; sin ello, la ventaja del fresco está más que compensada por el aburrimiento de no distinguir nada, lo que hace calcular en mucho más las distancias, y cansarse en la lucha contra el sueño. La primera parte del trayecto transcurre, sin embargo, muy agradablemente; uno habla, bromea, canta para distraerse, pero pronto el sueño y la fatiga domina; los espíritus abatidos no encuentran ideas, la conversación languidece, no tarda en cesar por completo, y la marcha se hace insoportable. Entonces se ve, muy frecuentemente, a los viajeros echar pie a tierra, retirar el cojinillo del recado y extenderse sobre él, para dormir una o dos horas, teniendo al caballo por la brida; es lo que hicieron dos de nuestros compañeros. En cuanto a nosotros, continuamos, dando de vez en cuando una galopada, para despertarnos; no siempre sin correr el riesgo de partirnos el cuello, pero es una reflexión que nunca se hacen los habitantes. Al acercarse el día la necesidad de dormir aumenta, se hace casi insoportable y sólo disminuye algo cuando la aurora comienza a colorear el horizonte y la frescura de la brisa matinal reanima al viajero agotado; ese momento llegó finalmente para nosotros y los balidos de los corderos nos hicieron pensar que estábamos cerca de una chacra. Efectivamente, algunos centenares de pasos más lejos nos hallamos en medio de una majada de lanares, que un hombre arreaba con toda rapidez, a un lado de la casa, situada a alguna distancia hacia la derecha. Los pobladores nos habían oído; temían, sin duda, que nos llevásemos, al pasar, algunas cabezas de ganado, lo que sucede siempre en la zona; habían, en consecuencia, enviado a buscarlas y su conductor las arreaba de tal manera que dejó atrás numerosos corderitos recién nacidos, lo que nos obligó a desviar nuestros caballos para no aplastarlos.

Al levantarse el sol, vimos que el terreno se elevaba insensiblemente en una serie de pequeñas colinas que se extendían del noroeste al sudeste y forman el cantón de las Saladas; son muy buenas tierras de labor, como todas las tierras altas de la provincia, que la naturaleza del terreno, menos compacta y menos arcillosa, hace más favorable a la agricultura que el suelo liso de las pampas. Distinguimos pronto muchas chacras y muchos campos de trigo, que se cosechaba entonces. Como las estancias son poco numerosas en ese cantón, se siembra a pleno campo, sin cercos, lo que es imposible en los sitios donde hay muchos animales reunidos; es por ese motivo que el territorio de la provincia se divide naturalmente en regiones agrícolas y regiones ganaderas, observando siempre que la proporción de estas últimas, comparada a la de las otras, es muy grande. Nos detuvimos en un rancho donde se estaba dando de comer a las vacas y donde se veía un monte arbolado que supimos era la estancia de don Felipe Barrancos, hacia la cual nos dirigimos; pedimos un poco de

leche, que hicimos calentar, y empleamos, en vez de agua, para tomar mate. El mate de leche es mucho más agradable que el de agua; empero las gentes del campo no lo consumen; solamente las señoras de Buenos Aires y Montevideo preparan así el mate, sobre todo para tomarlo por la mañana. También únicamente en esas dos ciudades se lo toma, generalmente, con azúcar; en el campo se sirve amargo, y el mate azucarado repugna a gran número de pobladores, aunque sean, por otra parte, muy ávidos de golosinas.

Llegamos a la estancia a las ocho y hallamos al escuadrón de Blandengues alojado cerca de la casa. Las carretas no habían llegado todavía y decidimos volver a marchar al día siguiente. La estancia de Barrancos se compone de dos cuerpos de edificios, construidos de paredes francesas: uno sirve de alojamiento y el otro de cocina y almacén; en la extremidad del primero se construyó, con ladrillo crudo, un pabellón cuadrado, de dos pisos, destinado a almacenar el trigo. Esa construcción, muy en uso en todas las provincias del Río de la Plata, dura mucho tiempo, cuando las paredes son bien blanqueadas; tiene el inconveniente de ser fácilmente socavada por las ratas y de no ofrecer ninguna seguridad contra los ladrones. Los oficiales de Blandengues ocupaban una pequeña habitación, que nos ofrecieron compartir; pero estaba a tal punto llena de pulgas que no se podía entrar sin que se cubrieran de ellas las piernas. Ese insecto, lo mismo que las chinches, abunda en la provincia de Buenos Aires; no sucede, como en la de Corrientes, que huye en el invierno y desaparece con los grandes calores; creo, por el contrario, que se multiplica durante el verano; por eso preferimos, mi amigo y yo, ir a descansar a la sombra de un gran bosque de durazneros, contiguo a la estancia, y que no habiendo sido podado desde hacía varios años era muy frondoso. Hallamos a todos los Blandengues distribuidos en grupos y sentados en tierra, con las barajas en la mano, ocupación casi continua de los militares del país y de la mayoría de los habitantes del campo. Se habían ubicado en el bosque las carretas de la casa, para ponerlas al abrigo de los rayos de sol, y elegimos una de ellas para buscar un sueño del que teníamos gran necesidad. Nos tendimos sobre nuestros ponchos, y a pesar del ruido y de los frecuentes altercados de los jugadores que teníamos al lado nuestro, nos dormimos tan profundamente que se vieron obligados a despertarnos a las dos, para ir a compartir el almuerzo que nos ofrecía el propietario de la estancia; pero el arte culinario está, así como todos los demás, muy atrasado en América del Sur, y el campo de Buenos Aires no ofrece otros recursos que la carne y las aves de corral, que no se sabe engordar, lo que hace casi imposible que una mesa sea bien servida, a lo menos para el gusto de un europeo. Lo que más me agradó, así como a mis compañeros de

viaje, fue el postre, compuesto de leche cuajada con azúcar. Se cuaja la leche por medio de la flor de cardo, y como la coagulación tiene lugar casi instantáneamente, el suero es apenas ácido y se lo sirve con la cuajada; el conjunto tiene un gusto muy agradable y nos gustó tanto más por cuanto estábamos ardiendo por el calor de la estación y la fatiga del viaje. Nuestro huésped, que se dio cuenta del placer con que le hacíamos honor, nos hizo servir de nuevo. Los habitantes de esas campañas ignoran las minuciosas leyes de la etiqueta europea; pero poseen una franca urbanidad, tal vez preferible; y se halla en ellos, como en todos los países donde la población y la civilización no ha realizado aún grandes progresos, esa hospitalidad caritativa, que honra al hombre de la naturaleza.

Después de comer, mis compañeros fueron a hacer la siesta, según su costumbre, y yo fui a sentarme a la sombra de los grandes sauces plantados al borde del foso que rodeaba la casa; ese foso podía tener dos metros de profundidad y contenía algunos centímetros de agua. La misma se encuentra a esa profundidad en los alrededores del Salado; algunas veces basta cavar un metro. Más se avanza de Buenos Aires hacia el sudoeste y más la profundidad de los pozos disminuye; y es sólo al alejarse del Salado para aproximarse a las montañas del Volcán, Tandil, Tapalqué, etc., que aumenta de nuevo, lo que indica que el Salado ocupa la parte más baja de una gran cuenca cuyas pendientes, desde las montañas, por un lado, y el centro de la campaña de Buenos Aires, por el otro, son casi insensibles[9]. Hacia el sur, la emanación de las aguas que proporcionan las montañas da lugar a los riachos Vivorotá, Pichileufú, Tandil, Chapaleufú, Azul, Tapalqué, Chatico y otros, cuyo curso, muy lento, hace que tanto se encierren en su lecho como se expandan para formar grandes pantanos.

En uno de los ángulos del foso había un terraplén, de dos a tres metros de elevación, sobre el cual estaba colocada una pieza de artillería. Es un prejuicio muy difundido entre los pobladores y hasta entre los militares que la artillería aumenta su efecto en razón proporcional a su mayor elevación; de allí proviene la construcción tan inadecuada de los fortines de frontera, que tendré oportunidad de destacar, al describir al más moderno de todos, el de Tandil. Al pie del murallón se había cavado un pozo que abastecía de agua a la casa; y, muy

9 Es hacia ese centro que se halla el punto de división de las aguas, que de una parte corren por los ríos San-Borombón, Matanza, Conchas, Luján, etc., en la cuenca del Plata y del Paraná; y, del otro, por las cadenas de las lagunas de Chascomús, Monte, Lobos y Navarro, y por los arroyos Leasgo, Calú-Calú, etc., en el arroyo del Salado.

cerca, había un gran estanque, sombreado de sauces, en el cual chapaleaban unos cincuenta ánades. Los que se crían en la región son de dos especies: el gran ánade almizclado, que engorda muy fácilmente y cuya carne, casi blanca, es muy deliciosa; y el ánade que los pobladores llaman *marrueco*, ánade común en Europa. Esas dos especies de ánades y las gallinas son los volátiles que pueblan, generalmente, los corrales de la comarca; se ven también, aunque raramente, algunas gallinas de Guinea. Los pavos reales son menos comunes todavía, y no recuerdo haber visto patos domésticos fuera del arroyo de la China, donde me dijeron que eran patos silvestres domesticados[10], que se multiplican muy bien al domesticarse. Casi no hay palomares en la campaña, aunque los hay muy grandes en Buenos Aires. Los pavos son muy numerosos, y los negros son, aquí, tan escasos como los grises entre nosotros. Lo que había de notable, en el corral de Barrancos, eran cinco o seis avestruces mansos, que estaban en la época de la postura. Me asombró mucho un huevo todavía caliente que una de esas aves acababa de poner en la cocina, y que me mostraron; como les sacaban los huevos a medida que los ponían, no pude saber si empolla en la domesticidad. El avestruz prendido joven se cría perfectamente y llega a ser muy familiar, aunque nunca deja que lo toquen; los de la casa donde estábamos no podían franquear el foso y no osaban pasar por la estrecha plancha que servía de puente levadizo, vagando, durante el día, de pieza en pieza y por el patio, viviendo en buena armonía con las gallinas, los ánades y los otros animales domésticos. Esta ave es por naturaleza muy poco adusta, y en los campos, cuando no se hace juego persiguiéndolos, se los ve acercarse para comer.

Tendimos nuestras camas en el patio, con la intención de evitar las pulgas y gozar de la frescura de la noche; pero fuimos muy incomodados por los mosquitos, que comenzaban a abundar en esa región menos poblada de la campaña. Empero, no hay comparación entre los que encontramos y los enjambres innumerables que nos asaltaron en el Paraná y en las provincias de Corrientes y Paraguay; como las noches son siempre frescas, en el campo de Buenos Aires, aun en pleno verano, los mosquitos desaparecen al cabo de algunas horas.

Las carretas y los milicianos llegaron en el curso de la mañana, pero, a fin de aguardar a algunos rezagados y dar al primer convoy tiempo para que nos alcanzara, la marcha se aplazó para el día siguiente.

Nuestro comandante quiso, antes de partir, inspeccionar las tropas de la expedición y yo asistí a la revista. El extranjero, acostumbrado al porte severo y brillante de las tropas europeas, no debe esperar hallar, en América del Sur,

---

10 Es el cisne blanco.

ni la limpieza ni la uniformidad que impresionan tan agradablemente la vista en las nuestras; y el espectáculo que ofrecen allí, sobre todo en campaña, es más bien grotesco que imponente. El uniforme del cuerpo de Blandengues y, en general, de toda la caballería, se compone de una chaqueta y de un pantalón de paño azul, con galones rojos, y de un morrión de forma análoga al que usan las tropas rusas; pero es más común ver a los soldados cubiertos de una especie de toca o gorro de policía, también de paño azul. Los morriones no duran más de una campaña, porque los jinetes, que hallan incómodo ese tocado, los pierden o se deshacen de ellos. Lo mismo sucede con casi todas las restantes partes de sus uniformes. La apatía y la suciedad características de los habitantes del campo, entre los cuales se recluta la caballería, les hacen valorar poco su equipo, y la disciplina no es lo bastante estricta como para vencer su indolencia. No resultará, pues, una sorpresa decir que habría sido difícil reunir, en el escuadrón que nos acompañaba, diez hombres uniformemente vestidos; unos llevaban pantalones, otros calzones con chiripás de diversos colores; muchos tenían la cabeza cubierta de sombreros de copa, y la mayoría llevaban ceñida la frente con un pañuelo, costumbre generalizada entre los hombres del pueblo; casi todos iban con los pies desnudos y algunos calzaban botas de piel de potro; finalmente, casi todos estaban cubiertos de ponchos diversamente pintarrajeados, lo que daba a la tropa un aspecto completamente estrafalario. Las armas, especialmente las armas de fuego, estaban en tan mal estado como el vestuario y muchas de ellas fuera de servicio. Los soldados no tienen ninguna idea de los cuidados que ellas exigen; muchos ignoran la manera de desmontarlas y, por lo demás, se preocupan poco de saberlo; por eso se deterioran muy rápidamente y sería difícil imaginar la inmensa cantidad de armas de fuego que las provincias del Plata han consumido, desde el comienzo de la revolución, aunque los ejércitos más importantes que hayan pasado de ocho a diez mil hombres, que raramente hayan alcanzado ese número y que casi no hayan tenido que sostener más que pequeñas guerras intestinas. En la provincia de Corrientes vi, en medio de la paz más absoluta, un armero y dos obreros ocupados todo el año en el mantenimiento y reparación de las armas, aunque el Estado sólo tenía en pie trescientos o cuatrocientos hombres.

9 de enero

La disciplina de los cuerpos armados es tan mala como su vestimenta; los reclutas llevan todos los vicios dominantes en el país, la pasión del juego y de los licores fuertes, la pereza, la suciedad, el espíritu pendenciero que cuesta tal vez tantos hombres a la nación como las guerras. Los castigos son corporales y muy fuertes; pero no constituyen un freno suficiente para los desórdenes, y la

mala selección de los oficiales es otro obstáculo para un mejor estado de cosas. Estos son, generalmente, jóvenes que salen de su familia para ocupar los puestos vacantes en el ejército, en la mayoría de los casos, porque no tienen condiciones para otra cosa, o por la irregularidad de su conducta hace de ellos una carga para sus padres. Como no existe ninguna escuela de oficiales, reciben en el cuerpo su educación militar, y se concibe fácilmente que no debe ser brillante; por eso son, en general, de una ignorancia profunda, hasta tratándose de los elementos de su profesión. No se formaron oficiales y soldados verdaderamente dignos de ese nombre, fuera de los que hicieron la guerra a las órdenes de San Martín y Bolívar; y es, sin discusión, a esos dos jefes que se debe la buena organización del ejército que realizó la última campaña contra el Brasil. Sus talentos personales y el gran número de oficiales extranjeros que sirvieron bajo sus banderas, han contribuido a excitar la emulación y a hacer nacer, en sus ejércitos, el espíritu militar; pero todos sus esfuerzos reunidos no lograron nunca alcanzar esa severidad en el vestir, esa inmovilidad bajo las armas, esa precisión en los movimientos que distinguen a las tropas europeas, porque la indolencia y apatía de los habitantes tienen una fuerza de inercia a la que nadie puede vencer. Agregar que la poca estabilidad de los cuerpos es otro obstáculo no menos grande, porque se necesita menos tiempo para disolverlos que para formarlos, y cuando escapan a un aniquilamiento completo, a lo sumo su nombre y su cuadro sobreviven a la desorganización general. Las deserciones diarias dejan claros considerables, que se llenan con nuevos reclutas, los cuales no tardan en seguir el ejemplo de sus predecesores, y debido a ese movimiento perpetuo existen contados soldados veteranos en los cuerpos. El habitante de las campañas, que por sus costumbres se acerca al estado salvaje, tiene un huraño instinto de independencia que lo hace indócil a toda especie de freno e incapaz de habituarse al espíritu de orden y a las minuciosas reglas de la disciplina militar; por eso la mayoría de los soldados sólo aspiran a desertar sin peligro; y como las localidades y la dificultad de establecer una policía severa, en esos vastos campos casi despoblados, le ofrecen la oportunidad, no tardan en aprovecharla. Esa tendencia a la deserción explica sobre todo cómo la República Argentina no ha podido mantener, hasta hoy, una fuerza armada permanente y bien organizada; pero otro hecho, que no contribuye menos poderosamente, es la falta de una ley de reclutamiento del ejército y la manera infame con que se procede. Al producirse una guerra, se activa la reunión de todos los malhechores y vagabundos; se los conduce al sitio de concentración, donde son encerrados en el cuartel hasta el momento de la partida; se les enseña rápidamente un poco de ejercicio, se los equipa, se los arma y el cuerpo está

formado. Las prisiones son los criaderos de soldados de la República; bandidos, cubiertos de crímenes, son liberados por un centenar de palos, castigo después del cual se les sacan las cadenas y se hace de ellos soldados. Los ciudadanos, y cuantos algo poseen, están exentos del servicio militar; aquellos que se sienten atraídos por la profesión entran en el servicio con un grado. Los primeros años de entusiasmo de la guerra de la independencia son los únicos que han dado a la República algunos voluntarios distinguidos.

Es comprensible que con tal modo de reclutamiento no pueda existir, en los cuerpos del ejército, ni ese espíritu marcial, ni ese noble orgullo que anima a los guerreros europeos y que debería ser, sobre todo, la herencia de las tropas republicanas; se concebirá, asimismo, difícilmente que semejantes soldados hayan podido vencer a las tropas españolas bien disciplinadas; pero hay que pensar que si la soldadesca americana no está animada de esas generosas pasiones que hacen despreciar el peligro y afrontar la muerte, posee, por lo menos, ese valor brutal, del que participan todos los pueblos salvajes y nómades. Acostumbrados desde la infancia a mojarse las manos en la sangre de los animales, a exponer la vida en los ejercicios más peligrosos y a menudo en peleas que surgen de sus reuniones; habituados a desafiar el hambre, la sed y la intemperie, los hombres que la componen son, por así decirlo, insensibles al dolor; ven correr su sangre sin emocionarse y reciben la muerte con casi tanta indiferencia como cuando la dan.

Habiéndose fijado la partida para la tarde, pasé la mayor parte del día en el bosque de durazneros de la casa. Aunque era la estación de las frutas, no había ningún durazno en los árboles y la cosecha había fracasado por completo en todas las plantaciones vecinas al Salado, lo que sucede con mucha frecuencia; mientras que en Buenos Aires y en las islas del Paraná los durazneros producen, todos los años, más o menos abundantemente y siempre excediendo las necesidades del consumo. Aunque no hay, de las costas del Plata hasta las del Salado, más que un grado de diferencia en la latitud, el descenso de la temperatura es muy sensible, lo que debe atribuirse, según creo, a la vasta extensión y a la igualdad del suelo de las pampas, que no ofrece ningún abrigo, de manera que las brisas que van del oeste hasta el sur son muy frescas, sobre todo durante la noche, y ocasionan heladas tardías por congelación del rocío, que destruyen las flores de los árboles frutales. Por el mismo motivo, sin duda, los duraznos son, en esos lugares, muy a menudo, menos bellos y menos sabrosos que los que se producen en los alrededores de la capital, y creo que, para tenerlos buenos, habría, como en Europa, que recurrir a espalderas o, por lo menos, a abrigos artificiales del lado de los vientos fríos.

Nos pusimos en camino a las cinco de la tarde, en número de aproximadamente doscientos cincuenta hombres. El escuadrón de Blandengues marchaba adelante; en el centro iban las carretas y los prisioneros de guerra; y los milicianos formaban la retaguardia. A una legua, después de haber llegado a una miserable casucha, último lugar habitado que debíamos encontrar en el camino, entramos en el despoblado. Perdimos pronto de vista todo objeto digno de atención; el horizonte se hizo perfecto; nos encontrábamos como en medio de un océano de vegetación, donde nada modificaba la monótona uniformidad, y nos hundimos en las pampas. Tal es el nombre que se da, en general, a las vastas llanuras que se extienden desde las costas del Atlántico hasta el pie de los Andes; pero, en el idioma de los habitantes del campo, que han tomado el término de los indios quechuas, *pampa* significa un espacio de terreno absolutamente llano y cubierto de pasto, lo que equivale a nuestra palabra *pradera;* no debe creerse que tal sea la naturaleza de toda la extensión de las pampas. En primer lugar, se ha exagerado mucho la llaneza del suelo, puesto que toda la parte de la provincia comprendida entre el Plata, el Paraná y el Salado, se compone de terrenos ligeramente ondulados, en los cuales se distinguen muy bien las alturas, las hondonadas donde corren diversos riachos y los pantanos que sólo se secan en verano; hay, además, como ya lo he dicho, un punto de división de las aguas entre la cuenca del Plata y la del Salado. Al sur de este último río el terreno es más generalmente llano; pero, en medio de ese inmenso mantel verde, se encuentran, como sembrados en gran número, grupos de dunas arenosas, bastante elevadas, cubiertas de una vegetación más rara, y que forman islotes, donde el color amarillento corta al verde pronunciado de la superficie llana. Hay también algunas series de colinas, cuya ubicación en medio de las llanuras hace parecer más elevadas de lo que son en realidad, y que, por tal razón, los habitantes llaman *cerrillos*, *cerrilladas*. Se ha exagerado igualmente la extensión de las pampas, por lo menos del norte al sur: es una inmensa hoya, es cierto, pero circunscrita, al norte, por las montañas de Córdoba y San Luis, y al sur, por las de Tandil, Sierra de la Ventana, etc., porque, a pesar de que sólo presentan grupos o más bien una cadena interrumpida, la línea ficticia que las une constituye una división bien marcada en la naturaleza de los terrenos. Del lado septentrional de esa línea, la pampa presenta un fondo uniforme y arcilloso; mientras que al sur el suelo se hace cada vez más desigual, mostrando muchos bancos calcáreos o partes arenosas. Sería también un error creer que, de este a oeste, la hoya se extiende desde las costas del océano hasta los contrafuertes de los Andes; hay, mucho antes de los mismos, terrenos arenosos, verdaderas estepas, que forman, alrededor, una línea divisoria de muy grande anchura.

Seguimos un camino de carretas, trazado por las antiguas expediciones a las salinas del sudoeste, y que, aunque no había sido frecuentado desde hacía gran número de años, era aún muy reconocible. Los terrenos deshabitados de las pampas son generalmente muy húmedos y las ruedas de las carretas cavan huellas profundas, que desaparecen muy difícilmente; el rastro se pierde solamente en las hondonadas inundadas una parte del año y en lo que los habitantes llaman *pajonales*, partes más bajas donde crece una gramínea que se desarrolla en gavillas tupidas y se eleva hasta la altura de un hombre a caballo, lo que hace la marcha sumamente penosa. Se ven muchos de esos sitios en las pampas; pero, al norte del Salado, la larga presencia del ganado las ha hecho desaparecer, de manera que el aspecto de la vegetación es completamente distinto.

Hicimos alto a las ocho de la noche, cerca de un pequeño lago casi seco, cuya agua cenagosa y salobre fue toda nuestra cena, porque se ordenó no hacer fuego y no quitar las bridas a los caballos, debiendo continuar la marcha a medianoche. Las carretas prosiguieron su camino; y nosotros, habiendo desensillado nuestras cabalgaduras, nos tendimos sobre nuestros recados, con las riendas en la mano.

10 de enero

Volvimos a montar a caballo a la hora indicada y continuamos silenciosamente nuestra marcha, en una de esas hermosas noches de verano, cuya agradable frescura indemniza de los ardientes calores de la jornada; pero la que siguió fue terrible. El tiempo estaba tranquilo y el sol ardía, hasta cuando estaba en el horizonte; pero el astro se elevó y fuimos asaltados por una nube de tábanos, cuya picadura, muy dolorosa, es seguida inmediatamente de una gota de sangre. Es imposible defenderse de ese cruel insecto, que no se anuncia con ningún zumbido y que se posa tan dulcemente que sólo se advierte su presencia por la temible succión. Fuimos obligados a recurrir a los guantes y mis compañeros se cubrieron con sus pañuelos; felizmente me había provisto de una especie de bolsa de gasa que coloqué encima de mi sombrero y que até alrededor del cuello, de manera que el rostro se hallaba protegido, sin que la respiración y la vista fueran perturbadas. Nuestros desdichados caballos, que no tenían los mismos recursos, estuvieron pronto cubiertos de sangre y varios de ellos se inquietaron a tal punto que a duras penas pudimos dominarlos. Los tábanos son raros en el interior de la provincia de Buenos Aires, porque los campos, continuamente pisados por los rebaños, no les ofrecen ningún refugio; en las pampas, sin embargo, donde abundan los pajonales y donde las hierbas, en general, se elevan a la altura natural, ese insecto se multiplica prodigiosamente y contribuye,

más que cualquier otro, a hacer los viajes penosos al extremo. Los caballos, asaltados por los tábanos, no pueden pastar de día y enflaquecen rápidamente. Es por ese motivo que los indios hacen pocas expediciones en la estación en que nos encontrábamos, es decir, desde el mes de diciembre hasta fines de febrero, época en la cual el número de esos insectos disminuye, no desapareciendo por completo sino a fines de marzo.

Pasamos muy temprano por la *cañada* de Chivilcoy, nombre de un cacique que, antiguamente, habitaba esos parajes. Se denomina *cañada*, en América española, a un terreno inundado, más o menos extenso y poco profundo, donde los animales pueden pacer y que se seca generalmente, por lo menos en parte, durante el verano. La riqueza de la lengua española permite distinguir, por una variedad de denominaciones, que sólo podemos traducir al francés con la palabra *marais* (pantano), muchas especies de terrenos inundados; así se llaman *bañados* a las praderas que bordean un río y que son inundadas por sus crecientes; *cañadas*, las hondonadas de la especie de que acabo de hablar; *esteros*, los pantanos más profundos y en los que crecen juncos llamados, así como las redecillas trenzadas que sirven para fabricar, *esteras*; y finalmente *cangrejales*, a los que me he referido al tratar de Corrientes. Las pampas corresponden a las sabanas secas de la América del Norte y las cañadas de gran extensión a las sabanas anegadas del mismo país.

Había también, en la cañada de Chivilcoy, algo de agua, que hizo mucho bien a nuestros caballos, que estaban cubiertos de sudor no solamente por el ardor del sol, sino igualmente por la agitación continua que les producían los tábanos. Al salir de la cañada, trepamos unas hermosas colinas de ambas orillas del Salado, que ocupan toda la extensión de su curso y son muy apropiadas para establecimientos agrícolas. A las nueve, cruzamos ese río, entonces muy bajo; corre, en el sitio donde lo cruzamos, en medio de un *bañado* cuya anchura media es de un cuarto de legua y que se inunda por completo durante las crecientes. El agua del río estaba estancada y se corrompía en un fondo de légamo espeso; es salobre a tal punto, en tiempos de sequía, que resulta imposible beberla y hasta los animales se niegan a hacerlo. Como todas las de la misma naturaleza, es muy fétida cuando se interrumpe el curso, y las pisadas de los caballos en el légamo hacen subir a la superficie burbujas gaseosas de un olor insoportable. Esos pobres animales, siempre perseguidos por los tábanos, tuvieron un momento de respiro al atravesar el río, y los vimos esforzarse, a pesar nuestro, a tomar el trote, a fin de liberarse, por las salpicaduras del agua, de esos insectos sanguinarios. Hicimos un alto, una legua más lejos, a orillas de un gran pantano poblado de juncos y que se llama laguna de Calilian: las

aguas de ese pantano, que provienen de las filtraciones de las colinas cuya base bañan, son menos salobres que las del Salado, y en esos parajes, donde el agua dulce es extremadamente rara, pueden considerarse potables; de cualquier manera, debimos contentarnos con ellas. Ese sitio había sido elegido como lugar de reunión con el primer convoy de carretas, que venía por otro camino y que debía cruzar el Salado más abajo; nos detuvimos para esperarlo.

El calor era terrible; dos tiendas de campaña, destinadas a los oficiales, estaban embaladas en las carretas, las que acamparon muy lejos de nosotros, de manera que carecíamos de toda protección contra los rayos del sol. La vasta extensión de las pampas no ofrece al viajero ni árbol ni arbusto que pueda prestarle sombra, y no le queda otro recurso, contra el insoportable sufrimiento que ocasiona el calor, duplicado por los tormentos de la imaginación, que la resignación natural de las gentes de la región y los refugios imperfectos que ha ideado su débil industria y que construyeron rápidamente nuestros soldados. Cortaron, en la laguna, algunos puñados de juncos, que fijaron en tierra en agujeros cavados con sus cuchillos; juntaron, después, de dos en dos, las cabeceras de esos postes flexibles y formaron así una serie de arcos sobre los cuales pusieron nuestros ponchos, nuestras mantas y las diversas piezas de nuestros recados. Esas frágiles cabañas estaban sostenidas por correas tendidas de una parte a otra, de manera de apuntalarlas; pudimos deslizarnos bajo aquéllas sin hallar un refugio, sino contra el calor, por lo menos contra los rayos ardientes del sol. El asado se hizo tan rápidamente como nuestras casas, y una vez que saciamos nuestro apetito, el cual, en sus viajes, se agudiza mucho por la fatiga, nos entregamos a un sueño profundo, aunque interrumpido, de vez en cuando, por la picadura de algunos tábanos, bastante audaces como para introducirse en nuestras cabañas.

Cuando nos despertamos, todos nuestros soldados estaban en el agua, y se resarcían, en el baño, del calor de la jornada. Era fácil comprobar, por el aspecto de todos esos cuerpos cobrizos, hasta qué punto la sangre está mezclada entre los habitantes de la América del Sur y sobre todo en los de la campaña; entre los doscientos cincuenta hombres que nos acompañaban, apenas se distinguían algunos blancos puros. Los restantes presentaban una mezcla de negro, indio y blanco, con tantos matices diferentes y gradaciones tan delicadas, que era difícil decir, en algunos individuos, cuál predominaba. El calor y el bochorno del sol al cual la vida activa y casi nómade de los habitantes los expone desde la infancia, contribuye mucho a oscurecer la piel y aumenta la dificultad de distinguir las razas. Sin embargo, todos tienen, salvo los mulatos muy pronunciados y los indios bien definidos, pretensiones de ser de origen

europeo y el honor de tener sangre pura; pero está a la vista hasta qué punto tal pretensión es quimérica.

Las carretas del otro convoy llegaron por la tarde y se dispuso la marcha para la mañana siguiente. Cada jinete puso a pacer su caballo, pasándole un lazo por el cuello, o más bien una larga correa llamada *maneador,* cuya otra extremidad se fija en tierra. En una zona donde no se encuentra ni un solo arbusto para hacer una estaca, esto parece muy difícil; pero las gentes del campo, obligadas a suplir todo lo que les falta, nunca se sienten impotentes. Eligen un gran montón de hierba al que atan el maneador con un nudo muy fuerte, que no se deshace nunca; sin embargo, ese procedimiento no carece de peligros, porque los caballos, espantadizos por naturaleza, se asustan fácilmente de noche, y pueden, mediante un esfuerzo violento, arrancar de raíz la mata a la que están atados; entonces parten, vientre en tierra, arrastrando la mata de hierba con ellos; y, como el ruido que hace ella, al rozar las otras hierbas, contribuye a redoblar el miedo, nada puede detenerlos; y es muy raro que puedan atraparse esos caballos. Los habitantes emplean otro procedimiento más seguro y más ingenioso: cavan con su cuchillo un agujero vertical de cuatro centímetros más o menos de diámetro y dos de profundidad; hacen, en la extremidad del *maneador,* un gran nudo que colocan en el fondo del agujero, y luego lo llenan de tierra, que apisonan con el mango del cuchillo. Tirando verticalmente, de arriba abajo, el *maneador,* es muy fácil arrancar el nudo, pero el caballo sólo tira horizontalmente y la correa se rompe antes de ceder. Cuando se trata de un lazo, el anillo de hierro que tiene reemplaza al nudo. Es una de las tantas ocasiones en que el cuchillo resulta indispensable al hombre de campo y no hay un instante en la jornada en que esa ocasión no se renueve; por eso nada cuidan tanto cuando van de viaje, ninguna pérdida sienten tanto como la de ese diminuto utensilio. Son capaces de pasar medio día en el lugar donde suponen haberlo perdido o dejado, y emplean, finalmente, el medio al cual siempre recurren en semejantes casos: prenden fuego a los campos, cuando la hierba es bastante seca como para permitirlo.

Los caballos de reserva, los bueyes de las carretas y el ganado de consumo fueron puestos en libertad para que pastaran, bajo la vigilancia de algunos hombres, que se relevaban cada dos horas, a fin de que las rondas fueran continuas, precaución indispensable para que los animales no se alejaran.

Nos pusimos en camino muy de mañana, y como nos alejábamos cada vez más de la parte habitada de la provincia, y comenzábamos a recorrer los lugares frecuentados habitualmente por los indios, se tomaron algunas medidas para impedir sorpresas. La guardia de los caballos fue confiada a un destaca-

mento que quedó exclusivamente encargado de ese servicio; lo mismo se hizo con el ganado, y todos los animales fueron colocados en la retaguardia. Se enviaron exploradores a los flancos de la columna, a una media legua de distancia, y un piquete de vanguardia tomó la delantera con los baqueanos o guías a la cabeza. Se da, en general, en el país, el nombre de *baqueano* a toda persona que conoce perfectamente un camino y puede, cuando se necesita, servir de guía; se dice así: tal es baqueano de tal lugar o de tal otro. Hay baqueanos de profesión, cuyos conocimientos se extienden no solamente a uno o varios caminos, sino también a toda una región, y que se orientan por la dirección del viento, el sol y algunas constelaciones que conocen. Poseen, por lo demás, una memoria prodigiosa y una sagacidad asombrosa para reconocer las localidades; y aunque la uniformidad de las pampas ofrece muy poca variedad de lugares, los baqueanos distinguen los diferentes aspectos muy fugaces, que escaparían a otros; se guían, igualmente, por la naturaleza de la vegetación, y por mil signos, de los cuales hacen, desde la infancia, un estudio particular. Su vista está a tal punto ejercitada, que la noche más sombría no les impide distinguir los objetos y hasta el color de los animales, a una distancia muy grande; y es raro que la oscuridad los obligue a detenerse o los haga perderse en el camino. Cuando tienen alguna duda, o la dificultad de reconocer los lugares les hace temer perderse, marchan solos adelante y eluden toda clase de conversación, sea para concentrarse y evitar distracciones, sea para eludir las preguntas del viajero inquieto, sea para no tener que hacer una confesión que costaría mucho a su amor propio. Los baqueanos calculan raramente las distancias en leguas y nunca poseen una idea justa de esa medida itineraria; el tiempo y el andar del caballo son los elementos de que se sirven, por lo general, como base de sus cálculos, y dicen: al galope se llega de tal punto a tal otro en tantas horas. Los ejércitos del país siempre tienen a su servicio un destacamento de baqueanos, mandado, generalmente, por aquél de entre ellos cuya reputación y conocimientos son más difundidos. Nuestra expedición tenía dos: uno era un anciano que, antes de la revolución, había traficado, durante muchos años, con los indios que habitaban esos parajes, y que aunque no los había visitado desde hacía largo tiempo, recordaba perfectamente todas las localidades y todos los nombres indios. El otro era un joven que había formado parte de las últimas expediciones a las salinas y que había acompañado a muchos agrimensores en la medida de concesiones ya hechas por el gobierno, hasta más allá del objetivo de nuestro viaje.

11 de enero

Luego de haber ascendido las colinas que bordean el curso del Salado, recorrimos una región llana o pampa, y vimos, pronto, alturas que comproba-

mos eran las que rodeaban la laguna Palantelen. Nos dirigimos hacia ese punto y nos detuvimos allí para hacer descansar los animales y pasar el mediodía. La laguna Palantelen está a unas tres leguas al sudoeste del punto donde acabábamos de pasar el Salado: es una de las más grandes y más hermosas que existen en el camino de la Cruz de Guerra; puede tener un cuarto de legua en su mayor diámetro. Las alturas que la rodean forman como una hoya que, del lado oeste, presenta una abertura, y cuyos bordes, bastante escarpados, pueden tener, en el punto donde nos encontrábamos, una decena de metros de altura sobre el nivel del agua.

Se nota, generalmente, que las lagunas, muy numerosas en la vasta llanura de las pampas, están como adosadas a alturas más o menos considerables y que siempre las bordean del lado este, formando una ensenada cuya abertura se presenta del lado opuesto. Esa disposición general es un hecho geológico cuya explicación parece fácil, porque basta establecer que el deslizamiento de las aguas que han cubierto el continente americano ha tenido lugar en cada vertiente de la cordillera de los Andes en sentido opuesto, como lo indica naturalmente la pendiente de los terrenos y el curso de los ríos que, de un lado, desembocan en el Atlántico, y del otro en el gran Océano. Una vez planteado esto, la corriente que, sobre esa vertiente, se establece del oeste al este, formó las tierras de aluvión que hoy son los grupos de alturas diseminadas por las pampas, y han debido crecer en medio de ellas, en el estado de movilidad en que las hallaron, esas especies de ensenadas abiertas al poniente, en el fondo de las cuales quedaron depósitos de agua, que mantuvieron, después, por filtraciones, la pendiente natural de las tierras y se convirtieron en las actuales lagunas[11].

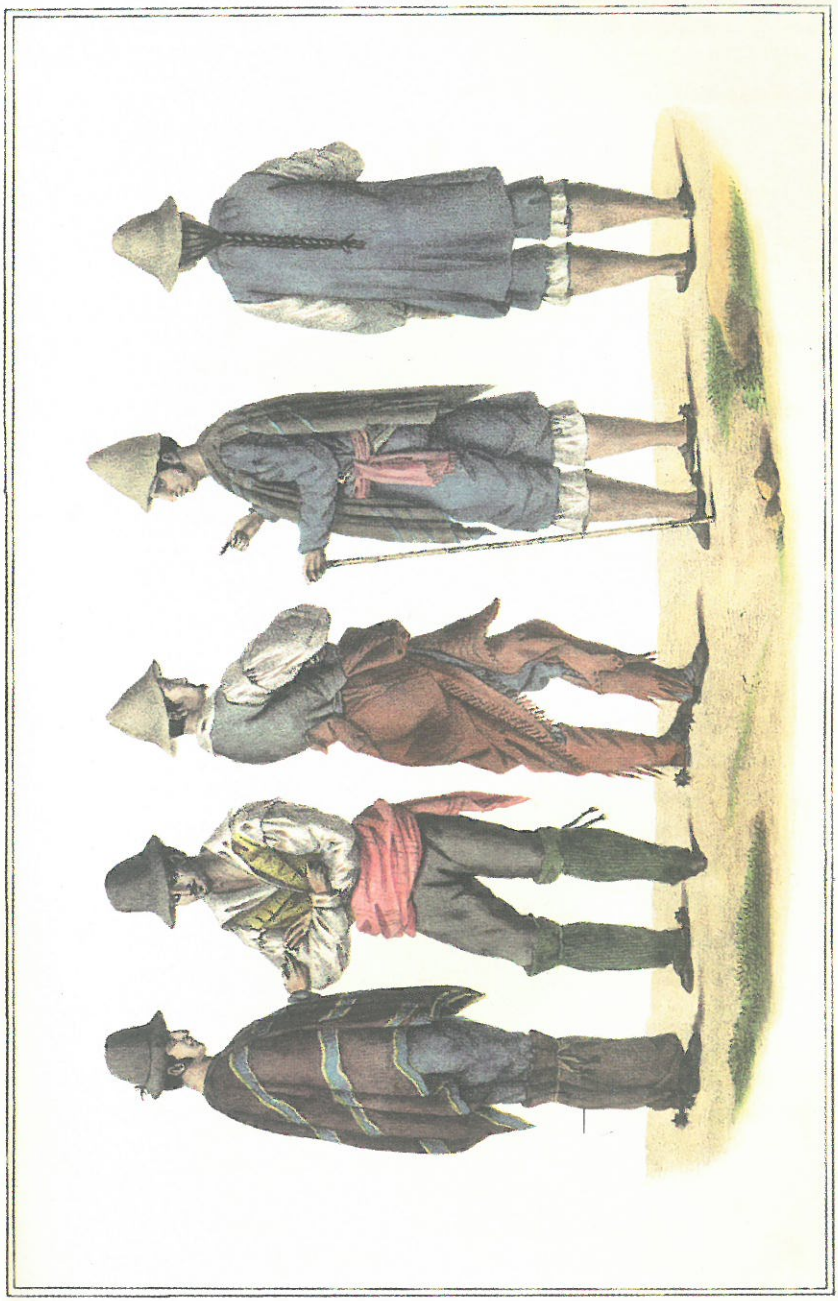
Las aguas estaban entonces muy bajas, en el Salado y en todas las lagunas que encontramos, debido a la sequía que reinaba desde hacía algún tiempo; sin embargo, la del Palantelen era todavía bastante profunda como para que los caballos perdieran pie a poca distancia de la orilla. El agua es ligeramente salobre, pero, en tiempo de creciente, es potable; encontramos, además, en las orillas y en el pie de las alturas, pozos de agua muy fresca y mucho más dulce. Es el recurso ordinario de los viajeros en tiempos de sequía y cuando las lagunas son muy saladas. Como se halla a poca profundidad, sobre todo en la orilla misma de las lagunas, y el terreno no es muy duro, el cuchillo basta, a veces, para cavar pequeños pozos, y se consigue, en algunos minutos, agua fresca y mucho menos cargada de sales que la que sufre diariamente la evaporación considerable ocasionada por el sol.

---

11 Opinión que pertenece al señor Parchappe.

OISEAUX Pl. 61.

1: *Orthorhynchus Estella*; 2. *Orthorhynchus Adela*.



Hombres de la campaña, de los alrededores de Santiago, capital de Chile.

La altura en la que habíamos acampado estaba cubierta de *vizcacheras*, es decir de madrigueras formadas por el animal que los pobladores llaman vizcacha, al que ya nos hemos referido. Busca las alturas por miedo a las inundaciones y vive en familia. Esas vizcacheras son a menudo causa de caídas muy peligrosas; y cuando uno anda por un terreno lleno de esas madrigueras, debe prestar mucha atención para no salir malparado, sobre todo cuando son madrigueras abandonadas, cubiertas de vegetación alta.

En las inmediaciones de la laguna había abundantes cardos secos; y mientras se sacrificaban los animales que debían servir a nuestra comida, los soldados recogieron, en un momento, grandes brazadas de esos cardos para prender fuego. Quise contribuir, por mi parte, a esa tarea; pero me di cuenta pronto de que hay que tener las manos tan callosas como las de los habitantes, para enfrentar las largas espinas que tienen los tallos de los cardos y que cubren todo el suelo sobre el cual crecen. Sin embargo, las gentes de la zona, siempre con los pies desnudos, no tienen ningún inconveniente en andar sobre ese terreno, y si una espina les penetra en los pies la extraen con la calma y la impasibilidad que les son características; algunas veces se introducen en la carne y, entonces, emplean la punta de sus cuchillos para extraerlas. Los grandes cardales no van más allá del Salado, como ya lo he dicho, pero se hallan, casi siempre, en mayor o menor abundancia a orillas de las principales lagunas, cardones que demuestran que ha residido allí alguna tribu india, porque esa planta es una de las que, en esa región, acompañan siempre la morada del hombre, como ya he tenido ocasión de hacerlo notar. He oído decir graciosamente, a este respecto, a algunos pobladores de la campaña, que nuestra especie no produce nada bueno y que a medida que nosotros avanzamos en las pampas, los cardos nos siguen y ahogan las demás plantas.

No sufrimos tanto ese día el calor solar y comimos a la sombra de las carretas, bajo las cuales nos distribuimos por grupos. Se uncieron los bueyes de nuevo a las tres; para realizar esta operación, algunos hombres a caballo condujeron las tropillas de bueyes en medio del convoy, de manera que estuvieran a más o menos igual distancia de todas las carretas, y dieron vueltas alrededor del ganado para reunirlo. Cuando todos los bueyes están acostumbrados al trabajo, no tratan de huir y esperan pacientemente el lazo que debe conducirlos al yugo; pero cuando son animales recién domados, no es raro que escapen al galope, hasta con el lazo en el cuello, y es menester entonces perseguirlos y enlazarlos a caballo, lo que ocasiona retardos considerables. El picador de cada carreta fue a buscar, sucesivamente, los bueyes que debía uncir; los conocía tan bien que los distinguía al instante, por más numeroso que fuera el ganado,

sabiendo el lugar a ocupar por cada uno de ellos en el yugo, lo que no deja de tener importancia, como he tenido oportunidad de decirlo al referirme a la manera de domar bueyes en Corrientes. La operación de uncir los bueyes a las carretas es, por lo general, muy larga; y, si el convoy es poco importante, dura, a menudo, más de una hora.

Montamos a caballo a las cuatro e hicimos alto al ocultarse el sol, a una legua y media, más o menos, del sitio de donde habíamos partido, a orillas de una pequeña laguna cuya agua era muy buena.

12 de enero

Cada convoy tiene, para su servicio, un jefe o capataz, un conductor llamado *picador* por carreta, un guía que marcha siempre a la cabeza, a algunos pasos de los primeros bueyes, y uno o varios boyeros que conducen, a la cola, los bueyes y caballos de remuda. Los boyeros, durante la noche, hacen ronda alrededor de los animales, trabajo muy penoso, porque, cuando llueve y el tiempo es de lo peor, deben redoblar la vigilancia. Parece que los nuestros se descuidaron la noche anterior; por lo menos nos anunciaron, al amanecer, que una parte de los bueyes había desaparecido; pronto muchos hombres partieron al galope, en diversas direcciones, tratando de descubrir qué había sucedido con los animales. Esa pesquisa es fácil por la mañana, cuando hay rocío, porque las hierbas, frotadas por las patas de los animales, se inclinan naturalmente del lado que caminan; pero, una vez que se ha levantado el sol, todo está seco y las plantas vuelven a su estado natural, desapareciendo los rastros o, por lo menos, no dando mayores indicios de lo que se busca. No quedaba, pues, a los buscadores otro recurso que la conjetura. Si la pérdida hubiera tenido lugar cerca del sitio donde los animales fueron criados (la querencia), casi no habría duda de que hacia allí se habían dirigido, lo que sucede a menudo también desde distancias muy alejadas. Es bastante común, asimismo, ver a los bueyes, cuando están saciados, seguir el camino, sea hacia adelante o hacia atrás, este último con mayor frecuencia. La búsqueda de los animales perdidos, que se llama en el país *campeada*, no deja de tener peligros y se ve frecuentemente a los hombres que lo hacen perderse, sobre todo cuando no son baqueanos, es decir cuando no conocen las características locales; por eso manifiestan siempre alguna renuencia a este trabajo, en medio de las pampas, diciendo que temen perderse en el desierto, lo que expresan con la pintoresca palabra *empamparse*. Cuando un poblador se pierde de esa manera, lo atribuye, generalmente, a que tiene la cabeza caliente y toma el partido de detenerse, descansando, para refrescar sus ideas; desensilla el caballo, para hacerlo reposar, lo deja pastar, atándolo con el maneador, y pasa a menudo toda la noche dormido junto a su corcel, sin

que la aflicción que, en casos semejantes, desesperaría a un europeo, turbe su sueño. Al día siguiente, vuelve a montar a caballo, y si está muy alejado de sus compañeros de viaje, siéndole imposible hallarlos, lo que sucede algunas veces, toma, sin inquietarse, la dirección que juzga debe conducirlo a un sitio habitado, contando, para su alimento, con las boleadoras y el rebenque que le sirven, las primeras para cazar gamos y avestruces, y el segundo para matar las perdices que pululan en los campos. Está, además, provisto de los utensilios necesarios para prender fuego, utensilios que nunca olvida el hombre que se pone en camino; y se halla así en condiciones de afrontar la fatiga, el hambre y todo lo que puede presentar de horrible a la imaginación la idea de encontrarse solo, en un despoblado sin límites. Hay un caso que puede realmente embarazar al campeador, y hasta abatir su coraje: es cuando, en su carrera, siempre al galope, su caballo cae bajo él y se escapa, porque entonces el hombre desmontado, y a veces herido en la caída, ya no es nada y corre los mayores peligros. Los pobladores cuentan numerosos relatos de hombres perdidos, que jamás reaparecieron.

La desaparición de los bueyes nos obligó a diferir nuestra marcha hasta el regreso de los hombres que fueron en su busca. Un espectáculo muy curioso se produjo en ese momento para hacernos olvidar el aburrimiento que nos causaba ese retardo: vi de repente un gran número de nuestros soldados, que formaban un ancho círculo en torno de uno de sus camaradas; me acerqué y vi que el individuo, objeto de esa curiosidad, tenía en la mano una víbora, larga de cerca de un metro y medio, y de la especie muy venenosa que se llama en la región víbora de la Cruz. Como expresé mi sorpresa de verlo manipular así un animal tan peligroso, los soldados que estaban cerca de mí me dijeron que eso no debía asombrarme, que los *santiagueños* (nuestro hombre era de la provincia de Santiago del Estero) poseían, en general, el arte de hechizar a los animales más temibles, y que su camarada tenía para las serpientes *el contra*, es decir, una especie de encantamiento o defensa que las ponía en condiciones de no hacer daño; pero me di cuenta, enseguida, que ese pretendido encantamiento no consistía más que en algo de destreza y mucha presencia de espíritu. El santiagueño, después de haber cansado y aturdido a la víbora, le pegó con la mano izquierda, mientras que, con la derecha, la tenía fuertemente apretada cerca de la cabeza, de manera de no poder ser mordido, acompañando esa operación de mil monerías y escupiendo varias veces en la boca del desdichado reptil, dejándolo finalmente, no sin continuar atormentándolo, sea tirándole de la cola, sea aplicándole muchos golpes precipitados en la cabeza. A veces lo dejaba descansar un rato, y cuando veía que se reanimaba y se

disponía a volverse sobre él, le aplicaba rápidamente un golpecito al lado de la cabeza, lo que desviaba el movimiento. Ese espectáculo agradaba mucho a los soldados, que expresaban su interés con grandes estallidos de risa, y cuando se cansaron, un golpe de sable puso fin a la diversión, partiendo a la víbora en dos pedazos.

Eran las diez y nada había aparecido todavía; el comandante aprovechó ese retardo para hacernos cambiar de cabalgaduras y ordenó traer la *caballada*. Conducíamos alrededor de cuatrocientos caballos, además de los que montábamos, que habían sido traídos recientemente de la provincia de Córdoba, donde el gobierno los mandó comprar. Los soldados tomaron sus bridas; algunos se proveyeron también de lazos; y cuando llegaron los caballos, los rodearon, de manera de encerrarlos en un pequeño espacio y obligarlos a permanecer reunidos. Entonces los que estaban armados de lazos comenzaron a emplearlos; y cuando se atrapaba un caballo, el soldado, al cual estaba destinado, le ponía la brida y se lo llevaba. Esta operación puede producir los mismos accidentes que ocasiona la de uncir los bueyes; los caballos, y son la mayoría, tratan de evitar el lazo, o se lo quitan, o se escapan. Cuando traspasan el cerco que forman los hombres que los rodean, sucede a menudo que se pierden del todo, o por lo menos, que cuesta mucho trabajo atraparlos; y si son recién domados y todavía montaraces, hay que emplear por lo general las boleadoras para detenerlos. La mayoría de los nuestros, estando en ese caso, nos produjeron muchos inconvenientes en todo el curso de la expedición. Los soldados, que hacían un problema de amor propio asegurarse su docilidad, ensillaron cada uno de los suyos, una vez que todos estuvimos provistos; los montaron enseguida, los hicieron galopar un centenar de pasos, con la intención de reconocer sus buenas y malas cualidades, a fin de no exponerse a cualquier accidente en el camino. Esta precaución es de uso general en el país, así como la de llevar un caballo por la brida y hacerle andar cinco o seis pasos antes de montarlo.

Gozamos entonces de un espectáculo muy agradable y que alegró a todo el campamento. Numerosos caballos se pusieron a cocear y dar saltos, cuando sintieron al jinete; y en un abrir y cerrar de ojos veinte o treinta quedaron tendidos sobre la hierba, siendo objeto de las burlas de sus camaradas. Eso no fue todo: los corceles, una vez desembarazados de sus amos, escaparon en todas direcciones, arrojando aquí y allá los recados y las mantas. Demandó mucho tiempo y hubo que recurrir a las boleadoras para atrapar a esos fugitivos, y sus dueños debieron lamentar la pérdida de algunas piezas de sus arneses. Si se considera la lentitud y los inconvenientes de semejante manera de cambiar de

caballos, se juzgará las dificultades que deben resultar para la caballería en campaña. Agreguemos a ello que la manera de ensillar exige también más tiempo que la nuestra; que los caballos tan poco dóciles hacen imposible el conjunto y la regularidad de las maniobras, además de mil otros inconvenientes, tales como pérdidas inevitables, que dejan todo un cuerpo a pie; el deterioro rápido de los caballos, heridos, en su mayoría, por los arneses, mal cuidados, mal alimentados, fuera de servicio después de una campaña de dos o tres meses, a veces menos... y nos convenceremos de que tantos inconvenientes hacen de la caballería del país una muy inferior a la nuestra. Sin embargo, los oficiales americanos tienen la pretensión de creerla la primera del mundo y se imaginan que nada puede resistirle. Es bueno hacerles notar que sus soldados son, en efecto, individualmente los mejores jinetes que existen, pero no podrán nunca presentar, en un cuerpo, la masa compacta capaz de romper la más mediocre infantería; son intratables en este asunto, así como sobre muchos otros, y su amor propio no cede en nada. Convengamos, de cualquier manera, que nuestros jinetes, colocados en las mismas circunstancias que ellos, se sentirían muy perplejos y hasta dejarían de estar en condiciones de actuar, lo que dificultará siempre que tropas europeas puedan intentar la conquista o, por lo menos, realizar rápidos progresos en el interior de esas provincias.

Los bueyes perdidos reaparecieron, finalmente, y llegaron a las once; pero, como el calor era muy fuerte, el comandante decidió que saliéramos por la tarde. Partimos a las tres, y después de haber recorrido unas tres leguas, acampamos cerca de la laguna de Galván[12], que tiene su hoya cavada en medio de pequeñas alturas que, en ciertos lugares, están cortadas a pico y forman acantilados. Es evidente que en la estación de las lluvias debe ser muy profunda; pero, dada la sequía, el agua estaba muy baja y tan salada y fétida que era imposible beberla. Nos pusimos a practicar agujeros de cuatro decímetros de diámetro a esa distancia de la orilla. La primera capa era arenosa y se cavaba fácilmente, así como la siguiente, que era de arcilla; pero, al llegar más o menos a seis decímetros de profundidad, el terreno se endurecía mucho y esta última capa no cedió sin peligro para nuestros cuchillos y sables. El agua apareció a los ocho decímetros; era potable, aunque ligeramente salada.

Fuimos asaltados esa noche por una nube de mosquitos; nos arreglamos para dormir a orillas del agua, al pie de la barranca de la laguna, de manera de estar al abrigo del viento, y no teníamos la menor esperanza de librarnos de esos incómodos insectos. Propuse a mis compañeros de viaje subir a la altura

12 El mapa señala dos, una al lado de la otra, pero no vimos más que una.

sobre la cual estaba el convoy de carretas, pero como había que atravesar un gran espacio cubierto de cardos y cavado por las vizcachas, y como, además, la noche era muy oscura, el temor a las espinas y a las caídas les impidió aceptar mi propuesta. En cuanto a mí, nunca he podido acostumbrarme a los mosquitos, cuyo zumbido no me dejaba dormir, y por eso insistía en mi proyecto; hice ensillar mi caballo, y corriendo el riesgo de romperme mil veces el cuello, me acerqué al convoy. Encontré a los carreteros sentados en círculo alrededor de varios fuegos, encendidos en el espacio que separaba las dos hileras de vehículos; acababan de cenar y, con la pava de agua caliente en la mano, hacían circular el mate a la redonda, aguardando el sueño. Mi desdicha quiso que el lugar de las carretas estuviera cubierto de hierbas secas muy altas, en medio de las cuales un hombre acostado se hallaba como en medio de un campo de trigo y completamente a cubierto del escaso viento que soplaba, de manera que nada tenía que ganar con cambiar de albergue y pasé una noche muy mala, mientras los gauchos tendidos alrededor mío, con la cabeza bien envuelta en sus ponchos, roncaban como benditos. Mis camaradas se rieron mucho a mis expensas al día siguiente, asegurándome que habían dormido perfectamente, gracias al espeso humo de que se habían rodeado, al quedar, a orillas de la laguna, huesos y hierbas medio verdes. Es, en efecto, una defensa muy buena contra los mosquitos; pero, en medio del convoy, no se podía emplear sin correr el riesgo de incendiar los campos, lo que, muchas veces, sucede en las campañas.

13 de enero

Las carretas fueron uncidas al amanecer, de manera que partimos muy de mañana. El viento, que había soplado del norte todos los días anteriores, soplaba del sudeste, y el cielo estaba cubierto; por eso gozamos de un día muy fresco, y los tábanos nos dejaron algo tranquilos, a nosotros y a nuestros caballos. Esos insectos sólo se levantan con el sol y se acuestan al mismo tiempo que él; durante la noche, y cuando el cielo está cubierto, permanecen ocultos entre las hierbas, obligándolos a salir solamente la marcha de los animales; se vengan atacándoles las patas. No tardamos en ver delante de nosotros, en el horizonte, pequeñas eminencias, que comprendimos eran los *médanos* (dunas) *de los pozos de Piche*. *Piche* o *pichi* significa *pequeño* en el idioma de los indios araucanos; era el sobrenombre de un cacique que había residido en ese lugar. Yo no había visto hasta ese momento médanos: su aspecto es siempre agradable a los viajeros que se hallan en medio de las pampas; primero, porque rompen la monotonía tan fastidiosa de esas vastas llanuras; luego, porque anuncian la existencia de agua dulce y excelente, ventaja que su rareza hace mucho más preciosa. Tenía

otro motivo para desear verlos; estaba ansioso de comprobar la naturaleza de esos montículos, cuyo nombre español trae a la imaginación las dunas de arena completamente áridas que bordean las costas del mar. Tal es, en efecto, la idea que se forman los extranjeros, engañados por la falsa aplicación de la palabra. Los mapas de la oficina topográfica de Buenos Aires, sobre los cuales están señalados algunos de los médanos, por medio de una serie de puntos semejante a la que se emplea para hacer figurar los bancos de arena, me mantenían en ese error. Me parecía difícil creer, empero, que en medio de llanuras tan ricas en pastos hubiera tantos montículos de arena pura y estéril, y comprobé, ese mismo día, cuán falsa era esa opinión.

Habiendo llegado a las diez a los médanos de los pozos de Piche, hicimos un alto para almorzar. Mientras la comida se preparaba, subí al médano principal, que calculo de treinta metros de altura sobre el nivel del terreno circundante. Esa eminencia, que no es nada en sí misma, se convierte en montaña, comparándola con la inmensa llanura que domina: desde su cima, el panorama sin límites, en todas las direcciones, muestra un horizonte perfecto; pero el ojo entristecido recorre, con una especie de escalofrío, esa vasta soledad, esos campos silenciosos, cuyo color uniforme, amarillo por la sequía, sólo es interrumpido por el verde de algunas lagunas pobladas de juncos. Ni un árbol, ni un matorral se dibuja en el azul del cielo; el pájaro, perdido en ese océano de vegetación buscaría en vano una rama para descansar o el más modesto follaje que le sirviera de refugio; y la naturaleza parecería completamente inanimada si algunas cigüeñas no planearan sobre esos campos, si los ciervos y los avestruces no aparecieran a lo lejos, de vez en cuando. Contemplaba pasmado ese triste paisaje; y cuando volví mi mirada fatigada al estrecho terreno que ocupaba, al pie de la altura, el campamento de nuestra expedición, mi imaginación lo comparaba involuntariamente con la inmensidad del desierto y era conducido a la idea del pequeño espacio que ocupa el hombre en la tierra. La vista de las grandes soledades inspira siempre reflexiones melancólicas y lleva sin cesar el espíritu del viajero a una triste concentración en sí mismo.

Los médanos están formados de una tierra ligera, arenosa y fértil, porque, si bien la hierba es menos tupida que en la llanura, los cardos y otras plantas se desarrollan muy vigorosamente. Su aspecto es variado: tanto forman pequeñas cadenas que no toman ninguna dirección particular y cuya extensión supera difícilmente la media legua; tanto se redondean y bordean las ensenadas cuya abertura se presenta al oeste y que encierran un receptáculo de agua; o bien, es el caso más general, constituyen grupos irregulares, más o menos elevados. Aquél sobre el cual estábamos era uno de los más notables por su altu-

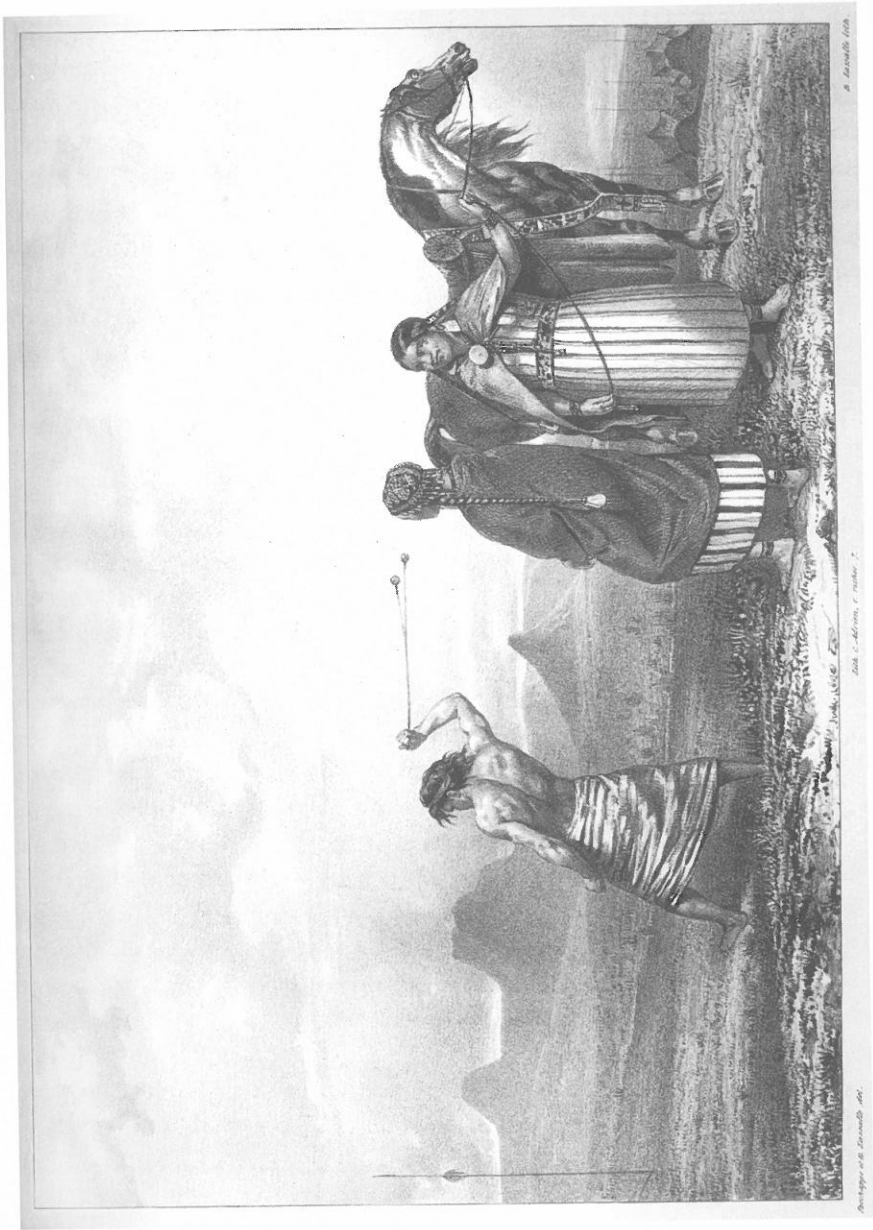
ra. La transición del terreno llano y arcilloso de la pampa a la pendiente arenosa, muy rápida, de los médanos, es súbita, pareciendo éstos como arrojados al azar y, por así decirlo, sembrados, con la mano, sobre la superficie de la llanura. No hay un solo grupo que no posea muchas lagunitas, mantenidas por las aguas pluviales que se filtran a través de las alturas arenosas y que son, generalmente, muy dulces; por eso se las considera deliciosas, cuando se las compara con las de las lagunas de la llanura, todas salobres, lo que se hallará muy lógico, si se considera que llegan sólo después de haber lavado terrenos más o menos saturados de sal. Al pie y al sur del médano donde nosotros acampamos había una laguna bastante grande, al borde de la cual se veían algunos pequeños pozos cavados antiguamente por los indios, sin duda para conseguir agua fresca, porque la laguna es muy dulce; son ellos que han dado su nombre al lugar.

Partimos inmediatamente después de haber comido un asado sin pan y sin sal, nuestro almuerzo habitual desde que abandonamos los lugares habitados. Dos horas de marcha a través de una pampa nos condujeron a un terreno más elevado y entramos en una especie de circo formado por varias lagunas que veíamos a derecha e izquierda y que se comunicaban entre sí, formando un rosario, lo que los naturales han denominado muy exactamente con la palabra *encadenadas*, nombre que dan a ese sitio, y común a muchas otras series de lagunas abundantes en la provincia de Buenos Aires. Ese encadenamiento es muy favorable al establecimiento de estancias, porque ofrece *potreros* o cercados naturales, fáciles de cerrar completamente por medio de algunos fosos y muy cómodos para guardar ganado. Deseábamos pasar la noche en ese lugar, que brindaba muchos cardos para hacer fuego y un emplazamiento muy apropiado para el campamento; pero el agua estaba tan salada que el comandante resolvió ir más adelante, aunque era ya tarde. El baqueano nos dijo que una legua más lejos encontraríamos un médano y agua dulce; efectivamente llegamos, a la caída de la noche, al pie del *Médano Partido*, así llamado porque presenta dos pequeñas cimas que, al acercarse viéndolas desde lejos, ofrecen el aspecto que expresa el nombre que se le ha dado. El cielo continuaba cubierto y el tiempo fresco; no había, por lo tanto, mosquitos y pasamos una noche muy buena, que nos compensó de la precedente.

Partimos al amanecer, a fin de llegar temprano a la Cruz de Guerra; estábamos solamente a tres leguas. El camino, hasta entonces recto, doblaba de pronto hacia el sur, y hacía un rodeo bastante grande, para evitar un gran pantano, por la punta del cual debimos pasar. Todos los caminos de carretas que atraviesan las provincias

14 de enero

del Plata han sido trazados, desde su origen, por los baqueanos, encargados de guiar los primeros convoyes; presentan, en consecuencia, todas las sinuosidades que deben provenir de la poca seguridad de la marcha de un hombre a caballo, orientándose solamente por el sol, por las estrellas o por objetos naturales a menudo poco destacados. Los que atraviesan el despoblado y que, en consecuencia, son poco frecuentados, conservan las divergencias que resultan de los errores de los guías; mientras que esos mismos errores, en los lugares habitados, han sido rectificados con el tiempo. La necesidad de agua ha regulado las jornadas de caminata, contribuido, a menudo, a modificar la dirección general de una ruta, y los convoyes de carretas están en libertad de seguir los caminos trazados o abrirse otros nuevos. Por lo demás, ningún obstáculo, ni natural ni artificial, se presenta en las vastas planicies al sur de Buenos Aires; a caballo y en carreta, uno puede dirigirse en todos sentidos; y en las otras provincias, los obstáculos naturales, como bosques, pantanos, montañas, obstáculos que la falta de brazos y de industria no ha permitido todavía allanar, han debido determinar otros rodeos. A pesar de todas esas causas de irregularidad, puede decirse que los caminos son, en general, bastante directos, y no habría palabras para ponderar la sagacidad natural de los hombres que los han abierto.



Indios Aucas y sus toldos (Bahía Blanca) y vista de la Sierra de la Ventana.

CAPÍTULO XV

Estadía en la Cruz de Guerra. Excursión a los alrededores y regreso a Buenos Aires

Estadía en la Cruz de Guerra

Llegamos a las ocho de la mañana a la Cruz de Guerra y acampamos sobre los médanos que bordean la laguna al este. No sabíamos si ese lugar sería el término de nuestro viaje, porque el gobierno que quería ampliar sus fronteras, sin haber hecho, previamente, reconocer las posiciones en condiciones de establecer los fuertes que debían componer la nueva línea, ignoraba si, más al oeste de la Cruz de Guerra, había o no algún punto conveniente. Esa laguna formaba parte de la línea proyectada, reconocida algunos años antes, y que partiendo del cabo Corrientes seguía las montañas del volcán del Tandil y de Tapalquén, y de allí se replegaba para llegar a los establecimientos que forman la extremidad norte de la antigua línea trazada por los españoles. La ejecución de ese proyecto se había limitado a la construcción del fuerte de la Independencia, al pie de las montañas de Tandil, y el resto de la línea sólo estaba señalado por algunos montículos de tierra, levantados como jalones o puntos de mira a distancias considerables unos de otros. El reconocimiento se había hecho marcando, en el trayecto y por medio de una brújula portátil, la dirección de los vientos, y llevando la cuenta de las distancias recorridas con la ayuda de una cuerda conducida por dos hombres que, bien que mal, seguían la línea al galope, con el resto del acompañamiento. Es de acuerdo a ese reconocimiento y otros semejantes que gran cantidad de puntos han sido colocados en el mapa de la provincia; es así

1828
La Cruz de Guerra

cómo se han ejecutado la mayoría de los trabajos topográficos que han servido para elaborar ese mapa. Al proyecto de la línea de Tandíl sucedió el que debíamos ejecutar. La nueva línea debía apoyarse en el sur en Bahía Blanca y, como ésta se halla más o menos sobre el mismo meridiano que la laguna de *Mar Chiquita*, que atraviesa el Salado y que está en la frontera de la provincia de Santa Fe, parecía que trazándola directamente de sur a norte se uniría a la extremidad de la antigua. Bahía Blanca había sido reconocida por una expedición o, mejor dicho, se había llegado hasta allí, porque ese reconocimiento se limitó, sobre el terreno, a algunas correrías en medio de las dunas estériles y las hondonadas limosas que rodean el lugar donde ancló el barco. La extremidad norte de la línea estaba mejor conocida, debido a su proximidad a las estancias y antiguos fuertes; sin embargo, la línea dibujada en el proyecto del nuevo establecimiento del norte, y que era la laguna de Potroso, fue después de un nuevo examen rechazada por poco conveniente, y se eligió, a la orilla derecha del Salado, una eminencia denominada *Cerrito Colorado*. En cuanto a los puntos intermedios, eran completamente desconocidos, salvo una gran laguna llamada *Blanca*, cuya posición, vagamente determinada por un reconocimiento de don Manuel Rosas, se halla más o menos sobre el paralelo del cerro de Tapalquén. El establecimiento que debíamos fundar uniría la laguna Blanca al Cerrito Colorado, y la dirección de la línea proyectada indicaba que se hallaba a unas siete u ocho leguas más al oeste que la Cruz de Guerra; se trataba, pues, de descubrir, a esa distancia, alguna laguna bastante grande y bastante profunda para resistir las sequías y proporcionar, al mismo tiempo, el agua necesaria a la colonia. Tal era textualmente lo que encerraban las instrucciones que me habían sido dadas por el jefe de la oficina topográfica; pero, por una ligereza inconcebible en tal personaje y sobre un asunto tan importante, me había indicado el noroeste como dirección del viento que debía seguir en mis investigaciones, poniéndose así en contradicción consigo mismo y en oposición al objetivo que se proponía, el cual era ocupar el medio entre los dos puntos de que he hablado más arriba, porque estando mucho más cerca la Cruz de Guerra del Cerrito Colorado que de la laguna Blanca, el rumbo indicado tendía a alejarnos aún más de esta última localidad. Para estar de acuerdo, sin embargo, con la letra de mis instrucciones, consulté primero a los *baqueanos*, y colocando delante de ellos el teodolito que llevaba, les indiqué la dirección que me habían señalado y les pregunté si siguiéndola encontraríamos algunas lagunas tales como las que necesitábamos. Después de haber permanecido algún tiempo pensativos, como para concentrar sus ideas, nuestros guías respondieron sin vacilar que no había, de ese lado, ninguna laguna y que única-

mente doblando más al norte encontraríamos algunas muy hermosas; pero, como así me acercaba más y más al Cerrito Colorado y me alejaba, por otra parte, más al interior de la línea proyectada de lo que ya estábamos, me volví al otro lado y les señalé desde el oeste hasta el sudoeste, lo que respondía completamente a nuestra opinión. Me dijeron entonces que siguiendo esa ruta encontraríamos muchas lagunas grandes, una, entre otras, al pie de los *médanos Monigotes*; y se resolvió que al día siguiente hiciéramos un reconocimiento de ese lado.

Las nubes desaparecieron y el sol ardía de nuevo con fuerza; nuestros soldados aprovecharon ese día de reposo para bañarse y lavar su ropa. En un instante, las orillas de la laguna estuvieron cubiertas de camisas y calzoncillos tendidos sobre la hierba; y mientras las ropas se secaban, los lavanderos se divertían en medio del lago, que, probablemente, no había visto nunca tantos bañistas reunidos en su seno; algunos hicieron participar a sus caballos de ese placer y atravesaron el lago con ellos. Aunque las aguas estaban muy bajas, los pobres animales perdían pie al acercarse al centro y trataban de retroceder; pero los nadadores les tomaban con una mano la crin, obligándolos, con la otra, a ganar la orilla opuesta. Los oficiales y yo nos moríamos de ganas de participar con los soldados del placer del baño; pero como nuestra ropa estaba extremadamente sucia y la incomodidad de las carretas no nos permitía cambiarla, suspendimos la diversión, no sintiéndonos dispuestos, por otra parte, a esperar en el agua que nuestras prendas fueran lavadas y secadas.

La profundidad de la laguna, a pesar de la sequía, nos hizo pensar en el copioso volumen de agua que debía contener en tiempos ordinarios; es, pues, poco probable que se agote por completo alguna vez. El agua tenía un ligero mal gusto y era algo salobre, pero, en época de lluvias, debe ser potable.

15 de enero

Monté a caballo con el comandante y partimos a nuestro reconocimiento, acompañados de cinco soldados y dos *baqueanos*. Nos dirigimos al oeste-sudoeste, y dejando a nuestra izquierda el camino abierto de las salinas, nos lanzamos al galope a través de los campos. A una legua de la Cruz de Guerra dejamos a la derecha una pequeña laguna de agua dulce, muy poco importante para hacer frente a las necesidades de un establecimiento; además, el terreno que la rodeaba era absolutamente llano y parecía muy bajo, como todo el que acabábamos de recorrer. Una legua más lejos atravesamos una pequeña colina *(cerrillada)*, cuya dirección era más o menos norte y sur. De su cima, donde nos detuvimos un momento, se distinguían todavía los médanos de la Cruz de Guerra, que, por efecto del espejismo, se destacaban en el horizonte y parecían un islote bañado por las olas del océano. Recorrimos luego una pampa, que parecía no tener

término; nada se ofrecía a nuestra vista más que la hierba medio marchita de la campaña y el azul del cielo; galopamos, maldiciendo el ardor del sol y la importunidad de los tábanos; finalmente, vimos una eminencia, que alcanzamos pronto y que estaba a orillas de la laguna que nuestros guías se habían propuesto mostrarnos. Trepando esa pequeña altura, el comandante y uno de los baqueanos que nos precedían se desviaron de golpe, para evitar, por un recodo, un espacio de tierra cubierto de hierbas altas y enmarañadas. Como mi caballo iba a la carrera y la vista de la laguna aumentaba mi impaciencia, no creí necesario emplear la misma precaución y seguí avanzando en línea recta; pero mi impaciencia estuvo a punto de costarme cara, porque mi caballo cayó de golpe en medio de esas hierbas, y si no lo hubiese levantado súbitamente, por un violento tirón de las riendas, me habría lanzado por delante y rodado conmigo. Había puesto las patas sobre una de las vizcacheras, viejas madrigueras abandonadas, de las cuales ese terreno está completamente minado; la hierba traidora que lo cubría es una gramínea de especie particular, de un aspecto amarillento y muy reconocible; sólo crece en terrenos que han servido de morada a las vizcachas y su presencia es señal segura del peligro que se corre si se pisa sin cautela. No fue sin tropezar más de una vez que mi caballo pudo salir de ese mal paso y sólo tuve que pasar miedo.

La vista de la laguna nos produjo un momento de placer; presentaba una hermosa balsa de agua, dos veces por lo menos más extensa que la de la Cruz de Guerra, y las alturas que la rodeaban al sur y al este mostraban un llano bastante espacioso cubierto de cardos, de hinojo y de *bisnaga*, plantas que indicaban, sin duda, que esos lugares habían sido frecuentados por los indios; pero nos hallamos completamente contrariados al llegar a la orilla del lago: el agua era de un verde pronunciado, salada y a tal punto fétida que nuestros caballos, aunque bañados de sudor y muriéndose de sed, no podían decidirse a beberla. Esos pobres animales acercaban los labios a la superficie, pero apenas la probaban, levantaban súbitamente la cabeza con disgusto, paseando por los contornos sus miradas inquietas, abriendo las narices, levantando las orejas y pareciendo revelar, con signos de impaciencia, el asombro de hallarse en medio de un lago sin poder saciar la sed que los devoraba. Tuvieron por lo menos la ventaja de refrescarse y de lavarse la sangre de que los había cubierto la picadura de los tábanos; en cuanto a nosotros, por más fatigados que estuviéramos, no tuvimos ni siquiera esa compensación, porque el tiempo nos apremiaba; y el baño no era, por lo demás, de lo más apropiado para halagar la sensualidad. Interrogaba a los guías para saber si conocían, más lejos, alguna laguna, cuando dos soldados, destacados como exploradores a nuestra dere-

cha, anunciaron que habían visto huellas recientes de varios caballos: esta noticia, que pareció alarmar al comandante, y la respuesta negativa de los baqueanos a mi pregunta, lo decidieron a ordenar el regreso a la Cruz de Guerra. Dejamos, con el mayor placer, la laguna que tanto habíamos deseado, y seguimos a nuestros guías, que se pusieron a galopar adelante. El punto que abandonábamos está situado, como ya lo he dicho, al oeste sudoeste de la Cruz de Guerra, a una distancia de alrededor de cinco leguas. Noté pronto que los conductores no tomaban la dirección que habíamos seguido a la ida y que se inclinaban algo más hacia el sur, de lo que deduje que su intención era hacernos pasar por los *médanos Monigotes:* efectivamente, después de dos leguas de marcha comenzamos a ver un grupo bastante considerable de alturas. Nuestro comandante, que no había observado lo mismo que yo, pensó que se trataba de la Cruz de Guerra, cuando una columna de humo que se elevó de golpe a nuestra derecha, y que era la señal convenida antes de nuestra partida, lo vino a sacar de su error. Lo vi palidecer de repente y estallar en terrible cólera contra los baqueanos, a quienes acusó de habernos hecho perder. Los llamó a grandes gritos y los cubrió de insultos, tratándolos de ignorantes, que no conocían su oficio. Esos pobres desdichados trataban de hacerle entender que habían creído más conveniente hacernos visitar la laguna de Monigotes, tanto más cuanto ello no ocasionaba ningún rodeo; tuvieron todo el trabajo del mundo en convencerlo y apaciguarlo, y vi hasta qué punto nuestro jefe hubiera sido poco seguro, de habernos perdido realmente y obligados a pasar la noche en medio de la pampa. Los médanos Monigotes están situados a tres leguas al sudoeste de la Cruz de Guerra, en el camino de las salinas: es uno de los grupos más elevados y más extensos que he visto y su aspecto irregular no deja de ser agradable; la laguna que baña el pie parece ser bastante grande en invierno, pero estaba entonces casi seca, lo que nos hizo pensar que cuanto más se avanza hacia el oeste, más la sequía se hace sentir. Seguimos, de regreso, el camino de las salinas, cuyas profundas y numerosas huellas parecían todavía completamente frescas, aunque hacía muchos años que dejaron de ser frecuentadas; finalmente, llegamos al campamento, muertos de calor y de cansancio, sin haber podido descansar en todo el curso de la jornada y muy descontentos del resultado de nuestro reconocimiento.

Propuse al comandante establecer un campamento provisional en la Cruz de Guerra y efectuar una nueva excursión, llevando algunos víveres, lo que nos permitiría dedicar el número de días necesarios para un examen detallado de los lugares encerrados en el radio que nos habían indicado; pero objetó que las carretas de la expedición habían sido alquiladas por el gobierno y que una de las condiciones estipuladas en el contrato era que serían descargadas tan

pronto como se llegara al punto designado para el establecimiento. Era fácil responder a esa objeción diciendo que la elección del lugar conveniente no podía hacerse corriendo, que exigía algo más de tiempo del que habíamos empleado y que, por lo demás, esa dificultad era fácil de solucionar, puesto que el propietario de las carretas iba a la cabeza del convoy; pero vi que mi hombre había tomado su decisión y que nunca había tenido la intención formal de ir más allá de la Cruz de Guerra. Lo acompañaba en silencio; mientras marchábamos me hizo notar la excelencia de los pastos, así como una gran laguna situada al sudeste de la Cruz de Guerra y que haría admirable la situación de una estancia ubicada entre las dos, tanto más cuanto había justamente una altura sobre la cual la casa estaría muy bien situada. El gobierno se proponía conceder terrenos a los colonos que fueran a establecerse en los nuevos fuertes; los oficiales participarían de esa distribución, siendo lógico que el jefe tuviera la preferencia; el nuestro, por lo menos, lo tenía bien en cuenta, y el objetivo de su paseo era, como lo confesaba en voz alta, reconocer los lugares a fin de hacer su elección y ser el primero en presentar su pedido.

El lago de la Cruz de Guerra es de forma elíptica; tiene alrededor de trescientos metros, en su mayor diámetro: la profundidad, en tiempo de crecidas, debe ser, por lo que he podido juzgar, de cuatro metros más o menos; el fondo es de una arcilla arenosa, de la que escapan burbujas de gas fétido, cuando es pisada. La laguna ocupa el centro de una pequeña hoya formada por las alturas o médanos, que la rodean de todos lados, salvo del sudoeste, donde se abre una garganta por la cual comunica, con la laguna, un pantano alargado, sirviendo de canal a las aguas pluviales que la alimentan, disposición completamente de acuerdo con la explicación que ya he dado del origen de las numerosas lagunas diseminadas en las pampas[1]. Los médanos más elevados se hallan al nordeste y al este de la laguna; están cortados casi a pico, al lado del agua, a pesar de lo liviano del terreno que los compone; descienden hacia la campaña por una pendiente desigual y bastante empinada. He calculado en una quincena de metros la altura por encima del nivel de la laguna. Los médanos que la rodean al norte y al oeste son mucho más bajos, y su pendiente, hacia ella o hacia el campo, es muy suave; los del este se prolongan hacia el suroeste, bajando paulatinamente hacia el final del pantano ya mencionado, el cual ya no hace más que uno con la laguna durante las grandes crecidas. Además de esas alturas, hay, al sur, dos pequeñas eminencias a unos seiscientos metros de aquélla, distancia que las separa de otra laguna, de forma alargada, poblada de juncos, y

1 Capítulo XIV.

cuya agua es bastante dulce: es en esos mamelones que nuestro comandante había puesto sus miradas, para su propiedad particular. El resto del suelo es llano y se ve fácilmente, por la naturaleza de las plantas que se desarrollan, que, durante los años lluviosos, debe ser muy húmedo, y estar a menudo cubierto de agua; sólo cerca de un cuarto de legua de la Cruz de Guerra los terrenos se elevan un poco, del lado sur y oeste.

El comandante eligió para nuestro establecimiento provisorio, hasta que se determinara el emplazamiento del fuerte, las dos pequeñas alturas que se elevan entre las dos lagunas, e hizo conducir allí los equipajes. Al día siguiente se procedió, muy temprano, a descargar las carretas, que traían la madera de construcción, las puertas y las ventanas, los útiles, las municiones, dos piezas de ocho con sus afustes, los baúles de los oficiales, los muebles del comandante y el surtido completo de una pulpería. Una vez terminada esa operación, el convoy se puso en camino y se dirigió a Navarro, de donde debía traer un nuevo cargamento de madera. Pudimos al fin disponer de nuestros efectos y tuvimos el placer indecible de cambiar de ropa, lo que no habíamos podido hacer desde nuestra partida de Buenos Aires. Por otra parte, tuvimos que soportar todo el día los rayos ardientes del sol, puesto que las carretas no podían aportarnos su sombra. Sólo quedaron dos pertenecientes al Estado; pero una guardaba las municiones y la otra estaba descubierta; y en cuanto a las tiendas de campaña, una servía para envolver la cama del comandante y la otra para guarecerlo.

17 de enero

Los soldados, con el fin de dar algo de regularidad al campamento, fueron a cortar juncos, y comenzaron a construir pequeñas cabañas en un alineamiento que fue trazado. No disponíamos de otro medio para abrigarnos un poco, que apilar cajas y baúles unos sobre otros, lo que nos sirvió muy poco, sobre todo al mediodía, a causa de la altura del sol en esa época.

Se trataba de precavernos de un asalto de los indios, esperando que los trabajos del fuerte hubieran avanzado lo suficiente como para brindar una defensa. La primera cosa de que se ocuparon fue poner los animales en seguridad, y trazamos, sobre la pequeña altura más septentrional, un cuadrado de cincuenta metros de lado, con un foso de tres metros de ancho, corral provisorio que debía servir para encerrar, por la noche, al ganado vacuno. Los prisioneros brasileños fueron puestos de inmediato a la obra; seguidamente otro cuadrado igual fue trazado para los caballos, porque no era prudente dejarlos pastar en la oscuridad, hasta no estar acostumbrados a ese lugar y que se estableciera un servicio de reconocimiento para evitar toda sorpresa. En todo establecimiento de ese género, como en los viajes, los caballos constituyen el objeto más esen-

cial, que concentra toda la atención, objeto siempre presente en el pensamiento de los pobladores; no asombrará eso si se piensa que el caballo es el indispensable compañero de todos sus trabajos, y que su pérdida, que facilita tanto sus costumbres semisalvajes, resulta irreparable en el desierto.

Otro interés que concentró el cuidado más especial del comandante fue el de la pulpería, atendida por su cuñado. El despacho comenzó ese mismo día y los soldados acudieron en tropel. El aguardiente, el vino, la galleta, las uvas secas, los higos, fueron festejados a porfía; y esos desdichados militares, esquilmados sin piedad, consumían, en una o dos oportunidades, un mes entero de su sueldo; pero el gaucho nunca prevé el mañana; lo mismo que el indio, con el cual tiene, por lo demás, tantos puntos de semejanza, se entrega, sin reservas, al placer que se presenta ante él; lo saborea hasta la saciedad y nunca piensa en regular sus goces para prolongarlos. En los días de abundancia no se inquieta por las privaciones, porque no hay ninguna que no sepa soportar con valor; y, en medio del más terrible desamparo, no desespera nunca del porvenir; el primer día próspero lo compensa ampliamente de todos sus sufrimientos. Su carácter presenta, a la vez, una sensualidad desenfrenada y una impasibilidad estoica; y se destaca, en su conducta, el asombroso contraste de una avidez que semeja avaricia y de una prodigalidad que podría tomarse por desinterés. Fieles a ese sistema, los soldados, declarando que el pulpero era un ladrón, se comían hasta el último centavo. Cuando el dinero faltó, les fue necesario recurrir a otros expedientes, y pronto todos sus efectos particulares fueron empeñados; finalmente, les fue abierto crédito, y como el vendedor real era, al mismo tiempo, el cajero y el que debía pagar los sueldos, no corría ningún riesgo al mostrarse confiado, y estaba al abrigo de toda pérdida.

La costumbre de recibir objetos en prenda es general en esas provincias y se extiende a los préstamos en dinero, que, por otra parte, no son nunca sin un enorme interés. Se avalúa siempre el objeto dado en prenda muy por debajo de su valor real y, a la terminación del plazo estipulado, se convierte inevitablemente en propiedad del prestamista, cuando el mismo no ha sido reembolsado de su dinero. Estos establecimientos son especialmente provechosos a sus propietarios en los casos que los jugadores se reúnen en las pulperías; sus patrones están seguros, entonces, de obtener una doble ganancia: la de la venta y la de la usura. Una multitud de individuos han hecho inmensas fortunas con ese odioso comercio, especialmente los que acompañan a las expediciones militares. El pulpero se muestra tanto más exigente con los soldados, cuando que no tiene qué temer ninguna escena desagradable, de las que las pulperías son teatro con tanta frecuencia, escenas que a veces terminan trágicamente

para el patrón, porque no hay ninguna que no se haya ensangrentado alguna vez con alguna pelea, y a menudo el patrón resulta la víctima de la furia de los jugadores y de los ebrios. El título de pariente y agente del jefe ponía al nuestro al abrigo de semejante peligro. Unos artículos que contribuyen mucho a aumentar las ganancias de los pulperos incorporados a las expediciones militares son los restos de las bestias con cuernos que consumen las tropas: los cueros y el sebo se venden por cuenta del Estado y al mejor postor, y como generalmente hay muy poca competencia y como los medios de transporte, tan difíciles por lo demás, están en poder de los compradores, se concibe que las puestas no deban subir mucho y todo venga en ayuda del adquiriente. Ese tráfico da a los jefes de las expediciones, cuando no lo hacen por propia cuenta, un medio muy eficaz de ayudar a sus protegidos. La corrupción está tan extendida que el pueblo nunca cree en la probidad, aunque se trate de los magistrados; y aunque pueden citarse algunas excepciones honorables a esa venalidad general, sería muy difícil convencer a la mayoría de los habitantes que los individuos implicados vuelven a la vida privada sin haber aumentado su fortuna particular a expensas de la hacienda pública. Por lo demás, el éxito y la impunidad todo lo legitima; sólo son despreciados quienes permanecen en la indigencia, y no se investigan los medios que han enriquecido a los que de golpe ostentan un lujo desenfrenado. No deberá, pues, asombrar si la inmoralidad es casi general y si los excesos más escandalosos se cometen con la mayor desvergüenza.

Mientras se cavaban los fosos de los dos corrales destinados a los animales, el comandante hizo comenzar su morada provisional. La madera que debía servir para construirla consistía en grandes piezas de quebracho y espinillo, con lo que se forman los montantes que sostienen la techumbre y los tirantes; y en ramas y cabrios de sauces, y en cañas o bumbúes que se parten para hacer planchas. Las puertas, las ventanas y los montantes venían hechos y listos para ser colocados; los cuerpos de los edificios debían ser de *pared francesa* y el techo de junco. Se construyó una pulpería y se nos dio, por albergue, una tienda, que sólo podía contener la mitad de nosotros; el comisario recibió algunas briznas de sauces, con las cuales consiguió, agregando fuertes juncos, hacerse una pequeña cabaña. Los oficiales acudieron, sucesivamente, a implorar el mismo favor, pero sufrieron muchas dificultades; y sólo fue a fuerza de insistencias que pudieron obtener algunos trozos de madera, con la condición, siempre, de no cortarlos. El comandante se mostraba, para los otros, excesivamente parsimonioso respecto a este producto; y sentía escrúpulos, decía, en emplear para objetivos provisionales los materiales que podían ser indispensables al establecimiento definitivo.

El agua de la laguna estaba algo alejada, y teniendo además, a causa de la sequía, muy mal gusto, se pensó conseguir otra, y se cavaron simultáneamente tres pozos, que fueron concluidos al día siguiente. Se halló agua a tres metros de profundidad; las capas transversales se componían de dos decímetros de tierra vegetal, veintitrés decímetros de arcilla pura, amarillenta, y cinco decímetros de piedra arcillosa, de un moreno amarillento. Debajo de esa capa se halló agua, sobre un fondo de arena y arcilla. Lo mismo sucede con todos los pozos cavados en la vasta llanura de las pampas: solamente varía la profundidad; pero una vez que se llega a la piedra arcillosa, llamada *tosca* por los habitantes, se tiene la seguridad de tocar agua. La que hallamos era muy buena y no presentaba ningún índice de sal.

Vimos llegar, por la tarde, un nuevo convoy de carretas, que trajo postes de *ñandubay*, destinados a construir corrales para el ganado; esa madera era inútil por el momento, por la precaución que se había tomado de encerrarlo entre los fosos. Nuestro jefe hizo trazar un nuevo cuadrado de cincuenta metros, sobre la segunda eminencia, situada al sur de la que nosotros ocupábamos: también se la rodeó de la misma manera y se comenzó a construir en el interior del cuadrado tres edificios, que ocupaban tres lados. El comandante destinaba, decía, esas nuevas construcciones al alojamiento de la tropa, en caso de ataque de los indios, hasta que el fuerte fuera construido. Viendo que nuestro jefe se ocupaba poco del objetivo esencial de nuestra expedición, le hice notar que no podía prolongar mucho mi estadía en la Cruz de Guerra y que era hora que pensáramos en la construcción del fuerte, o por lo menos en su trazado, principal objetivo de mi viaje. Se convino que ese mismo día eligiéramos el emplazamiento, y efectivamente, montamos a caballo a las once, para hacer un reconocimiento de los alrededores de la laguna.

Los fuertes que defienden la frontera contra las incursiones de los indios son destinados no solamente a servir de albergue a la guarnición que los ocupa y a los habitantes que se establecen en los alrededores, sino también a proteger el ganado, única provisión de boca, y a los caballos, sin los cuales no es posible hacer la guerra a un enemigo que siempre anda a caballo. Es menester, en consecuencia, que esos fuertes dominen un río o una laguna, donde puedan abrevar los animales, hasta en caso de asedio, caso muy raro, es cierto, pero no sin ejemplo; y, aunque el sitio se reduce siempre a un bloqueo, éste es a veces de tal naturaleza que no permite conducir los animales a un abrevadero no defendido por el fuego de la guarnición. Era, pues, esencial que el fuerte que íbamos a construir dominara la laguna de la Cruz de Guerra, y las orillas de ella no ofrecían más que dos situaciones favorables: la mejor era la pendiente

suave del oeste, a causa de lo parejo del suelo y porque esa posición permitía afirmar la base de los acantilados, alrededor de la laguna; el jefe la rechazó, por estar los materiales reunidos en la costa opuesta. Le propuse entonces los médanos del este que se elevan sobre todo el resto de la campaña, pero tuvo una objeción preparada de inmediato que oponer en la irregularidad del suelo. Tuve a bien hacerle notar que la ' landura de ese terreno permitía hacerla desaparecer fácilmente, que, además, la necesidad de no alejarnos nos dejaba la opción entre las dos ubicaciones que acababa de indicarle; me fue imposible convencerlo. Me dijo que su elección estaba hecha e irrevocablemente mantenida; que el fuerte se construiría en la llanura que estaba al pie y al sudeste de los médanos, de manera de quedar al sudoeste del terreno sobre el que se proponía formar su establecimiento particular, el cual encerraría así las dos únicas lagunas de esos parajes, lo que le daría un precio sumamente alto; y que, en cuanto al fuerte, tendría por abrevadero el pantano de desagüe de la laguna. Le hice notar que ese pantano estaba seco la mayor parte del año; que el fuerte estaría dominado por los médanos vecinos; que la llanura en la cual quería construirlo presentaba todas las características de inundarse en época de lluvia; que un enemigo emboscado al pie de los acantilados del sudeste se adueñaría de la laguna, sin tener por qué temer el fuego de los sitiados; que, aunque los indios son realmente poco temibles para un lugar fortificado, había que pensar en el porvenir; que la provincia tenía que combatir más adelante a enemigos más peligrosos y que, en consecuencia, parecía lógico sacar el mejor partido de un establecimiento que el estado formaba con tan grandes gastos. Esas razones, puestas en la balanza con aquellas que determinaron la elección del comandante, no fueron de ningún peso. No me quedó más que obedecer ciegamente; pero no fue sin proponerme salvar mi responsabilidad por medio de un informe detallado, y sin lamentar la ignorancia y la debilidad de un gobierno que encargaba a un ingeniero la ejecución de esos trabajos sometiéndolo a los caprichos de un jefe.

Tuvimos, en el curso de esa jornada, una alarma causada por un accidente que estuvo a punto de trastocar los proyectos del comandante y ponernos a todos de acuerdo. Todos hacían la siesta y el más profundo silencio reinaba en el campo. Un humo espeso se elevó de golpe en medio de los vivacs de los milicianos, situados a doscientos pasos de nosotros, del otro lado del corral del ganado; como yo veía ese humo aumentar a cada instante en intensidad, sin que la tranquilidad general se perturbara, di la vuelta al foso para comprobar que podía ocasionarlo y vi que la cabaña de los oficiales de la milicia estaba en llamas, provenientes de las hierbas secas que cubrían el terreno; el fuego se

propagaba rápidamente y amenazaba invadir las pilas de madera y todo el campamento. Los milicianos, que se consideraban culpables, hacían silenciosamente todos los esfuerzos para dominar el incendio, pero en vano, y pensé que nos hallaríamos, en medio de la pampa, reducidos a nuestros caballos y nuestras vacas. Corrí a despertar al comandante, que hizo en seguida tocar la trompeta: en un instante todos los soldados acudieron, provistos de mantas y recados, y formando un círculo alrededor del fuego lograron ahogarlo o, por lo menos, impedir que se incendiaran las matas vecinas. Tal es el medio que se usa generalmente para impedir el progreso de las llamas en los campos; y cuando se extienden sobre un gran frente, cuando impulsadas por un viento violento se propagan con mucha rapidez, se recurre a otro expediente, que los pobladores denominan *contra-fuego*, y consiste en quemar, a favor del viento del incendio, una faja de algunos metros de ancho en todo el espacio que ocupa el fuego, de manera que al llegar a esa faja se extinga por falta de alimento. Se logra así, por ese medio, cuando el tiempo está tranquilo, hacerle cambiar de dirección.

El fuerte que iba a levantarse debía contener suficientes construcciones para alojar, además de la guarnición y los almacenes del gobierno, a los colonos que se suponían vendrían a establecerse en esos parajes; de manera que era un caserío completo que había que rodear de fosos y poner al abrigo de un golpe de mano. Los escasos brazos y recursos puestos a disposición de esa empresa exigían que todo se redujera a trabajos de fortificación pasajera y que los mismos tuvieran la menor amplitud posible. Para evitar la multiplicidad de los frentes, adopté la forma cuadrada, y una vez mi proyecto terminado fue aprobado por el comandante, comencé a trazarlo sobre el terreno. Para sacar el mejor partido de la mala ubicación que se había elegido, coloqué uno de los lados sobre la cresta de las alturas que se prolongan al sudeste del pantano. Obtuve así la ventaja de dar a todos y, en consecuencia, a los edificios del caserío, una dirección diferente de la del meridiano y su perpendicular; dirección generalmente adoptada por los españoles en sus establecimientos de esta parte de América, y que tiene el gran inconveniente de hacer que las moradas aprovechen de un modo desigual del sol, porque en las calles van de este a oeste, todo el lado del sur es muy húmedo, porque sólo recibe los primeros y últimos rayos del sol, en el verano, y está completamente privado de ellos en el invierno; es por eso que en Buenos Aires valen más los edificios que miran al norte. La disposición, que hace más igual el reparto del beneficio de la exposición al sol, es la de octantes; tal fue la que di a la Cruz de Guerra, así como lo hice en los villorrios

20 de enero

que me encargaron trazar en la provincia de Corrientes; es más o menos cómo son trazadas las calles de la ciudad de Montevideo; pero creo que se tuvo por objeto adaptarse a la naturaleza del estrecho terreno sobre el cual está construida, antes que apartarse del uso general. Los corrales para los animales fueron ubicados y se apoyaron sobre los frentes noroeste y sudeste del fuerte, cuya entrada, que debía cerrarse con una enorme puerta, traída desde Buenos Aires, fue practicada en medio del lado nordeste. El caserío, trazado en el interior, tenía una forma análoga; una avenida de alrededor de treinta y cinco metros debía construirse en círculo y cuatro calles de veinte metros, abiertas frente al medio de cada lado, conducían a una plaza cuadrada, de ciento veinte metros de lado y en el centro de la cual se debía cavar un gran pozo. Tal fue el plan de la Cruz de Guerra, pero sólo vi el comienzo de su ejecución e ignoro si habrá sido seguido con exactitud y llevado hasta el fin, porque los desastrosos acontecimientos de fines del mismo año me obligaron a abandonar con precipitación ese establecimiento.

Mientras me ocupaba de los planes del fuerte, el capitán comandante de los Blandengues realizaba preparativos para una expedición en la cual yo debía participar y que tenía por objetivo reconocer, hacia el sur, las llanuras situadas entre Cruz de Guerra y la laguna Blanca. Se debía, al mismo tiempo, medir algunos lotes de tierra, que el capitán y sus camaradas se proponían solicitar en arrendamiento enfitéutico. Desde la Conquista a la revolución, las concesiones habían sido acordadas por los virreyes, con la mayor facilidad y en propiedad total, a los colonos que las solicitaban: al principio se dieron como recompensa de servicios militares y personales; pero después bastaba pedirlas. Las formalidades requeridas se limitaban a comprobar, por declaración de testigos, que el terreno solicitado pertenecía al Estado y a hacerlo medir por un comisario en nombre del virrey o del gobernador de provincia, acompañado de un agrimensor y de testigos. Una vez cumplida esa operación y consignada en un atestado firmado por todos los asistentes, el virrey expedía el título de propiedad, bajo el nombre de *merced real*, sin otros gastos que los del estampillado, escribano público o notario y de un gravamen, que se pagaba una vez, conocido con el nombre de *media anata*, que hacía muy módica la evaluación hecha del terreno a tanto por legua cuadrada. Habiendo la revolución abierto al comercio extranjero los mercados de América, hizo que los productos de los establecimientos de ese género, cuyo monopolio exclusivo ejercía antes la metrópoli, aumentaran progresivamente de valor hasta el día en que los cueros vacunos se sextuplicaron con relación a lo que valían al comienzo de la revolución. Se despertó entonces la avidez de los propietarios

y especuladores; las estancias se multiplicaron, al punto de doblar la extensión que ocupaban, y las tierras fueron tan buscadas hoy como antes despreciadas. Obligado a ampliar las fronteras, para proteger los nuevos establecimientos contra los salvajes y para asegurar las conquistas hechas al desierto por pastores emprendedores que, diariamente, se asentaban, el gobierno no pudo desconocer la importancia de las adquisiciones territoriales del Estado; cesó, desde entonces, de acordar títulos de propiedad y reemplazó esas concesiones por contratos enfitéuticos, cuya duración debía ser de diez años. Creóse una oficina topográfica para formar una especie de catastro y dibujar un mapa de la provincia; abriéronse registros, donde debían inscribirse los títulos de todos los propietarios y enfiteutas. Los terrenos ocupados desde hacía gran número de años por particulares que habían descuidado de solicitar la merced real, o de llenar las formalidades de rigor, fueron declarados propiedad del Estado y sujetos, como todos los demás, al régimen enfitéutico. Los gravámenes y la avaluación se fijaron por diez años, duración del primer contrato; los primeros del dos por ciento y la segunda de tres mil pesos (quince mil francos) la legua cuadrada, para los terrenos comprendidos en la antigua línea de frontera, y dos mil (diez mil francos) para los comprendidos entre la antigua y la nueva; finalmente, se decidió que la extensión de cada lote no excediera de doce leguas cuadradas y que un mismo individuo solo podía solicitar dos. Esos progresos, lo mismo que la mayoría de las sabias instituciones tendentes a sacar a la República del caos donde está hundida, se deben a la corta administración de Rivadavia, administración que brilló como relámpago en medio de la tormenta revolucionaria y anárquica en la que el país se vio envuelto con creciente intensidad.

El comandante nos acordó, para nuestro viaje, dos vacas gordas, que fueron sacrificadas y reducidas a charque; tuvo la bondad de agregar un poco de sal, algunas libras de yerba y algunas brazas de tabaco del Brasil. Las provisiones de las gentes de la zona se limitan generalmente a esos artículos, y cuando están seguras de que no les faltarán, así como tampoco los caballos, son capaces de emprender la vuelta al mundo, sin pensar en hacer la maleta ni llenar la bolsa. Tienen siempre una cama lista en el recado, una posada allí donde encuentran agua que beber y cardones que quemar; y su lazo y sus boleadoras ocupan el lugar de las provisiones de boca. Por más habituado que estuviera a esa manera de vivir, hice agregar a nuestros comestibles un poco de azúcar, té y otros productos que nos proporcionó la pulpería. Nuestra partida se fijó para el 23.

Me di cuenta, al levantarme, de que gran parte de mi trabajo de la víspera resultaba inútil. Durante la noche, los animales, que por no haberse cerrado el

corral pastaban a discreción, se habían frotado contra las cañas que me sirvieron de jalones y que planté en los diversos ángulos del trazado de nuestras obras; la mayoría estaban rotas o volteadas, me era necesario, por así decirlo, volver a empezar. El ganado, que en este país vive en libertad, sin conocer la manta ni la almohaza, tiene gran propensión a rascarse contra el primer objeto que encuentra, y como no halla, en esa provincia, árboles que le presten su concurso, se congrega alrededor de los postes de los corrales, de las ruedas de las carretas y hasta frente a las paredes de las casas, para aliviarse de la picazón que siente. Me vi obligado en mis viajes, para poder dormir, a alejar muchas veces a los animales de mi carreta, a la cual se acercaban, a cada instante, sacudiéndola bruscamente.

21 de enero

Para evitar en lo sucesivo tal inconveniente, hice trazar con la azada todas las líneas proyectadas y se comenzó, ese mismo día, a cavar la fosa; solamente los prisioneros brasileños trabajaron. Aunque el gobierno fijaba un alto pago de dos pesos (diez francos) por día a los soldados que tomaban parte en el trabajo, todos los milicianos y la mayoría de los Blandengues preferían pasar el tiempo en la ociosidad y permanecer perezosamente tendidos en sus cabañas, con el cigarro o las barajas en la mano, que ganar, por medio de una labor muy poco penosa por lo demás, un salario que les era tanto más necesario cuanto su sueldo había sido gastado apenas recibido y, a menudo, antes; ¡hasta tal punto los gauchos son apáticos y perezosos!

Por la tarde comencé a levantar el plano topográfico de los alrededores de la Cruz de Guerra y tomé por base uno de los frentes del fuerte; no había otros puntos que se destacaran en esa soledad fuera de las obras que habíamos construido y un montículo de tierra artificial, ubicado en la parte más alta de los médanos de la laguna. Esa colina cónica fue levantada por la expedición que, anteriormente, recorrió la antigua línea de frontera; los que la integraban quisieron, sin duda, seguir el ejemplo de los antiguos aventureros que al descubrir y tomar posesión elevaban una cruz en las playas donde abordaban. Tal seña de su presencia y algunos fragmentos de botellas de Burdeos que la rodeaban, probaban, a la vez, que otros cristianos habían frecuentado antes esos lugares y que estaban mejor aprovisionados que nosotros.

Llegó un expreso de la capital. Recibí de la oficina topográfica una nota con la orden de transferir a mi ayudante la vigilancia de la ejecución de los trabajos y dirigirme, lo más pronto posible, a la Guardia del Monte, a fin de aguardar los medios de transporte a Tandil, donde se reuniría, bajo las órdenes del coronel Estomba, la expedición que debía dirigirse a Bahía Blanca. Vacilé

un instante antes de tomar una resolución respecto a este nuevo viaje, que acepté empero prometiéndome ir antes a Buenos Aires, y anuncié a nuestro jefe que mi partida tendría lugar al regreso del reconocimiento que iba a hacer.

El comandante hizo cavar por completo una extremidad del foso del fuerte, a fin de comprobar con qué facilidad podría ejecutar ese trabajo; el terreno estaba compuesto de las mismas capas que el lugar donde se cavaron los pozos; sólo que la arcilla estaba mezclada con algo de arena. Era en realidad una dura la capa de piedra arcillosa que precedía al agua, y la misma estaba algo antes de llegar a la profundidad total; pero, como el ángulo donde se había comenzado la excavación era el punto más bajo del terreno, ese inconveniente debía desaparecer a medida que se alejara.

23 de enero

Terminaron los preparativos para el viaje que debía comenzar al día siguiente; el charque estaba casi seco; se hizo un fardo; las otras provisiones formaron un segundo fardo, y el conjunto completó la carga de un caballo que debía seguirnos; por desgracia, el tiempo borrascoso impidió la rápida desecación de la carne, una parte de la cual se perdió por completo, y la otra tenía un color verdusco y un olor que no halagaban ni al ojo ni al olfato. Temía que tales provisiones fueran menos que suficientes para la probable duración de nuestro viaje, e hice al capitán de Blandengues partícipe de mis temores, pero él me tranquilizó, diciéndome que con las bolcadoras de nuestros soldados nada nos faltaría, y que los ciervos y tatúes suplirían la falta de carne. Lo sucedido justificó a la vez su confianza y mis temores: su confianza, puesto que no nos morirnos de hambre; mis temores, porque nuestros estómagos sufrieron mucho. Nuestra escolta debía componerse de doce soldados de confianza, a quienes se distribuyeron las municiones y pusieron sus armas en condiciones. Por la tarde, esos mismos soldados se fueron a incendiar los campos, en la dirección que debíamos seguir, a fin de desembarazar el terreno de las altas hierbas que lo cubrían y hacer la marcha menos difícil.

La costumbre de incendiar los campos está generalizada en las provincias del Río de la Plata. Tiene por objeto destruir los productos muertos de la vegetación y facilitar el renacimiento de los mismos; por eso, sólo se practica esa operación al acercarse la primavera, siendo en otra época más perjudicial que ventajosa. Nada más agradable que la vista de un campo quemado cuando comienza a reverdecer; las plantas se desarrollan con un vigor y una rapidez asombrosos; la frescura de la vegetación atrae al ganado hambriento de los viajeros y brinda a los mismos un tierno pasto para descansar. Tales incendios

periódicos no dejan, empero, de tener sus inconvenientes y, a menudo, ocasionan funestos accidentes, sobre lodo en los lugares donde las casas están algo cerca. Los inmensos cardales que cubren casi todo el territorio de la provincia de Buenos Aires ofrecen una materia más combustible que las hierbas de las pampas y hacen que los incendios sean más violentos y peligrosos. Por ese motivo, el gobierno prohibió quemar campos en la parte de la misma provincia comprendida entre el Salado y el Plata; sin embargo, la desidia de los viajeros, que no extinguen los fuegos que encienden en sus paradas, ocasiona a veces accidentes imprevistos. Hubo un incendio terrible en 1820 impulsado por un viento violento del sudoeste, que llegó a los alrededores de la capital y causó enormes daños; en su mayoría, las casas de la campaña, cuyos muros se componen, en gran parte, de madera y el techo de juncos, fueron consumidas por completo; perecieron numerosos vacunos y rebaños completos de ovejas; grandes plantaciones de bosques de durazneros resultaron totalmente destruidas; finalmente, la ciudad estuvo, durante algunos momentos, sumida en la oscuridad, al punto que era imposible leer y que algunas mujeres se desmayaron de miedo. Todo el mundo estaba estupefacto e ignoraba la causa de ese fenómeno, cuando la violencia del viento, disipando poco a poco esas tinieblas y trayendo una nube de briznas de paja carbonizadas, reveló la causa.

Tuvimos a nuestras expensas, al atardecer, una nueva prueba de los peligros que acompañan a veces la combustión de los campos. La jornada había sido muy tranquila y el fuego, que los soldados encendieron lejos, se propagaba en todas direcciones; a la caída de la noche, estaba lo suficiente cerca del campamento como para inspirar serios temores. El comandante hizo reunir a todos, y nuestros soldados, provistos de sus bombas de incendio, es decir de las mantas y caronas de sus recados, formaron una gran línea en toda la extensión que el mismo ocupaba. Gocé entonces de un espectáculo imponente y extraño; el cielo estaba cubierto y la profunda oscuridad de la noche daba a las llamas y a sus reflejos el más vivo brillo. Imaginemos una línea de fuego de una media legua de extensión, que a veces parecía extinguirse y presentaba el aspecto de un cordón iluminado, y a veces se reanimaba y parecía un mar de olas encendidas. Al ganar el fuego, de vez en cuando, las altas matas aisladas, inflamaba a las mismas instantáneamente y formaba un manojo de llamas ondulantes, del seno de las cuales se lanzaba, como un volcán, una gavilla de chispas y llamitas. Más de doscientos hombres, ubicados frente a esa cortina luminosa, sacudiendo sus trapos y agitándose en todos sentidos, parecían las sombras de Tártaro, y cuando mostraban sus rostros cetrinos, enrojecidos por los reflejos de la luz, se los hubiera tomado por los dioses de la morada som-

bría, con los cuales tenían, por lo demás, tantas semejanzas morales. Creo que los esfuerzos de esos duendes habrían sido inútiles si el viento, elevándose poco a poco de la parte norte, no hubiera detenido los progresos del incendio y cambiado su dirección.

Excursión a los alrededores

Pampas
23 de enero

Los caballos fueron ensillados muy de mañana y nos dispusimos a partir, proponiéndonos marchar toda la jornada sin detenernos. Nuestra caravana se componía del capitán de Blandengues y de un joven oficial que quería acompañarnos para pasear; de doce soldados, de un criado que traje de Buenos Aires, y de dos baqueanos de la expedición, que tenían, según decían, un conocimiento muy amplio del terreno que íbamos a recorrer. Yo debía medir cuatro extensiones de tierra, de doce leguas cuadradas cada una, es decir que era necesario trazar cuatro rectángulos de cuatro leguas sobre tres; y, como debían ser contiguos, estaban cerrados en un gran rectángulo de ocho leguas por seis. La legua legal del país contiene seis mil varas y difiere poco de la legua marina, de veinte por grado. Como la naturaleza del suelo de la provincia de Buenos Aires ofrece muy pocos límites naturales, es menester sustituirlos con límites artificiales y trazar el contorno de las propiedades por medio de mojones alineados; la falta de todo obstáculo y la comodidad de elegir un perímetro fácil de trazar, hace que se adopte, por lo general, la forma rectangular. Una parte de los antiguos lotes, distribuidos sucesivamente por los virreyes, tienen sus lados dirigidos de acuerdo al meridiano y a la perpendicular; otros poseen, por dirección, la misma de los octantes; y como se ha reconocido que es la más análoga a la forma de la provincia y al curso de sus ríos, ha sido definitivamente sancionada por la ley, de manera que todos los terrenos concedidos y medidos desde hace algunos años son rectángulos, cuyos lados se dirigen del nordeste al sudoeste y del noroeste al sudeste.

Fuimos informados de que el gobierno se proponía poner en reserva, alrededor de cada uno de los fuertes de la nueva línea de frontera, cien leguas cuadradas de terreno, para ser distribuidas en pequeños lotes a los colonos que se establecieran; y los individuos que iban a trabajarlas, deseosos de obtener grandes lotes en enfiteusis e impedir toda dificultad que pudiera sobrevenir, me expresaron el deseo de que sus terrenos se hallaran fuera de los límites que debían alcanzar las cien leguas. Partiendo del supuesto de que el fuerte de la

Cruz de Guerra debía ocupar el centro de un cuadrado de cien leguas y cuyos lados se dirigirían de acuerdo a los octantes, debía, para alcanzar el lado sudoeste de tal cuadrado, marchar siete leguas y siete centésimos directamente al sur. Procediendo a efectuar esa operación, debí adaptarme al método empleado en la región y autorizado por la oficina topográfica, por más grosero que fuera.

Los agrimensores toman todas las medidas con la brújula y deben tener en cuenta la declinación; trazan sus líneas por medio de banderillas conducidas por hombres a caballo que corren delante, para alinearse por sí mismos sobre las líneas que los precedieron, cuando no son colocados con ayuda del agrimensor, encargado de esa tarea. Las distancias se miden con una cuerda, por lo común de cien o ciento cincuenta varas, sostenida por dos hombres, y las extremidades de cada medida son marcadas por otros, provistos, a este efecto, de cañas o bastones cuya punta se afila; todas estas operaciones se efectúan sin poner pie en tierra y se mide galopando a través de zarzas y cardones. Se explica todos los inconvenientes que ocasiona semejante manera de amojonar; y los resultados de operaciones tan groseras, a pesar de no ser, a lo sumo, más que una aproximación a la verdad, son, empero, los únicos datos empleados por la oficina topográfica para el trazado del mapa de la provincia. Los graves errores que resultan del mal amojonamiento de las propiedades originan pocos o ningún inconveniente, mientras que los terrenos permanecen abandonados y casi carecen de valor; pero hoy que adquieren precio en una progresión muy rápida, la errónea determinación de los límites es la fuente de una cantidad de procesos, que se multiplican en razón directa de la división de las propiedades.

Tenía un teodolito bastante bueno, provisto de una aguja imantada; colocándola en el ángulo sur del fuerte, que me sirvió de punto de partida, dirigí la visual en la dirección del meridiano e hice alinear, en esa dirección, a los soldados portadores de banderillas. Partimos después, y para evitar una parte de los errores ocasionados por la forma de encadenar de que acabo de hablar, ordené que la marcha se hiciera al trote y no al galope; pero nos vimos pronto obligados a tomar el paso y hasta a detenernos del todo, a causa de la torpeza de mis jaloneadores, que hacían imposible mantener esa dirección. Aunque eran viejos soldados, carecían a tal punto de agudeza visual que no pude conseguir hacerles comprender cómo debían alinearse; fui obligado a multiplicar las paradas para rectificar nuestra marcha, y aunque no descansamos hasta la caída del sol, no pudimos hacer, en el curso del día, más que tres leguas.

El terreno se eleva un poco, al salir de la Cruz de Guerra, y forma una meseta de una legua de ancho; tal meseta fue completamente recorrida por el

fuego de la víspera y presentaba una gran superficie negra, cubierta de paja carbonizada, sin otro indicio de vegetación que los juncos de dos o tres pantanos, que, no obstante la falta de agua, conservaban bastante humedad como para defenderse del incendio. Ese duelo momentáneo de la naturaleza sólo presentaba despojos a la vista entristecida; se veían, aquí y allí, esqueletos de animales, blanqueados por el tiempo y que el fuego había desnudado de la vegetación que los cubría desde hacía años sirviéndoles de tumba; algunas cabezas de vaca y de caballo revelaban que en otra época esa parte del desierto estuvo animada por la permanencia o el paso del hombre; el tímido ciervo, el avestruz de ágiles patas, el huraño jaguar, huyeron también de ese lugar desolado, visitado sólo por algunas aves de rapiña.

Luego de haber atravesado la meseta incendiada, descendimos insensiblemente a una gran pampa, cubierta, en parte, de pajas muy altas (pajonales), en las que un hombre de a pie se habría perdido y que no contribuyeron poco a hacer lenta nuestra marcha y a hacerme maldecir equivocados reconocimientos visuales de mis portabanderas. El terreno se elevó después un poco y nos hallamos, a la puesta del sol, cerca de una gran laguna, donde resolvimos pasar la noche. Por desgracia, el agua, muy baja, no era potable, pero nuestros soldados, al buscar más lejos lugares bien provistos de hierba para hacer pastar los caballos, descubrieron, a doscientos pasos de nosotros, un charquito con juncos, que nos abasteció de agua dulce y fresca. Pronto instalamos el vivac; la operación se limitó a tender nuestros recados, que debían servirnos primero de asientos y después de camas, y reunir algunas brazadas de cardones, para hacer fuego. La preparación de la cena no exigió mucho tiempo; pedazos de charque expuestos a la llama durante algunos minutos, y mate, fueron nuestros alimentos.

Nuestras cabalgaduras fueron colocadas alrededor de nosotros en la plataforma y las que constituían nuestra reserva atadas de dos en dos por el cuello (*acollarados*); se pusieron, además, las trabas a las patas de delante de uno de los caballos de cada par, de manera que el caballo libre no estuviera en condiciones de alejarse mucho y el otro de arrastrar a su compañero. Tal es el método que se usa para retener una tropilla en medio del desierto, pero cuando está presidida por una yegua basta poner las trabas a la misma, con la seguridad de que sus compañeros no la abandonarán. A pesar de todas estas precauciones, suceden a veces accidentes que ponen a los viajeros en dificultades, y pudimos convencernos de ello esa misma noche. El mate había dejado de circular y dimos la última mano a nuestras camas. Nuestros soldados, mientras extendían sus arneses y se sacaban los ponchos, para disponerlos como frazadas para la noche, notaron que los caballos estaban inquietos, levantaban las orejas y dejaban de pastar,

para demostrar temor e impaciencia. No pudiendo adivinar la causa, pero suponiendo lo que podía ser, nuestros hombres se agacharon, para buscar en la oscuridad el motivo del temor de nuestras cabalgaduras; nada pudieron ver, pero sacaron la conclusión que debía haber, en los alrededores, un puma o un jaguar. Al oír tal noticia, mi criado, que parecía participar de la inquietud de los caballos, acercó, sin decir una palabra, su cama a las nuestras, demostrando, por sus gestos, que deseaba estar lejos del huésped cuya visita anunciaban los soldados; ellos comenzaron a hacerle burlas. Como pretendía no tener miedo y se hacía el valiente, el capitán, para ponerlo a prueba, simuló tener sed y le pidió que fuera a buscar agua al charco. El pobre diablo, colocado entre el miedo y el amor propio, vaciló un momento; finalmente, asediado por las bromas de los Blandengues, fue dominado por el honor... Partió con aire resuelto, la pava en la mano. No tardamos en verlo reaparecer, pero esta vez no ocultaba su pavor. Llegó sin agua, sin aliento y tan asustado que tuvimos mucho trabajo en hacer que nos explicara lo que había visto. Nos dijo que era un jaguar, cerca del pantano, cuyos ojos brillaban en medio de los juncos como dos velas. Al oír esas palabras, los bromistas interrumpieron al pobre narrador, que no tuvo otro partido a elegir que irse a la cama, diciendo que estaba muy seguro de lo que decía y que nosotros veríamos tal vez pronto que no estaba alucinado; la aparición que había aterrorizado a mi criado era demasiado real. Hacía apenas una hora que estábamos acostados y conversábamos, aguardando el sueño, cuando, de golpe, un ruido semejante al trueno nos anunció la dispersión completa de nuestros caballos: unos arrancaron las matas de hierba a que estaban atados; otros rompieron las ligaduras y las trabas, y todos hicieron los esfuerzos más violentos para escapar al peligro que los amenazaba. Los que corrieron el mayor peligro se arrojaron en medio de nosotros, seguidos del terrible animal que creía hacer de ellos su presa. Nos pusimos de pie al instante, algunos sable en mano, otros armados de sus mantas y todos gritando fuerte para asustar al autor del desorden. La fiera, alarmada por la recepción, franqueó, en dos o tres saltos, el espacio que ocupaba nuestro vivac, y desapareció con tal rapidez que me fue imposible distinguir si era un jaguar o un puma; pero los soldados aseguraron que era un jaguar, lo que no es improbable, aunque en esa latitud comienzan a ser raros.

La pareja de caballos que, para nuestra dicha, se arrojó en medio de nosotros, fue ensillada por los soldados, y sirvió para reunir al resto, lo que se hizo sin dificultad, habiendo perdido tres o cuatro, que no pudimos atrapar y que probablemente regresaron al establecimiento. Los que huyeron en dirección de la charca de donde había salido el jaguar nos dieron un trabajo enorme; se dejaban conducir sin oposición hasta cierta distancia de los juncos; pero, cuando

el olor les hacía reconocer el sitio fatal y los rastros de la fiera que los asustó tanto, retrocedían y partían a toda velocidad. Procuramos tres o cuatro veces, en vano, volverlos al camino, y nos vimos obligados, finalmente, a hacer un gran rodeo para reunir a los otros. Una vez disipada la alarma, el orden se restableció rápidamente: únicamente mi criado no pudo tranquilizarse; este pobre muchacho pasó toda la noche sentado sobre su recado, interrumpiendo, a cada instante, el sueño de los soldados impacientes por sus continuas preguntas y nada dispuestos a mantener una conversación en la que el muchacho, por su parte, estaba tan interesado.

24 de enero

Teníamos ante nosotros, en una extensión de más de una legua, una cortina de médanos que se dirigían del este al oeste y que ascendimos muy de mañana. Nuestro baqueano me dijo que esas alturas, que formaban un grupo notable por su extensión y elevación, eran conocidas con el nombre de *médanos de Ocá*. El pie del lado opuesto estaba bañado por dos lagunas de agua dulce y límpida; y los accidentes del terreno circundante, cuyas pendientes morían a orillas del agua, hacían de ese lugar un sitio que, comparado con la superficie llana y monótona de los campos de las inmediaciones, podía ser considerada pintoresca, y a la cual, para ser realmente agradable, sólo le faltaba la presencia y los trabajos del hombre. El terreno se mantenía bastante elevado durante cerca de una legua; pero luego se hacía bajo al extremo; los pajonales se multiplicaron y atravesamos grandes espacios cuya vegetación indicaba que debían estar inundados la mayor parte del año. Por suerte mis alineadores se hicieron más hábiles y me vi menos obligado a detenerme para rectificar nuestra dirección; algunos de ellos habían adquirido ya tal tacto que llegaban al galope, y sin vacilar plantaban verticalmente su bandera de manera de cubrir exactamente a los que precedían; se mostraban así dignos herederos del nombre de Blandengues, si es cierto que este nombre proviene, como muchas personas me lo aseguraron, de la palabra *blandir* o *blandear*, hablando de la lanza, y que sus antepasados asombraban por la destreza con que manejaban esta arma.

Al cabo de tres horas de marcha, nos detuvo un gran pantano, profundo y cenagoso, cubierto de un bosque de elevados juncos. El baqueano me dijo que era un *cañadón*[2], formado por uno de los brazos del Río Saladillo y que dudaba que pudiésemos atravesarlo.

---

2 *Cañadón* es un aumentativo de *cañada*; y la acumulación de agua designada con el primero de esos nombres difiere de lo que expresa el segundo, en que es más considerable y está por lo general poblada de grandes juncos, estero que afecta cierta dirección y que tiene

Antes de intentar el pasaje del cañadón, quise asegurarme si la dirección que seguíamos debía ser mantenida desde entonces; y, habiendo notado que la línea de juncos no se prolongaba a nuestra derecha, envié un hombre adelante con una banderilla, ordenándole bordear la orilla del agua. Vi pronto que el obstáculo que nos detenía era un recodo del río y salvé la dificultad trazando sobre el terreno un pequeño triángulo, que calculé de manera que su cima cayera exactamente en la extremidad de la distancia que debíamos recorrer, es decir, a siete leguas y media[3] de la Cruz de Guerra. El punto determinado se hallaba a la misma orilla del cañadón, frente a un pequeño médano aislado, conocido por el baqueano con el nombre de *médano del Buey*. De ese punto debíamos partir para trazar los cuatro lotes de terreno y fijamos un mojón a la manera del país, es decir, rodeamos un espacio circular, de unos tres metros de diámetro, de un pequeño foso, arrojando al centro la tierra de la excavación para formar un montículo de forma cónica. Esos oteros, en llanuras donde no hay ningún otro objeto que se destaca, se distinguen de muy lejos, y como se cubren pronto de vegetación, duran muchísimo tiempo. No se podía suplir de manera más ingeniosa la falta de piedras y maderas para señalar los límites de las propiedades: por eso las tierras recientemente ocupadas no tienen otros límites; los de piedra o madera de las propiedades antiguas fueron construidos con materiales traídos de afuera, porque, desde Buenos Aires hasta las montañas de Tandil, no se descubre el más pequeño guijarro, ni un árbol que pueda proporcionar un poste capaz de servir de mojón.

Hicimos alto, tanto para levantar el mojón de que acabo de hablar como para dar descanso a los caballos; ascendí luego a la cima del médano del Buey para observar la comarca, y noté que el cañadón, cuya orilla alcanzamos, se extendía del sudoeste al noroeste, lo que me hizo tomar la resolución de hacer

---

una corriente visible en tiempo de crecida; en una palabra, es un arroyo o riacho que, al hallar un terreno muy llano y casi sin pendiente, degenera en pantano. Algunos retenían luego su forma natural, encajonándose de nuevo; y esos cambios se repiten alternativamente varias veces, de manera que hay ríos que parecen desaparecer de golpe y cuyo curso sólo se puede volver a descubrir estudiando la forma del terreno. Por eso es que la mayoría de los que descienden de la cadena de las montañas del Volcán, Tandil y Tapalquén, y que corren por una vertiente cuya pendiente, desde el pie de esas montañas hasta el Salado, es casi insensible, se hallan en el caso de que acabo de hablar, y reciben de los pobladores nombres distintos en las partes interrumpidas de su curso. Así, el riacho de las Flores, que desemboca en el Salado en el mismo punto que el Saladillo, lleva, en su curso, el nombre de *Arroyo Tapalquén*. El *Arroyo Azul*, después de haber dado nacimiento a un gran pantano, forma, más abajo, el *Arroyo Gualiche*, y así otros. De ello resulta una gran confusión.

3 Leguas del país.

una línea de demarcación entre los lotes de terreno que iba a trazar, colocando dos a una orilla y dos a la orilla opuesta. Me adapté, en eso, a una ordenanza muy inteligente del gobierno, que prescribe tomar los cursos de agua que se encuentran en los terrenos que se descubren por límites naturales, de manera que fueran de goce común de las propiedades contiguas. De acuerdo con esa determinación, el mojón que acabábamos de colocar debía estar en medio del lado norte del gran rectángulo que yo había trazado, y sólo me faltaba dirigirme, de ese punto, hacia el sudeste o hacia al noroeste.

La primera de esas rutas me obligaba a cruzar a continuación el cañadón, y aunque fuera tan ancho que no podía descubrir la otra orilla y la extensión de los juncos se confundía con la línea del horizonte, tomé el partido de aprovechar el buen estado en que estaban todavía los caballos para flanquear ese mal paso. Después de alinear las banderillas en la nueva dirección que debíamos seguir, montamos a caballo y entramos en esa espesa floresta de juncos, haciendo alrededor de doscientos pasos en un lecho de limo de medio metro de profundidad, después del cual hallamos agua. Pocas marchas son más penosas que las que debimos hacer por la tarde; el pantano se hizo tan profundo que el agua llegaba al lomo del caballo y los juncos eran tan tupidos que tuvimos una pena infinita en abrirnos paso; por otra parte, su altura era tal que superaba en mucho la cabeza del más alto de nuestros jinetes, y estos, para ver las banderillas y alinearse, estaban obligados a pararse sobre su montura. El calor era excesivo y el agua salobre al punto de no poder ser utilizada; los mosquitos nos cubrían el rostro y las manos; marchábamos con la mayor lentitud, sin tener ante los ojos otros objetos que los juncos que nos rodeaban y el sol que ardía sobre nuestras cabezas, y sin posibilidad de prever cuándo saldríamos de allí.

Los jinetes de la región van generalmente con los pies desnudos o no poseen otro calzado que las botas de potro, que se ponen como guantes, no temiendo mojarse las piernas, y se contentan con arremangarse los calzoncillos; sin embargo, cuando quieren mantenerlas secas, las levantan hacia adelante, de manera que los talones casi toquen los bastos del recado; y así arrodillados, son capaces de trotar una jornada entera; pero el europeo que logra colocarse en esa posición no puede soportarla a lo sumo más de algunos minutos, y lo mejor para él es cruzar los estribos por encima de la montura, lo que levanta sus pies a la altura de la cruz. Es cierto que esa postura exige un gran conocimiento del caballo para seguir con exactitud sus movimientos, a fin de no perder el equilibrio, y que expone al jinete a que una caída le haga tomar un baño completo, pero es mucho menos que una cal incómoda que la otra y nada tiene de cansadora.

Pasamos toda la tarde en medio del agua y de los juncos y estaba por terminar el día cuando, al fin, llegamos a la otra orilla; no habíamos hecho, sin embargo, más que las dos terceras partes de una legua del país; pero, además de la lentitud de nuestra marcha, nos vimos obligados, al llegar a cada banderilla, a hacer una larga pausa, aguardando que quienes nos precedían hubieran tenido tiempo de hallar la dirección y ubicarse. El rumbo que seguíamos nos había hecho, por desgracia, atravesar oblicuamente el cañadón, porque su anchura real sólo era de alrededor de dos mil varas (1.733 metros). Salimos sedientos y tan fatigados moral como físicamente; por suerte el baqueano tomó temprano la delantera para buscar un lugar conveniente para hacer alto de noche. Un humo, que vimos en la cima de un médano situado a un cuarto de legua a la derecha, nos indicó que nos aguardaba con el fuego encendido, y lo alcanzamos al galope, después de haber plantado una bandera para reconocer el punto donde estábamos,

Dormimos un sueño reparador, que el fresco de la noche, así como el cansancio de la víspera, hizo tan profundo como agradable. Me levanté con el día y miré alrededor mío para reconocer el lugar donde estábamos, lo que no había podido hacer el día anterior, porque la noche era cerrada al llegar al sitio donde acabábamos de gustar las dulzuras del descanso. Nuestro vivac estaba establecido en la pendiente de un médano, cuyo pie rodeaba circularmente una pequeña laguna de excelente agua, que no tenía más de cuarenta metros de diámetro y estaba como en el fondo de un embudo: había conservado una cantidad mucho mayor de agua que algunas de las que vimos hasta entonces, lo que atribuí a su posición, que la protegía, la mayor parte del día, contra los vientos y contra los rayos del sol. El médano que ocupábamos era la única eminencia de esos parajes; de cualquier lado que volviéramos la vista, no se descubrían más que juncos, cuya sombría vegetación daba un tinte lúgubre a ese horrible paisaje. La cima del médano del Buey se distinguía como una mancha azulada encima de la superficie perfectamente plana del cañadón que habíamos atravesado; sólo se veía como tierra firme una banda estrecha, que parecía prolongarse hacia el sudoeste, y el corto espacio que nos separaba del novel océano de juncos en el que debíamos introducirnos. A juzgar por la profundidad que conservaban esos pantanos, a pesar de la estación y de la gran sequía, no cabe la menor duda de que todo el terreno, en tiempo de crecidas, se inunda hasta el pie del médano sobre el cual acampábamos; en otra época, nos habría sido imposible pasarlo a nado. Estoy convencido de que fuimos los primeros en llegar a ese lugar y que nunca ser humano alguno había penetrado en esa espantosa soledad antes que

25 de enero

nosotros. Juzgué por la cara entristecida de mis compañeros de viaje que no les agradaba en lo mínimo la jornada que tenían en perspectiva, pero habiendo tomado ya una decisión, nos pusimos en camino.

Recorrimos algo más de cuatro mil varas, antes de entrar en los pantanos, por un camino abierto cubierto de altas hierbas y de plantas acuáticas. La nueva cañada en que entramos era aún más profunda que la primera, y en vano algunos de nosotros cuyos caballos eran más altos trataron de esquivar el baño levantando las piernas; se mojaron por completo, pero el calor de la estación hizo ese accidente poco molesto. Ese segundo brazo del Saladillo, cuyo curso es casi paralelo al del otro, es unos trescientos metros más ancho; sin embargo, lo cruzamos mucho más rápidamente, porque está desprovisto totalmente de juncos en el medio, lo que hacía más fácil la marcha y el alineamiento de los jaloneadores. Noté también que el agua era mucho menos salada y casi potable. Al salir de esa cañada, nos creímos al fin desembarazados de los pantanos, de sus juncos y del olor fétido que exhalaba su limo; empero, viendo las altas hierbas y las plantas acuáticas que cubrían todavía el terreno, me quedó alguna duda. Habíamos recorrido, en efecto, dos mil metros, cuando una nueva barrera se nos presentó. Ante tal circunstancia, vi que la desesperación se apoderaba de todos nuestros soldados y sus murmullos me hicieron temer una especie de sublevación; por suerte, la autoridad del capitán y algunas palabras de estímulo que les dirigí, los llamaron al cumplimiento del deber... Nos sepultamos de nuevo en los juncos. Esa tercera cañada estaba casi seca y sólo conservaba algo de agua en el medio; el resto se componía de limo blando y fétido. Lo atravesamos más oblicuamente que los otros; la dirección era, en ese lugar, sur y norte, y el ancho real cuarenta metros. La campaña que descubrimos al llegar a la orilla opuesta devolvió el coraje y el buen humor a nuestro pequeño destacamento: pisamos finalmente un terreno seco y firme, que se elevaba insensiblemente; nuestra visual, limitada y entristecida tanto tiempo por las murallas de juncos que nos rodeaban, no hallaba otros límites que los del horizonte, y todo hacía creer que la parte más penosa de nuestro viaje había pasado. Habituados a recorrer rápidamente las llanuras donde los arroyos y las acumulaciones de agua son poco considerables, los habitantes de Buenos Aires no aman ni los viajes por el interior de las tierras inundadas, ni la lentitud de la marcha a que ellas obligan; en cuanto a mí, que había recorrido en todo sentido los inmensos pantanos de la provincia de Corrientes y cruzado tantas veces sus anchos ríos, consideraba una bagatela las cañadas y cañadones de las pampas, y me parecía menos penoso, desde el punto de vista de las facilidades de la marcha, hacer doscientas leguas por estas últimas, que cincuenta por las primeras.

Justamente a dos leguas de nuestro primer punto de partida (el médano del Buey) encontramos una laguna completamente seca, que cruzamos y a orillas de la cual levantamos un mojón semejante al primero, pero de menores dimensiones. Es costumbre colocar, entre los puntos extremos de los lados de un terreno, mojones intermedios, por lo general de legua en legua, que sirven para indicar la dirección; omitimos el segundo, porque el punto donde debía colocarse estaba en medio de las aguas. Llegamos pronto al tercero y notamos con inquietud que el terreno recorrido la víspera era bajo e inundado, como el que teníamos bajo nuestros pies era seco y árido, lo que nos hizo temer que el agua nos faltaría; ningún médano se presentaba a nuestra vista y, en consecuencia, ninguna esperanza teníamos de hallar una laguna de agua dulce. Recorrimos la última legua que nos quedaba en dirección sudeste, sufriendo ya, por anticipado, todas las angustias de la sed, y llegamos al término de ese lado sin encontrar nada que disipara nuestros temores. Fuimos obligados, empero, a detenernos a causa del calor y del cansancio de los caballos, y nos preparamos a almorzar, con la esperanza de quitarnos la sed más adelante.

Levantamos un elevado mojón para señalar el ángulo este del gran rectángulo que trazamos: algo antes de alcanzar este punto, cruzamos diversos senderos que se dirigían en línea recta hacia el sur.

Los baqueanos me informaron que era el camino abierto por los indios en sus viajes a la Sierra de la Ventana y al Río Colorado, y que ese camino pasaba por la laguna Blanca. Como los indios orientan siempre su marcha a través de lugares donde saben que hallarán agua, pensamos que no debíamos estar muy lejos de alguna laguna; pero, por el momento, era menester esperar y nos contentamos con satisfacer nuestro apetito. No tardé en darme cuenta, empero, que habría sido mucho mejor permanecer en ayunas; la sed que nos devoraba, estimulada por el asado seco de que se componía nuestro ordinario sustento, me atormentó al punto que me prometí no comer más antes de poder satisfacer a la vez la sed y el hambre, siguiendo el ejemplo de nuestros desdichados caballos que contemplaban tristemente la hierba que pisaban, sin decidirse a acercar los labios. Nuestros soldados recorrieron los alrededores, provistos de palas, y descubrieron en una hondonada un pequeño juncal que indicaba que el agua se estancaba de ordinario en ese lugar; pero el terreno limoso que lo componía estaba endurecido y resquebrajado por la sequía. Los soldados trataron, sin embargo, de cavar pozos y se pusieron con ardor al trabajo: a un metro y medio de profundidad hallaron piedra arcillosa, índice precursor del agua, por la cual todos suspirábamos; pero la capa era a tal punto dura y espesa que desesperamos de tener éxito y el capitán ordenó ensillar los caballos. Dos sol-

dados, empero, más corajudos o sedientos que los demás, persistieron en su empeño, y nos anunciaron, en el momento que poníamos el pie en el estribo, que el agua filtraba al fin. Todos nos precipitamos hacia los pequeños pozos... ¡Esfuerzos inútiles! El agua era tan salada, que era imposible beberla; sirvió, a lo sumo, para refrescarnos la boca.

Seguimos un rumbo perpendicular al de nuestro punto de partida, es decir que nos dirigimos al sudoeste, y no tardamos en cruzar de nuevo el camino de los indios, de que hablé más arriba; pero, como lo dejamos a nuestra izquierda y nos alejábamos cada vez más, nada nos aseguraba que nuestras búsquedas no resultaran menos infructuosas. Por suerte, el cielo estaba cubierto y un gran temporal se formaba en el sudeste: en cualquiera otra circunstancia, la lluvia, que nos amenazaba, nos habría parecido una desgracia, pero entonces la esperábamos como único remedio de nuestros sufrimientos y la deseábamos con más ardor que el que en todo otro momento anhelamos la vuelta del buen tiempo. Las nubes se amontonaban sin cesar, y sobre el fondo negro del horizonte uno de nuestros soldados señaló con el dedo un punto más oscuro, que nos dijo que era la montaña de Tapalquén. Ojos que no fueran los de un hombre de la región, no habrían por cierto notado un objeto tan confuso, que parecía uno de los tantos accidentes de las nubes en el horizonte; debiendo empero confiar más en la vista del soldado que en la mía, tomé nota del punto que nos señalaba con tanta más confianza, cuanto que la dirección del viento nos señalaba esa montaña, y la distancia de trece a catorce leguas que nos separaba coincidía en un todo con ese dato.

La tempestad engañó nuestra esperanza: sólo cayeron algunas gotas de agua... Por suerte vimos pronto, a nuestra derecha, una línea negruzca, que reconocimos al instante como el último brazo del Saladillo, que habíamos pasado; y la vista de los juncos nos causó tanto placer ahora como antes nos había disgustado el encontrarlos. Nos acercamos insensiblemente, y después de dos leguas de marcha nos encontramos a un centenar de pasos de sus orillas. Hicimos alto. Los caballos se lanzaron al galope y se precipitaron en medio de los juncos para saciar su sed en una agua salada y barrosa. Nuestros pobres soldados debieron recurrir de nuevo a sus palas, y comprar, con más de una hora de trabajo, el triste socorro de una bebida más que salada, muy dichosos, por lo menos, de que no faltara. Recurrimos a un expediente para disimular lo salobre del agua; la bebimos en el mate, azucarándolo. Esa amalgama nos brindó un brebaje diabólico, que satisfacía muy poco, pero que, en fin, valía más que nada. Utilizamos esa noche un combustible que no habíamos hallado antes; el cardón, de tallo delgado o *carda*, del que ya hablamos.

La falta de agua había extenuado a nuestros caballos, y el capitán, deseando cuidarlos, juzgó conveniente hacer en un solo trecho el camino que debíamos recorrer en el día, a fin de que tuvieran tiempo de pastar y descansar. Los pobladores han observado que los caballos, y sobre todo los bueyes, soportan mucho más fácilmente la falta de alimento que la de agua, y sufren menos por tres o cuatro días que pasan sin comer, que uno solo sin beber.

26 de enero

Continuamos nuestro camino en dirección siempre al sudoeste y costeando el cañadón. Al cabo de tres cuartos de legua, entramos de nuevo en los juncos y en el agua, que era bastante profunda en ese lugar; y anduvimos más de una media legua sin poder salir. Cuando alcanzarnos la otra orilla, nos sorprendió no haber cruzado el pantano, como pensamos, sino una sinuosidad que cruzaba la línea que seguíamos, porque su curso se prolongaba por nuestra derecha y a corta distancia. Continuamos, sin alejarnos, durante unas dos leguas, recorriendo un terreno muy bajo, cubierto de pajonales; luego encontramos de nuevo el pantano, y esta vez lo franqueamos realmente porque el suelo se elevaba de golpe y nos permitía descubrir el curso, que se extendía a nuestra izquierda. Hicimos una legua más por colinas cubiertas por completo de tupidos cardos, que obstaculizaban mucho nuestra marcha, la que completó seis leguas, desde el mojón del ángulo este, mojón al que podríamos haber dado, con justo título, el nombre de *mojón de la sed*. Hay, en el camino a las salinas, médanos que llevan un nombre semejante, *médanos de la Sed*; que lo han recibido probablemente de algún viajero que se encontró en el mismo caso que nosotros y que quiso conservar el recuerdo de sus sufrimientos. Estábamos, pues, en la extremidad del lado sudeste y en el ángulo sur del gran rectángulo; tal punto, que señalamos con un alto promontorio de tierra, estaba más o menos a quince leguas del país, o a catorce leguas marinas, al sur de la Cruz de Guerra.

Pensamos pasar la noche junto a una gran laguna que aparecía ante nuestra vista, pero resultó ser un espejismo. Su imagen engañosa, que huía ante nosotros, terminó por desaparecer del todo. Llegamos a una gran pradera de color verde tierno; era un *salitral*. Así se llaman los espacios más o menos grandes de tierra impregnada de sal, donde sólo crecen plantas salinas: el que se encuentra con mayor frecuencia presenta una matita de flores filiformes, tiernas y de una vegetación agradable, y no se eleva a más de un decímetro de altura; aunque esas matas sean algo claras, su conjunto forma un césped bastante tupido, sobre el cual es muy agradable detenerse cuando hay agua en las cercanías. En caso contrario, y es en el que estábamos, se impone recurrir a los

pozos artificiales, y resulta casi seguro que el agua será muy salada; los salitrales, bastante comunes en toda la provincia de Buenos Aires, son más numerosos a medida que se avanza hacia el sur, y el terreno, en general, cambia de aspecto. El que nosotros recorrimos sobre la orilla derecha del cañadón era muy bajo, cubierto de altas hierbas y sujeto a inundaciones; pero, una vez que pasamos a la orilla izquierda, era ondulado y formaba pequeñas colinas que parecían elevarse cada vez más. Por el sur, veíamos, en el horizonte, alturas bastante pronunciadas que rompían la regularidad habitual del círculo de las pampas. Los baqueanos me dijeron que esas alturas estaban próximas a la laguna Blanca y creo que forman la coronación o prolongación de las montañas de Tapalquén.

No comimos nada durante el día, de manera que festejamos el charque a porfía. Las provisiones sufrieron tal descalabro, que el soldado encargado nos previno que sólo quedaban tres o cuatro pedazos de carne seca y un puñado de yerba. Esa triste noticia y el estado lamentable a que redujo la falta de agua a nuestros caballos, nos hicieron temer vernos obligados a regresar de inmediato a la Cruz de Guerra, sin terminar nuestra operación. Sin embargo, la naturaleza del terreno que se presentaba ante nosotros prometía una caza abundante, recurso que nos había faltado por completo en las hondonadas que recorrimos los días anteriores. Los soldados nos aseguraron que al día siguiente hallaríamos venados o ciervos, y nos dormimos con esa esperanza.

27 de enero

Nuestra gente recibió orden de prepararse para partir antes del amanecer, y cuando despertamos el fuego chisporroteaba y el agua hervía, para cebar mate. Es una regla invariable al levantarse, y los domésticos atentos vigilan el despertar de sus amos para presentarse con un mate en la mano y un tizón en la otra, para encender el cigarro. Por lo general, no se dispone de otro desayuno.

Partimos cuando la claridad de la aurora me permitió utilizar mi instrumento, y una vez alineados los jaloneadores, nos dirigimos hacia el noroeste, a fin de trazar el tercer lado de nuestro rectángulo. Recorrimos un terreno ligeramente ondulado, y al cabo de una legua y media llegamos a un grupo de médanos, entre los cuales había tres pequeñas lagunas de agua dulce. Nos detuvimos un rato para hacer beber a nuestros caballos, que pudieron, al fin, quitarse la sed; a esos pobres animales apenas les quedaban los dientes, y el calor, los tábanos y sobre todo la sed, los habían extenuado. En el pie opuesto de los médanos, hicimos alto frente a un cañadón, segundo brazo del Saladillo: su anchura, en ese punto, es de mil doscientos metros; seguía teniendo juncos tupidos, pero es mucho menos profundo que en el lugar donde lo cruzamos antes. En la orilla opuesta encontramos otro grupo de médanos, que nuestros

guías conocían con el nombre de *médanos de Rojas*. El de más edad de esos hombres me hizo conocer el origen. Dijo que, en su juventud, viajó mucho por los parajes donde nos encontrábamos. Los indios, que en esa época estaban en paz con los cristianos, frecuentaban habitualmente esos lugares, y había *tolderías* en casi todas las principales lagunas. Algunos cristianos, entre los cuales figuraba nuestro guía, traficaban con los indios y les cambiaban aguardiente, tabaco, yerba y otras bagatelas por cueros, pieles, ponchos, *mantas* (tejidos de lana), riendas, etc. Eran bien recibidos por los indios, y el día de su llegada era, para ellos, un acontecimiento importante, cuya novedad se comunicaba de toldería en toldería, por medio de señales de humo, de acuerdo a la costumbre de esas hordas, que, con esa especie de telégrafo, se comunican entre sí a través de grandes distancias y se informan mutuamente, por la intensidad del humo o el número de fogatas, de su partida, de la aproximación del enemigo que las amenaza o de otro asunto importante. Había, entre esos indios, algunos cautivos de ambos sexos, hechos por ellos en guerras anteriores. Los varones apresados de niños (porque los salvajes no hacen prisioneros adultos) habían perdido por completo el recuerdo de su origen; pero entre las mujeres, varias, raptadas núbiles a sus padres o a sus maridos, se habían visto obligadas a pasar a los brazos de sus raptores. Dos de las desdichadas, de una familia conocida y de apellido Rojas, formaba parte de una toldería establecida en los médanos al pie de los cuales pasábamos nosotros y que conservan su nombre. Cada una de las mujeres se convirtió en esposa de un indio y tuvo varios hijos; su apego a los frutos de una unión forzada las habituó a la dureza y privaciones de la vida errante de sus dueños, y habían perdido si no del todo el recuerdo de su país, por lo menos el deseo de regresar. Nuestro viejo guía conversó varias veces con ellas, pero a escondidas de sus maridos, porque los indios que poseen una cristiana temen siempre perderla y tratan de ocultarla a los ojos de sus compatriotas; y cuando no pueden evitar mostrarla, le prohiben, bajo las más terribles amenazas, expresarse en español. Numerosas cautivas se apegan sinceramente a sus dueños, quienes las tratan, por lo general, con dulzura, y se niegan a aprovechar las oportunidades que se les ofrecen de huir.

Encontramos, a tres o cuatro leguas de los médanos de Rojas, un riacho, conocido por los indios y nuestros guías con el nombre de *Chalideo;* su lecho está encajonado y corre entre pequeñas colinas cuya pendiente, bastante empinada, muere en el agua, sin dejar playa a sus orillas. El ancho de ese río era, en ese lugar, de una docena de metros y su mayor profundidad de un metro, pero es evidente que las aguas, entonces muy bajas, a causa de la sequía, debían elevarse mucho en la estación lluviosa. La corriente era, por la misma

razón, casi nula y el gusto a sal insoportable. El Chalideo corre del sudoeste a nordeste, y forma, más abajo, el primer cañadón que pasamos el día 24. De acuerdo al informe del más viejo de mis guías, surge de la *laguna del Monte*, uno de los grandes lagos vecinos a las salinas, y su existencia, hasta el presente, había sido totalmente ignorada en la oficina topográfica; por eso no figura en ningún mapa antiguo o moderno. Parece, según el itinerario a las salinas de Zizur, que la laguna del Monte es alimentada por un arroyo que desciende de los montes Guaminí, de manera que sería la verdadera fuente del Río Saladillo. Chalideo tiene, en la lengua auca o araucana, la misma significación que Saladillo en idioma español, y quiere decir *arroyo salado;* además, la palabra saladillo se ha hecho genérica para los pobladores del país, que la emplean para definir todo arroyo o cañadón cuya agua es salobre. Como las aguas saladas son de lo más comunes en las provincias comprendidas entre el Paraná y los Andes, y sobre todo en la de Buenos Aires, se produce, en la nomenclatura de los ríos, una confusión que ha inducido a error a muchos geógrafos, haciéndoles confundir los cursos de agua, que llevan a la verdad el nombre común salado o Saladillo, pero que son completamente distintos. Los indios no han sido más fecundos que los españoles en la distribución de los nombres y han repetido hasta el exceso los de *chadicó, chadilcó* y *chadileuvu,* que significan agua salada, arroyo salado, río salado.

Hallamos, a la orilla opuesta, un grupo de médanos, cuyas cimas cónicas eran bastante elevadas; comprendían tres pequeñas lagunas de muy buena agua, que no estaban alejadas más de doscientos pasos del amargo Chalideo, y cuyo nivel era en verdad más de diez metros más alto que las aguas del río. Fuimos algo más allá de esos médanos, a fin de señalar un mojón, el cuarto desde nuestra partida del ángulo sur, lo que quiere decir que medimos cuatro leguas durante la mañana. Regresamos luego a descansar a orillas de una laguna.

El lugar donde estábamos era todo lo pintoresco que puede ser un paraje de las pampas: la base de los médanos descansaba sobre la cima de las colinas, cuyo pie baña el Chalideo, resultando así una elevación total y accidentes de terreno muy raros en una comarca tan llana, pero faltaban en ese paraje, como en todos los de la región, árboles que lo embellecieran y hombres que lo animaran. Los cardones que cubrían los médanos indicaban que los indios habían residido allí, y nos sirvieron para formar, con nuestros ponchos, pequeñas tiendas, para disminuir el ardor excesivo de los rayos solares. No nos quedaban provisiones más que para cuatro o cinco personas, y veía con pena a nuestros pobres soldados contemplarnos tristemente con el rabillo del ojo, mientras devorábamos nuestros últimos trozos de charque. Veíanse algunos venados en

la llanura, pero los caballos estaban a tal punto cansados que sus jinetes no osaban hacerlos correr en un terreno arenoso, donde es muy fácil caer. Por suerte algunos soldados fueron a bañarse en el río y tuvieron tanta habilidad que atraparon algunas gallinetas, que repartieron a sus compañeros y sirvieron para satisfacer su apetito. Una vez terminada nuestra comida, nos dispusimos a hacer algo de siesta, aguardando que el ardor solar disminuyera, cuando un accidente imprevisto nos obligó a abandonar el campamento súbitamente. Nuestros guías tenían la costumbre en todas nuestras paradas, y como lo practican siempre los indios, de incendiar los campos, a fin de limpiarlos y destruir las altas hierbas que los cubren; hacían, por lo general, esa operación en el momento de partir, pero esta vez la anticiparon indebidamente, porque el fuego, encontrando un alimento tan activo como los cardones secos, se propagó con tal rapidez que a duras penas logramos salvar nuestras cosas y no nos quedó otro remedio que montar a caballo y continuar nuestro camino.

A media legua del mojón que levantamos, atravesamos un pequeño cañadón de quinientos metros de ancho, casi seco, pero con espesos juncos; el cañadón corría, como los otros, al nordeste y se unía más abajo con el Chalideo, para formar el más occidental de los tres brazos del Saladillo. A una distancia igual, encontramos, en la misma dirección, el extremo septentrional de una gran laguna, llena igualmente de juncos, que nos obligó a hacer un rodeo para evitar el obstáculo, porque el primero de los jaloneadores que trató de franquearla encontró un fondo fangoso, en el que cayó su caballo y desapareció casi por completo. Tales ciénagas son, por lo general, muy peligrosas y sólo se debe intentar su paso con muchas precauciones.

Nuestros soldados, con el ojo avizor, trataban de descubrir alguna caza para nuestra cena, pero nos hundimos de golpe en un inmenso pajonal, cuyas hierbas superaban las cabezas de nuestros caballos, y sólo pudimos salir a la caída del sol. Hubo, pues, que conformarse con acostarse sin calmar el hambre, que hacía doblemente intensa la idea de la penuria en que nos hallábamos, y nos detuvimos tristemente junto a una laguna situada al pie de unos médanos conocidos con el nombre de *Oquil*. El capitán mantuvo una conversación con los soldados, que parecían muy descontentos; decidióse por unanimidad matar al caballo más gordo, lo que fue ejecutado al instante; y pronto el fuego rodeó los asadores bien provistos. Todos los militares que han efectuado expediciones por las pampas están acostumbrados a comer carne de caballo, cuando no disponen de otra cosa, y conducen por lo general una tropilla de yeguas destinadas a tal fin. Lo mismo pasa con los pobladores que han hecho excursiones lejos, y los indios pampas prefieren a cualquier otro ese alimento,

por el cual los europeos experimentan, al contrario, una repugnancia muy difícil de vencer. En cuanto a mí, no pude decidirme, a pesar de las repetidas invitaciones de mis compañeros y del buen aspecto de la cena, hacerle honor; la grasa de caballo exhala un olor fuerte y penetrante, muy desagradable, que siempre me ha impedido decidirme a comerlo. Quedaba, por suerte, un puñado de azúcar y me contenté con mate, esperando pasar mejor el día siguiente.

Nuestras penurias aumentaban progresivamente; tomamos, al partir, mate amargo. Llegamos muy de mañana al ángulo oeste del gran rectángulo, y mientras levantábamos un elevado mojón recibimos un chaparrón, anunciado por una noche muy tempestuosa, que nos vino muy bien, porque proporcionó a nuestros soldados la oportunidad de sorprender y alcanzar fácilmente una pareja de ciervos, uno de los cuales sucumbió bajo las boleadoras. El pobre animal fue de inmediato sacrificado; nos preparamos a asar la mitad, para almorzar sin desensillar, pero la hierba estaba mojada y seguía lloviendo un poco, lo que nos dio bastante trabajo para prender fuego, y fue necesaria toda la habilidad y paciencia de mis compañeros para lograrlo. Al fin, una llama naciente, alimentada por algunos restos de grasa del caballo, nos permitió chamuscar nuestro asado y devorarlo a medio sangrar. La carne de venado, aunque algo seca, es muy buena y tiene gran parecido con la de nuestros corzos. Las hembras y los machitos no poseen ningún husmo, por lo que son preferidos por los cazadores; el olor de los viejos machos les repugna mucho y sólo se deciden a comerlos cuando no tienen otra cosa. Almorzamos sin beber, porque no había agua en las cercanías y la laguna más próxima estaba a un cuarto de legua de nuestro campamento; se llama la *laguna del Bagual* y es una de las mayores de estos parajes.

Nos dirigimos al sudeste a fin de trazar el cuarto lado del rectángulo y seguimos nuestro camino por el reverso de las colinas (cerrillada), a cuya cima trepamos algunas veces, y que se dirigían como nosotros del noroeste al sudeste. Otra cerrillada veíamos a nuestra derecha, corría paralelamente a la primera y sólo estaba separada de ella por un vallecito. Medimos tres leguas, sin detenernos, en esa nueva dirección: al cabo de dos leguas y media, atravesamos el extremo oriental de una larga laguna, poblada de juncos, que contenía un poco de agua; a un cuarto de legua, sobre la derecha, había otra de igual tamaño, pero seca del todo.

Hicimos alto en una hondonada, para que descansaran nuestros caballos: se nos terminó la yerba, lo mismo que las otras provisiones, y era, sin disputa, la privación más sensible para el capitán y sus soldados, que no podían contemplar el mate y la pava sin exclamar: *¡Quién tuviera una cebadurita de yerba!*

Como reservábamos para cenar la otra mitad del venado, era inútil encender fuego; por eso no tuvimos otro que el prendido por los baqueanos a los campos, al partir, según su constante costumbre.

Luego de una hora de descanso, volvimos a emprender la marcha y seguimos la pendiente de la cerrillada de que he hablado. Cuando anduvimos algo más de una legua, nuestros guías me dijeron que estábamos frente a un gran lago, llamado *la laguna de los muchos pozos*, a unos tres cuartos de legua a nuestra izquierda, es decir al noroeste: la posición y la naturaleza de la laguna, cuya agua me aseguraron que era buena, me hicieron lamentar no haber conocido su existencia al llegar a la Cruz de Guerra, porque la misma se adecuaba mucho mejor que esta otra al objetivo del proyecto, que era formar un asentamiento más al oeste y más próximo a la laguna Blanca.

El rectángulo quedó trazado y nos faltaba, para terminar la operación, alcanzar, por el rumbo sudeste, el mojón del médano del Buey, que nos sirvió de punto de partida, para verificar así la exactitud del trabajo, y luego dividir el gran rectángulo en otros cuatro interiores. El estado de nuestros caballos y la completa falta de provisiones nos pusieron en la imposibilidad de llevar más lejos nuestra agrimensura, por lo que sólo pensamos en hallar un lugar apropiado para pasar la noche y poder regresar, al día siguiente, a la Cruz de Guerra. A un cuarto de legua delante de nosotros, se presentaba una cortina de médanos, que se prolongaba del noroeste al sudeste, en una extensión de más de una legua. Nos dirigimos hacia allí y trepamos la cuesta; al pie del lado opuesto, encontramos una gran laguna casi seca del todo; sólo quedaba en el medio un pantano apenas suficiente para abrevar los caballos. Era menester, pues, cavar un pozo, pero, por suerte, era el último; acampamos en medio de la laguna, sobre una pequeña colina, cubierta de pasto, que debía de ordinario formar una isla.

El atardecer era soberbio y el tiempo perfectamente tranquilo, aunque el horizonte fuera de fuego. Los incendios diarios, producidos por nuestros guías y los que continuaban manteniéndose alrededor del establecimiento, habían ganado gran extensión y unídose en todos lados. Un humo espeso, que la calma mantenía suspendido sobre los campos abrasados, formaba una zona negra de gran anchura: la parte de cielo comprendida entre esa zona y la superficie tenebrosa de la tierra parecía inflamada, y los reflejos rojizos de la luz formaban un contraste deslumbrador. Más arriba, la cúpula azulada parecía engarzada en el techo nebuloso de ese horno; y la vista fatigada reposaba agradablemente en el azul puro de un hermoso cielo y en la suave luz de las estrellas. En el cenit, la serenidad más completa y el orden imperturbable de la marcha de

los cuerpos celestes; en el horizonte, la actividad devoradora y tumultuosa de los torrentes de fuego; a nuestro alrededor, silencio del desierto. Mis compañeros, poco impresionados por el sublime espectáculo, estaban profundamente dormidos, y a causa de la fatiga del día no tardé en acompañarlos.

Me despertó, mucho antes del amanecer, por el fresco de la noche, que, al acercarse la aurora, degeneró en frío tal que sentí los pies y las piernas helados.

29 de enero

La brisa del sudoeste, que sucedió a la lluvia de la víspera, refrescó mucho el tiempo y un abundante rocío mojó nuestros ponchos, única manta que se usa en los viajes. Las noches son, en general, muy frías en las pampas. Esas vastas llanuras no presentan ningún obstáculo a la atmósfera, que es muy viva; y por la misma razón el centelleo nocturno hace bajar rápidamente la temperatura de la superficie de la tierra y produce esos rocíos que empapan pronto los vestidos. Los habitantes de la campaña, que, sin darse cuenta de tales hechos, saben perfectamente observarlos, buscan siempre, hasta en las noches más tranquilas, el abrigo de alguna mata de hierba más alta, para tender su cama, lo que llaman *reparo*.

Desperté a mis compañeros, quienes, al sentir el fresco de la mañana, volvieron a lamentarse por la falta de mate: esta vez hubo que contentarse solamente con cigarros y partir sin haber tomado el indispensable viático de los criollos; nuestros baqueanos nos hicieron cortar en dirección recta al norte, y al cabo de alrededor de dos leguas alcanzamos los *médanos Monigotes*, de los que ya he hablado. Allí hallamos el camino abierto de las salinas, que nos condujo directamente a la Cruz de Guerra. El fuego había pasado por todo el terreno que recorrimos, y la hierba nueva que comenzaba a crecer, hacía que reemplazara con la vegetación tierna de un pasto fresco al color amarillento de una campaña seca. Veíanse, por todos lados, los ciervos y los avestruces pastar ávidamente en esos frescos retoños; un aspecto alegre y animado había reemplazado pronto al duelo del incendio. Vimos de lejos el caserío naciente de la Cruz de Guerra; las cabañas agrandadas y mejoradas de los soldados; los edificios más elevados que hacía construir el comandante, cuyo esqueleto estaba terminado; las tierras removidas, cuyo color amarillo se destacaba sobre el verde de los campos; los grupos de ganado pastando alrededor del nuevo caserío. Había cambiado por completo ese rinconcito del desierto, y para nosotros la transición de la triste soledad de la pampa al movimiento del pequeño campamento de la Cruz de la Guerra resultaba mayor de lo que es, para un campesino europeo, el paso de la vida tranquila de su choza o cabaña al tumulto de nuestras grandes ciudades. Aprovechamos el resto del día, cada uno según sus gustos, en las ventajas del regreso a tierra habitada: los soldados que me acom-

pañaron se hartaron de mate y pusieron veinte asados al fuego, mientras referían a sus camaradas los detalles de la expedición; el capitán relataba a los demás oficiales, con ese tono exagerado característico de los porteños, la belleza del terreno donde debía formar su estancia, la excelencia de los pastos y la abundancia de aguas; yo saboreé con sensualidad el placer de afeitarme, bañarme, cambiarme de ropa y descansar un poco.

Regreso a Buenos Aires

Me enteré de que se aguardaba, de un momento a otro, la llegada de un nuevo convoy de carretas cargadas de materiales, noticia que me resultó sumamente agradable, porque me brindaba la oportunidad de mandar mi equipaje a Navarro, donde pensaba dejarlo en depósito durante mi viaje a Buenos Aires. Resolví partir tan pronto llegara el convoy anunciado, y comuniqué mi proyecto al comandante, que me pareció no estar nada disgustado.

Terminé mis trabajos de la Cruz de Guerra y determiné la latitud del establecimiento. Me habían dado un círculo de reflexión, de construcción inglesa, instrumento muy preciso, cuyo nonio estaba dividido de veinte en veinte segundos; pero se perdió el lente y me vi obligado a reemplazar la pínula. Además, ese instrumento estaba destinado para el mar y, con un horizonte artificial, sólo medía ángulos por debajo del valor que tenía entonces la altura meridiana del sol en esa latitud, de manera que no pude observar el astro en el meridiano y tomé tres alturas con media hora de intervalo: a las nueve, a las nueve y media y a las diez. Las tres observaciones, combinadas de a dos en dos, me dieron, por resultado medio, 35° 40'22" de latitud del fuerte de la Cruz de Guerra, lo que difiere en diez minutos de la posición asignada a la laguna en el mapa de la oficina, donde está ubicada de acuerdo al itinerario de Zizur a las salinas. Varios cálculos del azimut me dieron la determinación de la declinación de la aguja imantada; era, en esa época, de 14°7'E.

30 de enero

Traté también de descubrir el origen del nombre de Cruz de Guerra, pero me resultó imposible conocer nada de positivo a este respecto; parece solamente, de acuerdo a las vagas referencias que me dio el viejo guía, que ese punto sirvió muchas veces de lugar de conferencias de los españoles con los caciques indios. Es posible que la *cruz de guerra* fuera algún símbolo empleado como señal de ruptura entre tales eternos enemigos.

Las anunciadas carretas llegaron a mediodía y descargaron de inmediato, con el propósito de regresar por la noche. Mandé mi equipaje a Navarro y

escribí al comisario de esa aldea para rogarle que fuera el depositario; mi ayudante debía permanecer hasta nueva orden; le di las instrucciones necesarias para vigilar la ejecución de los trabajos del fuerte e hice mis preparativos de partida para el día siguiente.

Estaba listo muy temprano y esperaba ponerme en camino muy de mañana; pero el capitán que me acompañó en mi reconocimiento debía viajar conmigo hasta Lobos y otro oficial hasta Buenos Aires; cuatro soldados nos servirían de escolta y esos señores emplearon toda la mañana en alistarse. Nada es tan difícil en esas comarcas como partir; los caballos, los recados, las *huascas* y otras bagatelas, necesarias para los viajes de los pobladores, ocasionan siempre retardos sobre retardos. Mis compañeros, para calmar mi impaciencia, me dijeron que caminaríamos toda la noche, y procedieron de tal manera que almorzamos en la Cruz de Guerra. Después de comer era necesario dormir la siesta; y después de la siesta, resultaba indispensable tomar mate y fumar el cigarro; finalmente, una vez terminadas todas estas operaciones, faltaba el capítulo de los adioses; los mismos, por suerte, fueron muy cortos y bastante fríos. El comandante me encargó entregar a su hermano algunos millares de pesos, producto de sus economías y de la pulpería.

31 de enero

Montamos a caballo dos horas antes de la puesta de sol y alcanzamos, a la terminación del día, el médano de los pozos de Piche. Marchamos sin detenernos hasta las dos de la mañana. La noche era muy oscura y nos era imposible galopar, porque el paso continuo de carretas pesadamente cargadas había llenado el camino de pozos y cavado rodadas profundas; además, al recorrer todos esos campos hasta el Salado y limpiar el terreno de las altas hierbas de que estaba cubierto, el incendio había puesto al descubierto los troncos de las matas, que erizaban el suelo de asperezas, contra las cuales tropezaban los caballos a cada instante. Viajábamos, pues, al gran trote, modo de andar que nada agrada a los criollos, acostumbrados a hacer todas las carreras al galope; por eso mis compañeros, no pudiendo más de sueño y cansancio, fueron de la opinión de detenerse un rato. Pusimos pie en tierra y cada uno, envuelto en su poncho, se tendió sobre la hierba sin desensillar, teniendo las riendas en la mano. Como la noche era muy fresca, no me sentí dispuesto a partir ese descanso y paseé por el camino mientras mis hombres roncaban, proponiéndome interrumpir pronto su sueño; al cabo de una hora los desperté, convenciéndoles de que habían dormido mucho más tiempo, y volvimos a partir.

Poco antes del amanecer pasamos cerca de la laguna de Palantelen, y poco después abandonamos el camino que seguimos al venir de la guardia de Luján,

para tomar otro abierto por las carretas que hacen los viajes de Navarro. El camino seguía la costa del Salado, acercándose insensiblemente, y alcanzamos el río momentos antes de levantarse el sol.

El punto donde cruzamos el Salado se hallaba a cinco o seis leguas más abajo del utilizado al ir a la. Cruz de Guerra. La forma de su curso era en todo la misma, es decir que corría siempre en un bañado u hondonada sujeta a inundaciones, y cuya mayor anchura es de alrededor de un cuarto de legua; noté únicamente que las colinas que bordean esa especie de cañada son mucho más altas. El río estaba casi seco y sólo quedaba, en medio de su lecho, un pantano con un decímetro de agua salada amarga. Hicimos un alto para dejar que nuestros caballos tomaran aliento, así como los jinetes. Habíamos hecho por lo menos veinte leguas sin desensillar; y la fatiga, junto con la necesidad de dormir, abatieron nuestras fuerzas y nuestro coraje. Nos tendimos, o mejor dicho, nos arrojamos sobre nuestros ponchos, pero el ardor del sol, que comenzaba a elevarse en el horizonte, no nos permitió el reposo. Por desgracia, a causa de la falta de previsión, común en los habitantes, no teníamos ninguna clase de provisiones, y el hambre, que pronto se sumó a nuestros sufrimientos, nos obligó a volver a montar a caballo para conseguir alimento. Ascendimos los cerros que bordean el Salado y distinguirnos a lo lejos una cabaña hacia la cual nos dirigimos con premura; estaba a la vera del camino recién abierto que seguíamos y servía de refugio a una pobre familia, que cultivaba al lado un campo de maíz. Nos acercamos a la puerta, o más bien al cuero de vaca que cubría la única abertura de esa choza, gritando la fórmula de costumbre; pero aguardamos en vano la respuesta conocida y la invitación, sin lo cual resultaba descortés poner pie en tierra; todo permanecía en silencio; no había ni un perro que nos saludara con sus ladridos y tratara de morder las patas de los caballos, como acostumbran en esta región. Cansados de llamar, nuestros soldados descendieron del caballo y levantaron la cortina que cerraba la entrada de ese reducto. ¡Nadie!... Los dueños de casa, que habían ido, sin duda, a hacer alguna recorrida por los alrededores, lo habían abandonado, bajo la salvaguardia de la fe pública, lo que podían hacer, por otra parte, sin peligro, a causa del desierto que habitaban y sobre todo de la miseria de su menaje. Frustrada nuestra esperanza, nos vino la tentación de matar algunas gallinas, que rodeaban la miserable casucha, pero un resto de respeto por el derecho de propiedad y más aún la vista, aunque algo alejada, de otras casas, nos frenaron y continuamos nuestra penosa marcha, con gran descontento de los soldados, que hallaban mucho más natural comer las gallinas, con la condición de pagarlas más tarde.

1 de febrero

Numerosos bosquecillos de álamos de que el espejismo sólo dejaba ver la cima como suspendida en los aires, se distinguían confusamente en el horizonte e indicaban la existencia de otras tantas casas. Hice notar a mis compañeros que, para ir a Lobos, debíamos dirigirnos hacia los bosquecillos que estaban más al este, pero los que se presentaban en línea recta frente a nosotros les parecieron más próximos y se obstinaron en seguir el camino de las carretas; a las once de la mañana llegamos finalmente a una casa. El propietario, un joven recién casado, estaba solo en ese momento y no tenía nada preparado para brindarnos, pero consintió en vendernos algunas aves de corral. La pulpería vecina nos proporcionó pan, vino e higos secos; en fin, nos preparamos una comida que, después de la larga abstinencia que acabábamos de sufrir, nos pareció espléndida. Mientras nuestros soldados cocinaban, tratamos de satisfacer la necesidad más premiosa, la de dormir; los cueros de vaca tendidos en medio de la pieza única que constituía la casa y las almohadas que nos dio nuestro huésped, nos parecieron lechos blandos, sobre los cuales nos dormimos tan profundamente que nos despertamos cuando ya estaba muy avanzada la tarde. Devoramos en un abrir y cerrar de ojos nuestra comida y pensamos en partir en seguida. Nuestro huésped nos dijo que el camino que seguíamos conducía a Navarro y nos alejaba de Lobos, como yo lo presentía; nos señaló en el horizonte un punto que estaba en la dirección de ese último caserío, y nos indicó la pulpería más cercana y el nombre del propietario, que resultó ser un antiguo conocido del capitán, quien, no pareciendo tener prisa en llegar, juzgó conveniente pasar la noche en casa de su amigo. Cortamos, pues, los campos directamente hacia la pulpería, donde llegamos al ocultarse el sol.

La facilidad con que se puede recorrer en todas direcciones la provincia de Buenos Aires es realmente admirable: es difícil que se encuentre un arroyo o un río que no pueda cruzarse con facilidad, y no hay otro obstáculo fuera del que oponen los cardones cuando están muy altos; además, el horizonte extenso en medio de un terreno completamente llano, permite siempre distinguir algunos de los ombúes o álamos que sombrean casi todas las casas y sirven de puntos de referencia al viajero que no quiere seguir los caminos conocidos. Los árboles se ven de muy lejos, tanto más cuanto la considerable refracción que tiene lugar en una capa de aire tan profunda como la que percibe el ojo en esas vastas planicies, hace aparecer a menudo sobre el horizonte lo que está realmente oculto. Por lo demás, la atmósfera de las pampas no facilita únicamente la transmisión de la luz, sino que también favorece la propagación del sonido, porque, en el momento de nuestra llegada a orillas del Salado, oímos perfectamente un cañoneo que tenía lugar en el Plata, frente a Buenos Aires,

entre la escuadra brasileña y la del almirante Brown, a una distancia que no podía ser menor de veinte leguas marinas.

Hallamos al amigo de nuestro capitán jugando a las cartas con dos de sus vecinos; una mesita, cubierta de un poncho, a guisa de tapete, estaba colocada en medio del patio y granos de maíz servían de tantos, uso general en el país. Hasta en Buenos Aires, en los cafés y en las mejores casas, sólo se ven por lo común esos granos, o habichuelas, sobre el tapete, y por más fuerte que sea el juego de los criollos, es raro que aparezca el dinero en la mesa. Interrumpieron un momento la partida para saludarnos e invitarnos a participar. El capitán fue el único que aceptó, porque el otro oficial no podía, por la sencilla razón de que no disponía de un centavo, y yo tenía, en mi desconocimiento de los juegos del país, una excusa muy oportuna. La mesa fue transportada a la sala y mientras los señores se esquilmaban y se preparaba la cena, examiné, paseándome, la casa de nuestro huésped.

Se componía de dos cuerpos de habitaciones paralelos: el mayor contenía un dormitorio, una sala, un almacén y una pulpería; el otro, la cocina y una pieza para los criados. La pared delantera, en la cual se abría la puerta de la pulpería, estaba resguardada por la prolongación del techo, que sobresalía unos cuatro o cinco metros, cubriendo un espacio destinado a recibir a los bebedores, cuando la reunión era demasiado numerosa y no había lugar en el interior: había un banco de ladrillos a cada lado de la puerta; allí es donde se sientan por lo general los tocadores de guitarra y los cantores, personajes principales e indispensables en esas reuniones. El espacio entre los dos cuerpos de edificio estaba nivelado y apisonado; y el conjunto encerrado en un foso cuadrado, ancho y profundo, en las orillas interiores, del cual se elevaba una cortina de álamos. En uno de los ángulos del cuadrado se veía un horno hemisférico, construido con ladrillos secados al sol, sobre una pequeña plataforma de un metro de altura; el horno estaba destinado no solamente al consumo de la casa, sino también, y principalmente, al comercio de la pulpería, donde se despachaba mucho pan, porque los pulperos son casi los únicos panaderos de la campaña. La descripción que acabo de hacer de esta casa corresponde, con ligeras diferencias, a la de todas las de la provincia de Buenos Aires, y aunque las paredes fuesen de estacas y barro y el techo de juncos, no dejaba de ser por eso un edificio de importancia en la zona. Por lo demás, en medio del desorden y de la suciedad que reinaban en esa casa y que son la característica que distingue a las moradas de provincias, donde la vida pastoril es la principal ocupación de las campañas, se respiraba un aire de abundancia que revelaba que el propietario era más rico de lo que indicaba la arquitectura de su morada.

Nuestros jugadores se entusiasmaron a tal punto que no cedieron la mesa antes de medianoche, para que el mantel reemplazara al tapete; pero fue solamente una tregua y la partida debía continuar en seguida de comer. La cena fue lo más suntuosa que podía ser en la campaña de Buenos Aires, es decir que hubo abundancia de carne y de volátil. El orden del servicio es diametralmente opuesto al que se observa en nuestras mesas: se comienza por el asado; luego vienen los guisos, los cocidos; y se termina con una taza de caldo. En cuanto al pan, como es un artículo de lujo y refinamiento más que de primera necesidad, se sirve con mucha parsimonia, se corta por lo común en pedacitos, equivalentes a un bocado, de los cuales cada comensal atrapa los que puede. Se coloca sobre la mesa una botella o frasco de vino, que se ataca al final de la comida, bebiendo, por lo general, en el mismo vaso; los que tienen sed piden una jarra de agua, que se bebe también en común. Tuvimos cada uno un plato y un cubierto, y nuestro huésped hizo los honores de la mesa, sirviéndonos sucesivamente, lo que es el *nec plus ultra* del lujo y la cortesía, porque en las casas menos opulentas los platos y los tenedores son muy raros; cada uno saca un cuchillo del bolsillo, come con los dedos, lleva las manos al plato, pone los huesos a un lado, para tirarlos después, se sirve como puede y se limpia con el mantel o repasador que cubre la mesa. Si de allí se pasa a la cabaña del pobre, el servicio es más sencillo todavía: a falta de mesa, se pone en tierra el recipiente que contiene la carne o el caldo, y se clava el asador al lado; los comensales se sientan alrededor sobre bancos, pedazos de madera o cabezas de vaca; cada uno corta a voluntad; una cuchara única circula a la redonda; y cuando la comida termina, se saca agua del barril con un jarro de lata y, más a menudo, con un cuerno destinado a ese uso. Allí no hay que contar con el pan, ni con nada que se le parezca; no hay que esperar tampoco la menor variedad en los alimentos: la carne hervida y asada forma, desde el comienzo hasta el fin del año, las comidas de mediodía y de la noche, únicas que hacen los pobladores de la campaña, porque únicamente se desayunan cuando viajan y cuando prevén que sus ocupaciones no les permitirán almorzar. El mate es lo único que se toma por la mañana; por eso la pava se pone al fuego desde el amanecer. Las gentes algo acomodadas se lo hacen servir en la cama; las familias pobres se reúnen, al levantarse, alrededor del hogar de la cocina; y padre, madre, hijos, esclavos jornaleros, sentados en mezcolanza, se pasan a la redonda la amarga bebida, que chupan por la única y sola bombilla. Tal es el género invariable de vida de los habitantes del campo: acostumbrados, desde la infancia, a no alimentarse más que de carne, no se cansan nunca de comerla, por más grasosa que sea, y no aspiran a nada mejor; creen hacer un gran desarreglo

cuando compran en la pulpería algunos reales de pan, higos o uvas secas u otras golosinas. Sobrios al exceso, casi no comen más allá de su apetito y soportan el hambre con una constancia y una resignación admirables.

Una vez levantada la mesa, se trajeron de nuevo los naipes y el partido continuó con ardor. Nuestro capitán, que había pasado la noche antes a caballo, y que se proponía partir muy de mañana, no dejaba por eso de jugar, mientras sus compañeros dormían como gentes cansadas: la pasión del juego le hizo olvidar la fatiga, el sueño y hasta el viaje, porque fue al amanecer que sentimos, con el ruido de su recado, que se disponía a descansar.

Nos habíamos preparado en vano a salir muy de mañana; nuestro jugador, vencido por el sueño, sólo pudo levantarse a las diez y eran más de las once cuando montamos a caballo con un sol terrible. Al cabo de una hora de marcha, nos detuvimos para refrescar en una casa, donde encontramos a los moradores todavía muy alarmados por una escena que había tenido lugar allí la noche anterior. Un suboficial, acompañado de algunos soldados del regimiento estacionado en Lobos, fue enviado por su coronel en busca de algunos desertores ocultos en los alrededores, aprovechando la ocasión para introducirse con autoridad en las casas y entregarse a toda clase de violencias; en algunas de ellas se entregó al pillaje. La que nosotros visitábamos no había escapado a esos malos tratos sino merced a la firmeza del propietario, que se atrincheró en el interior, amenazando con hacer fuego contra esos libertinos; pero sus criados, apresados en la cocina, habían sido atados a un poste y horriblemente azotados. Semejantes actos de bandidaje son frecuentes en un país donde el cumplimiento de las leyes es nulo o por lo general eludido; y es muy común ver gente armada comportarse en su patria como si fuera un país enemigo. El capitán, que pertenecía al cuerpo de los delincuentes, se comprometió a hacerlos castigar, y como estaba mejor montado que nosotros, tomó la delantera al galope. Creí por un momento que la impaciencia de hacer justicia y terminar con los desórdenes que tal vez continuaban, le hacía apresurar la marcha, pero el otro oficial que me acompañaba no tardó en sacarme del error y me informó que el verdadero motivo era el deseo de volver a ver una concubina con la que vivía desde hacía algunos años y hacerla regresar al villorrio, que abandonó, para ir a vivir a una estancia, cuando su amante partió para la Cruz de Guerra.

3 de febrero

Nos detuvimos en una pulpería, a fin de hacernos preparar de comer; mi compañero, que se encargó del mando, hizo matar aves de corral, servir el mejor vino y nada omitió para que la comida fuera tan completa como podía serlo en esos lugares. Como sabía que no tenía dinero y que yo, en consecuen-

cia, debía hacer frente a todos los gastos, estaba atónito de verlo así disponer tan liberalmente de mi bolsa, pero el astuto personaje tenía otras intenciones. Estaba vinculado, desde hacía mucho tiempo, con el propietario de la pulpería, y como los pulperos siempre tienen interés en andar bien con los oficiales, a fin de hacerse pagar las deudas que los soldados contraen diariamente con ellos, preveía que nuestro posadero se sentiría muy feliz de atendernos gratis; fue en efecto lo que sucedió. En las guarniciones, muchos oficiales abusan de esa dependencia en que mantienen a los desdichados pulperos.

Lobos
3 de febrero

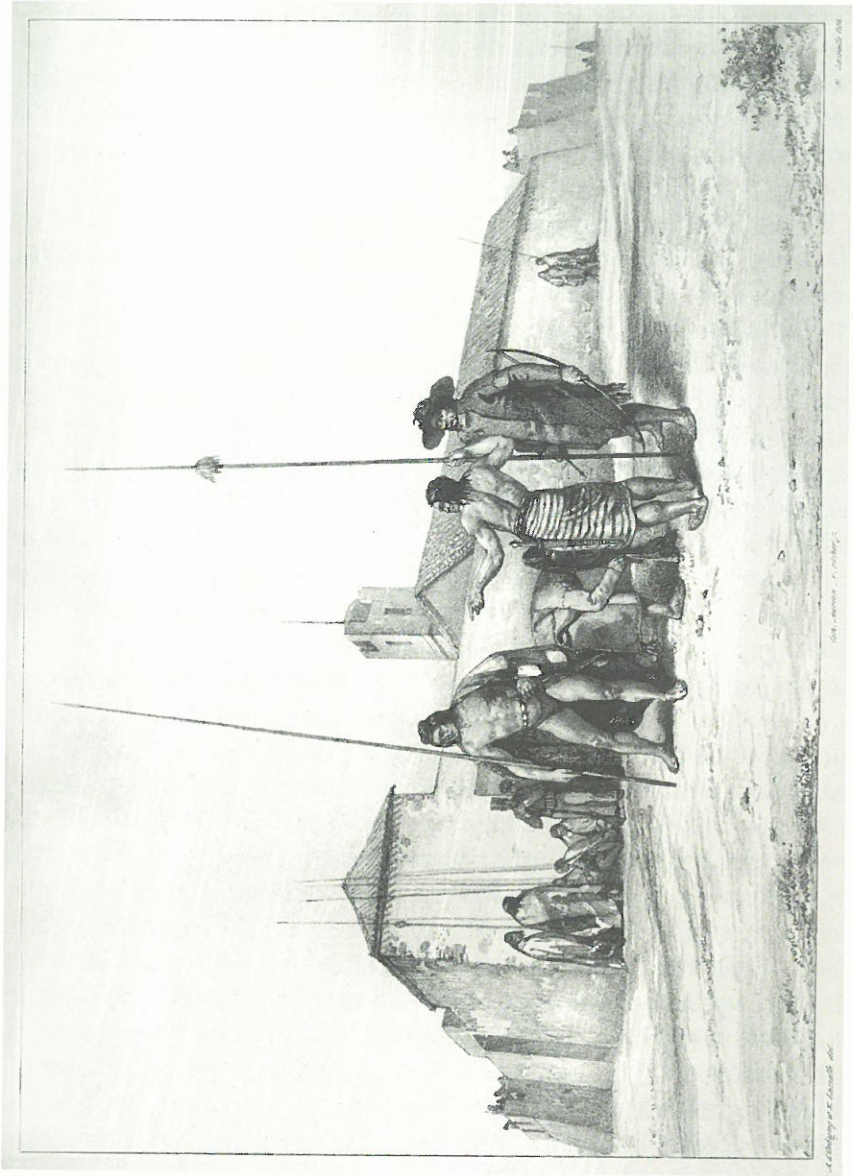
Llegamos por la tarde a Lobos, donde me hospedé en casa del mayor Brunier, que me colmó de amabilidades y atenciones. Mi huésped me comprometió a pasar el día con él, para descansar un poco, de lo que yo tenía bastante necesidad; y consentí tanto más de buena voluntad, cuanto que él debía encaminarse al día siguiente a Buenos Aires, lo que me proporcionaba un nuevo compañero de viaje muy agradable. El regimiento del cual habíamos sacado un escuadrón para la Cruz de Guerra, se disponía a partir a la laguna Blanca, donde iba a establecer otro fuerte; y una carta de la oficina topográfica, que me entregó el coronel, me informó que mi ayudante, que permanecía en la Cruz de Guerra, era el encargado de proyectarlo. Me enteré asimismo que la expedición a Bahía Blanca marchaba con mucha lentitud y que tendría tiempo de pasar algunos días en la capital, donde hallaría el coronel Estomba, jefe de esa expedición. Me sentí encantado al saber que podría conocer a ese militar y estudiar algo su carácter, antes de resolverme a acompañarlo.

4 de febrero

El mayor Brunier no disponía más que de veinticuatro horas para pasar en Buenos Aires y, habiéndonos propuesto partir muy de mañana, hicimos pedir los caballos para el amanecer. Se hicieron esperar muchísimo tiempo; y el mayor que debía de todos modos estar temprano en Buenos Aires, decidió emplear los propios, hasta la siguiente posta. En cuanto a mí, no pudiendo partir hasta las diez, no me quedó ninguna esperanza de alcanzarlo; hay veinticuatro leguas de Lobos a la capital y sólo dos postas intermedias. El trayecto se cubre por lo general en ocho horas, es decir que se hacen más o menos tres leguas por hora; pero, por lo común, se experimentan retardos considerables en las casas de posta, que están muy mal atendidas; y cuando uno quiere viajar con rapidez, debe tener un hombre que vaya delante, para hacer preparar los caballos en el corral, sin lo cual se corre el riesgo de aguardar mucho tiempo. La primera posta estaba a seis leguas, así como la segunda: las recorrimos sin experimentar otro retardo que el de la partida de Lobos, pero en la última posta se nos hizo perder una

hora para cambiar de cabalgadura y además fuimos muy mal servidos. El maestro de posta se excusó diciéndome que la gran sequía que había reinado en los dos últimos meses había hecho enflaquecer mucho a los animales: agréguese a ello que esta última posta estaba a doce leguas, que los caballos recorren ese trayecto de un tirón y a menudo de un solo galope; que regresan al día siguiente de la capital, donde pasaron la noche sin beber ni comer, y no asombrará que los animales estuvieran en mal estado, sino que pudieran sostener semejante fatiga.

A seis o siete leguas de Buenos Aires llegamos al radio donde están las chacras (terrenos destinados a la labranza). El número del ganado disminuye, las casas se acercan y algunas, construidas con ladrillos y blanqueadas de cal, anuncian la limpieza y el bienestar. Se ven terrenos cercados de fosos; los caminos no están más solitarios y se encuentran con frecuencia viajeros y carretas; de todos lados se levantan largas pértigas en lo alto de las cuales flotan banderillas, única enseña usada por las pulperías en esas provincias; en fin, al aire triste de esas vastas llanuras, sobre las cuales están diseminadas las estancias, sucede el aire alegre y animado de una región agrícola; y aunque la misma esté todavía muy lejos de parecerse a nuestros ricos barbechos de Europa, su aspecto causa empero una dulce emoción al viajero que acaba de atravesar las pampas y que no halló, en su camino, más que pastores tan agrestes como sus tropillas. A dos leguas de la capital, se entra en las quintas (vergeles) y la naturaleza se anima cada vez más: todo el terreno está cortado de fosos bordeados de setos de áloes con numerosos bosques de durazneros, que ocultan el horizonte en todas partes y forman una inmensa floresta, sobre la cual dominan las azoteas de una cantidad de casas de campo, poco elegantes, es cierto, pero cuya brillante blancura se recorta sobre el verde de los árboles y rompe la uniformidad del cuadro. Los vendedores de leche y legumbres, todos al gran galope, se cruzan en el camino, y levantan nubes de polvo; algunos ciudadanos, unos a caballo, otros en cabriolé, van a respirar aire más puro; y, en fin, todo revela la proximidad de una gran ciudad. Llegamos a Buenos Aires a la entrada de la noche; y, después de tantos días de vida salvaje, pasados en el silencio del desierto, las luces, la agitación de las calles, el ruido confuso de la multitud, la música, los tambores, los perros y los carruajes, hicieron sobre mí una impresión análoga a la que experimenta el campesino transportado por primera vez en medio del tumulto de París.



Patagones y Aucas en trajes de guerra.

CAPÍTULO XVI

Viaje a Bahía Blanca

A mi llegada a Buenos Aires me apuré en conocer al coronel Estomba, jefe de la expedición a Bahía Blanca. La amabilidad, los modales tan nobles como francos de ese militar, me dieron de él la mejor opinión y me decidieron a correr los riesgos de esta nueva empresa. Un convoy numeroso iba a partir para Tandil, punto de reunión de la expedición, y la lentitud de los preparativos me permitió tomar algunos días de descanso. Una carreta, que había pedido para el transporte de mis efectos, había sido expedida a la guardia del Monte, de manera que estaba obligado a pasar por ese villorrio para tenerla y emplear un caballo de carga para el transporte de algunas provisiones indispensables en un viaje que, según todas las apariencias, debía ser de bastante larga duración. Después de recibir todas las instrucciones necesarias Y separarme del coronel Estomba, que tomó la delantera y se dirigió directamente a Tandil, fijé el 18 como día de partida; pero un contratiempo, sobre el cual no había contado, lo retardó hasta el 21. Era la época de carnaval, que se festeja, en estas comarcas, de una manera muy singular y análoga a la estación en que cae. En Europa, se procura entrar en calor por medio de bailes y comidas; en Buenos Aires, al contrario, se arroja agua y se emplean todos los medios posibles para mojarse de pies a cabeza. Las calles, recorridas en todos sentidos e inundadas, se llenan de jinetes, que se persiguen, se chocan, mojados desde lo alto de las azoteas por personas que las ocupan y que están, para este efecto, provistas de recipientes llenos de agua. Los hombres de la más baja clase social son los que se entregan con mayor

Buenos Aires
febrero dd 1828

furor a esta diversión pueril y peligrosa; mi criado, que por nada del mundo habría renunciado a tal placer, me dejó maldecirlo durante los tres días de locura y reapareció el miércoles de Ceniza, medio lisiado, a causa de una caída de caballo, con una pierna llena de moretones y en bastante mal estado. Finalmente, los caballos de posta estuvieron en mi puerta el 21 a la mañana, y después de colocar dos maletitas en una bestia de carga, tomamos el camino que conduce a la guardia del Monte.

Al salir de la ciudad, descendimos en el valle del Riachuelo, cuyo fondo pantanoso se inunda una parte del año y sólo presenta terrenos arcillosos casi siempre en un estado de dilución o de sequía total, lo que los hace inapropiados para la agricultura; por eso sólo hay un pequeño número de casas en el valle, que sirve, en general, de pastoreo común a los estancieros establecidos sobre las colinas que lo bordean. El Riachuelo, que lleva más arriba el nombre de Matanza, es un arroyo cuya corriente es perceptible únicamente en las grandes crecidas producidas por las lluvias; no poseo más que cinco o seis metros de ancho y un metro de profundidad; por eso sería en todas partes vadeable, si la naturaleza del terreno que recorre no presentara, casi en todos los lugares, hondonadas, por las cuales no es posible aventurarse impunemente y donde perecen, a menudo, los animales inexperimentados que tratan de franquearlas. Sólo hay dos o tres vados generalmente frecuentados y que desembocan en los caminos de la capital dirigidos al sur. La extensión del curso del Riachuelo es de unas doce leguas y el valle que le sirve de hoya va alargándose hacia su desembocadura; su agua es salobre, como todas las que bañan esta provincia.

Se cuenta alrededor de cinco leguas hasta la primera posta que alcanzamos al abandonar el valle; está situada sobre una pendiente de las colinas del sur, cuyo aspecto, aunque desnudo, es bastante alegre y cuyo suelo fértil sólo espera los brazos para transformarse en ricos barbechos. Cambiamos de caballos y el que nos dieron para llevar la carga se mostró bastante reacio, lo que nos hizo perder cerca de media hora, que duró la operación de cargarlo. El método que se emplea, en este caso, es bastante inadecuado; se ensilla el animal como de ordinario, con la única diferencia de que se agrega a menudo un basto formado de grandes manojos de paja, destinados a impedir que la carga le golpee y hiera los flancos. Se divide el fardo en dos partes iguales, que se unen por medio de correas: se las coloca sobre el basto, y se cincha todo fuertemente con una larga correa que 'la muchas vueltas; el postillón conduce, por medio de un cabestro, la bestia de carga, que debe galopar como los caballos de silla; por eso sucede con frecuencia que las correas se alargan, la carga

cae y es dispersada aquí y allí por el animal, con los movimientos que hace para desembarazarse. Únicamente los indios y arrieros profesionales saben asegurarla perfectamente.

A las dos llegamos a la segunda posta, cuyo jefe era un viejo renegón que nos acogió muy mal; era un estanciero poseedor de mucho ganado y que gozaba, en consecuencia, de una buena renta. Su morada presentaba, sin embargo, el aspecto más miserable y sucio; todo revelaba uno de esos avaros, tan numerosos entre los estancieros, a quienes enriqueció pronto el alza enorme del precio del ganado y los cueros, a causa de la revolución y la libertad de comercio. Gran número de los mismos, en vez de aprovechar ese cambio inesperado para mejorar su suerte e introducir en sus casas y en su manera de vivir las comodidades y el bienestar, que ponen a su disposición una renta considerable y un mercado siempre provisto en abundancia, persisten en su desaliño, en sus costumbres más que agrestes, en el consumo exclusivo de carne por todo alimento, haciendo una cuestión de amor propio no renunciar a hábitos que consideran esenciales a su profesión, y sustraen así enormes capitales de la circulación, que acumulan con gran perjuicio para el país, sin sacar personalmente ningún beneficio. Esos infelices, después de comer un asado bien gordo y fumar su cigarrillo, se consideran los mortales más dichosos, desprecian lo superfluo que los ciudadanos necesitan, elogian su género de vida como el más útil, sus violentos ejercicios como los más nobles del mundo, y desprecian, soberanamente, toda clase de ciencia, educación y cortesía.

Volvimos a montar a caballo y nos detuvimos, a la caída del sol, en la tercera posta, llamada de Agüero, la última antes de llegar a la guardia del Monte; el albergue que nos ofrecieron para pasar la noche era miserable al extremo y no, como en la posta anterior, por efecto de la indolencia y avaricia del propietario, sino de una pobreza muy real. En cambio, tuvimos la acogida más obsequiosa, y aunque el maestro de posta estaba en el lecho a causa de una enfermedad dolorosa, toda la casa se puso en movimiento por nosotros. Puede observarse en esas campañas, más que en cualquier otra parte, hasta que punto las riquezas inspiran egoísmo y dureza de corazón. En las estancias opulentas, el orgulloso propietario no se digna por lo común preguntar quienes son los viajeros que se detienen en su casa, no teniendo los mismos otro recurso que entrar y establecerse en la cocina; en las pobres chozas de pastores menos afortunados se descubre, por el contrario, una hospitalidad de lo más sincera y todos los recursos que pueden esperarse de su triste situación. Las buenas gentes estuvieron muy reconocidas del pago que les hice; únicamente la extrema miseria pudo decidirlas a aceptarlo, porque no es costumbre pagar

ni el alojamiento, ni el alimento que se recibe y la mayoría de los habitantes se ofende cuando se osa ofrecerles una remuneración.

El postillón nos hizo cortar a través de los campos y pasar por hondonadas ricas en pastos y cubiertas de ganado; llegamos después a colinas cubiertas de cardones, donde volvimos a tomar el gran camino, que nos condujo a la guardia del Monte. Me presenté en casa del juez de paz, que no estaba en esos momentos; pero, como esperaba nuestra llegada, se nos dio por alojamiento una casa contigua, cuyo propietario estaba ausente. Comprobé, al abrir mis maletas, lo inconveniente de esa manera de transportar los objetos frágiles: toda la galleta, que llenaba una de ellas, estaba rota en pequeños fragmentos, reducida en gran parte a polvo y mezclada con azúcar, yerba y otros; hubiera tirado en seguida esa rara mezcolanza, de no haber pensado que podía hallarme algún día en situación de no despreciarla.

22 de febrero

A la puerta del juez estaba el furgón que el gobierno me destinaba, semejante a los que acompañan a los ejércitos del país: son carretas sin nada de hierro, construidas de acuerdo al mismo modelo que las empleadas por los pobladores en sus viajes, aunque más pequeñas; provistas de un corto timón en el que se colocan los caballos, son conducidas por dos ruedas altas, lo que hace que se vuelquen con facilidad. La parte superior está formada de montantes y aros groseramente reunidos y cubiertos de una tela pintada; y su única abertura, colocada atrás, se cierra con dos postigos y una cadena. Se sube por medio de una escalerilla. Por más incómodo que sea semejante vehículo, me sentí muy dichoso de tenerlo, porque me brindaba una casita ambulante y me aseguraba un abrigo para todo el tiempo que debía pasar en el desierto. Mandé reservar en la posta caballos para el día siguiente y ordené a mi criado que se dispusiera a partir para Navarro, a fin de retirar mis efectos que estaban en depósito, desde mi regreso de la Cruz de Guerra.

Mientras esperaba el retorno del juez de paz, recorrí la aldea del Monte, cuyo aspecto es de lo más triste: las calles están alineadas y se cortan en ángulo recto, pero las casas, muy apretadas, están construidas con ladrillos secados al sol o pared francesa; algunas de tierra, así como sus cercos; todas cubiertas de paja y en un estado de deterioro que revelaba abandono y no correspondía en nada a la riqueza de las inmensas estancias que rodean al villorrio. El antiguo fortín está completamente abandonado: el edificio que sirve de cuartel a la pequeña guarnición que alberga, se cae en ruinas; la basura y las malas hierbas impiden acercarse. Ignoro la razón de tal nombre (Monte), que en el país significa *bosque*, puesto que nada indica que haya habido en su vecindad el más

pequeño grupo de árboles; es más probable que ese nombre provenga de algunas antiguas plantaciones de durazneros, hoy tan comunes en la provincia. Monte está situado a orillas de una grande y hermosa laguna, rodeada de barrancos arcilloso-calcáreos y que comunica, al sur, con una cadena de lagunas semejantes, cuyo curso no interrumpido va a unirse al Río Salado.

Al regreso de mi paseo, encontré al juez que me aguardaba y que me acogió muy bien, aunque su recibimiento fue primero frío y reservado; dicho magistrado desempeñaba a la vez las funciones de pulpero y panadero, como el de la guardia de Luján, pero era, además, hombre de negocios del estanciero Rosas, lo que no constituía la menos importante de sus atribuciones, porque su patrón puede considerarse el señor soberano de esta parte de la provincia. Don Juan Manuel de Rosas, famoso en toda la República Argentina por la influencia que ejerce sobre la población de las campañas, y por la parte activa que ha desempeñado en las discordias civiles, es un propietario muy rico que administra por sí mismo no sólo sus propias estancias, sino también las de muchos ciudadanos opulentos: está así a la cabeza de trescientos o cuatrocientos hombres que le son devotos por completo, y no necesita otra cosa para trastornar la república; pero tal fuerza es mucho menos peligrosa que el extraordinario ascendiente que ha adquirido sobre los gauchos, ascendiente debido a la influencia de los establecimientos que dirige, pero sobre todo a un sistema de conducta muy bien calculado y a la debilidad de los sucesivos gobiernos, que buscaron el apoyo de su autoridad en vez de reprimirla desde su nacimiento. No le falta a Rosas cierta educación: escribe con facilidad; está dotado, como la mayoría de los criollos, de gran penetración. Arrastrado, por gusto y por cálculo, a la vida y las ocupaciones rurales, hizo de estas últimas un estudio especial, llegando a ser famoso, entre los pastores, por su habilidad para montar a caballo, la intrepidez con que se entrega a todos los ejercicios peligrosos que hacen su gloria y le aseguran la superioridad: siempre vestido con el traje nacional, se alimenta como sus peones, los acompaña de continuo y participa a menudo de sus trabajos; ha querido llevar una vida más dura que la que llevan esos pueblos, imponiéndose privaciones penosas y completamente gratuitas; así, en sus viajes, tiene la costumbre de no aceptar cama, ni abrigo y se acuesta en el recado, junto al corral donde se encierran sus caballos. Es el primero en estar de pie y hace un mérito de desafiar el sueño, el hambre, el frío, la lluvia y los rayos solares. Los hombres sensatos se ríen de esa ostentación de falta de sensibilidad, pero la masa campesina, tomada por su lado flaco, admira y eleva a las nubes a su émulo y sólo habla con entusiasmo de él. Por otra parte, un carácter grandioso va unido a todas las empresas de Rosas: dotado de un notable espíri-

tu de orden y de gran actividad, sus establecimientos están perfectamente administrados y pueden servir de modelos. Lo que hay sobre todo de loable en su explotación es que, no contento con los inmensos beneficios que le brindan sus rebaños, se entrega con pasión a la agricultura, sembrando por sí mismo casi tanto como todos los pobladores del sur reunidos y hace considerables plantaciones de árboles. Sus Estados por lo demás (porque ese es el nombre que se puede dar a sus vastas posesiones), son el refugio de todos los malhechores, seguros de hallar protección eficaz y de escapar a toda persecución, con tal de que acepten trabajar y se adapten a la severa disciplina a la cual el amo somete a todos sus servidores. Rosas los cuida con la mayor atención: les paga exactamente, vigila por sí mismo que estén bien alimentados, y aunque acuerda impunidad a los crímenes cometidos fuera de sus propiedades, se muestra inexorable con los menores delitos que tienen a sus tierras como escenario, haciendo justicia en persona, aplicando castigos rigurosos, sin exceptuar, según dicen, la pena capital, y haciéndose temer de sus vecinos que, mas de una vez, han experimentado cuán peligroso resulta ofenderlo. Acostumbrado a gobernar despóticamente los inmensos dominios que administra, embriagado por los continuos halagos de los gauchos que le rodean, él, su modelo, tanto como su jefe, así como de numerosos ciudadanos que todo lo esperan de su influencia; fuerte, en fin, por su popularidad y la devoción fanática de que es objeto en las campañas, Rosas se ha declarado sucesivamente sostén interesado o duro censor de los diversos gobiernos que han desfilado en los últimos años, y a pesar de su profundo disimulo, se reconoce sin trabajo que aspira a convertirse en jefe de Estado[1].

23 al 27 de febrero

Envié mi furgón a Navarro el 23 por la mañana; hay doce leguas de un villorrio al otro, y estaba obligado a pasar varios días en la guardia del Monte, sin otro remedio contra el aburrimiento que los paseos y las pláticas de mi juez de paz. Los temas del mismo no eran muy variados; porque las conversaciones de los pobladores giran casi siempre en torno a su vida y ocupaciones, que son muy monótonos. Las ideas de mi huésped se extendían, sin embargo, algo más allá de ese estrecho círculo; se ocupaba de política, leía los diarios, algo de historia y podía pasar por hombre culto en medio de esa población atrasada. Sus relaciones de amistad e interés con su patrón Rosas, nos llevaban a menudo a

1 Rosas fue nombrado gobernador en 1829 y hasta hoy (1836) dirige de derecho o de hecho la provincia de Buenos Aires. Ha conseguido, dicen, mejorar el sistema de finanzas de ese desdichado país.

hablar de este famoso personaje y cuando abría este capítulo resultaba inagotable. Nunca he visto entusiasmo igual, ni tal vez más sincero, aunque puede suponerse que se mezclaban al mismo designios personales. Mi huésped no descubría en los tiempos modernos, según decía con toda seriedad, nadie que pudiera comparársele, y si su héroe hubiera nacido en los siglos fabulosos de Grecia, habría sido émulo de Hércules y Tesco. Me impresionó el paralelo, porque, si se exceptúa lo que había de énfasis en semejante elogio, no dejaba de reconocerse cierta exactitud de juicio y que no fuera un índice más de esa admirable sagacidad con que la naturaleza ha dotado a los más ignorantes pobladores de esas campañas. Nuestro panegirista habría podido, en efecto, comparar también a Rosas con algún gran guerrero o célebre hombre de Estado de tiempos más recientes, pero el elogio habría sido falso, puesto que no ha mandado otro ejército que sus peones, ni gobernado otro Estado que sus dominios; mientras que su vida activa y laboriosa, su endurecimiento frente a las privaciones y fatigas, su desprecio por las comodidades de la civilización, su destreza y temeridad en los ejercicios del caballo y de la vida pastoril, hacen de él en verdad un héroe de la naturaleza, muy semejante a los de tiempos en que las cualidades físicas predominaban sobre las otras. La caza del jabalí de Calidón, por ejemplo, ¿es menos peligrosa que la persecución de un toro, y no hay tanto mérito en domar y acorralar tres o cuatro mil vacas salvajes como en limpiar los establos de Augias?

Los alrededores de la guardia del Monte están tan pelados como el resto de la provincia; las ondulaciones de la llanura huyen y se pierden en un horizonte sin límites, y en el cual algunos grupos de árboles, que rodean las principales moradas, jalonan la extensión y distancian aún más el límite lejano. El verde amarillento de los pastos expande, en esa vasta superficie, un solo y mismo matiz manchado de puntos negruzcos, que forman los rebaños pastando. El campo que se extiende al sur del villorrio presenta, sin embargo, un aspecto algo más pintoresco; la superficie plateada de la gran laguna, a orillas de la cual se levanta el caserío y las barranquitas amarillentas que rodean la hoya de la misma, dan cierta variedad al juego de la luz. Casas de construcción más cuidada, entre las cuales se distingue la hermosa estancia de Dorna, animan también el paisaje. Esa estancia pasa por ser la más importante de la provincia y su propietario marca hasta doce mil vacas al año; es contigua a otra, donde Rosas vivo habitualmente y que podría llamarse la cabeza de sus Estados. Es raro, en esas campañas, que los propietarios vecinos vivan en buena armonía. Lo vago e incierto de los límites de sus tierras y la continua mezcla de sus rebaños, son causas de discordias que se renuevan sin cesar; a las cuales hay que añadir, generalmente, la envidia mutua. Era difícil, dado el carácter

de Rosas que he pintado, que un vecino tan rico como Dorna, y cuya influencia podía competir con la suya, no le hiciera sombra; por eso la colocación de algunos linderos fue pronto causa o pretexto de una ruptura rencorosa y de un proceso escandaloso, que duró muchos años.

Mi furgón regresó el 24 de febrero; estaba dislocado a tal punto que no era posible hacerlo rodar más sin antes repararlo. Las carretas del país están construidas por completo de madera, sin que tengan un clavo ni la menor ligadura de hierro; cuando se las mantiene inactivas y expuestas al sol, todas sus partes se desunen y es menester volverlas a ajustar, si no se quiere correr el peligro de que se rompa y caiga a pedazos en el camino.

Poco faltó para que ese accidente le ocurriera a la mía, y a pesar de mi impaciencia, debí conceder un día al carretero que me proporcionó el juez de paz; pero el 26, día destinado a ese trabajo de urgencia, se desencadenó una espantosa tormenta y el agua cayó a torrentes hasta la puesta del sol.

Me vi forzado, pues, a diferir la operación para el día siguiente; y un día más tarde, me fui a la *Guardia de los Ranchos*. Vi en el patio del maestro de posta numerosos huesos de ballena de enorme tamaño, que fueron transportados de la bahía de Samborombón, distante más de veinticinco leguas; el gran número de barcos balleneros, que en otro tiempo pescaban, desde el Brasil hasta las islas Malvinas, explica, sin duda, esa abundancia de huesos de cetáceos que se extiende por toda la costa, particularmente hacia el sur. Los pobladores emplean las vértebras a guisa de asientos.

Guardia de los Ranchos

El 29 llegué a Chascomús, caserío agradablemente situado a orillas de una gran laguna, cuyo fondo es de arena y los bordes presentan algunos bancos de tosca o restos calcáreos de esqueletos a los que ya nos hemos referido como existente: en las costas del Paraná. La laguna contenía muchos peces, particularmente especies de siluros. La posición de Chascomús es muy pintoresca y las grandes plantaciones de álamos quilo rodean, hacen de él uno de los villorrios más bonitos de la provincia de Buenos Aires. En 1800, su población era ya de mil habitantes, según Azara[2]; pero luego aumentó mucho, sobre todo durante la guerra con los brasileños, a causa de la proximidad de la desembocadura del Salado, por donde entraron muchas presas; por eso durante la guerra, hubo gran afluencia de extranjeros, marinos y corsarios. De Chascomús, fui a dormir a la posta de Roxas; y sólo encontré al día siguiente, a mediodía, al llegar a la de don Victorio

29 de febrero

2 *Voyage dans l'Amérique méridionale*, t. II, p. 338 (cuadro).

Merlo, el convoy de carretas perteneciente a la expedición, que se disponía a ponerse en marcha. Pasé el Salado el mismo día y llegue por la noche a la posta de Isla: al día siguiente, hicimos alto en el villorrio de Dolores; la campaña que acababa de atravesar, desde el Salado, es llana y presenta el mismo aspecto que las tierras que ha descrito en el viaje a la Cruz de Guerra.

3 de marzo

Caracterizan a esos campos, por otra parte, el gran número de pequeñas lagunillas que se encuentran, de tanto en tanto: al partir de Dolores, vi muchas llanuras bajas, sobre todo antes de llegar a la posta de don Pedro Ponce, ubicada más o menos a mitad del camino que separa, ese villorrio de la posta de Caquel; esas llanuras húmedas parecen comunicar con las que cubren todo el espacio situado de este lado. Las dunas del cabo San Antonio, al oeste del cual me hallaba, son ,sin duda, una corriente de agua análoga a la que forma el brazo de Saladillo, junto a la Cruz de Guerra, y que parecen venir del oeste de la Sierra del Tandil, presentando el aspecto de arroyos o desapareciendo o transformándose en pantanos, antes de llegar a orillas del mar. El suelo se eleva poco a poco, al aproximarse las alturas de Caquel, antiguo fortín situado junto al lago del mismo nombre. La orillas de ese lago presentan algunas piedras y masas de arcilla endurecida: todo el suelo de los alrededores está cubierto de florescencia salinas. Me vi obligado a permanecer varios días en ese lugar, a fin de conseguir caballos, que, de acuerdo a un informe del coronel Estomba, debía pedir en las estancias vecinas.

6 de marzo

El 6, al atardecer, abandonamos las alturas de Caquel, que son poco extensas. Todo el terreno que sigue, hasta la estancia de Baudria, distante cuatro leguas, es llano como las pampas, salvo un pequeño mamelón poco elevado, que está una legua antes de llegar a esa estancia y al pie del cual se extiende una laguna entonces casi seca; todas, esas pequeñas eminencias están formadas de tierra arcillosa y compacta. Las mismas se diferencian esencialmente de los médanos que rodean la Cruz de Guerra. La estancia de Baudria es un establecimiento nuevo. Para formar tales colonias, los pobladores comienzan por cavar un foso sobre el cual colocan un pequeño, puente levadizo; construyen del lado interior un rancho o pequeña cabaña, para estar al abrigo de los ataques de los indios, ataques muy frecuentes desde el comienzo de la revolución, y que, en ciertas épocas, han devastado la provincia de Buenos Aires. Forman, al mismo tiempo, los potreros para los animales, y uno de sus primeros cuidados es plantar bosques de durazneros; una vez ejecutados esos primeros trabajos, se tiende a completarlos poco a poco; se construye una casa para el amo, más o menos espaciosa; el rancho sirve entonces de cocina y es abandonado a los peones.

Durante nuestra estadía en la estancia de Baudria, recibimos la visita de indios pampas, que levantaron sus toldos o tiendas a corta distancia; nos dijeron que buscaban asilo en el interior de la provincia y que el temor a los chilenos (indios chilenos o de la cordillera) les alejaba de los lugares donde vivían habitualmente. Me impresionó el buen aspecto de esos naturales, y sobre todo lo armonioso de su idioma, que hablan también los aucas, los ranqueles, etc., y que no es otro que el araucano de Chile; esos indios que se refugiaban entre los cristianos son los mismos que, de tanto en tanto, les hacen una guerra de exterminio, apareciendo, como un torrente, en medio de las estancias sorprendidas, matando a los hombres adultos, llevándose a las mujeres y niños, robando todo lo que encuentran y arrastrando rápidamente al desierto a todos los rebaños de que se pueden apoderar. Pero es difícil que gocen con tranquilidad el fruto de sus rapiñas: por lo general, son sorprendidos al regresar de su expedición y despojados por alguna tribu enemiga; a veces, también, los cristianos toman a revancha, penetran a su vez a favor de las tinieblas en el campo de sus enemigos y los masacran a todos sin piedad. En los intervalos de paz, que suceden a las masacres, los indios vienen a traficar a Buenos Aires, a donde llevan algunos tejidos de lana, así como ponchos, mantas, plumas de avestruz y peletería.

De la estancia de Baudria me dirigí hacia Tandil e hice de un solo galope el viaje a la laguna del *Juncal*, distante siete leguas; la laguna, cuyo nombre revela la presencia de juncos, está situada al pie de una pequeña altura; el agua era buena y, en general, al sur del Salado las aguas son menos saladas que del otro lado. Vi también menos espacios saturados de sal, donde no crecen más que plantas marítimas, como los *sudes* y *los salicornios*, sobre todo estas últimas; se veían, a orillas de la laguna, los rastros de la presencia de los naturales, es decir fuegos apagados, huesos medio calcinados, esqueletos de caballos y otros animales, provenientes de sus cacerías. Fui a acostarme a dos leguas de allí, en el lugar llamado *Cacique Negro*[3] nombre de un jefe que vivió allí hace mucho tiempo con su tribu. Es una altura poco extensa, con un lago de agua dulce, entonces mala, porque estaba muy baja. Recogí en sus orillas muy hermosas *ampularias*[4], las únicas que vi hasta ese momento en las pampas. A una legua de esta parte

7 de marzo

3 Ese indio, jefe de la nación puelche, jugó un papel muy importante en la historia. Véase la descripción de la colonia de Carmen en la Patagonia.

4 Véase Moluscos. Es una especie nueva que figura con el nombre de *Ampullaria australis*, d'Orb., porque es la que se encuentra más al sur.

del Cacique Negro, comencé a percibir, al sudoeste, las primeras cimas de la cadena del Tandil, aunque todavía estaban a una distancia de unas quince leguas: su vista proporciona una sensación agradable al viajero cansado de la uniformidad invariable de las pampas; se reciben con placer esas masas que dibujan por fin en el horizonte algunas prominencias. Durante la noche recorrimos alrededor de cuatro leguas en un hermoso claro de luna. El terreno, aunque muy liso, se eleva poco a poco a partir de la última estación.

8 de marzo

Nos pusimos en camino después del amanecer e hicimos cerca de seis leguas. Las montañas de Tandil se descubrían cada vez más y presentaban dos grupos o cumbres que dominaban toda la cadena. Llegamos a orillas del Arroyo del Tandil, arroyo poco profundo, que desciende de las alturas y corre entro juncos y hierbas bastante altas, que lo ocultan por completo, de manera que, para descubrirlo, es menester advertir su presencia por la fuerza y frescura de la vegetación.

El agua es excelente y es la primera perfectamente dulce que se encuentra desde Buenos Aires. El lugar donde acampamos había sido recientemente abandonado por los indígenas y el suelo estaba cubierto de huesos y cabezas de tatúes de dos especies, las *mulitas*[5] y los *peludos*[6] muy comunes en esos campos; se los ve pacer, por la mañana, en los retoños de las llanuras quemadas y es muy difícil atraparlos; es un excelente alimento, buscado no solamente por los indios, sino también por los criollos, lo que hace que se lleven muchos al mercado de la capital. Durante el resto de la jornada hicimos cinco leguas todavía y fuimos a acostarnos junto a la laguna de Mariano. Amenazaba una tormenta y comenzaron a caer algunas gotas de agua. El camino se inclina algo hacia el oeste, bordeando la cadena de Tandil y haciendo mil rodeos, para buscar las alturas y evitar las hondonadas pantanosas. Las montañas se descubren entonces en toda su extensión y se comienza a gozar de los intensos contrastes que producen, de un lado, el color rojizo de sus cimas graníticas, con el tierno verdor que rodea su base; del otro, el ruido tumultuoso de los torrentes arrojados por sus gargantas, con el silencio y la inmovilidad de las aguas estancadas de la llanura. Espesas nubes se amontonaban alrededor de los picos, y apenas hicimos alto, estalló la tormenta; la lluvia cayó tan abundantemente que nos resultó imposible hacer fuego, y, en consecuencia, tomar el menor alimento, hasta el día siguiente, contratiempo al que es menester adaptarse en tales viajes.

---

5 Tatú mulita, *Dasypus hybridus*, Desm., Mamm., esp. 583.

6 Tatú velu, *Dasypus villosus*, Desm., Mamm., esp. 587.

La distancia de la laguna de Mariano a Tandil es de cuatro a cinco leguas, a través de un terreno fuertemente ondulado; un cuarto de legua debajo del fuerte, atravesamos un arroyo límpido que escapa de una garganta y en cuyas orillas está construido. A las once llegamos a Tandil. El fuerte de Tandil o de Independencia es un cuadrado, cuyos lados se quiebran en forma de estrella y pueden tener de 150 a 200 varas de largo: en los cuatro ángulos se concentra casi toda la tierra del foso, para formar otros tantos promontorios sobre los cuales están colocadas tres piezas de batería, de manera que los cortinales casi no tienen parapeto; no hay explanadas; el declive exterior de las murallas, así como los lados de sus rampas, están revestidos de piedra. Los cuarteles y otros edificios del interior del fuerte están construidos de piedras en bruto, unidas con tierra y cubiertas de paja; forman un cuadrado en medio del cual se cavó un pozo rodeado de álamos, de 20 a 22 varas (cerca de 60 pies) de profundidad, atravesando, en toda su línea a plomo, una capa de tosca o arcilla de huesos endurecida.

9 de marzo

Los álamos no se desarrollan allí, así como tampoco los durazneros, que permanecen achaparrados y no dan frutos, lo que se atribuye a las heladas tardías; pero la naturaleza del terreno, y sobre todo la mala exposición, me parece que también contribuyen, porque en la Patagonia esos árboles se desarrollan con vigor, aunque el clima sea mucho más frío. Hay, además del fuerte, una veintena de casas, ocupadas en su mayor parte por los pulperos. El fuerte fue construido en 1824 por la expedición que mandaba el gobernador, general Martín Rodríguez: está dominado por todas las alturas de la garganta, a la entrada de la cual se halla ubicado y sólo puede ser de alguna utilidad contra un enemigo que no posea armas de fuego, como los indios; la construcción costó grandes sumas y sólo sirve para establecer comunicación con la colonia de Carmen, en la Patagonia.

Las montañas de Tandil son bajas y no parecen más elevadas que los morros de Río de Janeiro, de los que difieren en que la roca se presenta siempre desnuda, sin que se vea árbol, ni arbusto, ni casi vegetación. Ascendí una de ellas, lo suficiente elevada como para que de su cima pudiera ver toda la cadena, cuya dirección parece ser E.N.E. - O.S.O. Sobre los flancos se ven capas primitivas estratificadas, cuyas hojas están inclinadas 45° más o menos sobre el horizonte y de norte a sur. Más arriba, no son más que granitos generalmente grises o rojizos. Cuando este granito está en estado de gneis, se compone de hojas dirigidas en todos sentidos; otras veces presenta agujas o conos romos de diversas inclinaciones; algunos están cruzados de vetas de cuarzo. Ahí encontré fuentes de agua límpida, muy fresca y deliciosa; el morro que trepe está

encerrado entre dos gargantas que dan la abertura del fuerte, y en el fondo de cada una de las cuales corre un arroyuelo que mantiene, en su orillas, una deliciosa frescura y una vegetación encantadora. A lo largo de uno de esos riachuelos, ancho de 6 a 7 metros, acampaban los indios aucas, refugiados en esos lugares desde que fueron vencidos y saqueados a orillas del Colorado por una tribu enemiga, que vino de las montañas de Chile. Sus tiendas, que visité, están formadas de algunas estacas, sobre las cuales colocan cueros de caballo: tenían por jefe al cacique Venancio, anciano perteneciente a la gran nación de los araucanos ese viejo cacique sirvió en los ejércitos del país contra los españoles, durante las guerras de la libertad, y recibió en Chile el grado de mayor. Por este motivo sus compatriotas lo persiguen, según dicen, y sobre todo Pincheira, criollo, célebre jefe, que se asegura nació en Cauquen; Pincheira, el terror de sus enemigos, desertó del ejército de San Martín en Chile, donde se pasó del lado de los indios a causa de su mala conducta, y so pretexto de defender la causa del rey de España, siguió haciendo una terrible guerra a los independientes, a la cabeza de numerosos indígenas de los que supo rodearse y ganar su confianza.

El coronel Estomba me previno que debía partir el 12, acompañado de una escolta de treinta hombres y del cacique Venancio con los suyos, para hacer un reconocimiento preliminar de Bahía Blanca, a fin de resolver hacia que punto se dirigiría la expedición y elegir, por adelantado, el sitio donde debía comenzar a formarse la colonia. Al día siguiente, los indios que debían acompañarme me brindaron el espectáculo de sus ejercicios de maniobra a caballo en dos filas: conservaban bastante bien la línea, ejecutaron conversiones, simularon una carga, la lanza en alto, acompañado de grandes gritos todas sus evoluciones. Su cacique estaba vestido como los habitantes de la zona; montaba un hermoso caballo negro, orejano (caballo salvaje domado), como todos los que emplean los indios, y cuyo enjaezamiento estaba todo cubierto de plata. Ese cacique fue quien me informó que el Colorado y el Negro descienden de los Andes: viajando de Chile, entre esos dos ríos, encontró gran número de tropillas de vacas salvajes muy gordas; los hombres que lo acompañaban pertenecían, lo mismo que él, a la nación auca o araucana: y en particular, a la tribu de los pehuenches, que habitan los valles de los Andes, por el volcán y el cuello del Antuco, frente a Concepción de Chile. El reconocimiento preliminar que debía efectuar de Bahía Blanca no carecía de peligros, porque debíamos alejarnos cada vez más de las casas de los blancos y recorrer una región completamente sometida a los salvajes, que no podían ver con buenos ojos a los cristianos invadir continuamente un territorio del cual se

consideraban con bastante lógica sus legítimos poseedores. Era sobre todo temerario introducirse por el sur, con una fuerza tan poco respetable como la que debía acompañarnos, en una época en que el famoso Pincheira recorría los despoblados como vencedor de todas las hordas de las pampas, llevando el terror y el exterminio a los habitantes civilizados, tanto como a los campamentos indios; sin embargo nuestro jefe creía, con razón, muy importante determinar la posición de la nueva colonia, antes de la llegada al lugar del convoy de carretas que seguía la caravana, y contaba, por lo demás, poder seguirme con pocas jornadas de intervalo, Del éxito de mi misión parecía depender el de la empresa.

Me puse en marcha con una escolta compuesta de veinticinco coraceros, que mandaba el teniente coronel Morel; nuestra tropa aumentó al incorporarse treinta indios, con su cacique, diez mujeres, un baqueano o guía, acompañados de seis hombres y dos habitantes de Patagones o el Carmen, con tres criados. Nos dirigimos al sudoeste, a través de las gargantas de las montañas e hicimos más o menos seis leguas, que, teniendo en cuenta los rodeos, podían reducirse a cuatro. Cruzamos muchos arroyos y noté, a dos leguas de Tandil, sobre la derecha, en la cima de un mamelón, enormes bloques de granito, aislados y como colocados con la mano en el suelo: eran redondos como si hubieran rodado; algunos se deshacían y hundían, deteriorados y divididos en fragmentos por la acción de la atmósfera; ese granito era negruzco. El lugar donde nos detuvimos es un hermoso valle circular, que puede tener cuatro a cinco leguas de diámetro y que separa la cadena de *Tandil* propiamente dicha, de una cadena paralela que se llama *de la Tinta;* ese valle está cruzado del S.E.E. a N.N.O. por el arroyo *Chapaleufú*. Merece ser descrito el orden habitual de nuestra marcha y lo que puedo decir debe hallar aquí su lugar. A la vanguardia, y a una media legua de distancia, avanzaba el baqueano o guía, el personaje más importante de toda la caravana, puesto que es su experiencia la que conduce a través de los campos, permite evitar los obstáculos, calcula la dirección y los altos, de acuerdo con la necesidad de agua. El arte de orientarse en medio de despoblados cuyo aspecto uniforme no ofrece ningún objeto que pueda dejar en la memoria rastros profundos, exige una sagacidad de la cual podernos tener difícilmente idea, y que sólo se encuentra entre los salvajes o entre pueblos semejantes a los pastores de América del Sur, cuya educación y costumbres se aproximan al estado natural. El baqueano que nos conducía estaba, como tal, a sueldo del gobierno: lo acompañaban algunos holgazanes que, con el título de voluntarios, y sin otra esperanza que la de participar en alguna refriega, donde se les

12 de marzo

permitiera llevarse los caballos de los indios, abandonaron alegremente sus lugares de residencia para desafiar las incomodidades y privaciones de la vida errante. Esos aventureros pertenecían a la clase de hombres que en el país reciben el nombre de gauchos, gente vagabunda sin domicilio, que vive de lo común, abusando de la hospitalidad, tan general en esas comarcas, dividiendo su vida entre el juego y las tabernas y no alquilando sus servicios sino en último extremo; verdadero tipo de las costumbres agrestes y del carácter independiente de los habitantes de provincias donde domina la vida pastoril. Algunos de los voluntarios marchaban en grupos alrededor del baqueano; otros, colocados por sus órdenes a media legua a los lados de la columna, le servían de exploradores y escrutaban con ojo avizor las altas hierbas que cubren gran parte de la superficie de las llanuras. Venían a continuación los indios: esos altaneros e indómitos guerreros marchaban esparcidos, llevando en una mano sus largas lanzas y espiando a los ciervos y avestruces que encontrábamos continuamente a nuestro paso y que difícilmente escapaban a sus boleadoras; sus mujeres e hijos conducían detrás las bestias de carga y los caballos de remonta, galopando a derecha o a izquierda para empujar los animales perezosos que, en esos largos viajes, se detienen a cada momento para ramonear. Finalmente, la retaguardia estaba formada por el regimiento de coraceros: esos militares conducían también caballos de remonta y una tropilla de yeguas destinada al aprovisionamiento de la caravana, porque no se llevan otros víveres en marchas tan rápidas y se había preparado, únicamente para mí, algo de carne vacuna seca y salada a la manera del país.

Volvimos a partir por la tarde, dirigiéndonos al S.O. 1/4 S., a través del valle; pero no pudimos hacer más que una legua y media, porque una fuerte tormenta nos sorprendió y nos obligó a detenernos a la orilla de un débil arroyo, que desemboca en el Chapaleufú.

13 de marzo

Al día siguiente, al amanecer, estábamos a caballo; teníamos delante la cadena llamada *Sierra de la Tinta*, a causa de los ocres que van a buscar allí los indios para pintarse el cuerpo y teñir sus pieles; presenta una larga y grande muralla, de altura uniforme, cuyas laderas están cortadas a pico y dejan ver capas horizontales de calcáreo. Creí reconocer un hermoso mármol blanco, veteado de rojo pálido; hallé también, rodando en la barranca, algunos pedazos de silex. A las diez, salimos de las montañas, bordeando un arroyo que corre al sur y se arroja en el Quequén. Las pampas reaparecieron con su cansador horizonte; hicimos alto, después de haber recorrido siete a ocho leguas al S.O. $^1/_4$O. Descansamos algunos momentos; luego, nos pusimos en marcha a través de un terreno bajo, o cañada, seco

entonces, permitía reconocer las huellas de las carretas de la expedición de Rodríguez, en 1824. El fondo era todo arcillo-calcáreo, lo que resultaba fácil de verificar gracias a la tierra removida por las vizcachas y al aspecto general de las orillas de la laguna, en las cuales nos habíamos detenido. Recorrimos cuatro leguas y media al S.O. $^1/_2$S.; vi por primera vez el animal llamado *libre* por los españoles y *mara*[7] por los indios; me impresionó la velocidad de su carrera y su tamaño.

14 de marzo

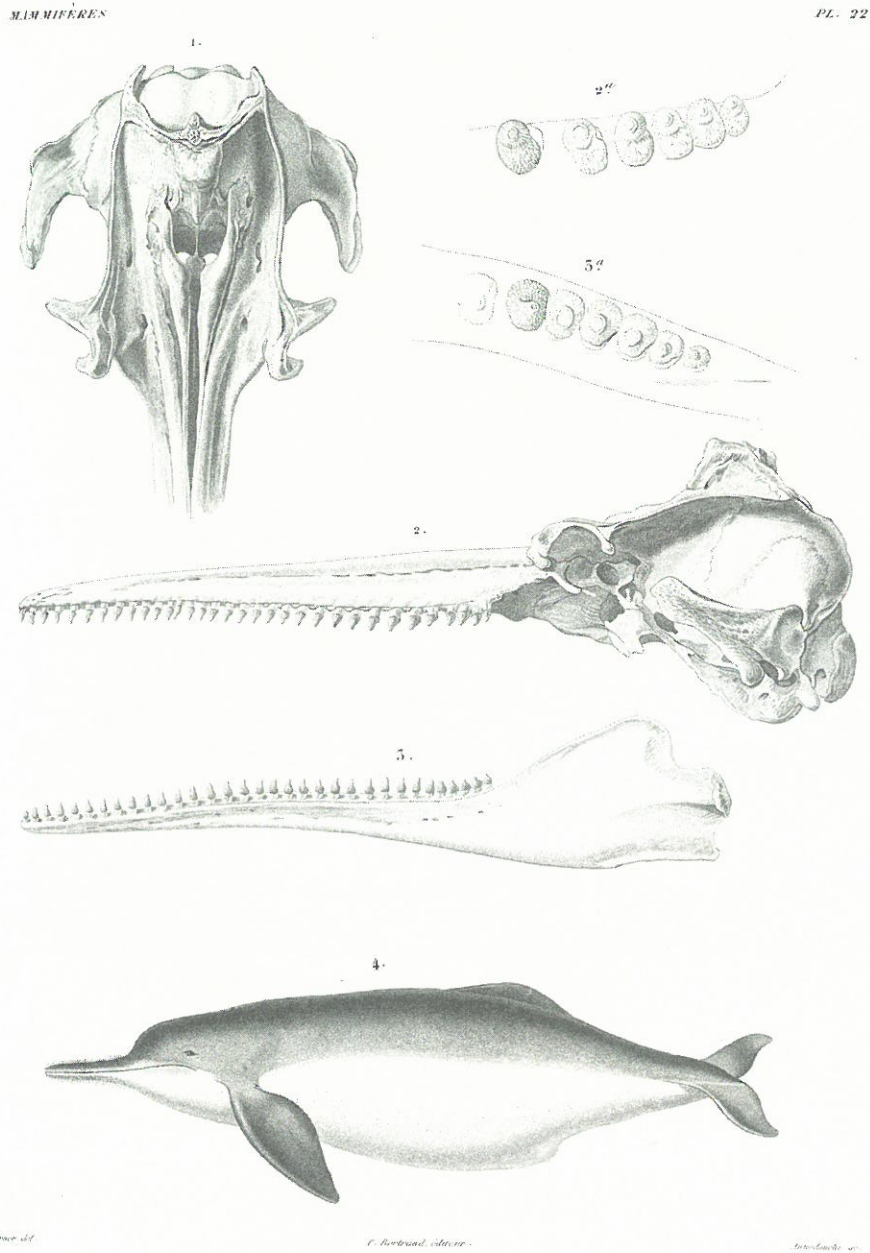
El 14 nos pusimos de nuevo en camino, después de cambiar de caballos, operación que duró media hora. La región que recorrimos era llana y baja: a las ocho, se presentó una ligera altura *o loma*, y del otro lado hallamos un arroyo seco por completo, cuyo lecho estaba lleno de juncos. Recorrimos otra legua más e hicimos alto finalmente junto a un tercer arroyo, llamado *Quequén*, de apenas cinco metros de ancho, cuyas aguas turbulentas y fangosas estaban dormidas por la sequía; corre mas o menos al este. Recorrimos alrededor de seis leguas en la misma dirección que la víspera; partimos una hora irás tarde. Al cabo de una legua y media, pasamos un arroyo seco y llegamos a las alturas que cruzaban perpendicularmente el horizonte; a las dos se distinguían todavía, al N.E., las montañas de la Tinta. Nos detuvimos, cuatro leguas más lejos al S.O., en una hondonada, entre dos eminencias, junto a una pequeña laguna de agua muy buena; a un cuarto de legua, al S.O.$^1/_4$O., había un lago mucho mayor, que no vimos en un comienzo. El tiempo era tormentoso: llovió toda la noche y una parte del día siguiente, lo que detuvo nuestra marcha; pero vino el pampero a barrer las nubes, haciendo que el horizonte recobrara su serenidad habitual; y pudimos, dos días después, proseguir nuestro viaje.

16 de marzo

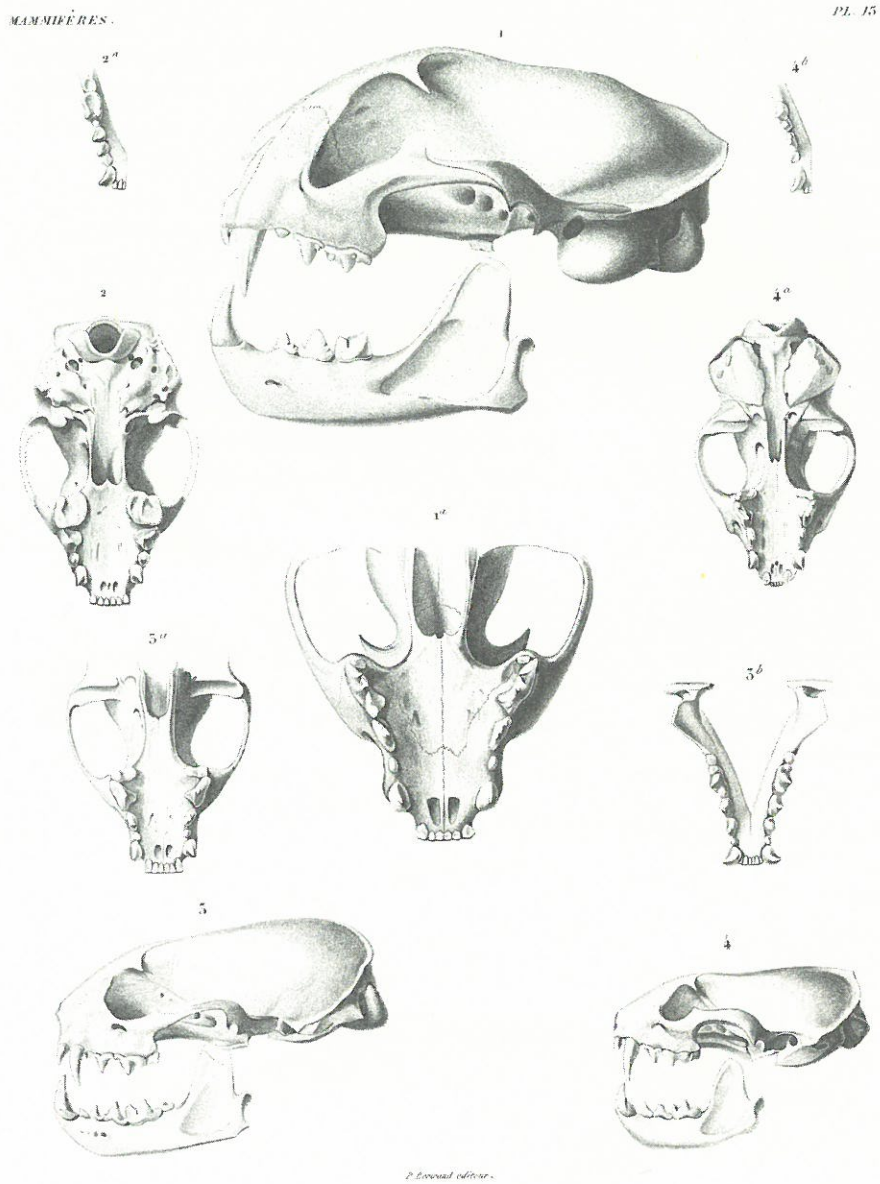
Recorrimos, ante todo, cuatro a cinco leguas de terreno ondulado, como al que llegamos en la parada anterior; luego del cual, cruzamos una zona de igual anchura de suelo llano, pero alto y seco. Las alturas reaparecieron; y en medio de las mismas, a orillas de un lago, nos detuvimos, luego de haber recorrido, de un tirón, once a doce leguas, parte hacia el S.O. y parte al S.O. $^1/_4$O. Este último trayecto fue muy cansador para nuestros caballos, a causa de la extrema blandura del terreno, cavado por todas partes por una especie de roedor, del tamaño de una rata pequeña, cuya cola, de dos pulgadas de largo, no tiene pelos; su piel es alconada, con una raya negra dorsal; tiene el hocico blanco y los bigotes bastante largos[8]. Hay

7 El *Mara aguti* de la Patagonía o *Dolichotes mara*.

8 Especie del *género Éténome*.



Inia boliviensis



1: Felis geoffroyi; 2: Mephitis humboldtii;
3: Mustela brasiliensis; 4: Mustela patagonica

que haber viajado en medio de esas llanuras vírgenes, donde el hombre sólo aparece a largos intervalos, para formarse una idea justa al respecto; una multitud de galerías subterráneas, cavadas por los mamíferos de que hablo, se hunden bajo las patas de los caballos, que penetran, a cada paso, de cinco a seis pulgadas, y tropiezan continuamente. Encontramos otro animal, que no habíamos visto todavía, el tatú *pichi* (pequeño)[9], así llamado a causa de sus dimensiones, menores que las de la mulita, y de su forma más redondeada; es también un gran comelón. Las orillas del lago donde pasamos la noche presentan siempre el mismo fondo, es decir de arcilla calcárea de osamentas.

El 17 el terreno se presentó más fuertemente ondulado: al cabo de cuatro leguas, atravesamos un pantano o cañada que parece tener corriente; estaba seco en el lugar donde pasamos, pero había agua a derecha e izquierda. Tres leguas más lejos, llegamos a otra cañada completamente seca, como la primera, y alcanzamos las orillas del Arroyo Salado, después de haber andado, sin hacer alto, nueve a diez leguas al sur. El arroyo, a orillas del cual estábamos, tiene un ancho de más de cinco metros: el lecho está encajonado entre barrancas elevadas de cinco a diez metros y compuestas de arcilla de osamentas; el fondo parece calcáreo; las aguas son fuertemente salobres y corren con bastante rapidez. Recogí en las orillas dos especies de conchillas fluviales, una *paludina*[10] y una *limnéa*[11]. Desde el campamento comenzamos a descubrir las sierras de la Ventana a la derecha; las examiné y comprobé que abarcaban el horizonte, desde el 4° grado del oeste al sur, hasta siete grados y medio. El baqueano marchó en busca de ,una salida por donde pudiera pasar la carreta y descubrir las tiendas del cacique Tetruel, que se decía que acampaba en esos alrededores. El paso fue hallado algo debajo de muestro campamento; pero no se vio ningún rastro de los indios.

Al día siguiente, descendimos a cerca de una legua al S.$^1/_4$E., bordeando el arroyo, para llegar al vado reconocido la víspera. Noté, al cruzarlo, que la capa de arcilla que recubre los bancos de calcáreo se reducía a un espesor de alrededor de dos metros: era, por lo demás, el último lugar donde debía verlo, porque más allá, hacia el sur, sólo el calcáreo se presenta en todas partes, y los aluviones que lo cubren apenas, son mezclas de arena y arcilla. Tomamos, a continuación, la dirección S.O. $^1/_4$.S., que seguimos toda la jornada, es decir durante siete u ocho leguas, a través de un terreno llano: una legua antes de detener-

9 *Dasypus minimus*, Desm., Mamm., esp. 588.
10 *Paludina Parchappii*, d'Orb. Véase Moluscos.
11 *Lymneus Parchappii*, d'Orb. Véase Moluscos.

nos, pasamos por una hondonada seca; pero, a la derecha, formaba un arroyo llamado de la *Algarroba o de las Achiras*.. Una vez que ascendimos la pequeña colina al pie de la cual corre, vimos en el horizonte grupos de objetos confusos, a los cuales el espejismo, que se observa casi continuamente en esas grandes llanuras, daba mil formas fantásticas; pero distinguimos jinetes que corrían a rienda suelta, luego volvían sobre sus pasos y se cruzaban en todos sentidos. Nuestros exploradores tomaron la delantera, y antes de que regresaran, nos encontrarnos en el teatro de esa justa inesperada. Era una cacería de los indios aucas: los ciervos gauzú-ti, los avestruces (ñandúes), los tatúes de diversas especies, que, de todas partes, yacían degollados sobre la hierba ensangrentada, demostrando que la caza había sido muy abundante; la única arma que emplean esos pueblos para atrapar su presa, se compone de las boleadoras, varias veces descritas. Cuando quieren realizar una gran batida, van a pasar la noche en el punto donde debe comenzar y forman una gran línea semicircular. Esos preparativos se efectúan la víspera al atardecer, y cada uno duerme en su puesto, de manera que al amanecer no tienen más que montar a caballo y avanzar lentamente de acuerdo al orden establecido; sorprenden así, en todo el frente que abrazan, los animales todavía dormidos o que esperan, para pastar, que el rocío se haya disipado. A veces forman dos o tres líneas concéntricas, de manera que el animal, que escapa a los cazadores de la primera, cae infaliblemente bajo los golpes de los de la segunda. Se concibe que semejante sistema de caza despuebla pronto una comarca y que la tribu se ve obligada poco después a levantar campamento para ir a buscar fortuna en otra parte. La que acabábamos de encontrar, hacía entonces provisiones para varias semanas; nos recibieron muy cordialmente y nos dieron muchos productos de caza.

Hicimos alto junto a un lago extenso, cuya agua era pasable, y que da nacimiento, al sur, a un arroyo que corre al sudoeste; el fondo está compuesto de arcilla endurecida. Los indios que encontramos pertenecían a la tribu del cacique Tetruel, establecido en esos lugares, después que fue despojado y puesto en fuga por los chilenos de Píncheira. Nos dijeron que el arroyo, sobre el cual acampaba su cacique, estaba todavía lejos, lo que nos decidió a pasar la noche en ese mismo lugar. Aproveché ese alto para ir a visitar las tiendas que los cazadores levantaron a orillas del lago; eran poco numerosas, y en los alrededores pastaban una veintena de caballos y unas cien ovejas. Hallé a las mujeres y niños ocupados en trinchar, cortar en pequeños trozos y salar la caza. Los indios más importantes visitaban al cacique Venancio; esa entrevista daba lugar a una especie de consejo que los criollos llaman *parlamento*. Venancio estaba sentado bajo su tienda, entre sus dos mujeres, y los visitantes, sentados

en tierra, formaban dos círculos a su alrededor. Varios oradores hicieron uso de la palabra y los asistentes les prestaron la mayor atención; su manera de hablar, fuertemente acentuada, parecía un canto monótono, cortada en versículos y esencialmente distinta del tono de su conversación habitual. En todas las oportunidades en que una tribu se encuentra con otra o que debe tratar la paz, la guerra y hasta cosas menos importantes, se constituyen reuniones semejantes y no es raro que se efectúen a caballo.

19 de marzo

El 19 nos separamos de los indios y recorrimos, al S.O., alrededor de siete leguas de terreno ligeramente ondulado, arenoso, que sólo ofrecía pastos duros y ralos. Nos detuvimos a orillas de un arroyo, que según creo era el Viruta, señalado por otros viajeros, y que lleva también el nombre de las *Mostazas*, a causa, sin duda, del gran número de crucíferos que hay en sus orillas: corre por un profundo valle de N.O. a S.S.E. En esa parada, reconocí la Sierra de la Ventana, al N.O. 1/4 N. Marchamos de nuevo por la tarde, y luego de recorrer unas tres leguas al S.O. 1/4 O., llegamos a un arroyo llamado Chaticó por los indios y que corre de N.N.O a S.S.E.. Debimos cruzar, en ese trayecto, grandes barrancos, donde se descubren bancos de calcáreo al desnudo o apenas cubiertos de tierra vegetal: a orillas del Chaticó estaba la *toldería, o* reunión de tiendas, de los aucas de Tetruel. Hubo un nuevo parlamento, pero esta vez a caballo. Los indios se mostraron tan ceremoniosos, infatigables y locuaces oradores como en el anterior. Nos enteramos de que numerosas tribus de Ranqueles y Chilenos debían ponerse en marcha, noticia poco tranquilizadora para nosotros y que, hasta la llegada del grueso de la expedición, hacía muy precaria nuestra situación.

20 de marzo

Al salir del arroyo Chaticó, marchamos hacia el O.S.O., por espacio de tres leguas, dirigiéndonos en dirección a una colina bastante elevada, flanqueada de otras dos, algo menores; allí, cambiarnos de dirección, al S.O., y recorrimos cuatro o cinco leguas, a través de un terreno frecuentemente cortado de profundos barrancos. Hicimos alto a orillas del *Río Sauce Grande*, nombre que le es común con otro río menos importante y que ambos deben a los sauces que los bordean. Vi finalmente árboles, los únicos que plantó la naturaleza en todo el trayecto de Buenos Aires a Bahía Blanca; por eso experimenté una sensación deliciosa, al sentarme a su sombra; y mi vista, fatigada por tanto tiempo de la monotonía y aridez de las pampas, reposaba con felicidad sobre su tierna vegetación, reflejada en las aguas límpidas del río que bañaban sus raíces.

El Sauce corre en ese punto al S.S.E.; tiene una anchura de cinco o seis metros y una profundidad de un metro y medio. La corriente es rápida: las

aguas son de lo más claras; ocupa el medio de un valle profundo, que puede tener mil metros de ancho. Por la tarde lo costeamos, ascendiendo alrededor de una legua a fin de buscar un vado cómodo para la carreta. Habiendo presentado dificultades el pasaje, nos vimos obligados a acampar y pasar la noche en la otra orilla. A lo largo del Sauce corre un camino abierto por los indios y a cada paso hallamos rastros más o menos antiguos de sus campamentos: uno de ellos parecía haber sido abandonado precipitadamente y encontramos cueros, dos lazos, una bolsa llena de sal y otra en la cual había un zapato de mujer, proveniente, sin duda, del robo de alguna casa, porque las indias marchan con los pies desnudos. Por la noche se desató una tormenta, con un fuerte viento sur y algo de lluvia.

21 de marzo

Al partir del Río Sauce Grande, seguimos durante seis a siete leguas la dirección S. 0. y nos detuvimos junto a una hondonada o laguna seca; habíanse practicado a sus orillas pozos poco profundos en los que hallamos agua potable, aunque salobre. Me enteré por los guías que ese lugar se llama Manantiales de *Napostá* y que sirve de parada a los indios que van y vienen del Río Colorado hacia el norte e inversamente. La margen del Río Sauce presenta, en un ancho de alrededor de tres leguas, un terreno ligeramente ondulado, cubierto de pastos medianos; pero, más allá, se hace completamente árido, casi sin hierba, y está socavado en todas partes por ratas llamadas, por su grito, *tucutucu*[12], de donde proviene el nombre de *tucutucales* que se da a esos terrenos tan difíciles de franquear y que se denominan también *guadal, campo guadaloso*. A falta de pastos, alimentan un pequeño arbusto espinoso, el chañar de los habitantes; arbusto característico de los terrenos arenosos que circunscriben la hoya propiamente dicha de las pampas, y que cubre una parte de los desiertos de la Patagonia. Por la tarde cambiamos de dirección, yendo hacia el o.s.o. cuatro a cinco leguas. La marcha se hizo cada vez más difícil y nuestros pobres caballos, hundiéndose hasta media pata, estaban a punto de negarse a servir, cuando alcanzamos unas alturas o dunas, desde donde vimos el mar.

Bahía Blanca

Llegué al fin de mi viaje. Al placer de alcanzarlo sin accidente, se unía el de contemplar el océano, que no veía desde hacía varios años y cuya superficie azulada contrastaba con el aspecto amarillento y triste de las llanuras que recorría desde tanto tiempo atrás. El baqueano, que tomó la delantera, me previno que había visto una embarcación de dos mástiles anclada en la bahía; no podía ser otra que

12 También una especie del género *etenomo*.

la enviada desde Buenos Aires con los materiales para las construcciones que debían ejecutarse en el nuevo establecimiento; así todo concurría a asegurar el éxito de la empresa, y me sentí descargado de un gran peso al ver disiparse las inquietudes que había alimentado, hasta entonces, sobre el resultado de mi misión. Anduvimos todavía una legua al O.N.O., a través de terrenos socavados y cubiertos de chañares; luego, descendimos por las colinas que bordean la ensenada de la Bahía Blanca, en una extensa llanura entre su pie y la orilla, y llegamos al borde de un riacho, que más tarde supimos que era el *Napostá* de los indios o el *Sauce Chico* de los españoles, y que corre, en ese punto, del N.O. al S.E. Acampamos en medio de buenos pastos, resueltos a instalarnos provisionalmente en ese lugar, hasta que un reconocimiento más amplio de la bahía nos permitiera elegir el asiento del establecimiento proyectado.

22 de marzo

Al día siguiente monté a caballo, acompañado del jefe del establecimiento; y bordeando las dunas que rodeaban la bahía, me dirigí al E.S.E., para buscar el navío visto la víspera. A nuestra derecha veíamos inmensos terrenos llanos, cubiertos de plantas y arbustos marinos, en medio de los cuales se distinguían grandes espacios desnudos, blanquecinos, cargados superficialmente de florescencias salinas, que brillaban al sol; todo se inunda en la época de las grandes mareas. Trepé, en dos diferentes ocasiones, la cima de las dunas, para dirigir mi lente hacia la bahía, donde no vi más que el mar, porque la marca era muy baja y abandonaba entonces todo el suelo raso que constituye el fondo. Llegamos, finalmente, a una punta elevada, donde descubrimos la bahía en toda su anchura y la embarcación anclada alrededor de media legua más lejos. Galopamos sobre una playa de arena, sembrada de conchillas; pasamos sobre un banco de roca, rodeado de grandes acumulaciones de cantos rodados de todos los colores, y llegamos a orillas de un arroyo en el cual la marca baja había hecho encallar el navío. Encontramos a bordo al señor Enrique Jones, su propietario, y al piloto Laborde, con seis marineros franceses, que formaban la tripulación de una ballenera destinada a la bahía: el arroyo recibió el nombre de *Arroyo Pareja*, en un reconocimiento efectuado anteriormente por mar: no tiene más que alrededor de media legua de curso, sin agua dulce; ofrece un puerto bastante bueno para treinta o cuarenta navíos, que permanecerían varados, con el mar bajo, en un fondo de limo. Don Enrique hizo cavar, en los alrededores, un pozo que le proporcionaba, a dos o tres pies de profundidad, agua potable. Como sólo había en la vecindad dunas, guadales y ningún lugar apropiado para la colonia, decidí, a pesar del buen puerto, que la embarcación esperara la elección de un sitio más conveniente, a fin de anclar; y decidí permanecer a

bordo, para ir a reconocer, con la ballenera, la boca del río en que estábamos acampados. Por la mañana, había enviado al baqueano en dirección opuesta, con la misión de examinar el terreno. Fue hasta *Vaca Loncoy o Cabeza del Buey*, duna elevada, que estaba frente a nosotros del lado sur, y halló impracticable toda la hondonada que rodea la bahía, sobre todo en la orilla opuesta, donde sólo se encuentran *cangrejales;* mientras que el suelo sobre el cual nos detuvimos ofrecía, en una extensión bastante grande, buenos pastos y una meseta muy llana y vasta, apropiada para sede del villorrio. Había encargado también al oficial que me acompañaba que recorriera las orillas del Napostá hasta su desembocadura; y al día siguiente, mientras se levantaba un viento sumamente violento que me obligaba a permanecer a bordo del navío, él bordó el río hasta su desembocadura y comprobó que la ruta era impracticable, aun para las carretas, hasta la orilla de la bahía, aunque la alta mar la cubre a veces en parte. Para acercarse a la desembocadura, hizo cruzar a nuestra gente el río y acampar una media legua más abajo, a unos tres cuartos de legua de la costa.

24 de marzo

El viento seguía soplando con violencia y se oponía a mi proyecto de reconocimiento por agua; el baqueano me trajo un caballo ensillado, que aproveché para regresar al campamento por tierra, dando orden al piloto de embarcarse en la ballenera a fin de ir a la entrada del Napostá. Mientras andaba, vi desde lo alto de las dunas las velas blancas de la embarcación, que cinglaba hacia el fondo de la bahía; tomé el galope para adelantarla y llegué al campamento media hora antes de la caída del sol. Una vez que puse pie en tierra, hice subir un hombre al techo de la carreta, para que pudiera seguir la marcha de la ballenera que avanzaba bajo vela, y parecía acercarse a la desembocadura: envié otro hombre a la costa para que hiciera señales; pero llegó la noche y mi mensajero reapareció en el campamento sin haber visto nada, lo que me produjo alguna inquietud acerca de la forma en que los marineros iban a pasar.

25 de marzo

En vista de las circunstancias, el 25 monté a caballo muy de mañana y me dirigí a la boca, acompañado del oficial y el baqueano. La marca de la víspera había invadido todas esas lomas blancas, cubiertas de eflorescencias salinas y cuyo brillo me impresionó al llegar; pero vi claramente que podían desembarcarse sin dificultad todos los objetos no susceptibles de alterarse por la humedad, y que resultaría fácil levantar un terraplén apropiado para servir de batería y de lugar de descarga de los barcos. Todo el terreno, desde el cabo hasta la costa, es firme y brinda un buen camino para carretas. El río es profundo en su desembocadura;

corre sobre un fondo de légamo, que es también el del interior de la bahía: en ese sitio es muy estrecho y sólo presenta un canal, de manera que cuando la marca baja se ve un hilillo de agua entre dos playas de limo. El riacho Napostá atraviesa una de las mismas, para desembocar en el canal de la bahía, y las numerosas sinuosidades que forma su lecho sólo se descubren durante la marea alta por medio de balizas, cuya colocación me pareció indispensable. Merced a estas precauciones, las embarcaciones y hasta los navíos pequeños podrán remontar el río hasta la mitad del camino de la costa a la nueva colonia. No hallando ningún rastro de la ballenera, hice encender fuego y plantar una bandera, esperando que esas señales fueran vistas por la tripulación, y fui, con el baqueano, a reconocer la colina de que he hablado. Subimos por las riberas del río, que forman gran número de rodeos, y descubrimos un foso con el cual los indios clausuraron el terreno que abraza una de esas sinuosidades, sin duda con el propósito de encerrar los caballos. Juzgué que ese reducto podría proporcionarnos un abrigo, en caso de peligro. Los informes que el baqueano me dio sobre la colina eran exactos: presenta una vasta meseta, bordeada, al norte y al este, por el Napostá; el terreno es llano, firme y apto para la agricultura. Es el único de los alrededores que reúne tales ventajas. Estuve encantado de la ubicación, y luego de haberla reconocido bien, resolví finalmente que fuera el asiento del fuerte. De regreso al campamento, escribí al capitán del navío, anunciándole que mi elección estaba hecha y que le rogaba viniera a anclar junto a nosotros. El oficial se encargó de llevar la carta y de pedir algunos víveres, porque todas mis provisiones, así como las de las restantes personas de la expedición, se habían terminado. Había enviado un hombre a caballo a la entrada del río, que debía permanecer como vigía y aguardar la ballenera; pero regresó al atardecer, sin haber descubierto nada; y el oficial, de regreso del barco, anunció que el mismo no había retornado. Mis inquietudes sobre la suerte de los marineros que se habían embarcados se avivaron. Me perdía en conjeturas acerca de las causas de su desaparición.

26 de marzo

A la mañana siguiente, hice encender de nuevo grandes fuegos y recorrer la costa por algunos hombres a caballo; mientras los otros, acompañados de los indios, se distribuían por el campo, para cazar y conseguir víveres. Nuestros cazadores, habiendo visto, entre el río y los Manantiales de Napostá, una multitud de caranchos e iribúes, que planeaban en los aires, siguieron esa dirección; era un signo seguro de que algunos cadáveres yacían en ese lugar y es así cómo, a menudo, los habitantes de las campañas descubren los restos de alguna pieza de ganado, que les fuera robada por el jaguar o los malhechores. Nuestras gentes hallaron,

en efecto, el cadáver de un indio, muerto muy recientemente, y no tardaron en despojarlo, en un instante, de su ropa; por lo demás, la batida fue poco provechosa, porque los naturales que habitaban esos cantones destruyeron todo. Cuando los mismos cazan, armados de sus boleadoras, forman un gran arco de doble círculo, de manera que no se les escapa ningún animal: el que franquea la primera fila de cazadores, cae infaliblemente bajo los golpes de la segunda, y todo perece, hasta las perdices. Un cantón habitado algún tiempo por los indios, no presenta pronto otros seres vivientes que las aves de rapiña. A pesar de esa devastación, tuvimos, por nuestra parte, algunos cuartos de ciervo guazúti, del cual los habitantes sólo comen las hembras, a causa de la repugnancia que les inspira el fuerte olor a ajo que exhalan los machos. He probado algunas veces su carne y me pareció muy buena, sin embargo, de un gusto análogo al del corzo de Europa. Nos trajeron también *peludos*, *pichis* y *matacos*[13]. Estos últimos, que probé por primera vez, presentan la característica de que, cuando se asustan, se encierran en su caparazón, formando una bola, permaneciendo entonces en una inmovilidad absoluta y hasta dejándose conducir a caballo, durante mucho tiempo, sin abandonar su prisión esférica. Su carne es menos delicada que la de las otras especies y los indios sólo la emplean cuando no tienen nada mejor. En cuanto a los pichís y peludos, son gordos al extremo y están cubiertos, algunas veces, de una capa de grasa de dos dedos de espesor; los pichis son un manjar tan delicado como las mulitas o tatúes mulitas. A esas provisiones de carne fresca, se sumaron algunos víveres enviados por Don Enrique y nuestra subsistencia quedó asegurada por varios días.

La incertidumbre acerca de la gente de la ballenera duraba todavía por la tarde y ninguno de los exploradores trajo noticias, cuando vimos, de golpe, elevarse un gran humo en el fondo de la bahía. Envié, de inmediato, dos soldados a ver de dónde provenía; regresaron a la noche y nos dijeron que habían hallado la barca, con su tripulación, medio muerta de hambre, que pedía víveres a voces. En el mismo instante nos visitaron los indios del cacique Tetruel, y nos informaron que la expedición estaba en camino y no tardaría en llegar: esa feliz noticia y el placer de encontrar la chalupa, sembró la alegría en nuestro pequeño campamento. Se entablaron animadas conversaciones entre los grupos reunidos alrededor del fuego, donde se asaban los productos de la caza, las que se prolongaron hasta avanzada la noche.

Impaciente de llevar socorros a los pobres marineros de la ballenera, monté a caballo muy temprano y me dirigí hacia el fondo de la bahía, a través de la

---

13 *Tatú* apar., *Dasypus* apar., Desin., Mamm., esp. 581.

llanura comprendida entre las salinas y las dunas, hondonada que ofrece bastante buenos pastos. Después de haber andado alrededor de cuatro leguas, entré en las playas saladas que la marea cubrió la víspera, lo que hacía difícil al extremo el trayecto; vi frente a mí, a dos leguas, una interrupción entre las dunas. Pregunté al baqueano a qué se debía: me dijo que era una garganta y que al fondo corría un riacho, formando la punta extrema y como la prolongación de la bahía; también encontramos muchas hendiduras cavadas por esos diversos brazos; dos de entre ellas bastante anchas y profundas como para dar entrada a los navíos; pero sus orillas no ofrecían ningún punto apropiado para desembarcar. Todos los terrenos de los alrededores son limosos, y en la misma orilla sólo presentan un limo más muelle y lleno de huecos de cangrejos, lo que hace que los habitantes los llamen cangrejales, porque apenas los caballos ponen allí las patas, caen y se hunden hasta el vientre; algunas veces resulta imposible retirarlos y allí perecen. El jinete no tiene, en esos casos, otro remedio que arrojarse a un costado, y si ve que el suelo no puede sostenerlo de pie, se retira arrastrándose de vientre.

27 de marzo

Encontramos, a orillas de uno de esos arroyos, un enorme depósito de osamentas de vacas, que provenía, sin duda, de un cargamento de carne salada que un barco reunió en ese lugar algunos años antes, cuando esos parajes alimentaban todavía rebaños salvajes, que, luego, desaparecieron por completo. Vi allí que esa corriente de agua había sido tomada por error por la desembocadura del Río Napostá o Sauce Chico, y que éste no era conocido antes de nuestra llegada. Vimos, en el lugar donde nuestros soldados habían encontrado la víspera a la tripulación del barco, un fuego aún encendido; pero, al seguir las huellas de los marineros en el limo, comprobamos que habían partido; la ballenera estaba amarrada en un pequeño canal, una legua más abajo. Saqué la conclusión de que, empujados por el hambre, se habían dirigido a pie hacia el campamento, y, en efecto, a nuestro regreso vimos dos marineros que llegaron durante nuestra ausencia. Nos dijeron que el día de la partida del navío no encontraron la desembocadura del Napostá, porque su patrón, a pesar de los informes que le di sobre la localidad y la distancia, se obstinó en buscarnos en el fondo de la bahía; que agotados de cansancio y hambre, y no hallando agua, tomaron finalmente la resolución de buscarnos por tierra. A la tarde llegaron sucesivamente otros dos de sus camaradas; luego el patrón, con los dos últimos, medio muertos de hambre y sed, y conducidos por mis indios, que por suerte los habían hallado. Debieron probablemente la vida a la humanidad de esos salvajes, porque habían errado al azar y sus fuerzas estaban agotadas por completo a causa de tres días de ayuno absoluto.

En el momento de nuestra llegada, el cacique Venancio envió un correo a su lugarteniente Montero, acampado, con el resto de su gente, a orillas del Colorado; el correo llegó por la tarde, acompañado del mismo Montero. Esos indios nos informaron que habían visto nueve hombres a caballo en la Cabeza del Buey; suponían que eran espías o la vanguardia de los indios enemigos, que vendría, según aseguraban, en gran número, con la intención de atacarnos y oponerse, con todo su poder, a nuestro establecimiento, considerado por ellos una usurpación de sus dominios; decían, además, que conocían nuestra escasa fuerza y no desconocían que el resto de la expedición llegaría más tarde. Agregaron, finalmente, que el enemigo podría esperarse en tres o cuatro días, a lo sumo; que la disensión dividía a las gentes de Montero, una parte de las cuales se había sublevado; que estaban a punto de irse a las manos y que muchos habían desertado para unirse a Pincheira, que nos amenazaba. Resolvimos tener en cuenta estas noticias y disponer nuestra seguridad. Nuestra primera medida fue colocar guardias avanzadas en todos los puntos y pensamos fortificarnos en un recodo del Napostá. Parecía justificar esas precauciones e indicar algún peligro real, el hecho de que el cacique Venancio pareciera dominado por el terror; reunió a los suyos y mantuvo un consejo que duró toda la noche.

Nuestra posición se hacía crítica y despachamos, por la mañana, un expreso al coronel Estomba, para inducirlo a acelerar la marcha y enviarnos algunos refuerzos; formamos también dos destacamentos, encargados de batir la campaña y de advertirnos por medio del fuego si veían algo; ese género de seriales es el telégrafo empleado por los indios. El destacamento que se dirigió a Cabeza del Buey, en busca de los rastros de los nueve hombres, que los indios decían haber visto, regresó al atardecer y declaró que no pudo descubrirlos. Más tarde, tuvimos una gran alarma. Dos indios de Venancio, que fueron de exploradores a la campaña, dieron con un grupo de jinetes y emprendieron de inmediato la huida, replegándose sobre nuestro campamento. Fueron perseguidos y uno de ellos alcanzado, mientras el otro llegó todo espantado, gritando que el enemigo llegaba pisándole los talones, que su compañero estaba prisionero y que había visto un humo, señal convenida. Al momento todos nos pusimos en movimiento; fueron ensillados los caballos y se realizaron los preparativos de combate. Tomamos disposiciones para efectuar nuestra retirada, cuando el segundo destacamento, mandado por el otro baqueano, llegó: era el pretendido grupo enemigo que había perseguido al explorador y que traía a su segundo camarada, colmándolo de bromas por su miedo prematuro. Repuestos de esa falsa

28 de marzo

alarma, descubrimos el tipo de confianza que había que depositar en los indígenas. Como viven continuamente en guerra entre sí, han llegado a inspirarse mutuamente tal terror que el menor accidente se convierte en su imaginación fértil en motivo de aprensión. Apenas se instalan en un cantón cuando el pánico, semejante al de ese día, los hace huir a gran distancia y jamás se acuestan con perfecta tranquilidad. Por la mañana, fui con el patrón de la ballenera a conocer la desembocadura del Napostá; bordeamos la orilla izquierda. La encontré cubierta de malezas e inundada en casi todos sus puntos por la alta mar, lo que me decidió a elegir la orilla derecha para atrincherarnos en caso de necesidad y descargar la embarcación. Habiendo el patrón reconocido la posición de la boca, lo envié, con tres marineros, a buscar la ballenera, que permanecía anclada en el fondo de la bahía: estuvieron de regreso al atardecer y me embarqué con ellos para remontar el río, hasta el recodo elegido para nuestro reducto provisional; el río dibuja, hasta este lugar, un gran número de sinuosidades, pero a tal punto próximas que comprobé que sería fácil, por medio de cortes, enderezar del todo su curso. Entretanto, la chalupa del navío vino, sondeando, hasta cierta distancia de la boca; luego viró de bordo y regresó. Me enteré, por un soldado que vino del barco, que no había hallado agua; pero resultaba claro para mí que no había seguido el canal, ni vio la entrada del río, que parece muy difícil de reconocer desde alta mar, lo que me confirmó la opinión de que hasta entonces no la habían percibido.

29 de marzo

Nos despertamos el 29 con la llegada de varios indios del cacique Tetruel, que venían a informarnos que su jefe iba al encuentro del coronel Estomba y que probablemente el convoy debía hallarse de este lado del Arroyo Salado; feliz noticia que templó un tanto la moral de nuestra pequeña tropa y produjo, sobre todo, el mayor placer al cacique Venancio y sus alarmados indios. Me embarque en la ballenera y fui a bordo del barco que aguardaba con impaciencia. El patrón opuso mil objeciones a mi proyecto de hacerlo avanzar. El verdadero motivo de su renuencia residía en su interés personal, porque era preferible para él descargar en el punto donde estaba, sin verse obligado a aparejar de nuevo, pero yo me mantuve firme y tuvo que decidirse, al fin, a izar la vela al día siguiente. Como el viento se oponía en la jornada del 30 a nuestra salida del arroyo Pareja, permanecí a bordo; al día siguiente, 31, aparejamos al atardecer; pero el barco ancló en un recodo del arroyo.

Viendo, al día siguiente, que la marea no subía lo suficiente como para poner a flote el barco, me embarqué en la ballenera para regresar al campamento. Otro contratiempo me impidió llegar el mismo día: no pudiendo reco-

nocer en la oscuridad la boca del Napostá, anclamos y me vi obligado a pasar la noche en la ballenera; no pudimos remontar el río hasta la marea del día siguiente. En cuanto al navío, sólo llegó dos días después del anclaje que referí, y tal vez habría tardado más, sin las numerosas balizas que tuve la precaución de colocar a orillas del canal, donde, con mar bajo, había aún dos brazadas de agua sobre el fondo de limo y casquijo. El patrón se vio obligado a convenir que el puerto era excelente y que la opinión que había emitido era completamente falsa; de inmediato se ocupó de la descarga. Hice apilar la madera de construcción en la punta, junto a la desembocadura; y, por medio de dos pequeñas almadías, se remolcó una parte de la carga hasta el recodo de que he hablado, a un cuarto de legua en las tierras. Cuando se haya rectificado el curso del río, las embarcaciones y hasta los barquichuelos podrán fácilmente remontar con las marcas hasta ese punto, lo que será muy ventajoso, porque nunca la inundación podrá llegar hasta allí, y en consecuencia, habrá siempre un camino firme y seco para los vehículos. A mi llegada al campamento, hallé al mayor Valle, que llegó la víspera al atardecer, con un refuerzo de veinte hombres y víveres; traía la respuesta del coronel Estomba a mi carta. El convoy debía alcanzar ese mismo día el Río Sauce y el coronel debía anunciarse por medio de dos tiros de cañón. Desde ese momento nuestros temores desaparecieron por completo y pude ocuparme, con toda tranquilidad, del desembarco de los materiales y del proyecto de fortificación que debía presentar al comandante de la expedición.

1º de abril

La noticia de nuestra llegada a esos alrededores se difundió pronto entre las tribus errantes de las inmediaciones; por eso vimos acampar a muchas de ellas sucesivamente arriba y abajo de nosotros, a orillas del Napostá. Esos indios poseían varios niños y mujeres de raza blanca, cautivos provenientes de invasiones anteriores al territorio de los cristianos y en las cuales sólo matan a los varones adultos. Intentamos rescatar esos prisioneros al precio de algunas yeguas, moneda empleada de ordinario en esa clase de intercambios; pero la cosa no fue sin dificultad y, lo que es más notable, la oposición provenía de las mismas cautivas, muy apegadas a su amos indios. En ocasión de la expedición del coronel Rauch contra las tribus del sur, numerosas mujeres blancas que rescató, huyeron para volver con los indios. Durante las marchas nocturnas, se arrojaban de la grupa de los caballos, donde las llevaban los soldados, y se salvaban a favor de las tinieblas.

Habiéndome enterado por un mensaje del coronel Estomba, escrito la víspera en los Manantiales de Napostá, que debía llegar en el día con la primera división de carretas y caballería de la expedición, monté a caballo para ir a

su encuentro, y habiéndolo hallado a corta distancia, llegamos al campamento a las diez. Después de algunos instantes de reposo, el coronel quiso recorrer los alrededores. Le hice ver todas las ventajas de la ubicación que elegí para el establecimiento, tanto a causa de la hermosa colina donde debía construirse el fuerte, como de la proximidad de un buen puerto. Estuvo encantado de todo lo que yo había hecho y aprobó mis planes. Dos días más tarde llegó el resto del convoy con la infantería; el campamento general fue instalado junto a la altura de mi elección. Comencé el trazado del fuerte e hice sucesivamente el del villorrio, los cuarteles, etc. Se pusieron a cavar los fosos y consagré todo mi tiempo a la dirección de los trabajos.

9 de abril

El 14, Montero, lugarteniente del cacique Venancio, llegó del Colorado, acompañado de sus soldados y de indios. Ese Montero, fusilado más tarde, sin juicio, por orden de Rosas, era un oficial de Chile, enviado a la cabeza de un destacamento de caballería, a fin de perseguir, de acuerdo con el cacique Venancio, las hordas de Pincheira. Habiendo sido derrotado, y cortándole el enemigo la retirada a través de la cordillera, decidió refugiarse en el territorio de Buenos Aires, donde esperaba obtener los medios de regresar a Chile. Al día siguiente de su llegada, pasó revista a sus soldados e indios, brindándonos el espectáculo de un simulacro de combate a pie y a caballo. Es imposible hacerse una idea de la impetuosidad del ataque de esos salvajes y de los gritos horribles con que lo acompañaban. Esa batalla en pequeño era el preludio de acontecimientos más serios. Impaciente por vengar su afrenta, Montero solicitó el concurso del coronel y de los indios pampas, nuestros vecinos, para atacar la banda de Pincheira. Le proporcionamos veinticinco hombres y un oficial, con armas y ropa; cien pampas se unieron a el, y dos días más tarde partieron todos para el Colorado, donde Montero había dejado parte de sus fuerzas. Al cabo de quince días, recibimos de él una carta en la que nos informaba que se ponía en marcha con cincuenta y ocho cristianos, armados de carabinas, y más de cuatrocientos indígenas, armados de lanzas y boleadoras, y que su intención era regresar por el otro lado de la Sierra de la ventana.

14 de abril

Una vez descargado nuestro navío, fue reexpedido para Río Negro, en la Patagonia, donde debía recoger un cargamento de madera de construcción. Otro barco llegó con una carga de materiales y se desplegó toda la actividad posible para adelantar los trabajos del establecimiento. Me ocupé también de las observaciones meteorológicas y de la elaboración de un mapa detallado de los alrededores; observé que la campaña, que bordea el Río Napostá o Sauce

Chico, está cortada por numerosos arroyos, que vienen a desembocar, descendiendo de las colinas vecinas; ese río, en el punto donde abandona las alturas para atravesar la llanura, corre en un valle profundo y estrecho, que viene de las montañas; allí, su lecho puede tener siete u ocho metros de ancho y su curso es rápido. Si la región fuera boscosa y estuviera animada por algunas casas, sería un lugar encantador, pero ese suelo, todavía virgen de cultivos y plantaciones, sólo ofrece un paisaje melancólico, cuya vista inspira tristeza. Las colinas entre las cuales el río desemboca en la cañada son elevadas; y desde su cima se domina la bahía, que se descubre casi por completo, de manera que se pueden ver, a gran distancia, los barcos que entran o que salen. La vista penetra así a lo lejos, donde se ve serpentear el río, trazando numerosos meandros; algo más arriba, un banco calcáreo corta su lecho y provoca una pequeña cascada de alrededor de medio pie. Los pastos de todo el valle son excelentes, y para que sean muy buenos, sólo falta la presencia del ganado en las alturas que lo rodean.

La elaboración del mapa me ocupó todo el mes de mayo. Medí con cuidado la distancia del villorrio a la desembocadura del río, Y tomando esa línea por base, encadené, por los triángulos, los puntos más notables hasta el fondo de la bahía, donde encontré un arroyo que surgía de una garganta y casi completamente perdido. Sólo quedaban en un lecho algunos charcos de agua muy salobre; los bordes estaban cubiertos de eflorescencias salinas; todo el terreno, hasta ese punto, daba pruebas de fertilidad. Ningún incidente importante distrajo mis ocupaciones; únicamente, de tanto en tanto, nuestros amigos indios nos daban falsas alarmas. Ora veían fuegos a lo lejos, ora eran los rastros recientes de las partidas enemigas. Se hacían reconocimientos en la dirección indicada y no se hallaba nada. Algunos habitantes del villorrio de Lobos vinieron a visitar nuestro establecimiento; el objetivo de su viaje era descubrir si, entre los cautivos que rescatamos de los indios, figuraba algún pariente, que les, fuera raptado en las incursiones hechas por los salvajes, años antes. Un correo nos llegó también de Patagones, para prevenirnos que el navío estaba cargando y que traería en cualquier momento las maderas que nos eran necesarias. Los trabajos proseguían activamente: el foso mostraba ya una profundidad respetable; un cuartel estaba terminado y otro comenzado. Hice cavar, en medio del fuerte, un pozo donde se halló, a cuatro metros de la superficie, buena agua, que disolvía bien el jabón. Las capas transversales se componen de tres decímetros de tierra vegetal; luego viene una capa de arcilla, mezclada de sílex y piedras calcáreas, de igual espesor. Todo el resto es un banco de arcilla calcárea, muy dura, semejante a la de las osamentas que forman el fon-

do de las pampas y se extiende hasta las montañas. La vigilancia de los trabajos dejó de reclamar imperiosamente mi presencia y resolví reconocer el curso del Napostá, hasta la Sierra de la Ventana.

El 11 de mayo hice los preparativos para partir al día siguiente, pero grandes fuegos, muy alejados, que vimos por la noche, me hicieron vacilar al instante. Sin embargo, el incendio se extendió poco a poco, de manera de llegar a enrojecer todo el horizonte de O.N.O. hasta el norte y comprendí que era uno de los incendios casuales, tan comunes en esas vastas llanuras y que no constituía ningún índice de peligro.

11 de mayo

Por eso al día siguiente de mañana, acompañado del teniente coronel Morel, me puse en camino a eso de las nueve, estableciendo con la brújula el rumbo a seguir y haciendo medir las distancias con una cuerda. Tomamos la dirección N.E. y recorrimos dos leguas, a través de buenos terrenos con abundante *cebadilla* (especie de gramínea, que se estima mucho entre los pastos del país) que nos condujeron a un grupo de chañares. Doblamos luego al S.E.; y, después de una legua y cuarto de marcha, llegamos a orillas del Napostá, que, en ese lugar, tiene ocho a nueve metros de ancho: las orillas están cortadas a pico y forman un acantilado de dos metros de altura por encima del nivel del agua, cuya profundidad es más o menos igual; pero allí el lecho está atravesado por una capa rocosa que forma una caída de algunas pulgadas. Hicimos un alto, para que descansaran nuestros caballos; luego continuamos hacia el N.E. y marchamos 2 000 metros en esa dirección, lo que nos condujo al borde del Napostá, cuyo lecho, en ese punto, está cerrado y más encajonado. Medimos a continuación 1 500 metros al N.O. y después 3 000 al N.E. El terreno se ondula mucho Y los pastos son duros: el suelo es arenoso y blando; el banco calcáreo aparece en todas partes de su superficie. Bordeamos el curso del río por espacio de 1 300 metros y nos detuvimos para pasar la noche; el Napostá forma, en ese lugar, cuatro saltos, a cincuenta pasos de distancia uno del otro. Los dos extremos tienen algunas pulgadas solamente; pero los dos del medio tienen cerca de un metro y el agua se rompe sobre las rocas que se descubren en el fondo y que son en parte arcillosas y en parte calcáreas. La capa sobre la que corren las aguas, es de esta última especie.

El 13 partimos muy temprano y recorrimos sucesivamente 2 500 metros al N.O. hasta el borde de un barranco profundo, y 5 000 metros al N.E. hasta el río, que no presentaba nada de particular en ese punto; retomamos la dirección N.O. que seguimos durante 4 000 metros; luego, retornamos a la dirección N.E. Al cabo de 5 000 metros, llegamos al borde del valle; y, 8 000 metros más lejos, al del Napostá, que forma allí

13 de mayo

una caída de cerca de un pie. Esas riberas son siempre escarpadas y dominan de tres a cuatro metros el nivel del agua: su lecho, más estrecho, no tiene más que alrededor de seis metros de ancho; toda la capa que atraviesa es arcillosa y el fondo está cubierto de una arcilla gris-azulada muy untuosa, mezclada con algo de arena. Nos detuvimos para almorzar, sin descubrir aún las montañas, porque la atmósfera estaba brumosa, lo que me contrarió mucho. Por la tarde nos dirigimos al N.O. y recorrimos 5 000 metros en esa dirección, sobre un terreno desigual; 1 500 metros seguimos al N.E. nos hicieron regresar al borde del Napostá, que presenta allí una cascada rodeada con grandes pedazos de roca y de cerca de tres metros de alto. Algunos pasos más arriba cae un arroyuelo que llega por una garganta, cuya dirección es de N.E. a S.O. y produce una caída de cinco a seis metros de altura; en ese lugar, la caída puede tener un pie de diámetro y su acción forma una especie de pozo redondo, de tres a cuatro metros de diámetro, cuyo nivel es algo más elevado que el de las aguas del río. Ese pozo desagua por una pequeña abertura subterránea, a través de la cual se ve la luz; y resulta así un pequeño puente natural, que permite seguir, sin interrupción, la orilla izquierda del Napostá. Para ser uno de los sitios más encantadores que he visto, sólo falta a ese lugar, pintoresco por naturaleza, hermosos árboles y la variedad que imponen los trabajos del hombre.

A partir de ese lugar, el curso del río se inclina de manera de indicar su fuente hacia el O. La bruma continuaba siendo muy espesa y no pudimos distinguir las montañas; juzgando solamente por la naturaleza del terreno, que ondula fuertemente, cortado por profundos barrancos, que nos hallábamos bastante cerca; pero nuestros caballos estaban rendidos y carecíamos de víveres, lo que nos obligó a abandonar nuestra expedición y regresar al establecimiento. Seguimos el fondo del valle, costeando el río y vimos, algo más abajo, los rastros aún frescos de un destacamento bastante considerable que había pasado sobre el arroyo de un salto y se dirigía hacia el interior; reconocimos que eran los naturales, porque habían matado una yegua en la otra orilla, para comerla. Me propuse comunicar estos informes al coronel, ya que las idas y venidas de los indios no eran datos que debían descuidarse. Dos leguas más abajo, cruzamos el gran camino que va a Patagones y que pasa por un vado del río. Llegamos a la caída del sol al lugar donde habíamos pasado la noche precedente y nos detuvimos. Hacía excesivo calor y reconocimos que la bruma, que oscurecía la atmósfera, no era otra cosa que humo, proveniente de los grandes fuegos que vimos la noche antes de nuestra partida.

Al día siguiente partimos muy temprano, siguiendo siempre el curso del río, observando que las orillas estaban cubiertas de osamentas, algunas reuni-

14 de mayo

das en grandes depósitos, y que todo el valle, cortado de senderos abiertos en diversas direcciones, producía en abundancia cardones o alcachofas silvestres, una especie de crucíferos, parecidos a la mostaza, y, por lo general, todas las plantas que, en esas comarcas, son las compañeras inseparables del hombre. Llegamos a la conclusión de que en todo tiempo los indígenas habían habitado en gran número esos lugares y que poseyeron grandes rebaños, lo que confirmaba, por otra parte, las huellas de varios cercos. Anteriormente, los habitantes de Patagones venían, en este sitio, comprar a los indios los animales que robaban en sus invasiones a la provincia de Buenos Aires. Llegamos al campamento a las nueve y dimos parte al coronel de nuestro reconocimiento y de los rastros que vimos; nos dijo que eso coincidía con las noticias traídas de Tandil por cautivos escapados, de que los indios se disponían a una incursión en el curso de la luna actual. Es costumbre constante en ellos elegir la época de sus expediciones de modo de poder aprovechar el plenilunio para sus ataques nocturnos; por eso se puede, en general, vivir en paz durante las lunas nuevas.

19 de mayo

A mi regreso, volví a vigilar las construcciones; el 19 recibimos un correo de Buenos Aires, así como un refuerzo de ganado y yeguas para nuestro aprovisionamiento. Se me entregó, de parte del departamento topográfico, cartas que anunciaban que un proyecto de ley iba a ser propuesto a la Cámara de Representantes, para conceder 100 leguas cuadradas a cada uno de los nuevos establecimientos de la frontera; y se me invitaba a medir esa extensión y a colocar los mojones que debían fijar los límites. Otros despachos, que llegaron al día siguiente, contenían un decreto del gobierno acerca de la forma del villorrio y de la distribución de las tierras para cultivos y pastoreo.

25 de mayo

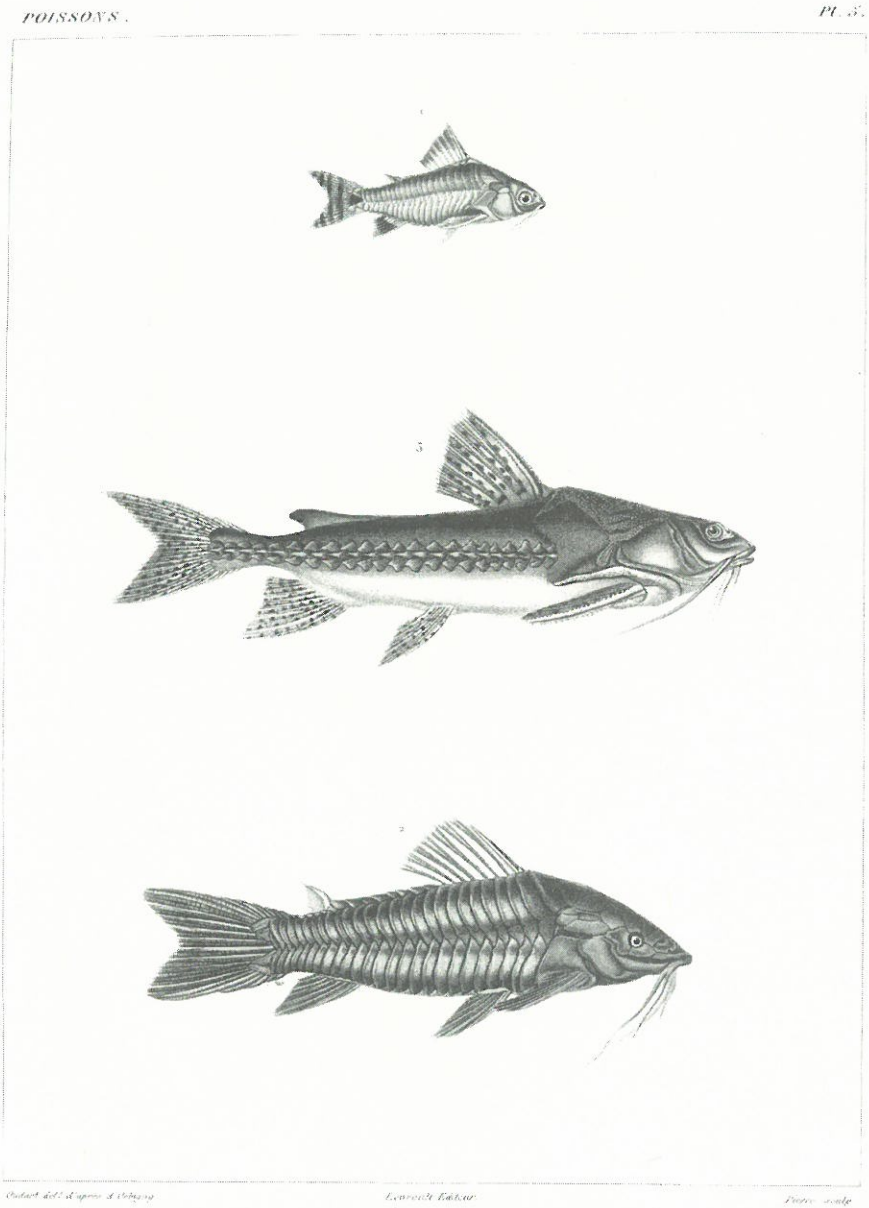
La lectura de esas instrucciones y mi correspondencia, me ocuparon hasta el 25, día del aniversario de la independencia de las provincias del Río de la Plata. La fiesta fue celebrada con todo el brillo posible en nuestro bosquejo de colonia: fue izada la bandera nacional en el fuerte y saludada con cuatro disparos de cañón, por la mañana y la tarde; y por primera vez, sin duda, el eco silencioso de los alrededores repitió la detonación de artillería. Hubo gran desfile, distribución extraordinaria de víveres, etc.; nada turbó la fiesta a no ser un viento violento, que, desde hacía algunos días, soplaba sin interrupción. Los indios me aseguraron que durante los meses de mayo y junio soplan los vientos más fuertes en esas comarcas. Al día siguiente, me preparé para el reconocimiento del segundo río, que desemboca en el fondo de la bahía y los indios llaman *Manueleo*.

Partí el 27, en compañía del teniente coronel Morel. Seguimos la dirección N. O.; al cabo de una legua, pasamos un barranco profundo, en su unión con la llanura, y medimos dos leguas mientras bordeábamos las alturas que rodean la hoya de la bahía; 3 500 metros más lejos, pasamos el riacho salado que habíamos encontrado los días precedentes, en nuestro primer reconocimiento. Hasta allí, hay muchos grupos de chañares; más lejos, casi ya no se descubren; pero todas las colinas, casi desprovistas de vegetales y muy pedregosas, están cubiertas de matas de un pequeño arbusto espinoso que no se eleva más de dos pies del suelo y que es un combustible muy bueno. Nos detuvimos al cabo de tres leguas e hicimos levantar un montículo a guisa de mojón, para señalar el ángulo O. de un lote de terrenos asignado al teniente coronel Morel. Continuamos luego nuestra marcha, siguiendo el mismo rumbo y medimos otras tres leguas, lo que completaba seis leguas en línea recta. Defraudada nuestra esperanza de encontrar el otro río, y como la noche estaba a punto de cerrarse, hicimos otro mojón y enviamos un hombre al galope para reconocer el terreno circundante, una legua adelante, y descubrir el curso del río; regresó sin haber hallado nada. No habíamos comido nada en el día; nos moríamos de sed y nuestros caballos estaban extenuados. Resolvimos marchar toda la noche hacia el sur, hasta hallar con que desalterarnos. Habíamos pasado la punta de un barranco, en el fondo del cual había muchos juncos, *cortadera, lo* que nos hizo presumir que era una cañada que iba a desembocar en el río y nos decidimos a seguirla. Después de haber andado una media hora, notamos que la cañada comenzaba a formar un lecho en el medio y que el terreno se hacía húmedo; algo más lejos, había lodo, y finalmente, al cabo de una hora de marcha, hallamos agua. Aunque era un tanto salobre, nos detuvimos a pasar el resto de la noche.

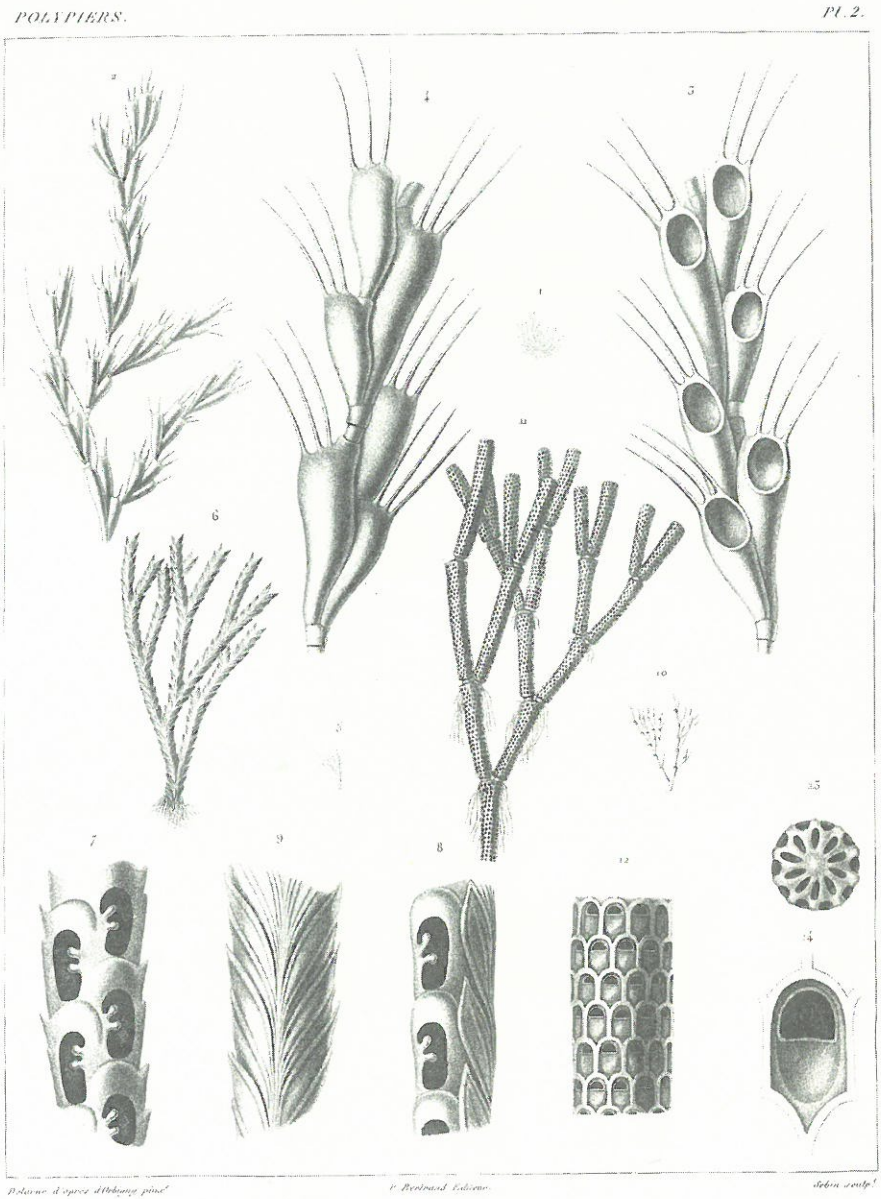
27 de mayo

Registré la dirección del viento que habíamos seguido hasta entonces y que resultó ser de nueve grados al O. del sur magnético; luego, registré la que íbamos a seguir bordeando siempre la cañada, y era de trece grados al E. del sur. Montamos a caballo, y, después de haber andado cerca de una hora, desembocamos en el valle, en medio del cual corre el riacho, que algunos pretenden que es el Sauce Chico; pero cuyo nombre indio es Manueleo. Su anchura es más o menos la misma que la del Napostá, pero su corriente mucho menos rápida y su superficie está cubierta de plantas acuáticas, como la de las aguas estancadas. Sus dos orillas forman un gran pantano cortado por diversos arroyuelos bastante profundos y llenos de diversas especies de juncos muy altos. El valle es mucho más ancho que el de Napostá; ofrece buenos pastos y revela, por muchos indicios, haber

28 de mayo



1: *Callichthis punctatus*; 2: *Callichthis laevigatus*;
3: *Doras maculatus*.



1-4: *Tricellaria aculeata*; 5-9: *Canda patagonica*;
10-14: *Cellaria ornata*.

estado también habitado por gran número de tribus indias. Algo más arriba del lugar que abordamos, se veían, a orillas del río, algunos sauces y los restos de una gran toldería, atacada, uno o dos años antes, por las bandas de Pincheira, que degollaron, según su costumbre, a todos los desdichados que cayeron en sus manos. Se veía, aquí y allí, gran número de esqueletos, lo que prueba que los indios, que con tanto cuidado retiran los cadáveres de los suyos del campo de batalla, no tienen la costumbre de enterrar los cadáveres de sus enemigos. Desde las alturas que forman el valle y que están cubiertas de chañares, observé la dirección de la corriente del río, que resultó ser, en una extensión de dos leguas, una más alta y otra más baja, 83 grados al este del sur magnético. Hice medir sobre esa línea, y descendiendo una legua y media, nos hallamos entonces a la entrada de la garganta, por la cual el río desemboca en la gran hoya que rodea la bahía; y allí noté que su curso se desvía hacia el sur, siguiendo el pie de las alturas que van a formar, en el sudeste, la punta llamada Vaca Loncoy o Cabeza de Buey. Viendo que nos alejábamos, más y más, de esas orillas, cambié de dirección, e hice medir 3 000 metros al rumbo, cuatro grados al este del sur magnético, lo que nos condujo a orillas de un brazo que, cerca de allí, se derrama en un pantano y forma gran número de arroyuelos que desembocan en la bahía y que se cruzan algo más abajo para ir a Patagones. Nos detuvimos para comer; seguimos, luego, la dirección de 84 grados al este del sur magnético, y al cabo de 4 500 metros, llegamos junto a los grandes chañares del fondo de la bahía y al pie de los cuales pasa el gran camino del Carmen. Algo más a la derecha corren diversos arroyuelos, que van a perderse en los dos canales principales de la punta de la bahía, a la orilla de uno de los cuales está el gran depósito de huesos de que he hablado más arriba. Registré en ese punto la Cabeza del Buey, bajo el ángulo de once grados al O. del S.

Una tribu india acababa de levantar sus tiendas a orillas de uno de los arroyos; les compré una treintena de pieles de zorros, mofetas y gatos monteses. Terminé allí mi excursión y llegarnos al fuerte una hora antes de la caída del sol. Resultaba del reconocimiento que acababa de hacer, que el Napostá es realmente el río llamado Sauce Chico por todos los viajeros que van a la Patagonia; y que el otro sólo es conocido, hasta el presente, por los indios y los militares que formaron parte de algunas expediciones. Aunque el baqueano me aseguró que la fuente del Manueleo está en la Sierra de la Ventana y junto a la del Sauce Grande, la parte de su curso que observé y la distancia de seis leguas y más allá, recorrida en el noroeste, sin reconocerla, prueban que esa fuente debe estar mucho más al oeste, a menos que haga una vuelta muy considerable.

Las florescencias salinas que recogí a orillas del Manueleo dieron, al analizarlas, 93 partes de sulfato de soda y 7 partes de sal de mar; mientras que las recogidas a orillas de la misma bahía dieron 63 partes de sulfato de soda y 37 de sal marina. No cabe duda de que esas florescencias pueden ser empleadas con ventajas en las artes.

El 3 de junio recibimos un correo de Montero, haciéndonos saber que el 15 de mayo había alcanzado a los indios de Pincheira, después de haber bordeado durante ocho días el Colorado; luego cortado hacia el norte, hasta un río más ancho y profundo, que debe ser el Tunuyán. Se desplazó en medio dei bosques de algarrobos y puso un día y medio en pasar de un río a otro: el terreno intermediario es árido y desprovisto de pastos que sólo hallaron en las orillas de las dos corrientes de agua. Vieron montañas en el horizonte. En el momento en que Montero iba a sorprender al enemigo, uno de los suyos desertó y dio la alarma a éste último, lo que le permitió cruzar el río y reagruparse. Ese contratiempo arruinó los proyectos de Montero; por eso hizo degollar de inmediato al cacique del desertor, por no haberlo prevenido. Franqueó, sin embargo, el río a nado, con veinticinco carabineros y ciento cincuenta indios, armados de lanzas; habiendo alcanzado la otra orilla, sin obstáculos, cargó contra los enemigos, mató a muchos, los persiguió hasta la caída del sol y pasó la noche en el campamento de ellos, que quemó. Como al día siguiente sus caballos estaban en pésimo estado, se replegó al punto que había abandonado la víspera; los enemigos lo atacaron, sin otro resultado que quitarle los caballos que les había tomado. Montero se reunió con el resto de la división que quedó de este lado y se preparó a recibir al enemigo, que no osó atacar y se retiró, amenazando con volver pronto. En el botín había siete u ocho cautivas y se pasaron de nuestro lado unos veinte indios con sus familias, que aseguraron que la fuerza de los suyos se componía de seiscientos indios y doscientos blancos, con armas de fuego. Estos últimos son desertores y bandidos de todas las provincias vecinas a las pampas. Hacía ocho días solamente que habían regresado de una expedición en la provincia de San Luis, que asolaron y de donde se llevaron más de cien familias cautivas; decían que atacarían Patagones, a la que deseaban destruir; que luego vendrían a Bahía Blanca y finalmente se establecerían del lado de Tandil. Montero anunciaba que, en pocos días, estaría de regreso y pedía caballos de silla y yeguas para el aprovisionamiento. La carta agregaba a esos detalles que había descubierto los vestigios de una casa con árboles frutales, que son probablemente los restos de un antiguo establecimiento de la frontera de Mendoza. El 13, el oficial que partió con Montero llegó a la cabeza de su destacamento,

3 de junio

trayendo las cautivas salvadas de manos de los indios. El coronel las hizo vestir de inmediato y las distribuyó en las casas ya construidas. Me dio una jovencita de ocho años, de rostro muy bonito y que él se complació en llamarla Armida. Mantuve varias conversaciones con el oficial y recibí de él los detalles minuciosos de su marcha; me informó que, mientras bordeaban el Colorado, hicieron a lo sumo siete u ocho leguas por día, de manera que estuvieron menos lejos de lo que pensé al comienzo, y las montañas que vieron no podían ser los Andes. Sin embargo, el baqueano y varias otras personas me aseguraron que no existía ningún grupo de montañas entre la Sierra Huaminí y la cordillera, y que remontando el Colorado, en ese espacio, se hallan grandes bosques de algarrobos de diversas especies y muy raramente agua. Hay contradicciones entre esos diversos informes y la geografía de todo ese interior del continente permanece todavía en la influencia. Los detalles de la expedición de Montero sirvieron, durante varios días, de alimento a nuestras conversaciones, cuyos temas, como puede pensarse, no podían ser muy variados, en el fondo del desierto que habitábamos. Empero, los trabajos del fuerte avanzaban rápidamente; la construcción de los alojamientos tocaba a su fin y yo no tenía que ocuparme más que de cosas accesorias, corno polvorín, horno de ladrillos, etc. El 5 de junio llegó un navío de Patagones que nos trajo los restos de los materiales necesarios. Don Enrique Jones, que conducía esa embarcación, había cargado varios pies de árboles frutales, que plantó a orillas del Napostá, y ese eminente servicio, prestado a la naciente colonia, merece que se conserve en el recuerdo.

Para dar variedad a nuestra monótona existencia, estudié las costumbres de nuestros voluntarios, de nuestros soldados de milicia, verdadero tipo del gaucho, nombre que se da en el país a esos ociosos vagabundos, que aman con pasión el juego, el aguardiente y las mujeres; perezosos por esencia y cuyo carácter presenta una mezcla de humanidad y virtudes hospitalarias con costumbres feroces y una insensibilidad poco común. Un día, después de una pelea ocasionada por el juego, fuente continua de discordia, un soldado dio una bofetada a uno de los milicianos que regresaron de la expedición de Montero. El miliciano se levantó sin pronunciar una palabra, sacó su cuchillo y lo hundió hasta el mango en el costado de su adversario, que cayó bañado en sangre; se le arrestó, se le pusieron grillos, se le condujo frente al coronel. Se presentó con la mayor sangre fría e interrogado, con indignación, sobre el motivo de tan horrible atentado, respondió sin emocionarse que había recibido una bofetada, pero que por lo menos había tenido el placer de destripar a su adversario y que podían hacer con él lo que quisieran. Amenazado de ser fusilado al

día siguiente, no se emocionó de ninguna manera y hundiéndose el sombrero hasta los ojos, se retiró sin dignarse saludar a su jefe. Muchas puñaladas se habían dado y era cosa común entre los habitantes de la campaña de Buenos Aires, pero como el atentado del miliciano fue el primero que comprometía la vida de uno de nuestros soldados y el coronel parecía dispuesto a dar un ejemplo, esperaba solamente que el estado del herido no diera lugar a ninguna esperanza.

Todas las peleas de los gauchos se ventilan con el cuchillo en la mano; sus duelos tienen lugar, de ordinario, en presencia de testigos y están sometidos a ciertas leyes. Así les es permitido llevar su poncho en la mano izquierda y hacer una especie de escudo: se baten muy raramente a muerte; sólo pueden tocarse encima de la cintura y, por lo común, todos sus esfuerzos se limitan a alcanzar al adversario en el rostro y dejarle una hermosa cicatriz; es lo que llaman marcar al enemigo, por alusión al ganado que se marca con hierro candente. El juego y la ebriedad no son las únicas fuentes de disputas entre esos bandidos; los celos les ponen a menudo el cuchillo en la mano y es así que se baten por una amante. En cuanto a sus mujeres legítimas, sienten por ellas poco apego y las ceden de buena gana; a veces hasta se las juegan; son más bien sus esclavas que sus compañeras. El aspecto del gaucho no es menos extraño que sus costumbres; su vestimenta se compone de un sombrero de fieltro, una camisa, unos pantalones de tela blanca, adornado de franjas por lo bajo, un chiripá de tela roja, verde o blanca, botas de cuero de caballo, sin suelas y sin costuras, y un poncho que llevan sobre los hombros o enrollado en la cintura, según el mal o buen tiempo. Agregad las enormes espuelas, un lazo, las boleadoras suspendidas del arzón, un largo cuchillo sin vaina, colocado en la espalda, y tendréis una idea completa del atavío de un gaucho. No lleva cuando viaja ni ropa, ni otras prendas que las que lleva puestas; cuando su camisa está muy sucia, la lava en alguna laguna, al hacer un alto. Todas sus provisiones están contenidas en su sombrero; consisten en tabaco y papel para hacer cigarrillos, una bolsita de yerba, un mate, un juego de naipes y un eslabón. A pesar de esa desnudez, el gaucho es un precioso compañero de viaje en las llanuras de América del Sur; su admirable sagacidad en la elección de los altos, su increíble rapidez para encender fuego y hacer un asado, sin otro combustible que algunas plantas secas, su conversación alegre, sus réplicas espirituales, la paciencia con que soporta toda suerte de privaciones y su sangre fría en medio de los peligros, hacen de él a la vez el más útil de los criados y la mejor de las escoltas.

El 16 de junio me preparé a realizar un reconocimiento de la costa de la bahía y de la desembocadura del Río Sauce Grande; pero, en el momento de

partir, un incidente hizo postergar indefinidamente el viaje.

16 de junio

Notamos que más de sesenta caballos habían desaparecido por la noche. Se mandó a buscarlos en distintas direcciones y se descubrieron los rastros, que seguían el curso del Napostá, remontando hacia las montañas; entonces un destacamento salió en su persecución, pero los temores que inspiró ese hecho me obligaron a permanecer en el fuerte. El destacamento regresó días después sin haber podido alcanzar a los ladrones. El oficial que lo mandaba calculaba haber hecho unas cincuenta leguas, siguiendo los rastros, que atravesaban las montañas y se dirigían hacia el oeste. No había podido avanzar más, porque una de los caballos estaba cansado, y los ladrones huían con tal rapidez que sólo hicieron dos altos en el camino. Se los reconoció por los restos de una yegua, que comieron en cada uno de ellos.

El 18 recibimos la visita del famoso cacique Negro, que llegó con el cacique Chanel, su hijo, y unos cincuenta indios puelches. Hizo muchas ofertas de servicios al coronel, quien lo acogió con consideración y lo

18 de junio

comprometió a pasar algún tiempo con nosotros. Pocos días después que esa pequeña tropa asentó su campamento en los alrededores del fuerte, el cacique Chanel previno al coronel que había recibido informes de la aproximación de los enemigos y que debíamos sin duda ser atacados. Esa noticia no pareció, al principio, merecer más atención que todos los avisos parecidos que nos dieron tantas falsas alarmas, pero varios incidentes le dieron consistencia. Algunos indios pampas llegaron a pie, extenuados de fatiga: habían huido, dos meses antes, de las manos de cierto cacique Muñol, del cual eran cautivos; nos dijeron que Muñol estuvo a punto de hacer las paces con los cristianos, pero que otro cacique, llamado Maica, lo había disuadido y llegado a convencer de que era mejor perecer que tratar con sus eternos enemigos, y que ambos, como carecían de caballos, debían unirse a los indios chilenos del Tunuyán, para marchar contra nosotros de acuerdo con ellos. El coronel Estomba creyó conveniente no hacer oídos sordos a esos informes que parecían coincidir y tornó todas las medidas posibles para evitar una sorpresa; por desgracia se produjo una deserción en nuestra pequeña tropa y perdimos de cincuenta a sesenta hombres, además de diez soldados, en una misma noche, que se fueron con armas y bagajes. Se envió de inmediato a perseguirlos, pero en vano; no se descubrieron ni sus rastros. El estado lamentable en que nos colocaban a la vez el temor de un ataque inminente y la disminución de nuestras fuerzas, hacía imposible la continuación de mis reconocimientos de los alrededores. Por otra parte, los trabajos del fuerte estaban bastante avanzados para que mi presencia fuera necesaria. Manifesté entonces

al coronel mi deseo de regresar a Buenos Aires y convino en que, una vez que fuera completamente terminada la mitad del frente de la fortificación, no pondría ningún obstáculo a mi partida.

Me ocupé, desde ese momento, de los preparativos de mi regreso y puse en orden todas las notas que había recogido de esa comarca salvaje, pisada acaso por primera vez por un observador europeo; pero no pudiendo, en ese momento, entregarme a otros trabajos, me ocupé especialmente de observaciones meteorológicas que consigno en el cuadro siguiente, el cual, por incompleto que sea en muchos aspectos, bastará sin embargo para dar una idea de la temperatura y de los vientos característicos de los meses que pasé en Bahía Blanca. Se notará que, de ochenta y tres días, hubo cuarenta y nueve de viento más o menos violento y uno solo de calma. Hubo diez y seis días en que llovió, pero solamente nueve en que la lluvia tuvo alguna duración. En fin, el máximo de calor fue de 29 grados centígrados; y el de frío de 3 grados bajo cero. Haré notar, sin embargo, que el frío debió ser más intenso algunos días después de la terminación de mi diario, porque la nieve llegó a tener hasta tres centímetros de espesor. Estábamos al comienzo del invierno de esas comarcas.

15 de julio

Partí el 15 de julio acompañado de doce hombres y dos oficiales. No me dirigí inmediatamente a Buenos Aires, porque mi intención era medir algunos lotes de tierra y reconocer el curso del Salado Grande; por eso dejé en el fuerte mí carreta, que debía unírseme más tarde, en un lugar convenido. Seguí más o menos la costa de la bahía e hice medir cuatro leguas en la dirección de 64 grados al este del sur magnético, lo que me dio el frente de un lote y me colocó delante del Arroyo Pareja; pero, al llegar a ese lugar, reconocí que el pequeño número de hombres y caballos que pude obtener, no podría bastar para un trabajo seguido y cesé de medir, contentándome con registrar la Sierra de la Ventana. Me propuse reiniciar mis operaciones en la boca del Río Sauce; pero, habiendo perdido caballos en la noche, me vi obligado a enviar los hombres a buscarlos, que no los encontraron; de manera que el 17 me vi en la imposibilidad de continuar y fue necesario renunciar a todo reconocimiento ulterior. Uno de los oficiales que me acompañaban regresó al fuerte para expedir mi carreta, y yo fui a esperarla a los Manantiales de Napostá, que están más o menos a una legua tirada en línea recta del Arroyo Pareja al pico más elevado de la Sierra de la Ventana, a unas tres leguas del primer punto. Llegamos a la una y la carreta se nos unió por la tarde.

El 18 por la mañana nos dimos cuenta de que la mitad de nuestros caballos habían huido durante la noche y me vi obligado a enviar dos hombres al

Fecha	Tiempo	Viento	Rumbro	Termómetro al aire libre y a la sombra al amanecer	a las dos	Observaciones
Abril:						
21	Claro	Violento	N.O.	—	22°3	
22	Nebuloso	Muy fuerte	N.O.	—	23°5	
23	Idem	Fuete	N.N.O.	—	20°	
24	Nebuloso	Buena Brisa	S.	—	13°	Lluvia instantánea
25	Claro	Idem	S.S.E.	0°	12°	Helada: hielo espeso de 2 mm.
26	Idem	Débil brisa	—	1°	—	
27	Cubierto	Muy fuerte	N.N.O.	—	12°	Lluvia instantánea
28	Idem	Fuerte	N.N.O.	—	17°	Idem
29	Idem	Débil brisa	N.N.E.	—	16°	Idem
30	Claro	Muy fuerte	S.O.	—	17°5	
Mayo:						
1	Nublado	Buena brisa	N.E.	—	17°	
2	Claro	Fuerte	O.N.O.	—	18°	
3	Cubierto	Muy fuerte	N.N.E.	10°	20°	El viento aumentó hasta medianoche
4	Idem	Débil brisa	O.	—	18°5	
5	Nebuloso	Fuerte	O.	—	20°5	
6	Claro	Débil brisa	S.S.E	5°	17°5	Helada blanca
7	Idem	Idem	N.O.	0°5	19°	Fuerte helada blanca
8	Nubes	Fuerte	N.N.O.	—	19°7	
9	Brumoso	Muy fuerte	N.N.O.	—	22°	
10	Nebuloso	Fuerte	N.N.O.	—	25°	
11	Idem	Idem	N.O.	—	24°5	
12	Idem	Idem	N.N.O.	1°2	19°	
13	Oscuro	Idem	N.O.	12°5	21°	
14	Idem	Muy fuerte	N.N.O.	—	29°	Día más cálido, después del comienzo de mis observaciones
15	Nebuloso	Buena brisa	S.O.	—	13°	Un temporal por la noche, al S.O.; pasó del lado de las montañas; trueno, lluvia
16	Cubierto	Idem	N.N.E.	2°5	13°	Helada 5 mm. espes
17	Idem	Muy fuerte	N.N.E.	10°	14°	Gota de agua, por la noche
18	Idem	Débil brisa	N.	—	18°	Gotas de agua, por la noche; entonces viento O.
19	Nebuloso	Idem	N.O.	—	20°	
20	Idem	Buena brisa	N.O.	—	18°	Pasa al Oeste con violencia
21	Claro	Tempestad	S.O.	—	15°	Tempestad
22	Idem	Muy fuerte	N.N.O	—	21°5	
23	Nebuloso	Idem	N.N.O.	—	20°	
24	Cubierto	Débil brisa	O.N.O.	—	16°2	Algunas got. de agua
25	Idem	Buena brisa	N.N.O.	—	20°	
26	Nubes en horiz.	Débil brisa	N.N.O.	—	27°	
27	Nebuloso	Idem	N.O.	—	25°	
28	Idem	Idem	N.O.	—	25°	

Fecha	Tiempo	Viento	Rumbro	Termómetro al aire libre y a la sombra al amanecer	a las dos	Observaciones
29	Algunas nubes	Débil brisa	S.S.E.	—	21°5	
30	Brumoso	Buena brisa	N.N.O.	—	25°	
31	Nebuloso	Calmo	—	—	20°	
Junio:						
1	Cubierto, lluvia	Buena brisa	S.	—	15°	Lluvia y truenos; la temperatura se elevó por la tarde
2	Cubierto, neblina	Débil brisa	S.S.E.	—	14°4	
3	Claro	Buena brisa	S.S.O.	0°2	14°5	
4	Idem	Débil brisa	N.O.	—	15°5	
5	Idem	Fuerte	N.O.	—	18°7	
6	Nebuloso	Idem	N.O.	—	20°	
7	Idem	Idem	N.O.	—	19°6	
8	Cubierto	Buena brisa	O.	—	14°7	Lluvia por la mañ.
9	Nebuloso	Débil brisa	N.E.	—	16°	
10	Cubierto	Idem	N.O.	—	18°6	
11	Idem	Idem	E.N.E.	—	17°	Lluvia toda la tarde
12	Idem	Idem	N.N.O.	—	17°3	
13	Claro	Buena brisa	O.S.O.	—	13°	
14	Nebuloso	Fuerte	N.N.O.	—	15°	
15	Idem	Buena brisa	O.S.O.	—	17°5	
16	Idem	Muy fuerte	N.N.O.	—	20°	
17	Cubierto	Débil brisa	E.	—	14°	Llovizna, a las once, hasta la tarde
18	Nebuloso	Idem	O.S.O.	—	13°	Lluvia por la noche
19	Cubierto	Idem	O.S.O.	—	10°	
20	Claro	Idem	N.N.O.	0°	12°	Helada blanca
21	Idem	Buena brisa	N.O.	—	14°4	
22	Claro	Buena brisa	O.	—	11°	
23	Cubierto	Débil brisa	S.S.O.	—	7°8	
24	Idem	Idem	N.E.	—	10°2	
25	Idem	Fuerte	N.N.O.	—	15°1	
26	Idem	Débil brisa	N.O.	—	—	
27	Nebuloso	Buena brisa	N.	—	19°	
28	Cubierto	Débil brisa	E.N.E.	—	11°2	
29	Idem	Idem	O.	—	10°9	Llovizna fina
30	Idem	Idem	S.S.O.	—	7°7	Lluv. bastante fuerte
Julio:						
1	Nebuloso	Buena brisa	S.	—	7°8	
2	Idem	Débil brisa	O.S.O.	3°	6°2	Hielo espeso de un centímetro
3	Idem	Fuerte	N.N.O.	—	9°6	Idem
4	Cubierto	Débil brisa	E.S.E.	—	8°1	
5	Nebuloso	Idem	S.E.	—	10°7	
6	Idem	Buena brisa	N.E.	—	12°	
7	Cubierto	Débil brisa	S.S.E.	—	10°8	Lluvia
8	Nebuloso	Buena brisa	O.S.O.	—	11°8	
9	Idem	Idem	O.	—	12°1	
10	Idem	Idem	O.S.O.	—	11°6	
11	Nublado	Débil brisa	N.	—	12°9	
12	Nebuloso	Fuerte	N.N.O.	—	12°	

18 de julio

establecimiento para buscarlos o traer otros. A pesar de ese contratiempo, partimos con la carreta y llegamos a las cuatro al Río Sauce Grande. Hallamos, a sus orillas, a una infeliz india, con dos hijitos y dos caballos muy flacos. Nos dijo que era hermana del cacique Chanel y que había sido cautiva del cacique Muñol, que mató a su marido. Hacía ocho días que esa pobre mujer había huido de manos de los asesinos de su marido, y que desde entonces habíase visto obligada, mientras cuidaba a sus hijos, a vigilar por la noche a sus caballos, único recurso que le quedaba para salvarse; y necesitaba, durante el día, mientras caminaba en medio del desierto, buscar el alimento necesario para sostenerse, ella y su pequeña familia. Había recorrido así unas cincuenta leguas, desde las Salinas, donde estaban acampados Muñol y Maica; nos informó que ellos habían robado los caballos que, últimamente, fueron sacados del establecimiento. Le hicimos algunos regalitos a esa buena madre, y nos dio una parte de su caza, que consistía en tatúes pichis y matacos, que había atrapado ese mismo día en gran número.

19 de julio

Partimos el 19 a las ocho de la mañana y bordeamos el Sauce, remontándolo casi alrededor de media legua, hasta un vado que pasamos al pie de las montañas, a unas tres leguas de distancia de las más elevadas. Volvimos a descender algo el curso de ese río y nos detuvimos a sus orillas en un delta que forma con un arroyo de donde recibe las aguas. Allí, esperamos los dos hombres que fueron a buscar los caballos del establecimiento y que volvieron trayendo una carta, por medio de la cual el coronel Estomba nos informaba del envío de un número igual al de los caballos que se nos habían perdido; por desgracia, mis torpes conductores los dejaron escapar de nuevo; de manera que me hallaba ante el mismo inconveniente. De cualquier modo, no queriendo someterme a nuevas dilaciones, tomé la resolución de continuar mi viaje con el pequeño número que me quedaba. Partí, pues, al día siguiente; bordeamos primero y franqueamos después el arroyo a la desembocadura del cual habíamos acampado. Observó que nace algo más arriba de su caída en el Sauce, de la reunión de dos brazos que descienden de las montañas. Marchamos ora al este, ora al *E.* 1/4, S.E. y nos detuvimos para comer a orillas del Chaticó. Hicimos todavía dos leguas por la tarde, luego pasamos la noche a orillas de otro arroyo, compuesto de varios brazos, que no cruzamos en el viaje anterior, porque la dirección, que seguíamos entonces, se alejaba mucho más de las montañas y de la fuente de todas esas pequeñas corrientes de agua.

El 21 anduvimos desde las nueve de la mañana hasta las dos de la tarde y abandonamos los terrenos ondulados, para penetrar en la llanura donde corre

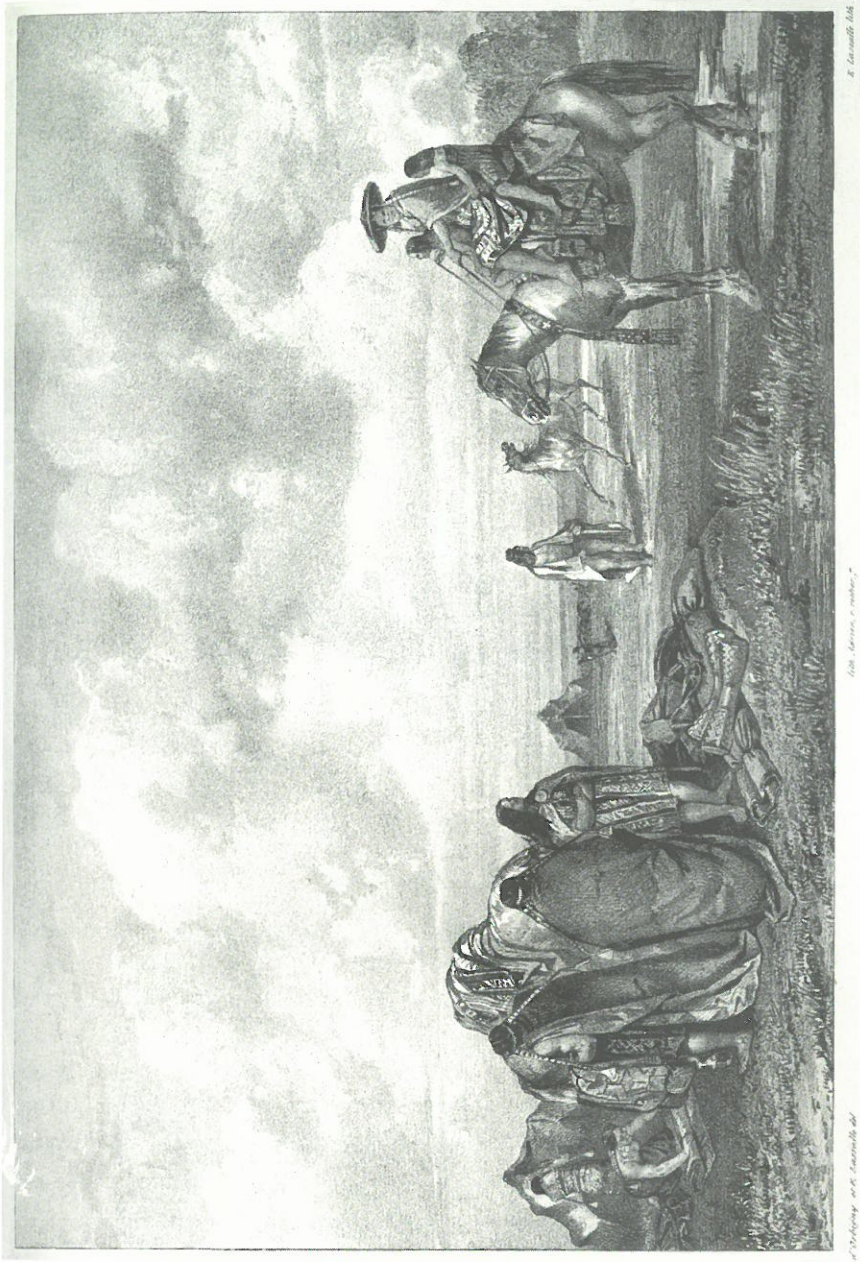
21 de julio

del N.O. al S.E. un arroyo que lleva el nombre de las *Achiras*. Hallamos en sus orillas sepulturas hechas con precipitación y miembros esparcidos de indios degollados; eran los restos de la tribu del cacique Cachal, sorprendido y masacrado por los indios de Pincheira. Nos alejamos, al día siguiente, de ese abominable espectáculo; atravesamos el Arroyo Salado al mediodía y nos detuvimos para comer a orillas de una gran laguna salada. Por la tarde hicimos alto junto a un arroyo que apenas corría y que corta la llanura de norte a sur.

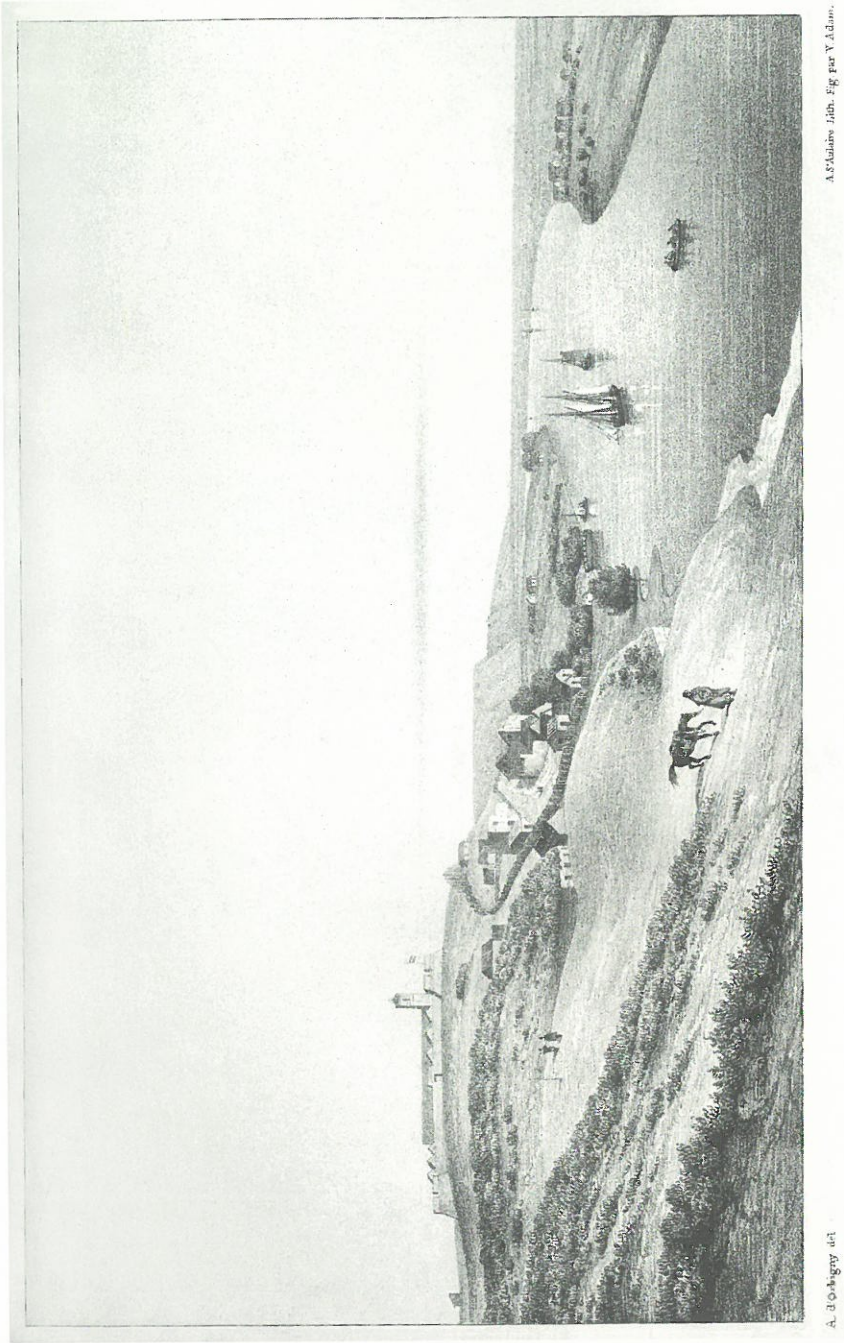
El 23 nuestra marcha fue lenta y penosa, porque una rueda de la carreta se rompió. Franqueamos sin embargo un brazo del Arroyo Quequen y acampamos junto a una laguna muy hermosa, llamada Lanquén: la campaña, en medio de la cual está situada, es soberbia y revela gran fertilidad.

El 25, después de haber pasado el brazo principal del Quequén, alcanzamos las montañas de la Tinta y dormimos a orillas del Chapaleufú. El 26 llegamos a Tandil, donde nos de tuvimos un día para hacer arreglar la carreta y conseguir caballos. De allí hasta Buenos Aires, tomamos el camino abierto que seguimos a la ida; llegarnos a la capital el 10 de agosto, sin otro incidente importante.

25 de julio



Salida de indios patagones en San Javier sobre las orillas del Río Negro.



Vista del pueblo de Carmen sobre el Río Negro, Patagonia.

CAPÍTULO XVII[1]

Partida y viaje de Buenos Aires al Río Negro de Patagonia. Primera estadía en Carmen. Viaje y estadía en la Bahía de San Blas

Partida y viaje de Buenos Aires al Río Negro de Patagonia

Hacía tiempo que los preparativos de mi viaje a la Patagonia estaban terminados; deseaba ver con mis propios ojos esos famosos gigantes, descritos por el caballero Pigafetta, en la expedición del inmortal Magallanes; ansiaba poder, una vez recogidos datos acerca de las lenguas de las naciones que habitan la parte más austral del continente americano, fijar de manera positiva la verdadera línea de demarcación entre todos esos orgullosos indígenas que España no pudo, ni por la persuasión de los jesuitas, ni por las armas, lograr que formaran una sociedad; nómades independientes que tanto mal hicieron a Buenos Aires, sin modificar jamás de posición social. Otro motivo no menos atrayente y más de acuerdo con mi misión, me atraía hacia esas comarcas salvajes: debía hallar gran número de animales nuevos, de los cuales había oído hablar, muchas veces, a los habitantes de la República Argentina; debía ver las costas cubiertas por esos monstruosos anfibios cuya pesca atrae a gentes de todas partes del mundo; debía hallar una naturaleza completamente distinta de la de las regiones cálidas, parecida a la del estrecho de Magallanes; y, finalmente, mis observaciones sobre la distribución geográfica de los animales, a causa de la latitud, debían enriquecerse con

1828
Buenos Aires

1 Aquí vuelve el autor al relato de su viaje.

hechos interesantes. La botánica me prometía cosechas no menos abundantes y no menos atrayentes. La geografía y la geología iban a ofrecerme en ese suelo, tan diferente del de las pampas, datos nuevos para la ciencia. Veía, pues, con placer llegar el momento de esa partida, transportándome con la imaginación a esa tierra ignorada y reconociendo, por adelantado, todos esos tesoros que aparecían bajo mis pasos. Sin embargo, el proyecto había sido con frecuencia combatido por mis amigos: esa comarca, para mí tan hermosa, a pesar de su efectiva aridez, era presa, desde hacía algunos años, de guerras cruentas con los indígenas, que ya habían atacado el establecimiento de Carmen; todo enunciaba para el futuro riesgos repetidos que podrían entorpecer mis viajes y hasta comprometer mi vida. Estas consideraciones no debían detenerme. No me quedaba más que la siguiente alternativa, ya que las pampas estaban envueltas en la guerra civil: abandonar Buenos Aires, para irme a Chile por mar, renunciando en ese caso a completar mis observaciones por el sur, o bien emprender ese viaje. No dudé más, y habiéndome enterado de que un barco norteamericano partía poco después, me hice reservar pasaje.

8 de noviembre

El 8 de noviembre, luego de varias suspensiones, el navío estaba listo para ponerse a la vela. Transporté mis baúles y me dirigí al Bajo, donde encontré a otros pasajeros, entre los cuales estaba la señora Cardoso, esposa de un administrador de aduanas de Patagones, acompañada de una muchedumbre de parientas que esperaban poder conducirla a bordo. Era una de esas hermosas mañanas de verano, tan comunes en esas regiones; el cielo azulado no estaba cubierto de ninguna nube; el sol calentaba la playa desde hacía más de tres horas; no soplaba nada de viento; sólo el aire demasiado cálido anunciaba que se preparaba una tempestad. El horizonte hacia el sur, pero a lo lejos, parecía cargado de grandes nubes negras; los marineros de los botes que debían transportarnos a la pequeña rada, a una legua de distancia, nos previnieron que iba a soplar un pampero o golpe de viento del Sudoeste. Estas observaciones fueron pasadas por alto por las señoras, que aguardaban con gran placer un paseo por el agua. Partimos; apenas a algunos centenares de pasos de la orilla las nubes parecieron mucho más cercanas y el horizonte tomó de inmediato un color rojizo, en el que se dibujaban claramente trombas de polvo, que a cada momento se hacían más evidentes. Obligamos entonces a las señoras a volver a tierra y tratamos de llegar al navío, pero las nubes de polvo se acercaban cada vez más. La ciudad, iluminada por el sol, se destacaba en blanco sobre un fondo en llamas. El silencio de la naturaleza en el lugar donde estábamos y las aguas de lo más tranquilas sobre las cuales bogábamos, contrastaban con el desencadenamiento de los vientos

que se anunciaba a lo lejos. Este espectáculo de tan imponentes oposiciones duró poco tiempo; la costa desapareció por completo a nuestra vista; un espantoso ruido se hizo oír, el rugido del trueno en medio del silbido de los vientos; y el Plata, instantes antes liso como sí fuera de hielo, se cubrió de súbito de altas olas. Nuestros remeros no podían, a pesar de todos sus esfuerzos, luchar contra la impetuosidad del viento, que arrastraba nuestra barca lejos de la dirección que debía seguir: comenzó a llover torrencialmente; las aguas agitadas iban a romperse, furiosas, contra nuestro frágil esquife y parecían querernos engullir. Nuestra pasajera comenzó a gritar; el movimiento la enfermó a tal punto que olvidó su recato. Seguíamos siendo arrastrados; perdimos toda esperanza de alcanzar la embarcación; sólo nos quedaba acercarnos a la primera que encontráramos, lo que hicimos en efecto, no sin gran trabajo.

Nos recibieron con una hospitalidad sumamente cordial a bordo, de un navío portugués, donde se prodigaron toda suerte de cuidados a la enferma. La lluvia cayó durante algún tiempo; luego el viento se apaciguó poco a poco, reapareció el sol, la tempestad se hundió en el norte y la naturaleza volvió a estar casi tan calma como antes. Sólo el Plata permaneció agitado por un rato, pero como el viento impulsaba débilmente las olas, ellas cayeron gradualmente. Nos reembarcamos y pudimos finalmente, al mediodía, llegar a nuestra nave, que sólo nos esperaba a nosotros y quería aprovechar una pequeña brisa que había sucedido a la tempestad. Se levó el ancla, se desplegaron las velas y pronto partimos. Cada uno trató entonces de acomodarse lo menos mal posible. Nuestra embarcación era una de esas goletas americanas construidas más bien para la marcha que para la carga; estaba en lastre, iba a cargar sal a la Patagonia, al mando de un capitán de pobre aspecto, secundado por un teniente que no valía más. Los pasajeros eran dos franceses, capitanes de corsarios, que iban a unirse a sus navíos que estaban en la Patagonia. Mientras era de día, el capitán, provisto de buenos mapas, nos orientaba perfectamente; pero, al llegar la noche, se acostó, dejándonos a cargo del piloto. Noté que este último bebía durante el día mucha ginebra y no me gustaba verlo descender, a cada instante, para seguir bebiéndola: hacía dirigir la nave hacia el sur; los dos capitanes pasajeros, que conocían mejor que él el río, hicieron notar que nos perderíamos si continuaba así; la observación fue inútil y el piloto continuó siempre por el mismo rumbo, queriendo, posiblemente, cortar a través del continente para llegar más rápido. Hacia las once de la noche, una espantosa sacudida nos asustó a todos. Acabábamos de tocar la arena y éramos zarandeados de tal manera que todo crujía a bordo: el capitán y el piloto procuraban en vano liberar la embarcación. Arrojaron las anclas al centro de la corriente

para jalarlo hacia arriba, pero pronto las sacudidas desataron una parte de los bordajes, el agua entró por todas partes y no hubo esperanza de salvación para la goleta. Entretanto, puede imaginarse el estado en que se hallaba la pobre pasajera, embarcada por primera vez; hacía preguntas a todo el mundo, se encomendaba a todos los santos, y sólo encontró en mí quien le respondiera a sus preguntas. Los marineros están demasiado ocupados, en semejantes circunstancias, como para responder a los pasajeros, siempre importunos; a cada instante, la señora me pedía que la acompañara hasta la cala, para ver si el agua aumentaba. Le dije y le repetí que, habiendo tocado fondo la nave, no podía descender más, y que, por lo tanto, debíamos aguardar el día para saber dónde estábamos, pero aunque en realidad podíamos esperar que un golpe de viento redujera nuestra nave a pedazos, mis razonamientos no producían el menor efecto. Ella no quería oírme y no cesaba de lamentarse. La noche era muy oscura, no se distinguía ningún objeto: hubiera sido difícil calcular a qué distancia estábamos de tierra; soplaba algo de viento y sería imposible describir la noche que pasamos. Nos parecía que el día tardaba más de lo común en llegar, pero acogimos con un gozo indescriptible los primeros rayos de luz que iluminaron el horizonte.

Reconocimos entonces que estábamos varados en los bancos de arena de la costa, a más de un cuarto de legua de una tierra llana y pantanosa. Si hubiera soplado algo de viento y el navío se hubiera completamente roto, nos habría resultado difícil salvarnos todos en el botecito de a bordo, y podíamos sentirnos muy felices de haber salido tan bien del percance. Los naufragios son mucho más frecuentes entre los americanos que entre las restantes naciones, lo que se explica por la imprudencia extrema de los marineros que se aventuran por todas partes, no queriendo emplear pilotos por economía y contando siempre consigo mismos. Si el comercio ha tomado en los Estados Unidos una escala que podemos envidiar, no sucede lo mismo con esa sabia previsión de los viejos gobiernos, que antes de permitir a los capitanes dirigir una nave y entregarles pasajeros cuya existencia se les confía, los someten a exámenes. En Estados Unidos las cosas pasan de una manera enteramente distinta: cualquiera puede ser capitán y aventurarse por todos los lugares que le vengan en gana. He visto a menudo a jóvenes de diez y ocho a veinte años capitanes de un barco, por tener invertido dinero o ser los propietarios. Por eso se ven con frecuencia ignorantes tales como el que acababa de perdernos por su poco cuidado y la borrachera de su segundo.

Estábamos frente a la *Punta de Lara*, a ocho leguas de Buenos Aires, cuyos campanarios veíamos. Todos sentíamos impaciencia por descender a tierra,

Punta de Lara

aunque no corríamos ningún peligro por el momento. Deseábamos pisar un suelo más sólido que el piso de un navío. Nos desembarcaron, y pronto nos pusimos al habla con hombres de la campaña, que llegaron a caballo, para obtener de ellos los medios de salvar nuestros efectos y transportarlos a Buenos Aires. Todo nos fue prometido, y mientras aguardábamos, nos paseábamos por la playa, que siendo muy vasta, lo era cada vez más, porque el viento del sudoeste, que seguía siempre soplando, arrojaba las aguas del Plata hacia el mar y descubría, en algunas horas, playas de más de media legua de extensión, que se agrandaban en la medida que los vientos soplaban del mismo lado. Son los únicos descensos de ese ancho río, en los cuales la marea no influye, por así decirlo, en nada; por eso las aguas permanecen a veces, durante muchos días, muy altas o muy bajas, según los vientos que soplan. Ese día las aguas bajaron a un punto tal que, por la tarde, la nave estaba completamente en seco, y no necesitábamos bote para llegar hasta ella, lo que nos permitió, al no poder obtener medios de transporte, quedarnos a bordo. Mientras mis compañeros de infortunio se entristecían en la playa y se aburrían al no poder cruzar los pantanos que los separaban de los lugares habitados, yo realicé abundante cosecha de conchillas fluviales en un arroyuelo que se arroja al Plata, cerca del lugar donde estábamos. Nuestro accidente me resultó, pues, fructífero, puesto que hermosas especies de unio, de anodontes y de ampularias[2] enriquecieron mis colecciones. Hasta el día siguiente no tuvimos carretas, las que además llegaron muy avanzado el día. Empero, se las hizo acercar a la nave, cargándolas con facilidad. No teníamos ninguna esperanza de llegar el mismo día a Buenos Aires. Fue necesario, pues, detenerse en una pequeña choza de pescadores para esperar el día siguiente. Al atardecer, gran número de gauchos pescadores rondaron alrededor de nuestras carretas, cuya carga codiciaban. Fue necesaria la presencia de una guardia permanente durante la noche y amenazarlos con hacer fuego para impedirles robar, pues algunos de ellos se habían acercado en silencio varias veces.

Una vez que mi carreta hubo avanzado por el camino, la dejé al cuidado de mi sirviente, y tomé la delantera para buscar un sitio donde descender. Pasé por el bonito villorrio de Quilmes, fundado en 1677[3], para recibir a los indios

---

2 Las especies que descubrí en ese lugar son las siguientes: *Unio lacteolata*, Lea; *U. solisiana*, Lea; *Anodontes lato-marginata*, Nob.; *A. exotica*, Lam.; *Ampullaria naticoides*, Nob.; y *Paludina australis*, Nob.

3 Véase Azara, *Voyage*, t. II, p. 338. Es raro que este autor señale el año 1618 para el traslado de los indios y el de 1677 para la fundación del villorrio en su cuadro de la fundación de poblados. Idem.

Buenos Aires

de ese nombre, que se trajeron de Santiago del Estero: sería imposible hallar hoy el menor rastro de su idioma primitivo; los habitantes tienen todos, es cierto, sangre más o menos mezclada, pero todos los rasgos de los indígenas se han fundido poco a poco con los de los descendientes de los orgullosos castellanos. Quilmes, situada a tres leguas de Buenos Aires, sobre un promontorio de escasa altura, que protege sus casas de las frecuentes inundaciones a que están expuestas las tierras vecinas, presenta un alegre aspecto; se ve movimiento comercial, tiendas, muchas pulperías y muchos gauchos desocupados. Permanecí poco tiempo, porque mi condición de extranjero debía hacerme mirar de mala manera por las gentes de la campaña, tanto más cuanto las noticias políticas eran poco tranquilizadoras, sobre todo para los partidos que agitaban a los campesinos. El general Lavalle mandaba, en los alrededores, el *Partido Unitario*, mientras que toda la campaña, sublevada por Juan Manuel Rosas, estaba por el *Partido Federal*. Lavalle, vencedor en muchas escaramuzas pequeñas, logró incluso apoderarse, por sorpresa, del gobernador Dorrego. Sin más trámite y sin juicio previo, le acordó dos horas solamente y lo hizo fusilar, creyendo poner así fin a la guerra civil; y envió al gobernador provisorio una proclama en la cual se limitaba a decir: "Hoy, por mi orden, fue fusilado el general Dorrego". Y apelaba a la historia para que juzgara esa medida, sin dar mayores detalles. Ese asesinato político, conocido el mismo día en Buenos Aires y sus alrededores, conmovió a todo el mundo; los espíritus estaban exaltados al máximo; sólo se oían amenazas. Desde este momento todo hacía presagiar, en medio de la efervescencia general, en las campañas, esas guerras sangrientas, esa lucha entre hermanos, flagelo tan prolongado de la República Argentina. Asustado por el estado de espíritu en que encontré a los gauchos, me dirigí con presteza a la capital, donde la actitud despótica del general Lavalle provocaba mil rumores. El comercio estaba, por así decirlo, suspendido; desde el comerciante al peón, todos parecían haber olvidado momentáneamente sus asuntos, para hablar de política, o hasta para decidirse a tomar partido por o contra, en la anarquía del día.

Un compatriota tuvo la bondad de concederme provisionalmente hospitalidad y recibir mis baúles, que llegaron la misma tarde. Al volver a ver mis efectos, me di cuenta de la pérdida irreparable de muchas cosas, causada por la filtración del agua a la cala de la nave en que encallamos. Era menester repararla, en la medida de lo posible, y ocuparme de hallar nuevos medios para emprender mi viaje, porque el mal éxito de mi primera tentativa no había cambiado mis decisiones. Me uní a los demás pasajeros para tratar de irme a la

Patagonia. Era necesario renunciar a toda idea de ir por tierra, en vista de la poca seguridad de la campaña; además se requería de una escolta para atravesar las pampas y no podía obtenerla. Empero, pronto se me presentó una nueva oportunidad. El gobierno debía enviar una nave de guerra para transmitir algunas órdenes al comandante de la Patagonia y obtuve permiso para embarcarme, así como mis restantes compañeros de infortunio a la primera tentativa de partida. Mis efectos fueron llevados a bordo, pero las noticias acerca de la marcha del ejército enemigo se hacían, día a día, más alarmantes y un embargo muy estricto de todas las embarcaciones del puerto impidió durante mucho tiempo salir; la mía sufrió las consecuencias de la ordenanza, y la iza de sus velas fue postergada indefinidamente.

Así permanecí hasta el 29 de diciembre, en que me informaron que la partida tendría lugar al día siguiente. Cuando proyecté mi viaje a la Patagonia, solicité del gobierno de Dorrego recomendaciones para el comandante de Carmen sobre el Río Negro y para el de Bahía Blanca, las que fueron acordadas muy amablemente por el ministro don Tomas Guido, que comprendió perfectamente mi misión. Cuando el gobierno cambió, después de la revolución de Lavalle, me dirigí, de nuevo, a las autoridades, y habiendo encontrado la misma buena acogida de parte del ministro don José María Díaz Vélez, estaba provisto de órdenes de ambos partidos, lo que me era muy necesario, porque a menudo las autoridades alejadas sólo tienen en cuenta las órdenes del gobierno si son del mismo partido político; por eso me proponía entregar a la vez mis diversas cartas de recomendación; desde este punto de vista, esperaba que se facilitara la ejecución de mis proyectos de viaje. Al día siguiente, me fui al puerto; me despedí de nuevo de mis amigos y me embarqué, bajo auspicios más felices, a bordo de la goleta *Convención*.

29 de diciembre

A las 10 de la mañana la nave partió con un tiempo magnífico; pasamos, siguiendo el canal, en medio de más de doscientos navíos de todas las naciones, que llegaron después de la paz y que prometían a Buenos Aires una nueva prosperidad, en cuanto a las relaciones exteriores. Luego sopló viento en contra, de manera que costeamos todo el día, sin avanzar, por así decirlo, porque teníamos permanentemente Buenos Aires a la vista. Pudimos únicamente salir de la gran rada y allí anclamos hasta el día siguiente. No estábamos más que a tres leguas de la capital argentina. Al día siguiente, el viento no mejoró mucho, pero la corriente nos arrastraba hacia fuera, de manera que avanzábamos lentamente. Pasamos frente a la punta de Lara, donde, días antes, me había visto a punto

Río de la Plata

de perecer; noté entonces que, de todos los alrededores, era posiblemente la parte más baja de toda la costa; forma, por lo demás, la extremidad oeste de la bahía llamada *Ensenada de Barragán*, cuya otra extremidad es el cabo *Santiago*. Esa bahía se ha hecho célebre a causa del gran número de navíos que se salvaron de los brasileños allí durante la guerra última y de los diversos combates que se libraron, en varias oportunidades, entre la escuadra de Buenos Aires y la de Don Pedro. Antes de esa guerra, el pequeño caserío de *Ensenada*, que ocupa el fondo de esa bahía, sólo estaba compuesto de algunas casas de colonos. La necesidad de mantener una guarnición, para la guardia de un fortín; la gran cantidad de armas que se almacenaron, así como el comercio y la plata que trajeron numerosos oficiales y marineros de los corsarios, le dieron importancia; pero su prosperidad terminará, sin duda, al mismo tiempo que el motivo que atraía a tantos extranjeros. El aspecto de las costas del Plata es notable por su uniformidad; apenas tienen un par de metros sobre el nivel de las aguas altas; la horizontalidad es muy característica. Si muestra algunos árboles diseminados aquí y allá, como los que se ven abajo de la punta de Santiago, por ejemplo, el espejismo los destaca arriba de las aguas agrandándolos de tal manera que toman, de lejos, un aspecto fantástico y que uno se pregunta qué son, cuando no se está acostumbrado a este río; por lo demás, hasta en medio del paso, entre la costa del sur y el terrible banco de arena llamado *Banco de Ortiz*, casi no se ven las dos orillas al mismo tiempo.

El comandante fue lo suficiente prudente como para hacer anclar a la entrada de la noche, temiendo que el viento contrario nos arrojara sobre los bancos que han costado la vida a tantos desdichados navegantes y causado tantas pérdidas. El hallarnos contra la corriente del río la tornaba muy agitada y la nave anclada se bamboleaba terriblemente, circunstancia tanto más lamentable por cuanto no había ningún camarote libre y el comandante ni siquiera ofreció el suyo a la señora Cardoso, la que se vio obligada a instalarse sobre sus dos baúles a un lado de la cámara. Me fue necesario hacer otro tanto, con la diferencia de que los míos terminaban en bóveda y tenían desigual altura, lo que me cansó al punto que, al día siguiente, tenía el cuerpo molido; y sin embargo, tal fue mi lecho para el resto del viaje.

Estamos en el primer día de 1829, en ese año nuevo tan festejado en Francia y tan fastidioso para los visitantes y los visitados, pero tan agradable para un padre de familia rodeado de sus hijos, entre los cuales el regalo de algunas bagatelas despierta el goce más puro; en ese Año Nuevo donde todo es sorpresa para las personas que se aman. Desde el amanecer, paseándome por el puente, recordaba sucesi-

1829
1 de enero

vamente el inicio de todos los años de mi vida, pensaba en esos momentos de felicidad, donde, dichoso por cualquier pequeñez, sin temer el porvenir y ocupándome sólo del presente, no podía ni suponer que debía verme un día separado de parientes queridos. De esos recuerdos de la infancia, cuyas inquietudes son tan pasajeras como sus causas fútiles, me arrojaba al medio del ruido de París, en pleno torbellino del mundo, pasión de algunos y suplicio de todos los demás. Trasponiéndome a los años siguientes, me hallé, en 1827, prisionero a medias en la ciudad de Montevideo, no sabiendo cómo salir; en 1828, por el contrario, en el lugar más oculto de la provincia de Corrientes, en el villorrio de Caacaty, entre esos buenos pobladores, cuyas costumbres patriarcales me hacían olvidar a menudo que vivía como un verdadero salvaje, comiendo sólo carne seca y maíz tostado, sin casi nunca dejar mi caballo. Finalmente, al llegar a la época actual, "¿Dónde estoy ahora?", me dije... "Sobre ese elemento continuamente agitado, ruta común de la ambición y la curiosidad; ¡pero cuán a menudo hace pagar bien caro los deseos imprudentes! ¿Y hacia dónde me dirigía? Hacia una región desconocida cuyo solo nombre difunde el terror en las comarcas vecinas, sobre todo en el momento en que las naciones aborígenes están en lucha con los escasos colonos del Carmen...". Confieso que ante este pensamiento, no me atreví a adivinar dónde me hallaría al año siguiente. ¡Podían suceder tantas cosas imposibles de prever! Por lo demás, tantos tropiezos habían malogrado mis proyectos, que no osaba formularlas nuevamente.

El viento pasó al nordeste y pudimos avanzar, seguimos el paso del sur, entre el banco Chico y la tierra, pero lo bastante cerca del primero como para distinguir los mástiles de una nave que había naufragado, poco tiempo antes. El Plata es demasiado ancho para ser muy profundo; por eso está lleno, en todas partes, de bancos de arena más o menos grandes, entre los cuales se puede citar el famoso *banco de Ortiz*, que tiene unas veinte leguas de largo, y el *banco Chico*. Son los principales escollos que presenta la navegación del río, además de las tierras de aluvión igualmente cubiertas de playas que se extienden a lo lejos, que obligan a navegar con un piloto práctico, porque en caso contrario las frecuentes neblinas y la falta de puntos visibles en la costa hacen correr peligro a las naves. Navegábamos con bastante velocidad y la *punta Atalaya* desapareció rápidamente; vimos luego la *punta del Indio*, la *punta de la Memoria*, tan baja una como otra; y avanzando siempre nos encontramos pronto frente a la *punta de Piedras*. Allí estábamos, cuando oímos claramente cañonazos que, sin duda, provenían de Montevideo, porque se había fijado ese día, desde hacía mucho tiempo, para que los brasileños entregaran la plaza al gobierno naciente de la *República Oriental del Uruguay*, constituida en la provin-

cia de la Banda Oriental. Estábamos entonces a cerca de quince leguas marinas de distancia de Montevideo, pero lo que más me asombró fue oír también claramente las salvas por la tarde, después de habernos ido alejando constantemente, a lo largo de la bahía de Samborombón, hasta por lo menos veinticinco leguas marinas; es cierto que ningún obstáculo interceptaba los sonidos que nos traía el viento. Estábamos siempre, empero, en el Río de la Plata, porque, aunque pueden considerarse la punta de Piedras y la de Montevideo la verdadera desembocadura del Plata, ya que hasta allí conserva las aguas dulces, lo que sólo le daría entre veinte y veintidós leguas marinas de ancho, se ha convenido en considerar verdadero límite el cabo *San Antonio* al sur y al cabo *Santa María* al norte, lo que da a la entrada tres grados diez minutos de ancho, o sea, sesenta y tres leguas y media. No es común en Europa ver ríos tan grandes y sobre todo cuyo ancho, remontándolo cincuenta leguas, es todavía de más de nueve leguas marinas, como en Buenos Aires.

Navegábamos bastante lejos de la costa de la bahía de Samborombón, en el punto que desembocan el río de ese nombre y el *Salado*, donde, poco tiempo antes, los brasileños habían combatido a menudo con los corsarios argentinos y hasta con los navíos mercantes que desembarcaban allí su carga; es en esa bahía, en medio del limo que la llena en parte, que muchos navíos franceses vararon, para huir de los brasileños y desembarcar los cargamentos de pasajeros traídos por la comisión de emigración; por lo general, esos infelices eran arrojados en medio del barro y llegaban con gran trabajo a la tierra firme, donde les esperaban nuevas desdichas. El viento nos impulsaba con gran fuerza. Toda la noche costeamos la bahía, y al amanecer, el 2 de enero, teníamos a la vista la punta sur del cabo San Antonio, a cinco o seis leguas, del cual vimos las altas dunas rojizas que ofrecían el aspecto de mamelones muy pronunciados, sobre las que pronto se mostraron los rayos del sol naciente. Esas dunas forman una simple línea divisoria al borde de los terrenos bajos y pantanosos, impidiendo que corran las aguas; por eso, esas llanuras están por lo común inundadas y siempre totalmente desiertas. Son lugares donde nadie va, a no ser para cazar las focas que los habitan a veces. Los petreles a cuadros comenzaban a aparecer en muy pequeño número y sin acercarse nunca a la nave. Estábamos en la estación en que los pájaros se reúnen por millares en las islas deshabitadas de la costa para anidar. En esa época, todos los años, los pescadores de Montevideo van a la isla de Flores a aprovisionarse de sus huevos y de los de las mofetas, que cubren toda la costa. A mediodía, estábamos frente al *cabo Corrientes*, con una calma perfecta; no lo veíamos, empero, todavía. La calma duró un rato, sin permitir

2 de enero

me ver en la superficie ningún animal marino, sin duda a causa de la proximidad de la costa; el viento fue levantándose poco a poco y nos fuimos.

Vimos una enorme tortuga durmiendo. Los marineros quisieron descender en la canoa para apoderarse de ella; por desgracia, los gritos que dieron la despertaron y se hundió rápidamente en las aguas. Al atardecer, estábamos a la vista de los cabos *Corrientes* y San *Andrés*, pero a gran distancia. Las cimas de los cerros, que forman esos dos cabos, se veían perfectamente sobre el horizonte. Esas montañas constituyen la última punta o extremidad de la cadena denominada, según sus diversos grupos, *Sierra de Tapalquén*, *Sierra Amarilla*, *Sierra de la Tinta*, *Sierra del Tandil*, donde está el fuerte de la Independencia, y finalmente, más cerca, la *Sierra del Volcán*, nombre aplicado muy impropiamente, porque no hay ningún volcán en todas esas montañas, ni la menor apariencia de que haya existido.

En el mar
3 de enero

Al día siguiente dejamos de ver tierra: sólo se veían algunos *damiers* de vez en cuando; un viento de lo más favorable nos impulsaba con fuerza hacia nuestro destino; por eso, a mediodía, nos vimos frente a frente a Bahía Blanca, ya conocida. Al atardecer, el cielo se cargó de grandes nubes, relampagueó por el sur, pero el mar permaneció calmo; el viento aflojó algo, sin dejar de ser bueno; sólo que nosotros dejamos de avanzar tan rápido.

4 de enero

El comienzo de la jornada del 4 de enero fue de calma: el mar estaba muy bien y la brisa espléndida; a mediodía nos hallábamos a 40°31' latitud austral, al atravesar la *bahía de San Blas*. Calculábamos estar a veinticinco leguas de tierra; el viento aumentó progresivamente al atardecer y nos empujó hacia la costa, que no logramos empero ver. Por la noche, como soplaba cada vez con mayor violencia, nos vimos obligados a capear a causa de un mar terrible, que nos bamboleaba de manera cruel.

El comandante de la Convención era un francés, que llegó como grumete a bordo de un barco mercante, y que, habiendo desertado al llegar a Buenos Aires, consiguió en pocos años el grado de capitán en la marina argentina. Era un hombre bastante bueno, no muy déspota con los pasajeros; sin embargo, no mostraba amabilidades con la señora Cardoso, a la cual dejó siempre que durmiera sobre los baúles, teniendo un buen camarote para ofrecerle. Me felicito de haberme encontrado con mis restantes compañeros de viaje. Uno de los capitanes de las naves corsarias, el Sr. Dautan, de Nantes, que me complazco en nombrar aquí, me ofreció sus servicios, que no eran de desdeñar; su nave estaba anclada en la bahía de San Blas; me propuso, con esa franca cordialidad

que caracteriza a los marinos, que fuera a pasar algún tiempo a bordo de ella y puso a mi disposición sus lanchas, a fin de hacerme visitar esa inmensa bahía, tan poco conocida en Europa. Ese cordial ofrecimiento colmaba por completo mis deseos y llenaba una laguna que habría quedado en mis observaciones, sin esa feliz circunstancia. Otro de los pasajeros, el señor Alfaro, comerciante, y uno de los más ricos propietarios de Patagones, era uno de esos argentinos instruidos para quienes el francés y el inglés son igualmente familiares, así como nuestra literatura; gozaba de gran consideración en Carmen y me ofreció también sus servicios con una gracia muy especial. Dueño de una estancia en la costa de la bahía San Blas, me comprometió a pasar allí algún tiempo, a fin de recorrer por tierra todo lo que no podría ver por agua, poniendo a mi disposición los caballos y guías que me fueran necesarios. Tenía, pues, por adelantado la seguridad de resultados satisfactorios para mi viaje; y mis frecuentes conversaciones con el señor Alfaro me proporcionaron, cada día, informes preciosos acerca de la comarca que debía recorrer. Uno puede pensar que, con tales compañeros, las horas debían parecerme muy cortas y me enriquecí rápidamente con las nociones indispensables al éxito de mi empresa.

5 de enero

El 5 por la mañana creíamos tener tierra a la vista, pero no la vimos hasta las diez y todavía perdida en el horizonte; es verdad que cuando se comienza a verla está muy cerca, porque es poco elevada. A las once, estábamos a una legua. La costa que vimos era la de *Punta Rasa*, porque ya habíamos pasado la *Punta Rubia*. Está bordeada por todos lados de dunas de arena muy altas; la mayoría se eleva como pequeñas montañas y parecen, en parte, desprovistas de vegetación; al verlas, se me presentaron los recuerdos de la patria; creí volver a ver las costas de la *Vendée*, sobre todo las de la *Tranche*, junto al golfo de *Aiguillon*, o mejor aún, las de *Saint-Jean-de Mont*, que tantas veces recorrí en mi infancia; era el mismo aspecto, aunque en escala mucho mayor. Costeamos largo tiempo, viendo siempre la misma arena. Como me decían a cada instante que allí se pescaban elefantes marinos o grandes focas con trompa[4], la imaginación me hacía acortar las distancias y llegaba hasta creer distinguir, en la arena, grupos de esos animales; pero los objetos que no dejaban la menor duda eran los numerosos restos de navíos que se veían, de tanto en tanto, sobre toda la costa. El mar rompía con furor: pronto comenzaron a mostrarse los acantilados escarpados llamados *Acantilados del Norte*, por oposición a las del sur, en la desembocadura del *Río Negro*; parecían no ser batidas por las olas y estar separadas de ellas

4 *Phoca leonina*, Linn.

por algunos medanitos; estaban a dos leguas del Río Negro; por eso, al seguir las costas bajas y arenosas, vimos pronto el mástil de señales del puesto de los pilotos, al norte del río; pero la marea estaba baja, y la barra muy violenta, y fue menester diferir nuestra entrada para el día siguiente. Sólo se puede franquear ese terrible obstáculo cuando el mar está muy alto y los vientos no soplan del este al sureste o del noreste; y por desgracia son, al mismo tiempo, esos vientos los que elevan el mar sobre la barra, que es posiblemente una de las peores del mundo. Con gran disgusto de mi parte, marchamos hacia el sur, y pasamos frente a la desembocadura del Río Negro, donde vimos al norte sobre la playa tres o cuatro esqueletos de navíos, que señalaban con bastante elocuencia lo que podía depararnos esa costa poco hospitalaria. Los espantosos rugidos de las altas rompientes nos asustaron tanto más por cuanto el señor Alfaro, que había realizado varías veces ese viaje, y estuvo a punto de naufragar en dos ocasiones, contaba a todo el mundo los peligros a que escapó de manera realmente milagrosa. Pronto perdimos de vista las rompientes, navegando a lo largo de las costas arenosas del sur, que reemplazaron pronto a esos altos acantilados llamadas *Barrancas del Sur*. Ellas se extienden, en una treintena de leguas de largo por lo menos, de una manera que no puede ser más uniforme; presentan, en todas partes, una muralla perpendicular, de doscientos a trescientos pies de altura, donde no se ven, en ninguna parte, aberturas que permitan ascender o descender. El mar bate en todas partes la base, con extrema violencia, chocando contra esas barreras insuperables que la naturaleza les opone en esa tierra desolada, donde ningún árbol modifica esa línea tan uniforme que presenta la costa. De hecho jamás vi mayor regularidad en la altura de los acantilados, que parecían compuestos de capas tan uniformemente depositadas que se podía, en la medida que la mirada se extendía, seguir los diversos matices. Temiendo ser arrojados sobre esa costa por los golpes de viento que son tan frecuentes, pasamos de largo; y la oscuridad hizo desaparece pronto a nuestros ojos esta ribera tan peligrosa.

La noche fue bastante calma hasta las tres de la mañana; pero los vientos del sudoeste se levantaron de golpe; y a pesar de todos nuestro esfuerzos, no pudimos acercarnos a la costa, que siempre teníamos a la vista. El mar calmó un poco a las diez y costeamos de más cerca los acantilados del sur, a fin de entrar con plena marea, que temíamos, ya que nos iba a fallar; una bandera, sobre la casa del piloto anunciaba que había bastante agua en el paso. Forzamos las velas. A mediodía, estábamos cerca de la barra. Todo estaba dispuesto para ese paso difícil; todos guardábamos silencio. El capitán lo pidió, para no ser perturbado en las

6 de enero

maniobras; hicimos rumbo al paso, con un viento bastante favorable; no habíamos aún entrado bastante, cuando la bandera de señales del piloto, colocada en lo alto del mástil, anunció que la marea comenzaba a descender; el comandante quiso entrar de cualquier manera, considerándose buen piloto de río. Ya estábamos rodeados de rompientes, cuando vimos que el práctico sacaba su bandera, señal segura del peligro que habría en entrar; en el mismo instante el viento decayó de golpe y la corriente nos arrastraba a los bancos. Ya tocábamos fondo; la consternación estaba pintada en todos los rostros. Sólo el comandante conservaba su sangre fría, aunque rodeado de peligros y amenazado de una muerte que parecía tanto más segura por cuanto el río en descenso, al empujarnos, era un obstáculo más para salvarse. Se levantó una pequeña brisa, que se pudo aprovechar por suerte: se viró en redondo y, ayudados por la corriente, nos libramos pronto de todo temor. Todos nos felicitamos de haber salido de ese mal paso y volvió la alegría que había reinado hasta poco antes, esperando el día siguiente, en que debíamos hacer una nueva tentativa. Se disparó un cañonazo para llamar al práctico, que no apareció más en el día. Bordeamos por el sur, bastante cerca de los acantilados; luego nos alejamos de tierra y capeamos de nuevo un viento bastante fuerte, que nos bamboleó con violencia durante toda la noche.

7 de enero

El 7 se mantuvo el viento del noroeste que tanto nos había ayudado a salir de las rompientes; a pesar de haberlo capeado, nos llevó muy lejos hacia el sur; y la calma que sucedió nos hizo temer no estar, a la hora de la marea, frente a la barra. Estábamos frente a estos terribles acantilados, cuya uniformidad nos desolaba tanto más por cuanto no podíamos saber positivamente a qué distancia estábamos de la desembocadura del río. La marea llegó a la plenitud al mediodía, y a las once no veíamos todavía el fin de esos monótonos acantilados. Finalmente, el viento mejoró y las dunas del norte se mostraron a unas tres leguas de distancia. En el mismo instante, creímos distinguir una embarcación que venía a nuestro encuentro y nos devolvió la esperanza, porque esperábamos con impaciencia al práctico. En efecto, era la chalupa que aguardábamos; el práctico subió a bordo y nos consideramos desde ese momento fuera de peligro. El viento era bastante favorable, circunstancia poco común; no es raro, en efecto, ver a las naves aguardar un mes entero el momento favorable para franquear la barra y entrar en el Río Negro, retenidas sea por el viento, sea porque llegaron demasiado tarde, sea porque la barra está demasiado peligrosa; porque cuando el viento sopla del sur o del sudeste, se pone terrible y, como he podido comprobarlo más tarde, su rugir se oye desde el mismo villorrio del Carmen, dis-

tante más de seis leguas. Muy imprudente sería quien se aventurara entonces; los peligros se multiplicarían para él. Resulta, pues, indispensable aguardar varios días siempre que un golpe de viento del sudoeste, tan frecuente en esos parajes, no empuje tan lejos que sean necesarios luego varios días para volver a la costa. Se ha visto a algún navío tener que renunciar al proyecto de entrar en el río, después de haberse bamboleado tanto tiempo que se quedó sin víveres. Carmen es, en una palabra, el puerto más peligroso de toda la costa oriental de la América Meridional.

A las doce y media del día, el práctico tomó el mando de la nave, porque es sabido que, hasta en la marina militar, el capitán pierde sus derechos cuando hay un práctico a bordo. La marea comenzaba a bajar, pero él quería, sin embargo, aprovechar una débil brisa favorable. Es cierto que nos encontrábamos en el momento de las mareas de sicigia; y, además, él conocía demasiado bien los parajes para arriesgarse sin estar seguro del éxito. Entramos, de nuevo, en medio de los rompientes... ¡Imponente y bello espectáculo, al mismo tiempo! Imaginémonos, en medio de un mar tranquilo, donde el oleaje forma ondulaciones suavemente marcadas, las olas furiosas que se entrechocan en todos sentidos rompiéndose, se elevan al aire y blanquean de espuma la superficie del mar; por lo común, esas olas están mezcladas de una arena amarillenta, que se levanta del fondo a causa de la violencia del choque. Antes de entrar en esa barra, la mirada intimidada sólo abraza una línea no interrumpida de rompientes; busca, con espanto, descubrir el estrecho paso que el navío debe tomar y que únicamente los ojos experimentados del práctico pueden descubrir; pero no basta haber franqueado la terrible barra; sólo uno puede considerarse fuera de todo peligro después de haber entrado en el río para poder anclar. Salimos pronto del paso fatal y la alegría fue general.

Desde entonces, convertido en observador, no me ocupé más que en examinar esa nueva tierra, teatro actual de mis investigaciones. Es menester estar poseído del demonio de los descubrimientos para sentir ese éxtasis, esa felicidad indefinible, que experimenta el viajero al abordar un suelo que deseó durante mucho tiempo explorar. Estaba entusiasmado; todo me parecía nuevo; hasta los pájaros que mejor conocía me parecía que los veía por primera vez, a tal punto estaba convencido de que en la Patagonia no hallaría nada de lo que ya había visto.

El Río Negro podrá tener, en su desembocadura, un cuarto de legua de anchura. Al norte hay una punta arenosa bastante avanzada en las aguas, contra la cual se rompen las olas con violencia; remontando algo, se ve una batería montada con muchas piezas de cañón; no lejos de allí está la casa del prác-

tico, todo en un terreno poco elevado y arenoso. Al sur se prolonga una punta de arena, que no avanza tanto como la del norte; se dirige transversalmente al curso de las aguas y estrecha mucho la anchura de la entrada, formando, dentro, una ensenada vasta que sirve de anclaje a las naves que se dan a la vela, abriéndose de tal manera que el río, en ese lugar, se ensancha más del doble, para cerrarse de nuevo algo más arriba, donde vuelve a tener la anchura que conserva mucho tiempo. Es en todas partes muy profundo y corre por un lecho muy encajonado. Remontando un poco, las dos orillas forman contraste: la del norte está bordeada en todas partes de acantilados elevados, cuya pendiente, por trechos, es bastante suave, mientras la del sur, baja y pantanosa, está cubierta en todas partes de ganado. Un viento favorable nos seguía impulsando rápidamente. El cuadro cambiaba a cada instante, mostrando sucesivamente estancias esparcidas, de tanto en tanto, sobre una y otra ribera, ya sea en medio de las llanuras del sur, ya sea en las ensenadas formadas por los recodos del río, en medio y al pie de los acantilados. Vi estancias y granjas, donde, no sin placer, reconocí muchos de nuestros árboles frutales de Europa: cerezos, higueras, durazneros y sobre todo muchos manzanos. Admiraba, con felicidad, esos bosquecillos de vegetación viva, cuyo color contrastaba ora con las islas cultivadas o boscosas en medio del río, ora con los campos dorados y las espigas maduras del trigo, cuya cabeza pendiente hacia la tierra no aguardaba más que al segador; pero, cuando por casualidad levantaba los ojos a las tierras que cubren la cima de los acantilados, un triste contraste hería mi vista. Por todas partes una vegetación pobre, un suelo árido, desprovisto de árboles, o sólo cubierto de zarzales achaparrados; regiones salvajes frecuentadas únicamente por algunas aves de rapiña, de los que anuncian la muerte o sólo viven, por lo menos, de cadáveres, cuyos gritos los hacen aparecer como los amos de esos lugares. Volviendo la vista de ese triste espectáculo, la fijé naturalmente en las llanuras bajas del sur, también completamente desprovistas de árboles, pero animadas por lo menos con gran número de cabezas de ganado.

Al admirar esa variedad de paisajes y seguir los innumerables contornos del río, vimos, a las seis de la tarde, siempre impulsados por un buen viento, las primeras casas de *Carmen* o *Patagones*, distante siete leguas de la desembocadura. Al acercarnos al villorrio, algunos huertos, ubicados en la orilla del río, contrastaban con la tierra arenosa y llana sobre la cual está construido el fuerte. Llegué, finalmente, frente al establecimiento, situado al norte, sobre el acantilado y sus laderas; presenta un conjunto irregular de casitas diseminadas, colocadas a diversas alturas en la pendiente, en medio de las arenas, dominadas por un fuerte en ruinas, que podría servir a lo sumo de defensa contra

los indios. En el acantilado se veían agujeros practicados en línea que fueron moradas de los primeros colonos españoles de estas comarcas, así como otras que vi en el camino. Al sur del río, vi algunas miserables casas cubiertas de paja; y lo que me agradó mucho fue ver, en medio de la campaña, grupos de tiendas o *toldos* de diversas tribus de indios amigos, casi todos de naciones patagonas o tehuelches, o puelches; naciones de las que sólo había oído hablar vagamente en Buenos Aires y sobre las cuales los viajeros e historiadores están poco de acuerdo.

Primera estadía en Carmen

Apenas hubimos anclado, el comandante de la plaza, que gobierna también en el orden civil, vino a bordo, acompañado del receptor de aduanas, conocido en la región con el pomposo nombre de ministro, así como de numerosos oficiales y pobladores. Hallé, de inmediato, a varias de las personas para quienes tenía cartas de recomendación. Entregué mis órdenes al jefe militar, señor Rodríguez, cuya acogida encantadora me hizo esperar mucho del porvenir. El ministro, señor Cardoso, y los otros pobladores me ofrecieron igualmente sus servicios; y yo no cesé de admirarme de las atenciones que me prodigaban, hasta enterarme que, por una fina atención de las autoridades de Buenos Aires, mi viaje había sido anunciado algún tiempo antes, de manera que era esperado en la localidad; por eso, poco tiempo después de poner pie en tierra, fui recibido en todas partes de la manera más amable.

Me impresionó la desigualdad del terreno, la arena móvil sobre la cual estaba obligado a caminar para ir de una casa a otra, atravesando las dunas, que se deshacían bajo mis pies, o trepando un acantilado pelado, de lo más empinado, en el que apenas sí había sendas trazadas, en medio de asperón friable. Llegué finalmente al fuerte, a través de dunas bastante elevadas, separado del grupo más numeroso de casas, llamado *la Población* y ubicado en la cima del acantilado sobre un punto elevado que no solamente domina el río y la parte de casas de la orilla opuesta, sino también los alrededores. Se compone de un murallón cuadrangular, provisto de tres bastiones en tres de sus ángulos. Entré; vi el interior provisto, en sus cuatro lados, de los siguientes cuerpos de edificios: al sur, la iglesia y el polvorín; al oeste, la morada del comandante; al norte, las oficinas del ministro; y, finalmente, al este, que es al mismo tiempo el lado de la entrada, están las habitaciones de los diversos oficiales. Todos estos cuerpos de edificación constan de un solo piso en pésimo estado y cu-

bierto de tejas. Visité al comandante; su mujer, con esos modales distinguidos y la especial amabilidad que caracterizan a las señoras de las buenas familias de Buenos Aires, me recibió perfectamente y me ofreció, así como su marido, un alojamiento en el fuerte, lo que acepté con placer, para estar seguro y en sociedad. Fui recibido con la misma cordialidad por el señor Cardoso. Me quedaba por visitar a otra persona, la encargada de proporcionarme los fondos de que tendría necesidad durante mis viajes. Las personas a quienes ya me he referido, me la presentaron como un comerciante que hablaba inglés y francés y era muy instruido en todos los aspectos, informes que me hacían desear conocer al señor Manuel Alvarez, de quien tendré varias oportunidades de hablar; pero no estaba en su casa y debí diferir la visita para el día siguiente. Parece asombroso encontrar tantas personas distinguidas en un establecimiento naciente, por así decirlo, y tan alejado de todos los recursos. Yo también me sorprendí; pero ello parecerá completamente natural cuando se sepa que todas esas personas no estaban allí antes de la guerra con los brasileños; que esa misma guerra hizo momentáneamente de Carmen un depósito general de todas las mercaderías tomadas al enemigo por los corsarios, y de Río Negro un puerto donde esos mismos corsarios, no pudiendo entrar en el Plata a causa del bloqueo, hallaban abrigo seguro y provisiones de boca; por eso el Carmen, poblado desde algunos años antes de agricultores, colonos y deportados por crímenes o causas políticas, estaba entonces habitado por dos comerciantes de Buenos Aires, los señores Alvarez y Alfaro; por numerosos pequeños comerciantes secundarios de todas las naciones (franceses, ingleses, portugueses y, sobre todo, americanos); por algunos capitanes de corsarios de diversas naciones; por muchos marineros y soldados, y, desgraciadamente, por ese gran grupo de criminales deportados, desperdicios de los gauchos de los alrededores de Buenos Aires. Estaban, finalmente, los propietarios, primeros fundadores del establecimiento, y las autoridades, que allí residían a causa del comercio y de la importancia de la región; por eso el comandante era un coronel del ejército de Buenos Aires; el ministro o receptor de aduana, un empleado distinguido de la misma ciudad; y los oficiales figuraban en mayor número que de ordinario. Tales eran, en conjunto, los habitantes actuales del Carmen. Si el villorrio había ganado desde el punto de vista de algunas de las personas que se habían establecido, perdió mucho en otros aspectos; no se hallaba esa hombría de bien de los chacareros y agricultores; y en cuanto a los malhechores deportados, a los marineros de los buques de guerra, los hombres más viciosos de todas las naciones, a quienes reunía el cebo de una fortuna fácil y la oportunidad de robar, a manos llenas, todo lo que se les ofrece en el mar, se siente que esta

última categoría de gente acostumbrada a la sangre, al pillaje y a todo tipo de exacciones, debía acarrear riñas continuas, puñaladas dadas y recibidas, peleas diarias; y obligando a los pobladores pacíficos a estar continuamente en guardia les imponían una prudencia extraordinaria para poder vivir en medio de gente tan monstruosa; por eso confieso que experimenté un momento de temor al hallarme, de pronto, en tal sociedad, temor que, a lo sumo, sólo podía ser pasajero y que olvidé al regresar a bordo de la Convención.

Me acosté y traté en vano de conciliar el sueño; la idea de estar en un país nuevo para la ciencia, el deseo de ver objetos nuevos, me impedían dormir. No era la primera vez que experimentaba esa agitación, producida por el placer de llegar a una tierra que no conocía; lo había sentido sobre todo al llegar a Tenerife y a Río de Janeiro, y se reprodujo en todo el curso de mi viaje. La noche me pareció muy larga. Desde los primeros albores del día me levanté, hice que me desembarcaran de inmediato y me dediqué a recorrer los alrededores, para formarme una idea de la región, desde el punto de vista de sus producciones. Visité los arenales de la parte de atrás del fuerte, donde encontré numerosos insectos que no había visto antes. Seguí avanzando remontando el río y tuve oportunidad de ver que los zarzales, que cubren y caracterizan las alturas, difieren por su forma de los que conocía; varios, cubiertos entonces de hermosas flores compuestas, duras y de un hermoso color amarillo, hacen, por las espinas que las protegen, muy parecida la región a las landas de nuestra Bretaña. Observé que todos los zarzales de los lugares elevados son espinosos y que la mayoría pertenece a la serie de plantas leguminosas, de los géneros mimosa y acacia; pero, lo que les da un aspecto más triste, es la pequeñez de las hojas de esos zarzales frondosos y achaparrados, y la longitud de las numerosas espinas que los erizan por todas partes. En medio de ellos, encontré una hermosa especie de serpiente, adornada de los colores más vivos: el rojo, el amarillo y el negro daban variedad, por sus manchas regulares, a sus brillantes escamas. Descendí luego a la orilla del río, donde vi, sobre las piedras mojadas, numerosas plantas criptógamas, y junto a las aguas, restos de conchillas fluviales. Vi también varios pájaros que me parecieron nuevos. Todo me daba la esperanza de una abundante cosecha. Volví al fuerte; no eran más que las nueve y nadie se había levantado todavía, salvo la guarnición, compuesta únicamente de negros de la costa africana, apresados en los navíos negreros del Brasil; me vi, pues, obligado a irme de nuevo a pasear. A las once regresé y el comandante tuvo la amabilidad de mostrarme el apartamento que me destinaba. Estaba compuesto de dos pequeñas habitaciones, una sin ventana y ambas sin vidrios, no teniendo más que postigos; ambas en ruinas, negras, sin

otro piso que una tierra arenosa, tan escurridiza como la de las dunas, y en todas partes llenas de agujeros de ratas. Debí, empero, aceptarlas con placer, porque es seguro que en vano las hubiera buscado mejores en otras partes. Tuvo también la bondad de facilitarme una cama de madera, una mesa carcomida, medio rota, y dos sillas, que debían constituir mi mobiliario; me ofreció, pero no por simple cortesía, como se practica en la región, considerar su casa como la mía e ir a comer con él, lo que acepté, comenzando por almorzar en su compañía. Esa mesa, y la de los señores Alvarez y Cardoso, fueron las mías durante el tiempo que permanecí en la región. Regresé a bordo de mi nave; hice desembarcar mis baúles y me ocupé de poner todo en orden para comenzar mis búsquedas, sin dejar de disponerme a acompañar al señor Dautan a la bahía de San Blas.

Nada revelaba que las hostilidades de los indios hubieran de comenzar de nuevo: hacía dos meses que realizaran la última tentativa, pero fueron rechazados con pérdidas y se retiraron al interior de sus tierras, esperando, tal vez, el momento de sorprendernos. De cualquier manera, debía aprovechar la tranquilidad de que se gozaba en los alrededores para recorrerlos, porque sabía que con los indígenas el momento más tranquilo es el más de temer. Se precipitan como torrente desbordado y aprovechan la confianza para sorprender y aplicar golpes más seguros.

9 de enero

Al amanecer partí de cacería, remontando el río. Seguí primero las alturas, y luego de una hora de marcha, en medio de las espinas que se acercaban más y más, no había visto ningún pájaro. Esa campaña árida y uniforme parecía completamente desierta. Es probable que la falta total de agua obligue a los pájaros a acercarse a orillas del río; con esa suposición, volví a las orillas del Río Negro y las bordeé hasta una pequeña cabaña, habitada por un negro viejo y su mujer, que cultivaban una pequeña extensión de tierra de aluvión que arrendaban y de la cual sacaban lo necesario para su subsistencia. Bebí algo de agua y pasé de largo. Algunos pasos más adelante vi un águila planeando en los aires. No pude tirarle, pero me resultó bastante fácil reconocer que era la *aguya*[5], hasta tal punto el vuelo de esa especie se destaca por la escasa longitud de las alas, y por el tamaño de las plumas de atrás o remeras, de donde resulta que el conjunto del pájaro parece más pequeño de lo que es en realidad. Llegué a otros terrenos de aluvión más extensos, cubiertos de un hermoso campo de trigo y pertenecientes a una pobre familia cuya cabaña estaba muy cerca; me detuve y bebí, con

5 *Falco melanoleucas*, Vieill; *Falco aguya*, Temm.

gran placer, algo de leche, que me fue ofrecida por un anciano con la amabilidad más encantadora. Siguiendo siempre la costa, llegué a un lugar donde el río se divide en dos brazos y encierra una isla conocida como la *isla de Crespo*, que es el nombre de su propietario actual; el lugar era encantador a primera vista. Por todos lados se veían trigales o bosquecillos de durazneros, manzanos, higueras, rodeando y protegiendo con su sombra una casita cubierta de tejas, de aspecto limpio y modesto; en fin, los pámpanos trepadores que saliendo de tierra en medio del follaje de los otros árboles comenzaban a mostrar los racimos de uvas, destinados a ser, más tarde, su más hermoso adorno. Todo hacía de esa isla un lugar tanto más encantador por cuanto contrastaba con los terrenos áridos y secos de las eminencias vecinas. Pronto la intensidad del calor en el momento más ardiente del año, acrecentado por la reverberación de las arenas de las colinas y la debilidad del viento, me impidió continuar el paseo: regresé habiendo matado sólo una especie de pájaro interesante para mí. Me sorprendió ver que los animales parecen ser tan escasos en esos parajes; pero, en cambio, recogí flores de una acacia que no pude dejar de admirar, tanto a causa de su elegancia como de sus colores vistosos. Largas tiras de púrpura brotaban en medio de un hermoso pétalo amarillo. Regresé para dibujar la flor, destacando los árboles que la producen, a fin de recoger semillas en la estación, con el propósito de naturalizarlos en Europa, donde sería, ciertamente, uno de los más hermosos adornos de los jardines.

Quise aprovechar la jornada para pasar al otro lado del río, a fin de ver, en sus moradas, a los indios de diversas naciones, que vienen diariamente al establecimiento. Un bote me transportó, pasando en medio de diez a doce barcas o navíos desarmados y en mal estado, anclados en el río; desembarqué en la otra orilla, en el grupo de casas que se denominan, muy comúnmente, la *Población del Sur*, y que está compuesta de una hilera de piezas rodeadas de corrales para el ganado. De allí, me dirigí al primer grupo de *toldos*, tiendas de cueros o tolderías[6], habitados por indios de la nación puelche; luego a otros, donde vivían únicamente patagones o tehuelches. Me enteré con agrado de que había, en cada una de esas tolderías, buenos intérpretes, que, por medio del español, podrían proporcionarme las informaciones que deseaba. Es imposible describir el placer que me dio el examen de la menor cosa de esos hombres primitivos, que la civilización circundante no ha modificado en sus usos y

6 El sustantivo *toldería* se aplica a todo grupo de tiendas de indios; éstos, siempre nómades, no tienen otras casas que los cueros extendidos sobre piedras y llamados *toldos* por los españoles.

costumbres; pero dejo para otra visita los detalles que a primera vista serían incompletos. Volví al villorrio, donde me ocupé de obtener todo lo que me era necesario para mi viaje a la bahía de San Blas; el señor Alvarez, a quien hablé, me prometió, con su amabilidad acostumbrada, conseguirme una carreta y caballos.

Como sólo había visitado la parte alta del río, quise dirigirme, al día siguiente, al otro lado; descendí el Río Negro, atravesando todo el villorrio, y llegué al sitio llamado *Bañado*. Es una vasta extensión aluvional, formada por un gran recodo del río y compuesta de terrenos parcialmente inundados en tiempo de crecidas, en cuyos puntos más altos hay algunas explotaciones agrícolas donde se cultivan legumbres y donde hay numerosos vergeles. Ese terreno, que se eleva cada vez más, se extiende a cerca de una legua a lo largo del río, donde, en todas partes, se destaca una agricultura completamente europea, porque, con excepción de las papas que provienen primitivamente de América y fueron regresadas de Europa, ningún árbol, ninguna legumbre, ninguna planta cultivada es propia de esta tierra; por eso podría creerse que hay dos países distintos, cuando se recorren las colinas o las orillas del Río Negro. Las primeras tienen características completamente particulares; y sin parecerse en nada al resto del nuevo mundo, no tienen mayor semejanza con Europa. Sólo he encontrado una vegetación análoga en los Andes de Chile y Bolivia. En cuanto a la de los ríos, es en un todo la de Francia septentrional; por lo demás no pude asegurarme que las tierras de aluvión del río eran las únicas susceptibles de cultivo, porque las colinas, que las rodean por el norte, no son apropiadas para nada. El camino pasa entre el pie de las colinas y las tierras cultivadas; la pendiente de éstas está cubierta de pequeños zarzales, donde revolotean algunos pajaritos. Sólo allí pude cazar. Al pie de esos mismos zarzales viven en familia gran número de pequeños cobayos o conejillos de Indias de una variedad especial[7], que juegan en la arena, y se familiarizan con los peatones, al punto de no huir al acercarse; su piel es de lo más sedosa y sus ojos son mucho mayores que los de los cuyes comunes; tienen, además, absolutamente los mismos rasgos distintivos de estos últimos. Regresé por el interior de las tierras, donde hallé en todas partes la misma aridez, y el exceso de calor me obligó a apurar el paso para preparar más pronto mi caza.

El 11 al atardecer, después de haber empleado mi jornada en mis preparativos de viaje, y de escribir a Buenos Aires y a Francia, fui a pasar la velada en casa del señor Alvarez. Había allí un alemán, de quien tuve el placer de oírle

7 *Cavia australis*, Isid. Geoffr. Saint-Hilaire y d'Orb.

ejecutar, en el piano, con encantadoras variaciones, la obertura de *Robin de los Bosques*, tan a la moda cuando partí de Europa; además, tocó fragmentos de óperas alemanas, con mucho gusto y excelente método.

11 de enero Desde hacía tiempo no escuchaba nada de mi patria, de manera que pude saciarme. ¿Qué pensaría un francés si le dijera que en el pobre villorrio de Carmen, tan poco conocido como lo son realmente los patagones, tienen varios pianos y se ejecutaban obras europeas? Ese lujo momentáneo es también una consecuencia de la guerra. Una casa no es en Buenos Aires *comme il faut* si no tiene piano; pero en la Patagonia podría permitirse no tenerlo, si el azar no hubiera querido descubrir esos instrumentos en el botín de los buques de guerra. No habría, empero, escuchado más que valses o contradanzas españolas, de no haber estado ese alemán allí. Llegó como marinero de uno de los buques capturados; era una de las víctimas de esos embarques forzosos, realizados al cambiar la política; era instruido y no se encontraba en absoluto en su lugar. Volví a mi morada muy contento por la velada, pero muy preocupado con los recuerdos de la patria que la música había evocado en mí.

Como pensaba residir bastante tiempo en la bahía de San Blas, debía hacer mis preparativos. Pagué bastante cara una carreta destinada al transporte de mis efectos; se me pidió nada menos que sesenta pesos (trescientos francos) por un trayecto de veinticinco leguas solamente; pero no tenía que elegir; debí aceptar lo que me pidieron. Es difícil imaginar cuánto cuestan los viajes, hasta en las regiones más pobres de América. Un peso no vale nada en ninguna parte; y, de hecho, no vale comparativamente más de un franco, a causa del valor que representa; por eso un viajero que, para todos sus gastos, tenga siete a ocho mil francos por año y parezca muy bien retribuido a los ojos franceses, se verá continuamente obstaculizado en sus investigaciones por carencia de recursos. Es la situación en que me he encontrado continuamente y de la que nunca pude salir en mi largo peregrinaje, obligado siempre a privarme de lo necesario para que esas economías se emplearan en el éxito de mi misión. En efecto, además de la carreta, me hacía falta un peón, para cuidar los caballos, para que me sirviera de guía y para cazar los animales en la campaña; pagaba a ese hombre veinte pesos por mes (cien francos), y el mismo salario daba al criado francés que traje conmigo de Buenos Aires. Necesitaba, además, caballos y víveres, aunque en verdad limité estos últimos a un barril de galleta y un barrilito de aguardiente, pensando comprar carne en la estancia de la bahía de San Blas. Mi equipaje se componía de tres baúles, dos de los cuales llenos de instrumentos, de objetos de preparación y de municiones. No llevé cama para

disminuir los bultos, resignándome a dormir en el piso durante toda la expedición, o a emplear, como los pobladores de la región, mi montura como cama y almohada y mis ponchos como cobertores. Quería endurecerme en las privaciones, a fin de poder emprender cualquier tipo de viaje.

He dicho que la bahía de San Blas está a veinticinco leguas de Carmen; pero no he dicho aún que el trayecto tiene lugar en un verdadero desierto, en el cual se buscaría en vano agua para uno mismo, para los caballos y los bueyes; por eso, a fin de que los animales recorran más fácilmente el trecho, se acostumbra viajar a oscuras. Se decidió, en consecuencia, que la partida tuviera lugar al día siguiente por la tarde y que se marcharía toda la noche.

Viaje y estadía en la Bahía de San Blas

El 13 de enero, a las ocho de la noche, todo estaba preparado para la partida. Formamos una pequeña caravana, compuesta de cinco oficiales del buque del señor Dautan, que regresaban a bordo; de seis a siete marineros franceses del mismo barco; del carretero; yo y mis criados. Mi equipaje podía hacerme pasar más por un terrible cabecilla de bandoleros que por un pacífico naturalista. Tenía un fusil en bandolera, un morral de cazador, un sable, dos pares de pistolas, una en el arzón, otra en la cintura, y un gran cuchillo en su vaina que cruzaba el cinturón por detrás, a la manera del país; además, un poncho y un amplio sombrero de paja, atado bajo el cuello, a causa del viento. Mi criado también estaba bien equipado y el resto de nuestras armas, todas cargadas, estaban en la carreta. Me veía obligado a marchar sin cesar con ese aparato de guerra y a tomar precauciones a las cuales debía, hasta entonces, haber mantenido a distancia a los malhechores y caminado sin accidentes. ¡Cuánta diferencia hay entre viajar así, en medio de los despoblados, asediado por privaciones de toda índole, expuesto a continuas fatigas y a los ataques de las hordas salvajes, y visitar Europa en un carruaje bien ajustado, hallando en todas partes buenos hoteles y todas las comodidades que la civilización ha sembrado en sus caminos. Lo único que puede compensar al viajero de sus sacrificios voluntarios es el placer de ver regiones nuevas y servir a la ciencia y a su patria; porque, ¿puede siempre esperar otras recompensas por su dedicación?

Camino de San Blas - Patagonia
13 de enero

La luna brillaba con vivos reflejos, intensificados por la pureza de un cielo en el cual se destacan las constelaciones del hemisferio austral. Había tal cla-

ridad que podía seguirse, casi como en pleno día, el sendero abierto que debíamos recorrer. Ascendimos el acantilado y pronto nos vimos en la campaña, donde un terreno sin ninguna ondulación aparecía por todas partes. Ese suelo ingrato parecía quemado, cubierto únicamente, de tanto en tanto, por algunos pequeños zarzales espinosos y achaparrados, que parecían indicar que la naturaleza no lo desheredó por completo de sus favores. Habría sido muy molesto seguir al paso la marcha lenta de la carreta, arrastrada pesadamente por dos bueyes; por eso creí conveniente seguir el consejo de mi peón y tomé la delantera al galope, acompañado de algunos oficiales. Después de haber cabalgado así cerca de dos horas, en medio de una campaña de uniformidad desoladora, llegamos a unos zarzales más elevados que los otros y que, de ser necesario, podrían pasar por arbolitos; allí, descendimos del caballo y cada uno buscó un lugar para tenderse sobre su montura, a fin de descansar. Imité a mis compañeros de viaje, pero no pude dormir. El viento del sur, que soplaba con bastante fuerza en la llanura, traía un frío penetrante que hacía experimentar una sensación desagradable. Todos los terrenos arenosos poseen la incómoda propiedad de producir mucho calor de día a causa de la reverberación, mientras que de noche son de lo más fríos. Antes del amanecer, nos alcanzó la carreta; entonces se prendió fuego; se hicieron asar trozos de carne, que comimos para reparar la mala noche. Los zarzales, junto a los cuales nos habíamos detenido, se componen de una única especie vegetal, conocida en la región con el nombre de *chañar*; son arbustos espinosos, retorcidos y casi sin hojas que dan, al madurar, frutas con carozo, cubiertas de una pulpa cuya forma y sabor recuerdan mucho a ciruelitas amarillas y que son buscadas por los pobladores. El aspecto de esta planta es tanto más triste por cuando la mitad de sus tallos son negros y parecen muertos. El lugar donde hicimos alto, llamado *chañares*, presentaba unos treinta de esos arbustos, formando un bosquecillo aislado en medio del campo; fuera de ese lugar, esa planta no existe en el terreno, siempre uniforme en su horizontabilidad, sólo interrumpida por zarcillas espinosas, de flores amarillas, que aparecen en una tierra casi pelada, cubierta de una arena gruesa, negra, muy mezclada con pequeños cantos rodados, llamados *chinas* por los pobladores, casi todos porfídicos, basálticos y cuarzosos, que provienen, sin duda, de las cordilleras y fueron depositados por las aguas. En esos terrenos crecen también, pero muy separadas unas de otras, algunas matas de una especie pequeña de gramínea, entonces completamente seca y que no contribuye poco a la aridez de la llanura.

A las cuatro y media partimos de nuevo. Durante toda la mañana el terreno presentó el mismo aspecto, la misma horizontabilidad; empero el paisaje se

animó con gran número de esos mamíferos que los indios llaman *mara*[8] y los españoles *liebres*. Nuestra liebre es, en efecto, el animal al cual más se asemeja cuando corre. Se mostraban tanto en parejas como en tropillas de seis a ocho, también compuestas de parejas. Me divertí mucho con sus corridas. Traté de matar alguno, pero sin ningún éxito; eran demasiado salvajes para que uno pudiera acercarse a ellos, en medio de un campo casi descubierto. Varios me parecieron altos como perros. Deseando ardientemente verlos de cerca, los perseguí al galope, pero estuve a punto de matarme. Los caballos, acostumbrados a ese género de caza, no se limitaban a correr en la misma dirección; cuando la mara gira para un lado, el caballo gira también y da tantas vueltas como el animal perseguido. No sabía que eso iba a pasar, y apenas la mara dio su primera vuelta, en vez de imitar a mi cabalgadura en su brusco salto de costado, la dejé continuar su camino sola; por fortuna no me hice ningún daño. Entonces mi peón quiso enseñarme cómo se efectúa esa caza en el país. Ensilló un caballo, que trajo con ese propósito, e hizo levantar a la mara, detrás de la cual corrió al galope, hasta enlazarla; luego, sin poner pie en tierra, la cogió por las orcas y me la entregó viva. Repitió dos o tres veces la carrera, con gran placer de mi parte. Las continuas vueltas del caballo, tan rápidas como las de la mara, ayudan a ese género de caza; pero hay que ser excelente jinete y estar acostumbrado desde la niñez a ese ejercicio para no ser desmontado.

La mara se diferencia de la liebre por su manera de correr más sofrenada, por la menor duración de su carrera y por la costumbre de cavar madrigueras profundas; por lo demás, no pertenece al mismo género, estando más cerca de los agutís. Sólo posee un rudimento de cola, cuatro dedos en las patas delanteras y solamente tres en las de atrás; sus orejas son más rectas, sus dientes distintos, su trasero más cuadrado; su pelaje es bastante bonito: abajo blanco, el lomo gris bermejo pronunciado, pasando al negro, color que forma una ancha media luna, que ocupa la parte superior del trasero, donde forma una línea partida por el blanco de las partes inferiores. Uno de esos ejemplares, que cogió mi peón, pesaba cerca de treinta libras. Asombra hallar esos animales en medio de terrenos tan estériles y completamente privados de agua; probablemente no beben o se contentan con el rocío de la mañana, porque no podemos suponer que abandonen los alrededores de sus madrigueras para andar diez o doce leguas a buscar el agua más cercana. Hicimos alto a las once; se desolló una mara, que fue inmediatamente puesta a asar, y la comimos con apetito. La carne de este animal es blanca y análoga a la del conejo; si se

8 Es la *Cavia patagónica*, Penn. y Schr.

prepara bien, debe ser un excelente alimento. Descansamos hasta las dos para dejar pasar el calor, que era realmente insoportable. Aproveché esta circunstancia para recorrer los alrededores a pie, buscando insectos; fue en vano; no vi el menor rastro y no descubrí una sola conchilla terrestre. Volvimos a andar y, a medida que nos alejábamos de los lugares frecuentados, las maras parecían multiplicarse. Traté de descubrir algunos pájaros, pero sólo vi lechuzas urucurea[9], que salían de las madrigueras abandonadas de las maras, o tal vez de las vizcachas, lanzando gritos de alarma, asustadas, sin duda, al ver turbada su tranquilidad en medio del desierto. El parásito caracara[10] se mostraba también de tanto en tanto, porque aunque nos acompañaba para apoderarse de los restos de nuestra comida, sólo se dejaba ver por momentos, volando a la distancia y buscando el cadáver de algún animal para comérselo. Mi peón me informó que si deseaba obtener una de las especies de tatús del país, que llamaba *quirquincho*, no tenía más que alejarme del camino abierto y seguirlo en la campaña. En efecto, hallamos varios, que habían salido al sol en busca de bulbos, de los que son muy golosos; reconocí de inmediato la especie de tatú que los indios pampas llaman *pichi*[11]. Corre velozmente, pero nada más fácil que cazarlo al simple paso de marcha, cortándole la retirada de sus madrigueras. Es un animalito encantador, completamente inofensivo, que algunos mantienen en casa, comiendo de todo y haciéndose muy familiar: los pequeños, sobre todo, divierten por sus extravagantes posturas; pero no es su garbo lo que los hace buscar por los pobladores, sino su carne, alimento de lo más delicado, que haría honor, sin duda, a nuestras mesas mejor puestas, si los hubiera en Europa. Había ya visto muchos zorros, de aspecto astuto; se escaparon lentamente, no sin volver la cabeza varias veces para mirarnos. Mientras buscaba tatúes, vi uno que llevaba una pequeña mara en la boca. Lo perseguí, y en el momento de entrar en su madriguera, abandonó su presa, calculando por lo visto que no podía entrar con ella en su cueva; lo así, y vi que había desangrado el animal con extraordinaria habilidad, sin hacerle otras heridas.

Llegamos casi a la caída del sol al lugar llamado *Laguna Blanca*. Es un terreno más bajo, en diez a doce, pies, que las tierras circundantes y en el cual, cuando llueve, se forma barro. La laguna estaba entonces seca; cuando está llena, se conducen allí el ganado de la estancia de la bahía de San Blas, porque en la estación se hallan, en los alrededores, bastante buenos pastos; es con ese

9 *Strix cunicularia*, Molina.
10 *Polyborus vulgaris*, Vieill.
11 *Dasypus minumus*, Desm.

propósito que se ha construido un corral, muy cerca. Se llegó a pensar establecer hasta una estancia en ese lugar, cavando un poco más la laguna, pero las lluvias se mezclaron con la sal de que está saturado el suelo y los animales bebían las aguas con repugnancia. Una casa próxima al lago revelaba que se había tenido la intención de habitar esa localidad, pero un pozo cavado para obtener agua la dio muy salada, y todas las tentativas realizadas, en ese sentido, en las campañas circundantes, dieron los mismos resultados. Prendimos un buen fuego, mi peón abrió longitudinalmente el vientre de un tatú, lo espolvoreó con algo de sal, lo puso todo entero en el fuego, con la caparazón hacia abajo, y lo dejó asar así. Yo había ya comido otras especies de tatús en la provincia de Corrientes, pero éste, al decir de los pobladores, es superior por la delicadeza de su carne. Cuando el animal estuvo bien cocido, mi peón lo retiró, le sacó las escamas del lomo, que salieron sin trabajo, y el asado, así preparado, hubiera convencido al paladar del gastrónomo más exigente. El lomo, bajo la caparazón, está cubierto de una capa espesa de cerca de una pulgada de grasa blanca bastante firme; lo comí con verdadero placer y puedo asegurar, por mí mismo, que ese manjar no está por debajo de la reputación de que goza en la región. Su gusto es análogo, aunque superior en delicadeza al del lechón. Una vez concluido el festín semisalvaje, me dispuse a adelantar la carreta, porque acabamos de comprobar que no había más agua y que nuestras provisiones se habían terminado, y teníamos todavía que recorrer seis leguas, antes de llegar al fin de nuestro viaje. Propuse hacer ese trayecto acompañado por los oficiales del buque de guerra. Los mismos terrenos continuaron durante cinco leguas todavía, luego descendieron ligeramente hacia la costa, donde oímos bramar las olas. Costeamos dunas elevadas, pisando una arena amarillenta; finalmente, a las ocho de la noche, llegamos a la estancia de la bahía de San Blas, que pertenece al señor Alfaro, con quien viajé desde Buenos Aires; él había tenido la amabilidad de dar órdenes a su capataz o mayordomo, encargado de la vigilancia de los negros que cuidaban el ganado; fui por eso perfectamente recibido. Nos ofrecieron un asado, pero yo estaba demasiado cansado para comer, no habiendo dormido la noche anterior; dejé, pues, a mis compañeros que le hicieron honor; y como había una sola cabaña para todos, me vi obligado a tenderme sobre el suelo, en un rincón de la pieza, donde miles de pulgas me asaltaron y me impidieron tomar el descanso que tanto necesitaba.

Antes de referirme a mis viajes por los alrededores de la estancia, quiero dar una rápida idea de la forma de la zona, a fin de hacer más inteligible la exposición de mis diversas excursiones. La casa está situada en el punto de

unión de la península de los Jabalíes[12] con la tierra firme. Esa península es llamada *Isla* por los pobladores y todo prueba que debió ser una isla verdadera: tiene la forma de un triángulo agudo, cuyo lado más pequeño, dirigido al este, mira al mar, y está en toda su longitud rodeado de dunas elevadas; los otros dos son el del norte, que forma uno de los ríos de la bahía de San Blas, cuya extremidad este está cubierta de altas dunas y constituye la *punta del Infierno*, así llamada porque el mar es borrascoso al máximo; la extremidad oeste, por el contrario, se cubre de guijarros, desciende y termina en una punta baja, dirigida hacia el fondo de la bahía. Por el tercer lado, está limitada por un canal profundo, que antes separaba por completo la isla del continente, pero cuya extremidad oriental ha sido ocupada por la arena, que la une a la tierra firme, en el sitio donde está la estancia. El paso es en este lugar de un medio cuarto de legua de ancho, a lo sumo. La parte que bordea el mar puede tener más de una legua de largo: está bordeada de una hilera de dunas móviles de casi medio cuarto de legua. La que forma la bahía tiene casi tres leguas de largo, casi tanto como la del canal o la del sur, lo que da más de siete leguas al contorno de la península de los Jabalíes. La superficie es muy desigual al este, a causa de las dunas; el resto es completamente llano, cubierto de cactos mamilares o de una hierba corta y seca.

Bahía de San Blas

El 15 de enero me levanté temprano, tomé un fusil y salí de la casa para explorar los alrededores. Me dirigí hacia el canal que separa la tierra firme de la península de los Jabalíes. Pregunté a mi peón de dónde podía originarse el nombre de Jabalíes, en un lugar donde no existe rastro alguno de esos animales; me respondió que le fue dado porque antes de que poblaran la comarca los rebaños, había muchos *pecarís*, *en* medio de las grandes gramíneas que cubren las cañadas formadas entre las dunas, pero que desaparecieron por completo después. El extremo del canal que yo recorría era muy fangoso y estaba entonces enteramente seco, inundándose solamente en época de crecidas. Pasé por la península y penetré en medio de las arenas, donde vi algunas perdices y muchos venados, que, apenas me vieron, huyeron con extremada agilidad no sin volver la cabeza muchas veces para mirarme; hice fuego desde larga distancia, sin alcanzarlos. Vi también muchos esqueletos de focas.

15 de enero

El ganado de la estancia cubre toda la península de los Jabalíes, de donde no puede salir, una vez que entra, a menos de seguir la orilla del mar, lo que no

12 Con ese nombre los españoles designan, en América, al *Pecari torquatus*.

es de temer, porque no existe ejemplo de que los animales se acerquen alguna vez a la costa, a tal punto el ruido de las olas los asusta y hace huir. El lugar es, pues, de lo más apropiado para criarlos, porque no hay necesidad de reunirlos en corrales, ni vigilarlos. El sitio sería aún mejor si tuviera buena agua, pero, como único abrevadero, se practican grandes pozos al pie de las dunas, en las partes bajas, y esos pozos sólo dan un agua muy salobre, que no es potable. Esto es, sin duda, lo que impide al ganado engordar: hasta el agua que se bebe en la estancia es a tal punto salada que inspira repugnancia y no quita la sed. Bajo este aspecto, esas llanuras están muy mal repartidas y, en cualquier otro país, serían consideradas inhabitables; pero la hierba que crece en todas partes de la península es bastante buena y puede alimentar a más de diez mil cabezas de ganado, aunque sea rala. Se nota, generalmente, que los pastos saturados de sal son más nutritivos que los otros; por eso son muy buscados por los animales. Por lo demás, aparte de la ventaja de no tener que ejercer una vigilancia tan inmediata, el propietario tiene también la de estar completamente aislado y alejado de cualquier otro sitio habitado, lo que no es de despreciar, en una comarca donde no se tiene el menor escrúpulo en robar los vacunos.

La estancia, fundada sólo algunos años antes, se compone de tres habitaciones o chozas, construidas y cubiertas de paja, y de un aspecto de lo más miserable: una de ellas, la que nosotros ocupábamos, está habitada por el capataz o supervisor; la otra sirve de cocina y el depósito de los cueros; y la tercera, separada de las dos primeras, de alojamiento a doce o quince negros esclavos, empleados en las tareas del establecimiento. Las casas están rodeadas de corrales, en los cuales se guardan los caballos y los corderos, distantes a lo sumo cincuenta pasos del canal que separa la península de la tierra firme y de medio cuarto de legua del mar; están separadas de éste por dunas poco fijas de una arena polvorienta, que vuela por todas partes e incomoda mucho, porque el viento la esparce y no se puede salir ni a pie ni a caballo.

A mediodía, monté a caballo para ir a bordo de la nave, anclada, en el puerto de San Blas, distante tres leguas de la estancia; dejé mi carreta preparada para partir, a fin de llevar lo que podría necesitar para mis investigaciones, durante el tiempo que debía pasar a bordo del barco corsario; y, de un galope, franqueé la distancia, corriendo sobre un suelo seco a medias, poco cubierto de hierba y completamente desprovisto de los zarzales que se observan en los terrenos elevados. Soplaba mucho viento, y cuando llegué a la playa los marineros no sabían si las olas enfurecidas nos permitirían llegar a bordo, tanto más cuanto el barco estaba anclado a un cuarto de legua de la

costa. Intentamos la aventura, y cuando subimos a la chalupa me mojé de la cabeza a los pies. Para colmo de desdichas, antes que nos alejáramos de la costa, estaba llena de agua hasta la mitad; vi próximo el momento en que se estrellaría contra las piedras, pero varios marineros se arrojaron al mar y nos apartamos de la costa. El navío a bordo del cual me embarqué tenía tres mástiles y ochocientas toneladas; había sido construido en Bahía (Brasil) y era sólido como una roca. Se llamaba *La Gaviota*; era una nave mercante brasileña, apresada al abordaje por el señor Dautan, con una pequeña goleta que tenía entonces, y armada luego con veinte piezas de cañón y una tripulación análoga. La Gaviota tenía en su construcción algo que me pareció extraordinario: los mástiles eran muy delgados y me parecieron desproporcionados con el resto; empero eran más fuertes que los nuestros. Su casco estaba asimismo construido de una madera tan dura que debía ser eterna; de hecho, se ha demostrado que los barcos brasileños resisten casi el doble de los construidos con roble en América del Norte. El señor Dautan, a quien me complazco en otorgar aquí un justo tributo de reconocimiento por la amabilidad con que facilitó mis exploraciones, no pudo acompañarnos, pero había escrito a sus oficiales ordenándoles que pusieran lanchas a mi disposición para los diversos viajes que yo debía efectuar, y uno de los capitanes fue designado especialmente para acompañarme a todas partes; por eso, esperaba el día siguiente con impaciencia, para comenzar mis observaciones. Por desgracia, el tiempo fue pésimo: se desencadenó el viento; el trueno se hizo oír por todas partes, y experimentamos serios temores, porque el rayo cayó sobre el mismo navío y cortó muchas jarcias del mástil del bauprés. Yo estaba en ese momento en la parte posterior del barco y fui a tal punto enceguecido por el resplandor y me sentí tan estupefacto por la conmoción, que quedé algunos instantes privado de la vista y del oído. No estábamos nada tranquilos, porque había a bordo mucha pólvora, que estallaría infaliblemente si el fuego la alcanzara. Tal vez hasta nos hubiéramos encontrado en la imposibilidad de embarcarnos, por estar el mar muy malo y el viento demasiado fuerte para que las chalupas se pudieran sostener. Estábamos, pues, amenazados con la desdichada suerte del segundo comandante de La Gaviota, que, con tres marineros, había perecido, sólo tres días antes, al querer ir a tierra, sin que fuera posible alcanzarle ayuda alguna. La lluvia cayó torrencialmente el resto de la jornada, lo que me inquietó tanto más cuanto la carreta que llevaba mis baúles, y que partió al mismo tiempo que yo, no había llegado la víspera y no aparecía aún. Temí que documentos interesantes se hubieran deteriorado.

El 17 de enero descendí a tierra para ver si mi carreta llegaba y para cazar los numerosos venados[13] que pueblan la península de los Jabalíes. Vi muchos animales; hice toda suerte de esfuerzos para cazarlos; pero fue inútil. La campaña, de lo más horizontal y sin ninguna aspereza, no me permitía acercarme a ellos y parecían burlarse de mis infructuosas tentativas; a veces solos, otras en parejas o más a menudo todos reunidos, cuando me encontraba a trescientos pasos de ellos, partían a la carrera y se detenían algo más lejos para pacer, hasta el instante que mi aproximación les hacía huir de nuevo. Se hubiera dicho que los machos hacían de centinelas de los otros, que seguían sus menores movimientos. Nada más gracioso que la actitud atrevida de uno de esos venados, cuando se paraba para mirar, y nada más rápido que su carrera, cuando, con la cabeza alta, corría, a todo galope, en medio de la llanura; los seguía con la vista con placer; finalmente, tiré un balazo al azar y herí a uno de esos animales, sin que pudiera apoderarme de él. Fastidiado por la inutilidad de mi caza, me fui al brazo de mar, para ver si sería más afortunado al perseguir los pájaros acuáticos; pero, hallando el mar bajo, preferí aprovecharlo y ocuparme de buscar animales marinos. Con las piernas desnudas, dejé mi fusil en tierra y me aventuré por el lodo. Luego de una caminata bastante larga y penosa, llegué a la mitad del canal, cuyo ancho es de cerca de un cuarto de legua, rodeado de inmensos bancos de gramíneas acuáticas, inundados con cada marea. El medio es un lecho profundo, sobre cuyos bordes hay muchas conchillas acéfalas de lo más interesantes, caracoles y olivas vivientes[14]; pero lo que me produjo el mayor placer fue una especie muy hermosa de zoófito libre del género *renille*, de un color púrpura brillante, adornado de pólipos de un hermoso color blanco. El cuidado que puse en buscar los animales me impidió observar que el mar, que subía desde hacía algún tiempo con intensidad, me cerraba el regreso; me fue necesario, para volver a la costa, meterme en el agua hasta la cintura. Antes de regresar, hice nuevas búsquedas por el canal y conseguí así muchas conchillas e insectos. Estaba casi a la extremidad de la península y a más de dos leguas del anclaje; marché siguiendo la dirección de la costa del norte; pero debí sufrir mucho, porque el suelo está cubierto en todas partes de esos pequeños cactos mamilares, que no lo rebasan y están armados de espinas largas y duras, que penetran el calzado más duro, llegan a los pies a cada instante y son tanto más difíciles de extraer cuanto que están cubiertas de pequeñas asperezas que les

17 de enero

13 Es también el ciervo guazi-ti de Azara.

14 Entre otras, la *Oliva Puelchana*, Nob., y *la Anatina patagonica* d'Orb.

impiden salir de la llaga y se rompen en la carne, causando grandes dolores. Deteniéndome a cada paso para sacarme las espinas, cansado y devorado por una sed ardiente, pude alcanzar las dunas próximas al anclaje. Hallé varios hombres de a bordo, junto a una aguada formada de un pozo cavado en las arenas, que daba un agua dulce y límpida, la única buena de toda la península; allí los navíos que van todos los años a pescar focas hacen su provisión de agua. Es curioso, en medio de terrenos cubiertos de muriato de soda, encontrar un agua tan buena, purificada como está, aparentemente por las arenas a través de las cuales se filtra. Me enteré también, con agrado, que la carreta había llegado y que mis efectos se habían desembarcado; me fui en seguida a bordo, para poner mis animales en el agua y dibujarlos, y para comer, lo que me hizo olvidar pronto las fatigas de la mañana; por eso me sentí dispuesto a emprender una nueva excursión que me propuso uno de los oficiales de a bordo; se trataba de ir a las islas de las *Gamas*.

El puerto de San Blas se encuentra al extremo sur de la bahía del mismo nombre y es conocido también de los marinos como *Bahía de Todos los Santos*. Esta inmensa bahía se extiende cerca de un grado, de norte a sur, desde la desembocadura del río Colorado, hasta el puerto de San Blas, rodeada de terrenos bajos y pantanosos del lado de la tierra firme; encierra, en su extensión, varias islas más o menos grandes y más o menos elevadas sobre las aguas: 1° la isla de las Gamas, la mayor de todas, que tiene más de cinco leguas marinas de longitud y es la más próxima al lugar donde yo estaba; 2° otra también larga, pero mucho más angosta, llamada, por esta razón, *Isla Larga* o del Nordeste; 3° la *Isla de los Arroyos*, que presenta una extensión baja y cuadrada, ubicada al norte de las dos primeras; 4° finalmente, la isla *de Borda* o *del Hambre*, formando con la punta de la desembocadura del Colorado el lugar llamado *puerto de la Unión*, y que es la más septentrional. Queda una quinta, actualmente muy pequeña, situada al sudeste del extremo sur de la isla de las Gamas, la *Isla de los Chanchos*, que, con la punta del Infierno, forma la entrada al canal del puerto de San Blas.

La isla de las Gamas está a dos millas de distancia de la costa firme[15], de la cual está separada por el puerto de San Blas; tiene alrededor de diez y nueve millas de largo y tres en su mayor ancho. Su forma es muy alargada, y un estrecho canal la separa de la isla de los Chanchos o *Rasa*, de la cual tendré oportunidad de hablar; también ese canal se seca cuando las mareas bajas. La isla de las Gamas es la más alta de todas y la única que ofrece algunos pastos; su

15 Medí esa distancia por los ángulos.

superficie es enteramente llana, cubierta de pequeños zarzales espinosos y de algunas gramíneas. Forma muchas puntas: una al sudoeste, poco avanzada, con un islote, separado de la isla grande sólo durante la marea alta; otro al sudeste, que se une a los bancos de la isla de los Chanchos, y cuya punta norte, más conocida con el nombre de *punta del Elefante*, está cubierta de dunas elevadas; los bordes son limosos en algunos lugares, arenosos en otros, pero siempre cubiertos de gramíneas marítimas, de cerca de una milla de ancho, y de bancos de arena que se descubren durante la marea baja, en una inmensa extensión. Su nombre proviene del gran número de ciervos y ciervas que hay en ella, desde hace cinco o seis años, sin que se sepa de dónde han venido. Se veían hasta cerdos abandonados por los pescadores, pero todos esos animales han desaparecido y la isla está hoy completamente desierta, lo que se me explicó diciendo que los últimos navíos americanos que fueron a pescar, habiendo por descuido u otro motivo abandonado varios perros, éstos, para vivir, se vieron obligados a dar caza a los ciervos, a los que exterminaron poco a poco, terminando pronto, cuando los alimentos les faltaron, con morir ellos también.

El viento me condujo en un momento a la isla de las Gamas; desembarqué en su extremo sudoeste, en medio de bancos de gramíneas marítimas, donde los marineros pescaron gran número de muy buenas almejas, pequeñas ostras unidas a las raíces de esas plantas y cangrejos que abundan en esos lugares pero fueron muy pronto obligados a marcharse por el mar que subía desde tiempo antes. Mis cosechas no fueron menos fructíferas; recogí conchillas vivas así como las que habían sido arrojadas a la costa sobre la playa arenosa. Hallé también allí muchas cosas interesantes. En el islote de ese lugar había un hornillo a medias elevado sobre el mar, construido por los marineros, que todos los años van a pescar focas; pero dicho hornillo, así como muchos otros, discriminados por todas partes, sobre las islas y en la costa firme, fue abandonado, después que aquella pesca, efectuada sin discernimiento, exterminó o hizo desaparecer esos anfibios, que no retornan más a ninguna de las islas de la Bahía de San Blas. La noche me obligó a interrumpir pronto mis investigaciones y regresé a bordo cuando ya era oscuro; comprobé empero, después de ese primer vistazo, que, podría hallar en esas islas animales marinos, porque, en lo que respecta a los animales terrestres, nada podía esperar de terrenos tan áridos que su simple vista inspira tristeza, sobre todo cuando se los compara con los sitios tan pintorescos y la vegetación tan hermosa, siempre renaciente, de ciertas partes de América.

Desde el amanecer del día siguiente me dediqué a observar, dibujar y describir los animales recogidos la víspera, lo que me ocupó hasta el mediodía;

pero vagas noticias del ataque de Carmen por los indios, transmitidas por los indios de la estancia, me decidieron a volver en seguida, para tener detalles que me interesaban tanto más cuanto que debía reservarme los medios de regresar al villorrio, antes de ser bloqueado en San Blas por los indios. Descendí a tierra y me dirigí a pie, cazando en el camino, hacia la estancia; seguí las orillas del canal, continuando mis búsquedas; hallé muchos pájaros interesantes, y a un cuarto de legua de la estancia descubrí una colonia de vizcachas, que, fuera de sus madrigueras, jugaban sobre el pasto, saltando en todos sentidos, pero, cuando quise acercarme a ellas, entraron en su morada subterránea, para no volver a salir.

Al llegar a la estancia, me enteré de que el famoso Pincheira, oficial del partido español, que se había reunido a los indios chilenos, a fin de continuar la guerra contra los republicanos, había llegado, algunos días antes, a la isla de Choele-Choel, sobre el alto Río Negro, a unas sesenta leguas de Carmen; y que, enseguida, había enviado un correo al comandante del fuerte, haciéndole propuestas de paz; pero mientras que en la orilla norte atraía así la atención de ese jefe, hacía pasar una parte de esos indios a la orilla opuesta para robar el ganado, aprovechando que el campo no estaba allí vigilado y la imprudencia de los pobladores. Reunieron así, durante la noche, los rebaños de las estancias vecinas situadas arriba de Carmen y se los llevaron todos. Calculáronse en cinco o seis mil los animales robados, sin que hubiera tiempo de perseguir a los ladrones. Ese robo, que privó de golpe a los pobladores de una parte de sus recursos, los sumió en la consternación; temían a tal punto a los indios, que nadie osaba salir del villorrio, tanto más cuanto, de acuerdo a informes de salvajes amigos, se consideraba que Pincheira disponía de fuerzas considerables. Había reunido a los desertores y malhechores de todas las repúblicas, lo que hacía trescientos hombres armados, que sumados a más de mil indios, formaban una fuerza conjunta formidable, comparada al efectivo de defensa que podía oponerle Carmen, donde un puñado de negros, recientemente traídos de Africa, y una milicia formada por los pobladores, eran las únicas tropas disponibles, que no se elevaban a más de ciento cincuenta hombres; además, cerca de la mitad se componía de dos compañías de guardias nacionales, gauchos y deportados, hombres sin domicilio y sin parientes, que, si creían poder encontrar algún beneficio de los salvajes, no tendrían el menor escrúpulo en pasarse a los indios, con los cuales mantenían frecuentes relaciones, sobre todo con los establecidos cerca de Carmen, seguros de poder llevar con mayor libertad su existencia vagabunda. Esas noticias no eran tranquilizadoras; sin embargo, el señor Alvarez me había prometido escribirme, cuando hubiera

realmente peligro de permanecer en la bahía de San Blas y no tenía de qué inquietarme, pudiendo continuar mis investigaciones en el punto en que las había dejado; pero todo parecía indicar que mis viajes se verían continuamente obstaculizados, durante mi estadía en la Patagonia.

19 de enero

El 19 esperé el día con impaciencia, atormentado por las picaduras de las pulgas. Así, con los primeros rayos del sol, estaba de pie y mi arreglo no fue largo, porque no me había desvestido para acostarme sobre el cuero tendido en tierra. Partí de inmediato para recorrer el lado exterior de las dunas hacia al mar; pero me detuve, primero, en medio de ellas, para reunir hermosas especies de insectos de la familia de los melásomos, que se paseaban por la arena. Después de una abundante recolección, dejé las dunas, y atravesé una gran extensión de arena móvil, modificada a cada rato por los vientos. Parecía que un violento ventarrón había cavado profundamente el suelo, levantando, en un radio de algunos centenares de pasos de ancho, toda la arena fina, y dejando únicamente las partes más pesadas, porque todas las conchillas estaban al descubierto en grandes bancos. Crucé esa especie de valle accidental y, atravesando los últimos montículos de arena, llegué finalmente a orillas del mar, donde seguí por la playa, contra la cual el mar batía con furia; recogí numerosas conchillas hermosas y algunos políperos. Lo que más me impresionó fue el gran número de restos de navíos de que está cubierta la costa: de un lado mástiles quebrados; del otro, aparejos medio hundidos en la arena... Veía, con pena, esos testimonios de crueles catástrofes, sobre todo la parte delantera de un gran navío, que parecía haber naufragado recientemente; expresé mi sorpresa al capataz que me acompañaba. Me dijo que toda la costa, hasta la desembocadura del Río Negro, así como todas las islas de la bahía de San Blas, estaban sembradas de los mismos restos de barcos perdidos, desde hacía un par de años. Antes de la guerra con los brasileños, apenas aparecían cinco a seis por año en esos parajes inhospitalarios, para aprovisionar de sal a la capital de la República; pero habiendo la guerra obligado a los barcos corsarios del Estado a buscar un puerto, desde el momento en que no podían entrar en el Plata, bloqueado por los brasileños, habían elegido la bahía de San Blas y el Río Negro para reparar sus averías y depositar sus presas. Desde entonces, gran número de navíos de todos los tamaños venían a la Patagonia; los mayores anclaban en la bahía de San Blas, mientras que los de tamaño mediano penetraban por el Río Negro; pero como la entrada de los puertos era igualmente difícil, cerca de un tercio, mal dirigidos, o por el mal tiempo, eran arrojados contra la costa, se destruían por completo y sus restos ocupaban todas las playas. Los brasileños efectuaron

múltiples tentativas para apoderarse de los corsarios: dos veces el pabellón de ese país flotó en los alrededores; la primera, en cinco corbetas que querían entrar en el puerto de San Blas, para apoderarse de un barco allí anclado; tres encallaron, de las cuales una logró zafarse y las otras dos fueron despedazadas por el mar, lo que impidió nuevas tentativas; eran los restos de estas últimas, entre las cuales se distinguían los de la corbeta La Massayo, que tenía ante mis ojos. Es imposible describir la impresión de tristeza que me dejó la vista de esos restos, impresión en aumento al encontrar cada nuevo fragmento, sobre todo al pensar que tantos hombres habían sido víctimas, al mismo tiempo, cosa que demostraban, por lo demás, algunos esqueletos humanos diseminados por la playa. Me alejé de ese aflictivo espectáculo, incesantemente renovado, y regresé a la estancia.

Me esperaban los caballos para conducirme a bordo de La Gaviota; me puse maquinalmente sobre la montura y seguí al guía, absorto en tristes reflexiones y sin casi saber hacia dónde me dirigía; disposición en la cual hubiera permanecido tal vez mucho tiempo, si el azar no hubiera querido que pusiera la vista en tierra, donde, al pie de las dunas por las cuales caminaba, vi un insecto muy hermoso. Mis sombríos pensamientos se desvanecieron de inmediato; mi idea fija de hacer descubrimientos volvió a dominarme; descendí del caballo, levanté el insecto y el deseo de recoger otros me hizo contemplar con atención y acabar a pie el trayecto hasta la nave, feliz de mi hallazgo y habiendo olvidado por completo la tristeza.

20 de enero

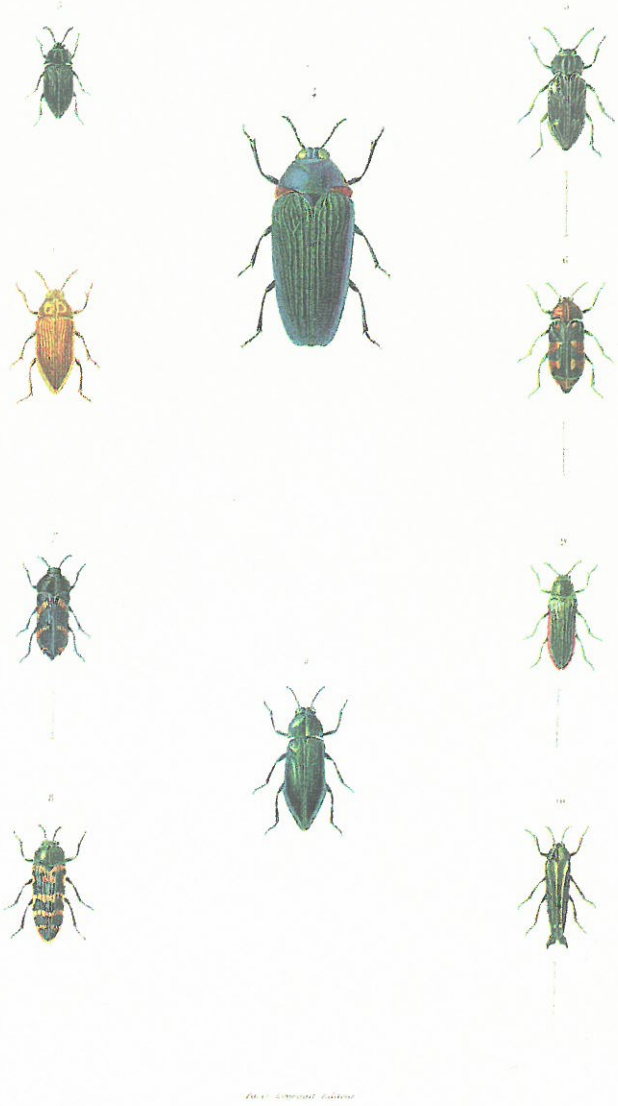
Al día siguiente me embarqué en un bote para ir a la Isla de los Chanchos, situada a casi dos leguas del anclaje, a la entrada del paso; favorecidos por un buen viento, llegamos pronto. La marea estaba baja. Me desembarcaron antes de llegar, a tal punto sentía impaciencia por comenzar mis búsquedas; mientras que, para proteger mejor el bote, se lo conducía a los bancos que separan esa isla de la de las Gamas. ¡Con qué avidez recorrí con los ojos las arenas de la costa, a fin de descubrir el menor indicio exterior que anunciara que un molusco estaba oculto en su seno! Encontré así especies bastante hermosas de animales, entre los cuales un polípero del género virgular[16], que se hunde un pie en la arena y forma un solo animal compuesto de millares de pólipos, que viven la misma vida. La marea montante vino a interrumpirme; entonces fui al encuentro de la gente del bote y hallé a los marineros ocupados en pescar almejas bastante grandes, que, lo mismo que las de la isla de las Gamas, estaban unidas a los

16 Especie nueva, que he denominado *Virgularia patagonica*.

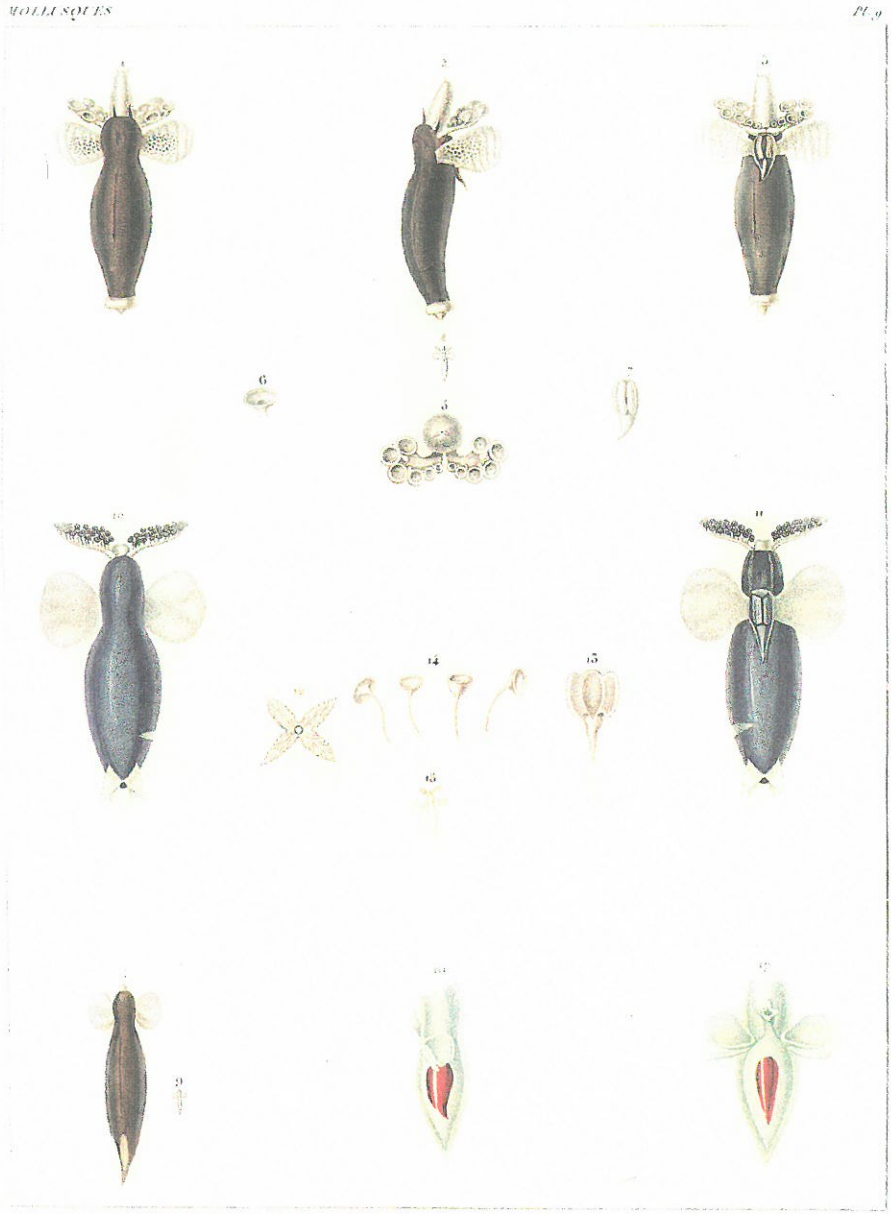
tallos de las gramíneas marítimas, que abundan en todos los lugares donde el mar es poco batido por los vientos y donde el fondo es limoso. Quisimos llegar hasta los restos de un hornillo de pescadores de focas, situado en el extremo sur de la isla, pero la corriente de la marea ascendente, que empujaba con fuerza en el fondo de la bahía y en el canal entre las dos islas, nos retuvo con tal fuerza que nos vimos obligados a arrastrar la canoa con una cuerda. Mientras andábamos, admiraba centenares de ejemplares de una nueva especie de acalefos, vecinas de los ciánicos, que ostentaban los colores más vivos y variados, semejantes a hermosas flores, que se abrían o cerraban según la contracción del animal, abriendo su sombrilla color de agua, provista de rayas purpúreas concéntricas y bordeada de una multitud de brazos filiformes, rosados, amarillos o dorados. A menudo esos mismos colores se suceden en el animal por degradación de tintes, como los colores que da el prisma, al descomponer los rayos del sol. La primera idea de quien ve una hermosa flor en medio del campo es de admiración; la segunda, de arrancarla. Después de observar bien a mis acalefos, quise cogerlos, pero en el instante que toqué sus numerosos brazos tan graciosamente coloreados, sentí en la mano un dolor semejante a una quemadura[17], dolor que duró todo el día. Me contenté después con contemplarlos y dibujarlos, sin tocarlos más. Otros animales del género Beroé, de múltiples especies, esmaltaban igualmente el agua tranquila, al abrigo del viento, con sus colores rosados o azulados y sus ocho rayos, sobre las numerosas papilas de que se descomponen los rayos del sol, ondulando suavemente en la estela que dejaba nuestro lote. La costa podía rivalizar entonces con los más hermosos jardines, pero a todas esas flores en movimiento faltaba el contraste de esa suave vegetación, que habría destacado sus brillantes colores.

Observando y admirando, llegué a los restos del hornillo, donde debíamos almorzar. Habíamos traído de La Gaviota bizcochos y agua, contando con nuestra pesca para las provisiones: en efecto, excelentes almejas, condimentadas por el apetito que siempre producen los viajes a orillas del mar, fueron consideradas mejores que nunca; además, la satisfacción que yo experimentaba por mis descubrimientos daba un colorido muy especial de alegría a esa comida salvaje, donde todo respiraba sencillez. La naturaleza no estaba animada por esos cuadros imponentes que inspiran respeto; no estaba yo a la sombra

17 Esa especie de acalefo no es la única dotada de la propiedad de causar con el contacto un dolor semejante a la picadura de las ortigas: las fisalias o galenas de los marinos lo son en más alto grado y también lo he hallado en el risostorna azul de nuestras costas, pero mucho menos fuerte. Es tal vez el medio de defensa de los acalefos, en general.



1: *Buprestis rudicollis*; 2: *Buprestis caesia*; 3: *Coeculus americanus*; 4: *Colobogaster resplendens*; 5: *Chrysobothris denticollis*; 6: *Chrysobothris myia*; 7: *Ptosima planata*; 8: *Zemina orbygnyi*; 9: *Zemina okea*; 10: *Agrilus piscis*.



1-7: *Spongiobranchia australis*; 8-9: *Spongiobranchia elongata*;
10-15: *Pneumodemon violaceum*; 16-17: *Cymodocea diaphana*.

de esos vastos bosques que el ignorante vulgar cree que se extienden por toda América; no me distraía el canto de miles de brillantes pájaros; al contrario... Las arenas móviles, llevadas por los vientos y desprovistas de vegetación, me rodeaban por todas partes: a lo lejos, no veía más que costas bajas áridas, sin vegetación; el sol ardía sobre mi cabeza; el silencio del desierto sólo era interrumpido por algunas gaviotas o golondrinas de mar, que pasaban de tanto en tanto y parecían reprocharme, con sus gritos agudos y desagradables, el haber perturbado su dominio exclusivo con el ruido de mis pasos, que rompía la tranquilidad habitual de esa naturaleza tan triste; y, sin embargo, yo experimentaba una felicidad infinita de hallarme tan lejos de las ciudades, en un suelo tan poco frecuentado, donde nunca un observador había llegado... Ese placer indecible de estar completamente aislado del mundo, lo he gustado a menudo en toda su plenitud. Pero, de dos cosas una... En el seno de las ciudades, prefiero la más civilizada, la más culta; en los lugares deshabitados, los más salvajes, y aquéllos donde la naturaleza primitiva contrasta con la civilización.

Partí a dar la vuelta a la isla, lo que no me exigió mucho tiempo, porque, con la marea alta, apenas tiene tres cuartos de legua de circunferencia; está enteramente desprovista de vegetación y formada solamente de una arena polvorienta; su forma es elíptica. Parece que ha sido mayor de lo que es en la actualidad, lo que prueba la extensión de los bancos de arena que se descubren cuando baja la marea y que duplica su superficie. Ha estado cubierta de vegetación; y, de acuerdo a su nombre, habría dado albergue a una multitud de cerdos que, así como la vegetación, fueron arrasados en 1827 por una marea muy fuerte, intensificada por un terrible golpe de viento. A ese golpe de viento se atribuye también su cambio de forma y su casi completa destrucción En esa misma época se llenó el canal que la separa de la isla de las Gamas y que servía, antes, de paso a los navíos; mientras que actualmente la barca más pequeña no puede entrar. Toda la costa exterior está cubierta de pedazos; el oficial del corsario que me acompañaba me mostró el casco de un barco de Nantes, que llegó para pescar focas y que naufragó, hacía tres años. Mi viaje alrededor de la isla no fue infructuoso; me produjo también varios objetos interesantes para la historia natural.

El 21, después de haber preparado materiales y dibujado toda la mañana, propuse a un oficial de La Gaviota que me acompañara en un reconocimiento que quería hacer al fondo de la bahía. Aceptó; recogimos provisiones para un día y nos embarcamos en la canoa, costeando la península hasta su extremo occidental. Pasamos frente a la desembocadura del brazo de mar que la separa del continente,

21 de enero

observando que puede tener medio cuarto de legua de ancho; luego, después de haber seguido durante algún tiempo la tierra firme, entramos en otro brazo de mar que penetra en las tierras, con el nombre de *Riacho del Inglés*, sin duda porque proviene de la salina natural del mismo nombre; lo remontamos ayudados por una fuerte marea, hasta cerca de una legua de su desembocadura, donde nos detuvimos para reparar nuestras fuerzas. Mientras unos cazaban en medio de la campaña y otros prendían fuego para preparar nuestra comida, recorrí los alrededores como observador. En el lugar donde nos detuvimos, las orillas del arroyo tenían grandes bancos de arena limosa, de una elevación de cerca de un pie sobre las mareas altas; descubrí encima, no sin asombro, todas las conchillas que viven actualmente en la bahía, no rodadas, como podría suponerse, sino, al contrario, en sus posiciones naturales, todos los bivalvos ubicados tal como vivieron, con las dos valvas unidas, hundidas en la arena, y las volutas tan frescas como si hubieran salido del agua; sólo habían perdido sus colores y se habían hecho muy blancos; finalmente, sobre ese banco, me hallé rodeado de todas las especies de la región en el lugar donde vivían, como si el mar se hubiera retirado, de golpe, unos veinticinco a treinta pies, y dejado su lecho seco, porque las conchillas que veía no se muestran actualmente vivas más que en la parte exterior de la desembocadura de ese brazo y sólo comienzan a mostrarse al descubierto cuando la marea baja a menos de treinta pies por debajo del nivel ordinario de las sicigias. Ese hecho, que pone en evidencia un levantamiento insensible de treinta pies por lo menos en todo el litoral de la Patagonia, no es el único que he podido observar en las costas del océano Atlántico. Ya he hablado de los bancos de conchillas de las Pampas de San Pedro[18], de más de cincuenta pies de altura sobre el curso actual del Paraná, y tendré oportunidad de señalar las mismas circunstancias en las costas del gran Océano; por lo demás, las partes salinas que impregnan todos los terrenos de la Patagonia revelan una presencia reciente del mar en su suelo.

El Riacho del Inglés es a veces ancho y a veces angosto, a menudo lleno de islas y bancos de arena; pero en ninguna parte su ancho excede de cien a ciento cincuenta metros, cuando no tiene accidentes. Penetra así en las tierras, donde, a una legua de su desembocadura, se ensancha de golpe y parece adquirir una extensión mayor todavía, alejándose de la costa, formando entonces, con la marea alta, una especie de lago. Sus orillas siempre están bordeadas de colinas altas de suave pendiente, peladas o cubiertas de zarzales espinosos, imagen de la tristeza y esterilidad del terreno, que sólo ocultan en

18 Capítulo XII.

parte. Nunca esa especie de río acarrea agua dulce; la del mar que penetra con el flujo vuelve con el reflujo, dejando al descubierto tierras limosas que exhalan un olor pestilente. El fondo de la bahía, en toda su longitud, está cortado de tanto en tanto por canales semejantes, donde nunca corre agua dulce; por eso nadie puede abordar esa costa, en todas partes limosa, muy llana, llena de canales y bancos de gramíneas acuáticas. Conocí posteriormente a un marino francés (el Sr. Hervaux), al servicio de Buenos Aires, que habiendo zozobrado con su navío en la desembocadura del Río Colorado, vivió algún tiempo de las crías de los huevos de gaviotas que anidan en los bancos altos de arena, viéndose obligado, para calmar la sed, a beber la sangre de los pajaritos. Mitad a nado, mitad caminando por los bancos o por un desierto de lo mas árido, pudo llegar, sin beber, a la estancia de San Blas, después de ocho o diez días de sufrimientos increíbles, habiendo perdido a todos sus compañeros de infortunio. Los detalles de ese naufragio son horribles; y después de lo que vi, apenas puedo explicarme cómo pudo salvar así una distancia que, por los rodeos, en medio de obstáculos de todo género, no es seguramente de menos de cincuenta a sesenta leguas.

Me llamaron para comer; abandoné un momento mis búsquedas. La comida era suntuosa y se compuso de dos tinamus o perdices asadas y de un trozo de carne de vaca seca y salada, a lo que se añadió agua traída de a bordo. Las personas delicadas habrían hallado demasiado imperfecta la cocina. Las perdices estaban secas y ahumadas, la carne de vaca se quemó de un lado y quedó cruda del otro; el agua tenía un pésimo gusto a barril; y nada más... Ningún licor para estimular el apetito; pero yo, pobre viajero, acostumbrado a tantas privaciones, pensaba que podía haberme alimentado peor aún y creía que, en el lugar donde estaba, no podía desear nada mejor.

Mientras comíamos, el viento, que soplaba con fuerza, hizo volar chispas de nuestro fuego sobre los zarzales vecinos. En un instante, el campo se incendió, lo que nos obligó a abandonar la orilla sur, para ir a buscar, en otra parte, un albergue para la noche. Aproveché la circunstancia para instalarme junto a la desembocadura del canal, a fin de utilizar la marea baja de la mañana siguiente; pero, cuando quisimos embarcarnos, la canoa tocaba fondo por todas partes, y no pudimos hacer otra cosa que maternos todos con el agua hasta la cintura para empujarla, porque el mar bajaba constantemente y las dificultades aumentaban a cada momento. Hicimos así un cuarto de legua; a veces encontrábamos el canal y nos poníamos a nadar; a veces tocábamos fondo, hasta que llegábamos donde había algo de agua y podíamos remar. Llegamos así junto a la desembocadura, donde nos detuvimos. Allí amarramos la canoa,

recogimos cangrejos para nuestra cena y nos dedicamos a preparar el vivac. La playa favoreció este proyecto a causa de muchos arroyos secos abiertos por los vientos. Formamos una especie de lecho común; la vela de la canoa fue ubicada de manera de protegernos del viento. Nos disponíamos a acostarnos, cuando el aspecto de las llamas de la campaña del lado opuesto, que, como un torrente de fuego, se extendían en una extensión inmensa, invadiendo todo el suelo con una rapidez extrema, y ofreciendo, en medio de una hermosa noche, un espectáculo singular, decidió a mis compañeros de viaje, mientras yo me había alejado, a poner fuego a una cierta distancia, bajo el viento, del lugar donde estábamos, para gozar de más cerca del espectáculo. La propuesta fue aceptada, y en menos de nada, los alrededores quedaron incendiados y las chispas, que saltaban de una mata seca a otra, se extendían con una rapidez asombrosa. Apenas me di cuenta, los exhorté a apagarlas y me puse a la tarea; pero la cosa me fue imposible, porque estaba solo. Abandoné pues mi proyecto, haciendo notar a los imprudentes incendiarios que el fuego sería estimulado por el viento, que no estábamos seguros y que no solamente nuestro vivac podría incendiarse, sino también podríamos perder nuestra canoa y hallarnos en la imposibilidad de regresar a bordo. Mis amonestaciones no fueron escuchadas; seguí largo tiempo con la vista el progreso del fuego, para ver si venía de nuestro lado; parecía, por el contrario, alejarse. Comprendí que podía, sin temer, acostarme también. A la una de la mañana dormíamos todos el sueño del viajero, cuando fui despertado por una viva luz, un gran chisporroteo, y me vi envuelto por el fuego. Me levanté de golpe, despertando a los otros con sobresalto; pero ellos, también sorprendidos, se pusieron a correr como locos, lanzando gritos de terror; logré empero detenerlos, y ya del todo despiertos se repusieron de su pánico. Nos pusimos a embarcar nuestros fusiles y los objetos que teníamos en tierra, no sin perder algunas cosas en medio de las llamas; luego pasamos a un islote poco alejado, desde donde vimos, dos minutos después, consumirse por completo el lugar donde habíamos vivaqueado. Si no me hubiera levantado a tiempo, habríamos perdido mucho, porque de haberse quemado nuestros remos y nuestra vela, nuestra canoa no habría podido servirnos para regresar a bordo. En la isla donde nos refugiamos no hallamos ninguna caña. Fue necesario acostarse sobre cantos rodados, donde los mosquitos nos persiguieron hasta el amanecer y nos hicieron añorar la cama de la víspera. Una luz viva se extendía a lo lejos, en la campaña, mientras que nubes de humo, llevadas por el viento, oscurecían el horizonte, lo que hacía destacar aún más las llamas.

Al amanecer, pusimos a flote la canoa; nos embarcamos y pronto estuvimos en la desembocadura del arroyo; allí dejé a mis compañeros hacer lo que

mejor les pareciera y comencé mis exploraciones. La marea aún alta me decidió a ocuparme de cazar algunos pájaros, entre los cuales una especie de urraca de mar o buitre[19] negro, que no había visto en otras partes, así como varios pájaros de río. Una vez que la marea bajó lo suficiente como para permitirme seguir mis investigaciones, dejé mi fusil en la playa y pasé con el agua a la cintura los bancos más avanzados; durante tres horas estuve pescando en el agua. La costa era poco inclinada y estaba cubierta en todas partes de bancos de arena limosa, en los cuales hallé admirables conchillas, que descubrí estando ya sea en seco, ya sea sintiendo que me tocaban los pies en el fondo del agua. En algunos lugares hay pequeños bancos de ostras acumuladas, en medio de los cuales hallé especies muy interesantes de moluscos; en otros la voluta angulata[20], con su animal, de colores tan vivos que no dejaba de admirarla. En general, veía las mismas especies vivas que había recogido, medio fósiles, la víspera, en los bancos del arroyo salado, a una legua en el interior de las tierras; mi cosecha fue de lo más abundante y hallé numerosos animales cuya existencia conocía, puesto que los había encontrado tirados en la costa, pero que en vano había tratado de descubrirlos vivos hasta entonces. ¡Cuántas riquezas en conchillas ofrecería el fondo de la bahía de San Blas a quien, con botes, fuera a dragar en las arenas limosas! Por desgracia carecía de draga y me veía reducido a aquello que la marea baja me permitía alcanzar. El mar creciente me alejó pronto, con gran pena, y debí replegarme a los bancos de plantas marítimas, para continuar mis búsquedas. Arrojado también de allí, me embarqué. Mis compañeros de viaje habían, durante la pesca, terminado el resto de las provisiones que habíamos llevado; mientras estuve ocupado en mis descubrimientos, no sentí ni hambre ni sed, pero una vez en la canoa, ambas necesidades se hicieron sentir al mismo tiempo con fuerza; la sed me dominaba, sin embargo, y me hacía sufrir horriblemente. No nos quedó otro recurso que esperar subir a bordo del navío, lo que conseguimos muy tarde, a causa del viento contrario.

Me prometí regresar al fondo de la bahía, a fin de pasar varios días; pero debí renunciar, porque a bordo de La Gaviota encontré al capitán Dautan, que venía de Carmen y daba las órdenes necesarias para aparejar lo más pronto posible, lo que me privaba de todo medio de continuar mis exploraciones, ya que tenía necesidad de toda la tripulación. Me ocupé entonces, sin demora, en aprovechar mis últimas investigaciones, dibujando lo recogido y tomando

---

19 *Hoematopus luctuosus*, Cuv.

20 *Voluta angulata*, Swenson.

las notas indispensables; este trabajo me ocupó la jornada siguiente, hasta el momento de la partida a la isla de las Gamas de una canoa, que se mandó en busca de almejas y cangrejos. No quería perder esta nueva oportunidad de recoger objetos nuevos. Descendí a tierra e hice una hermosa cosecha; luego recorrí el interior de la isla, donde vi, en todas partes, gran número de esqueletos de ciervos, que me demostraron que debía haber habido muchos de esos animales antes de su aniquilamiento. Busqué después en vano la aguada que daba agua a los pescadores; a pesar de las indicaciones que me dieron, me resultó imposible descubrirla. Fue la última excursión que hice desde La Gaviota, porque, salvo un viaje a tierra, con objeto de medir una base para obtener, por medio de triángulos, la distancia de la costa firme a las diferentes islas, trabajo en el que fui ayudado por el señor Dautan, permanecí constantemente a bordo, dedicado a terminar mis observaciones sobre los animales marinos recogidos, o bien a separar de las anclas y cadenas de la nave muchos pólipos y otros animales que se habían pegado a ellas durante su larga permanencia en el fondo de las aguas.

27 de enero

Hasta el 27, después de haber permanecido en La Gaviota, a causa del mal tiempo, pude descender y despedirme y agradecer atenciones a Dautan y sus oficiales, puesto que todos me habían dado mucho apoyo; me separé con pena para irme a establecer en la estancia, a donde una carreta transportó mis efectos y a la que me dirigí de inmediato; y como al llegar me quedaban un par de horas antes de la noche, quise emplearlas recorriendo la costa. El mismo día La Gaviota se puso a la vela y jamás volví a oír hablar de ella.

No estaba muy cómodamente ubicado en la estancia; carecía de mesa y hasta de asientos, no teniendo por mobiliario más que un miserable banco. Mi cama consistía en un cuero que tendía en tierra y sobre el cual debía descansar de mis fatigas del día. Después de una vida de lo más activa, e incesantemente ocupado durante todo el tiempo que permanecí en ese lugar, puedo decir, sin exagerar, que el más pobre de los campesinos franceses posee mayores comodidades de las que yo disponía entonces.

Al día siguiente, reinicié mis exploraciones; envié mi peón y los negros de la estancia a cazar ciervos, y yo mismo partí en procura de pájaros; maté algunos interesantes. A mi regreso me hice preparar mi caza, así como la de mi gente, que consistía en dos ciervos, macho y hembra. Es la única especie que abunda en la región; sólo se la encuentra en la vecindad del mar y a orillas de los ríos; pero, en ciertos lugares, es tanto más común cuanto los pobladores sólo la comen en último extremo. Habiendo concluido muy temprano mi ta-

rea, monté de inmediato a caballo, para recorrer la playa hasta lo más lejos, donde recogí conchillas, y vi, en mayor cantidad que nunca, restos de navíos, dispersos aquí y allí en la arena; cajones, fardos y barricas vacías testimoniaban a cada paso la magnitud de las pérdidas de los brasileños. Regresé por las dunas, muy elevadas de ese lado y cubiertas de gramíneas características de ese género de terreno. Nunca me sentí tan impresionado del parecido de estas dunas y de las plantas que alimentan, con las de la punta de Aiguillon, en la Vendée, donde a menudo realicé exploraciones de este género. No hay solamente identidad en las plantas de las dunas, sino también en los bancos de plantas marítimas, que, cubriendo todos los arenales limosos del fondo de la bahía, se encuentran, en todo, en las mismas condiciones que los lugares señalados. Siempre se desea encontrar a algunos miles de leguas de la patria, en el seno de un hemisferio distinto donde todo es diferente, hasta las constelaciones, lugares idénticos tanto por la posición geográfica como por los accidentes del terreno, y hasta por la vegetación, tan parecida que a primera vista uno se siente tentado a considerarla como absolutamente la misma[21].

29 de enero

El 29, después de preparar el producto de mi exploración de la víspera, partí rumbo a la *punta de Piedras*. Seguí la costa en dirección al sur. Ella es primero arenosa; después las dunas son reemplazadas, en la punta misma, por un conjunto muy alto de cantos rodados y apilados por las olas, compuestas de asperón de la costa o de pequeños guijarros porfídicos y basálticos llamados *chinas*, que recubren todo el suelo del interior. El mar deja al desnudo, al descender, una punta bastante avanzada, formada de bancos de capas horizontales de un asperón terciario, desmenuzable, tapizadas por doquier de pequeñas almejas, apretadas unas con otras; pero en vano busqué ovas o plantas marinas. Parece que el mar bate esos bancos con demasiada fuerza como para que esas plantas puedan crecer. Esa punta, temida de los marinos, está alejada tres leguas de la entrada de la bahía de San Blas y más de cinco de la *Punta Rasa*. Recogí algunos animales marinos y, en las dunas, muchos insectos. Al llegar a la estancia, hallé a mis gentes, que también había enviado de caza, y que habían realizado una cosecha no menos fructuosa con sus boleadoras, única arma que llevaron consigo. Trajeron un puma[22]

---

21 Las plantas marinas tienen absolutamente el mismo aspecto de nuestra *Trachinotia stricta*, Decandolle, mientras que la que cubre las dunas ofrece una cara parecida a la de nuestra *Calamograstis littorea*, Decandolle, sin que pueda afirmar que ambas pertenecen a los géneros citados; no se las ha visto fructificar.

22 *Felis puma*, Linn.

de lo más hermoso, una mara y muchos tatúes pichi; en consecuencia, en vez de descansar, debí ponerme al trabajo. Al día siguiente tuve tanto más trabajo cuanto que, mientras me dedicaba a la preparación de la caza de la víspera, los negros de la estancia, estimulados por las gratificaciones que les di, me trajeron dos mofetas[23] y un zorro. El primero de estos dos animales exhalaban un olor tan nauseabundo que nadie quería ayudarme ni acercarse a mí, cuando los preparaba. Terminé, empero, mi tarea, después de lo cual partí en busca de insectos en medio de las dunas. Al cabo de algún tiempo, sólo el deseo de ver animales nuevos me daba fuerzas para continuar mis exploraciones, porque el agua sumamente salobre que había bebido en la estancia me había causado una disentería con terribles cólicos, acompañados de algo de fiebre que fue aumentando hasta obligarme a regresar pronto a mi alojamiento. Esa indisposición me duró varios días, porque no tenía ningún remedio. No interrumpí por eso mis exploraciones. Había resistido hasta entonces todas las fatigas, y sólo podía atribuir esa enfermedad a la mala calidad del agua, a la que aún no me había acostumbrado.

31 de enero

El 31 de enero sopló un terrible viento del sur, de tal manera que era imposible mantenerse a caballo y hasta caminar. Siguiendo la dirección del viento, fui impulsado violentamente lejos, pero, cuando quise regresar a la casa, me vi volteado más de diez veces. Finalmente, después de haber descansado muchas veces, llegué a la estancia, medio sofocado, con los ojos llenos de arena, porque la tierra, la arena, todo era levantado por esos torbellinos. Nunca he experimentado, ni siquiera en la cumbre de los Andes, donde los vientos violentos son tan frecuentes, ráfagas tan fuertes y continuas; es raro que pasen tres días seguidos sin que se sientan sus efectos. Esos vientos están constantemente acompañados del más hermoso cielo, que, por lo demás, reina en casi todas partes de esas latitudes; hasta en pleno verano traen, sobre todo al atardecer y por la mañana, un frío penetrante, que se explica por el hecho de que, viniendo del sudoeste, pasan por las nieves de la Tierra del Fuego y de las cordilleras, y no siendo detenidos por ninguna montaña recorren rápidamente las llanuras, donde traen una temperatura que no debería ser la del nivel de los mares, a los 40º de latitud, la misma de Nápoles o Madrid, considerada cálida. Hay que añadir que cuando el viento es del norte, el calor, en medio de las arenas, es sofocante, y que entonces no cabe ninguna duda que, desde la mañana, se experimentará una sed muy viva, por poco que cambie y pase al sur.

---

23 Especie del género *Mefitis*, Cuv.

El 1 de febrero, aunque la violencia del viento no disminuyó, fui a cazar, después de enviar a mi peón a recorrer la costa, para saber si, del lado de Punta Rasa, no habría algunos elefantes marinos; pero el ventarrón me obligó a volver rápidamente. Al día siguiente hice una nueva tentativa con el mismo resultado. La calma se restableció algo al atardecer; aproveché para ir de caza; encontré un tatú; y, en medio de las dunas, un zorro, que mientas corría delante de mí recibió un tiro de fusil. Esos animales son de los más comunes en la Patagonia. Ningún animal es tan astuto y sutil; por eso los pobladores lo detestan al máximo. Lo llaman *guaracha*[24]; esos zorros habitan madrigueras ya sea a orillas del Río Negro, en medio de los zarzales de las colinas, ya sea en plena campaña; salen a menudo de día; sin embargo, prefieren el crepúsculo, y es entonces, sobre todo, que recorren la campaña en todo sentido por los alrededores de su madriguera; si se encuentran cerca de lugares habitados por el hombre, se apoderan de las aves de corral; pero, a falta de una caza fácil, se arrojan sobre las correas de cuero no curtido, que los pobladores emplean para todo, las cortan y se las llevan. Por eso sucede a menudo que los vacunos o los equinos encerrados en un corral, formado con estacas paradas y travesaños unidos con ligaduras de cuero, huyen durante la noche, porque ese pícaro zorro voltea el cerco; otras veces me sucedió que mi caballo escapó a la campaña, aunque estaba bien atado a un poste, porque un zorro había roto el cerco. Los pobladores los temen al extremo y excitan sus perros para impedirles acercarse a los lugares habitados y a sus puestos en pleno campo; pero, a pesar de las mayores precauciones, siempre les provocan algún perjuicio. En la Patagonia, sus picardías son tema de conversación de los campesinos, como el jaguar lo es de los correntinos. Se cuenta sobre ellos una serie de relatos más o menos exagerados; se llega hasta asegurar que los zorros son bastante astutos como para ir a cortar las correas de sus recados, colocados como almohadas, mientras duermen; por eso deben tomar la precaución de colocarlas bajo el cuerpo de la montura. Pretenden también que un zorro, tirando de la cuerda de un caballo para apropiarse de él, ha podido conducir el animal hasta su madriguera; o, habiendo sido herido, se hace pasar por muerto, para salvarse.

1º de febrero

Al atardecer, mi peón regresó de Punta Rasa y me informó que había visto, en la costa, un número bastante considerable de elefantes marinos, frente a la casa de una estancia. De inmediato, sin esperar más, me ocupé de preparar

24 Este nombre, dado sin duda por los españoles, es una corrupción de *aguarachay*, que es el nombre guaraní del mismo animal.

todo para ir, al día siguiente, a darles caza, porque había oído hablar tanto de esos animales que experimentaban un gran deseo de verlos de cerca.

Por eso, el 3 de febrero, monté muy de mañana a caballo, acompañado de mi criado y de dos hombres de la zona, y me puse en camino para ir a Punta Rasa, a siete leguas de distancia. Tomamos el camino del interior de las dunas, que bordea el mar en un ancho que es, en algunas partes, de más de un cuarto de legua. Encontré, en todas partes, los mismos terrenos que los comprendidos entre Carmen y la bahía de San Blas; en todas partes la misma aridez, la misma uniformidad; sin embargo, a mitad de camino, mi guía me hizo notar, a la derecha del sendero que seguíamos, una pequeña salina natural, llamada en la región *salitral*[25]. Está más o menos a media legua del mar. Quise verla de cerca y me dirigí hacia el lugar. Forma un lago de poca extensión, cuyo fondo es muy liso y limoso; sobre el mismo hay una ligera corteza de sal marina cristalizada. Cuando llueve, las aguas que caen sobre los terrenos en pendiente de los alrededores derriten, de inmediato, ese poco de sal; pero algunos días de sequía bastan para cristalizarla de nuevo; por eso siempre está esa salina en el mismo estado. La sal es utilizada por los habitantes de la estancia de Punta Rasa; pero nunca ha sido explotada a causa de no ser abundante; por lo demás, es más difícil de recoger que en las otras salinas naturales de la región, de las que tendré oportunidad de hablar, y el transporte es más pesado por estar muy lejos. Volví a marchar, y luego de un largo galope mi peón me señaló, como fin de mi viaje, una duna muy elevada y desprovista de vegetación, que se mostraba a lo lejos encima de las otras. Vi pronto, en efecto, una cabañita de paja, que servía de morada a algunos hombres, encargados de la vigilancia de doscientas a trescientas cabezas de ganado pertenecientes al capitán de un barco inglés, residente en Carmen. Estaba impaciente por ver las famosas focas o elefantes marinos de los pobladores, y por eso quería irme de inmediato a la costa, pero mis gentes me dijeron que tenían hambre; y como no sentían, como yo, el estímulo de los descubrimientos, hubo que hacerles caso.

La cabaña tenía tres metros de largo y otro tanto de ancho; cubierta de cañas, estaba construida con estacas fijadas en tierra, unidas por correas en forma de travesaños, sobre las cuales se colocaban las cañas, que no defendían ni del viento ni de la lluvia. Por todo mobiliario, había en un rincón cuatro estacas cubiertas de travesaños de madera, sobre los cuales estaba tendido un cuero, única cama del lugar. El fuego brillaba en medio de la pieza, donde un humo espeso, extendido por el interior, molestaba mucho la respiración; como

25 Se llama *salitral* al terreno impregnado de sal, sobre el cual sólo hay eflorescencias.

asientos había sólo dos troncos de mástiles de barco, sobre los cuales se ocupaba un lugar alrededor del fuego. Tal era la casa de una granja que en Francia sería considerada rica. El asado se hizo en seguida: se fijó el asador en tierra y cada uno cortó su pedazo, hasta que todo se comió, porque los pobladores tienen la costumbre de no dejar nunca nada. A su estómago corresponde dilatarse más o menos, de acuerdo al volumen de las provisiones; pero tampoco se quejan cuando la porción es muy pequeña para el número de personas que alimenta.

Una vez terminada la comida, hice montar a mis gentes a caballo. De la cabaña, situada en el pie interior de las dunas, hay hasta el mar una media legua, en medio de elevados montículos de arena, cubiertos de algo de vegetación; pero, a medida que se avanza hacia el mar, esa vegetación desaparece poco a poco y cede su lugar a cerros de arena suelta, pelados y muy altos sobre todo los próximos a la costa. Fue en esas dunas que el azar hizo hallar, cavando, agua dulce, buscada en vano en los terrenos que componen el suelo de las campañas interiores; se aprovechó para cavar, en el fondo de un valle, un gran foso donde filtraba bastante agua dulce como para satisfacer las necesidades del ganado. Experiencias efectuadas en muchos puntos de esa costa me probaron, más tarde, que sería inútil buscarla en otro punto de esa tierra, a menos que sea en el seno de las dunas tupidas, donde, a dos o tres pies de profundidad, se halla casi en todas partes.

Mientras caminaba, subiendo y bajando sin cesar, llegué a una cabañita construida por pescadores de focas, que, en la estación anterior, habían estado pescando. Desde allí la vista se extendía sobre una vasta superficie de la costa, y vi, con placer indecible, un grupo de esos animales dormidos, el mismo que mi peón ya había visto; parecían ser cincuenta o sesenta. Descendí con presteza del caballo, y marchando lo más cerca posible del agua, a fin de cortarles la retirada, nos dirigimos hacia ellos, armados de fusiles, lanzas y largos cuchillos de caza. Observé que todas las hembras estaban juntas, mientras los machos, siempre por lo menos del doble tamaño, estaban aparte; uno de ellos, el mayor de todos, acompañaba a las hembras, las cuales no parecieron inquietarse de nuestra aproximación y permanecieron inmóviles; pero los machos, que estaban en los alrededores, comenzaron a encaminarse hacia el agua. Distinguí en especial uno de talla gigantesca, tres veces mayor que los otros. Me dirigí hacía él, mientras los peones se ocupaban de matar las hembras, y me coloqué frente al animal, para detenerlo; entonces, levantó toda la parte anterior del cuerpo sobre sus aletas, y abrió, mientras lanzaba un grito horrible, su enorme bocaza, provista de dientes desproporcionados, especialmente los caninos, que

parecían pequeñas defensas. Era un hermoso espectáculo el que presentaba un animal de un largo de más de diez y ocho pies, cuya mandíbula solamente tenía por lo menos un pie y medio de ancho; pero, como no había tiempo que perder, lancé una bala casi a boca de jarro en ese abismo abierto; en el mismo instante, cerró la bocaza. La foca cayó pesadamente sobre la arena, haciendo temblar los alrededores bajo el peso de su cuerpo: no hizo ningún movimiento; la creí muerta y no pude contener un grito de júbilo. Iba a matar algunas hembras, pero, al mirar del lado del gran macho, lo vi levantarse nada más que aturdido y dirigirse hacia el agua. Para darle el golpe de gracia, le tiré una bala en cada ojo, lo que tampoco lo detuvo; le hice dar varios lanzazos en los costados; la sangre corría en oleadas, y continuaba arrastrándose hacia el mar. Se le descargó entonces siete u ocho balas; pero no obstante todos mis esfuerzos tuve el pesar de verlo entrar en el agua, donde se puso a nadar, aunque con trabajo. No tenía tiempo que perder; quería tener por lo menos algunas hembras; éstas eran más fáciles de matar; mucho menos ágiles, se apretaban unas contra otras, sin tratar, por así decirlo, de salvarse. Bastaba, por lo demás, un lanzazo para matarlas.

Una vez que tuve varias hembras inmovilizadas, volví a la orilla del mar y vi, con gran satisfacción, que el macho, que tanto trabajo me había dado, estaba muerto y había sido arrojado por las olas a la arena; me pertenecía, por lo tanto. Quise averiguar en seguida si mi caza era suficiente y comprobé que superaba en mucho mis necesidades, porque había tendidos sobre la playa ocho hembras y un macho. El resto de la banda había, en parte, ganado el mar; sólo quince a veinte hembras no se espantaron con el ruido y la matanza; parecían dormir; impedí que les hicieran daño; mis gentes sólo se entretuvieron en pincharlas, para despertarlas, a fin de obligarlas a volver al mar. Nada tan singular como una manada de esos animales tan pesado y tan poco hechos para andar, avanzando no obstante con bastante ligereza, como por medio de un movimiento ondulatorio, llevando todo el peso de sus cuerpos sobre sus aletas anteriores, o patas delanteras, y arrastrando toda la parte posterior del cuerpo sobre la arena, porque las patas de atrás sólo pueden servirles para nadar y no están conformadas de manera de llevar hacia adelante. Si se atacan a esas hembras en sus refugios, se vuelven, abren la bocaza y tratan de morder sin emplear otra defensa; mientras marchaban hacia atrás en dirección al mar, casi tan ligero como si marcharan hacia adelante, parecían querer enfrentar así al enemigo.

La costa presentaba un impresionante espectáculo de carnicería: la playa estaba cubierta, en más de sesenta pasos de extensión, de una sangre negra

derramada por las focas, llegaba hasta el mar y había enrojecido una superficie bastante vasta. Experimenté un instante de horror por esa carnicería, sobre todo al recordar de qué coraje debí armarme para decidirme a matar a pobres animalitos casi indefensos, cuya dulce mirada parecía pedirme clemencia, mientras creía mi deber matarlos en interés de la ciencia. Me los habían recomendado de una manera especial por faltar en el Museo de París. Se debe perdonar al naturalista tener que mostrarse a menudo cruel por necesidad. Es imposible figurarse la cantidad impresionante de sangre que derraman las focas; en relación a su tamaño, creo que tienen mucho más que los animales terrestres, lo que proviene tal vez de la necesidad de mayor calor en el agua, sobre todo en las regiones heladas que habitan por lo general. Si sentí pesar al ver nueve focas muertas en la playa y si estaba impresionado de las olas de sangre derramada, ¡qué me habría acontecido de ser testigo de esas matanzas hechas por los pescadores, en las cuales sucede a veces que se masacran, en un solo día, más de cien de esos anfibios!

Al acercarme al macho para hacerlo desollar, observé que toda la costa estaba cubierta de peces, de la especie de los acantopterigios conocidos en la región con el nombre de *pejerreyes*; habían sido atraídos por la sangre y eran tan numerosos que resultaba difícil, al golpear con el sable el agua, no matar algunos. Era un nuevo género de pesca, al cual mi criado se entregó con placer, mientras yo estaba ocupado con los dos gauchos, más hábiles que yo, en desollar mi gran foca. Pero esa operación resultaba difícil, porque estaba en el agua y pronto el mar creciente nos mojó hasta la cintura, mientras tanto las olas nos cubrieron a menudo por completo. Persistí en trabajar así durante algún tiempo; pero finalmente el mar nos alejó y no sabíamos cómo mover esa masa enorme para arrastrarla a un lugar mejor. Tuve la desgracia de verme obligado a abandonarla, no sin un momento de desesperación. El trabajo se concentró en las hembras de nueve a diez pies de largo, y sólo la noche nos hizo dejar para el día siguiente la continuación de nuestra labor. Las arrastramos a lo alto de la costa y me encaminé hacia la cabaña, esperando que la marea arrojara el macho a la costa y pudiera así recuperarlo.

Llegué cansado del ejercicio de la jornada y con la cabeza preocupada de la caza que acababa de hacer; no pude comer. Tendí mi montura sobre la cama de cuero y me acosté; pero, durante largo tiempo, la conversación de cinco o seis hombres alrededor del fuego, el humo espeso que se difundía por todos lados, me impidieron descansar, tanto más cuanto mi posición era muy incómoda, porque la cama no era bastante larga para mí y me asaltaban millares de pulgas, que no me dejaban un instante de reposo. Luchaba contra dos incon-

venientes: si me cubría con el poncho, me devoraban las picaduras de esos incómodos insectos; y si permanecía descubierto para tener menos, un fuerte viento sur, que pasaba a través de las paredes de la casa, me hacía tiritar de frío. Finalmente me levanté y fui a acostarme fuera; no fui más feliz, y siempre acosado, me vi obligado a pasar el resto de la noche paseando. Las pulgas abundan a tal punto en la Patagonia, que apenas una choza se construye en medio de una tierra desierta, se infesta de esos insectos; hasta el campo está repleto de ellas. Son, sin duda, transportadas por los zorros, comunes en esos lugares, a los cuales siempre he visto cubiertos de pulgas. Desde este punto de vista, la Patagonia se parece mucho a ciertas regiones de Bolivia, porque no conozco país del mundo donde no haya más pulgas que en los alrededores de Cochabamba y de Chuquisaca, y hasta dentro de esas dos ciudades, donde se reproducen con tanta más facilidad por cuanto las casas de los indios no tienen los pisos enladrillados. Su número está por encima de todo lo que se pueda imaginar; se diría casi, sin exageración, que son tan numerosas como las partículas de polvo.

El día comenzaba a apuntar, cuando me encaminé hacia la costa, conduciendo un caballo que hice venir para cargar las pieles de los animales muertos. Experimenté un verdadero placer al ver de lejos, sobre la arena, la gran foca que me había visto obligado a abandonar; la medí; tenía seis metros de largo y tres de circunferencia. Se trabajó largo rato; pero cuando quisimos darle vuelta, un nuevo inconveniente apareció. Cinco de nosotros no pudimos moverla, no nos quedó otro remedio que cortar la carne a pedazos; así lo hicimos. Tenía, en todas partes, bajo la piel, una capa espesa de más de ocho pulgadas de grasa blanca aceitosa; para recogerla se cazan todos los años esos anfibios, porque un macho de ese tamaño da, según los pescadores, media pipa de aceite, o una barrica ordinaria. Observé que tienen tanto más grasa por cuanto las regiones que habitan son más frías, lo que podrá hacer pensar que ella los defiende de la acción inmediata del frío. Terminamos, finalmente, de desollar la foca, e hice acercar al caballo, a fin de cargar la piel, pero ésta pesaba seiscientas libras y el caballo se doblaba bajo el peso de la carga, sin poder levantarse. No esperaba esta nueva contrariedad; por tercera vez me fue necesario abandonar mi presa, contentándome con cargar las pieles de las hembras; y partí rápidamente rumbo a la bahía de San Blas, a fin de enviar prontamente mi carreta a buscar lo que yo no podía conducir. Me mostraron en el camino, al pie de las dunas y cubiertas de arena, treinta y seis pipas de aceite, resultado de la pesca de un solo propietario, el señor Alfaro, que todos los años tiene hombres encargados de cazar las focas que se detienen en la Punta Rasa.

Una vez que llegué, envié de inmediato una carreta, y me puse a desgrasar y salar dos cueros de hembras, porque no se pueden secar a causa de la gran cantidad de aceite de que están impregnados. Un ensayo hecho con otros dos no dio ningún resultado, y debí considerarme feliz al confiar en la experiencia del capataz de la estancia, que todos los años dirigía la pesca en Punta Rasa y está muy al corriente de todo lo relativo a esos animales. La carreta regresó al día siguiente al atardecer, trayendo al mismo tiempo varias pieles que yo pedí. Tuve durante tres días un extraordinario trabajo para prepararlas.

Patagonia

Como la pesca de esos anfibios era explotada, sucesivamente, por todas las naciones, y ofrecía particularidades interesantes, aproveché todos los medios a mi disposición para obtener a ese respecto, de la boca de los mismos pescadores, todas las informaciones deseables; y voy a reproducir aquí algunas que son hasta el presente desconocidas, sobre las costumbres de esos animales y la manera de pescarlos[26].

La foca con trompa[27] es conocida de los españoles con el nombre de *elefante marino* o *lobo de aceite*; debe su primer nombre a su trompa, y el segundo a lo que produce. Los pescadores franceses llaman también a los machos *elefantes marinos* y a las hembras *vacas morenas*. Los naturales del país les dan también nombres particulares[28]. Esos animales tienen las formas generales de los lobos marinos ordinarios; su cabeza se parece mucho a la del perro, aunque tienen el hocico más corto, y los largos pelos duros, que forman los bigotes, les dan una fisonomía muy parecida a la del gato. Ese hocico es corto en las hembras, mientras que en los machos, por el contrario, se alarga en una especie de trompa móvil de seis a ocho pulgadas de largo, al extremo de la cual están abiertas las narices. Ese apéndice, que los distingue sobre todo de las hembras, les ha valido el nombre de elefantes. El hocico es enorme, de un hermoso color rojo por dentro, y armado, a cada lado, en los machos, de un largo canino, que los asemeja aún más al elefante. Las hembras no posen esas defensas, pero tienen ojos muy grandes, hermosos y tan dulces que contrastan con sus maneras amenazantes; esa expresión de bondad no desaparece ni siquiera cuando el animal está herido. Esos ojos están cubiertos de una película tan delgada que resulta muy fácil romper. La falta total de oreja exterior da a su cabeza un

---

26 Se ha hablado de esa pesca sólo, y muy vagamente, en el *Ensayo Histórico*, etc., *de Buenos Aires*, por Ignacio Núñez; trad. fra. (1826), p. 240.

27 *Phoca leonina*, Linn.

28 Los araucanos o aucas los llaman *lame*; los puelches, *hilmanec*, y *los* tehuelches o patagones, que habitan desde el estrecho de Magallanes hasta el Río Negro, *yabich*.

aspecto raro, la que, por otra parte, es pequeña en relación al cuerpo y al cuello, cuyo diámetro va aumentando hasta la espalda, luego disminuye hasta la parte posterior, pero de manera muy poco sensible, terminando en dos aletas o patas posteriores que no ayudan a caminar, porque no son apropiadas más que para la natación, divididas en cinco lóbulos desiguales que reemplazan a los dedos, en medio de los cuales está una cola muy corta. Las patas delanteras consisten en una aleta angulosa y aplastada, sobre la cual hay cinco uñas chatas, que señalan solamente el lugar de los dedos. El cuerpo está completamente cubierto de pelos aplastados, cortos y cerrados, de color azulado muy pálido arriba y blanco abajo. Los machos tienen, a veces, cinco a siete metros de largo, por tres o cuatro de circunferencia; las hembras, al contrario, no alcanzan nunca más de tres metros. Es comprensible que con formas tan macizas esos animales deban vivir en el agua antes que en tierra; por eso caminan difícilmente por el suelo, sirviéndose de sus aletas para levantar la parte anterior del cuerpo, y arrastrar el resto, lo que hacen con bastante rapidez en el plano inclinado de las playas de arena, avanzando o retrocediendo, o incluso cuando están apuradas, dejándose rodar por la costa, como barricas, a fin de llegar más pronto al mar. El agua salada es su elemento exclusivo; y muy distintas en eso de las demás focas, permanecen allí casi siempre, mientras que las otras no abandonan ciertas costas, donde se está casi seguro de hallarlas en toda época. Nadan con mucha vivacidad y hasta elegancia. Se las ve, sucesivamente, aparecer y desaparecer en medio de las aguas, jugar en la superficie, sacar a menudo la mitad del cuerpo fuera del mar, para contemplar la costa, permanecer algunos instantes en esa posición, mostrando mucha curiosidad; luego, sumergiéndose de golpe, permanecen largo tiempo bajo el agua, se muestran de nuevo en la superficie con algunos peces en la boca, los trituran, los engullen y se sumergen nuevamente. La gran cantidad de peces que hallan en todas esas costas les procuran una pesca fácil; por eso son muy gordas; sin embargo, se ha demostrado que mientras están en tierra no comen, y su estadía allí, cuando las hembras van a tener cría, no dura menos de uno a dos meses. Es cierto que, a menos que sean muy pequeñas, van a comer, cuando una lluvia las hace volver al mar.

Todo el año, cuando el tiempo es bueno, las focas salen del agua por pequeñas tropillas, sobre las playas arenosas de la costa, principalmente en Punta Rasa, que ha sido siempre el lugar más frecuentado por ellas. Pero si llueve o se levanta una tempestad, de inmediato la tropilla, que al parecer no gusta del agua dulce, vuelve con presteza al mar y sólo reaparece algunos días después del retorno del buen tiempo. Esas tropillas son poco numerosas y los pescado-

res las desprecian, porque no tienen la grasa que podían esperar y su pequeño número no les ofrece bastante producto; por eso aguardan los meses de setiembre y octubre, donde todas salen sin excepción. Es la época en que las hembras dan a luz, alimentan a sus hijos y les enseñan a nadar. La tropilla vagabundea algún tiempo por las costas, antes de acercarse a tierra, elevándose a menudo sobre las aguas para reconocer los lugares. Los machos sirven especialmente de exploradores; primero, uno de ellos, jefe de su tropilla, llega a tierra, trepa la playa, muy arriba del mar alto, y allí, lanza un grito de llamada a sus hembras, que, en gran número, salen del agua casi todas a la vez, y se reúnen sobre la arena en un grupo, apretándose unas contra otras, como tímidos corderitos; mientras su conductor se mantiene aparte y hace de centinela; a tal punto defiende su propiedad exclusiva. Otro macho sale de las aguas; está obligado a aislarse a su vez, y si quiere acercarse a la tropilla, de inmediato el animal celoso lo recibe a la orilla. Si el recién llegado carece de fuerzas para medirse con él, regresa al mar y se instala más lejos, siempre solo, a pesar de sus gritos de llamada a las hembras, porque éstas se unen a la tropilla ya congregada en tierra, sin hacerle caso, a menos que sea su protector; por eso se ven machos solitarios por toda la costa. Si, al contrario, el que sale del agua se atreve a luchar contra el defensor oficioso, se libra un largo y sangriento combate, cuyo éxito decide la posesión de las hembras. Se ve entonces a ambos rivales levantarse sobre las colas, tratar de morderse y estremecer el suelo vecino con la pesadez de su caídas, retumbando pesadamente uno sobre otro. La lucha es, por lo general, muy prolongada, y la sangre chorrea alrededor de ellos de las heridas profundas que se hacen al morderse; parecen dotados de una actividad que desmienten sus formas monstruosas. Después de una o dos horas de ese combate a fondo, el vencido vuelve al mar y va a menudo a morir de sus heridas, ocultando lejos su vergüenza. Las hembras, durante todo ese tiempo, parecen inquietarse poco sobre quién será el vencedor, y reciben siempre, cualquiera que sea, al que resulta dueño del campo de batalla. Con cada macho que surge del agua, se renueva el mismo combate, lo que se explica, porque estando siempre en tan pequeña cantidad en relación al número de hembras más o menos uno por cada veinticinco están siempre cubiertos de grandes cicatrices, que atestiguan los combates que han debido librar.

Las hembras, al contrario, son muy pacíficas y viven en la mayor armonía, siempre acostadas muy cerca entre sí, de manera de no dejar ningún espacio libre, cuando están en tierra; en el mar, sólo viajan en grandes tropillas. En la medida en que los machos son desconfiados, las hembras son apáticas. Cuando cualquier cosa altera la tranquilidad de una tropilla, el macho, casi siempre

al acecho, trata de inmediato de llegar al mar, arrastrándose con rapidez; muchas hembras lo siguen; pero un número mayor todavía permanece sin moverse, inquietándose poco del peligro que las amenaza; por eso sucede a menudo que en medio de un grupo de hembras, matadas por los pescadores, quedan algunas vivas. Esa circunstancia, fatal para muchos pescadores, hace tomar la precaución de arrojar paja encendida sobre el montón de cadáveres después de la pesca, a fin de despertar a las que sólo están dormidas, porque al abandonar su sueño, en el momento que los pescadores, creyéndolas muertas, les hunden su cuchillo en el lomo para sacarles la grasa, dan a menudo terribles dentelladas.

En los meses de setiembre y octubre, los elefantes marinos, que viven, por lo general, todo el año en regiones más australes, acuden a las costas arenosas; las hembras, preñadas en esa época, van a parir. Se ve, entonces, cesar momentáneamente la unión estrecha que reina entre ellas: cada una se separa algo de la tropilla; y en medio de las dunas, sobre la arena, deposita uno o dos cachorros de cuarenta a cincuenta centímetro de largo. Durante los primeros días están ciegos; entonces la madre no los abandona un instante, y si son atacados, los defiende encarnizadamente, lanzando gritos lastimosos. Cuando ven claro y están bastante crecidos como para andar, todas las hembras se reúnen, de nuevo, en tropilla con su defensor. Los hijos, más ágiles que sus madres, se quedan jugando entre ellos, y cuando uno se acerca, parecen querer defenderlas, pero sus fuerzas no responden siempre a su coraje, tanto más cuanto están todavía privados de sus únicas armas, porque los dientes no les salen antes del mes. Los hijos nacen con una librea que los diferencia mucho de sus padres; además de las formas más pequeñas que los adultos, tienen una piel lanuda y negruzca, bajo la cual pronto se ven pelos achatados y cortos, que, al cabo de un par de meses, se hallan completamente al descubierto por la caída total de la librea lanosa.

Todos los pescadores me han asegurado que, una vez que las hembras creen a sus hijos bastante fuertes como para aprender a nadar, los conducen todos los días al mar y allí se dedican a dirigir sus primeros ensayos en ese ejercicio, vigilándolos con el mayor cuidado y siguiendo atentamente los menores movimientos: primero entran ellas en el agua, llevando a sus hijos en la espalda, nadando así algún tiempo, hasta acostumbrarlos; luego, se sumergen de golpe y dejan al pequeño librado a sus propias fuerzas; pero si éste se halla en dificultades, se colocan bajo él y lo conducen de nuevo. Animales cuya vida es esencialmente acuática, se acostumbran muy fácilmente a seguir a la madre en el agua. Falta una nueva educación, la de la pesca: primero la madre se encarga

sola, trayendo pescado; pero pronto los hijos tratan por sí mismos de perseguir a los pececitos, tan abundantes en esa costa y género de alimento que prefieren pronto a la leche materna; toman tal gusto que al cabo de tres meses sólo siguen a la madre por costumbre, viviendo de lo que consiguen por sí mismos. Permanecen así mucho tiempo con la tropilla de hembras; pero es seguro que un año más tarde los jóvenes machos la han abandonado, sin duda porque desde entonces son el blanco de los celos de los viejos, que los obligan a vivir aislados, hasta ser bastante fuertes por sí mismos como para convertirse a su vez en conductores de una tropilla de hembras.

¡Con qué placer he hallado en todos los animales, desde el tigre feroz hasta el tímido cordero, desde el ágil mono hasta la maciza ballena, esos tiernos cuidados de una madre a sus hijos, esa primera educación que les enseña el arte de proveer a su alimentación, esa ternura, finalmente, que los lleva hasta sacrificar su vida al bienestar o la defensa de seres que le deben la vida! Es fácil conocer hasta qué punto ese instinto es natural y cuán monstruosas son las excepciones. He estudiado a menudo las costumbres de toda clase de animales, desde ese punto de vista, y en todas partes he hallado la misma conducta.

Los antiguos navegantes de las tierras magallánicas han hablado con frecuencia de otras especies de lobos marinos, que habitan las puntas pedregosas o los bancos rocosos de toda la Patagonia, pero no he hallado ninguna mención de los elefantes marinos. Debe buscarse la causa en la manera de vivir de esta especie, que permanece en tierra solamente en las capas arenosas, donde el mar rompe con fuerza, o en las islas bajas de las grandes bahías, que esos navegantes temían a tal punto que su conocimiento data sólo de fines del siglo pasado. Los primeros que los conocieron fueron los españoles de Buenos Aires y Montevideo, que los vieron en la punta de San Antonio, o cuando quisieron poblar las costas de la Patagonia y, en consecuencia, las exploraron. Antes que se pensara en cazarlos, esos animales cubrían con sus tropillas todos los lugares arenosos de la costa, desde el cabo San Antonio hasta la desembocadura del Plata, hacia el norte, y hasta las costas escarpadas de la Patagonia, al sur del Río Negro, es decir, más de cien leguas de litoral. Abundaban sobre todo a tal punto en Punta Rasa, y en las islas avanzadas de Bahía Blanca y de la bahía de San Blas, que el suelo de ciertas partes estaba completamente cubierto. Los españoles de Montevideo y Buenos Aires comenzaron a cazarlas en el cabo San Antonio, para las necesidades de las dos ciudades; entonces los animales se retiraron hacia el sur y abandonaron la entrada del Plata, donde se los perseguía. El establecimiento de la Patagonia se vio después obligado a proveer al consumo de Buenos Aires; el número de toneladas de aceite se fijó en cin-

cuenta o sesenta, y la pesca fue tan poco importante que el mismo número de animales volvía cada año a las mismas playas, porque en la Patagonia la pesca se efectuaba sólo en Punta Rasa, donde el gobierno pagaba, todos los años, a hombres encargados de hacerla. Sin embargo, celosos de los beneficios que obtenían, los españoles vigilaban cuidadosamente con sus barcos, pero no pudieron impedir que algunos navíos americanos e ingleses llegaran a Bahía Blanca, pescando abundantemente de contrabando. Parece que fue en este lugar donde los extranjeros intentaron los primeros ensayos de ese género de explotación.

Cuando, en 1810, la revolución de los americanos del sur no permitió a aquéllos ocuparse de sus costas y de vigilar la explotación, los extranjeros, hasta entonces impedidos, realizaron expediciones especiales. Se vio a los ingleses, y sobre todo a los americanos, armar, todos los años, navíos con ese objetivo. Después de la promulgación de la libertad de los mares en 1815, los franceses no se quedaron atrás: Saint-Malo y Nantes se dedicaron activamente; el número de barcos que fueron empleados no fue menor de diez a doce, en toda la extensión de la costa. Como cada uno de ellos tenía por lo menos doscientas toneladas, el número de toneladas de aceite, recogidas cada año, no podía ser superior a dos mil; y si calculamos que veinte elefantes marinos no producen, a causa de la escasa grasa de las hembras, más que una tonelada en promedio, podrá calcularse aproximadamente en más de cuarenta mil el número de elefantes marinos matados todos los años. Es comprensible, pues, que la cantidad de esos animales disminuya, pero sus tropillas se multiplican de tal manera que, durante muchos años, apenas se nota la mengua. Si una sola nación se hubiera ocupado de esa explotación, habría conseguido prolongar la pesca mucho tiempo, pero no ha sucedido así... Había rivalidad entre las distintas naciones. Cada una quería conseguir el máximo; se mataron, sin discriminación, las hembras preñadas y los pequeños, y la carnicería fue enorme. Se levantaron hornos en muchos puntos de la costa y en las islas, señalando la propiedad de cada navío, que, ordinariamente, dejaba el suyo, con la intención de regresar al año siguiente. Una vez instalado el gobierno de Buenos Aires quiso remediar ese abuso: aplicó un gravamen a cada navío, y para impedir las frecuentes riñas entre los marineros de diversos pabellones, el comandante de Patagones fue encargado de establecer los límites dentro de los cuales cada tripulación podía pescar, límites que no podían violarse sin exponerse a una multa; y además, se fijaron plazos de diez o quince días seguidos, durante los cuales la pesca se interrumpía por completo, a fin de dar tiempo a las focas de salir del agua; esas medidas obligaban a los inspectores a recorrer la costa

1-3: *Glaucus distochoïcus*; 4-7: *Eolidea patagonica*.

1: Buteo tricolor; 2: Femelle.

por tierra, mientras que las chalupas seguían el litoral para vigilarlo. Todo eso molestaba a hombres acostumbrados a una completa libertad. Bahía Blanca, y el norte de la de San Blas, fueron las mas frecuentadas, porque estaban más alejadas de Carmen y fuera de esa vigilancia. Resultó así que las focas desaparecieron más rápidamente de esos puntos y que, de pronto, faltó pesca. Entonces el gobierno de Buenos Aires quiso tomar medidas para restablecerla, pero esas medidas llegaron algo tarde, y el remedio llegó cuando el mal era irreparable... La pesca había sido arruinada para siempre. En 1823, una ordenanza la prohibió por cinco años, a fin de dejar a los restos de esas focas tiempo para reproducirse. Esa inteligente medida no trajo ningún resultado, porque las focas no reaparecieron más en la bahía de San Blas; las contadas que sobrevivieron salieron únicamente en la Punta Rasa, y más al sur, en una pequeña bahía que ni figura en los mapas, llamada *Ensenada de Ros*, donde están más tranquilas, porque no se puede llegar allí por mar y es muy difícil llegar por tierra. En 1828, cuando el plazo de la prohibición terminó, la pesca no producía al año más que diez y ocho toneladas de aceite. Hace seis a siete años, diez a doce navíos completaban, en dos meses, su cargamento con mucha facilidad; hoy apenas podrían contar con algunas toneladas, y pienso también que, por poco que se continúe pescando, esos animales desaparecerán, ya pereciendo de hecho, o retirándose más al sur, donde la falta de playas cómodas les ha impedido vivir hasta el presente.

La manera de pescar era bastante curiosa. Las naves llegaban en los meses de agosto y setiembre; anclaban sea en el Río Negro, sea en la bahía de San Blas y en el puerto de la Unión. Cada navío tenía un barquito para el transporte de la grasa y para seguir la costa; su tripulación levantaba sus hornillos en el terreno que le era asignado, esperando que las tropillas de focas saliesen de las aguas, teniendo mucho cuidado de no atacarlas antes de estar todas en tierra. A menudo, el momento de comenzar era también decretado por las autoridades de Carmen. El día fijado, cada tripulación, armada de largas lanzas de hierro y de palancas, seguía el borde de las aguas hasta llegar frente a la tropilla y cortarle la retirada. Los machos eran los primeros que trataban de llegar al agua; los pescadores les interceptaban el paso, y para vencerlos con mayor facilidad les daban un golpe en la trompa. El animal se levantaba entonces sobre sus aletas, dirigiéndose con la boca abierta hacia su agresor y tratando de morderlo o de aplastarlo con el peso de su cuerpo; pero el pescador, acostumbrado a esa maniobra, aprovechaba el instante para hundirle la lanza en el pecho, con la suficiente destreza y rapidez como para retirarla antes de su caída. A menudo, ese primer golpe, bien dirigido, dejaba a la foca aturdi-

da, perdiendo sus fuerzas al desangrarse, de tal manera que algunos golpes en los traseros eran suficientes para terminar con ella. Otras veces, esas primeras heridas sólo conseguían encolerizarla, y con mayor fuerza se levantaba de nuevo, abriendo su terrible hocico y lanzando un grito ronco. La lucha era entonces más difícil. El pescador no experimentado, que no retiraba su lanza bastante rápido, la veía al instante rota por el peso del animal, o quebrada en mil pedazos por sus formidables dientes. Mientras los marineros más hábiles se dedican a matar los machos, otros, con barras de madera, mataban a los pequeños, que rodeaban a las hembras, y éstas, que por toda defensa abrían el hocico, lanzaban gritos y se acercaban aún más unas a otras, siendo matadas a lanzazos en los flancos, debajo de la aleta. Ninguno de esos animales muere antes de perder toda la sangre, a menos de romperle el cráneo con las palancas. Los pescadores nunca dejaban vivos los individuos que componían la tropilla; todos eran muertos, aunque fuesen más de doscientos. Sólo conseguían salvarse aquellos que, en medio de la carnicería, lograban llegar al mar sin ser vistos.

Una vez terminada la matanza, los pescadores arrojaban paja inflamada sobre el montón de muertos, a fin de hacer salir a las hembras dormidas; después, todos los marineros se dedicaban a sacarles la piel del lomo, desde la nuca hasta cerca de la cola, y luego, en una o dos aletas, toda la grasa de esa parte, por lo común la más espesa, pero cuyo espesor varía, de acuerdo al tamaño, de quince centímetros en los machos y en las hembras de cinco a siete. Esos pedazos, cargados sobre los caballos, o llevados a remolque de las embarcaciones, eran conducidos a los hornos, donde el fuego, primero encendido con madera, era mantenido con residuos sacados de la caldera; así derretidos, dan un aceite límpido, que se saca y se pone en barricas llevadas a ese efecto.

Un macho grande produce por lo general la tercera parte de una tonelada de aceite, mientras que se necesitan cuatro a cinco hembras para producir otro tanto. No cabe la menor duda de que cada foca puede producir por lo menos el doble del aceite que se le extrae, porque casi todas las partes del cuerpo, los intestinos, el hígado, podrían proporcionar lo mismo que el vientre, que tiene siempre una a dos pulgadas de grasa, pero todas esas partes son abandonadas y se extrae únicamente, por lo más fácil de sacar, la del lomo, perdiéndose así más de lo que se recoge. Se han empleado todos los medios posibles para secar la piel de las focas, pero siempre inútilmente; yo mismo he realizado varios ensayos, todos infructuosos. Sólo las más jóvenes pueden, cuando son flacas, dar algunas partes de la piel del vientre que se pueden secar, pero esa piel carece de valor y de belleza. Se ha procurado también utilizar los colmillos

grandes de los machos, operación que no ha dado los resultados que se esperaban, a causa de la dureza de los dientes. Sólo el aceite puede, pues, ofrecer una rama de comercio siempre lucrativa; se lo vende por lo general en Europa como aceite de ballena. Las tratativas comerciales, realizadas por los pescadores indígenas, han probado que no es en el continente donde se saca el mejor partido, pero sí en las costas del Brasil, donde ese artículo tiene mayor valor que en cualquier otra parte.

Después de haber terminado la preparación de mis focas, volví a mis exploraciones por los alrededores de la estancia: varias personas, llegadas de la Patagonia, me dieron noticias de temer; múltiples indicios seguros hacían pensar a los pobladores que pronto llegarían los indios enemigos. Por eso, el señor Alfaro envió a su capataz de la estancia dos piezas de artillería de veinticuatro, con orden de establecer, lo más rápido posible, una batería en el punto de unión de la península con la tierra firme, a fin de defender la entrada e impedir el robo del ganado. Los negros se dedicaron desde ese momento en transportar sin descanso los restos de navíos para la construcción del fortín proyectado, que se comenzó pronto en la cumbre de la duna más alta de los alrededores. Siempre me ha llamado la atención que se hallara buena agua en las dunas cercanas al amarradero, mientras que en la estancia sólo había agua salobre y de gusto desagradable. Pensé que haciendo investigaciones, podría descubrir también agua potable. Me puse, pues, en su busca, y después de algunas tentativas infructuosas fui bastante feliz como para encontrarla, no lejos del fortín, en medio de las dunas, y clara, límpida y sobre todo muy dulce. Este descubrimiento fue de lo más agradable para los pobladores de la estancia, que, desde ese momento, abandonaron con alegría la que bebían hasta entonces, y a la cual no se habían acostumbrado; distintos en eso de ciertos pobladores de Cobija, en la costa de Bolivia, que, probablemente por fanfarronada, al ser invitados a comer a bordo de un navío anclado en el puerto, pidieron sal para poner en el agua que se les ofrecía, diciendo que están a tal punto acostumbrados al agua salobre del país que no podían beber agua completamente dulce. Sé cuánto el hábito influye en los gustos, pero creo difícil que el hombre que ha bebido toda su vida agua dulce, pueda, en el espacio de un año, tomar un hábito que no le haga hallar con agrado el agua en su estado natural.

Solo, en medio de gentes del campo, con las cuales únicamente podía hablar de caballos y vacas, no hallaba gran placer en oírlas; por otra parte, privado de todos los medios cómodos de descanso y no pudiendo permanecer un momento en la inacción, una vez terminado un trabajo, buscaba una ocupación nueva, de manera que todos los instantes de la jornada estaban ocupa-

dos, sea en preparar los numerosos animales que me traían a cada momento, sea en escribir o dibujar, aunque estos trabajos me resultaban sumamente penosos por faltarme una mesa; y cuando no trabajaba en la estancia, recorría los alrededores, buscando, con el mayor cuidado, todo lo que podía ofrecerme ese suelo ingrato. A veces recorría las orillas del mar, recogiendo conchillas, hasta Punta de Piedras, donde aguardaba que el mar descendiera para dar vueltas yo a las piedras aisladas y recoger los nuevos animales, tanto moluscos[29] y pólipos, como crustáceos, que dibujaba luego: a menudo mis pesquisas resultaban infructuosas, porque el viento retenía las aguas, que no descendían lo suficiente como para descubrir esos tesoros; entonces abandonaba las conchillas y recorría las dunas, para buscar insectos. Otras veces, me levantaba antes del día, a fin de ir a estudiar las costumbres de ciertas especies de mamíferos crepusculares. Con gran placer hallé hermosas familias de mofetas, conocidas en el país con el nombre de *zorrillo*, encantador mamífero pequeño, parecido a las martas, de formas esbeltas y graciosas, piel negra, cruzado por dos líneas blancas que, comenzando arriba de la cabeza, se dividen en medio del lomo y se reúnen en la cola. Esos animales viven en madrigueras, y es sobre todo a la mañana que los veía divertirse fuera de sus agujeros, como podrían hacerlo unos gatitos. Parecían hasta mansos, cuando me acerqué a ellos; pero, enterado de las jugarretas pérfidas de que hacen objeto a quienes se fían de su exterior tan dulce, me mantenía a una distancia respetable, porque su medio de defensa, aunque parece de lo más inocente, es de los que más temen tanto hombres como animales. Consiste, como ya lo he dicho[30], en un licor fétido, que lanzan a quienes se les acercan. Me siento tentado a creer que los indios consiguen impedir en algunos ejemplares el desarrollo de ese licor mefítico, porque me han asegurado que poseen zorrinos domésticos, a los cuales no temen. Su piel es muy estimada por todos los indígenas, por lo demás poco delicados de olfato, y hacen con ella mantas, compuestas de gran número de pieles cosidas entre sí, de las que mucho se envanecen, aunque en verdad presentan un espectáculo regular y variado de líneas blancas, sobre un fondo negro-oscuro muy agradable a la vista. Fue entonces que encontré también vizcachas fuera de la madriguera, jugando en los alrededores; o mochuelos urucurea, recorriendo los campos; o bien esas hermosas especies de tinamus (perdices americanas), recogiendo los insectos de que se alimentan. No comprendía nunca uno de esas excursiones matinales sin recoger un buen número de datos importantes y sin traer una caza abundante.

---

29 Allí hallé mi *Eolidea patagonica*, Nob.

30 Cap. IV.

El 7 de febrero quise ir a visitar una salina que me aseguraban estaba cerca de ese lugar. Monté a caballo, acompañado de toda mi gente, que debía ocuparse de perseguir, en el campo, una nueva especie de avestruz, que todos los pobladores, sin excepción, están de acuerdo en considerar completamente distinta del avestruz americano o ñandú[31].

7 de febrero

Penetré en el interior hacia el oeste. A medida que me alejaba de la costa, el suelo se hacía cada vez más seco y estéril. A tres leguas de la estancia, los terrenos formaban llanuras ligeramente onduladas, sobre los cuales había pequeños cantos rodados, una hierba corta, entonces seca, y aquí y allí algunos zarzales. La vista no descansaba con placer en ningún punto y la uniformidad era tal que sólo la brújula podía indicar la dirección a seguir. Comenzaba a desesperar de no encontrar nada que compensara mi viaje, cuando vi, por primera vez, una hermosa especie de aves gallináceas, llamados, en el país, *martinetas*; gran perdiz, puntillada de blanco sobre un fondo gris, más o menos como nuestra gallina de Guinea. Su cuello alto y recto, su cabecita adornada de una larga cresta delgada, su andar precipitado, todo me impresionó en ese pájaro, del que logré matar varios ejemplares. Observé entonces que se diferencia esencialmente de la perdiz en que tiene tres dedos en las patas[32]; por lo demás, vive en familia, lo mismo que ella; la bandada se acurruca sobre la tierra pelada, de la que se distingue poco a causa de su color, y en el momento en que menos se espera, corre algunos pasos silbando y parte alrededor de uno. Con la martineta, gran número de andaríos, de largo pico, vientre amarillo, con una mancha negra, volaban también de todos lados; eran las dos únicas especies que podían habitar esas áridas llanuras. Hallé una de ellas (el andarío) en la cumbre de los Andes de Bolivia, a más de cuatro mil metros sobre el nivel del mar, en llanuras que se parecen, bajo todos los puntos de vista, por su aspecto y la mayoría de las plantas, al suelo de la Patagonia; por eso en esas cimas elevadas esperaba ver, a cada paso, los pájaros que había visto en los alrededores de la bahía de San Blas, y no me asombró descubrir en los alrededores de La Paz, en Bolivia, no solamente al andarío de vientre amarillo, sino también una *eudromie*, vecina de la de la Patagonia, pero que se diferencia por la falta de copete[33].

---

31 Esa especie tiene los acrotarsos cubiertos de plumitas; por eso le he puesto el nombre de *Rhea pennata*.

32 Esta ave, que he enviado a Francia, sirvió de prototipo para establecer un nuevo género, llamado *Eudromia; elegans*, en una memoria que publiqué en colaboración con Isid. Geoff. Saint-Hilaire, en el *Magasin de Zoologie*, t. II (1832), clase 11, N°1.

33 Es también más grande, tiene el cuello azulado y el lomo agradablemente entrecruzado de amarillo rojizo cubierto de manchas redondas más pálidas Es también una especie nueva, a la que he impuesto el nombre de *Eudromia andecola*.

Algunas maras habitaban también esos lugares, en los que hallé muchos restos de conchillas marinas, las mismas que están vivas en la bahía, y cuyo gran número no permite suponer que hayan sido transportadas por los pájaros, o siquiera por algunas tribus indígenas. Hay que creer también, a pesar de una elevación de más de treinta a cuarenta metros sobre el nivel actual del mar, que esas conchillas vivieron en esos lugares, como las que hallé, al fondo del riacho del Inglés y que un elevamiento insensible las alejó del mar la distancia que las separa hoy. Siguiendo avanzando hacia el oeste, a unas seis leguas de la bahía de San Blas, en medio de terrenos llanos, siempre cubiertos de zarzales espinosos, llegué de pronto a un lugar donde un espectáculo encantador se desarrollaba ante mis ojos. Aquí la llanura se ve interrumpida; una vasta hondonada se presenta a las miradas; los terrenos se inclinan en dulce pendiente hacia un lago de nieve, porque no puedo, a causa de su blancura, dejar de comparar con la nieve una inmensa extensión de sal brillante que cubría todo el fondo, en una superficie de unas dos leguas de diámetro. No dejaba de admirar el imponente aspecto. La aridez de los alrededores, hasta el calor que experimentaba, contrasta con esa superficie brillante, de forma más o menos circular. Pude, en fin, acercarme y hallé en todas partes una capa de cinco a siete pulgadas de espesor, de pequeños cristales blancos, bastante duros, cuyo sabor es idéntico al de la sal marina de los pantanos de la costa de Francia. Formulé muchas preguntas al capataz de estancia que me acompañaba, y me informé de que nadie, hasta entonces, había explotado esa salina, a causa de su lejanía del agua dulce y del largo trayecto hasta el primer puerto; sin embargo, los pobladores de la estancia se aprovisionaban allí. Vivaqueamos a orillas de la salina, que cada vez miraba con un nuevo placer: la noche era de lo más calma; el grito, o mejor dicho, la especie de ladrido del zorro que abunda en los alrededores, era lo único que interrumpía el silencio de la naturaleza.

A la mañana siguiente, al amanecer, mis hombres se dedicaron a recorrer los alrededores para descubrir avestruces. Fue en vano. Sus rastros frescos, impresos en el suelo, revelaban, empero, que debían estar por los alrededores; montones de excrementos de guanacos[34] nos hacían también esperar un encuentro con estos animales. Es una costumbre muy rara que tienen las llamas, las alpacas, las vicuñas y los guanacos de reunirse para depositar sus evacuaciones en el mismo lugar, en vez de hacer como las cabras, que las dejan caer donde se encuentran. Recorrimos largo tiempo la campaña sin ver nada; final-

34 *Auchenia llacma*, Linn confunde con la llama doméstica del Perú, de la que se diferencia esencialmente.

mente vimos, a lo lejos, una tropilla de guanacos y tratamos de acercarnos. Nuestros esfuerzos resultaron inútiles; desapareció en el horizonte, como un relámpago. Descubrimos también algunos avestruces, pero huyeron tan pronto que no pudimos reconocer a qué especie pertenecían. Me llamó la atención ver animales tan salvajes en lugares no habitados por nadie; mis gentes, más conocedoras que yo de esos parajes, se sintieron también sorprendidas, pero sacaban la conclusión de que era prudente regresar rápido, porque no cabía duda que lo que hacía tan temerosos a los animales era la caza de que habían sido objeto poco antes por los indios. Esta observación, junto al recuerdo de la conocida sagacidad de los pobladores de las campañas, me recordó la frase de un gaucho de la provincia de Entre Ríos: "El bosque es espantoso"[35] y admitiendo que la observación de mis gentes podía tener fundamento, abandoné con pena esos lugares y regresé por la tarde a la estancia.

12 de febrero

El 12 de febrero llegó de Carmen un hombre que anunció que los colonos estaban en la mayor consternación y llenos de temores. Acababa de saberse por un correo que los indios amigos de Bahía Blanca habían convencido al teniente coronel Morel[36] de que fuera al encuentro de los indios de Molina, que venían –decían– a atacar el fuerte; Morel, fiándose demasiado de las apariencias y de las palabras de los indígenas, salió con unos ciento cincuenta hombres de caballería y todas las fuerzas de los aliados reunidas, bajo las órdenes de los famosos caudillos Negro, Chanel y Cuayquilof, los dos primeros puelches y el tercero auca o araucano. Habían recorridos varias leguas en el mejor orden, cuando, de golpe, esos indios, considerados amigos, habían, a una señal dada, blandido todos a la vez sus largas lanzas y atacado de improviso a las tropas de la retaguardia, con una impetuosidad de que sólo ellos son capaces. El pobre comandante se volteó, al oír los gritos, y creyó que se trataba de un juego, no dándose cuenta del peligro real hasta que le resultó difícil huir y cuando sus compañeros de armas cayeron, de todas partes, bajo los golpes. Tratando finalmente de salvarse, partió a todo galope, pero los indios arrojaron las boleadoras a su caballo, al mismo tiempo que una granizada de bolas perdidas[37] lo llenó de contusiones. Cayó, y esos mismos indios a los que había alimentado meses enteros, se

35 Véase capítulo XII.

36 Nos hemos referido a ese militar en el capítulo XVI. Era entonces comandante del fuerte, por estar el coronel Estomba en Buenos Aires.

37 La diferencia de esas bolas con las ya descritas consiste en que sólo son consideradas proyectiles y no se recogen una vez arrojadas, de donde les viene el nombre de *bolas perdidas*.

precipitaron sobre él como tigres sedientos de sangre, lo cargaron de ataduras, lo mutilaron de una manera infame, cortándole los labios y las orejas; y después de hacerle sufrir largo rato, le arrancaron el corazón, que cortaron en pedazos. Sus desdichados soldados fueron también todos masacrados, no pudiendo defenderse, y la campaña quedó cubierta de cadáveres. Desde el comienzo del ataque, Montero, teniente de Venancio, oficial chileno que había vivido mucho tiempo con los indios, conociendo perfectamente su falsedad y oponiéndose a esa expedición, se mantuvo en guardia; y, al ver atacar al ejército, pensó en impedir por lo menos la ruina completa del fuerte. En consecuencia, se fue a toda prisa a advertir al resto de las tropas, reuniendo el ganado de los alrededores del establecimiento que podía alimentar a la guarnición; y apenas el destacamento de Montero estuvo al alcance del cañón del fuerte, los indios regresaron, pero algo tarde para consumar su traición. Hallaron una resistencia que no esperaban, contando con sorprender al resto de las tropas y destruir así, en un día, el fruto de tanto trabajo, con el completo aniquilamiento de un establecimiento naciente, que comenzaba a molestarlos.

El mismo correo me anunció, de parte del señor Alvarez, que se esperaba, todos los días, ver a los indios llegar a Carmen, para atacarla; que, por otra parte, los aucas, que acompañaban a Pincheira, parecían también ponerse en movimiento, y que en fin se sabía, sin lugar a dudas, que los patagones o tehuelches del sur se reunían para unirse con los otros. Los habitantes de Carmen estaban bajo las armas y todo hacía temer que el plenilunio próximo, época de las excursiones de las hordas salvajes, que no marchan sino de noche, fuera la señal para el arribo de esos bárbaros. Podando esas informaciones de todo lo que podía haber de exagerado, debía de cualquier manera tenerlas en cuenta, tanto más cuanto que yo estaba en el camino de los indios que vendrían de Bahía Blanca, a veintidós leguas de todo socorro, en una localidad donde cuatro o cinco mil vacunos podían atraer a esos árabes del Nuevo Mundo, sin que tuviéramos para oponerles más que una docena de hombres, entre los cuales ocho negros, recién llegados de la costa de Africa. Creí, pues, prudente ocuparme de inmediato de los preparativos del regreso, porque la luna llena llegaría en diez días y la marcha de los indios comenzaba invariablemente algunas noches antes o después. Me dediqué a embalar con rapidez; tenía muchos fardos y estaba realmente embarazado con tantas riquezas. Mi carreta no podía, de ninguna manera, conducir todo lo que había recogido, y me hallé en la triste alternativa de tener que llevar únicamente la piel de la foca macho, dejando el resto, o bien de hacer lo contrario, abandonando aquélla. No estuve mucho tiempo indeciso; y después de haber obtenido del capataz la promesa de que

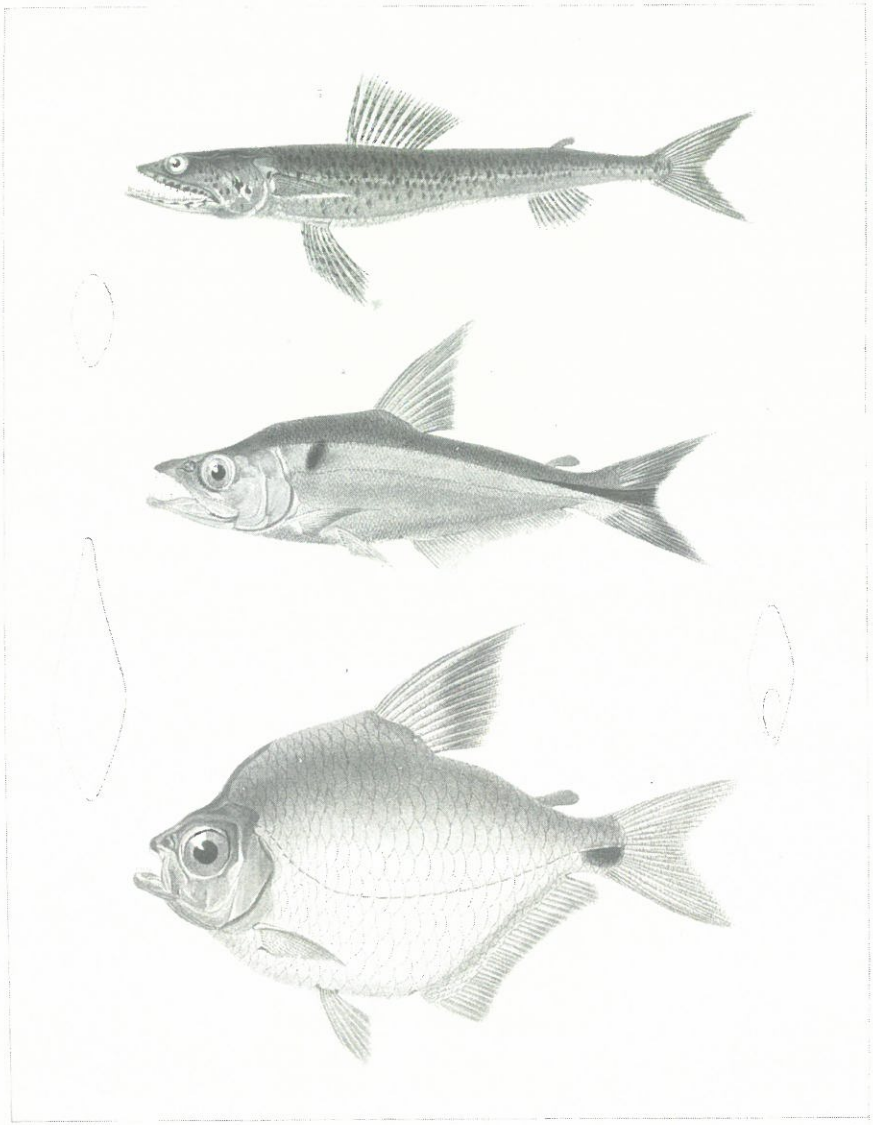
me la enviaría pronto, me decidí a dejarla. Esas noticias habían perturbado mi tranquilidad. La suerte del desdichado comandante de Bahía Blanca estaba continuamente en mi pensamiento y no me sentía seguro. A la noche siguiente llegó un correo, que me trajo una carta del señor Alvarez, en la cual cada letra revelaba los temores que agitaban a los habitantes de Carmen; me confirmaba todo lo que me había mandado decir la víspera, al anunciarme la llegada de los indios. Me ocupé de mi partida con renovada actividad. A mediodía, todos mis fardos estaban cargados en la carreta y la envié a través de los campos, siguiendo el camino de la costa, aunque se alargara cuatro o cinco leguas, pero me pareció más seguro, porque se alejaba de la dirección que debía tomar el enemigo, al venir de Bahía Blanca a Carmen. Una vez que partió la carreta, aguardé los caballos para alcanzarla más tarde. A las cuatro, monté a caballo y me despedí de la bahía de San Blas. Un galope me transportó rápidamente a Laguna Blanca, sitio donde el camino directo de Carmen se separa del de la costa; allí se desataron los bueyes y se los dejó pacer, porque debían después caminar toda la noche. A las seis nos pusimos en marcha en medio de un campo árido y seco, en el cual las huellas de una carreta, apenas marcadas en el suelo, revelaban la ruta que debíamos seguir. Mi fiel perro, Cachirulo, que traje de Corrientes, se alejaba, como de ordinario, a cazar a las inmediaciones: de pronto lo vi correr con todas sus fuerzas y peleando con un zorrino, que, según su costumbre, no se salvó al sentirse perseguido; pero, una vez que estuvo herido, lanzó su líquido defensivo a la cabeza del perro, que, casi ciego, corrió como un loco, por la llanura, aullando y frotándose contra la tierra, arrojando espuma de repugnancia y rabia, como para desembarazarse del olor infecto que lo perseguía. Así estuvo durante más de dos horas, y parecía no poder soportarlo. Desde ese momento, cuando en mis exploraciones encontrábamos zorrinos, nunca quiso acercarse, habiendo recibido una buena lección que no podía olvidar y siguiendo el ejemplo de todos los animales, hasta de los más carniceros, que se alejan del zorrino apenas lo ven.

A las siete u ocho, cansado de seguir la marcha tan lenta de la carreta, tomé la delantera al galope con mi peón y anduve en medio de la campaña hasta las once de la noche; entonces me detuve para aguardar mis fardos. Estaba acostado cerca de un zarzal, entregado a mis reflexiones, en una noche serena y en el silencio más completo, cuando fui sacado de mi ensueño por el ruido lejano de una cabalgata. No esperaba encontrar en ese camino y esa hora viajeros. Me puse en guardia, y los jinetes, tal vez tan sorprendidos como yo, respondieron en español a mí *quién vive*. Al mismo tiempo, el ruido de armas me reveló que no podía tratarse de indios. En efecto, eran dos ingleses

que acababan de visitar la estancia de Punta Rasa, a fin de proveer a la seguridad de los animales, conduciéndolos a Carmen. Conversamos un momento y ellos siguieron su camino, mientras yo esperaba la llegada de la carreta. La dejé seguir, decidido a partir más tarde. El camino no presentaba nada atrayente: la noche se había hecho más sombría, y los zarzales, extendidos en esa llanura estéril, tomaban formas fantásticas; corrí mucho tiempo todavía, sin hallar mis fardos. La luna se había ocultado y una profunda oscuridad reinaba en todas partes. Mi peón había perdido los débiles rastros del camino y no sabíamos de qué lado marchar. Le pregunté dónde estábamos; me respondió que no debíamos estar lejos del Río Negro y que cortando en la dirección de determinada estrella llegaríamos infaliblemente al camino que sigue las orillas del río; en efecto, después de un cuarto de hora de marcha en medio de espinas, llegamos, al mismo tiempo que mis fardos, al punto indicado.

El horizonte se aclaraba al este y anunciaba la aurora; un viento fresco, su precursor, me embotaba. Hice hacer alto, al abrigo de un zarzal; se prendió fuego; y un trozo de carne, arrojado en los carbones, reparó nuestro insomnio de la noche. Estaba a la vista del Río Negro, a cinco leguas debajo de Carmen y bastante cerca del lugar llamado *Estancia del Estado;* apenas el sol se levantó, dejé a la carreta continuar suavemente su ruta y tomé al galope el camino del villorrio. Me detuve en la primera casa que hallé, para saber si había sucedido algo nuevo; me informaron que siempre se temía y que todos estaban con las armas en la mano. A las nueve de la mañana volví a entrar en mi habitación, después de un mes de viaje, sintiéndome algo cansado de una travesía de treinta leguas realizada sin interrupción.

REPTILES.
PL. I.
Emys Orbigny.
Leveault Editeur.



1: *Tetragonopterus rufipes*; 2: *Hydrocyon humeralis*; 3. *Saurus meleagrides*.

CAPÍTULO XVIII

Primera visita a los Patagones, seguida de su descripción. Viaje y estadía en la desembocadura del Río Negro. Excursión, remontando el río, a la salina natural de Andrés Paz

Primera visita a los Patagones, seguida de su descripción

Antes de reiniciar mis tareas habituales, puse en orden, a fin de conservarlas, todas las colecciones que reuní en mi primer viaje. Ese trabajo, así como algunos asuntos de menor importancia, me ocupó hasta el 18 de febrero, día que fijé para ir a visitar a los indios establecidos del otro lado del río. Había tres tolderías o reuniones de distintas tiendas: una de los puelches y patagones, ubicada cerca del caserío; una segunda, poca alejada, donde vivían los aucas o araucanos; y una tercera, mucho más importante, de patagones o tehuelches, bajo las órdenes de un cacique llamado Churlakin; esta última, alejada una legua subiendo el río, no muy lejos de las orillas del mismo. Atravesé el río Negro, desembarqué en la Población, y permanecí un rato, antes de dirigirme a pie hacia los toldos. La primera toldería estaba formada de treinta a cuarenta tiendas divididas en dos grupos; uno, habitado por familias aucas o araucanas; el otro, por familias de puelches y patagones. Cada toldo está construido con estacas plantadas en tierra, más o menos numerosas, de acuerdo al tamaño de la tienda, de cuatro a cinco pies de altura en los costados, y de seis a siete en el medio. Las más rectas son las de adelante, invariablemente colocadas al este, a fin de que se pueda, todas las mañanas, arrojar un poco de agua hacia el sol levante, para conjurar el espíritu maligno o *gualichu* e impedir que haga daño a los pobladores, durante el día, porque esos hombres son de los

1829
El Carmen
Patagonia
18 de febrero

más supersticiosos del mundo. Esos toldos están cubiertos de cueros de caballo o de guanaco, cosidos o groseramente unidos entre sí y siendo una garantía muy débil contra la lluvia; siempre están abiertos arriba para dejar libre salida al humo del fuego que se enciende dentro. El aspecto exterior es miserable y se concibe con dificultad que pueda dar albergue a una familia entera. Los cueros más o menos tendidos, de acuerdo al tiempo, se encogen con el sol y no presentan ninguna regularidad; diversamente coloreados y más o menos viejos, tienen un abigarramiento poco agradable. Algunos toldos tienen plantadas adelante las lanzas de cada uno de los guerreros que los habitan; por eso, se reconoce fácilmente la morada del cacique o jefe, primero por su gran tamaño y luego por las lanzas empenachadas, insignias de su poder. La lanza, hecha con una caña de diez y seis a diez y ocho pies de largo, recogida de las montañas de Chile, cerca de Valdivia, es bastante liviana y muy flexible, armada en su extremidad de un hierro forjado por los indios, largo de cerca de un pie, cuya base, en la de los primeros jefes, está envuelta en un cuero siempre pintado de rojo; y uno o dos pies más abajo se despliega un penacho de plumitas de avestruz del mismo color. Los jefes secundarios usan el penacho blanco y la envoltura de la base de hierro está cruzada por una ancha banda negra en medio del rojo; mientras que los simples indios no llevan ni penacho ni colores. Esas lanzas sólo son insignias de poder para los araucanos; porque los puelches, que también usan la lanza, desde sus frecuentes comunicaciones con aquéllos, no han adoptado ninguna de esas distinciones; en cuanto a los patagones, no se sirven de esa arma. El toldo que vi era del cacique *Lucanei*, entonces en comisión. Aunque era tehuelche o patagón, mandaba a indios patagones, puelches y aucas, que desde hacía mucho tiempo eran parásitos de los cristianos y siempre sus aliados, ocupándose poco de las diferencias que separaban a las tribus salvajes vecinas; se habían probablemente alejado de los suyos a causa de algunas disputas particulares, o porque habían hallado una vida más fácil a expensas de los españoles, a quienes prestaban algunos servicios, a cambio de todo lo que podía serles necesario. Unidos a los cristianos por interés, no habían tomado de ellos más que algunos de sus vicios, sin adoptar nunca su religión, ni la civilización. Viviendo con ellos, en nada habían modificado sus costumbres y eran tan salvajes como los nómades; por lo demás, salvo algunas familias siempre fieles a los pobladores, las otras se alejaban a veces con las hordas ambulantes, quedándose con ellas, regresando en mayor número y volviendo a irse después; por eso su número varía mucho. Habitan indistintamente al norte o al sur del río, sea en la Población sea en Carmen, donde se reúnen cuando se habla de ataque de los indios; en este caso se trasladan todos al fuerte con

todas sus pertenencias y se ponen a disposición del comandante. Han combatido valientemente varias veces y han sido a menudo muy útiles a los colonos de Patagones.

Entré en varios toldos, donde todo respiraba miseria. En medio está colocado el fuego que sirve para hacer cocinar la comida y alrededor del cual se hallan algunas ollas de barro fabricadas por ellos; grandes conchillas marinas con volutas, que llaman *kepuec*, les sirven de copa. De una estaca penden las armas ofensivas y defensivas: las boleadoras de dos clases, las de caza y las de guerra; paquetes de *bolas perdidas*. Vi, en algunos, sombreros de cuero, reforzado con placas de cobre, para defensa de las armas ofensivas; monturas colgadas al otro lado; algunos saquitos de cuero contenían sus alhajas, que consistían en alfileres de plata para las mantas, en aros del mismo metal y en muchas chafalonías para las mujeres, y en las escasas telas que no llevan sobre el cuerpo. Encontré, en cada toldo, a los indios acostados sobre algunos cueros tendidos en el piso, o echados, en un rincón, con las piernas dobladas más o menos como los orientales. Las mujeres estaban en la misma postura, dedicadas a sus hijos, o trabajando en algunos vestidos; pero observé en todas partes una suciedad muy grande en los toldos y en sus ocupantes. Estas mujeres, cuyos rasgos no siempre son repelentes, son asquerosas por la suciedad de su ropa. Examiné con la mayor curiosidad todo lo que veía. Todo interesa cuando se intenta descubrir hasta el menor matiz que distingue al hombre salvaje del hombre civilizado; en este caso, todo es interesante; y el objeto que hace volver la vista con disgusto en medio de la civilización, impresiona en el salvaje. Se busca siempre adivinar el uso del menor objeto, antes de formular la primera pregunta. Cuando entraba, acompañado de mi peón, que conocía a todos los indios por su nombre, se le respondía a veces, pero no me prestaban la menor atención, a menos que no fuera por dinero; parecen de lo más indiferentes a todo aquello que no los toca de inmediato. Hice preguntas a muchos de ellos, para comprobar cuáles eran los más versados en lengua española, y siempre me asombró, cuando se dignaban contestarme, la ingenuidad y laconismo de sus respuestas. En un toldo de patagones amigos, hallé una mujer llamada *Lunareja*, que hablaba lo suficiente español como para servirme de intérprete; pertenecía a la nación puelche y estaba casada con un patagón, de manera que conocía igualmente los dos idiomas, lo que me fue de la mayor utilidad. Sabía también el araucano, pero las nociones de esa lengua me podían ser mejor trasmitidas por dos indios de esa nación que desempeñaban la función de intérpretes. Todas esas informaciones me resultaban muy necesarias porque quería formar vocabularios. Me ha llamado la atención muchas veces la facilidad

con que los hombres llamados salvajes aprenden las lenguas americanas: esa mujer conocía a fondo tres idiomas enteramente distintos, además del español, que hablaba algo mal; pero así como les resulta fácil aprender las lenguas aborígenes, les es difícil meterse en la cabeza la de los conquistadores del Nuevo Mundo, lo que proviene, sin duda, de la gran diferencia que existe, en las formas gramaticales, entre las americanas y las derivadas del latín. Es así que he encontrado, sobre todo en la provincia de Moxos, intérpretes que podían expresarse en cuatro o cinco idiomas del país, sin haber logrado nunca colocar bien un verbo castellano, aunque fueran todos los días a la escuela.

La posición de estos indios, amigos de los españoles, es bastante distinta de la de sus vecinos nómades: se les ha hecho indispensable acampar junto a los villorrios, porque se han creado, por costumbre, nuevas necesidades, a las cuales no están, empero, tan apegados como podría creerse; de manera que sirven de intermediarios entre los pobladores de Carmen y las tribus vagabundas a las que pertenecen. Ellos son quienes, según sus disposiciones del momento, traicionan a los suyos, informando a los españoles de los movimientos proyectados y los planes de ataque, o advierten a los demás salvajes del momento más favorable para saquear a sus aliados. Mantienen frecuentes relaciones con las naciones viajeras, y por eso están al corriente de todo lo que se prepara. Los pobladores del Carmen los emplean a menudo como correos, como espías o como parlamentarios; son, además, indispensables como intérpretes. Sus relaciones con las naciones salvajes son más o menos las mismas que con los cristianos; son despreciados por ellas, siéndoles a la vez muy útiles. Por eso se mezclan raramente en sus tolderías, manteniéndose, por el contrario, alejadas, considerándolos como una especie de parias, tanto menos estimados por cuanto se alían por matrimonio con naciones distintas de aquéllas a las que pertenecen por nacimiento, lo que es un crimen a los ojos de los salvajes.

En general, todos estos indios son poco conversadores, y uno se ve, por así decirlo, obligado a arrancarles las palabras. No es una prueba de timidez, sino a veces indiferencia u orgullo, porque ninguno de esos hombres libres deja de creerse por encima de los cristianos, a quienes desprecian. Después de haber visitado, durante algunas horas, todas las tiendas, monté a caballo y me encaminé hacia la toldería de los patagones.

Atravesé terrenos bajos, cubiertos en parte de espesos zarzales, y vi finalmente los toldos; éstos formaban un gran círculo, donde, de acuerdo al número de tiendas, calculé que podía haber cuarenta o cincuenta familias, bajo las órdenes del cacique Churlakin. Los toldos estaban también colocados mirando al este y de la misma manera que aquellos que vi junto a la Población; sólo

que parecía haber mayor unión entre los habitantes, porque sus moradas estaban más juntas. "Voy pues –me decía al acercarme– a encontrarme con esos famosos patagones del caballero Pigafetta, compañero de Magallanes y del comodoro Byron, de esos hombres *tan altos que los europeos no les llegan a la cintura*[1], o bien, de una altura de nueve pies y más[2], de esos colosos de tres varas, que parecen cíclopes[3]; o bien de esos hombres de diez a once pies, que son *feroces*, porque se preparan para el combate al ver varios de los suyos muertos por el cañón de Sébald de Weert"[4].

Al verlos, dudé si eran de la misma nación que aquellos que mencionan los autores que acabo de citar, porque no vi entre ellos gigantes, sino sólo hombres hermosos. Empero, más tarde, cuando en Europa comparé mi vocabulario de los patagones con el que escribió, en 1520, el caballero Pigafetta, sobre la lengua de esos gigantes, me fue fácil convencerme de que eran realmente el mismo pueblo, porque muchas de sus palabras son idénticas[5]; además, cuando pregunté a los patagones por las tribus del sur, estuvieron de acuerdo en decirme que no había otros que ellos en el sur del continente, que conocían bien a los habitantes que podía haber en el puerto Deseado y más al sur, puesto que algunos de ellos hicieron ese viaje, y que todos los años mantenían frecuentes comunicaciones con esos mismos habitantes, lo que me probaron mostrándome, en uno de los toldos, a un joven indio, que me dijeron era de esos pescadores que viven en la Tierra del Fuego y al oeste del estrecho. Lo habían traído de esos parajes el año anterior y una de sus familias lo tenía como esclavo. Y por eso, no tuve la menor duda acerca de su identidad; me quedaba empero por resolver un problema, el de la estatura. En efecto, ¿cómo conciliar el gran número de afirmaciones sobre la estatura gigantesca de esos patagones, cuyo nombre era un problema para los autores, aunque figure en todos los diccionarios españoles como sinónimo de *pie grande*?[6] Sin embargo,

---

1 Son las palabras de Pigafetta (edición del año IX, pág. 26).

2 Véanse las citas del autor de la introducción a la obra de Pernetti, t. I, p. 45, distinta del propio relato de Byron, ed. de 1774 p. 64.

3 Sarmiento, por Argensola, *Histoire de la conquête des Moluques*, par. 3.

4 Sébald de Weert, *Recueil de la Compagnie des Indes*, t. 2, p. 300.

5 Véase la memoria especial sobre los patagones, en la parte zoológica, al comienzo de las observaciones sobre el hombre considerado desde el punto de vista físico, artículo Patagón, donde he tratado a fondo todas las cuestiones que tienen relación con esos pretendidos gigantes.

6 *Pie grande* se dice en español *patagón o patón*, aumentativo de *pata* y de *pie*. Véanse todos los diccionarios.

fui el primero en observarlo. ¿Cómo refutar a veinte viajeros, entre los cuales figura Pigafetta? Confieso que el problema es delicado; sin embargo, mis patagones y los de Magallanes son los mismos, y los míos no son gigantes. Hay que creer, pues, que ha habido un error manifiesto. Los habitantes de las regiones australes de la Patagonia pueden ser algo más altos de los que yo he visto; pero no es posible creer que esa estatura sea la de esos colosos, de esos cíclopes, que lanzaban rocas enteras, que nos reproducen, desde la antigüedad, los cuentos árabes *(Las mil y una noches)*, en los viajes de *Simbad el marino*[7], monstruos terribles, que no son más que los hombres descritos por Cavendish[8]. Me es imposible creer que la talla de los patagones haya degenerado, pero en la época en que se escribieron los primeros relatos no se veía con ojos ordinarios; todo relato que no contenía algo de extraordinario carecía de interés; y, sin duda, tales ideas condujeron a los viajeros a amplificar algo la verdad, porque después de muchas investigaciones he podido comprobar que todos los navegantes que dan a los patagones una estatura mayor que la común, tales como Pigafetta, Sarmiento, Cavendish, Olivier de Noort, Spilberg, Sébald de Weert, Byron, etc., no establecieron ninguna medida especial; mientras que todos los que dan datos precisos, tales como Duclos Guyot, Bougainville y Wallis hablan de gran estatura, por cierto, pero en estas apreciaciones no toman en cuenta a menudo la diferencia de las medidas locales. Así Wallis, hablando de la estatura de los patagones más grandes, les da seis pies cinco a siete pulgadas inglesas; mientras que la estatura de la mayoría era de cinco pies diez pulgadas. Debe reducirse esa medida a seis pies para el más grande; para los otros, cinco pies diez pulgadas; y la estatura media, a cinco pies cinco pulgadas (medidas francesas), lo que, pues, no parece ser tan extraordinario como podría creerse al principio, porque hallamos la misma estatura entre nosotros. Uno de los motivos que ha podido también contribuir a hacer aparecer a los patagones más grandes de lo que son realmente, es el ancho de sus espaldas, así como la manera de vestirse, de la cabeza a los pies, con su manto de pieles de animales salvajes, cosidas entre sí. Por otra parte, qué podemos decir cuando se ve a los autores, que quieren demostrar la alta estatura de los patagones, citar como prueba[9] las fábulas de los gigantes sodomitas, descritos por Garcilaso de la Vega

---

7 *Mil y una noches*; ed. in-18 (1824), t. II, p. 179.

8 Véanse los viajes de Cavendish, escritos por Krivet, colección de Purchas, t. IV, lib. VI, cap. 7, bien diferentes del relato hecho por el secretario del navegante inglés, colección de Harckluyt, t. III, p. 842, que es, sin duda, más verídico.

9 Introducción general al viaje de Byron, trad. franc., t. I, p. 56.

en la *Historia de los Incas*[10], cuyos esqueletos se hallan, todavía, así como aquellos que Turner[11] mostró en Inglaterra, en 1610, los cuales no son más que esqueletos de mastodontes, animales de la familia de los elefantes[12], y cuya raza se ha perdido.

En cuanto a mí, después de haber visto siete meses seguidos muchos patagones de diversas tribus y haber medido a numerosos individuos, puedo afirmar que el mayor de todos no tenía más que cinco pies once pulgadas métricas francesas, mientras que su estatura media no era superior a cinco pies cuatro pulgadas, lo que es, sin disputa, una buena estatura, pero no mayor que la de los habitantes de algunos de nuestros departamentos. Empero, observé que pocos hombres medían menos de cinco pies dos pulgadas. Las mujeres son casi tan altas y sobre todo igualmente fuertes. Lo que diferencia particularmente a los patagones de los otros indígenas y los europeos, son los hombros anchos y erguidos, un cuerpo robusto, miembros bien llenos, formas macizas y todo el físico hercúleo. Su cabeza es grande, algo aplastada atrás; su rostro es ancho y cuadrado, como el de los noruegos, con pómulos poco salientes; sus ojos son horizontales y pequeños y no inclinados, como los de los botocudos del Brasil, por ejemplo; su perfil tiene la peculiaridad, por ser americanos, de que su frente y sus cejas son muy salientes, así como los gruesos labios que rodean su gran boca; pero, si se tira una línea perpendicular desde la frente hasta los labios, la nariz apenas sobresale; ésta es chata y con las fosas abiertas. El conjunto de los rasgos presenta una cara informe y desmesuradamente ancha; sin embargo, algunos de sus rostros no son desagradables; por el contrario, hasta en las mujeres jóvenes se descubre una expresión espiritual que revela vivacidad, dulzura y las hace a veces aceptables. Mientras son jóvenes, las mujeres son más bien lindas que feas; todas tienen la mano y el pie pequeños. Puedo decir, en general, que son las mejores constituidas de los salvajes que he visto. Si su boca es demasiado grande, si los labios son algo gruesos, esos defectos desaparecen ante el aspecto de sus dientes, que, a cualquier edad, hasta en la mayor vejez, no caen nunca; se desgastan para la masticación, pero están siempre bien alineados, de una igualdad perfecta y, sobre todo, de una blancura extraordinaria. Me he preguntado a menudo por qué esa nación y sus vecinos gozan de la prerrogativa de conservar una dentadura tan hermosa y tan

---

10 Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales de los Incas*, p. 314,

11 Introducción general al viaje de Byron, Wallis, trad. franc., t. I, p. 56.

12 Es principalmente el *Mastodon angustidens*, Cuv., que es Característico de la América meridional.

durable, mientras que los habitantes de las ciudades vecinas, de Buenos Aires por ejemplo, los conservan todavía menos que en Francia. ¿Será una cualidad de esa nación o el resultado de una mejor salud, de una alimentación más sana y menos complicada? Me inclino por la segunda hipótesis, porque he observado que cuanto más el hombre se acerca al estado natural, goza durante mayor tiempo de sus facultades físicas; por eso el indio que conserva sus dientes, conserva también su cabellera, su vigor con sus facultades morales, hasta en la vejez más avanzada. Nunca he visto una cabeza calva en esas tribus salvajes, y diré también que raramente los cabellos encanecen, mientras que, sin excepción alguna, todos los hombres de raza blanca pierden sus cabellos o encanecen temprano. Puede apoyarse en esta observación el hecho de que el gran ejercicio del pensamiento, las inquietudes y los disgustos influyen fuertemente en el cambio del color de los cabellos. El indio, que poco piensa en el mañana, que tanta indiferencia muestra por el presente, y cuyos recuerdos muy raramente son penosos, no encanece.

Es cierto que si se comparan los patagones con los aucas o araucanos de Chile y a los puelches, sus vecinos, podrían ser considerados hombres extraordinarios; pero si se procede gradualmente, yendo del sur al norte, se hallarán todas las etapas intermedias; los puelches, que más se acercan a ellos, son también grandes y robustos; la forma de sus rasgos es la misma. También su rostro es algo cuadrado; sus pómulos más salientes; sus ojos horizontales. Sí de ellos pasamos más al norte, se verá, de un lado, el paso a los rasgos de los peruanos por los araucanos, y a los guaraníes por las naciones de las llanuras del gran Chaco, los charrúas, los bocobis y los tobas. Los guaraníes tienen ya los ojos ligeramente rasgados, y esta característica llega al más alto grado en los botocudos del Brasil, que se parecen a los chinos[13]. No llevaré más allá esas comparaciones, que me conducirían muy lejos de mi tema; basta decir que yendo de las naciones del sur a las del norte, en América meridional, se pasa gradualmente de un género de rostro y forma a otro; pero si se acercan los extremos, se halla tal diferencia que uno se siente tentado a creerse lejos de la región habitada por la nación americana considerada como tipo.

El color de los patagones es mucho más pronunciado que el de los guaraníes y los tobas: son tan morenos que su piel no puede ser comparada al cobre, como se ha hecho hasta ahora, sino al color negruzco; es, en una palabra, más bien el color de los mulatos que el que les es atribuido. Ese hecho está en

---

13 Véanse las discusiones a este respecto en la parte que trata del hombre considerado en sus aspectos físicos. (V. *El hombre americano*. Ed. Futuro. 1944).

contradicción con la opinión de algunos autores, que pretenden que la intensidad de color está en razón directa de la proximidad a la línea ecuatorial[14]. Mis observaciones me han demostrado que, para los americanos, es más intenso en los que viven en las llanuras y montañas secas y áridas, aunque alejadas del ecuador, que en los de las regiones muy cálidas, cuando viven en medio de los bosques. Hallé una excepción que me pareció extraordinaria: era una india completamente blanca que vi en su toldo; tenía un color europeo del todo, los ojos azules y los cabellos rojo-oscuro pronunciado; sus facciones, empero, en nada se diferenciaban de los de su nación. Entonces, creí que podía tratarse de una especie de albinismo, como he visto, más tarde, dos ejemplos en las naciones de la República de Bolivia; sin embargo, no osaría afirmar que esa mujer no fuera hija de padre blanco, a pesar de habérseme asegurado lo contrario. Cuando quise informarme, vi a su padre tan oscuro de piel como sus compatriotas, pero su madre era casi blanca, lo que me explicó mejor el hecho, porque esa india no podía descender de esa desafortunada colonia española, que Sarmiento[15] hizo fundar en 1582, en el puerto del Hambre, en la península de Brunswick, y cuyos integrantes murieron de hambre o quedaron entre los indios; porque esa parte del estrecho era habitada por los fueguinos y no por los patagones.

Recorriendo sucesivamente los toldos de los patagones, observé sus costumbres, sus armas y los escasos utensilios de que se sirven. Los hombres llevan atado a la cintura un pedazo de cuero, uno de cuyos extremos, en punta, pasa por entre las piernas y se fija atrás; con eso, portan un gran manto cuadrado *(manuhé)*, de ocho pies de largo y otro tanto casi de ancho, con el cual se cubren a la antigua, dejando arrastrar un extremo por tierra: ese manto está formado de diversas pieles de animales artísticamente cosidas entre sí con tendones de avestruces que sirven de hilo; los animales que se emplean más especialmente para este uso son los guanacos, de los que toman la piel de abajo del cuello y de las piernas, por tener la lana más suave; ellos dan una piel de color rojizo claro, con manchas blancas. Los zorros y los zorrinos les proporcionan también mantos más ricos, pero menos calientes. Siempre cuidan, cuando hace frío, de poner la piel del revés, lo que les obliga a adornar ese lado con dibujos en rojo, bastante regulares, muy parecidos a los griegos; esta parte de la vestimenta también es empleada como cobertor cuando se acuestan. Los patagones

---

14 Pauw, *Sur les Américains*, t. I, p. 227.

15 Argensola, *Histoire de la conquête des Moluques*, lib. III; Debrosses, *Histoire des navi. aux terres australes*, t. I. p. 222.

llevan a veces botas de potro, semejantes a las de los gauchos; es una costumbre que les viene de los españoles, porque antes de la llegada de los caballos se servían de la piel de los guanacos, con la cual hacían una especie de sandalias. Sus cabellos son negros y largos; los atan casi siempre sobre la cabeza con un cordón de cuero o una cinta de lana. Es muy raro que el rostro permanezca en su color natural; por lo general lo pintan de rojo, negro o blanco, siguiendo ciertas reglas para la aplicación de ese disfraz de nuevo género. El rojo ocupa, casi siempre, el espacio comprendido entre los ojos y la boca, salvo un espacio de una pulgada debajo del párpado inferior, pintado de negro; el blanco forma una mancha arriba de cada ojo. Las mujeres usan los mismos colores, a excepción del blanco, que me parece reservado para los usos de guerra. Nunca se ve a un patagón sin sus saquitos de cuero, que contienen los colores que le sirvan para adornarse[16]. Las mujeres tienen la misma vestimenta: llevan, desde la cintura a las rodillas, una pieza de cuero que las cubre sólo por delante; luego otra pieza semejante con lo que se cubren el cuerpo, desde abajo de los brazos hasta las rodillas. Encima de todo (es su vestido cuando salen), se ponen un manto que se parece al de los hombres y que les cubre las espaldas. En Carmen, algunos comenzaban a usar el vestido de los aucas, cubriéndose de telas y adornos. Por lo demás, sus cabellos a veces flotan a cada lado, sobre los hombros, separados únicamente por una raya al medio; otras veces, al contrario, se unen en dos colas que caen también sobre los hombros, y a las cuales se suspenden una cantidad de adornos, chucherías y placas de cobre. Todas llevan aros de plata, de tres pulgadas de ancho, con placas cuadradas de ese mismo metal, casi del mismo tamaño e iguales a los de los aucas.

Una costumbre de los patagones que me llamó la atención es la de depilarse con cuidado la barba; por eso se ve a los hombres continuamente provistos de una pincita de plata, con la cual, mientras conversan, se arrancan los pelos que crecen[17]. He hallado también esta costumbre en los tobas[18] y la volví a encontrar en las naciones de Bolivia, cuando las visité; existe así, en la vida privada y en las religiones de los americanos, muchas prácticas que les son

16 Narborough y Wood, en 1670 (*Histoire des navigations aux terres australes*, t. II, p. 22), hablan de esos mismos saquitos, que vieron en las manos de los patagones del puerto San Julián. Traje a Francia los de los tehuelches de Río. Negro.

17 Es, sin duda, la costumbre de depilarse, difundida entre los americanos, que ha hecho creer a muchos viajeros que esos pueblos eran imberbes; hecho erróneo, del que Pauw, en su obra sobre los americanos, ha sacado deducciones tan falsas (t. I, p. 45 y sig.) que es inútil refutar.

18 Véase capítulo X.

comunes, aunque estén muy alejados unos de otros, y que sus idiomas no tengan más relación entre sí que sus facciones semejanza.

En una de las tiendas vi a una india poner algunas raicillas en una olla para hacer la comida: ella parecía lamentarse de su miseria ante mi peón, mostrando ese alimento y haciéndole comprender que preferiría mucho mejor un pedazo de carne de vaca, que él tenía en su montura; le dije a mi peón que se lo diera. Mostró entonces una alegría extrema; arrancó, de inmediato, los trozos de grasa y se los comió crudos, dándoles pedazos a su hijo, que los gustó como ella. Supe, más tarde, que la grasa y el sebo más rancio son para todos los patagones manjares deliciosos; que a menudo comen la carne cruda, aunque la prefieren cocida; pero esos mismos indios, que ingieren tantos alimentos en una sola comida, lo que hace pensar que su estómago sea lo bastante dilatado como para contenerlos, esos mismos indios, repito, cuando carecen de alimento, soportan la privación con el mayor coraje, y prescinden de él, sin parecer sufrir. Permanecen muchos días sin comer, esperando que la caza, o cualquier otra circunstancia, les dé los medios de satisfacer su apetito.

Mientras estaba junto a un toldo, vi venir a seis jóvenes indios de unos veinte años; se detuvieron en un lugar desprovisto de zarzales, y donde la tierra estaba pisada. Allí se quitaron los vestidos, conservando solamente el pequeño trozo de cuero que se ata a la cintura, trazaron un gran círculo en el piso, entraron en él y comenzaron ese famoso juego, que los aucas llaman *pilma*. Me interesó y me ubiqué entre los espectadores, no sin llamarme la atención esa originalidad. Los jugadores se ubicaron en dos filas, frente a frente unos de otros; un campeón de cada una de ellas estaba provisto de una pelota de cuero llena de aire; uno la sostenía del lado izquierdo y el otro del lado derecho, y pronto comenzaron a arrojarse la pelota, no delante de ellos, como se hace por lo común, sino atrás del cuerpo, de manera que, para que regrese por delante libremente, debían inmediatamente levantar la pierna izquierda. Recibían la pelota con la mano y la volvían a lanzar al adversario, que debían alcanzar en el cuerpo, si no quería perder un punto, lo que obligaba al que estaba enfrente a hacer mil contorsiones, agachándose o saltando, a fin de que la pelota no lo tocara y saliera del círculo, lo que hacía perder dos puntos al primer jugador, obligado entonces a salir para ir a buscarla. Si, por el contrario, el segundo era tocado, debía apoderarse de la pelota y enviarla al primer jugador, que debía golpear también, bajo pena de perder un punto; luego correspondía al del lado opuesto hacer lo mismo. Se comprende hasta qué punto esa combinación debe producir los movimientos más extravagantes, tanto en aquellos que arrojan la pelota bajo la pierna, como en quienes tratan de replegarse como serpientes,

para evitarla, lo que les hace tomar las posturas más grotescas, en medio de grandes carcajadas del bando opuesto. Los indios demuestran en el juego de pilma la ruidosa alegría de nuestros niños de escuela: nada más gracioso, pues, que ver, desde algo lejos, las contorsiones de los jugadores, dando sus brincos y agitando brazos y piernas. Se tomaría realmente ese ejercicio por un baile. Ha sido inventado, sin duda, para entrar en calor, durante el invierno, en medio de las regiones heladas que habitan algunas de sus tribus; pero, en el mes de febrero, en pleno día, con un calor excesivo, no concebía cómo esos atletas podían resistir. La pelota es, como se ve, un juego común a todos los países. Volví a encontrarlo, más tarde, con el nombre de *guatoroch*, en la provincia de Chiquitos (Bolivia), donde la mitad de los habitantes de un pueblo se pone contra la otra, y donde ese juego se ha convertido en una justa muy complicada, teniendo sus jueces, sus fanfarrias y todo lo que puede darle pompa.

Un intérprete que llevé conmigo me previno que, la misma tarde, debía haber entre los indios una gran ceremonia, un exorcismo solemne del *Achekenat-kanet* de los patagones, el *gualichu* de los puelches y el *quecubu* de los araucanos, reverenciados por todas las naciones de esa región austral; y sucesivamente genio del mal o genio del bien. Así, cuando experimentan alguna indisposición, entra en el cuerpo del enfermo... Cuando pierden algo, es la causa de la pérdida... Pero si, al revés, les sucede algún acontecimiento feliz, es a él que tienen que agradecérselo. Sin embargo, el mal puede más que el bien, lo que hace que lo teman más de lo que lo aman y todos sus conjuros tienden a impedir que ese genio del mal no contraríe sus deseos; por eso no salen por la mañana de sus tiendas antes de arrojar algo de agua al aire para que la jornada sea feliz, y realizan ceremonias por la menor cosa. Esa tarde debían ocuparse de un doble problema. Se quería saber si los indios de Pincheira atacarían Carmen, o si alguna otra invasión los amenazaba; y querían también preguntar al dios si las aguas del río crecerían tanto como ese año y si habría cosechas. Este último problema les interesaba menos inmediatamente que el primero, porque las tribus indias siempre están en guerra entre sí; pero habían tomado ese pretexto para pedir a los habitantes algo para hacer las libaciones indispensables, a fin de que el oráculo les fuera favorable; y habían, con ese motivo, reunido gran cantidad de aguardiente y víveres. Tenía mucha curiosidad de presenciar la ceremonia, pero mi criado me hizo observar que debía embozarme en mi poncho, para no ser tan notado por los indios, poco inclinados a ver a los extranjeros asistir a esas reuniones. Persistí en mi proyecto, tomando todas las precauciones previas; en efecto, por la tarde, todos los habitantes de esa toldería estaban reunidos, los hombres y mujeres adornados

con lo mejor que tenían y sobre todo el rostro muy pintado de diversos colores. Los jóvenes y los hombres solteros se pusieron fuera: los hombres se sentaron en círculo, mirando al lado del este; las mujeres se colocaron alrededor de ellos; entonces una vieja india, que era, simultáneamente, por lo que supe, intérprete de los dioses y médico (*kilmalanchel*), se puso delante del círculo, mirando del mismo lado, dando la espalda a los asistentes, teniendo ante ella su toldo, donde había varias calabazas, con otros objetos de conjuro. Comenzó haciendo muchos gestos; luego, después de un momento de reflexión, cambió la voz, la hizo penetrante y habló a Achekenat-kanet con vehemencia, marcando cada frase y cambiando de entonación, sobre todo al final de cada conjuro. Habló así cerca de una hora y media, siempre con facilidad, sin detenerse un solo instante; luego, se detuvo de golpe y se concentró. Se aguardaba con silencio y todos los ojos estaban puestos en ella; pero, después de una larga pausa, esa pitonisa de nuevo género se volteó, informando a la asamblea que el dios no respondería hasta la mañana siguiente, después de lo cual todos los indios se levantaron.

Pregunté al intérprete que tenía conmigo qué había podido, durante tan largo tiempo, decir esa hechicera: por suerte para mí, ese indio pertenecía a la nación puelche, porque es probable que, de no ser así, no habría respondido a mi pregunta. Me dijo que esa mujer había relatado sucesivamente las desdichas sucedidas a su tribu, las pérdidas que debió soportar a causa de las enfermedades y de las guerras, y, después de enunciar cada desgracia, había pedido que no se renovara. Una vez concluida esa larga enumeración, había llegado al presente y entonces enunció todos los males que debían temer sus hermanos (los de su nación), si los enemigos los sorprendían; terminando por conjurar al genio del mal de responder bien a su plegaria, a fin de que pueda avisar a los suyos a tiempo para que se salven del peligro. Esa pobre mujer estaba completamente empapada en sudor cuando terminó de hablar; entonces fue al encuentro del cacique Churlakin, que se había acercado a un barril lleno de aguardiente, mezclada con agua,[19] y le pidió. El jefe vertió aguardiente en una conchilla, pero, antes de servirla, tomó un poco con los dedos y los elevó arriba de la cabeza, sacudiéndolos para conjurar al espíritu del mal de no hacer daño. Esa ceremonia es usada sobre todo entre los aucas e introducida hace poco tiempo entre los patagones, que comenzaron a conocer los licores fuertes mucho tiempo después que otras naciones. Observé que algunos de ellos no

19 Los pobladores, cuando dan o venden aguardiente a los indios, siempre ponen una mitad de agua.

bebían y hasta hacían gestos de repugnancia, al ver beber; sin embargo, la mayoría se entregó a tan frecuentes libaciones que se vieron obligados a regresar a los toldos, y yo mismo creí más prudente abandonar el lugar, recordando que los indios, cuando están ebrios, se entregan a veces a actos de furor. Puedo decir, empero, al pasar, que entre esa muchedumbre de indios de las regiones australes que vi en un estado más o menos completo de ebriedad, no oí nunca ninguna amenaza... al contrario. Se limitan, entonces, a cantar con monotonía, sin mostrar cólera; muy distintos en eso de los habitantes de otras partes del mundo, que en la ebriedad son propensos a las disputas y a veces a los crímenes.

Al regresar, encontré a los puelches y aucas de las primeras tolderías en medio de juegos y fiestas; también habían hecho hablar al oráculo, que, como lo he dicho más arriba, es, bajo otros nombres, el mismo Achekenat-kanet. Asistí entonces a una danza ejecutada por los aucas; formaron una línea de lanzas plantadas en tierra, y los hombres de un lado, las mujeres del otro, comenzaron a saltar de una manera bastante acompasada cantando y bailando al ruido sordo y monótono de una flauta de caña de cinco agujeros, de la que sacaban algunos sonidos nasales. Obtenían así una especie de armonía grosera por medio del frotamiento de un gran hueso de pájaro sobre un arco, al cual en vez de cuerdas se le atan crines de caballo; o bien soplando con una calabaza. Esa danza es con mucha frecuencia interrumpida por libaciones, que obligan a los bailarines a acostarse. Parece que pasaron toda la noche bailando y bebiendo, porque al día siguiente, cuando regresé temprano para oír la respuesta del oráculo, los encontré aún en el mismo estado.

Me fui de inmediato hasta los toldos de los patagones, para ser testigo del final de la ceremonia de la víspera. En efecto, llegué a tiempo: los indios estaban todos en círculo y la vieja india había cambiado de papel; no hizo más preguntas, se concentró durante algún tiempo y parecía abatida; luego, levantó los ojos al cielo; su rostro se descompuso poco a poco, sus miembros se retorcieron, toda su persona parecía presa de la mayor exaltación; se la hubiera creído en un ataque de epilepsia. Pronto sus contorsiones cesaron: parecía poseída de un espíritu sobrenatural, volviendo, por grados, a su rostro común; luego, después de un nuevo recogimiento de algunos minutos, salieron de su boca sonidos aflautados, casi desarticulados, que provenían del oráculo. Era favorable al deseo de los asistentes; por eso todos se retiraron satisfechos para continuar las libaciones. La pitonisa se encerró en su tienda, donde la siguieron varios indios, interesados, sin duda, en consultar al oráculo sobre muchas cosas que les concernían directamente. Pude observar que, entre los patagones,

los sacerdotes no reciben tanta paga, para hacer sus ceremonias, como los *marabus* y los *chamaas* entre los maures y los mongoles, porque son de una pobreza extrema en sus vestidos. Es cierto que, a pesar de su superstición, los patacones no son, como los pueblos de Asia y África, esclavos de sus creencias religiosas.

Los patagones tienen más o menos la misma religión que los puelches y los aucas; son de lo más supersticiosos. Como ya lo he dicho, tienen una divinidad que castiga y recompensa al mismo tiempo: creen, además, en otra vida, donde gustarán de la suprema felicidad; pero si, como ha escrito Falconer[20], esa suprema felicidad consiste en estar siempre ebrios, podría suponerse que conocían licores fuertes antes de la llegada de los españoles, lo que no ha sido empero demostrado, porque no he visto que posean ninguna fruta, ninguna raíz que pueda servir para una fermentación vinosa; y además la aversión de los patagones del estrecho a toda bebida espirituosa probaría la falsedad de aquel hecho[21]. Más bien, como lo he oído decir a todos los indios que he preguntado sobre este punto, van a otra tierra, donde encuentran todo lo que poseían en ésta. De ahí proviene la costumbre de matar sobre la tumba de un muerto a todos los animales que le han pertenecido al difunto, y de enterrar, con él, todo lo que fue de su uso, como diré más adelante; creen que así aparecerán dignamente en esa tierra donde tendrán de todo en profusión. Esa creencia en otra vida es, por así decirlo, general en los americanos; y aunque don Félix de Azara quiera, por lo común, combatirla con su argumento habitual de *que tal nación no tiene religión*, se le podría preguntar por qué los indios que describe entierran, con sus muertos, provisiones y armas, si no es para que los acompañen en la otra vida. Es, por lo demás, un gran consuelo para el hombre, al abandonar a sus parientes y amigos, tener esperanza de volver a hallarlos en otra existencia, que parece tan lógica entre el salvaje patagón, como entre los pueblos más civilizados.

Parecería que la nación patagona, así como las otras naciones del sur, se diferencian, por sus creencias, de las que Falconer observó[22]. Los patagones no tienen dos divinidades, porque es completamente seguro que es el mismo ser superior que hace el bien y el mal al mismo tiempo; he tenido miles de pruebas durante mi larga estadía entre las naciones australes. Además, creen que ese

---

20 Véase Falconer, *Description des terres magellaniques*, traducción francesa de Lausanne, 1787, t. II, cap. XXVII, p. 75.

21 Los viajeros son unánimes a ese respecto. Véase Bougainville, Byron, etc.

22 Op. cit., t. II, p. 74.

dios, cuando es genio del bien, les ha creado bajo tierra y les ha dado sus armas; también es él que ha formado toda la naturaleza animada. Sus adivinos explican de una manera curiosa la aparición, después de tantos siglos de esa creencia, del caballo y las vacas, que no conocían. Suponen que, después de la creación del hombre, los animales surgieron de las mismas cavernas, pero que cuando el toro quiso salir asustó a tal punto a los hombres con sus cuernos, que cerraron precipitadamente la entrada con enormes piedras[23]. Sólo los españoles las dejaron abiertas, al llegar a América; por eso tales animales llegaron tan tarde a estas tierras. Esa aparición ha perpetuado la creencia de que la creación continuará produciendo seres nuevos.

La superstición es llevada al colmo entre las naciones australes, desde los araucanos, puelches y patagones, hasta los habitantes de Tierra del Fuego[24]; son muy ciertamente los pueblos más crédulos de toda América y los que, en ese aspecto, más se asemejan. Todos, además del dios bueno y malo a la vez, creen en una multitud de seres malignos que temen mucho; y como, entre ellos, los adivinos son considerados seres familiares con estos últimos, se busca su amistad, y se les encargan conjuros para arrojarlos del cuerpo del enfermo, porque, en todos los casos, la enfermedad no proviene más que de un ser maligno que toma posesión del cuerpo; de ahí que el arte del adivino, convertido por esa razón en médico, consiste en alejarlo para siempre. Fui testigo un día de esa ceremonia. El enfermo tenía alta fiebre, por haber cometido la imprudencia de arrojarse cubierto de sudor en el agua del río, que es de lo más fría; estaba tendido en su toldo. La vieja adivina india que lo curaba le hizo poner boca abajo, y se puso a chuparle la nuca; luego, haciendo muchas contorsiones, le dio fuertes golpes bajo el mentón y sobre el pecho, llamando, con cantos, al genio del mal, pidiéndole de que se fuera. Luego, chupó sucesivamente las espaldas y otras partes del cuerpo, continuando la misma operación; volteó al enfermo y siguió succionándole el ombligo, los brazos, los ojos, la boca y la nariz; pero insistió más en esta última parte y manifestó mayor esperanza de obtener lo que deseaba. De pronto hizo muecas terribles y pareció sufrir ella misma; después de haber reiniciado tres veces la operación, se golpeó con fuerza y gritó que tenía la enfermedad y que iba a mostrarla. En efecto, después de otras muchas monerías, hizo como que extraía de la boca del paciente un gran insecto del género cerámbico, que mostró a los asistentes como emblema del

23 Falconer, t. II, p. 76.

24 Boungainville, *Voyage*, pág. 159. Utilizo la traducción del nombre español *Tierra del Fuego* y no Tierra de Fuego.

demonio que poseía su cuerpo; por lo general, la hechicera anuncia entonces que el mal no volverá más y que ha hecho desaparecer al animal cualquiera que supone haber sacado del cuerpo del indio; o bien canta de nuevo, le coloca el insecto en la boca, en los ojos, en la nariz; y después de haber cambiado la naturaleza del espíritu maligno y de convertirlo en beneficio, lo hace entrar en el cuerpo sufriente. Como la exaltación de la imaginación influye por lo menos tanto en las personas enfermas como los remedios, una vez que se creen libres del mal y no están inquietas por el porvenir, están medio curadas.

A pesar de tener tanto poder, los adivinos no dejan de tener temores, porque sucede a veces, aunque raramente, que los indios, en sus supersticiones, si no sanan fácilmente, o si los suyos perecen, acusan a los adivinos, que, entonces, pagan con la vida su impostura, sacrificados por los parientes; pero tales escenas no se renuevan tan a menudo como podría parecer, a causa de la creencia de que el adivino, después de su muerte, se convierte en uno de esos demonios malignos. Esos adivinos son de los dos sexos, pero resulta difícil saber a cuál pertenecen, porque entre los araucanos los hombres visten siempre ropa de mujeres[25]. Son muy distintos de los cofrades del *Botuto*, o trompeta sagrada, de las orillas del Orinoco, que sólo los hombres pueden ver, siendo condenadas a muerte las mujeres curiosas que quieren verlo y manteniendo un celibato riguroso quien lo guarda[26]. Esos empleos son dados en las pampas a quienes muestran, desde la infancia, disposiciones convenientes. Los indios epilépticos son elegidos por derecho, porque se pretende que poseen el espíritu maligno; y son instruidos por los viejos adivinos. Sus atribuciones consisten en comunicarse con los seres sobrenaturales, predecir el porvenir y presidir todas las ceremonias.

Aparte de los adivinos hay, como en todos los pueblos ignorantes, una cantidad de supersticiones; explican todo lo que experimentan por sortilegios, por la influencia de seres malignos. Así, un indio de viaje atribuye su fatiga, cuando se siente cansado, al espíritu maligno, y si no tiene adivino a su alcance, se hace heridas en las rodillas, espaldas y brazos, para hacer salir el mal con la sangre; por eso muchos indios, sobre todo los aucas, tienen siempre los brazos cubiertos de cicatrices. Esta costumbre, aplicada de manera diversa, es casi general en América, puesto que la he hallado incluso al pie de los Andes, en Bolivia, entre las naciones chiriguana y yuracaré. Es raro que un patagón se

---

25 Es, sin duda, esa costumbre que hace decir a Gautier (*Nouv. Ann. des voyages*, t. XIII, p. 232), observador bastante superficial, que hay una tribu patagona hermafrodita.

26 Humboldt, *Voyage aux régions équinoxiales*, t. VII, p. 337.

corte los cabellos; pero, si lo hace, tiene el mayor cuidado en arrojarlos al río o quemarlos, creyendo que algunas hechiceras pueden, con su cabellera, hacerlos morir en poco tiempo, al sacarles sangre por todos los poros. Si viajan, y que pasando junto a un río, ven algunos gruesos troncos de madera llevados por las aguas, los toman por divinidades malignas, se detienen para conjurarlas y les hablan en voz alta; si el azar hace que esos troncos, transportados en un remolino del río, parecen conducidos con menor rapidez, y se vuelven hacia ellos, los indios creen que se detienen para escucharlos. Entonces prometen muchas cosas para que las divinidades les sean favorables, y cumplen escrupulosamente sus promesas. Sus armas y objetos más preciosos son, por ese motivo, arrojados al agua y hasta, en las grandes ocasiones, arrojan los caballos atados entre sí por las patas, creyendo estar así al abrigo de los acontecimientos. Son, por lo demás, los únicos sacrificios que hacen, no teniendo ninguna imagen, ningún ídolo y hasta riéndose de nuestra credulidad, al vernos adorar de rodillas figuras a menudo mal hechas. Sólo aprecian las procesiones religiosas; y es únicamente por ese gran despliegue de bailes y ceremonias que los primeros jesuitas han llegado a convertir al cristianismo a los indios de los bosques de América Central.

Falconer vincula las ideas religiosas de los indios del sur con un hecho que me parece completamente distinto: indica solamente que las estrellas son viejos indios y que la vía láctea es el camino para la caza[27]; pero los datos que he recogido a este respecto me han hecho descubrir un sistema astronómico y no una simple creencia religiosa. Es muy sencillo que pueblos errantes y vagabundos, que recorren llanuras inmensas sin accidentes, tengan necesidad, en sus grandes viajes, de guiarse durante el día por el sol y durante la noche por las estrellas o las constelaciones; de ahí que deban conocer perfectamente la dirección de cada una de ellas, así como sus horas de aparición; pero, para transmitir verbalmente esos datos, deben dar nombres a todos los puntos que les impresionan. Su genio, pues (puesto que lo tienen, a pesar del señor Paux[28]), les hace dar, como lo hicieron los griegos, nombres a cada grupo; y se puede decir que la parte del cielo que conocen ha sido transformada en un solo cuadro, que representa la cacería del indio. Así, la Vía Láctea no es, para ellos, el camino recorrido por la cabra Amaltea, sino el del viejo indio cazando el avestruz. Los tres reyes son las boleadoras *(tapolec)* que arroja a esa ave (*ilhui*) cuyas

27 Falconer, *Terres magellaniques*, t. II, p. 76.

28 "El americano siempre es niño, ni virtuoso, ni malo; su dicha consiste en no pensar" (Paux, *Recherches sur les Américains*, t. I, p. 159).

patas son la Cruz del Sur; mientras que las manchas australes que acompañan a la Vía Láctea, no son, a sus ojos, más que un conjunto de plumas, formado por el cazador. Cuando los indios hablan de seguir una dirección, sea del norte al sur, sea del este al oeste, designan las constelaciones. Es comprensible cuán importantes son para recoger esos datos de un pueblo considerado completamente salvaje. Con ese propósito, habría que identificarse con su idioma, a fin de comprender los detalles, porque, a pesar de todos mis esfuerzos, sólo he podido recoger, de su sistema astronómico, los rasgos más generales. El año, *sura* en los patagones, está dividido en doce meses, *kéchnina*, o lunas, y, todos los años, en la primavera, en el momento del brote de las plantas, rectifican los días que sobran. Para ellos, el día es un sol.

Todos esos datos, así como los que daré más adelante, los he obtenido poco a poco, por medio de visitas repetidas a los patagones y pasando días enteros interrogándolos sobre todo lo que podía interesarme; y, cuando no querían informarme de algo, tenía siempre un medio de averiguarlo: preguntárselo a un puelche o a un araucano. La rivalidad entre las naciones me sirvió mucho en esos casos; y todo me era revelado sin trabajo. Observé, desde el principio, en sus conversaciones, la manera peculiar de expresarse, para así decirlo, de manera figurada o por comparaciones ingenuas. Desde mis primeras preguntas, al oírlos hablar en español, debí reconocer que había pocos tiempos diferentes en sus lenguas, porque no emplean casi nunca más que el infinitivo de los verbos regulares; así, por ejemplo, para decir que carecen de algo, se sirven siempre de la expresión *no tener*, y lo mismo con los otros verbos. Puede decirse que todos hablan como niños.

Un indio, al hablarme de su mujer mala y chismosa, se expresaba así en español: *brava como ají*, y todo lo que me contó era del mismo estilo. Otros, al referirme al poder del gran jefe de los patagones, decían: *cacique grande como tierra larga*. Para hacerme comprender que habían bebido mucho, decían: *beber largo como lazo*, porque para ellos la mayor medida de longitud es esa arma de caza, familiar en el país. Nunca dicen que un indio es pobre: se contentan con decir que es *feo*, porque de acuerdo a su manera de pensar nada es más feo que la miseria. Acusan a las personas falsas al hablar de tener *dos lenguas*, mientras que la falsedad en acciones la expresan diciendo que tiene *dos corazones*. Así, un cacique que habíamos enviado en delegación para sondear las intenciones de una tribu de patagones, acantonada en lo alto del Río Negro, nos dijo para expresar que los jefes eran de buena fe: *caciques todos, corazón dos no tener, uno, no más*. Para decir que un indio es miedoso, manifiestan: *corazón de pulga*, mientras que comparan al hombre bravo y valiente con el animal más

fuerte. Así, después de la conquista, dicen siempre: *corazón de toro*, representando la fuerza con una carreta con su yunta de bueyes. Para expresar que han residido en un lugar, usan el verbo sentarse; dicen así que tal nación se ha sentado en tal lugar. Un indio que me refería un encuentro entre el cacique Negro, uno de los jefes de los puelches, con los patagones, me decía, para manifestarme que había tenido miedo, que sus espuelas temblaban.

Los patagones, llamados por los araucanos en su idioma *huiliche* (hombres del sur) y que los españoles de Carmen conocen con el nombre de *tehuelches*, que, sin ninguna duda, les fue impuesto por los puelches, se dividen sin embargo en dos tribus: la del norte, que se llama tehuelche, y la del sur, a orillas del estrecho de Magallanes, que los otros patagones denominan *Inaken*. Es la última nación del continente americano; habita las márgenes del Río Negro en el 41° de latitud sur, e incluso más al norte del Río Colorado, hasta las partes orientales del estrecho de Magallanes, donde la han visto todos los navegantes que han hablado de los verdaderos patagones, desde el inmortal Magallanes, que fue el primero en conocerlos; nunca ha sido vista fuera del puerto San Julián, del puerto Deseado y junto a la desembocadura oriental del estrecho. Son por lo menos los únicos lugares donde, solamente en el verano, es decir, desde diciembre hasta abril, se los ha visto casi siempre; mientras que algunos navegantes, que llegaron en otras estaciones, no vieron más que rastros antiguos. Por lo demás, corno todos los pueblos cazadores, no pueden residir en un lugar que no posee caza abundante; por eso, cuando la caza se hace rara, parten en busca de un lugar donde puedan permanecer algún tiempo. De ahí proviene la poca fijeza de su domicilio y su vida errante y vagabunda de norte a sur y de este a oeste. Puede decirse que habitan desde el Río Negro hasta el estrecho de Magallanes, y desde el pie oriental de los Andes hasta la orilla del mar, sin poderse establecer, como justeza, el sitio donde residen en particular. Por lo que he podido saber de ellos mismos, hacen, casi todos los años, un viaje a las fuentes del Río Negro, a fin de obtener semillas de araucaria para sus provisiones, y al mismo tiempo manzanas, que abundan de manera asombrosa en los contrafuertes orientales de los Andes, tanto como los duraznos en la desembocadura del Plata[29]. Los manzanos fueron también sembrados por los primeros españoles que habitaron los Andes de Chile poco después de la conquista, porque, después de esa época, los conquistadores fueron rechazados por los araucanos, indígenas que se convirtieron en pacíficos poseedores de esas comarcas salvajes. La estación de la cosecha es, al mismo tiempo, una época

29 Véase capítulo V.

en la cual los indios patagones del sur van con sus pieles a comerciar con los aucas de las cordilleras y de las pampas, y con los puelches que llegan a las márgenes del Colorado. El sitio de reunión para esas citas anuales es por lo general la isla de *Choele-Choel*, formada por la separación de los dos brazos del Río Negro, a sesenta u ochenta leguas de su desembocadura. Allí se dirige el patagón, con sus pieles de guanaco; el auca y el puelche, con sus tejidos y el producto de los robos hechos a los cristianos que viven en las pampas; y desde allí se entablan los intercambios que, desde los tiempos más remotos, tienen lugar entre las naciones australes, cuando las guerras no las dividen. Es así que los patagones se proveyeron pronto de caballos[30], de numerosos rebaños, y que los objetos europeos, llevados por los españoles, pasaron prontamente al estrecho de Magallanes, con las palabras españolas, lo que explica las que oyeron pronunciar Bougainville[31] y Wallis en 1767[32]; pero lo que prueba mejor las comunicaciones frecuentes entre todas esas naciones, y hasta las de la Tierra del Fuego, son las palabras españolas que Weddel[33] oyó pronunciar a los habitantes de la parte sur de la Tierra del Fuego, que, no para cazar, sino para buscar conchillas de que se alimentan, están obligados a viajar continuamente de una isla a otra. Son, por lo demás, las únicas naciones de navegantes de toda la punta de América, puesto que ni los patagones, ni los puelches, ni los aucas de las pampas, han tenido nunca la idea de construirse una almadía para cruzar un río.

Los patagones forman un número bastante grande de pequeñas tribus vagabundas, dispersas por las vastas llanuras del sur, como restos de un gran naufragio; todas están compuestas, a lo sumo, de treinta a cuarenta familiares, cada una con su tienda. Se comprende que, alimentándose exclusivamente de caza, sea imposible que gran número de familias puedan vivir juntas, porque en pocos días se agotarían los recursos. Esa nación debe estar, pues, siempre diseminada en pequeñas secciones errantes en medio de esa inmensa llanura, que se extiende en las tierras señaladas en los mapas con el nombre de Patagonia, transportando con ellas sus toldos de cuero, no conviniéndoles ningún otro tipo de habitación. Si creemos a los caciques, a quienes pregunté a que número se elevaban sus hermanos, ésta se ha reducido a la mitad desde que la

---

30 En 1764 se vieron los primeros patagones a caballo.

31 Véase Bougainvilile, *Voyage de l'Etoile et de la Boudeuse*, p. 129 y sig. Las palabras españolas oídas son *muchacho, bueno, chico, capitán*, etc.

32 Wallis, con el *Dauphin*, traducción francesa, t. III, p. 24.

33 Weddel, Voyage towards the south pole, 1882-1884, p. 152 y sig.

viruela hizo estragos, desde 1809 a 1812; podría creerse, sin embargo, que hay todavía de ocho a diez mil almas, divididas en hordas, cada una bajo la dirección de un jefe. Ese número es realmente poco elevado, comparándolo con la inmensa extensión de las tierras sobre los cuales está repartido, puesto que aproximadamente, desde el Río Negro hasta el estrecho de Magallanes, y de los Andes al mar, pueden contarse por lo menos veintiocho mil leguas de extensión, lo que daría más o menos un hombre por cada tres leguas; pero esa enorme diferencia desaparece cuando se considera la naturaleza de esas tierras áridas y la superficie necesaria a cada toldería. De hecho, la Patagonia es a tal punto seca y estéril, que muchas de sus partes no pueden ser aprovechadas, por falta de agua; permanecen completamente desiertas, y cada familia, para hallar su alimento, debe extenderse, por lo menos, cien veces más de lo que tendría necesidad en una región fértil, admitiendo el mismo número de habitantes agricultores. Parecería, empero, que cada toldería, o reunión de familia, ha tomado, por morada habitual, una cierta comarca donde ella da vueltas; así, dos o tres de esas tribus permanecen a orillas del Río Negro, mientras que otras parecen vivir en las montañas vecinas de la península de San José, a los 43° de latitud sur, o en la vecindad de puerto Deseado, al pie de los últimos contrafuertes de los Andes, de donde van a la orilla del mar, cuando quieren cazar. Lo mismo sucede, según me parece, de manera más particular, en las llanuras del pie oriental de los Andes, donde son más numerosas. De sus costumbres viajeras proviene esa necesidad de recorrer todas las comarcas vecinas y las frecuentes comunicaciones que se producen entre las tribus. Esas comunicaciones tienen lugar en dos líneas distintas; así, todos los indios que viven junto a los Andes siguen en sus viajes el pie oriental, porque encuentran en todas partes agua, que les faltaría de seguir la costa; por allí van los patagones que se dirigen del estrecho de Magallanes al Río Negro, siguiendo luego los caminos que corren del poniente al oriente. Para ir al puerto Deseado y al puerto San Julián, llegan a la isla Choele-Choel, de que ya he hablado, y descienden o remontan el Río Negro, costeando las orillas; o, cuando quieren llegar a las montañas de San José, descienden por el río hasta treinta leguas arriba de Carmen, encontrando allí una ruta que conocen, que se dirige al sur, paralelamente a las costas, y que, pasando por San José, les sirve también para dirigirse a los puertos de San Julián y Deseado. En esa dirección, marcan las jornadas por altos, primero en el Río Valchita, luego por los lagos que conocen, junto a los cuales cazan y se detienen; sin embargo, los indios me han asegurado que ese camino no es usado más que en tiempo de lluvias, a causa de la falta de agua; que, a pesar de eso, siguen rutas muy extensas en las

cuales se buscaría en vano una fuente saludable; y que entonces viajaban día y noche, a fin de estar más rápido fuera de peligro.

Hasta el presente, los patagones no parecen desunidos entre sí; sus tribus, aunque alejadas unas de otras por varios centenares de leguas, no dejan de vivir por ello en armonía. Puede repetirse lo que dicen los mismos indios: son hermanos, y sin duda son también los salvajes más estrechamente ligados entre sí, lo que hace su fuerza y les asegura el respeto de las naciones vecinas. Los puelches son los más cercanos: con ellos efectúan su mayor comercio de trueque, porque, luego de una antigua ruptura, están poco vinculados con los araucanos, y sólo el deseo del pillaje los hace acercarse momentáneamente para asaltar los establecimientos cristianos. Fueron también amigos fieles de los españoles, a quienes prestaron grandes servicios hasta el momento en que el orgullo de un jefe brutal los alejó, por algún tiempo, del establecimiento de Carmen, con el cual, empero, renovaron relaciones desde hace algunos años. Puede decirse que son vagabundos por excelencia, aunque muy raramente hayan pasado al norte del Río Negro, para saquear a los aucas y puelches.

Su gobierno parece ser muy sencillo: la nación tiene un jefe o gran cacique al que llaman *carasken* y cuya autoridad es muy limitada. Si se produce una guerra común a toda la nación, él preside las reuniones de los jefes subalternos y los guía en ese caso. Durante la paz, es un jefe como los otros y ejerce un poder más paternal que despótico. Los indios lo respetan, sin guardarle, empero, la deferencia que podría corresponder a quien manda a los salvajes. Es verdad que es tan pobre como los otros; que, si no caza, no le darán comida, y la única ventaja que puede sacar de su posición es recibir una parte mayor del botín, después de un asalto, porque tiene más mujeres e hijos; además, está obligado a hacer donaciones a los pobres indios, para hacer de ellos sus amigos. El carasken no es siempre reemplazado por su hijo; para suceder a su padre debe demostrar coraje y elocuencia durante las conferencias, en sus arengas a los otros indios, y sobre todo liberalidad; en caso contrario, se nombra para esas funciones al indio que más se distingue por su inteligencia, por su valentía y por sus conocimientos. El carasken que conocí en mi viaje, llamado *Bicente*, había reemplazado, dos años antes de mi llegada, a otro cacique famoso por su gran estatura, su fuerza y sobre todo por sus modales llenos de grandeza. Cada tribu tiene a su vez su jefe particular, y de la reunión de esos jefes se compone el consejo.

No tienen leyes, ni se castiga a los delincuentes. Cada uno vive a su manera, y el más ladrón es el más estimado, como el más diestro. Algo que les impedirá siempre dejar de robar, y que se opondrá a que formen estableci-

mientos fijos, es el prejuicio religioso que, a la muerte de uno de ellos, los obliga a destruir sus bienes. El patagón, que durante toda su vida se forma un patrimonio robando a los blancos o cambiando con las naciones vecinas los productos de sus cacerías, nada deja a sus herederos; todos sus ahorros desaparecen con él, y sus hijos están obligados a reconstruir su fortuna, costumbre, para decirlo de paso, que se encuentra en los tamanaques del Orinoco, que destruyen el campo del difunto y cortan los árboles que plantó[34], y en los yuracarés que abandonan y clausuran la casa del muerto, considerando una profanación recoger un solo fruto de los árboles de su campo. Con esas costumbres, no es posible alentar ninguna verdadera ambición, puesto que sólo tienen necesidades personales; es una de las causas de su indolencia natural y un motivo que siempre se opondrá, mientras exista, al progreso de su civilización. ¿Por qué ocuparse del porvenir, si nada tienen que esperar? El presente es todo a sus ojos y todo interés es individual; el hijo no cuidará el rebaño de su padre, puesto que no será para él; sólo se ocupa de él mismo y muy temprano piensa en arreglárselas, en buscar sus recursos. Esa costumbre posee un aspecto moral, al destruir la codicia de los herederos, esa codicia tan común en nuestras ciudades. El deseo o la esperanza de un pronto deceso de sus padres no puede existir, puesto que no dejarán absolutamente nada; pero, por otra parte, si los patagones hubieran conservado las propiedades hereditarias, serían, sin duda alguna, hoy, poseedores de numerosos rebaños y mucho más temibles para los blancos, porque su poderío se habría más que duplicado; mientras que sus costumbres actuales los mantienen infaliblemente en un estado estacionario, del cual sólo un cambio total podría liberarlos.

Los patagones carecen de toda aptitud para la pesca; así se contentan con apoderarse de los peces que el azar pone a su alcance, sin utilizar la red, ni otro procedimiento; bien diferentes, en eso, de los habitantes de Tierra del Fuego, que son especialmente pescadores. Es cierto que los patagones sólo momentáneamente van a orillas del mar y no han podido perfeccionar ese arte, siendo la caza todo para ellos. Antes de que consiguieran caballos y que los puelches les enseñaran a usarlos, cazaban a pie. Muchos de ellos se dirigían al lugar elegido; y, al día siguiente, al amanecer, comenzaban su batida, sirviéndose con destreza de dos clases de boleadoras, ya descritas varias veces, sea para detenerlos en su carrera, sea para matar los guanacos, los ciervos y los avestruces. También emplean el arco. Al llegar al lugar donde los cazadores saben que hay una tropilla de ciervos o de guanacos, se distribuyen, formando un amplio

34 Humboldt, *Voyage aux régions équinoxiales*, t. VIII. p. 273.

círculo alrededor de las presas; luego avanzan todos al mismo tiempo, estrechando el círculo. Cuando un animal así bloqueado quiere escaparse, le cortan la retirada, arrojándole las boleadoras, o disparándole flechas. Los numerosos perros, de que siempre están rodeados, les prestan grandes servicios en ese ejercicio, y actualmente, que se han convertido en buenos jinetes, tienen menos trabajo para cazar; pero, en cambio, despueblan más rápidamente una región y se desplazan más. No se ven obligados, como en tiempo de Pigafetta (1520), a tener consigo guanaquitos, para atraer a los guanacos adultos y cazarlos; hoy el caballo los pone en condiciones de prenderlos con mayor facilidad, arrojándoles las boleadoras. En tiempo de hambruna, buscan, en medio del campo, una raicita, que conservan seca o que comen fresca, cocida o cruda. Los patagones de las zonas más australes temen todavía a los toros; por eso no los poseen; pero no cabe duda de que pronto adoptarán la costumbre de domesticarlos, costumbre transmitida de los araucanos de las pampas a los puelches y de éstos a los patagones de las márgenes del Río Negro. Sin embargo, aunque comen la carne de vaca, prefieren siempre la de yegua, que es el alimento más exquisito para todos los indios del sur. El caballo es, por otro motivo, mucho más cómodo para los indios; pueden llevarlo consigo sobre grandes distancias, mientras que los rebaños de vacas no pueden marchar tan ligero y, además, resisten menos esas largas travesías, en medio de los áridos desiertos que los patagones están obligados a franquear en sus migraciones anuales o para ir de una tribu a la otra. Me han asegurado que los patagones de las costas del estrecho de Magallanes no poseen rebaños de esa especie; antes de la Conquista, su único animal doméstico era el perro, ese fiel compañero del hombre de todos los países, desde el nómade más salvaje hasta las naciones más desarrolladas. Lo mismo que en nuestras ciudades, lo emplean para cazar la mara, el ciervo y el avestruz. He tenido a menudo la oportunidad de contemplar la destreza con que cazan esos perros; la raza es muy parecida a la de nuestros lebreles, por su forma, pero se diferencia por el largo de sus pelos. Desde que los patagones poseen tropillas de caballos, las cuidan menos aún que los habitantes de los alrededores de Buenos Aires; no tienen ningún corral para reunirlos, y los vacunos, cuando los tienen, no son mejor cuidados; se limitan a hacer, a veces, una vuelta a caballo para acercarlos a su toldería, seguros de que ahí están y que pueden apoderarse de ellos cuando quieran.

Los patagones poseen una industria sumamente limitada. Como se ha visto, sus cabañas son de cuero, y de una construcción poco complicada; son inferiores, en ese aspecto, a muchas naciones americanas. Salvo las armas ofensivas y defensivas, y el enjaezamiento de su caballo, no hacen absolutamente nada;

ignoran el arte de tejer, muy distintos en eso de sus vecinos los araucanos, que fabrican tejidos de lana que intercambian con ellos y que usan incluso los habitantes de las ciudades. Lo que mejor confeccionan son las pieles: ellos son famosos, entre las otras naciones, por la forma en que las cosen, por los colores con que las adornan; los únicos hilos que emplean, que son los tendones de avestruz o la espina dorsal de los grandes animales; las hacen secar, los mastican, separan las fibras de manera de formar una especie de cáñamo que hilan después, y que da un hilo de lo más fuerte y duradero. Sus dibujos tienen la particularidad de no representar nunca figuras de animales, ni líneas curvas; todos los trazos son rectos, dirigidos en diversas direcciones, formando invariablemente y siempre con una regularidad perfecta especies de grecas muy particulares. Se diferencian en eso de algunas razas americanas[35] que, por el contrario, no trazan más que figuras redondas.

Puede decirse que esos indios son de una suciedad extrema; nunca barren sus tiendas y las inmundicias que se acumulan llegan a incomodarlos a veces; en ese caso cambian de lugar, trasladando la tienda algunos pasos. Se bañan muy raramente y solamente durante los calores, para refrescarse, pero no para lavarse. No cuidan más que el rostro y los cabellos. Cubren el primero de colores mezclados con grasa de yegua, y peinan los segundos con una especie de cepillo de raíces, análogas a las que empleamos nosotros para fabricar el mismo utensilio. Llevan los cabellos siempre bien separados en medio de la cabeza o levantados de diversas maneras; la coquetería de los hombres y mujeres se reduce a eso.

Viven, por lo general, en una ociosidad absoluta, durmiendo por lo menos la mitad del día, y cuando poseen animales, nada hacen mientras les queda una vaca, dedicándose a cazar cuando el hambre los apremia. Las mujeres se encargan de la cocina, de la confección de los vestidos, de las tiendas y de las monturas; los hombres sólo se ocupan de sus armas. Sus diversiones son muy limitadas; además del juego de pelota, reservado a los jóvenes, poseen un juego de dados más o menos semejantes a los que se usan en el chaquete; son huesos casi cuadrados, con los números 1, 2, 3, 4, 5 y 9 marcados con puntos; esos dados se parecen mucho a los nuestros, salvo el 9, que no es más que una imitación del de los españoles, después de la Conquista; sin embargo, ese juego, que exige combinaciones de números, revela en ellos un conocimiento del cálculo mucho más amplio que en algunas naciones de los bosques, las cuales, por lo general, no poseen más que tres términos de comparación[36]. Los

35 Los indios yuracarés emplean en sus pinturas tantas líneas curvas como rectas.

36 Es curioso ver que los números faltan por completo en los chiquitos, nación poderosa del centro de América (Bolivia), cuya lengua es muy amplia.

patagones pueden contar hasta más de cien mil: es verdad que los números *cien* y *mil* no pertenecen a su idioma, y como lo mismo sucede a los puelches y a los aucas, y como estos últimos estuvieron sometidos a los incas, que los designan con los mismos nombres *pataca* (cien) y *garanca* (mil), debo suponer que éstos, más instruidos que los araucanos, les enseñaron esos términos colectivos, transmitidos, más tarde, a los puelches, a los patagones y tal vez llegando hoy hasta el sur, hasta los habitantes de Tierra del Fuego. Cuando las tribus mantienen entre sí comunicaciones frecuentes, acompañadas de intercambios, su sistema de numeración no tarda en completarse. Todas las naciones de cazadores nómades de las zonas australes han adoptado ese sistema, mientras sus vecinas del norte, que viven en los bosques, tales como los guaraníes, los bocobis y los tobas, poseen términos de comparación tan limitados que debe llegarse a la conclusión de que mantienen relaciones y un comercio nulo con los araucanos.

El carácter de los patagones es, más o menos, análogo al de todos los indígenas de esas comarcas australes: la falsedad y el disimulo forman la base; es cierto que sus modales entre sí son muy diferentes que con los cristianos. Podría, pues, creerse que hay que atribuir muchos de sus defectos al contacto con los colonos españoles; éstos han hecho siempre tan poco caso de los americanos, que nunca cumplieron sus promesas y no los han considerado como hombres, solazándose en engañarlos, en sus relaciones comerciales o en sus trabajos. Los indios se han habituado, por eso, a hacer lo mismo, porque, si son de lo más escrupulosos unos con otros, si su palabra es siempre sagrada entre ellos, si no codician nunca lo que posee uno de ellos, no tienen el menor escrúpulo en robar y engañar a los cristianos. Creo poder sacar la conclusión de que si hubieran sido tratados de otra manera, habrían sin duda conservado, respecto a los españoles, las mismas consideraciones que mantienen en sus relaciones mutuas. Los colonos los acusan de ser rencorosos e ingratos y de no apreciar nada de lo que se les da, queriendo siempre más, y cuando se les niega alguna cosa, después de haber sido colmados de regalos, se convierten en enemigos irreconciliables, que sólo buscan la oportunidad de saciar su odio mortal. Sin poder en modo alguno desmentir esta afirmación, puesto que tengo varias pruebas de ella, debo decir que conozco muchas excepciones. Hay, pues, entre ellos la misma mezcla que en todas partes; empero, el odio hereditario de esos aborígenes hacia los españoles en general, puede influir mucho en los actos de perfidia que se les pueden reprochar en múltiples circunstancias y que otro motivo explica también. No se roban entre sí, es cierto; pero sus padres, desde la más tierna infancia, les hacen considerar el robo al enemigo como la base

de su educación; como una de las cualidades indispensables que deben poseer; como algo ordenado por el genio del mal. Si se los acusa de algún rapto, dicen siempre que Achekenat-kanet se lo ordenó. Finalmente, el espíritu de codicia por todo lo que les parece raro en los cristianos, hace de ellos verdaderas criaturas que desean todo lo que ven. Es evidente que semejantes costumbres los colocan a menudo en estado de contravención en los lugares civilizados, tanto más cuanto que los colonos son muy exigentes, no advirtiendo que su falta de fe hacia los indios autoriza a una conducta semejante de éstos hacia ellos considerando todo robo que les hacen como conquista hecha al enemigo común. Si adulan a veces a los cristianos, es porque no tienen otro remedio, ya que cuando se sienten fuertes se convierten en orgullosos, arrogantes y se creen muy superiores a los blancos, que desprecian, porque ven en ellos hombres sin fe y sin probidad. Así resulta que, en las relaciones establecidas, jamás puede uno fiarse de las apariencias. El patagón posee, como todos los salvajes, en el más alto grado, el arte del disimulo: oculta sus deseos más caros bajo el velo de la más completa indiferencia, y hasta la amenaza de la muerte no consigue arrancarle un secreto, sobre todo si tiene que ver con la seguridad de su nación; su carácter es, en una palabra, una mezcla de grandeza de alma, orgullo salvaje y coraje feroz, unidos a la astucia de los países más civilizados y acompañados de un ingenio del cual no se creerían capaces pueblos nómades todavía en la infancia.

Los patagones aman a sus hijos y a sus mujeres: no aceptan la poligamia, como hacen los araucanos; si dejan libres en sus acciones a las jóvenes entes de su casamiento, se muestran muy celosos después y castigan severamente la infidelidad, diferentes en esto de los puelches, amigos del establecimiento, que efectúan un verdadero tráfico con sus compañeras. He notado en las mujeres salvajes mucha decencia, sobre todo en las naciones australes: nunca se ve una joven sin ropa, hasta en la edad más tierna; mientras que, en las naciones guaraníes, van completamente desnudas hasta la nubilidad.

Su idioma es de pronunciación dura y lleno de sonidos que no pueden traducirse en letras francesas: es gutural, sin serlo empero tanto como el de los puelches, aunque lo es más que el de los araucanos; pero, con mucho cuidado, logré escribir gran número de palabras de manera de tener una idea. La voz es dulce en las mujeres y muy ronca en los hombres.

Hasta ahora se ha multiplicado al infinito el número de razas americanas, tomando por naciones distintas las menores de las pequeñas tribus; pero esa multitud de nombres sembrada por los autores en los mapas sobre todo el suelo de América, al sur de la latitud del Plata, al este y al oeste de los Andes,

debe reducirse a cuatro únicamente, porque no hay en realidad más que cuatro naciones, a saber: 1° los *araucanos* o *aucas*, que se extienden del Plata al Río Negro, en las pampas, sobre la ladera oriental de los Andes y toda la ladera occidental, desde Coquimbo hasta el archipiélago de Chonos: son las llamadas ranqueles, pehuenches, pampas y chilenos; 2° los *puelches*, que ocupan el espacio comprendido entre los araucanos y los patagones, en las pampas, pero, más especialmente entre los ríos Negro y Colorado; 3° los *patagones* o *tehuelches*, cuya patria se extiende desde el Río Negro hasta el estrecho de Magallanes, sobre todas las llanuras de la ladera oriental de los Andes, y se mezclan a veces con los puelches en sus confines septentrionales: son esos famosos gigantes de los primeros navegantes, vistos por ellos en el puerto San Julián, en el puerto Deseado y a la entrada oriental del estrecho de Magallanes; 4° los *fueguinos*[37], que vagan por todas las islas de Tierra del Fuego y las dos costas de las partes occidentales del estrecho, y cuya estatura mediocre ha dado lugar a la gran discusión sobre los grandes y pequeños patagones, porque siempre fueron confundidos con ellos por los autores que trataron el problema[38], que creo haber aclarado. Los fueguinos son, de las cuatro naciones que acabo de nombrar, la única que navega en piraguas de corteza; las otras no tuvieron la idea de construir siquiera una almadía.

Viaje y estadía en la desembocadura del Río Negro

Continué mis frecuentes visitas a los indios hasta el 26 de febrero y pensaba dejarlos momentáneamente, para pasar algunos días en la desembocadura del Río Negro. Incluso había obtenido de un compatriota, el Sr. Bibois, ex capitán de un barco de guerra, casado en el país, permiso para permanecer en su estancia, bastante cercana a la entrada del río; envié por agua las maletas conteniendo todo lo que creía necesitar durante mi estadía y se fijó mi partida para el día siguiente, cuando un accidente muy grave, que sucedió a mi criado, me retuvo todavía, y me permitió continuar mis observaciones sobre los patagones.

26 de febrero

37 Ese nombre les es asignado por el capitán Weddel, en la descripción que hace en *Voyage towards the south pole*, 1822, p. 152.

38 Véanse las discusiones a ese respecto en el artículo patagón, del hombre considerado en sus aspectos físicos. (Ver *El Hombre Americano*. Ed. Futuro).

Cuando se tuvo noticia de los acontecimientos producidos en Bahía Blanca, se envió al cacique Lucané, con otro patagón, para saber con precisión lo que estaba sucediendo; esos dos indios llegaron y confirmaron lo que había sabido en la bahía de San Blas[39]. Habían visto, además, a los asesinos pacíficamente acampados en lo alto del Río Colorado y supieron de ellos que su intención era establecerse en las márgenes del Río Negro, lo que no nos resultaba muy favorable, porque podíamos esperar que trataran de hacer con nosotros lo que habían hecho con los habitantes del nuevo fuerte.

El 28 supimos que un barco, que estaba a la vista desde hacía algunos días, había naufragado. El desdichado capitán llegó poco tiempo después de la noticia y dio los detalles del hecho. La víspera, se acercó a la costa y subió a bordo a los dos pilotos; estaban frente a la barra; el viento empezaba a soplar con fuerza y el mar comenzaba a agitarse. Preguntó a los dos pilotos qué correspondía hacer. Estos le dijeron que iban a entrar en el río; conociendo bien el peligro, les hizo notar que tenía invertida toda su fortuna en la goleta, que era de su propiedad. Los pilotos insistieron e hicieron avanzar el barco hacia la funesta barra, que franquearon; pero, adentro, el viento se detuvo de pronto; la nave, menos afortunada que la mía, cuando entré, tocó un banco de arena y permaneció en seco durante la marea baja; pero, por la mañana, el viento la levantó con la marea. Al flotar de nuevo, la embarcación comenzó a moverse de una manera horrible y a crujir por todas partes. El capitán quiso lanzar su chalupa al agua; en el mismo instante, un violento choque arrancó el mástil de la nave, que se partió en dos; desde ese momento no quedó esperanza de servirse de las embarcaciones. Los pilotos, viendo su ayuda inútil y temiendo no poder recibir a la tripulación en su chalupa sin correr el riesgo de perderse ellos también, se embarcaron a ocultas y abandonaron vergonzosamente a los marineros a una muerte segura. El capitán los vio, y en el momento en que se alejaban de él, saltó en la barca, puñal en mano, amenazándolos con matarlos, si no salvaban a los suyos; los obligó así a encargarse de los marineros de la goleta, que poco después vieron su barco reducido a pedazos. La chalupa luchó contra el mar irritado, y después de haber contemplado varias veces la muerte de cerca, tocaron finalmente tierra. El pobre capitán era el mismo que había naufragado antes en la bahía de San Blas: se había salvado otra vez más, pero le quedaba sólo lo que llevaba puesto. Su fortuna, sus esperanzas y su porvenir se había esfumado en un instante. El viento continuaba soplando, y aunque estuviera

28 de febrero

39 Véase capítulo XVII.

alejado del mar por lo menos seis leguas en línea recta, se oía claramente desde el pueblo de Carmen el bramido de las olas enfurecidas.

Al comprobar el 3 de marzo que mi criado no podía serme de ninguna utilidad durante varios meses, lo dejé en una casa al cuidado de una honesta familia, decidiéndome a hacer mis excursiones solo; y antes de partir a la desembocadura del Río Negro con el capitán del barco perdido, fui a ver al Sr. Bibois, propietario de la casa en la cual debía pernoctar a la entrada del río. Fui testigo de una escena completamente nueva y rara para un extranjero. La casa estaba llena de indios e indias de la nación puelche; no tardé en informarme del motivo de esa reunión. Los habitantes de Carmen tienen la costumbre de comprar cautivos a las naciones salvajes que viven en los alrededores, a fin de tener criados, a los que tratan como negros y emplean sea en el interior de sus casas, sea en sus estancias; envían también las jóvenes indias a sus amigos de Buenos Aires, donde gustan mucho de ese tipo de criadas esclavas, porque, aunque el país sea libre, los indios obtenidos por ese medio son obligados a un servicio personal, al cual sólo se pueden sustraer huyendo. Desde hacía mucho tiempo, Bibois quería comprar un joven indio, pero como no hallaba ningún cautivo, se dirigió a una india, cuyo hijo de diez años quería tener, y era ese trato que motivaba una asamblea tan numerosa. La madre, temiendo la censura de sus parientes, quiso que fueran testigos de la venta e interesarlos en el producto; pedía en pago, para ella y los suyos, todo el aguardiente que pudieran beber tres días y tres noches seguidos. Esa rara propuesta asombró a todos los asistentes, tanto más cuanto que la madre estaba cubierta de harapos y no había pensado en vestirse; empero se llegó al acuerdo, según los deseos de la india, y su ejecución comenzó en el acto. Todos esos puelches se pusieron a beber, demostrando la alegría más bulliciosa. Hablaban gesticulando, cantaban a voz en cuello y parecían gustar de la dicha perfecta: la esperanza de tres días de ebriedad era, para esos desdichados, la felicidad suprema; y entregados por completo a ese placer, no pensaban, de ninguna manera, a qué precio lo compraban; bebían con delicia, animándose cada vez más, hasta que el sueño les hizo cerrar los ojos; luego se despertaban y pedían más aguardiente. Supe más tarde que, durante el tiempo convenido, esa familia había bebido sin probar alimento. Al cuarto día, desaparecieron todas las ilusiones: el llanto reemplazó a la alegría; la madre gimió; sus parientes la acompañaron en su dolor, así como lo hicieron en su gozo, pero un poco tarde; el niño debía ser abandonado para siempre, había sido vendido. Esa madre desnaturalizada recién se dio cuenta que necesitaba ropa; para calmarla, se le dio un pedazo de tela, y al enterarse de que podía volver a ver a su hijo, sus lamentos, tal vez ficticios, cesaron de golpe, y volvió a estar alegre.

Esa mujer, llamada Junijuni, debía haber sido muy mala o muy desdichada: me mostró su cuerpo cubierto de cicatrices profundas, y le faltaba la mitad de la nariz, que un indio, como bestia feroz, se la había arrancado, según decía, de un mordisco. Si esa india había sido herida así combatiendo al enemigo o por los suyos, debía haber sufrido mucho y concebiría que tratara de olvidar el pasado, entregándose a la mayor ebriedad, porque a menudo la desdicha arroja a los excesos; pero si, por el contrario, esas heridas no tenían otra causa que una orgía, su coraje, su insensibilidad y la falta de ese afecto maternal que hasta las bestias feroces tienen por sus hijos, revelaba que era la más feroz de ellas.

¡Qué contraste entre Junijuni y esa india que retrata Humboldt en su viaje al Orinoco[40], al hablar de la *Piedra de la madre*, cuyo amor maternal era tan poderoso que se expuso varias veces a los castigos más duros, en medio de los ríos inundados, y de las espesuras de los bosques, para unirse con sus hijos, y que se dejó morir de hambre cuando se vio separada de ellos por una distancia tan grande que no podía franquear. El ejemplo de Junijuni es por suerte bastante raro. He observado que los salvajes que viven alejados de las colonias europeas quieren mucho a sus hijos y conservan una bondad patriarcal; mientras que cuando viven cerca de los colonos, contraen sus vicios, sin adoptar las virtudes, y muestran una depravación de costumbres y sentimientos que resultaría difícil de creer, si todos los días no se tuvieran pruebas.

No pude partir hasta las tres de la tarde. Al salir del villorrio, pasé frente al Bañado, formado con terrenos de aluvión, una parte de los cuales está inundada, lo que le ha valido ese nombre, y el resto está dividido en quintas y campos cultivados, con todos los árboles y legumbres de Europa. Ese terreno, primero muy ancho, se estrecha poco a poco, junto al lugar llamado *Cerco de la caballada*, y que queda, al fin, sólo ancho como el camino del pie de la barranca, que es batido por el río en múltiples puntos; ese estrechamiento continúa en una media legua; luego, un nuevo recodo del río deja todavía terrenos de aluvión muy extensos, conocidos con el nombre de *Laguna Grande*, porque, en cierta época, el agua se amontona y forma un gran lago. Vi varias granjas y muchos campos donde se cultivan, con éxito asombroso, todos nuestros cereales; abandoné esas llanuras, porque el río bate el pie del acantilado, que socava continuamente, sin dejar ningún paso. Ascendí a la colina, que lo mismo que todas esas mesetas, está cubierta de zarzales espinosos; el camino sigue las alturas una media legua, pasando cerca de tres mamelones que se dibujan a lo

40 Voyage aux régions équinoxiales, t. VII, p. 289

lejos, conocidos con el nombre de *los tres cerros*. Descendí a una tercera hondonada, muy amplia, llamada el *Carisal*, terreno también abandonado por el río y en el cual aparecen tres alquerías, con huertos de manzanos y duraznos. Ese lugar, que me recordaba a Francia, desapareció, a su vez, con gran pena de mi parte, porque gustaba de creer en esa ilusión, tanto más completa cuanto la vegetación que me rodeaba pertenecía a otro hemisferio. Seguí, durante un cuarto de legua, el camino que serpentea por la colina, porque el agua llega al pie; después, encontré un lugar también cultivado en una última pequeña bahía; y allí desaparecieron las huellas del arado, porque hasta la estancia *del Estado* no hay más que terrenos incultos. El camino pasa a veces al pie de la colina, otras veces a media altura, hasta el lugar donde el acantilado abandona bruscamente las márgenes del río, para tomar otra dirección. En ese recodo está situada la estancia del Estado; allí se criaban, en tiempo de los españoles, gran número de cabezas de ganado para alimento de la guarnición. Me aseguraron que había hasta ocho o diez mil cabezas; pero en la época de las luchas políticas, los partidos la destruyeron. En casi toda la América meridional, las propiedades nacionales son abandonadas en esa forma o bien sirven para enriquecer a los empleados, sin que el gobierno saque ningún beneficio. Renuncia, por lo tanto, a ese tipo de establecimientos, para aprovisionarse, por medio de contratos, de los víveres necesarios para las tropas, lo que le resulta menos oneroso.

La margen norte del Río Negro está bordeada, desde Carmen hasta la estancia del Estado, es decir en más de cinco leguas y media de longitud, por un elevado acantilado, dirigido del noreste al suroeste, y cuyas laderas van a morir junto a las aguas que las bañan a menudo; mientras se alejan en tres puntos principales, el Bañado, Laguna Grande y el Carisal, para formar amplias ensenadas, cubiertas de una vegetación que contrasta con la aridez de los terrenos circunvecinos cubiertos de espinas y que parecen perdidos en medio del desierto. En la estancia, el acantilado abandona el río, se dirige al norte y va a unirse al mar, en el lugar llamado Barrancas del Norte; de manera que entre el río, que continúa al nordeste, los acantilados que van hacia el norte, y las orillas del mar, dirigidas al nornoroeste, hay un delta de más de dos leguas de ancho, compuesto de terrenos arenosos, de llanos ribereños, de acantilados y de dunas móviles por el lado del mar. Yendo por ese terreno, siguiendo un camino razado a orillas del agua, llegué a media legua más allá de la estancia del Estado, a las cabañas donde Bibois alojaba a los guardianes de sus rebaños. Eran dos, cubiertas de juncos, y sus paredes, formadas de ramas de sauces, dejaban pasar a todos los vientos; están situadas junto al Río Negro, en el comien-

zo de las dunas móviles; una de ellas tenía por muebles una mesa y un banco de madera; la otra, morada de los negros esclavos, servía de cocina. Me vi obligado a acostarme sobre el recado; y si no hubiera sido por el suplicio incesante de la picadura de millares de pulgas habría podido gozar de algún reposo, a pesar de la incomodidad del lugar.

Dos naves estaban ancladas frente a la estancia; acababan de cargar sal, destinada al abastecimiento de los saladeros de Buenos Aires, y aguardaban, desde hacía algunos días, que el viento, menos violento, calmara la barra, y les permitiera partir. Una ventaja que tienen los barcos que salen sobre los que llegan es poder esperar y elegir su día; mientras que los barcos que están en el mar están amenazados de ser rechazados hacia el este, puesto que el viento que favorece su entrada es el mismo que hace peligrosa la barra. Uno de esos navíos era inglés y el otro francés, proveniente de Nantes; ya había visto al capitán de este último en Carmen. Los compatriotas hacen rápida amistad cuando se encuentran a miles de leguas de su patria. Fui a bordo al día siguiente por la mañana; me retuvieron durante dos días; el tiempo era muy malo, llovía violentamente, soplaba un viento fuerte y me sentía muy dichoso de estar a bordo, porque la cabaña se había inundado y hubiese estado solo, mientras que entonces tenía el placer de hablar de Francia, lo que no podía esperar en la Patagonia.

Mi primer viaje fue a la desembocadura del Río Negro. El tiempo seguía siendo horrible, y para decidirme a salir no necesitaba nada menos que comprobar si los vientos habían arrojado algunos productos marinos a la costa, a la vez que considerar el estado de furia de la barra. Luego de atravesar una hilera de dunas próxima a la estancia, observé que, del otro lado, se alejaba algo del río, para dejar lugar a terrenos limosos cubiertos de plantas marinas, que las altas mareas cubren y sirven de refugio a los cangrejos y pájaros de río. En el extremo del terreno, una media legua más lejos, en el lugar donde las dunas vuelven a bordear las aguas, se halla la casa de los pilotos, establecimiento formado bajo el gobierno español y de cuya utilidad no cabe la menor duda. Allí, en una hermosa casita cubierta de tejas, hay siempre un piloto de guardia, con sus marineros; un mástil, al que se iza un pabellón, anuncia al navío si el mar sube o baja y si puede entrar. Los dos pilotos eran entonces ingleses; uno de ellos era famoso por una larga experiencia que le había dado un conocimiento profundo de los pasos, que varían muy a menudo, y le obligaban a ir con frecuencia, cuando el mar se calmaba después de una tempestad, a ver si los bancos no habían cambiado de lugar; esto obliga, hasta al capitán de más experiencia, a no arriesgarse sin exponerse a una pérdida casi segura, si quiere entrar sin ayuda. Junto a la cabaña hay varios hornos con sus calderas de hie-

rro, que demuestran que, hasta poco tiempo antes, se pescaban allí elefantes marinos. No se ven hoy, junto a la desembocadura del río, esos animales que, antes, cubrían por millares las dunas y playas arenosas; la carnicería que se hizo de ellos en toda la costa los ha hecho desaparecer para siempre.

De la casa de los pilotos hay cerca de una legua hasta la punta de la *Pantomima*, que forma el lado norte de la desembocadura. Crucé la distancia siguiendo, al pie de dunas elevadas, el río arenoso, donde batía el mar. Al llegar a la punta, estuve frente a la barra. El mar rompía con extrema violencia; las olas, altas como montañas, dispersaban en el aire, al chocar, una especie de polvo blanco, que los vientos llevaban lejos; un ruido horrible se hacía oír, y los aficionados al mar embravecido difícilmente habrían encontrado un espectáculo tan imponente y tan triste al mismo tiempo. El viento soplaba del este; el mar, de lo más malo, bramaba; las olas que llegaban a tierra parecían querer engullir todo lo que topaban; de más de veinte pies de altura, rugían con furia, rompiéndose en la playa, que cubrían de espuma blanca, levantada e impulsada sobre la playa por el viento. Admiré largo tiempo ese cuadro, no sin pensar que me sería necesario todavía franquear esa terrible barrera, para dejar la Patagonia. Cuando el mar ha estado algún tiempo tan agitado, son necesarios varios días de viento de tierra para hacer caer las olas, y sólo después de cuatro o cinco jornadas de buen tiempo uno puede arriesgarse a salir.

Siguiendo la costa hacia el norte, me hallé pronto rodeado de restos de navíos, provenientes de los frecuentes naufragios de que es teatro la barra; nunca vi reunidas tantas pruebas de destrucción. Allí, una barca desfondada, hundida a medias en la arena, y contra la cual golpeaban las olas; aquí, mástiles, vigas, timones, dispersos por la playa; pero, entre esos restos de navíos, ninguno pertenecía al que se había hundido recientemente; su capitán, que me acompañaba, realizó, a ese efecto, inútiles investigaciones; no tuvo ni siquiera el triste consuelo de hallar, sobre la costa, una sola tabla de su embarcación que, sin duda, había sido llevada lejos por la corriente. Regresé dos días después, para continuar mi recorrido de la costa, llegando hasta los acantilados del norte. Observé, al pasar junto a la punta de la Pantomima, que una batería, armada de algunos cañones y construida con el fin de proteger la desembocadura del río, había sido a tal punto socavada por el mar, que los cañones estaban desmontados y a medias ocultos por la arena. Es difícil que las personas acostumbradas a contemplar sólo las orillas de un río apacible, se formen una idea justa de la fuerza de una ola impulsada violentamente por los vientos; las construcciones más sólidas no podrían resistirla y sus esfuerzos siempre renovados terminan por sacudir y desplomar todo aquello que se le opone.

Di la vuelta a la punta y caminé una legua hacia el norte; en ese lugar la costa no es la misma; el mar no bate el pie de las dunas, separadas por una inmensa bahía de arena limosa, cubierta sólo durante las altas mareas, de un ancho de más de media legua, donde se amontonan conchillas de toda especie. Di la vuelta no sin trabajo, porque nuestros caballos, al hundirse, me obligaron a recorrer ese espacio a pie, mientras mi peón los conducía por el interior. Vi finalmente, de lejos, las colinas del norte; y llegué allí recogiendo por el camino objetos de historia natural. Esas colinas se asemejan mucho a las que bordean el Río Negro junto al villorrio; tienen el mismo aspecto y la misma composición geológica. El arenisco azulado desmenuzable y terciario ocupa casi toda la altura, que es de cincuenta a sesenta pies, formando capas horizontales, en medio de las cuales se observan pequeñas líneas de calcáreo compacto blanco, cruzado por todos lados de dendritas ferruginosas negruzcas, que se ramifican en todas direcciones, penetrando, en todos sentidos, en la masa y presentando la forma de arbustos. Bajo ese aspecto, esa capa, apropiada a la explotación, podría proveer al lujo europeo de materiales de los cuales los marmoleros podrían obtener beneficios. En las partes más bajas del asperón, hay muchas conchillas fósiles de agua dulce. Esa colina, al pie de la cual el mar sólo bate en las grandes mareas, se prolonga dos o tres leguas hacia el norte, sin cambiar, de ninguna manera, la horizontabilidad de esas capas, siguiendo, en eso, la composición de todos los terrenos de la Patagonia septentrional. Recogí muchas muestras y retorné cargado de por lo menos cien libras de rocas. Caminé al pie de las colinas; en el trayecto mi peón me mostró, en medio de antiguas dunas, cubiertas, aquí y allí, de zarzales espinosos achaparrados, y de algunas gramíneas, un bosquecillo de un arbolito llamado chañar, conocido con el nombre de *Monte de los Leones*, porque sirve de refugio a los pumas de los alrededores, llamados leones. Algunos días más tarde, en una nueva exploración que realicé a los acantilados, me detuve para cazar; y mi perro hizo huir a un puma que, en vez de arrojarse sobre él y destrozarlo, lo que hubiera sido fácil, se salvó a toda carrera, cuando una bala lo detuvo en su escapada y lo dejó tendido en el lugar. Ese bosque es de la misma naturaleza del bosquecillo que encontré al ir a la bahía de San Blas y se compone del único arbolito que existe en los terrenos secos.

Deseaba, desde hacía mucho tiempo, visitar los altos acantilados del sur; me parecía que allí encontraría alimento para mi curiosidad. El 9 de marzo el tiempo era magnífico, y (cosa muy rara en esas regiones) soplaba poco viento: el río se deslizaba apaciblemente e invitaba a hacer un paseo por agua. El capitán nantés se

9 de marzo

ofreció a transportarme a la otra orilla, lo más cerca posible del acantilado; me desembarcó, en efecto, en una punta de arena que forma, de ese lado, la entrada del río. Atravesé las dunas y llegué a la costa. La barra estaba muy agitada, lo que contrastaba de manera rara con la tranquilidad del mar en los alrededores y la serenidad del tiempo. Recorrí la playa en más de una legua y media, hallando en todas partes restos de navíos, y vi finalmente, de cerca, esos altos acantilados del sur, que, desde allí, se extienden, sin interrupción alguna, como una muralla perpendicular, sobre más de diez y seis o diez y ocho leguas, hasta la ensenada de Ros; en todas partes están cortados verticalmente, en una altura de doscientos o trescientos pies, contra la cual el mar se bate de continuo a cada marea. No pude compararlos con nada mejor que con las costas de Normandía, entre El Havre y Dieppe. Un sentimiento de temor me acompañaba cuando seguía, con el martillo del geólogo en la mano, la base de esa masa imponente, donde se destacaban con frecuencia bloques que podían aplastarme, porque la cima sobresale a menudo y los numerosos desplomes que vi acá y allá me revelaban que había que confiar poco. En plena mar, el agua batía en todas partes y no se podía continuar andando al pie del acantilado; por eso, ¡desdichado el pobre navío que la tempestad arroje sobre esa costa inhospitalaria! No sólo sería destrozado en un instante, sino que nadie podría conservar la menor esperanza de salvación. Al atardecer volví a mi morada.

13 de marzo

Pasé once días en la estancia del señor Bibois, recorriendo las orillas del mar, después de cada marea, a fin de buscar animales marinos; o bien regresando, muchas veces, sea a los acantilados del norte, sea a las dunas, y cazando, sucesivamente, insectos y pájaros. Mi cosecha fue abundante, sobre todo en ejemplares de esa última clase, y estaba muy ocupado por cuanto todo lo tenía que realizar por mí mismo: cazar, preparar, describir los animales y dibujarlos. Creyendo, al fin, haber recogido todo lo característico de esa localidad, me dispuse a regresar a Carmen, el 13 de marzo, a fin de visitar otros lugares. Regresé cazando y noté, en el campo, muchos cadáveres humanos tirados en el suelo y a medias devorados por los pájaros de presa. Ese triste espectáculo me impresionó, y respondiendo a las preguntas que le formulé, mi guía me dijo que eran los cadáveres de los brasileños muertos un año antes en la última guerra con Buenos Aires. Los brasileños quisieron apoderarse de Carmen y desembarcaron, pero fueron rechazados vigorosamente; todos los hombres que no habían sido tomados prisioneros fueron matados y los cuerpos de muertos y heridos abandonados a los buitres. Me asombró ver a hombres que se creen civilizados negar sepultura a enemigos, cristianos como ellos. Supe que en medio de esa lucha, el general,

muy recamado de oro y, en consecuencia, punto de mira de todos los gauchos, fue herido en una de las primeras cargas; que uno de esos bárbaros soldados descendió del caballo, le quitó la ropa y las armas, y viendo en su dedo un anillo de precio que no podía sacar, tomó el cuchillo y le cortó el dedo. El pobre herido, que quedó inmovilizado para poder salvarse, no pudo contener un grito de dolor; entonces el gaucho, viendo que vivía aún, lo degolló para liquidarlo. Tal es la hospitalidad que un enemigo puede esperar de esa clase de gentes, más bárbaras aún que los mismos salvajes. El autor de esa acción infame no se avergonzaba al referírmela, sintiéndose, al contrario, honrado por haberla cometido; lo que me recordó al *héroe* del oficial de Corrientes[41].

14 de marzo

El 14 estaba ocupado en mi habitación en desembalar mi recolección de dos días, cuando un movimiento extraordinario en el fuerte atrajo mi atención. Fui en busca de informaciones y supe que uno de los destacamentos de exploradores, que el cuidado de nuestra seguridad nos había obligado a enviar, a fin de no ser sorprendidos, ocupaba los puntos desde donde el enemigo podía venir; el destacamento que vigilaba el camino del Río Colorado había enviado un correo, anunciando que los indios se preparaban a atacar; que, de los siete que aparecieron primero, sólo se pudieron matar cinco, lo que hacía temer que los que se salvaron hubieran ido a buscar los suyos, para vengar la derrota de los otros; que, por otra parte, se veían, a lo lejos, nubes de polvo, anuncio de una numerosa tropa, cuyas avanzadas eran los centinelas. Se dio la alarma en Carmen de inmediato. El comandante hizo tocar la generala, para reunir a los pobladores en el fuerte, y se tiraron tres cañonazos, a fin de prevenir a las personas dispersas en el campo que se unieran a nosotros. Una hora después, todos los habitantes estaban bajo las armas, y contando la guarnición, no éramos menos de cien hombres. El comandante, después de haber dado sus órdenes, quiso ir personalmente, con veinte soldados, a descubrir al enemigo. Apenas partió, todos los indios amigos, de la otra orilla, llegaron para defendernos, en traje de guerra y con sus armas, circunstancia que me proporcionó mucho placer, porque me ponía en condiciones de ver de cerca los caracteres distintivos de cada nación. Había patagones, puelches y aucas. Nada tan grotesco como el atavío de esos salvajes. Los patagones, de formas atléticas, eran de una fealdad espantosa con su traje militar. Si todos esos viajeros, amigos de lo maravilloso, que hicieron de ellos gigantes de diez a doce pies, los hubieran visto con ese equipo, sin duda habrían referido un cuadro mas terrible todavía. Mis patagones

41 Véase capítulo IX.

tenían el rostro pintado en forma repugnante; su cara era completamente roja; debajo de los ojos azulado o negro, y debajo de cada ojo una gran mancha blanca. Este último color, que sólo les he visto cuando se trataba de combate, me pareció apropiado para la guerra; en general, la costumbre de afearse es una táctica empleada por todos los indios de la parte austral de América, para asustar al enemigo, y sus pinturas de los días de fiesta son menos horribles. Usan armas ofensivas y defensivas. Las primeras consisten en arco y flechas. El arco, de noventa centímetros de largo, sin ningún adorno y fabricado de madera blanca fuertemente encorvada, está provisto de dos cuerdas hechas de tendones de un animal. Las flechas son muy cortas, de madera, adornadas, en uno de sus extremos, con plumas blancas de pájaro de mar, cortas y rígidas; el extremo opuesto está armado de un pedazo de sílex o piedra de fusil, artísticamente tallado en hierro de flecha, débilmente unido con tendones de animales, de manera que, cuando se tira la flecha, esa piedra cortante, pero irregular, queda en la herida, donde la sostienen sus dos repliegues posteriores y no puede retirarse de las carnes más que ensanchando mucho la herida[42]. Por un raro parecido, esa arma terrible sólo se encuentra, con características idénticas, en los naturales de California. Algunas veces, estas flechas son llevadas en un carcaj de cuero, atado a la cintura del lado izquierdo del cuerpo. Los tehuelches son tan diestros como los americanos cazadores de los bosques de las regiones cálidas: se arman también de un dardo, bastante corto, provisto de un sílex tallado y de una honda de lo más sencilla, hecha de cuero, ensanchada hasta la mitad de su longitud, para recibir la piedra que arrojan a larga distancia y con una destreza comparable a la que ponen en ese ejercicio todos los peruanos, que hacen de ella su principal medio de defensa; pero las armas más temibles del salvaje patagón son las boleadoras. De él y de las otras naciones de las llanuras los criollos las copiaron para difundirlas por gran parte de la América austral. Además de ésas de que he hablado a menudo, que, dobles o triples, sirven para derribar el caballo o el peatón, o parar el animal en la cacería, hay otra especie, las *bolas perdidas*, que sólo utilizan como proyectiles. Las usan con una precisión poco común, alcanzando sin dificultad el objetivo asignado, y lanzándolas mientras corren al galope; con ellas rompen la cabeza del enemigo.

Los medios de defensa de los patagones son aptos para atacar y no contribuyen poco a hacerlos temibles. En el momento del combate quedan casi desnu-

---

42 Es, sin duda, una piedra semejante a la que queda en la herida, que ha hecho decir a Pigafetta (pág. 34) que los patagones usan flechas envenenadas. Esas flechas, descritas por todos los viajeros, son también usadas por los habitantes de Tierra del Fuego.

dos, con una especie de cinturón de cuero, al cual están atadas sus armas; pero los grandes guerreros o jefes van cubiertos de una armadura defensiva bastante rara, que han copiado de los aucas. Se disfrazan con una larga coraza con mangas, semejante a una amplia camisa y compuesta de siete a ocho dobleces de una piel[43] flexible perfectamente preparada, pintada por encima de amarillo y provista de una ancha banda roja en la línea media; el cuello de esa coraza llega hasta el mentón y cubre una parte del rostro. Con esa armadura llevan una especie de casco, formado de dos pieles gruesas, cosidas entre sí, que se parece a un sombrero de anchas alas, con un penacho de atrás hacia adelante, adornado con placas de plata o cobre, unidas, por atrás, al cuello de la coraza, y atadas, por adelante, por medio de un babero de cuero. Así disfrazado, el guerrero se halla defendido de todas las armas de los indios. La lanza de los araucanos sólo puede hacerle contusiones y no penetrar; la flecha no lo hiere de ninguna manera; únicamente corre peligro con las balas. La cabeza está también protegida de las boleadoras por el sombrero-casco, y un guerrero sólo puede ser herido en el rostro o en las extremidades; en cambio, no puede accionar con libertad, puesto que todos sus movimientos están entorpecidos; el largo de la coraza, que le llega hasta las rodillas, la hace muy incómoda para ir a caballo. Sin embargo, el indio, con ese traje, puede inspirar terror. Los que no llevan coraza dejan flotar sus cabellos a la espalda.

Los indios aucas no usan arcos ni flechas; tampoco la honda les es familiar; las únicas armas ofensivas que les vi entonces fueron diversas especies de boleadoras o *laque*, observando que llaman a las bolas perdidas *quichun laque*, y la lanza de diez y ocho pies, de que ya he tenido ocasión de hablar. Esta última arma parece serles más característica, lo mismo que el arco en los patagones; a veces la rompen y hacen dardos; tienen también grandes cuchillos o especie de sables. Sus armas defensivas son en un todo semejantes a las de los patagones. Como estos últimos, usan la coraza con mangas, la cual parece pertenecer sobre todo a los pehuenches, que la fabrican siempre con la piel de quemul. Los puelches llevan las armas ofensivas y defensivas de los araucanos y patagones; algunos tienen la lanza, otros los arcos y las flechas, y todos las boleadoras. El conjunto de esos indios presentaba un raro espectáculo. Sus rostros pintados de variados colores, cuyos rasgos parecían tan distintos de los nuestros; esa

43 Los aucas pretenden que esas pieles son de *quemul* (*equus bisulcus* de Molina); ¿no serán de ese animal raro de que habla Wallis (t. III, P. 58) y que le pareció distinto del guanaco? De cualquier manera, el nombre *equus* le está mal aplicado, porque el quemul es de una especie vecina a la llama.

reunión de armas extrañas y vestidos extravagantes; los sonidos roncos y guturales de sus lenguas, todo eso contrastaba con los habitantes de diferentes clases, también diversamente vestidos, pero cuyo aspecto exterior revelaba, empero, un aire medio europeo. Los negros, mulatos, indios, blancos de todas las naciones, americanos, franceses, ingleses, portugueses, españoles, alemanes, estábamos allí haciendo causa común contra el enemigo, sin distinción de rango, de raza y de patria; tan estrechamente unidos, por lo menos en apariencia, como si siempre hubiéramos vivido juntos.

Permanecimos así, en armas, todo el día, aguardando ser atacados a cada instante; pero no pasó nada. El comandante regresó por la tarde y nos envió a cada uno de nosotros a su casa; la alarma se debía a siete indios que se dirigían del Río Colorado a Carmen. Se habían acercado a los exploradores, que les dispararon sin oírlos, matando a tres e hiriendo a dos; el resto huyó. El comandante se enteró por los propios heridos que estaban solos; que, no teniendo caballos en Colorado, decidieron robárselos a los pobladores de Carmen, y que no los seguía ninguna fuerza indígena. Dio la orden de traerlos y se los hizo montar a caballo, pero los conductores, cansados por lo visto de esa carga, los eliminaron tal vez por el camino, porque regresaron solos, a la mañana siguiente, satisfechos, sin duda, de haber encontrado la ocasión de saciar el odio que alentaban contra los indios, de quienes hacen menos caso que del peor de sus caballos y que tienen pocos escrúpulos en matar. La tranquilidad volvió a Carmen; y al día siguiente de ese asunto, nadie pensaba más en lo sucedido.

16 de marzo

El 16 reinicié mis excursiones; fui a cazar a algunas leguas arriba del villorrio. En el camino recogí muchas plantas y descubrí un banco de ostras fósiles, en medio de los areniscos del acantilado; luego, mientras mi peón se ocupaba de hacer un asado, fui a cazar al interior del campo: allí, entregado a la persecución de algunas aves de rapiña, me alejé mucho del río y estuve mucho tiempo ausente. A mi regreso al campamento, un joven, que cuidaba los caballos, me dijo que mi peón me creía perdido; y después de haberme llamado inútilmente por medio de tiros de fusil, fue en mi busca; regresó una hora más tarde, desesperado por no encontrarme. Le agradecí mucho su atención, asegurándole que, así como él, podía yo guiarme por el sol, al hallarme en medio de esas plantas tan uniformes, que uno se encuentra como en medio de un vasto océano, sin ninguna desigualdad que pueda servir de indicación; de manera que el hombre sin experiencia que se pierde, sin saber orientarse por los astros, puede morir de hambre o de sed, antes de descubrir el camino de regreso. Lo que había asus-

tado a mi guía era el caso de un francés que, poco tiempo antes, se aventuró en las llanuras, para cazar liebres; se perdió, sin tener la presencia de espíritu necesaria para orientarse; y después de tres días de sufrimientos, apareció medio muerto, a algunas leguas del establecimiento.

Excursión, remontando el río, a la Salina natural de Andrés Paz

19 de marzo

Había oído hablar a menudo de salinas naturales explotadas en la región, pero no había visto aún ninguna. Tomé mis disposiciones para ir a ver la única que proporciona carga a los navíos enviados desde hace algún tiempo. El 19 monté a caballo muy temprano; y acompañado de mi único peón me puse en marcha, remontando el Río Negro. Tomé un camino que sigue todos los recodos del río, con la esperanza de hallar objetos nuevos, a fin de apreciar mejor a la región. Al salir del fuerte, descendí por la orilla derecha, que permite, a marea baja, pasar al pie del acantilado; mientras que, cuando las aguas están altas, uno se ve obligado a seguir, a media altura, una senda muy estrecha, cuyas innumerables sinuosidades están repletas de espinas, que a pesar de la mayor atención hacen a menudo pagar al jinete con su ropa el estrecho paso que le brindan. Pasé frente a la isla de Crespo, donde, entonces, gran cantidad de higueras, cubiertas de frutas, no eran menos atractivas que las parras repletas de racimos de uvas tan valiosas como las de la Tierra Prometida, a tal punto eran grandes y revelaban la extrema fertilidad de ese lugar. Vi después otra isla, más grande todavía, cuyas numerosas casas y surcos trazados anunciaban riqueza agrícola. En ese camino, la costa es escarpada en casi todas partes y no posee ningún terreno de aluvión. El primero que se presenta es el llamado *potrero cañada*[44], ubicado frente a la segunda isla; es poco ancho, pero se alarga un cuarto de legua. El propietario, que posee una hermosa casita, construida a la entrada, siembra todos los años trigo y todas las legumbres de los países templados. Una parte de ese terreno, inundado durante las grandes mareas, está, en toda época, cubierta de una vegetación fresca, que contrasta muy agradablemente con la aridez de los ribazos vecinos. Después de haber pasado por ese lugar, el río, que corre al pie mismo del acantilado, en un largo de cerca de media legua, no está obstaculizado por ninguna isla, y deja ver chacras en la otra orilla; después, cuando se dobla una

44 Hemos tenido ya la oportunidad de anotar que la palabra *potrero* significa, en la región, un terreno cerrado, un cerco, etc.

punta, comienza otro terreno de aluvión, bastante estrecho, aunque de cerca de una legua de extensión, conocido con el nombre de potrero asegurado. Este último, como los otros, sirve a la agricultura, por estar bajo la vigilancia de los habitantes de una casita cubierta de paja, ubicada al pie de la colina que bordea del lado de las tierras. Hay varias islas cultivadas en el río, frente a ese potrero; y desde allí, durante cerca de media legua, las aguas baten todavía el acantilado, mientras que una gran isla habitada y dos islotes incultos obstruyen el curso del Río Negro. Viene, luego, el potrero de *Churlakin*, así llamado porque el cacique patagón de ese nombre vivió allí mucho tiempo. Este sirve especialmente como campo de pastoreo, porque a medida que uno se aleja de Carmen, disminuyen los cultivos. Vi numerosas bandadas de ánades parados en los fosos e hice una hermosa cacería. En un cuarto terreno abandonado por las aguas, el *potrero del carbón*, así llamado porque hace algunos años se hacía carbón, vi los primeros sauces no plantados, cubriendo una de las tres islas que obstruían entonces el río. Allí comienzan a verse bosques enteros de esa especie de árbol y observé, en todas partes, una vegetación de lo más activa; por lo demás, el potrero del carbón es uno de los más hermosos y de los más productivos de todo el curso del río, desde su desembocadura; está habitado por dos propietarios, que tienen sus chacras y sus estancias. Después de haberlo cruzado, para llegar al depósito de la sal, marché por ribazos escarpados hasta el lugar donde los obreros han construido pequeñas cabañas; ese punto de embarque está a cinco leguas de Carmen. Al llegar, vi diez a doce montones de sal que se trajeron de las salinas, cada uno de los cuales podía cargar un navío de cien toneladas.

Los *ranchos* o cabañas, si puede darse ese modesto nombre a semejantes construcciones, se parecen a los de los indios: están formados de estacas unidas, sobre las cuales se arrojan muchos cueros de caballo cosidos entre sí, que apenas cubren la mitad del techo, de manera que no se está más al abrigo del sol que de la lluvia y menos todavía del viento; debí, empero, felicitarme de haberlos encontrado. Al mirar por el lado del río, es difícil creerse en la Patagonia, porque se descubren, por todas partes, tupidos bosques de sauces y una fresca y vigorosa vegetación; pero, del lado de la campaña, siempre los mismos terrenos secos, erizados de espinas. Todas las islas vecinas están cubiertas de árboles verdeantes y una de ellas, separada del continente por un canal seco en tiempo de calores, presenta árboles de alta talla. El Río Negro se parece al Río Colorado y al Río Sauce, en que desde doce leguas arriba de su desembocadura, hasta muy arriba de su curso, está adornado de sauces, los únicos árboles que crecen naturalmente al sur de Buenos Aires, en todas las

pampas. Siguiendo al oeste de las cabañas, se halla una pradera de una legua de largo, cuyos bordes, del lado del río, están cubiertos de árboles. Esos lugares son realmente encantadores; y, en su extremidad, se halla la casa del propietario, *Andrés Paz*, que da su nombre al potrero lo mismo que a la salina vecina, y que es la última casa de ese lado. Pasé sin embargo de largo, pero cuanto más avanzaba más el camino se hacía difícil, a causa de la desigualdad de los terrenos y del poco sendero marcado. De esa granja al primer lugar habitable, al potrero cerrado hay cuatro leguas. Después de las guerras con los indios, ese terreno, aunque muy fértil y casi cerrado por naturaleza, lo que es una gran ventaja para criar el ganado, fue totalmente abandonado, de manera que en la casa de Andrés Paz, es decir a seis leguas arriba de Carmen, terminan las propiedades de los colonos sobre la orilla norte y comienza el dominio de los salvajes.

A mi regreso a las cabañas, pude regalar con los productos de mi cacería a todos los obreros reunidos, y aunque ellos no los apreciaran tanto como podría creerse, les agradó y fue, para ellos, una variación de su carne seca y salada. Mi caza, que les pareció extraordinaria, les dio tema de conversación para mucho tiempo; después, cada uno se tendió en tierra sobre un cuero y trató de reponerse de las fatigas del día, pero un fuerte viento del sur trajo un frío penetrante, que despertó a casi todos. Al amanecer seguía haciendo mucho frío; por eso, para calentarse, los obreros se dispusieron a partir muy temprano, de manera que al levantarse el sol yo estaba solo y no oía más que los gritos lejanos de los picadores, mezclados al ruido de las ruedas de las carretas que giraban con dificultad sobre sus ejes de madera.

De las cabañas parte un camino que conduce a la salina de Andrés Paz, que está a una legua en el interior. El terreno presenta una suave pendiente, que seguí subiendo en medio de zarzales espinosos hasta la cima de ligeras alturas, de donde, de pronto, vi algo así como un lago lleno de nieve, rodeado, a un cuarto de legua alrededor, de altas colinas que se inclinan muy suavemente hacia el fondo del mismo, de manera que el conjunto constituye una hondonada de más de una legua de diámetro. Las cumbres de las colinas están cubiertas de la misma vegetación que todos los alrededores; pero, al descender hasta el fondo, por un plano poco inclinado, observé que se sucedían especies de plantas, acercándose al centro, y que todas las de las colinas habían desaparecido, para dejar lugar a otras, reemplazadas a su vez, cerca de la sal, por vegetales completamente marítimos, pertenecientes sobre todo al género sosa y salicor, estrechando, en un corto espacio, ese paso gradual que se nota, por lo general, en las cercanías más o menos inmediatas del mar; y antes de llegar a la

misma sal vi una gran superficie circular de tierra que estaba saturada a tal punto que no crecía ninguna planta. Descendí, no sin ser desgarrado por las espinas, admirando esa maravilla, al borde de esa inmensa superficie de sal. No podía cansarme de contemplar ese lago redondo de más de media legua de diámetro y de una blancura tan deslumbrante. No podía creer que estuviera formado sólo de sal, pero me convencí caminando sobre él. Había doce a quince obreros ocupados en recogerla; unos con una pala de madera, la amontonaban en pequeños montículos; otros, con carretas, conducían esos pequeños montículos a orillas de la salina, a fin de levantar montículos mayores, que otros carreteros transportaban a orillas del río. El efecto de ese espectáculo era raro; parecían hombres paseándose por la nieve, porque se destacaban de una manera singular sobre esa llanura resplandeciente, donde millares de pequeños cristales brillantes reflejaban la luz del día aumentando su brillo. Resultaría fácil calcular cuánta sal contiene ese depósito natural, tomando, como término medio, cuatro pulgadas de espesor en un diámetro de por lo menos media legua; y nos podremos convencer, a pesar de la opinión de los habitantes, que esa salina no sería inextinguible si la explotación fuera más activa; pero, mientras sólo se extraiga un millar de toneladas por año, como se hace actualmente, es posible que dure algunos siglos, tanto más cuanto los terrenos circundantes aportan más sal, por las lluvias que los lavan. La creencia de los habitantes de que la salina no puede agotarse se basa en un falso prejuicio de la ignorancia que debe destruirse para siempre. Recorriendo sus orillas y estudiando los terrenos de que se componen, observé, en la arena fina que forma el fondo, gran número de cristales blancos. En el mismo instante un obrero, buen conversador, me dijo, al verme recogerlos, que lo que impedía a la sal de la salina no disminuir nunca era que esos cristales, de los cuales el suelo está repleto en todas partes, se renuevan continuamente; que eran la *madre de la sal*; y para demostrármelo se puso a cavar en muchos lugares, en todos los cuales había esa sustancia; pero, habiendo examinado con atención esa forma cristalina, y sobre todo su rotura espática y brillante, comprobé que no era otra cosa que sulfato de cal o yeso. Le dije lo que era al obrero, pero no quiso creerme, porque su padre le había dicho lo contrario; y fue necesario, para convencerlo, demostrarle que esa sustancia no solamente no era soluble en el agua, sino que no tenía ningún sabor, y que, puesta en el fuego, se reduce a hojas blancas, cuya pulverización da un yeso de blancura extrema. Entonces, todos los obreros se reunieron, y mi descubrimiento resultó para ellos un asunto de Estado. Tal vez dudaban todavía, porque no abandonarnos sin pena una idea a la que estarnos acostumbrados desde la infancia, sobre todo cuando ella halaga nues-

tros deseos. Lo que había contribuido especialmente a hacer creer a esas pobres gentes que esos cristales no podían ser más que la madre de la sal, es que por un raro azar, o más bien en virtud de un principio de unidad notable en la formación de las capas terciarias del suelo, los habían hallado absolutamente idénticos en la salina de la península de San José, a 43° de latitud sur y más de cincuenta leguas de aquel lugar; y sacaron la consecuencia que acabo de hacer conocer. Hice varias excavaciones y recogí una serie de cristales de la mayor belleza; unos, en agujas de diez a once pulgadas de largo y tres de ancho; otros, compuestos de dos cristales cruzados, muy transparentes y de una hermosa conservación. Por eso, a su llegada a Francia, fueron considerados dignos de ser mostrados, todos los años, en el Museo de París, en el curso de mineralogía del Sr. Brongniart, como la colección más completa que se ha visto hasta ahora en su género.

Al pasearme por los bordes de la salina, vi a lo lejos, en el medio, como un islote de tierra poco elevado sobre la sal. Pregunté qué podía ser y me respondieron que era un conjunto de nidos de *flamencos*[45]; me puse de inmediato en camino para verlos. Caminando por la sal, sobre una costra muy finamente cristalizada que cubre todos los puntos y ofrece bastante consistencia como para poder andar, hice casi un cuarto de legua y llegué finalmente al conjunto de nidos, compuesto de más de dos mil, formando un único islote negruzco, en impresionante contraste con la blancura de los alrededores: cada nido es un cono de un pie de altura truncado en la cima y cóncavo allí, para recibir los huevos; está aislado de los otros por un espacio de un pie alrededor, de manera que una especie de regularidad parece haber presidido su construcción. Nada más raro que esa reunión de conos, todos completamente idénticos y de la misma altura, cuyo conjunto da la idea de una gran ciudad, en medio de la cual circulan senderos tortuosos que forman un verdadero jardín inglés. Quedaban todavía muchos huevos y pichones muertos en los nidos; y los esqueletos de los fenicópteros extendidos por los alrededores no me dejaron la menor duda sobre sus relaciones con esas aves, a las cuales la longitud de sus patas no permiten, de ninguna manera, otro tipo de nido. En efecto, si el fenicóptero pusiera sus huevos en tierra, ¿cómo podría cubrirlos? ¿Qué haría con sus largas patas? Ha debido elegir un lugar apropiado a su constitución, y el instinto natural de todos los animales le sirvió en esa circunstancia. Esos pájaros

45 El ave conocida con ese nombre es una nueva especie de fenicóptero, que en una memoria publicada en común con Isidore-Geoffroy Saint-Hílaire, en el Magasin de Zoologie de Guérin, hemos llamado *Phoenicopterus ignipalliatus*.

blanco-rosados, de alas de fuego, con las patas y el cuello de una longitud desmesurada, viven en todas las llanuras, sea en las cordilleras, sea en las pampas, al sur de Buenos Aires; allí se hallan sus bandadas, compuestas, por lo general, de algunos centenares de ejemplares, que viajan de un lago a otro, prefiriendo los de agua salobre, y allí, en el agua hasta el jarrete, buscan, sin separarse, su alimento, que consiste en animalitos acuáticos. Esas aves parecen haber nacido para la vida social; nunca se las halla aisladas; si algo las asusta, lo que no es raro (porque son muy tímidas), todas emprenden vuelo a la vez; y abandonando la tierra donde forman una línea de infantería, despliegan sus largas alas del más hermoso color rojo, conservando un orden regular, y formando también, al volar, una larga fila algo arqueada, que se dirige por encima de las llanuras hasta otro lago, donde se posan de nuevo. En la estación de los amores, esas falanges se alejan aún más de los lugares habitados y prefieren los desiertos; no cabe duda de que entonces se reúnen en un punto al que tienen la costumbre de volver todos los años para anidar. Cada pareja, en esa época, se dedica a reparar, con su pico, los nidos del año anterior, a menudo deteriorados por las aguas; y, convertidos en arquitectos, los levantan mejor o construyen nuevos conos de tierra, sobre los cuales, sin otros aprestos, depositan sus huevos, que los dos cubren uno tras otro, poniéndose a caballo sobre ellos, una pata para un lado y la otra para el otro, única posición que les permite la dimensión de sus tarsos.

La mayor unión parece existir en esa colonia momentánea y los cuidados que brindan a sus pichones los ocupan durante los meses de noviembre y diciembre; luego se alejan, para volver al año siguiente. Son perturbados en sus nidos de la salina de Andrés Paz, porque los obreros son golosos de sus huevos y, más todavía, de sus pichones, que tienen, para ellos, un gusto exquisito; pero como a veces sucede que, en esa estación, las lluvias no permiten la recolección de la sal, los pájaros permanecen tranquilos, porque no es dudoso que en caso contrario buscarían otro lugar, donde pudieran ocuparse en paz de la reproducción de su especie. Cuando el naturalista tiene la dicha de hallar algo que le descubra nuevos secretos de la naturaleza, no puede dejar de admirarlo y de tratar de penetrar los detalles; por eso, no podía separarme de ese lugar, donde permanecí muchas horas. No estaba, sin embargo, al fin de mis interesantes descubrimientos en ese terreno, desprovisto en apariencia de interés. Me quedaba por hacer otro no menos importante.

Los vientos, después de la última evaporación y cristalización de la sal, la habían acumulado en forma muy fina alrededor de esa reunión de nidos; noté muchos insectos muertos; los recogí y, examinando con mayor atención los

alrededores, hallé muertos otros en muy buen estado y sólo saturados de sal. Los busqué de nuevo por la superficie cristalina a mi regreso, y encontrando siempre algo, una idea vino pronto a darme la esperanza de una cosecha más abundante todavía. Pensaba que, cuando lloviera, la superficie completa del agua se derretiría, cubriéndose de algunas pulgadas de agua; que entonces, necesariamente, todos los insectos esparcidos por el lago serían empujados hacia la costa. Saqué la conclusión que, siendo los vientos que traen la lluvia, por lo general del noreste o noroeste, era necesario buscar del lado sur. Siempre recogiendo algo, alcancé la orilla, con el corazón lleno de esperanzas. ¡Cuán justas fueran éstas, como lo demostró una línea ancha de algunas pulgadas, a lo largo de toda la costa, de insectos de todos los tipos amontonados juntos, coleópteros, himenópteros, etc., muchas arañas y escorpiones; y lo que pareció más raro, ranas, lagartos y hasta pequeños mamíferos! Fue una suerte que superó todo lo que podía esperar. Después de dos meses de minuciosas investigaciones, no había recogido más que unas cuarenta especies de insectos, y me quejaba, con alguna razón, de la pobreza de la zona, en ese aspecto; por eso mi gozo fue extremo al encontrar, como por milagro, más de doscientas especies reunidas, que presentaban, en un punto único, toda la entomología que esa parte de la Patagonia podía ofrecer de más completo, lo que, en circunstancias ordinarias, sólo podría haber conseguido después de años de exploraciones. Desde ese momento, sólo me ocupé de seleccionarlas; y, a fin de no estropearlas, llené las cajas, embalándolas con sal todavía mojada, para transportarlas así hasta Carmen.

Mientras me ocupaba de mi recolección, traté de darme cuenta del motivo de esa reunión fortuita de tantos insectos distintos en esa salina; y creo haber encontrado, para algunos, la clave del enigma, no así para los demás. Quienquiera haya estudiado la entomología no ignora que extendiendo un paño sobre el pasto, en medio del campo y en una noche oscura, teniendo una bujía encendida, los insectos, atraídos por la luz, se acercan volando de todas partes y puede hacerse, en algunos instantes, una caza abundante. ¿No puede explicarse de la misma manera la aparición de las especies aladas? Los motivos que las atraen hacia la luz y las hacen caer sobre la tela, ¿no pueden ser los mismos que los arrojan a ese mantel blanco, que refleja los rayos de la luz? Así caídos, se empapan inmediatamente las alas de sal derretida por la humedad de la tarde; y a la mañana siguiente, cuando el sol absorbe el rocío de la mañana, que cubre de una ligera capa de agua toda la superficie de la salina, los desdichados insectos, con las patas llenas de sal, deben, interrumpiendo la marcha, hallarse pronto privados de movimientos, a causa de la cristalización;

permanecen entonces expuestos, bajo el fuego de un sol ardiente, a la más fuerte reverberación, que los mata pronto, y quedan pegados a la superficie, hasta que la lluvia viene a destruirlos por completo, y los vientos los transportan a la costa, donde se amontonan así como los encontré.

La explicación de la presencia de esos mismos insectos provistos le alas presenta todavía una gran dificultad. No son todos crepusculares o nocturnos; y si puedo explicar, como se ha visto, la aparición de los que vuelan sólo por la tarde, como las especies de los géneros capricornios, carábidos, escarabajos, saltones, hidrófilos, dísticos, etc., no sucede lo mismo con los que vuelan durante el día y además cuando el tiempo es bueno, tales como los buprestes, las cigarras, etc. ¿Qué motivo puede atraer a estos últimos en tan gran número a la superficie de sal? No son llevados, sin duda, por el deseo de ver la luz, porque en pleno día los insectos no tienen necesidad de ir a buscarla; y por la tarde, lo mismo que durante la mañana, todavía adormecidos, mientras el sol calienta el aire, ¿será la refracción tan fuerte como para atraerlos? Esto es tan difícil de admitir como que el calor es más indispensable que la luz. Parece más sencillo suponer que, queriendo atravesar ese lago, la violencia de los vientos, tan frecuente en la Patagonia, o lo largo del trayecto, los obliga a descansar, pero esta hipótesis plantea otra dificultad. Por lo general, en pleno día, durante el buen tiempo, la superficie de la sal es sólida y el insecto que se ha posado puede reiniciar su vuelo como si estuviera sobre el suelo; es necesario, pues, que caiga justo en el momento que queda una partícula húmeda que lo detenga y le sirva de tumba.

Si me es difícil dar una explicación satisfactoria de la aparición de gran número de insectos diurnos en la superficie de la salina, lo será más todavía descubrir el motivo que lleva a gran número de insectos ápteros, como los de la familia de los melásomos y esa cantidad de arañas y escorpiones que hay allí, animales que sólo pueden llegar voluntariamente y caminando. ¿Sería el deseo de comer la sal, que ansiarían como una golosina, lo que los lleva ahí? Creo que no puede ser eso, porque la gran cantidad de eflorescencias que cubren los terrenos y las plantas de los alrededores pueden bastarles. ¿Habrán sido sorprendidos por una inundación momentánea que los arrastró basta la salina? Esta suposición parece la más verosímil y admisible. Los insectos arrojados a tierra por la lluvia, pueden ser arrastrados por las corrientes al lago y terminar ahogándose.

Me queda por investigar la causa que lleva también a las serpientes, las ranas, los sapos, los lagartos y hasta los ratones, las ratas y los pájaros que hallé igualmente salados, en gran número, a orillas y en medio de la salina. ¿Llega-

ron por sus propios medios? ¿Fueron llevados? Son las dos primeras preguntas que se plantean. Si llegaron voluntariamente, ¿qué motivos los han atraído? No puede ser la necesidad de luz, porque, en todos los casos, ese primer motivo sólo puede aplicarse a los animales crepusculares; y, por consiguiente, los sapos, las ranas y los ratones habrían ido solos, pero, para ello, habría que probar que todas esas especies son susceptibles de ser atraídas por la luz, lo que no es admitido. ¿Supondremos que murieron en la salina por haber comido sal? Esto no es probable. No se puede creer tampoco que hayan sido atraídos por el deseo de probar la sal; por lo demás, como ya lo he dicho, estas hipótesis sólo serían admisibles para las especies nocturnas; y la misma razón podría difícilmente llevar a las serpientes y lagartos a aproximarse al lago; por eso rechazo esta primera suposición. Después de haber reflexionado mucho sobre estas cuestiones y observado que casi todos esos animales habían sido evidentemente heridos antes de llegar a la salina, creo seguro que no llegaron por sus medios, sino que fueron transportados. La igualdad de sus heridas me convence de que fueron transportados por aves de rapiña; tampoco con esta hipótesis, bastante verosímil, resulta fácil explicar por qué esas aves abandonaron su presa, si recordarnos que, casi todos, al transportar un animal con sus garras, lo dejan a menudo caer, lo que los obliga a posarse y a buscarlo de nuevo; pero si, volando sobre la salina, les sucede lo mismo, es muy sencillo suponer que abandonan ese animal cuando cae en la sal disuelta, que no puede serle agradable, o por el temor de posarse en una superficie tan parecida al agua.

La salina de Andrés Paz, como las restantes de la región, es un receptáculo donde los cuerpos que llegan se conservan muchos años. Nunca, en tiempo de lluvias, el agua dulce se mezcla con la sal en cantidad suficiente como para quitarle su cualidad conservatriz. Por eso, pueden verse insectos de varias primaveras, y la descoloración de algunas de sus partes, expuestas a la acción de la luz, es lo único que demuestra que están allí desde un tiempo más o menos largo. Asimismo, los mamíferos conservan su piel, los reptiles sus escamas, los pájaros sus plumas, y si algo pierden, no son más que los colores.

Antes de referirme a la explotación de la sal, creo conveniente exponer la idea que me hizo concebir la inspección de los alrededores, idea sobre la formación de esa salina natural. Como ya lo he dicho, está situada en el fondo de una hondonada muy grande, rodeada de pequeñas colinas y de ribazos; en las orillas, la vegetación revela la mayor o menor cantidad de sal de los terrenos, hasta llegar a la sal cristalizada, que cubre todo el centro. Había podido ya comprobar que todo el suelo de la Patagonia está impregnado de gran cantidad de partículas salinas, lo que, así como los fósiles recientes, revela que evi-

dentemente estuvo cubierto por el mar. Podría, pues, suponerse que cuando las aguas se retiraron por última vez, dejaron un lago de agua salada, rodeado de colinas. Si ese lago hubiera estado situado en una región muy húmeda, en medio de las pampas, junto a Buenos Aires, por ejemplo, habría tal vez quedado sin cristalizar, como los que existen con tanta frecuencia en esos lugares; pero hallándose, al contrario, en una región donde llueve muy poco y donde la sequedad es extrema, el agua debió evaporarse con rapidez, concentrándose poco a poco las partículas salinas en el fondo, donde pasaron finalmente a un estado de cristalización completo, que conservarán mientras la atmósfera no se modifique. La misma hipótesis es aplicable a las numerosas salinas que cubren el suelo de esa parte de la Patagonia, y que asumen una uniformidad extraordinaria en la formación de terrenos de aluvión y terciarios que lo componen, alimentándose continuamente después de las lluvias del lavaje de los terrenos circundantes.

Antes de la fundación de los establecimientos españoles en la costa de la Patagonia, se empleaba en Buenos Aires la sal de España o de Cumana, o se llevaba, por tierra, de la salina natural situada al sursuroeste de Buenos Aires, a unas ochenta leguas de distancia; pero tan pronto fue fundada Carmen, y se descubrieron las salinas de los alrededores, se efectuó una explotación regular; fueron empleados obreros, por cuenta del Estado, en la extracción de sal de la salina de Andrés Paz, como la más próxima al río y la más fácil de explotar; y los navíos, enviados a ese efecto, abastecían el consumo de Buenos Aires, Montevideo y el Paraguay, que dejaban de emplear la sal impura sacada por la población del lavado de las tierras. Inmediatamente después de la emancipación de la República Argentina, se declaró libre el comercio de la sal. Desde ese momento, las naves brasileñas y de todas las naciones la transportaron, y la explotación aumentó gradualmente. La salina pertenece a todos, y cada uno puede, cuando le parece, ir a recoger la cantidad de sal que quiera. Sólo se debe pagar un pequeño derecho de aduana de salida, y ningún funcionario impide la explotación de la sal, la que se reduce a bien poca cosa. Algunos propietarios de Carmen detectan el monopolio y mantienen cierto número de obreros, que no pagan por jornal, sino a destajo; cada uno de ellos para ganar seis reales (tres francos sesenta y cinco céntimos), está obligado a formar quince pequeños montículos de sal de seiscientas a ochocientas libras; pero sucede a menudo que el hombre activo puede fácilmente doblar su rendimiento, porque no tiene otro trabajo que recoger, con una pala de madera, la capa de sal de la superficie, teniendo cuidado de no mezclarla con tierra. Esos montículos, formados en línea sobre la misma salina, permanecen, por lo primeros tres

días, escurriéndose, antes que las carretas los carguen, para conducirlos fuera de la salina, donde se hacen grandes montones, en un sitio bastante elevado como para que no pueda llegar el agua de las lluvias. Se deja todavía la sal algún tiempo en ese sitio, antes de transportarlas a orillas del río, donde se forman, de nuevo, grandes montones. El transporte de la salina a sus orillas se paga en jornales y cuesta poco al especulador; el de la salina a la costa del río es mucho más caro, no pudiendo una carreta hacer más que tres viajes al día; y a pesar del enorme precio de dos reales (veinticinco *sous*) por *fanega*, o ciento cincuenta libras de peso, para transportarla en barcos, de los alrededores de la salina hasta Carmen, el propietario obtiene todavía buenas ganancias al vender el producto a quienes lo exportan al precio de un peso o nueve reales (cinco francos o cinco francos sesenta y cinco céntimos) la fanega.

Desde la mañana permanecí alrededor o sobre la salina, expuesto a la reverberación de esa superficie cristalizada de una blancura brillante; pero estaba demasiado ocupado en mis exploraciones para darme cuenta del mal que eso me hacía, de tal manera que, cuando quise regresar, tenía los ojos tan fatigados como si hubiese estado sobre la nieve y apenas veía para orientarme. Los obreros me aseguraron que, cuando el sol no está oculto por ninguna nube, la refracción es generalmente insoportable; sobre todo en época de sequía, los obliga a abandonar el trabajo. Me dirigí a las cabañas, y desde allí, pensando poder llegar todavía a Carmen, continué mi camino cazando y fui muy dichoso al matar al macho y la hembra de un hermoso ejemplar de buaro[46], de vivos colores, un zorro, varios *eudromies* con penacho, y gran número de pájaros acuáticos y terrestres. Viendo, en fin, que mi peón y yo no podíamos llevar los productos de mi cacería si continuaba haciéndola, y para no ser tentado, abandoné la orilla del río, en el potrero de Churlakin, a fin de seguir el camino de carreta que pasa por las alturas, y de un galope, llegué, antes de la noche, al villorrio, donde me sentí tan satisfecho de mi viaje, el más fructuoso de los que había hecho desde mi llegada a la Patagonia, que antes de pensar en dormir permanecí algunas horas contemplando mis riquezas.

Necesité nada menos que cuatro días de trabajo para preparar y poner en orden mis colecciones. Vi con el mayor placer que los insectos desecados volvían a tener toda su frescura y que seguían siendo hermosos como si hubieran sido cazados vivos. El deseo de obtener más, así como los cristales, me hizo ir a la salina tan pronto como me fue posible. Regresé, en efecto; el 25 partí muy temprano y seguí

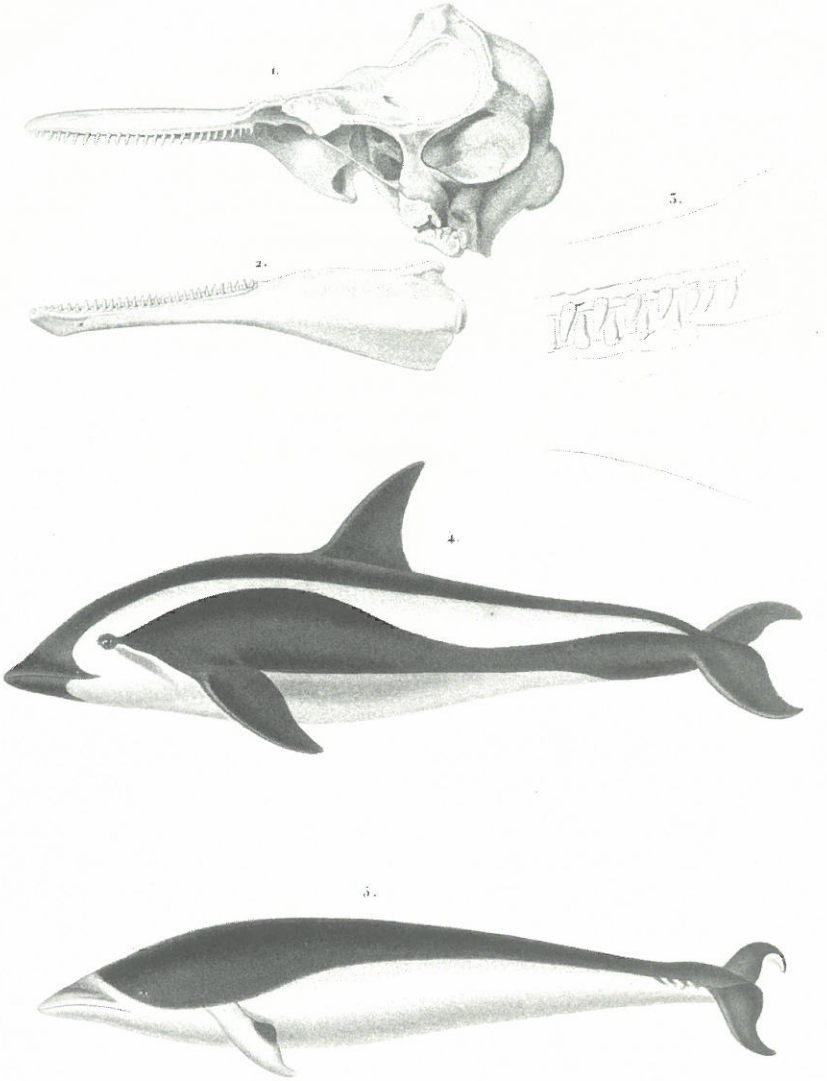
25 de marzo

46 Buteo trícolor, Nob., Pájaros, página 106.

también el camino de la costa sin cazar; estaba tan apurado por ver la salina, ese tesoro de historia natural, que, sin detenerme en las cabañas, me dirigí con toda rapidez, y me ocupé especialmente de los insectos, principal propósito de ese viaje. Recogí gran número, entre los cuales muchos distintos de los de mi primera excursión. Por la tarde, regresé cazando, porque era necesario pensar también en las provisiones. Es cierto que tenía allí, muy cerca, tantos ánades, que proveí, en poco tiempo, a mis necesidades y hasta pude mostrarme generoso con los obreros que me dieron hospitalidad en su cabaña, donde me acosté en el piso.

26 de marzo

Regresé con la aurora a la salina, donde empleé toda la jornada en explorar; y por la tarde, al regresar a Carmen, aunque mi caza no fuera tan buena como en mi viaje anterior, maté un hermoso macho de águila coronada, única ave de presa que come al zorrino, cuya hediondez pone en fuga hasta al más hambriento de los carnívoros.



1-4: *Delphinus cruciger*; 5: *Delphinus peronii*.

CAPÍTULO XIX

Viaje al Sur, a la ensenada de Ros. Descripción de los Leones Marinos. Estadía a la orilla sur del Río Negro y detalle sobre un saladero. Viaje al árbol sagrado del Gualichu. Delegados oradores de los indios Aucas y excursión a la salina de piedra y a la de Andrés Paz

Viaje al Sur, a la ensenada de Ros. Descripción de los Leones Marinos. Estadía a la orilla sur del Río Negro y detalle sobre un saladero

Necesitaba llevar una vida activa y continuamente ocupada para no aburrirme en Carmen, donde la monotonía de las jornadas era abrumadora; por eso no podía emplear mejor mi tiempo que recorriendo siempre el campo, cazando y observando a los animales. Empero, había investigado al máximo alrededor del villorrio. La necesidad de encontrar algo nuevo requería viajes lejanos; pero esos viajes son tanto más penosos y costosos, por cuanto sólo se puede contar con lo que uno lleva. Proyecté alquilar una chalupa bastante grande y recorrer toda la costa sur, hasta el estrecho de Magallanes; por desgracia, el precio que me pidieron por esa expedición estaba muy por encima de mis recursos, y debí renunciar. No me quedaba otro remedio que ir por tierra lo más lejos que pudiera hacia el sur. Ese viaje representaba también grandes dificultades. Más allá de las orillas del Río Negro no hay ningún rastro de camino; la campaña es virgen, o sólo es frecuentada parcialmente por hordas vagabundas y salvajes, los avestruces y las maras. No sabía cómo penetrar, cuando me informaron que había en Carmen varios hombres famosos por tener un vasto conocimiento de esos desiertos, hasta y más allá de la península de San José. Envié a buscar a uno de esos baqueanos; le formulé luchas preguntas y finalmente me decidí a que me guiara por esas comarcas desconocidas; lo invité a hacerse acompañar de otros tres compañeros y prepararse para partir. Por mi parte, me aseguré un buen número

de caballos de muda y víveres necesarios para la expedición; cuando todo estuvo listo, avisé a mi gente y me dispuse a ir a ver, en la costa, al sur, una pequeña ensenada arenosa en la cual debía hallar muchas focas y donde tenía la esperanza de encontrar muchos otros animales marinos. Mi principal propósito era conseguir, al mismo tiempo, esa nueva especie de avestruz, de la que los pobladores me habían hablado y que decían que abundaba mucho; por eso elegí para que me acompañaran a los hombres más diestros en bolear los animales, y caballos acostumbrados a ese género de caza.

El 1 de abril no logré, a pesar de mis esfuerzos, reunir hasta muy tarde a toda la gente. Hice cargar dos de nuestras bestias de víveres y bagajes, y partí. El señor Alvarez y su sobrino, el señor Drago, quisieron acompañarme hasta la estancia del primero, a fin de dar las órdenes necesarias para que fuera bien tratado: era un nuevo servicio, que debía agregar a otros mil. Esos amables hombres me colmaban de atenciones y buscaban siempre facilitar mis excursiones. Seguí la orilla norte hasta la chacra de Andrés Real, a tres leguas del villorrio; allí, un barco me pasó al otro lado del río, a la estancia del señor Alvarez, donde me vi obligado a dormir, separándome del propietario del lugar, no sin antes recibir múltiples consejos y sin que se me rogara muchas veces que renunciara a mi proyectado viaje, porque podía ser hallado por los indios y debía temer de todo en tal caso. Un americano no concebía que sólo por amor a la ciencia me expusiera así; confesaré que era difícil que fuera comprendido por una persona que no estuviera como yo henchida de ese amor a los descubrimientos que hace desafiar todo, a fin de llegar a un objetivo.

1 de abril

Quise ponerme en camino muy temprano para tener un día menos que pagar a mis gentes. Daba cerca de ocho francos a cada uno, y el alquiler de los caballos me costaba veinte, lo que elevaba mis gastos diarios a más de cincuenta; con todo, debía considerarme dichoso de haber obtenido el todo tan barato. El tiempo de ir a buscar los caballos al campo, de traerlos al corral, de ensillarlos y de cargarlos, me retuvo hasta la una: finalmente nos pusimos en camino. Abandoné, desde ese momento, todo camino trazado, atravesando una campaña horizontal sobre la cual, hasta las *cuchillas* o primeras colinas que bordean los antiguos límites del río al sur, es decir a dos leguas del río actual, no pisé más que un terreno bajo, muy unido, cubierto de tanto en tanto de ligeras eflorescencias salinas, o de pequeños zarzales espinosos bastante semejantes a nuestras aulagas de los eriales de Francia. Todos formando una sola línea, siempre al galope, arreando delante de nosotros los caballos de carga y los doce de remonta, seguíamos la dirección que señalaba el baqueano, que iba a menudo delante; galopábamos a derecha y a izquierda, a fin de arrear

nuestras bestias rezagadas, y así franqueamos la distancia, hasta que nos hallamos de pronto detenidos por un pequeño mar de cerca de una legua de ancho, sin duda el antiguo lecho del Río Negro, que se extiende desde cinco a seis leguas arriba de Carmen, se llena de agua en época de crecientes y se seca difícilmente. Esa laguna, de olas agitadas cuando sopla el viento, está cubierta, en sus orillas, de juncos, albergue de gran número de pájaros acuáticos de todo género. Al arribar junto a ella y no viéndole ningún fin, comencé a temer verme obligado a atravesarla, pero mis compañeros de viaje me tranquilizaron, diciéndome que a una legua más abajo termina y nos permitiría el paso; así sucedió en efecto. Antes de llegar a la cuchilla, mi caballo se hundió en una madriguera de tatú y cayó pesadamente a tierra conmigo; por suerte no me hice el menor daño. Esos accidentes son, por lo demás, muy frecuentes, por estar el campo a menudo socavado de agujeros, en los cuales las patas de los caballos se hunden, lo que los hace tropezar a cada paso. Es necesario un hábito muy especial para luchar, siempre al galope, contra esos obstáculos.

Mis gentes me invitaron a quedarme a dormir en la cuchilla, junto al agua, a fin de que descansaran los caballos y darles de beber, porque hasta que no regresáramos al mismo lugar, no podíamos esperar hallar en ninguna parte agua dulce; pero el sol estaba todavía muy alto para darme la esperanza de hacer cinco a seis leguas antes de la noche. No tuve, pues, en cuenta esa invitación. Se dio de beber a los caballos; se llenó de agua un barril; cada uno bebió a su antojo; desde ese momento debíamos racionarnos y repartirnos. Ascendimos la colina por una pendiente muy suave, que se extendía por todas partes de la ladera, donde el ganado ha trazado mil senderos que se cruzan en todos sentidos, dirigiéndose desde las llanuras secas hasta el borde de las aguas. Una vez en la altura, vi un terreno horizontal, estéril, cubierto de espinas, parecido al que he descrito en mi viaje a la bahía de San Blas; la única diferencia que hallé es que los zarzales están más próximos entre sí, lo que hace el camino penoso, obligando a ir con cuidado al marchar por cada uno de ellos, so pena de llenarse las piernas de espinas o incluso de caer. La marcha se hacía cada vez más dificultosa y la obligación de andar con rapidez a fin de no dejar los caballos mucho tiempo sin abrevar, obligaba a galopar en esos lugares, al mismo tiempo que empujaba los caballos de relevo delante de nosotros. De no estar acostumbrado a los viajes en estos lugares[1], hubiese pensado imposible galopar en ellos, y hasta entonces sólo la necesidad me obligaba a seguir a mis guías.

---

1 Al mismo tiempo que empujaba los caballos de relevo delante de nosotros. De no estar acostumbrado a los viajes en estos lugares, hubiese pensado imposible galopar en ellos.

Hice unas dos leguas siguiendo una dirección fija, sin que empero la llanura me ofreciera el menor objeto que me pudiera guiar. Nada tan extraordinario como la sagacidad con la cual las gentes de esas campañas, así como los indios, se orientan en medio de los desiertos, guiándose sea por el sol, la luna y las estrellas, sea cuando el cielo está cubierto, por una especie de instinto natural. Es muy difícil que un hombre que se diga buen baqueano de una comarca, se pierda y hasta se aparte del rumbo que quiera seguir. Tenía una brújula, de la que mi guía se reía a veces, diciéndome que no tenía necesidad de ella para dirigirse a cualquier lugar.

Al fin del primer trecho, el guía me señaló delante de nosotros, en medio de ese océano espinoso, de una uniformidad perfecta, un punto de los alrededores que sólo sus ojos podían distinguir, una de esas ligeras desigualdades del terreno, que no hubiera yo visto sin su ayuda. Nos dirigimos algo hacia la derecha, a unas dos leguas, y nos hallamos frente a ella: era una de esas pequeñas dunas, a duras penas visible. Desde allí vimos otras desigualdades semejantes, sobre las cuales marchamos, y llegamos, luego de mi largo viaje, al borde de una especie de hondonada arenosa, que forma una hoya sin salida de una media legua de ancho, dirigida de este a oeste. La noche se acercaba y se resolvió pasarla en esos lugares. Descendimos a la hondonada y establecimos nuestro vivac junto a un zarzal; se descargaron los caballos, se les ató las patas delanteras, se los puso en parejas y se los dejó en el campo. Mis gentes encendieron fuego, y según su costumbre, pusieron varios asados. Durante este tiempo recorrí la hoya, que encontré arenosa en todas partes. En la superficie del suelo, hallé varios restos de conchillas fósiles[2], todas pertenecientes a los terrenos terciarios y que no se hallan vivas en la costa, muy distintas, en esto, de las que había encontrado en el arroyo del Inglés[3]. La vegetación es la misma de los alrededores; y en todo el viaje por las alturas, no había visto más que dos especies de mamíferos, zorros, que se hallan en todas partes, y maras, que estaban allí en su propia región. No había encontrado otras aves que algunos caranchos, que nos acompañaron; estaban entonces posados sobre los zarzales alrededor de nuestra gente, esperando aprovechar los restos de nuestra comida.

Una vez llegada la noche, después de conversar un poco, cada uno se tendió sobre su recado, junto a un zarzal. No estaba tan cansado como para desear el sueño, aunque la más hermosa noche del mundo me invitaba al reposo. La luna no estaba en el horizonte, pero en el cielo no había nubes y sí se

2 De los géneros *Arca*, *Pecten*, *Venus* y *Ostrea*,

3 Capítulo XVII.

hallaba sembrado de brillantes estrellas. La Vía Láctea, así como las dos manchas luminosas que pertenecen al hemisferio sur, se destacaban en medio de las bellas constelaciones australes, entre las cuales se mostraba la Cruz del Sur, indicando la dirección del polo antártico; y, mientras admiraba la marcha invariable de los cuerpos celestes, me impresionó la gran cantidad de estrellas fugaces que vi. El tiempo era de lo más calmo; no soplaba nada de viento... La naturaleza entera estaba en un reposo profundo; ningún canto turbaba ese silencio imponente y solemne. Observé el cielo durante mucho tiempo con placer. Quien se halle en condiciones semejantes podrá concebir cómo, entonces, dominan los pensamientos dulces, los dulces sueños. El cuadro de mi vida se desenvolvió sucesivamente en mi imaginación, destacándose los principales acontecimientos. Abandoné el pasado para interrogar el porvenir, y entonces mi regreso apareció ante mí, adornado de todo aquello que podía hacerlo deseable. Gozaba de una felicidad tranquila y sencilla, después de una vida agitada. Esas ideas tan consoladoras, tan llenas de esperanza, compañía del viajero, se sucedían con asombrosa rapidez; nada las turbaba; alejaron por completo el sueño, y la Cruz del Sur dejó de alumbrarme, cuando trataba todavía de alejar pensamientos que me llevaban, a pesar mío, a los mismos temas. Finalmente, saliendo de mi sueño, volví a todo lo que me rodeaba y me asombré de haber elegido ese lugar para acunar tan dulces ilusiones. En efecto, en medio del desierto, acostado sobre el suelo duro, sin otro abrigo que un zarzal espinoso, solo, aislado en el dominio de salvajes más feroces que los jaguares de los bosques, ¿cómo pude transportarme a la capital del mundo, al encuentro del lujo y de las luces? ¿Cómo me creía ya dichoso y tranquilo...? ¡Qué locura! Muchos años debían correr todavía antes de volver a mi querida patria; y cuando recordaba la gran tarea que me había impuesto, mi esperanza me enajenaba. Temblaba considerando el porvenir; mis ilusiones desaparecieron; no vi más que mi zarzal y el desierto.

3 de abril

Todavía el sol no había aparecido en el horizonte, cuando ya mi gente estaba de pie; unos encendían el fuego; otros fueron a buscar los caballos al campo, lo que demandó bastante tiempo. Se ensillaron las cabalgaduras; y pronto la pequeña caravana se puso en marcha. Pasamos al pie de una pequeña duna muy alta, que se eleva en medio del hoyo, y llegamos a otras dunas que bordean la costa sur de la hondonada. La cruzamos con mucho trabajo, porque el suelo era movedizo y, además, lo socavaban gran número de pequeños mamíferos roedores, de manera que los caballos entraban en la arena hasta las rodillas, lo que los obligaba a ir al paso. Después de esas colinas arenosas, hallamos tierras más

firmes, análogas a las de la víspera, pero con mayor cantidad de espinas y, en consecuencia, más difíciles de atravesar. Teníamos siempre, a nuestra izquierda, una hilera de pequeñas dunas antiguas, que orientaban nuestra marcha, la última de las cuales debía estar próxima al objetivo de nuestro viaje: tardó mucho en mostrarse. La cadena parecía no tener fin, tanto más por cuanto los terrenos movedizos nos retrasaban. Por fin apareció esa última montaña de arena, y la esperanza de ver modificarse la uniformidad de la campaña hizo que apresuráramos nuestros pasos.

Una vez que llegamos a dicha duna, apareció ante nuestra vista una inmensa extensión. Dominábamos un valle muy vasto, que abarcábamos por completo con la vista; a la izquierda, el mar, rompiendo violentamente contra la costa, mostraba, a lo lejos, su horizonte azulado que se confundía con el cielo; a la derecha, terrenos bajos y dunas, de más de dos leguas de ancho, estaban rodeados de colinas, elevadas como aquella donde me había detenido. Esos terrenos forman una medía luna, cuya parte trunca es una inmensa bahía abierta a todos los vientos, sobre la cual el mar bate con fuerza: en sus dos extremos se elevan altos acantilados cortados perpendicularmente; el del norte es el mismo que comienza en la desembocadura del Río Negro y no presenta ninguna interrupción, en unas quince leguas; el del sur, más alto todavía, según mi guía, no se corta hasta doce leguas más al sur, era otra bahía, llamada *Ensenada del Agua de los Loros*.

Ensenada de Ros

La bahía que tenía a la vista es conocida con el nombre de *Ensenada de Ros*[4]; está a unas quince a dieciocho leguas de Carmen, tiene más de dos leguas de ancho y es poco curvada, formando su perímetro casi una línea recta con los acantilados de sus extremos; por eso no se halla realmente al abrigo más que de los vientos del noroeste, pasando por el oeste, hasta el sursuroeste; tiene, en una palabra, solución de continuidad, a causa, sin duda, de una ensenada semejante a aquélla donde había dormido, en la cual el mar elevó acantilados que la separan. Descendí, no sin trabajo, a causa de las arenas móviles, una pendiente rápida que forman los terrenos elevados, alrededor de la ensenada, y encontré, en el fondo del valle, en una extensión de más de una legua, un suelo aún más estéril que todos los que había visto en la Patagonia, suelo consistente en arenas no consolidadas por la vegetación, a las cuales el más débil viento cambia a menudo de lugar y por donde los caballos apenas pueden andar. A fin de aliviar el mío y, al mismo tiempo, ver la costa desde más cerca, descendí de las dunas hacia

4 Esa bahía, así como la anterior, no aparece en ningún mapa y soy el primero en mencionarla.

la playa, por una pendiente rápida; pero pronto me vi obligado a renunciar a mi proyecto. Para caballos no herrados, como son los de la región, el camino era todavía más penoso, porque la orilla del mar está cubierta de pequeños cantos rodados, del tamaño de una nuez, todos movedizos, sobre los cuales los caballos avanzaban con dificultad. Seguí las dunas hasta cerca del extremo sur de la bahía, donde mi guía me hizo detener en un lugar menos arenoso, más firme y más pantanoso, donde hay algunos mezquinos zarzales y, en los alrededores, algo de pasto para los animales. Se descargaron las bestias de carga y aguardamos que el mar bajara un poco para ir a cazar otarios o lobos marinos, que abundan en esos parajes tan poco frecuentados.

Mientras mis gentes ensillaban nuestras cabalgaduras, partí a pie para la costa, a fin de recoger plantas marinas y políperos arrojados por las olas, pero no tardé en verme obligado a montar a caballo, a causa de los pequeños guijarros, que hacían más difícil caminar que sobre la arena móvil. Llegamos pronto al acantilado; es primero poco elevada, luego presenta una muralla perpendicular de más de trescientos metros de altura; el mar que bate el pie durante la marea alta deja un lecho de guijarros cuando baja; entonces se descubren también, debajo de los guijarros, playas de arena y bancos de asperón en capas horizontales, que se extienden en el mar a gran distancia y hacen la recalada peligrosa al extremo. Después de haber recorrido más de media legua al pie del acantilado, vi, de lejos, una gran masa negruzca, que creía, al principio, ser el casco de un navío arrojado a la costa, opinión que me pareció tanto más fundada por cuanto podía ser el barco del pobre capitán francés, perdido en la barra cerca de un mes antes. Me felicitaba por adelantado de la posibilidad de salvarle alguna cosa y caminaba completamente dominado por esa idea, cuando ese objeto se me apareció, en vez de un navío, como una ballena muerta. Me acerqué con alegría, porque era el primer animal de ese género que veía de tan cerca. Había visto a muchas, durante diversas travesías, pero era muy distinto ver esa masa imponente en seco sobre la costa y de poder observar sus menores partes con toda tranquilidad. Era un baleinóptero, de vientre con pliegues, tamaño mediano, todavía fresca como para no sufrir su olor. La medí y me dio diecinueve metros o cincuenta y siete pies de longitud por treinta pies de circunferencia: todas sus partes superiores eran negras, menos el hocico, que tenía un ligero tinte azulado; debajo era blancuzca, y cerca de la mitad anterior del cuerpo estaba marcada debajo por anchas y profundas ranuras longitudinales. ¡Qué desproporción entre las partes! ¡Qué cabeza voluminosa comparada al cuerpo! ¡Qué ojos pequeños en relación con la masa íntegra! Si la naturaleza impone y asombra, cuando se revela en esas gigantescas produc-

ciones animadas, no brilla en cambio por sus formas agradables. Los mayores animales parecen por lo general deformes a primera vista; así un elefante o un rinoceronte nos ofrecen un exterior macizo y pesado, porque no examinamos si esas formas, que nos chocan, son apropiadas al género de vida del animal que criticamos. La ballena, considerada como pez, desde el punto de vista del hombre vulgar, no tiene nada de notable: posee sólo un tamaño mayor que el ordinario; pero ¿admitiría su género de existencia una forma distinta si la consideramos como mamífero? Un animal de su tamaño, que debe vivir de animales muy pequeños, necesita un aparato muy peculiar para apropiarse del alimento suficiente; de ahí ese enorme tamaño de la cabeza en relación con su cuerpo; de ahí esas inmensas mandíbulas que, no sosteniendo más que las barbas córneas, cumplen la función de esclusas, que dejan salir el agua de la boca pero retienen a la vez millares de pequeños crustáceos. Sólo explicando las funciones de cada forma del animal se consigue admirar el organismo. Las proporciones y las formas nos parecen entonces admirablemente apropiadas a las necesidades de cada ser, desde la trompa acerada del frágil y liviano mosquito, hasta la gran mandíbula de la pesada ballena.

Sería imposible reflejar el placer que experimentaba al estudiar ese voluminoso cetáceo, al dibujarlo y observar sus menores partes. Mis gentes no se mostraban menos curiosos que yo, porque si bien las ballenas son comunes en todas las costas de la Patagonia, es raro que lleguen a la costa en los puntos habitados. Esa había sido arponeada por un ballenero y tenía una gran herida al costado, pero ningún arpón había quedado en su grasa, que mis hombres cortaron para medir el espesor, que no era menor de un pie, más o menos, en ciertas partes. En cualquier otro país se la hubiera aprovechado, extrayendo algunas barricas de aceite, pero no pude convencer a mis gentes ni siquiera de sacar las barbas córneas, que les habrían producido, sin trabajo, una utilidad segura. Me respondían siempre que no querían emprender un comercio que no conocían.

Mi guía me instó a ir al sitio donde debíamos encontrar los otarios de la especie que llaman *león marino*, porque el macho tiene una larga melena, mientras las hembras, que no la tienen, llevan el nombre de *lobo*. Anduve cerca de una legua por el pie del acantilado y vi, finalmente, muchas tropillas de esos anfibios. Los machos se distinguen de lejos, en medio de las hembras, tanto por su mayor tamaño, como por su hábito de hacer de centinelas. Descendí del caballo lejos y tratamos de cortar la retirada a la primera falange compuesta de más de seiscientos de esos animales, que formaban de siete a ocho tropillas, que se diferenciaban entre sí por su macho; el resto se componía de hembras y

cachorros de menos de un año. Mis hombres se dedicaron a moler a palos a unos y otras, y como los machos no podían ser matados así, traté de cazarlos a tiros de fusil: herí a varios inútilmente; regresaron al mar y mi caza se redujo a hembras y cachorros, sin lograr atrapar un solo macho. Uno de ellos quedó en la playa, pero alcanzó el mar en el momento que menos pensaba. Ya renunciaba a dominarlo, cuando vi otras dos tropillas más alejadas, que no se inquietaron por la carnicería de sus vecinos; me acerqué y al instante toda la manada se agitó dirigiéndose al mar; estaba por llegar, cuando apunté a su enorme conductor, que estaba en el medio. Me hallaba todavía a treinta pasos y la rapidez de su marcha me hacía desesperar de alcanzarlo, pero una bala le atravesó el cuerpo y quedó en el lugar. Los suyos pasaron sobre él para salvarse; desde ese momento me contenté con mi caza y encargué a mis hombres que desollaran esos animales.

Esa especie de anfibio, del género Foca de Linneo[5], diferenciado de esta última por Perón con el nombre de otario, a causa de sus orejas exteriores, de las cuales las focas propiamente dichas están desprovistas, difiere esencialmente del elefante marino[6] por un tamaño mucho menor, por hábitos y formas distintos. El macho de esta especie, llamado león marino o *pelucón* por los pobladores, tiene, a veces, hasta tres metros de longitud: su cabeza se parece a la de un perro; su hocico es alargado, recto, provisto de largos pelos duros; su frente abombada y un poco atrás de los ojos, que son bastante pequeños, tiene una larga melena, compuesta de pelos duros que cubre el cuello solamente hasta las espaldas; el cuerpo es rechoncho, muy estrecho posteriormente; adelante, sus patas están formadas de dos aletas triangulares, sobre las cuales no se ven los dedos. Esas aletas le sirven para nadar, pero no son apropiadas en lo mínimo para la marcha terrestre; sus patas de atrás forman también grandes aletas, divididas en cinco dedos aplastados, que sirven, a la vez, de poderosos remos. Muy distintos en eso de los elefantes marinos, los otarios pueden mover esas patas hacia delante y utilizarlas para la locomoción, pero como son muy cortas, esa marcha es incómoda y muy peculiar. Es un movimiento continuo del cuerpo de izquierda a derecha, que semeja al que ejecutan los ánades cuando caminan ligero. Cuando corren, arrastran toda la parte trasera, apoyándose en las patas delanteras. Tienen un color moreno o rojizo. Las hembras nunca tienen más que las dos terceras partes del tamaño de los machos: carecen de melena, su piel es lisa, amarillenta o roja; su cabeza redonda es completamen-

5 *Phoca jubata*, Gmel; *Lion marin de Permetty*.
6 *Phoca leonina*, Linn.

te distinta de la del macho; ambos sexos, visto uno junto al otro, dan la idea de dos seres diferentes. El macho es belicoso y la hembra tímida e indefensa; por eso los primeros están cubiertos de heridas, mientras que las hembras no se baten nunca.

Estos animales forman tropillas compuestas de cincuenta a cien individuos, cada una bajo la conducción de un viejo macho, que es el líder exclusivo y no permite a los otros acercarse sin librar con ellos sangrientos combates, expulsando hasta a sus propios hijos, desde que se siente celoso. Las hembras de esa tropilla son de lo más obedientes y confían su seguridad a la vigilancia de su sultán, de su amo, llevando una existencia del todo pasiva. ¡Cuánto tiene que luchar un macho para llegar a poseer un serrallo! Dichoso, en su primera edad, por los cuidados maternales que nada le dejan desear, apenas completa su primer año, es objeto de los celos de su padre, celos que por lo general le son funestos; si no sucumbe, está obligado a alejarse de los suyos, vivir aislado, solitario, o ir a buscar la sociedad de otros desdichados como él. Arrastra así su triste existencia rechazado por la sociedad, hasta que se siente lo bastante fuerte como para combatir; entonces su destino depende de su coraje. Vencido, vive siempre solo; vencedor, lleva una existencia deliciosa. A su vez, posee un serrallo, una familia; y rodeado de hembras, que le siguen a todas partes, se convierte en jefe y rey déspota de su pequeña tribu, pero la conservación de sus derechos lo obliga a continuar luchas con los otros machos, que quieren vencerlo para hacerse amos de su tropilla, o por lo menos quitarle algunas de sus compañeras, para formarse también una corte. ¡Desdichado el cobarde! Permanecerá toda su vida abandonado, como he visto a varios, tanto en ese viaje como en otros[7]. ¡Cuán distinta es la vida pasiva de las hembras! Nacen en una tropilla, viven y quedan junto a su madre, se someten con indiferencia a todos los jefes que se suceden, mueren junto a los suyos, a menos que la tropilla no sea demasiado numerosa y se separen para formar una nueva.

Estos animales, mucho menos acuáticos que los elefantes marinos, moran todo el año en las costas pedregosas, donde pasan la mitad del día haciendo la digestión, perezosamente tendidos al sol. Se acuestan entonces unos junto a otros, casi sin movimiento, pareciendo complacerse en la intimidad más completa; uno solo vela por todos: el macho, a quien sus celos no dejan gustar del

7 Reúno aquí no solamente los hechos que he observado en muchos viajes por los lugares que habitan esos animales, sino también los que debo a observaciones que me han transmitido los pescadores.

descanso, que no permite acercarse a nadie, sin prevenir a la tropilla del peligro, o sin hacer oír sus gruñidos a los que intentan arrebatarle sus compañeras. Son probablemente esas repetidas querellas que hacen a los machos tan poco numerosos en relación con las hembras, estando respecto a éstas como uno a treinta: son menos miedosos que los elefantes marinos, a causa de su mayor agilidad, y no se apresuran tanto para regresar al agua. Hay incluso algunos machos que regresan para enfrentar al enemigo, tratando de asustarlo con sus rugidos o morderlo; si ven, finalmente, que no pueden sostener el combate, corren velozmente al mar, y entonces, con aquéllos de los suyos que permanecen en la orilla, hacen oír sus horribles alaridos, amenazando con soplidos, más o menos como gatos enojados. ¡Con qué destreza nadan una vez en el agua! Allí están en su propia casa. Siempre se los ve en la cima de las olas, hundiéndose y reapareciendo, hundiéndose de nuevo, contemplando la tierra, sacando una parte del cuerpo fuera del agua. Son tan poco aptos para la vida terrestre como muy ágiles en su elemento favorito. Poseen una habilidad extrema para la pesca; es cierto que estas costas son muy ricas en peces, pero es raro que un minuto después de haberse sumergido cada uno de ellos no muestre un pez en su hocico. Su oído es mucho más fino que el de los elefantes marinos y su vista no parece menos buena.

Las hembras paren en el mes de diciembre; cada una deposita no más de uno o dos críos sobre la playa, que lleva luego al mar. Apenas son bastante fuertes como para nadar; nada más dulce que esos cachorros, que, sin miedo, nos olfatean como si fueran perritos o hasta nos piden que juguemos con ellos. Crecen con mucha rapidez; seis meses después de su nacimiento ya son grandes, y desde la edad de un año las hembras parecen adquirir todo su tamaño. Los machos no alcanzan, al contrario, su tamaño adulto hasta los dos años. Un hecho bastante interesante, que he verificado en todos los que atrapé, es que su estómago contiene siempre gran número de guijarros, algunos de los cuales pesan hasta seis y siete libras; esas piedras son silícicas y, por consiguiente, no pueden ser disueltas por el jugo gástrico. Supongo que son necesarias para la trituración de los alimentos, como las que se encuentran en la molleja de las gallináceas.

Antes de que la costa de la Patagonia estuviera habitada, esos animales cubrían una parte de ella con sus falanges, sobre todo en la desembocadura del Río Negro y al comienzo de todas los acantilados: eran muy inquietados, a veces, por los primeros habitantes; pero, hasta 1821, fueron muy comunes, año en que los norteamericanos, no encontrando muy lucrativa la pesca de elefantes marinos, porque desaparecían día a día, comenzaron la de los otarios.

Una nave ancló en el Río Negro, y en dos meses todo lo que había en los alrededores fue arrasado. Los habitantes de Carmen calculan en 15 a 20.000 el número de pieles recogidas. Los pobres lobos marinos, hasta ese momento pacíficos poseedores de las costas, fueron desde entonces objeto de la codicia de los pescadores. Los gauchos de la Patagonia se dedicaron a su comercio, y todos los animales que vivían en la desembocadura del río se retiraron cada vez más hacia el sur. Para perseguirlos, se siguieron las costas hasta la ensenada de Ros, en la cual se los acosó hacia 1822 y 1823, lo que los obligó a retirarse del extremo norte de la bahía hacia el del sur, donde se replegaron todavía hasta los acantilados del lugar donde los hallé, porque los habitantes de Carmen hacían diariamente expediciones por tierra, pero el precio de los cueros, que se había elevado a un franco veinticinco céntimos, bajó de golpe y nadie más los quería. Desde entonces se dejó tranquilos a los otarios y sólo algunas personas siguieron realizando todos los años una expedición, no para recoger pieles, sino para llevarse la grasa, que harían hervir en seguida, para extraerle aceite de quemar; esa especie da un aceite mucho más límpido y casi inodoro.

La pesca de estos animales es mucho mas fácil que la de los elefantes marinos. Las gentes que se dedican a ella tienen tal habilidad que basta un solo golpe de barra para matar una hembra o un cachorro. En cuanto a los machos viejos, a pesar del peligro, los matan a lanzazos. Las pieles, saladas, se vendían a los capitanes de los barcos. Se mataron así millares en toda la costa; sin embargo, no dejó por eso de abundar la especie, como la de los elefantes marinos, porque he visto por lo menos cinco a seis mil en la ensenada de Ros, e igual cantidad en la ensenada de los Loros; y la facilidad con que los arreábamos delante de nosotros como un rebaño de ovejas, revela cuán fácil es matarlos; pero sus tropillas, que cubren todas las bahías de la península de San José, así como las costas más meridionales, pueden sin cesar renovar las del norte, hasta que se retiran para siempre, como lo han hecho ya en la desembocadura del Río Negro.

Mientras examinaba la ballena y cazaba los otarios, vi muchos cóndores, esos famosos buitres de los Andes, planear siguiendo la barranca o reposar sobre las avanzadas de aquella enorme pared natural. Mis gentes me aseguraron que habitan todos los puntos de la costa donde hay tropillas de lobos marinos, que los atraen por los despojos que les ofrecen de continuo, después de sus sangrientas peleas. Me asombró al principio hallar esas aves en la Patagonia, creyendo que los únicos lugares que habitaban eran las cumbres nevadas de los Andes, pero recordé que el comodoro Byron los vio en el estrecho de

Magallanes[8]; y desde entonces me convencí de que habitan todas las costas donde hay acantilados, que reemplazan, en ciertos aspectos, las montañas que frecuentan por costumbre. Por la mañana, el cóndor, al despertar, abandona las fragosidades de los acantilados, y parte con su vuelo majestuoso a recorrer los alrededores y buscar un animal arrojado por las olas. ¡Qué hermoso es entonces su vuelo! ¡Con qué facilidad y rapidez hiende el aire, sin que parezca hacer el menor movimiento para avanzar! Una vez que divisa su presa, desciende girando, se posa sobre su alimento, lo despedaza con su pico cortante y se lo come; luego, va a posarse a menor altura, sobre las piedras avanzadas del acantilado; entonces, con la cabeza hundida entre los hombros, el aspecto estúpido y menos huidizo, deja que uno pase por ahí, sin irse; o si lo hace, es con pesadez. Tenía gran deseo de obtener esa ave, tan rara en Europa en el momento de mi partida; pero estaba colgado, sobre mi cabeza, a una altura perpendicular que no era menor de 100 a 150 metros. El plomo más grande no habría alcanzado aquel que yo codiciaba; cargué, pues, mi fusil de balas, y del primer tiro tuve la dicha de hacerlo caer. La bala le había atravesado el cuerpo. Con dificultad dominé mi alegría, pensando que esa pieza adornaría el Museo de París, en el cual faltaba entonces. Muy orgulloso de mi destreza, renové la tentativa y tiré inútilmente varias veces, corriendo peligro de sepultarme bajo los pedazos del acantilado que se desprendían cada vez.

Al observar de cerca a ese hermoso buitre de plumaje negro y plumillas blancas alrededor del cuello, me asombró no hallar, en él, esa ave de tan gran tamaño que, en vuelo, levanta una ternera arriba de las altas montañas, esa ave que hasta los americanos dicen que tiene una envergadura de quince a veinte pies. Ese examen me convenció pronto que con el cóndor sucede lo mismo que con los patagones, porque la observación inmediata no me dio más que tres metros o nueve pies de envergadura. Era una época en que la mentira era necesaria para el éxito de un viaje. El lector no se sentía satisfecho si no descubría maravillas; es cierto que entonces las comunicaciones con las comarcas lejanas eran tan raras que el viajero podía esperar que pasara mucho tiempo antes de ser desmentido. Nuestro siglo, al contrario, presenta en ese aspecto una verdadera regeneración. ¿Qué hombre, en efecto, podría hoy dar la menor noción falsa o solamente caer en exageración, sin tener que temer casi de inmediato ser desmentido desde los cuatro rincones del mundo a la vez?

Me faltaba todavía un tipo de observación. Tenía que examinar la composición geológica de esos inmensos acantilados perpendiculares que bordean

8 Traducción francesa, pág. 33.

el mar. Todas las capas que los forman están al descubierto y no puede haber ninguna duda sobre el orden de superposición. Son, sin ningún cambio, los mismos terrenos terciarios que vi en todas partes; y hasta más tarde me fue fácil llegar a la conclusión de que la Patagonia ofrece tal vez el suelo menos irregular en cuanto a la horizontabilidad de sus capas, hecho tan cierto que a grados de distancia se hallan absolutamente los mismos accidentes. Recogí magníficas ostras fósiles, cuyas hojas calcáreas están, en todas partes, cubiertas de dendritas ferruginosas que penetran en ellas; están enteras y en posición. Hallé, en las capas mucho más inferiores, diversos esqueletos de mamíferos. Regresé lentamente hacia la estación, admirando esa masa imponente de piedras que amenazaba engullirme. Muchos desmoronamientos recientes revelaban que en tiempo de lluvias sería imprudente pasar por el pie de los acantilados, porque entonces deben desprenderse a menudo pedazos enormes, lo que, por otra parte, pude apreciar muy pronto. A unos cincuenta pasos delante de mi gente, una parte de la barranca, que amenazaba derrumbarse, cayó de golpe, con un ruido espantoso; el suelo tembló bajo nuestros pasos. Era una advertencia de que no nos acercáramos a las partes desprendidas de la masa.

Una vez que llegamos al campamento se descargaron los caballos, se prendió fuego y pude finalmente sentarme; desde las cuatro de la mañana llevaba una existencia de lo más activa. Tanto a caballo como a pie, no permanecí un instante inactivo; empero, el tiempo no presagiaba nada bueno. Negras nubes, precursoras de tormenta, cubrían todo el sur; por eso, antes de que se cerrara la noche, cubrí mis armas y mi caza con el cuero de mi montura, y me resigné a recibir la lluvia, antes de dejar que se mojaran mis fusiles y mi cóndor. El guía, hombre previsor, acostumbrado a esos accidentes, reunió de prisa algo de hierba seca y astillas, que envolvió cuidadosamente en su recado. No comprendí al principio el motivo de esa precaución, pero me dijo que si no lo tomaba le sería imposible encender fuego después de la tormenta. Poco tiempo más tarde, los relámpagos brillaron en todas partes, en medio de una profunda oscuridad; el trueno se hizo oír con estrépito y torrentes de lluvia cayeron dos o tres horas seguidas, sin que yo pudiera protegerme. Estaba todo empapado de una lluvia fría y penetrante, y no podía cambiarme de ropa: a las once la lluvia cesó; el trueno se alejó; el cielo se aclaró poco a poco y reaparecieron las estrellas. Triunfó entonces la previsión de mi guía, porque en menos de nada, una llama viva nos trajo alegría con su calor, alrededor de un fuego reparador. Es menester haber pasado muchos meses en el vivac para hacerse una idea justa del efecto que produce sólo la vista del fuego, cuando llueve o cuando hace frío, sobre todo en medio de la noche. Los viajeros lo rodean, lo

acarician, por así decirlo; hace olvidar las penas, las fatigas, los sufrimientos físicos. Es tan necesario a la vida como los mismos alimentos; es el consuelo del pobre y del rico, del nómade, en sus bosques salvajes, y del ciudadano en los salones dorados; el fuego es, en una palabra, el amigo del hombre, tanto en todos los países como en todos los tiempos.

La tempestad ejerció, sin duda, una influencia bastante grande sobre los lobos marinos de la costa. El viento nos trajo, en medio de un profundo silencio, sus gritos tumultuosos, que se parecían mucho a las voces discordantes de personas discutiendo; únicos sonidos, por lo demás, que se hacían oír junto a los bramidos de las olas, rodando ruidosamente sobre los guijarros de la costa.

4 de abril

Los caballos no habían bebido desde que abandonamos la cuchilla, pero la tempestad de la víspera mojó el suelo, y yo pensaba, así como mis gentes, que sin inconvenientes podríamos parar también la jornada del 4 de abril en los alrededores de la ensenada, ocupados en cazar la especie de avestruz llamada en el país *avestruz petiso*, ñandú enano para distinguirla de la ordinaria. Mis gentes tomaron en consecuencia sus disposiciones y comenzamos a recorrer los campos estériles de los alrededores; pero nos vimos obligados a renunciar a ese proyecto, porque los sitios donde vive esa especie son arenosos y cribados, en todos sentidos, de pequeñas madrigueras de roedores que impiden galopar; por eso experimenté, de nuevo, el pesar de ver de lejos ese interesante animal, sin poderlo perseguir. Recorría con gran ligereza el terreno, mientras que nuestros caballos se sostenían con trabajo. Vimos, durante todo el día, guanacos y avestruces, que no dejaban aproximarse a menos de algunos centenares de pasos, y por la tarde regresamos al campamento, agobiados gratuitamente de cansancio.

5 de abril

El 5 por la mañana fui a perseguir cóndores y buscar plantas marinas al pie del acantilado. Regresé después de tres o cuatro horas de exploración. Los caballos no habían bebido desde hacía tres días; nosotros mismos carecíamos de agua desde la víspera; no había tiempo que perder. Se cargaron las cabalgaduras y nos pusimos en marcha: algunas de nuestras bestias ya parecían sufrir mucho; por nuestra parte, comenzábamos a experimentar una sed devoradora, y sin embargo doce mortales leguas nos separaban todavía del término de nuestros sufrimientos. Tratamos de engañar las distancias andando más rápido, pero algunos de nuestros caballos se negaron. Incluso nos vimos obligados a abandonar a uno y seguimos marchando con dificultad; a un par de leguas de la cuchilla, nuestras cabalgaduras, con su notable instinto, reconocieron la proximidad del agua. Apuraron su marcha y al llegar a la costa no pudimos retenerlas; corrieron al galope

hacia el lago, donde entraron y bebieron a su antojo. Nosotros hicimos otro tanto; pero, temiendo que nos fuera imposible hacer las tres leguas que nos faltaban para llegar a la estancia del señor Alvarez, preferimos vivaquear una vez más, de manera que no llegamos hasta el día siguiente por la mañana.

Tenía la intención de permanecer algún tiempo en la estancia, a fin de reunir todos los animales de esas llanuras bajas; visitar, con frecuencia, los acantilados del sur, y, al mismo tiempo, seguir los trabajos de un *saladero* establecido por el propietario de la hacienda, para salar la carne de todo su ganado, temiendo que se lo llevasen los indios, que parecían dispuestos a atacar abiertamente. Dediqué mis dos primeras jornadas a la preparación de las pieles que había traído de la ensenada de Ros; después, reinicié mis excursiones, a pesar de una fiebre ardiente, causada, sin duda, por el cansancio que había experimentado y a la que no aplicaba otro remedio que un ejercicio forzado, que me daba buen resultado. El primero de mis paseos me condujo a orillas de ese depósito de agua, próximo a la cuchilla: allí cacé una multitud de pájaros acuáticos, estando poblados los juncos de patos silvestres, pollas de agua, y las orillas de gran número de caballeros y alondras de mar. Maté así, por primera vez en esos lugares, esas hermosas especies de Thinocoros[9], que viven en grandes bandadas y se agazapan en tierra, de tal manera que su color gris se confunde con el suelo y a cierta distancia no se los ve. Ese pájaro me proporcionó un ejemplo más de la analogía que existe entre los animales de la Patagonia y los de los Andes, porque volví a encontrar más tarde una especie similar, pero más grande[10], en las mesetas elevadas de los alrededores de la ciudad de La Paz. Mi peón, que me acompañaba siempre, se ofreció para conducirme a una pequeña salina natural que se halla en medio de terrenos de aluvión. Volvimos por ese lado. Esa salina no está más que a en cuarto de legua del río, una legua más abajo que la estancia, la rodean pequeños promontorios; sus tierras están fuertemente saturadas de sal y el fondo de la ensenada puede tener trescientos a cuatrocientos metros de diámetro. La superficie está cubierta en todas partes de una ligera capa de sal cristalizada, difícil de recoger, a causa de la poca consistencia del suelo. Hoy nadie va a aprovisionarse allí; empero me aseguraron que, en la época en que los indios impedían la explotación de la

---

9 *Thinocorus rumicivorus*, Eschscholtz, *Zoologischer Atlas*, pl. 2. Esos pájaros, que los señores Isidore-Geoffroy Saint-Hilaire y Lesson, al reunirlos con los *attagis* y los *chionis*, fueron incorporados a las gallináceas, familia de los *pontogallos*, son todos zancudos cercanos a los *oedicnemas*.

10 *Thinocorus andecolus*. D'Orb.

salina de Andrés Paz, un barco había llevado un cargamento completo. Otras exploraciones más alejadas, a las cuales daba gran valor, eran las de los acantilados que sólo había visto, por así decirlo, al pasar[11]: están a una distancia de tres leguas (del país) de la estancia, en medio de llanuras llenas de matorrales, cuya uniformidad sería realmente desoladora sin el gran número de animales salvajes que se encuentran a cada paso; allí, una manada de ciervos pacíficos pace en medio de una pequeña pradera, tan tranquilamente como si fueran domésticos; acá, las maras, que huyen en parejas delante del jinete, se paran de pronto como para burlarse; o bien numerosas familias de ñandúes, de andar ligero, que desaparecen apenas se sienten perseguidas. Las descubrí, más que en cualquiera otra parte, en una especie de callejón sin salida formado por los pantanos, lo que, en consecuencia, me hizo concebir el proyecto de hacer un día una cacería en regla, idea que me ocupó hasta mi llegada a los acantilados. Un barco acababa de encallar; era el segundo naufragio que sufrían los marineros ingleses que iban en él; llegaron a la costa de la Patagonia a bordo de una ballenera de tres mástiles, que un tiempo muy malo arrojó al golfo de San Jorge, en el 46° de latitud austral. La nave, desfondada, no podía continuar el viaje, ni salvar a esos desdichados marineros de los horribles desiertos a los cuales llegaron; vivieron un año, dedicados a despedazar su barco, para construir, con sus restos, un barquito que pudiera transportarlos a un sitio poblado; construyeron finalmente un *cutter* de veinte toneladas, con el cual, llevando víveres, llegaron, después de dos meses de navegación, a la barra del Río Negro, en la que se hundieron; su barco no quedó desfondado del todo y no se perdió nada en ese segundo naufragio. La vista de esos marinos me afligió mucho; habían experimentado tantas privaciones, como demostraban en sus facciones; habían luchado sucesivamente contra el hambre, el frío y la furia del mar, en una parte del mundo donde sólo podían confiar en sí mismos. Sus largas barbas, sus rostros enflaquecidos, sus ropas gastadas, me produjeron un dolor que contrastaba con el ruidoso placer que ellos manifestaban, al verse al fin a salvo y con semejantes.

A nuestra llegada a orillas del mar, la marea estaba baja. La costa ofrecía bancos de piedras que se extendían a lo lejos en las aguas y se prolongaban sobre toda su extensión, como lo que había visto en la ensenada de Ros. Busqué, con mucho cuidado, moluscos, pero el mar golpeaba con demasiada violencia. Encontré sólo algunos animales marinos en los charquitos de agua, entre otros un crustáceo muy próximo a los trilobitas, que pertenece a la animalización más antigua de las capas de que se compone la corteza terrestre.

---

11 Véase capítulo XVIII.

Era interesante descubrir, si no la analogía, por lo menos algunas formas aproximadas de ese animal perdido, uno de los más antiguos de nuestro suelo; era el primer caso que se me presentaba hasta entonces. El atractivo de esas investigaciones me instó a seguir explorando los bancos al descubierto, en su aspecto ecológico. Encontré gobias y ostras fósiles y continué mis investigaciones muy adentro al pie de los acantilados, que hallé de la misma naturaleza que los de la ensenada de Ros. Me dediqué a buscar, en medio de esas inmensas capas de asperón terciario de que se componían, algunos restos de organización. Descubrí terrenos de agua dulce, en los cuales había limneos, los *unio*, mezclados con gran número de esqueletos de peces. Hallé también, en las capas superiores, esqueletos de mamíferos y las mismas calcáreas dendritas que en las *Barrancas del Norte*. La pasión con que me entregaba a ese trabajo me hizo olvidar que el mar subía con rapidez, y, sin mi peón, que creyó de su deber prevenirme, las olas me habrían cortado por completo la retirada; golpeaban ya, en algunos puntos, el pie del acantilado, y no pude salir sin luchar contra ellas. Estaba cargado de fósiles y de muestras geológicas, que me obligaban a andar con cuidado, para no perderlos.

Volví a realizar ese paseo, y la segunda vez, al regresar a mi albergue, me detuve cerca de la estancia de Ramos, ubicada algo más abajo de aquélla donde me hallaba. Cuando estuve cerca, me llamó la atención encontrar, en todas partes, cadáveres humanos desecados, dispersos por el campo, y más o menos roídos por los buitres, para no hablar de los cerdos de la chacra. Aterrorizado de ese encuentro, pregunté con premura a mi peón de qué podían haber muerto esos hombres. La cosa le pareció completamente natural y me dijo que el año anterior dos barcos negreros habían sido apresados a los brasileños por los corsarios de Buenos Aires, conduciendo sus cargamentos al Río Negro. Los negros, que provenían de las regiones ardientes de Africa, fueron amontonados en un tinglado que me mostró, y esos pobres desdichados, privados de ropa, expuestos a todos los vientos y al frío del invierno, murieron casi todos, sin que se pensara en vestirlos, ni en procurarles abrigo. Más de doscientos perecieron así y sus cadáveres insepultos, abandonados en el campo, sirvieron de alimento a los buitres de los alrededores. Me estremecí al oír ese relato y no podía concebir que hubiera hombres capaces de un abandono tan cruel de sus semejantes, porque los difuntos no fueran bautizados, verdadero motivo que impidió enterrarlos. ¿Son hombres los *Bárbaros*[12] sobre todo cuando son negros? Ese infame proceder, sin embargo, no tenía por qué asombrarme: nunca se entierra el cadáver de un indio matado; por lo demás, debo recordar haber

12 Este epíteto se da, en toda América, a todos aquellos que no son católicos romanos.

encontrado cadáveres de brasileños también abandonados en el campo, por la única razón de que eran *enemigos*[13]. Supe con qué barbarie fueron tratados los desdichados prisioneros de guerra que escaparon a la masacre, conduciéndolos sea a las obras de Bahía Blanca, sea hasta Buenos Aires, y abandonando en el camino a los que no pudieron resistir el cansancio de un trayecto tan largo a pie. Me llamaba la atención encontrar, en un país por lo general tan hospitalario con el compatriota y hasta con el extranjero amigo, tanta crueldad respecto al enemigo. ¡Mezcla monstruosa de virtudes sociales y ferocidad salvaje!

Sin dejar de ocuparme de mis investigaciones, observaba diariamente las tareas del saladero que se efectuaban en la estancia del señor Alvarez. Cuatro a cinco mil cabezas de ganado debían ser sacrificadas, para ser saladas, a fin de que el propietario pudiera, al mismo tiempo, sustraerlas a los indios y realizar su valor. Esos trabajos son lo suficiente importantes como para que dé una descripción detallada, tanto más cuanto que no hablé de ellos en la parte relativa a Buenos Aires, lugar donde ese género de negocio se explota en grande en sitios apropiados. El señor Alvarez había hecho construir un tinglado muy grande, donde todo estaba dispuesto para la operación. Los animales son conducidos a las inmediaciones de la estancia, y todas las tardes se encierran en los corrales los que están destinados a ser sacrificados al día siguiente. Desde el amanecer, los peones se distribuyen el trabajo: unos montan a caballo con el lazo, entran en el corral, enlazan, cada uno un animal por los cuernos, lo obligan a salir, mientras los otros, a fuerza de golpes, los hacen avanzar hasta el sitio de la ejecución, frente al tinglado. Apenas llega, el peón que arrea los animales, sin descender del caballo, de una cuchillada diestramente aplicada le corta los jarretes posteriores, a fin de impedirles caminar; luego, otros derribándolo le dan un golpe en el pescuezo, para desangrarlo, o si no, si están apurados, le hunden, lo que exige una gran habilidad, la punta de su gran cuchillo detrás de la nuca, de manera de llegar a la médula espinal, y desde ese momento la pobre bestia queda sin movimiento y como muerta, hasta que llega el instante de terminar con ella. Mientras los hombres de a caballo siguen así enlazando y matando, otros peones se dedican a desollar y carnear, pero, tan pronto como se ha matado un número suficiente de animales para el día, lo que tiene lugar, a veces, a las ocho o nueve de la mañana, con un promedio de ochenta a ciento diez animales por jornada, dos peones se aplican a cada bestia. De una cuchillada le abren la piel a todo lo largo del vientre, desde la cabeza hasta la cola, y las patas, del lado de adentro, desde el codo

13 Véase capítulo XVIII.

hasta el punto de unión de la línea del medio, les cortan los pies, que arrojan, desuellan al animal y, sobre la misma piel, comienza a carnearlo. Los cuatro cuartos son sacados con una asombrosa destreza y transportados al cobertizo, donde son colgados en ganchos destinados a recibirlos; luego, esos mismos hombres arrancan toda la carne de los huesos en cuatro o cinco jirones, pero con una destreza y rapidez difíciles de creer: uno saca, en un solo pedazo, la de las costillas, otro la de la columna vertebral, igualmente en grandes trozos, conducidos al tinglado y después arrojados en un montón, sobre los cueros. Extraen la masa de los intestinos, que los niños desgrasan, antes de ponerlos aparte.

Una vez que todos los animales muertos son así carneados, los peones llevan los cueros al cobertizo y sacan la carne de arriba de los cuartos, siempre con la misma destreza, arrojando, a medida que lo hacen, las carnes de un lado sobre los cueros y los huesos del otro. Cuando todo termina, comienza una nueva operación, a la que todos se entregan juntos, recibir por separado cada trozo para partirlo, si es demasiado grande, para sacarle el excedente de grasa y apilarlos. Una vez terminada dicha operación, se extienden los cueros en tierra y se los cubre con una gruesa capa de sal; después se extiende con cuidado una cama de trozos de carne, y alternativamente una capa de sal y otra de carne, hasta formar una elevada pila cuadrada, a la que no se toca durante diez a quince días, para que las carnes se saturen bien de sal. Transcurrido ese tiempo, se expone diariamente la carne al aire, sobre las cuerdas, hasta que quede seca del todo, lo que la hace menos pesada y más fácil de transportar. Las pieles se salan de la misma manera que la carne; se las apila durante quince días o un mes y luego se hacen atados para embarcarlas y entregarlas al comercio.

Las grasas son divididas en tres clases: hay primero las que se sacan de los intestinos y que forman el *sebo*; son, por lo general, enviadas en barricas, sólo apiladas o fundidas; es la calidad más baja que se utiliza para la lumbre en el país y para la exportación. Luego se extrae la *grasa* de la carne, se la separa de ella, se la hace hervir y se la pone, enseguida, en vejigas o grandes tripas; sólo se emplea en el país para la cocina, es uno de los artículos de que menos puede prescindir tanto el habitante de los campos como el de Buenos Aires. Se reúne, finalmente, en los saladeros una tercera clase de grasa. Los peones ponen aparte todos los huesos que pueden tener médula y cuando termina la jornada, rompen los huesos, la retiran con un pedacito de madera, la hacen hervir en las calderas y llenan con ella barrilitos. Esta última especie se emplea en las cocinas del propietario, se regala a los amigos, como cosa de valor, y se vende bastante cara a los gastrónomos argentinos, que la estiman mucho; es, en efecto, sin disputa, el condimento más delicado de los alimentos, muy superior a la

grasa de cerdo, a la manteca y hasta el aceite. Las lenguas se salan por separado, luego se las hace secar y se convierten así en un producto comercial; es un manjar bastante bueno, apreciado por los consumidores de carne seca. Se comercia principalmente con el Brasil, así como la grasa, porque los fuertes calores de Bahía, de Río de Janeiro y de las otras ciudades situadas bajo la zona tórrida, no permiten conservar la carne fresca.

Una vez que los peones han terminado su jornada de labor, limpian el matadero. La cabeza con su carne, toda la armazón ósea del tronco y los huesos de las patas son transportados junto a la orilla del río, donde se amontonan todos esos restos, así como los intestinos, el corazón, el hígado y los pulmones, que se tiran también, cuando los pobres de Carmen o los indios no van a buscarlos; es así que los huesos, buscados con tanto interés en Europa, se abandonan en el campo y quedan sin uso. Unicamente, cuando las carnes están putrefactas, el propietario hace sacar los cuernos, que se separan entonces con mayor facilidad, pero como los alrededores proporcionan bastante madera para que no sea necesario emplear los huesos como combustible, como sucede en todas las pampas de Buenos Aires, se abandonan y no sirven para nada. Se hallan, en muchos puntos de la orilla, esos considerables montones considerables de huesos que prueban que hubo un saladero en las inmediaciones, y que quedarán allí hasta que la industria extranjera baya a recogerlos, para transportarlos a Europa, o la industria indígena los emplee en el mismo país, cuando la civilización haya transportado sus fábricas y la aplicación de tantos productos, entretanto perdidos para el mundo.

El europeo que contempla la explotación de un saladero no puede dejar de impresionarse por la destreza y la ferocidad de los peones, así como por la habilidad con que esquivan las cornadas de los toros, furiosos al ser enlazados, que se debaten con fuerza extraordinaria cuando se acercan a sus hermanos ya muertos en el lugar, saltando, coceando y haciendo correr al jinete, a cada instante, un verdadero peligro; o de la vaca, separada a la fuerza de su ternero, y no viendo, en quien la conduce, más que un enemigo del que procura defenderse. El espectador se estremece, a cada instante, del aspecto de esos hombres que, rodeados de mil muertos, hacen un juego de la cólera del toro, así como de la de la vaca, y de los peligros que afrontan, sin cesar, con la mayor sangre fría. Su serenidad, en todos los momentos, iguala su vigor y su destreza. Es raro que resulten heridos, porque están atentos a todo y todo lo prevén, pero esos hombres, que no temen la muerte, que la hallan de continuo, son tan duros frente a los animales como respecto a sí mismos. Gozan con los sufrimientos de su víctima, como si fuera una especie de compensación por los riesgos que

les ha hecho correr. A menudo la dejan mucho tiempo revolverse en tierra, los jarretes cortados, y se ríen de los berridos lastimosos que les arranca el dolor; la mutilan inútilmente y la abandonan así, indefensa, a los enormes perros que, cuando ella muge, le cogen la lengua y se la tiran con fuerza. Entonces los peones aplauden hasta no terminar, y en círculo y cubiertos de sangre, dejan que corra gota a gota, embriagándose con el espectáculo, que disfrutan por encima de todo. ¿Cómo pueden ser seres humanos hombres tan acostumbrados a ver sufrir? Por eso, siempre con el cuchillo en la mano, se amenazan sin cesar con matarse, se divierten acuchillándose el rostro; por eso es raro que los gauchos consumados no tengan la cara cubierta de cicatrices. Se asesinan con tanta sangre fría como si degollaran una vaca o una ternera, y sin experimentar el menor remordimiento. Un hecho, que sucedió más tarde en esa misma estancia, prueba hasta qué punto son poco sensibles a las angustias de los animales. Una vez terminada la matanza de todos los animales, salvo los que no cumplieron el año, y temiendo que éstos fuesen robados por los indios enemigos, los encerraron en el corral, donde, durante el tiempo que faltaba para matarlos, y con el propósito de impedir el robo, a todos los desjarretaron y los dejaron en ese estado durante varios días, antes de matarlos, medio de conservación que les parecía completamente natural.

El espectáculo de un saladero es de lo más triste. Por la noche, los mugidos de los animales encerrados en el corral sin alimento, a veces desde dos o tres días antes; de día, los berridos lastimosos de los animales mutilados o que expiran bajo el hierro de sus verdugos, expresión de rabia de los que tratan en vano de sustraerse a la muerte; y los gritos de los peones, que se oyen de lejos. ¡Y qué espectáculo si nos acercamos! Ocho o diez hombres repugnantes de sangre, el cuchillo en la mano, degollando, desollando o carneando a los animales muertos o moribundos; sesenta a cien cadáveres sangrantes tendidos en algunos centenares de pasos de extensión. Allí, un toro que expira; aquí un cuerpo aún intacto, pero inanimado, el esqueleto descarnado, los pedazos de carne dispersos; y todo eso en medio de los estallidos de risa de los peones y de los gritos de las aves de rapiña atraídas por los despojos y volando encima de ellos, aguardando su turno o disputando a los perros las partes que les abandonan.

Fui testigo de una de esas reuniones casuales de aves que sólo se nutren de carnes muertas. Nunca una estancia deja de tener, en sus alrededores, cierto número de catartos urubu y aura, los buitres de esas comarcas, y grandes y pequeños caranchos, que viven de los desperdicios de las casas, pero esos animales no son más de ocho a veinte, a menos que se mate un animal, porque entonces llegan en gran cantidad, al punto que suele no haber alimento para

todos. El día que se comenzó a matar para el saladero había apenas una docena de esos parásitos del hombre; pronto, la vista de la sangre los atrajo de todas partes, y por la tarde ya había un centenar, pero cuando se arrojaron los esqueletos descarnados a orillas del río y se les brindó así un despojo fácil e inextinguible, los catartos y caranchos llegaron de todas partes; y todos los que había en veinte a treinta leguas a la redonda se reunieron en algunos días. Su número aumentaba a cada instante, y cuando el saladero progresó, había algunos millares de urubus, centenares de caranchos y gran número de chimangos y auras, que, durante todo el día, posados sobre los esqueletos, se disputaban con grandes gritos los pedazos de carne y cubrían, con sus colores sombríos, todos esos restos sanguinolentos. Allí, tan familiares como si fueran domésticos, apenas se movían cuando nos acercábamos; o bien, al oír un tiro de fusil, sus vuelos, por el ruido de sus alas, imitaban el rugido del trueno, y sus bandadas, girando alrededor de la presa a una altura mediana, hacían sombra al sol. En Buenos Aires, donde no hay urubus negros, los alrededores de los saladeros están cubiertos en invierno, por el contrario, de gaviotas blancas, que viven también de los restos de las carnes. Todas esas reuniones momentáneas de diversas aves se dispersan una vez que falta alimento; esa sociedad, que parecía tan íntima, se disuelve, y si se abandona la casa, no se verá más uno solo de esos repugnantes parásitos, pero indispensables a la estancia, porque las carnes que quedan pueden, al podrirse, extender la peste por el país, mientras que las aves se llevan todo aquello que tiene olor y ponen remedio a la injuria de los pobladores.

11 de abril

El 11 de abril, una vez terminadas mis exploraciones por los alrededores de la estancia, y habiendo visto de sobra las tareas del saladero, mandé un correo a Carmen, a fin de que me enviaran una lancha en busca de mis colecciones, que habrían sufrido mucho de ser transportadas a caballo. Esa lancha llegó a la mañana siguiente; la despaché y regresé a caballo al villorrio del sur.

Viaje al árbol sagrado del Gualichu. Delegados oradores de los indios Aucas y excursión a la salina de piedra y a la de Andrés Paz

El Carmen
Patagones

Al llegar a Carmen, supe que todos los pobladores de la costa sur estaban consternados y temían por la seguridad de sus propiedades. Los exploradores habían visto sobre las cuchillas fuegos, señales que hacen por lo general los indios cuando tienen algunos proyectos; varios caballos fueron encontrados en la misma orilla

llevando todavía las boleadoras de los indígenas, y lo que más inquietaba era la partida de los patagones de Churlakin, que habían abandonado el lugar donde estaban establecidos, para ir a acampar a San Javier, a seis leguas arriba de Carmen. Muchas de sus palabras hacían temer que, de amigos que eran, se hubieran convertido en enemigos, participando del complot general de los indios, que parecía tener por objetivo llevarse todo el ganado de la orilla sur. Esos temores me obligaron a realizar mis excursiones sólo las noches de luna nueva, porque entonces tenía menos que temer a esas hordas enemigas, que no marchan ni atacan nunca más que durante esa época. Otra noticia me contrarió aún más: el reemplazo del comandante Rodríguez. Había tenido tanto de qué alabar a ese digno oficial, que no podía sino perder quienquiera que fuera su sustituto, tanto más cuanto que el recién llegado venía precedido de una fama de presumido que no me prometía nada agradable.

Dos días me bastaron para poner mis asuntos en orden y quise, antes de que las cosas se complicaran más con los indios, realizar un viajecito por la ruta del río Colorado; por lo demás, todos los indicios de guerra parecían venir sólo del lado sur del río, mientras que por el norte todo estaba tranquilo. El principal propósito de ese viaje era visitar un lugar de superstición que los indios habían hecho célebre; un árbol reverenciado por las hordas salvajes y conocido, en el país, con el nombre de *Arbol de Gualichu* o del dios del mal. No deseaba abandonar esos parajes sin haber visto esa maravilla, ese árbol misterioso, objeto del culto de los salvajes; por eso el 14 de abril, por la mañana, me encaminé hacia él, con mi peón.

Camino del Río Colorado
14 de abril

Saliendo del villorrio, me dirigí en seguida hacia el norte, en medio de llanuras áridas y secas, por una senda abierta, trazada desde hacía mucho tiempo por los indios en sus viajes diarios del Río Colorado al Río Negro, cuando van al Carmen o se dirigen a la península de San José, porque remontando el Río Negro hacen una travesía de unas veinte leguas más al oeste. Experimenté un momento de tristeza al verme obligado a penetrar en el seno de esos desiertos, que cubren todas las llanuras de la Patagonia. ¡Qué desoladora uniformidad! Un suelo quemado por el sol, cubierto de pequeños cantos rodados o casquijos, sobre los cuales zarzales espinosos, sin tojas, revelaban la flacura de esos terrenos. Atravesé cuatro o cinco leguas, que me parecieron tanto más largas cuanto que no tenía dónde fijar la vista; ni un zarzal más alto que los otros que me pudiera guiar... Si no hubiera habido camino trazado, me habría creído en medio de un océano donde sólo la brújula podría orientarme; a medida que avanzaba el campo se poblaba de pequeños arbustos, pero no

veía seres animados. Las maras, tan comunes en todas esas llanuras, eran más raras y ningún ave aparecía, ni siquiera el carancho viajero, ni el sombrío urubu... Sólo el ruido de los pasos de nuestros caballos turbaba el silencio de esa triste comarca. Después de seis u ocho leguas marinas de marcha, mi peón me anunció que íbamos a llegar, finalmente, a los *primeros pozos*. Como toda la travesía al Río Colorido carece por completo de agua, los viajeros se han visto obligados suplirla cavando receptáculos donde el agua se deposita durante las lluvias, y que ofrecen, naturalmente, un lugar de parada: esos pozos, a número de dos en el camino, han tomado para distinguirse su orden numérico: los que teníamos ante nosotros se llaman *los primeros pozos*. Antes de llegar vimos a lo lejos caballos y jinetes. Mi guía ya temblaba, pero lo tranquilicé diciéndole que sólo podían ser nuestros exploradores que, en número de cuatro, eran los mismos que dieron la última alarma cuando estábamos en Carmen. Ellos me mostraron, no lejos de allí, los cadáveres de los indios que habían matado y me contaron, sin omitir detalles, cómo la cosa sucedió. Parece que desde la fundación de Carmen siempre han sido necesarios esos exploradores, conocidos por los pobladores con el nombre de *bomberos*. Esas gentes forman una especie de regimientos de lo más valientes, habituados a la vida campestre y a sus privaciones. Sus servicios son voluntarios, y como son bien pagados, siempre hay los suficientes para la necesidad de la región, aunque la profesión sea de lo más peligrosa. Se les da diez y seis pesos por mes (85 francos), para alimentarse y utilizar sus caballos. Se distribuyen en los diferentes puntos de donde puede venir el enemigo. Los teníamos entonces sólo en el camino del Colorado, hacia el norte, y al oeste, en las dos orillas del Río Negro, remontándolo. Son una especie de centinelas perdidos, que se ubican en el sitio por donde el enemigo debe necesariamente pasar y a una distancia a menudo muy considerable, puesto que algunos de los nuestros andaban a más de veinticinco leguas del pueblo. Deben allí tratar de conservar todos los movimientos que se realizan en los alrededores e informar de inmediato lo que ven durante el día. Cazan para alimentarse; y siempre a caballo, reconocen, por la hierba ligeramente pisada, si alguien ha pasado y qué dirección tomó. Es en eso, sobre todo, que poseen una sagacidad asombrosa; viviendo sin cesar en medio de los desiertos, se hacen muy hábiles en toda clase de observaciones. Después de sus recorridos diurnos, se reúnen al atardecer, pero no se atreven a encender fuego, por temor a ser sorprendidos. Tratan entonces de ver si en las alturas próximas hay fuego o humo, que para ellos son indicios, y cambian a cada momento de vivac, ubicándose de manera de ver u oír a todo el que llegue, porque nunca duermen todos a la vez. Eran esos hombres, en número de cuatro en cada

dirección, los que nos cuidaban, sin inquietarse de lo que podía sucederles; en efecto, si a esos desdichados los sorprenden los indios espías, los sacrifican de inmediato, y para ellos nunca hay clemencia. Es incluso raro que transcurra un año sin que algunos de ellos no perezcan; habían sido matados dos en las últimas invasiones, sin que por eso dejara de encontrarse hombres dispuestos a cumplir ese servicio. Su carácter es original. En el fondo poseen un coraje feroz; la vida de sus semejantes tiene para ellos tan poco valor corno la propia; por eso se preocupan poco de la muerte de uno de los suyos. Sus camaradas se limitan a decir con sangre fría: ha tenido *mala suerte* y permanecen indiferentes a lo que les espera a sí mismos; verdaderos salvajes, nada aman y en nada creen. Trátase realmente de una clase de hombres del todo aparte, que parece no tener analogía en la humanidad.

Los primeros pozos son receptáculos donde, cuando llueve, se reúnen las aguas pluviales y donde permanecen varios días; pero, como son mal mantenidos, sucede a menudo que están enteramente secos. Permanecí sólo algunos momentos con los exploradores; hice dar de beber a los caballos pues no debían encontrar más agua hasta el regreso al mismo lugar; y partí. A las dos o tres leguas, en medio de los mismos desiertos, encontré un pequeño lago seco, llamado *Laguna de la Querencia*; puede compararse, en todo, con la Laguna Blanca, que había encontrado al ir a la bahía de San Blas[14]. Es, lo mismo que ella, una gran depresión de la llanura, en el fondo de la cual, después de las lluvias, hay durante algunos días algo de agua, que toma, de inmediato, un gusto salobre desagradable, a causa de las eflorescencias que cubren el suelo desecado. Seguí andando, y después de dos leguas de marcha, por llanuras cada vez más cubiertas de zarzales, vi finalmente en el horizonte al árbol del Gualichu, que aislado, como perdido en medio del desierto, domina todos los alrededores y presenta un punto en medio del espacio, porque ningún otro árbol, a más de una legua a la redonda, se muestra en la línea invariable del horizonte. Llegué finalmente a ese árbol místico y me detuve.

El árbol del Gualichu

Como ya lo he dicho, al hablar de los patagones[15], las naciones australes poseen una divinidad, o, mejor dicho, un genio a veces benéfico, por lo general perjudicial, que temen más que reverencian; genio que los patagones llaman Achekenat-kanet, los puelches Gualichu y los aucas Quecubu. Puesto que ese territorio fue más a menudo recorrido por los puelches, fueron ellos que

14 Capítulo XVII.
15 Véase capítulo XVIII.

perpetuaron el nombre de su genio del mal, dándosele a ese árbol, al que atribuyen el mismo poder. Esa creencia data, sin duda, de hace mucho tiempo y sería difícil encontrar su fuente. Es presumible, sin embargo, que provenga de que, cuando sus grandes correrías, se hallaran fatigados y no quisieran sus caballos pasar sin detenerse en el único lugar con sombra de esos desiertos, o que se murieran de cansancio, lo que los supersticiosos indios no dejaron de atribuir a un espíritu maligno; de allí los conjuros y las ofrendas indispensables para tornarlo favorable. Es, en una palabra, el dios de ese camino, que es menester conquistar sin falta para recorrer el espacio sin malos encuentros y sin accidentes.

Ese dios malo es ni más ni menos que un árbol achaparrado, que, de haber crecido en un bosque, no habría llamado la atención; mientras que, perdido en medio de las inmensas llanuras, anima esa extensión y sirve al viajero. Tiene una altura de veinte a treinta pies, y es todo tortuoso, todo espinoso, formando una copa ancha y redonda; su tronco es grueso y nudoso, carcomido a medias por el paso de los años y en el centro hueco: pertenece a las numerosas especies de acacias espinosas, que dan una vaina cuya pulpa es azucarada y que los pobladores reúnen bajo el nombre común de *algarrobo*. Lo raro es hallar ese árbol solo en medio de los desiertos, como arrojado por la naturaleza para interrumpir su monotonía. Al contemplarlo los pueblos viajeros de esas comarcas, debió asombrarlos y parecerles maravilloso, lo que puede haber contribuido al culto de que es objeto. En efecto, las ramas del algarrobo sagrado están cubiertas de las ofrendas de los salvajes; se las ve colgadas: allí, una manta; aquí, un poncho; más lejos, cintas de lana, hilos de color; y en todas partes, prendas más o menos destruidas por el tiempo, cuyo conjunto no presenta el aspecto de un altar, sino más bien de un triste baratillo, deshecho por los vientos. Ningún indio pasa sin dejar alguna cosa; el que nada posee, se contenta con la crin de su caballo, que ata a una rama. El tronco cavernoso del árbol sirve de depósito a los regalos de los hombres y de las mujeres: tabaco, papel para hacer cigarrillos, baratijas; también a veces se encuentran algunas monedas. Lo que atestigua, más que todo lo demás, el culto de los salvajes, es el gran número de esqueletos de caballos degollados en honor del dios del lugar, que es la ofrenda más preciosa que un indio pueda hacerle y la que debe ser más eficaz; por eso los caballos no son sacrificados más que en el árbol del Gualichu y en los ríos, igualmente reverenciados, porque se los teme, estando obligados a pasarlos continuamente y desafiarlos, a la vez, por su corriente y su profundidad. Es completamente lógico que los pueblos nómades traten de tornar favorables los desiertos, donde la sed y la fatiga pueden hacerlos morir, y a los ríos,

que amenazan con tragarlos; por eso no dudo de que las hordas salvajes de las partes australes dejen de tener gran número de lugares que reverencian, señalados por la pérdida de algunos de los suyos. El hombre que desconoce el culto de transmisión, dirigido solamente a seres morales y en consecuencia invisibles, teme las causas naturales que pueden hacerle daño; se esforzará en ganárselas, y desde ese momento hará dioses de una cantidad de accidentes de la naturaleza, tales como desiertos, ríos, rocas escarpadas y la peste. Su culto se extenderá a muchos objetos, todos capaces de inspirarle temor; por eso teme las causas inmediatas que conoce más que el porvenir que desconoce; y, desde entonces, su vida, sus goces se limitarán a las cosas presentes, y serán todas naturales. Tal es la vida religiosa de las naciones australes.

Mi guía quiso apoderarse de algunos objetos depositados en el árbol sagrado, pero yo me opuse y no le permití profanar las ofrendas de los salvajes. Sabía que muchos cristianos que recorrieron esa ruta no fueron siempre tan escrupulosos; que hasta la codicia de algunos gauchos los lleva, a veces, a seguir a los grupos de indios que van a comerciar al Carmen, seguros de recoger, en ese lugar, muchos objetos de valor; pero ha sucedido que esos incrédulos, sorprendidos por los indios, pagaron con la vida la profanación. Como era tarde, y me habría sido imposible reunirme con los exploradores en los primeros pozos, porque nuestros caballos estaban rendidos de cansancio e incapaces de servir, establecí mi vivac al pie mismo del algarrobo, a pesar de las demostraciones de mi guía y de su terror pánico, porque no sólo temía la llegada de los indios durante la noche, lo que bien podría haber sucedido, y nos habría sido funesto, sino también la influencia del Gualichu sobre nosotros, y no pude lograr convencerlo de que se instalara junto a mí. Se mantuvo a alguna distancia y no quiso dormir, aguardando, a cada instante, ser atacados por los indios o por el diablo.

La travesía del Río Negro al Río Colorado está calculada por los pobladores en más de cincuenta leguas, contando los rodeos que forman los senderos que sirven de camino. Ese recorrido no tenía, en ninguna parte, agua permanente, antes de que fuera suplida por los receptáculos cavados. El pobre viajero no podía, de ninguna manera, calmar su sed, a menos que hubiera llevado con qué refrescarse, y sus caballos perecían a falta de agua; o bien los cristianos, lo mismo que los salvajes, esperaban al día siguiente de una lluvia general, porque sólo entonces hacían alto en la Laguna de la Querencia, donde se detenían para franquear luego, de un tirón, una extensión de cuarenta leguas. Hoy esa travesía es menos penosa. Al abandonar las animadas orillas del Río Negro, donde se despliega una hermosa vegetación, uno se hunde en un de-

sierto seco y árido. A siete leguas, más o menos, de Carmen, se hallan los primeros pozos, donde se puede parar y dar de beber a los caballos; tres leguas más lejos, cuando llueve, está la Laguna de la Querencia; y todavía tres leguas adelante, el árbol del Gualichu, donde se goza de algo de sombra. Hasta ese lugar, el campo no presenta más que pequeños zarzales espinosos, que apenas se elevan algunos pies sobre el suelo. A poco más de una legua más allá del árbol del Gualichu, el suelo se cubre, de tanto en tanto, de esos grandes arbustos espinosos –chañares y algarrobos– en una extensión de unas veinte leguas; y, en medio de esa pobre naturaleza, esos arbustos simulan un bosquecillo, cuyos árboles más altos no alcanzan más de doce pies de elevación. Es al comienzo de ese bosque, del lado sur, que está, a la izquierda del camino, el mayor depósito de sal de esa parte de la Patagonia, conocido con el nombre de *Salina del Algarrobo*. Cuando finalmente se está a punto de llegar al extremo septentrional del bosque de chañares, se presentan los *segundos pozos*, donde se puede descansar un poco, porque desde ese lugar hasta el Río Colorado, en las catorce a quince leguas que faltan por recorrer, sólo se ven terrenos áridos. El viajero jadeante de fatiga, aburrido de la monotonía y de la tristeza de esa larga travesía, ve, con delicia, las orillas de los ríos, donde una vegetación continua y elegantes sauces hacen descansar sus ojos entristecidos y le dan valor para lanzarse al océano de las praderas de las pampas. Si quiere cruzar las doscientas leguas que lo separan todavía de Buenos Aires, está seguro de no encontrar más que animales salvajes, o algunas hordas ambulantes de indígenas, que debe temer más que a los jaguares, porque son más feroces que el tirano de los bosques. Antes de la fundación del fuerte de Bahía Blanca (en 1828), primer punto habitado que se halla en la ruta, se hallaba Tandil, donde un puñado de soldados, encerrados en un fuerte, estaban perdidos en medio de las pampas desiertas, como las montañas a las cuales ese fortín está adosado.

Transcurrió la noche no sin grandes alarmas ocasionadas por la pusilanimidad de mi peón: su imaginación temerosa le mostraba en todas partes peligros; no quiso encender fuego, por temor a atraer al enemigo; ni dormir, ni alejarse del caballo, para estar preparado a huir; por eso, varias veces antes del amanecer, vino a rogarme que nos fuéramos, lo que no me decidí a hacer hasta que la aurora coloreó el horizonte y pudo guiar nuestra marcha. Di mis adioses al árbol sagrado que no debía ver más y me puse en camino para regresar a los primeros pozos, de donde, luego de descansar un rato, partimos al galope y llegamos temprano a Carmen.

Las noticias que llegaban de todas partes acerca de las disposiciones de los salvajes aumentaban diariamente nuestros temores. Los indios amigos, sobre

todo, sólo nos hablaban de preparativos de ataque de las numerosas naciones que sabíamos que existían a orillas del Río Negro; nuestro comandante creyó conveniente tratar de alejar por medios pacíficos esa conjuración general. Envió a nuestro fiel patagón, el cacique Lucané, en delegación ante el cacique Chaucata, uno de los más temidos de todos los jefes aucas, que tenía bajo sus órdenes gran número de guerreros acostumbrados a los asaltos y enemigos de los cristianos. Seis días más tarde, ese enviado regresó con tres caciques subalternos de la tribu de Chaucata y de Guaykilof, que venían para tratar con poderes verbales. Esos indios vestían bastante pobremente; todos eran de la nación auca y los acompañaban algunos soldados chilenos desertores. Se presentaron en el fuerte; entonces comenzó, por medio de un intérprete, un largo parlamento bastante original entre esos jefes y el comandante. Me habían explicado varias veces de qué manera tenían lugar esas entrevistas y la inflexión que los araucanos dan a su voz cuando arengan o tratan asuntos de importancia, pero estaba, sin embargo, muy lejos de tener una idea exacta. Esos caciques, aunque uno de ellos hablaba bastante bien el castellano, no querían rebajarse a hablar en esta lengua; tenían consigo un intérprete, del cual no quisieron tampoco servirse y pidieron el nuestro. Entonces, aquel de los salvajes que tenía mayor autoridad comenzó su discurso en un tono elevado, subrayando las palabras; cada dos o tres palabras, o cada frase, terminaba en canto, es decir, arrastrando más los sonidos y forzando al mismo tiempo la voz; volvían luego *piano*, en un tono monótono y *crescendo*, hasta otro final de frase. Habló así durante media hora, sin interrumpirse y sin vacilar un solo instante, después de lo cual el intérprete, que había estado muy atento, tradujo lo que había dicho, que consistía en declaraciones de amistad, en reproches por algunos agravios pasados y terminaba con el pedido de algunos rollos de tabaco y algunos barriles de aguardiente, como prenda de la paz que proponía. El comandante respondió, en español, aceptando. El intérprete indio, empleando el mismo tono y el mismo canto del orador, tradujo la respuesta, y el cacique, que no abandonó un momento su aire de dignidad, salió del fuerte, sin dar muestras de alegría ni de temor. Fue al encuentro de los indios amigos de su nación y partió con los suyos, unos días más tarde, llevando los regalos pedidos. Los hechos posteriores nos probaron qué fe podía tenerse en las promesas de paz que acababa de formularnos; en cuanto a mí, creí que el principal propósito de ese indio y de los suyos era ponerse al corriente de nuestras fuerzas, para atacarnos más tarde.

Todas las naciones australes tienen sus oradores: es, incluso, el don de la palabra, junto con el coraje, lo que lleva al poder. En la tribu de los aucas, el

indio que no tiene el hábito de hablar en público, de hacer arengas sin interrumpirse, ni vacilar un instante, no llegará nunca ni siquiera a los puestos inferiores. Desde el primer cacique o *Ilmen*, hasta el que dirige su familia, todos deben, por necesidad, saber hablar largamente. Cuando yo asistía a los parlamentos, no me cansaba de oírlos discutir una hora seguida, sin nunca vacilar un instante. Me hacía a veces traducir literalmente sus discursos y me asombraba la claridad de sus ideas y la fuerza de sus argumentos, que denotaban una nación espiritual y susceptible de llegar a una alta civilización; me sorprendía también el brillo de sus figuras, la poesía de su lenguaje, la justeza de sus comparaciones. Está bastante generalizado, entre las naciones salvajes, el hábito de las arengas. Había ya oído a los tobas del Chaco hablar mucho tiempo, pero más tarde, entre los indios cazadores, en medio de los sombríos bosques del pie oriental de los Andes, volví a encontrarlos. Los yuracarés no les ceden en nada, a ese respecto, a los araucanos, a los puelches y a los patagones; sólo que no riman, como estos últimos, sus discursos.

Quise un día hacerme traducir literalmente, por medio del intérprete araucano, una de esas arengas, que los jefes dirigen a sus subalternos, cuando quieren prepararlos para una de sus excursiones a las tierras de los cristianos. No me alegró tanto como esperaba, a causa, sin duda, de las deficiencias del orador. Se reducía, en resumen, a las siguientes recomendaciones: "Hermanos, ¿qué hacemos acá? ¿Por qué permanecemos inactivos? ¿Por qué nos faltan caballos para la caza mientras los otros los poseen en abundancia? Vayamos a quitárselos. ¡Caciques! ¡Reunid a vuestras gentes! ¡Dirigidles discursos, inflamad su coraje; decidles que limpien sus lanzas, preparen sus boleadoras y, sobre todo, que no tengan miedo! Si el temor no los domina, conseguirán todo; tendrán numerosos rebaños y mujeres. Decidles que no duerman, que ensillen sus caballos, desde la aurora, y que se preparen para marchar; decidles, sobre todo, que no teman a la muerte y que con prudencia llegarán a todo. Que sepan que no hay que hablar; sí, por la noche, temen no reconocerse, que silben de una manera particular convenida".

Parece que, en esas arengas, recuerdan, sucesivamente, los éxitos pasados y el medio de obtener otros nuevos. No olvidan ninguna de las precauciones bélicas; las enumeran todas, más o menos poéticamente, mostrando, siempre, las ventajas que los suyos pueden sacar para el futuro. Una sola cosa no dejaba de llamarme la atención: era oírlos pronunciar discursos tan largos, siendo su idioma de lo más lacónico. No encontraba otra explicación a ese hecho que los detalles en los cuales entraban, detalles que son siempre lecciones de táctica militar que los jóvenes deben aprovechar.

La proximidad de los fríos trajo, a orillas del Río Negro, una innumerable cantidad de aves acuáticas o ribereñas, así como chingolos; y todos los días llegaban más. Había visto muchas en la provincia de Corrientes, pero nada era comparable a las que cubrían los campos pantanosos de la orilla sur y los zarzales de la del norte; parecía que todas las aves de las partes australes y de las montañas se hubiesen reunido en ese lugar, como si fuera su residencia anual, cuando la escarcha los expulsa de las regiones entonces heladas que habitan durante el verano. La caza era tan abundante y fácil que no había, por así decirlo, más que cargar el arma y hacer fuego. A menos de un cuarto de legua de la población del sur, no se veían más que bandadas de gansos, patos silvestres y palomas. Las lagunitas servían de refugio a diversos patos silvestres y a las pollas de agua, y su domesticidad era tal que apenas se dignaban volar cuando nos acercábamos. Más lejos, estaban las tropillas de fenicópteros de alas de fuego, mientras que las partes verdeantes servían de querencia a millares de gansos[16], muy impropiamente conocidos en la región con el nombre de *abutardas*, y cuyas miríadas coloreaban diversamente las llanuras. Llegan en el mes de abril y se van en septiembre. Vienen en tan gran número que cubren las campañas; sus gritos resuenan a lo lejos y animan esas praderas, antes desiertas. Los ribazos están animados de numerosas bandadas del guacamayo patagón[17] y del brillante entorno militar; por eso, en mis cacerías diarias, me resultaba poco difícil cargar, después de algunas horas de paseo, mi caballo y el de mi peón. Un cazador apasionado habría tenido pronto demasiado placer, y la facilidad con que habría satisfecho su deseo no habría tardado en hacerle perder el gusto de volver a cazar en Europa, donde hace falta a veces tanto trabajo para matar un pequeño número de piezas. Había amado mucho la caza en Francia, antes de mi partida; pero, acostumbrado a la abundancia, pensé entonces, como lo había previsto, que a mi regreso no podría encontrar placer en ese deporte.

19 de abril

El 19 de abril quise acompañar al comandante Rodríguez hasta la nave que debía llevarlo a Buenos Aires. Ese oficial, desde mi llegada, no sólo me hizo compartir su mesa, lo que no era poca cosa, en una región donde podía encontrar pocos recursos en ese sentido, sino que debí también a su amabilidad muchas facilidades para mi viaje, que no habría conseguido sin él. Si esta obra llega a sus manos,

16 El ganso antártico, *Anser antarcticus* Vieill. Son muy comunes en invierno en las islas Malvinas. Pernetty, t. 2, pág. 14.

17 *Psittacus patagonicus*, Vieill., Encycl.

que vea, por lo menos, el reconocimiento de mi gratitud. Un viajero se siente tan feliz al hallar a las autoridades dispuestas a apoyar su empresa que no debe pasar en silencio el nombre de quienes lo han ayudado. Partí en bote, y retardado por un viento contrario, llegué solamente a la una de la tarde. Permanecí a bordo hasta las seis, y me separé finalmente del señor Rodríguez no sin experimentar un verdadero pesar. El regreso fue de lo más difícil. La marca bajaba, y después de tres horas de lucha contra la corriente, estaba todavía a una legua del lugar de donde partí. Presa de un frío penetrante, debí considerarme feliz al conseguir caballos en una de las chacras de la costa; y de un galope me dirigí al fuerte, adonde llegué muy tarde.

22 de abril

El 22 me puse en camino para visitar la *Salina de Piedras*, así llamada porque la sal está en capas espesas y compactas, tan duras como piedras. Esta salina está en medio de la llanura, a la derecha del camino que conduce al árbol del Gualichu, a unas diez leguas del villorrio. Monté a caballo muy de mañana; y sin seguir ningún sendero trazado, guiado por mi peón, atravesé el desierto espinoso durante algunas horas; luego, cuando pensó que estábamos a una legua de las salinas, me propuso que nos detuviéramos para almorzar, lo que hicimos de inmediato, atando nuestros caballos a los zarzales. El fuego no tardó en chisporrotear y mi guía preparó el trozo de vaca que debía componer nuestra modesta comida mientras yo recorría los alrededores, tratando de descubrir algunas aves, pero éstas abandonan difícilmente los lugares donde pueden hallar agua. Por eso no vi, en mis exploraciones, más que algunos mochuelos tricolores, extraviados sin duda, y muchos caranchos, que nos siguieron, seguros de aprovechar los restos de nuestra comida. Monté a caballo y un momento después vi las pequeñas colinas que bordean la salina: se destacan sólo al este y apenas tienen algunos pies sobre el nivel del suelo circundante, mientras que del lado oeste no existen. Los terrenos presentan, de pronto, una pendiente suave, que forma, alrededor, la vertiente de la salina. Permanecí un momento en la cima de la colina observando con placer el panorama que se presentaba ante mí. Una inmensa ensenada alargada, en semicírculo, se extendía en una superficie que creí, por lo menos, de dos a tres leguas de largo, sobre cerca de una legua de ancho, en su diámetro mayor. Distinguí claramente, de donde estaba, el paso gradual de las diferentes zonas de vegetación, sucediéndose las unas a las otras, desde las partes más elevadas hasta el fondo del lago, según la mayor o menor proximidad de la sal; las últimas, completamente marítimas, compuestas de plantas de color verde oscuro, que pertenecen probablemente al género *Trachynotia*, son las mismas que vi en los bancos limosos y cubiertos por las

aguas de la bahía de San Blas. Presentaban un contraste original, reemplazando a una vegetación blancuzca y rodeando, con sus colores sombríos, una extensión brillante de blancura, que ocupa el centro del lago, semejante a la nieve más pura. La vista se sorprende al principio: se pasea con asombro y hasta con admiración sobre todo aquello que se le presenta; todo parece extraño, todo sorprende, pero al cabo de algunos instantes, cuando las primeras impresiones se disipan, se ve que algo falta en ese cuadro mágico; todo es triste y silencioso, todo parece abandonado por la naturaleza animada. La vegetación es pobre, raquítica, en ese lugar, donde ningún mamífero osa aproximarse; los pájaros parecen huir; el chingolo viajero, engañado por el aspecto del lago, cree poder calmar su sed, descansar de sus lejanos viajes y de la larga travesía del desierto. ¡Vana esperanza!... Apenas se acerca a esas orillas engañosas; apenas quiere gustar de esas aguas, vuela espantado y va a buscar tristemente, bien lejos de allí, un lugar más hospitalario.

Después de permanecer una media hora en contemplación y absorto en mis reflexiones, fatigado por el silencio de muerte que me rodeaba, me encaminé hacia las orillas de la salina. En el camino hallé, sobre la colina, varias excavaciones practicadas por los peones empleados en la extracción de sal, con la esperanza de descubrir agua dulce; pero, hasta el presente, todas las tentativas han sido inútiles y no dieron más que agua tan salada como la del lago; ése es uno de los motivos que impiden que la salina sea frecuentada, y todo revelaba que hacía años que nadie venía. No parecía haber sido tocada la sal en ninguna parte; se podía ver muy fácilmente que era incomparablemente más abundante en esta salina que en la de Andrés Paz. Forma, en todas partes, una capa dura y espesa de cinco a ocho pulgadas, que no se puede sacar sin el pico y la azada. Dejé los caballos al cuidado de mí peón y me puse a recoger insectos salados. Anduve por la costa del este, y como el terreno era limoso y yo estaba cargado de cajas, me descalcé, continuando, con los pies desnudos, mis exploraciones, encontrando algunos insectos distintos de los que había hallado en la otra salina; en general, eran poco numerosos, lo que me obligaba a recorrer una mayor superficie de las orillas. Ese trabajo absorbía toda mi atención y anduve algunas horas, terminando por dar la vuelta por la extremidad oriental; después, reconociendo que debía hacer otro tanto de camino para llegar al lugar de donde partí, preferí continuar, para llegar al otro lado del lago, frente al sitio donde me esperaba el peón, a fin de no tener que cruzar por la sal. Una vez ello decidido, resolví poner mi proyecto en ejecución. Proseguí mis investigaciones, que cada vez resultaban más provechosas: las orillas limosas cedieron su lugar a las playas arenosas, reemplazadas, más tarde, por bancos de asperón más o menos compacto,

donde comencé a añorar mis zapatos, porque los pies ablandados por la caminata, la sal y la humedad, sufrían mucho con las asperezas del suelo. Avanzaba, empero, cada vez con mayor avidez de descubrimientos, y mientras observaba las capas que componían el suelo, sin dejar de comparar su naturaleza con las que constituyen el de la Patagonia, recogí muchos otros insectos interesantes. Hice así por lo menos cuatro leguas, cuando vi que el sol se acercaba al término de su carrera; tuve que decidirme a abandonar las investigaciones para ir en busca de mi caballo. Lamenté mucho, entonces, no haber dicho a mi criado que me siguiera con nuestras cabalgaduras, lo que me habría permitido continuar la marcha mucho tiempo, pero estas reflexiones algo tardías versaban sobre un mal sin remedio, y abandoné todo para aventurarme en la salina.

El comienzo de la travesía no fue penoso. Había, sobre la masa pedregosa de sal cristalizada, una espesa capa de sal en pequeños cristales no adheridos entre sí, llevados por los vientos, lo que hacía la marcha bastante fácil y que los pies no me dolieran mucho. Hice así un medio cuarto de legua, en dirección hacia mi peón, a quien veía en la orilla opuesta, y creí poder llegar temprano junto a él; por desgracia, la sal libre pronto desapareció poco a poco y me hallé sobre la sal pedregosa desnuda, cubierta de un pie de agua, que sólo aguardaba el calor para convertirse en cristales de sulfato de soda. Entonces comenzó para mí un suplicio que resulta difícil explicar. Mis pies, ablandados por el agua, me hacían experimentar los más vivos dolores, cuando pisaba esa superficie dura, cubierta de cristales angulosos, que penetraban en las carnes, y yo no podía remediarlo, porque era imprescindible que pasara de un lado al otro. Mi molestia era extrema, y medía con tristeza la distancia que me restaba a franquear, mientras me decidía a avanzar. Hice, con mi pañuelo, una especie de venda, con la que envolví mis heridas, lo que me alivió algunos momentos; pero las puntas agudas deshicieron pronto esos trapos y quedé realmente atascado, sin poder ni avanzar ni permanecer en el lugar, experimentando vivos dolores. Me vi reducido a despedazar sucesivamente mis ropas para envolver la planta de los pies; así, después de una hora y media de caminata sobre la sal, alcancé finalmente la otra orilla, sufriendo mucho por la que penetraba en cada herida. Difícilmente podría describir el contento que sentí al pisar el suelo y volver a ponerme el calzado; olvidé mis dolores pasados, riendo de mi desventura y de mi posición crítica, en medio de ese mar de sal, sin ir ni hacia adelante ni hacia atrás, y no pudiendo empero detenerme, so pena de quedar mucho tiempo sobre puntas penetrantes. Esos detalles, tal vez un tanto minuciosos, podrán servir de lección al naturalista que quiera intentar las mismas exploraciones, y es por eso que he creído necesario no pasarlos en silencio.

La Salina de Piedras podría dar mucha más sal que todas las otras de los alrededores de Carmen; es también la que posee la substancia más pura; en su superficie presenta una cristalización blanca resplandeciente. Si se corta con fuerza la costra superior, todo lo de abajo es de color rosa muy pronunciado; ese color desaparece al exponerse al aire y todos los pobladores están de acuerdo en preferir la sal de este lago a la del de Andrés Paz. Sin embargo, no la explotan por el momento, por varios motivos, el primero de los cuales fue siempre la falta de agua dulce. Los peones estaban obligados a traerla de las orillas del Río Negro, distante unas ocho leguas, y cuando faltaba se veían en la necesidad de suspender su trabajo para conseguirla. Otro motivo era la menor facilidad de extracción: en la salina de Andrés Paz basta recoger con una pala de madera la sal de la superficie del suelo, mientras que en esta zona no puede emplearse, en ningún caso, el mismo procedimiento; el pico y la azada son indispensables, para partir en pedazos las capas sólidas, espesas de seis a ocho pulgadas, que cubren toda la superficie de ese lago salado; por lo demás, siendo el suelo menos firme, las carretas no podrían entrar dentro de la salina y no podrían cargarse más que a sus orillas, lo que obligaría a conducir la sal hasta allí. Otra dificultad es no poder realizar más que apenas un viaje de carreta por día, hasta el río, siendo el trayecto de ida y vuelta de diez y seis leguas, sin agua. Todos estos inconvenientes no han podido compensar la gran ventaja de conducir directamente la sal al lugar de embarque, mientras que de la salina de Andrés Paz hay un transporte en carreta y otro por agua. En diversas oportunidades se ha abandonado y reiniciado la explotación de esa salina: varias naves han llevado su carga, pero después de tener la certidumbre de que los pozos cavados sólo dan agua fuertemente salada y que muchos bueyes mueren de fatiga y de sed en el trayecto, se ha renunciado a esa explotación, hasta que se vean obligados a empezar de nuevo.

El sol se había ocultado y la sombra comenzaba a extenderse sobre todos los objetos. Me voltée hacia la salina y me impresionó su aspecto. El color aún más oscuro, que se extendía sobre toda la naturaleza, no parecía haber alcanzado esa hermosa capa blanca, más resplandeciente que nunca; y podría decir que más se destacaba a medida que las colinas vecinas se ensombrecían. Quien haya visto por la noche las cumbres nevadas de las montañas dibujarse sobre los objetos diversamente coloreados que las rodean, o quien haya dormido en medio de las nieves, puede haber notado hasta qué punto todas las grandes masas blancas arrojan luz en torno de ellas, y cómo se distinguen, hasta en medio de las tinieblas más espesas. Había notado ya ese efecto puramente físico en la salina de Andrés Paz y lo volví a ver muy a menudo en las cumbres

elevadas de los Andes. Al remontar las orillas de la salina hasta la cima de las colinas, varias veces volví a mirar la salina, y finalmente, cuando estaba a punto de perderla de vista, su centro se destacó, en una ancha media luna, contra los sombríos zarzales que la rodean.

Mi peón me apremiaba desde hacía tiempo para regresar; no se sentía seguro en esos lugares; y a pesar de mi deseo de pasar la noche en los alrededores, para ver de nuevo al día siguiente el otro lado de la salina, no pude conseguirlo. Mi guía me hizo notar que no estábamos lejos del camino del Colorado, por donde los indios podían venir, que nuestros caballos no habían bebido y, finalmente, que me dejaría solo, sí yo insistía en quedarme. Fue necesario, pues, ceder y galopamos en medio del desierto, entre los zarzales espinosos, orientándonos por las estrellas. Caminábamos así en silencio, cuando el cansancio de nuestros caballos nos obligó a disminuir el paso, poco a poco, hasta detenernos del todo. Estábamos todavía, por lo que pudimos juzgar, a una o dos leguas de Carmen; nos fue necesario, pues, vivaquear. Otro motivo nos habría impedido llegar durante la noche; era el temor de alarmar al fuerte; toda marcha nocturna, a menos de noticias de ataques, estaba prohibida. Nos instalamos junto a un zarzal, donde transcurrió el resto de la noche, no sin sentir un frío penetrante, porque creyendo regresar el mismo día, no me había provisto con qué abrigarme. Al día siguiente, apenas amaneció, me puse en camino y llegué pronto a Carmen.

A pesar de las noticias alarmantes que recibíamos de todas partes acerca de las intenciones de los indios, no quise perder un instante y recorrí los alrededores que no conocía, para terminar de recoger los objetos que podían interesarme. Cazaba todos los días y mis colecciones aumentaban mucho. El 25 quise regresar a la salina de Andrés Paz, registrando hasta allí las sinuosidades del río. Me dediqué a esa tarea, al mismo tiempo que veía millares de aves en el camino. Una vez llegado al lugar donde estaban las barracas de explotación, que se incendiaron por descuido un día de fuerte viento, partí a pie de cacería, remontando el Río Negro, cerca de tres leguas, y regresé doblado bajo el peso de los pájaros que había matado. Desde hacía algún tiempo, las palomas[18] habían llegado en innumerables bandadas a orillas del Río Negro: todas las mañanas esas bandadas, compuestas por lo común de muchos millares, descendían de lo alto del Río Negro hacia la desembocadura, en nubes espesas, que cubrían de un color azulado todas las llanuras de las orillas, ocultando la

Carmen, Patagonia 25 de abril

18 *Paloma de alas manchadas*, *Azara*, N° 318.

tierra en una extensión de algunos centenares de pasos; y allí, apretadas unas con, otras, comían tranquilamente, porque hay pocos cazadores en Carmen. Vi varias bandadas al ir y cada tiro de fusil hizo caer cerca de una docena sobre el lugar. Por la tarde, todos esos pájaros regresan a la desembocadura del río, donde no hay ningún árbol, para posarse en los sauces de sus orillas y en las islas; y como los primeros de esos árboles están en el lugar donde me encontraba algo antes del crepúsculo, llegaron de todas partes, se posaron en las ramas, que se doblaban bajo su peso. Si hubiera tirado al azar en una dirección cualquiera, en medio de la espesura, no habría dejado de matar gran número y, con mayor razón, si me acercaba con precaución, apuntando a lo más espeso de la bandada. Hice dos o tres veces la prueba y la tierra se cubrió de palomas muertas o heridas, que al día siguiente hallé bajo los árboles a cada paso. Maté más de cincuenta en tres tiros; esos pájaros ya llegaban desde algunas horas cuando los cacé y los sauces estaban cubiertos. Conocía, desde hacía tiempo, el ruido que produce una de sus bandadas cuando vuela; sin embargo, en el momento de tirar en medio de los árboles, quedé estupefacto del alboroto que hicieron esos millares de pájaros, al levantar vuelo todos juntos. Era un ruido semejante al del trueno, que se renovaba a cada instante, porque esas pobres palomas, después de girar en el aire, regresaban a las ramas, pero asustadas de nuevo, el miedo las hacía volar otra vez, con el mismo ruido, y sólo comenzaron a descansar cuando la noche no les permitió orientarse. Quien no ha visto esas grandes bandadas cubrir ciertos lugares salvajes, no puede, de ninguna manera, darse cuenta de su enorme cantidad; está por encima de todo lo que uno puede imaginarse.

Hacia el mes de abril, las palomas que anidan, dispersas sin duda en los sitios boscosos próximos a las orillas del Río Negro y de otros ríos de la Patagonia, y en todo el pie oriental de los Andes, comienzan a reunirse en grandes familias; y descienden entonces para ir a buscar, en las llanuras ribereñas de los ríos y vecindades del mar, regiones menos frías, donde puedan vivir; es así que de todos los alrededores llegan en esa época a las tierras de aluvión que bordean el río y pasan algunos meses, más o menos hasta agosto, atrayendo gran número de aves de rapiña, especialmente águilas aguya[19] que viven a sus expensas, y parten luego para regresar al año siguiente en la misma época. Las palomas no frecuentan las llanuras elevadas y jamás se alejan del río, por lo visto tal vez porque allí hallan los granos de que se alimentan. Ya había encontrado, en invierno, en la provincia de Corrientes, principalmente en el

19 *Pygargue aguya (Halioetus melanolcucus).*
20 Capítulo VII.

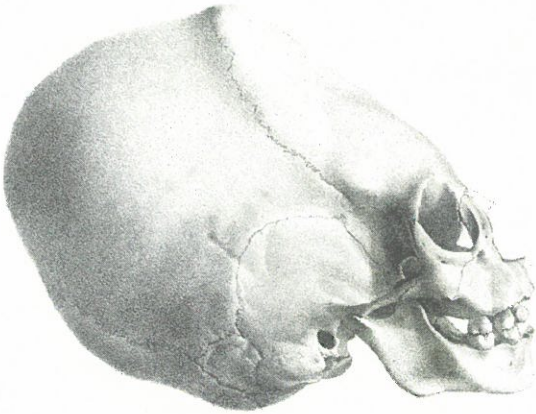
Rincón de Luna[20] y a orillas del Plata, bandadas de esa especie; pero eran poco numerosas comparadas con éstas. Parece que esa especie tiene en todas partes los mismos hábitos, porque forma también grandes bandadas en la ladera oriental de los Andes, en la provincia de Yungas, en Bolivia. Vive en sitios elevados, donde halla, a causa de la altura, más o menos las mismas tierras y la misma temperatura que en los de la Patagonia.

La falta de cabañas me obligó a pasar la noche al aire libre, expuesto a un rocío abundante y frío; por eso, desde el alba estaba de pie. Fui con los peones a ver si, bajo los árboles donde había hecho fuego a las palomas, no hallaba más muertas; y sin cazar, recogí tanto más que en la víspera. Me encaminé luego hacia la salina, que volví a ver con gran placer; después, regresé a Carmen, observando minuciosamente la geología de las colinas y cargándome de muestras.

1.

1/2

2.



1/2

1: *Cabeza de un puelche de Río Negro (Patagonia)*;
2: *Cabeza de un joven aymara de la provincia Carangas (Bolivia)*.

CAPÍTULO XX

Viaje y estadía en San Javier y continuación de la descripción de los usos y costumbres de los patagones. Cacería de avestruces. Primera invasión de los indios. Estado crítico de Carmen. Complot de los Gauchos. Segundo Viaje al Sur. Nuevo ataque de las hordas salvajes

Viaje y estadía en San Javier y continuación de la descripción de los usos y costumbres de los patagones

Conocía bastante bien ambas orillas del Río Negro, la del sur descendiendo, y la del norte remontándolo; pero no había visitado todavía el puesto más avanzado de la orilla del sur, el lugar llamado *San Javier*, que los pobladores me señalaron como sitio cubierto de sauces y morada de numerosos pecarís[1], jabalíes de esas comarcas. Traté de descubrir un albergue donde pudiera residir algunos días, a fin de visitar el lugar.

Un marinero francés, casado en la zona, me ofreció amablemente su granja y me dispuse a dirigirme allí. Debía partir el 29, pero un viento terrible me obligó a postergar la expedición. La costa de la Patagonia es tal vez la región del mundo donde el viento sopla con más fuerza: fue tan intenso ese día que nadie podía salir a caballo sin correr peligro de ser volteado; y al día siguiente supimos que se habían producido varios accidentes; empero, como el tiempo estaba algo tranquilo, no quise esperar más para ponerme en camino. Hice pasar a los caballos al otro lado del río y me dirigí con armas y bagajes. El camino es, desde la Población del Sur hasta San Javier, bastante uniforme. Se siguen siempre las tierras de aluvión que ocupan toda esa orilla, de varias le-

1829
San Javier, Patagonia

1 *Dicotyles torquatus*, Cuv.

guas de ancho; y el trayecto sería de lo más monótono si no se vieran de tanto en tanto, a orillas del Río Negro, granjas agrícolas, unas adornadas con un jardincito y algunos árboles; otras peladas, aisladas en medio de la llanura, y de los campos que valorizan, cuyos rastrojos, entonces secos, no tenían nada de alegre. En el espacio de seis leguas, la misma uniformidad en el campo; los escasos árboles que se ven fueron plantados por el hombre y la naturaleza se entristecería si gran número de pequeños lagos y pantanos no estuvieran incesantemente vivificados por bandadas de aves de toda especie, que presentan, a cada paso, la caza más rica a quienquiera tenga el menor deseo de cazar. En las praderas hay innumerables bandadas de palomas y gansos, y al borde de las aguas, todavía mayor variedad. El gran número de especies y la multiplicidad de cada una de ellas, harían creer que todos los pájaros del polo se han dado cita en el mismo punto, donde viven de la manera más familiar. No creo que sea posible encontrar en ninguna otra parte una reunión tan numerosa. Estaba aturdido por sus gritos diversos, y se agitaban continuamente con sus movimientos graves y regulares. Nubes de palomas, perseguidas por el águila raptora, hacían rápidas evoluciones, acercándose entre sí de golpe o dibujando en el horizonte mil figuras extrañas; luego se replegaban como serpientes, reuniéndose en seguida para escapar al tirano de los aires, pero en vano... La bandada no puede tener paz sino cuando un desdichado pájaro, cogido por las garras aceradas del águila, es llevado lejos de sus hermanos y pone una tregua, con su muerte, a la persecución de que son constantemente objeto. Si se comparan nuestros campos, donde apenas una alegre alondra osa mostrarse de tanto en tanto; donde el gorrión doméstico no se siente seguro; donde los escasos pájaros que quedan están de continuo expuestos a los tiros del cazador; si, digo, se comparan tales lugares con las regiones todavía salvajes, donde todos los seres gozan de una libertad completa y pululan por millares, libres de todo temor, se apreciará la influencia que tiene sobre la naturaleza y el aspecto de un país, considerado desde el punto de vista de los animales que lo habitan, la proximidad de los grandes centros de civilización. Es probable que esas aves, hoy pacíficos habitantes de las zonas despobladas, se conviertan en fugitivos y tímidos, y hasta abandonen la comarca, cuando una importante población y una civilización avanzada invadan las orillas, hoy todavía desiertas, del Río Negro.

Llegué así, acompañado de la gente alada, hasta una legua de San Javier, donde la naturaleza reviste otras formas. Las orillas del río se cubren de bosquecillos de sauces; las aguas se dividen en varios canales tortuosos y forman islas boscosas que alegran la vista. Un momento antes, la región debía la

vida a los seres animados que la cubrían; allí, al contrario, sólo a la vegetación debe todo su atavío. Los sauces, que a diferencia de los de Europa no han sentido nunca el hierro del hacha, son altos y rectos: su forma es graciosa y sus ligeras ramas se balancean suavemente al capricho de los vientos; su sombra protege las plantas altas y verdeantes que crecen con vigor, y yo comenzaba a lamentar que un lugar tan bonito estuviera desprovisto de casas, cuando en un recodo de un bosque vi la humilde cabaña de mi compatriota. Está adosada a los árboles y sólo la separa de ese laberinto de islotes boscosos un par de canalitos naturales, que se atraviesan sobre algunos troncos de sauces, dispuestos a manera de puente. Olvidando por un momento que estaba en la Patagonia, me creía a orillas de los más hermosos de nuestros pequeños ríos de Francia, y la ilusión era tanto más completa por cuanto estaba en casa de un francés. Ese diminuto recodo de las orillas del Río Negro en nada se asemeja a todo lo que caracteriza a la región; es un oasis perdido en medio de desiertos áridos y desolados. Me instalé en la cabaña, donde faltaba todo lo necesario a las comodidades de la vida, porque su propietario, temiendo las invasiones de los indios, había transportado a Carmen cuanto le pertenecía; empero, sabiendo que podía conseguir mucho con la caza y que a poca distancia había una reunión muy numerosa de tiendas de patagones, resolví pasar algunos días en ese lugar, tanto para coleccionar todos los objetos de historia natural que podía hallar, como para continuar mis observaciones sobre los tehuelches, entonces alejados de la influencia de los lugares habitados por los blancos.

Un día, a caballo, acompañado por algunos hombres y de una jauría de perros, remonté desde la casa hacia el oeste, para cazar *jabalíes* o pecarís. Marché por la parte exterior del bosque, hasta los toldos de los patagones, permanecí un momento con ellos y después continué mi ruta hasta la prevención de San Javier, última casa de ese lado, la única construida con piedras y cubierta de tejas. Era, desde la fundación de Carmen por los españoles, el puesto más avanzado y límite de la colonia; allí hay siempre algunos soldados que vigilan los movimientos de los indios. Hallé cuatro o cinco bomberos, encargados también del mismo servicio, que recorren todos los días la campaña para comprobar si todo está o no tranquilo. Seguí avanzando y me encontré pronto en medio de terrenos medio pantanosos, cubiertos de tanto en tanto de praderas, cortadas por muchos canales naturales. Esos lugares, ricos en pastos, son difíciles de recorrer. Estuve a punto de renunciar en varias oportunidades: ni una sola senda. Es menester abrirse paso a través de plantas de ocho a diez pies de altura, que forman marañas, de donde, a diez pasos de distancia, no se ve al jinete sobre su caballo, forzándolo a menudo a descender, para abrirse paso a

sablazos. Recorrí así más de cuatro leguas en la espesura, encontrando a menudo praderas magníficas, rodeadas de árboles, islas en las cuales penetré, donde todo revelaba una vegetación activa y brindaba al chacarero los mejores pastos, pero que nunca han sido pisadas por el ganado doméstico. No intentaron nunca establecerse arriba del puesto de vigilancia, aunque sean, en verdad, los mejores campos para la agricultura. Las escasas garantías contra los indios y la poca profundidad del río, que no permite a los navíos remontar más allá de Carmen, han impedido a los especuladores establecerse allí. Esperamos que algún día, las más hermosas regiones de la Patagonia, bajo un cielo todavía sereno y templado, no estarán desiertas y que una población activa vendrá a trabajarlas. Tales reflexiones me asaltaron muy a menudo al pisar ese suelo virgen, que no pertenece aún a nadie.

Encontramos varias veces rastros inequívocos del paso de tropillas de pecaríes, pero no pude ver uno solo de esos animales; los perros los olfatearon en diversas ocasiones inútilmente. La dificultad que experimentaban de penetrar en medio de la maleza nos impidió cazarlos. Me limité a matar varias águilas, cisnes de cuello negro, muchos ánades y pajaritos, y regresé a mi cabaña con las piernas destrozadas por las espinas y las plantas cortantes. Varios días seguidos continué mis exploraciones sin ser más afortunado respecto a los pecaríes, aunque siempre favorecido con los pájaros, los insectos y hasta las conchillas, permitiéndome las aguas muy bajas recoger varias bivalvas[2] y limneas muy hermosas. En general, aunque esas excursiones eran de lo más penosas, saqué grandes beneficios; y esa estadía fue de las que más contribuyeron a aumentar mi colección.

Debía ocuparme de otro género de trabajo. Necesitaba completar, con los patagones, las observaciones que podían hacérmelos conocer bien. A este efecto, fui a pasar una parte de mis jornadas entre ellos, y el azar me favoreció mucho en lo que deseaba ver. Un día llegué, por la mañana, en el momento en que comenzaba una ceremonia nacional, cuyos pormenores seguí. Vi numerosos indios que rodeaban una tienda, donde estaba colocada una joven india que sus vecinos visitaban sucesivamente y a los cuales daba un trozo de carne. Ese original espectáculo me interesó mucho, y por medio de un indio puelche, que estaba en casa de mi compatriota, obtuve pronto la explicación. La época de la nubilidad de la joven india era la causa. Para estar de acuerdo a una costumbre común a los patagones, a los araucanos y a los puelches, cuando una joven siente los primeros indicios de la nubilidad, informa a su madre o a

2 *Anodontes patagonica*, d'Orb.; *Lymnoeus Dombeyanus*.

su más próxima parienta; ésta informa a su vez al jefe de la familia, quien elige, de inmediato, su yegua más gorda, a fin de obsequiar a sus amigos. La joven es colocada en el fondo de un toldo, llamado *huetenuca*, separado de los otros y decorado con ese motivo; y allí, sobre una especie de altar, recibe las visitas sucesivas de todos los indios e indias de la toldería, que van a felicitarla por ser mujer y recibir de ella un pedazo de carne de la yegua, de acuerdo a su rango o a su grado de parentesco. Tan pronto todos los visitantes han llegado y toda la tribu sabe que la joven india es núbil, se la sienta en una manta de lana, que su madre toma por la parte delantera y su parienta más próxima por la trasera, y así levantada se la pasea, mientras una vieja, cumpliendo las funciones de adivino o sacerdote, marcha a la cabeza, cantando, sin duda para conjurar el espíritu maligno. El cortejo se encamina lentamente a un lago vecino, sin que nadie lo siga; la sacerdotisa es la primera en entrar en el agua, toma un poco de agua y lo arroja al aire, hablando mucho tiempo, sin duda a fin de pedir al dios del mal que proteja a la joven en la nueva posición que va a asumir en el mundo. Las otras mujeres entran en la laguna: una vez terminado el conjuro, sumergen a la joven en el agua tres veces seguidas; la secan bien, extienden algunas piezas de tejido en tierra a la orilla, la acuestan, la cubren con lo mejor que poseen y, más tarde, cuando la sacerdotisa termina y reinicia sus oraciones, la neófita regresa a la toldería, donde, desde ese momento, debe desempeñar un papel.

Estoy seguro de que esa costumbre está generalizada entre los indios de América meridional, porque no solamente he comprobado que existe también entre las demás naciones australes, tales como los puelches y los araucanos, sino también la he encontrado en los inmensos bosques del centro de América. Es cierto que no es celebrada en todas partes de la misma manera, y que a menudo el momento es señalado por medio de sufrimientos que se imponen a las jóvenes. Los guarayos, por ejemplo, lo señalan imprimiendo profundas cicatrices en el pecho de la paciente. Los yuracarés, del pie oriental de los Andes de Cochabamba, más insensibles a los dolores físicos, no sólo le cubren los brazos de heridas, sino también se las hacen a sí mismos y a todos los miembros de la familia. Los animales domésticos no quedan exentos de salvajes estigmas, y así la fiesta, que tiene lugar después de ayunos, transcurre en libaciones y termina en esa escena bárbara. La educación de las neófitas de la provincia de Moxos, a pesar de todos los esfuerzos de los religiosos que han tratado de hacerles olvidar todas las costumbres primitivas de su religión, no ha podido, desde hace siglos, borrar los recuerdos de ese momento, que los canichanas señalan con ayunos demasiado prolongados. Puesto que ese uso

existe a tan grandes distancias y en naciones tan diferentes, podría suponerse que se hallaba en casi todas, antes de que el cristianismo aboliera las antiguas costumbres religiosas. En las tribus donde existe todavía, es por lo menos una garantía contra la corrupción prematura: nunca, en las naciones australes, una joven, antes de ser núbil, dejará de estar sometida a la severa vigilancia de sus padres, mientras que en los indios semicivilizados de las misiones, la corrupción no espera nunca ese momento. Hay que decir asimismo que entre todos esos aborígenes, una vez que la joven es núbil, es por completo dueña de sus actos, y hasta que se casa puede hacer lo que le venga en gana, sin ser reprendida. Es tan libre soltera, como esclava casada.

El casamiento de los patagones no es tan complicado como la ceremonia de que acabo de hablar; se reduce a muy poco. Nunca un indio se casa antes de haber hecho sus pruebas en la caza y en la guerra; por eso permanece soltero hasta los veinte años, tratando hasta esa edad de hacerse una reputación de guerrero o de reunir, durante las invasiones, suficientes riquezas como para conseguir una mujer, porque no le basta ser amado de una joven india, es necesario que convenga a la familia. Por eso el pretendiente está obligado a hacer regalos a sus padres, quienes a menudo fijan el precio que quieren por su hija, y si no está por encima de la fortuna del indio, todo se arregla con facilidad, sin entrar a discutir la conducta pasada de la futura. Como se reconoce que es dueña de su persona, no se ocupan en lo mínimo de lo que ha hecho, estando obligada únicamente a ser fiel a su marido. Una vez que las partes llegan a un acuerdo, la madre de la futura y sus amigas construyen el toldo del casamiento, que debe ocupar la nueva pareja: se encierran ambos esposos y todos los adivinos y parientes se reúnen alrededor. Los adivinos comienzan por dar consejos al marido, acerca de la conducta que debe seguir con su mujer y sus deberes; luego hacen otro tanto con ella, aconsejándole, sobre todo, la sumisión, primera de las virtudes que exige su nuevo estado. Una vez que han sido dados todos los consejos, los adivinos con los parientes cantan y bailan alrededor de la tienda, ejecutando una música diabólica con grandes calabazas o soplando en grandes conchillas. Los hombres, en ese intervalo, encienden un gran fuego y hacen asar la carne, de la que ofrecen, de tanto en tanto, algunos trocitos a los esposos, dándoles todavía nuevos consejos. Así transcurre la noche, y a la mañana siguiente son considerados definitivamente casados una vez que todos los habitantes de la toldería los han visitado en la cama. De inmediato, la nueva esposa se adorna con lo que ha recibido de más precioso de su marido: así se pone sus enormes aros, y el mayor placer que puede experimentar es si su marido, a imitación de los aucas, le ha dado un bonete

hecho de perlas de vidrio de color, unidas por medio de tendones de avestruz (único hilo de los patagones) y reunidas en mallas como redes. Entonces recibe la visita de las otras mujeres y jóvenes, que la admiran. Sus joyas consisten en brujerías de vidrio. Si posee un caballo, lo ensilla, lo adorna con todo lo que posee y va así a pasearse, exhibiendo todas sus riquezas a los ojos de sus vecinas. Un patagón sólo posee siempre una mujer legítima, a la que no abandona jamás; únicamente a una concubina puede abandonar sin vergüenza, lo que hace cuando no le da un hijo. Si, en la guerra, obtienen cautivas, ellas sirven de criadas a su mujer.

Sólo las viudas y las huérfanas pueden disponer de sí mismas y casarse como les parece; las solteras que tienen padres son, por así decirlo, consideradas por ellos como medios de riqueza. Exigen tanto al pretendiente, que muchos indios tardan largo tiempo en casarse, porque no poseen lo suficiente como para comprar una mujer. A menudo ésta, casada contra su deseo, no puede, empero, resistir las órdenes de su padre, pero si persiste en no acordar nada a su marido, a veces éste, que nunca emplea malos tratos para obligarla, cansado finalmente de su obstinación, la reenvía a sus padres o la vende al hombre que ella prefiere. Cuando una mujer huye de la tienda de su marido para ir al encuentro de un amante amado y vivir con él, el esposo, si es de rango superior, o si tiene amigos más poderosos que el raptor, se hace devolver su mujer; pero si, por el contrarío, el raptor está en una posición más elevada, el marido debe dejar pacientemente que le robe su mujer, sin quejarse. Por lo general, los interesados entran en conversaciones y se arreglan mediante diversos regalos. Algunos patagones me han asegurado que toman una mujer por esposa o por concubina; que, en el segundo caso, pueden abandonarla cuando les parece, pero que no existe ejemplo de abandono cuando tienen hijos; y las indias son, al mismo tiempo, compañeras laboriosas y fieles, que viven en armonía con sus maridos, que las protegen hasta en la vejez más avanzada y las tratan con la mayor dulzura. Es raro que un indio pegue a su mujer.

Las atribuciones del hombre y de la mujer son bien diferentes. El primero hace la guerra, va a la caza, debe proporcionar a su familia alimento y pieles de animales para la ropa y la tienda; mientras que todo el trabajo interior se confía a la segunda, la que debe construir las tiendas y ocuparse del transporte en los viajes, soportar todo peso de los trabajos domésticos, dedicándose a la crianza de los hijos; hace todo, salvo la caza y la guerra, aunque no es raro, en este último caso, verla ayudar a su marido a salvar el botín. Se ocupa de los equipajes, carga y descarga los caballos, sin ser ayudada nunca en estas tareas. Esa costumbre está bastante extendida entre todos los salvajes americanos, desde

el habitante de las llanuras y de las montañas hasta el de los bosques; en todas partes el hombre es amo y señor de las mujeres, que sólo cumplen funciones de esclavas, llevando los fardos y trabajando continuamente, mientras que él permanece espectador inactivo. Es una prueba más de que la mujer goza de una suerte más dichosa a medida que la civilización es más avanzada. ¡Qué diferencia, en efecto, con las de nuestras ciudades, rodeadas de todo el prestigio de su amabilidad y de su poder absoluto sobre nosotros, y esas pobres salvajes, humildes esclavas de sus maridos, cuya vida es una carga continua, que soportan pacientemente sin quejarse, porque es atributo de su sexo!

Una mujer encinta nunca queda dispensada de cumplir sus funciones: debe dedicarse a sus ocupaciones diarias hasta cuando se aproxima el momento de dar a luz; apenas sí se le conceden uno o dos días de descanso. Una de las adivinas le sirve de partera, y al nacer el niño hay a veces fiestas, bailes y cantos, así como conjuros contra el espíritu maligno o Achekenat-kanet. La madre alimenta siempre a su hijo uno o dos años, hasta que su estómago puede soportar los alimentos groseros que comen los patagones. Desde su más tierna infancia, se entrega a todos sus caprichos, sin ser jamás reprimido; por lo general la madre cede ciegamente a sus menores deseos. Un hijo varón es a veces más amo que su padre, quien nunca lo contraría; esa nación lleva tan lejos esa debilidad, que se ve a una tribu abandonar un sitio o residir en él más tiempo del necesario por el simple deseo de un niño. Los puelches son padres casi tan débiles como los patagones.

Se comprende que con esa educación los niños deban sentirse muy felices. Desde su más tierna infancia, el padre los pasea a menudo a caballo, y a los seis o siete años saben ya dirigir las cabalgaduras más dóciles; algunos años después, acompañan a sus padres en sus cacerías, aprendiendo a manejar las boleadoras y la flecha. Poco a poco se acostumbran a todos los ejercicios que figura en las atribuciones del hombre; empero, durante mucho tiempo, todavía los muchachos no acompañan a sus padres a la guerra o, por lo menos, permanecen en la retaguardia con las mujeres, a fin de ayudar a llevar el botín. Sólo a los dieciocho o veinte años comienzan a batirse por su cuenta, porque no teniendo nada que esperar de sus padres, desde el punto de vista de la fortuna, se ven obligados a pensar temprano en su porvenir particular. Las muchachas, desde que tienen bastante fuerza, ayudan a su madre en los trabajos de la casa, sin ser obligadas a ello; tienen, por el contrario, libertad plena y completa; únicamente no pueden casarse sin el consentimiento de sus padres. En general, en la medida que existe unión entre el padre y la madre, existe también entre ellos y sus hijos. A este respecto, los salvajes poseen a menudo el instinto paternal, filial y familiar en mayor grado que muchos hombres civilizados.

Las naciones australes celebran más o menos los mismos funerales a sus muertos; empero, hay muchos matices. Los patagones son supersticiosos al máximo a este respecto: conservan durante mucho tiempo el recuerdo de los seres amados; y a menudo se los oye lamentarse y referir las virtudes y buenas cualidades de los difuntos. ¡Cuántas veces he oído pronunciar esos lamentos, al acercarme a una tienda! Es raro que una vieja india pase un día sin hablar, llorando, a sus vecinas, o a sus hijos, de los días dichosos que pasó con su marido; y el viejo indio recuerda, con la misma solicitud, los servicios que recibió de su mujer. Suponen que los muertos son admitidos en una vida de beatitud y esperan encontrarlos. He referido de qué manera los patagones se curan cuando están enfermos[3] y qué suponen a este respecto. Si llega la muerte, los adivinos son acusados, a veces; pero, por lo general, los parientes están demasiado afligidos por la pérdida como para ocuparse de ellos. Al morir un jefe de familia, los amigos se pintan de negro y van sucesivamente a consolar a su viuda y a sus hijos. El cuerpo del difunto es de inmediato despojado de sus prendas por sus parientes; luego, estando todavía caliente, se le colocan las piernas de manera de poner las rodillas en el mentón, los talones en la parte inferior del tronco y cruzarle los brazos sobre las piernas[4]. Inmediatamente después, una parte de lo que ha pertenecido al difunto es quemada por los suyos en señal de duelo: su morada es destruida, su mujer y sus hijos son despojados de todo lo que les pertenece, y la viuda, sin asilo, a menudo casi desnuda, aguarda, en los alrededores, que algunos parientes le den ropa; se embadurna de inmediato la cara de negro, se corta los cabellos de adelante, se peina los otros, dejándolos caer sobre las espaldas, y se encierra en una vieja tienda, donde, durante un año, no sale, llevando ropa lúgubre, el rostro pintado de negro, sin poder lavarse hasta un año después, y constreñida, en ese plazo, a llevar la conducta más austera. La menor infracción a este uso sería una afrenta a la memoria del difunto, que los suyos podrían castigar con la muerte de la culpable y su cómplice.

Una vez que el cuerpo del difunto es plegado de esa manera y su tienda quemada, sus próximos inmolan a sus manes todos los animales que le pertenecieron: sus vacas son matadas en el campo, así como sus caballos, y ningún indio come su carne; hasta sus perros, fieles compañeros en sus cacerías, son

3 Capítulo XVIII.

4 Esa forma de dar al cadáver el menor volumen posible está generalizada en toda América. Las tumbas de los incas y de los pueblos cazadores de los bosques me han proporcionado la prueba. Los cadáveres son enterrados sentados.

degollados; sólo se reserva su mejor caballo, destinado a llevar su cadáver hasta la sepultura, con sus armas y sus joyas, que deben ser sepultadas con él. Sus hijos o sus sobrinos lo acompañan hasta su última morada; marchan a lo lejos en el campo, sobre todo cuando hay en los alrededores una nación distinta o los cristianos, a fin de no ser vistos. Cuando se creen solos, y bastante alejados para no ser seguidos, cavan una fosa circular, de dos pies de diámetro a lo sumo y bastante profunda, para que el cuerpo, depositado sentado, pueda tener algunos pies de tierra sobre la cabeza[5]; los entierran con sus armas, sus alfileres de plata y sus mejores prendas, a fin de que los encuentre en la otra vida[6], lo cubren de tierra e inmolan, luego, al corcel sobre su tumba, para que pueda emplearlo cuando lo necesite; después regresan tristemente, haciendo grandes rodeos para que no se sepa adónde fueron. Tales precauciones son de lo más necesarias, porque si, en la misma toldería, un indio no es lo bastante atrevido como para ir a profanar la tumba de su hermano o de su amigo, las otras tribus, siempre menos escrupulosas en este punto, y sobre todos los cristianos de los alrededores o que viven con ellos, no dejan de buscar esas tumbas, a fin de llevarse la ropa y los adornos de plata que se colocan, robos que a menudo producen, entre las naciones, riñas y odios mortales. Tal profanación se ha hecho tan frecuente, sobre todo después del establecimiento de los españoles, que los parientes son menos severos a este respecto. Como todo el ganado y todos los caballos son del jefe de familia, cuando una india muere antes que su marido, sólo se puede destruir aquello que le pertenece en propiedad, lo que se reduce a su ropa y algunos adornos, junto a lo que se pone con ella en la tumba. La ceremonia es en lo demás idéntica, pero el viudo y los hijos no llevan ningún duelo exterior y el primero puede casarse de inmediato, si le parece.

Iba regularmente, todos los días, a visitar a los patagones en sus toldos. Una tarde, que permanecí más tiempo, me entretuve conversando con el cacique Churlakin, por medio de un intérprete, y como hacía frío, mi peón fue a buscar madera y encendió un poco de fuego. Fue entonces que observé una costumbre que a menudo hallé en los salvajes. El jefe patagón, en vez de mirar el fuego, como se hace por lo general en Europa, le daba siempre la espalda. Vi que todos los demás hacían otro tanto; y más tarde me convencí de que era

---

5 Falconer (*Description des terres magellaniques*, t. II, p. 83 y 89) dice que los patagones, así como los aucas, hacen esqueletos de los cuerpos de los muertos y los transportan lejos, donde matronas los vigilan, pero he comprobado que no sucede nada de eso. ¿Ha cambiado la costumbre desde que ese autor escribió ?

6 En la descripción del *Viaje de Cavendish* (1586) la referencia que se hace de una sepultura vista en puerto Deseado está de acuerdo perfectamente con mis observaciones.

una regla en ellos, así como en los puelches y araucanos. Creí hallarle explicación en la necesidad que tienen de ver lo que sucede alrededor de ellos, y la única manera de distinguir en la oscuridad es no mirar el fuego. Hallé este uso en las naciones de cazadores, sobre todo en medio de los bosques, donde tienen necesidad de estar continuamente en guardia contra los jaguares. Se comprende que, si hay un gran círculo alrededor del fuego, quienes lo componen están en una posición que nos parece de lo más ridícula, pero si reflexionamos acerca del motivo que lo determina, veremos, por el contrario, que es una prueba de la reflexión que acompaña la menor acción de los indios salvajes.

Podría extenderme mucho sobre la previsión que guía a los patagones y a otras naciones en sus operaciones militares, pero tendré ocasión de hablar más adelante con amplio conocimiento de causa; por lo demás, los patagones muestran poco esa táctica cerrada que hace la fuerza de los aucas; y son de lo más pusilánimes en tiempo de guerra, estando poco acostumbrados también al ruido del cañón. Son, empero, más fuertes en lo físico y su estatura está, en verdad, por encima de la de los otros americanos; poro esa formidable nación, al principio terror de sus vecinos, respetada durante siglos, fue diezmada por la peste de 1809 a 1811 y atacada luego por los belicosos araucanos, que hicieron una horrible carnicería. Los patagones viajaban todavía a pie hace un siglo y desde hace muy poco tiempo comenzaron a combatir a caballo; pero el ejemplo de sus vecinos, los puelches y los araucanos, así como la abundancia de caballos, los ha llevado a emplear a éstos. Utilizan el fuego como telégrafo y avisan así, desde largas distancias, del peligro que los amenaza. Lo mismo que los puelches y los araucanos, nunca atacan sin que, previamente, el jefe les dirija una larga arenga, para estimular a los guerreros, y sin reconocer la posición del enemigo, aguardando a diez o doce leguas el regreso de sus exploradores. Los indios son de una destreza y de una paciencia asombrosas para los reconocimientos: tienen sus caballos a gran distancia del enemigo que quieren sorprender, a fin de no dejar rastros, y marchan, por lo general, apoyados en pies y manos, arrastrándose sobre el vientre, por el temor a ser vistos; se acercan, con el oído en tierra, para percibir el menor ruido, tratando de descubrir así la posición y las fuerzas del enemigo; y a la noche siguiente, cuando aparece la luna, caen sobre el ganado esparcido junto a las chacras, en los lugares habitados por los españoles, para llevárselo; o bien, si son indios, tratan de sorprenderlos y hacen, entonces, una gran carnicería. Todos los hombres en condiciones de llevar armas, que no logran salvarse, son muertos: únicamente las mujeres y los hijos son siempre respetados; las primeras sirven de concubinas a los vencedores y los otros de sirvientes a sus mujeres. Todo su

arte de guerra reside en la sorpresa. Sólo atacan siempre en tiempo de luna llena, para evitar funestos errores, y para tener, si necesitan, sea que triunfen o sea que se salven, en caso de fracasar, dos días y dos noches seguidas de marcha sin interrupción. Después de la acción, el indio que, personalmente, no ha capturado nada, nada posee, porque nunca los poseedores del botín lo comparten con sus hermanos de armas menos afortunados. En una palabra, los patagones no tienen ese coraje salvaje, esa extraordinaria intrepidez que existe entre los araucanos; sus armas son también inferiores a las de esa nación belicosa que, en todos los tiempos, hizo temblar a los españoles de Chile[7]. No poseen esa terrible lanza que alcanza al jinete desde tan lejos; usan sólo el arco, la flecha y diversas boleadoras, y como armas defensivas, una especie de corazas de piel de anta, que ya he descrito[8].

Una mañana temprano, mientras visitaba a los patagones, vi a toda la toldería en movimiento; pregunté de inmediato la causa y supe que el cacique Churlakin había ordenado la partida y que, por ello, cada uno se ocupaba de sus preparativos. Algunos hombres estaban en el campo reuniendo los caballos que pacían libremente en los alrededores, mientras las mujeres empaquetaban todo lo que querían llevar. Los caballos llegaron, conducidos por los indios, y pronto los que estaban en la toldería formaron un gran círculo alrededor, para impedirles huir, mientras que los otros entraron en el corral ambulante y enlazaron sucesivamente los animales que querían montar y los destinados a llevar los fardos, las mujeres y los niños. Esa operación se efectuó de la misma manera que como se hace diariamente en las estancias del país. A medida que un caballo, en medio de la tropilla, era diestramente enlazado por el cuello, se lo sacaba del círculo; y entonces, si era para una mujer, ella se acomodaba como le parecía; si, al contrario, era para un hombre, éste lo conducía de inmediato junto a su tienda. Una vez concluida la maniobra, que ocupó algunas horas a todos, y prendidos y atados los caballos necesarios para la marcha, se dejaron provisoriamente los superfluos en el campo, al cuidado de algunos muchachos, y los indios se ocuparon del enjaezamiento de los suyos. Los ensillaron con el recado, que llaman *catzca*, poco distinto del de los gauchos del país; las riendas son por lo general trenzadas; los estribos de madera *(kichu)*, son anchos apenas para recibir el dedo gordo del pie y a veces los reemplaza un grueso nudo que sirve de punto de apoyo, pasado entre el prime-

7 Recuérdese el poema «La Araucana» sobre las guerras de los españoles en Chile en tiempos de Valdivia. Recuérdese también la guerra que, hasta nuestros días, libran los indios.

8 Capítulo XVIII.

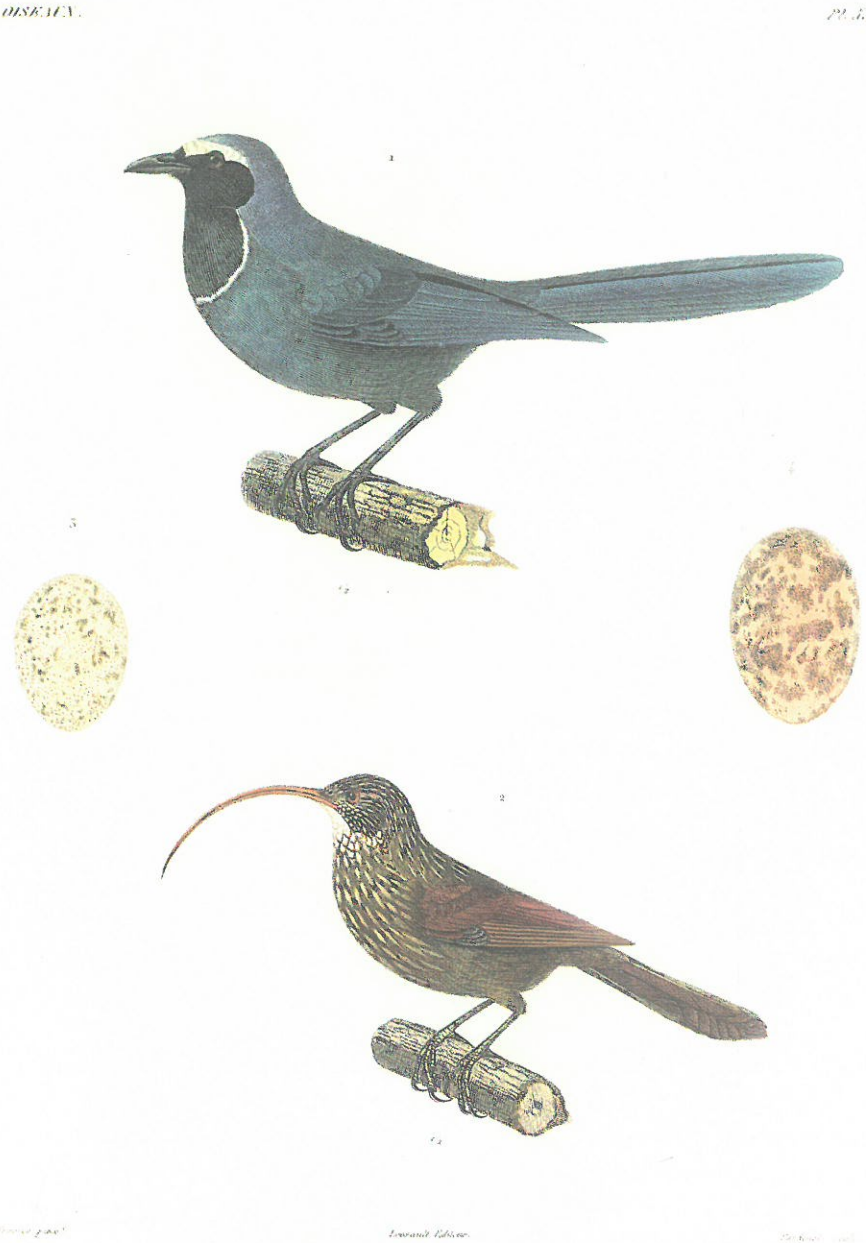
ro y el segundo dedo. Sólo las espuelas *(stji)* implican una innovación: están compuestas de dos pedacitos de madera móviles, que terminan en punta, unidos entre sí, cerca de su extremidad, por un pedazo de cuero, de manera que puedan abrirse en y por atrás y dejar lugar al talón; están, además, atados por una correa que pasa bajo el pie y se ata bajo el empeine, más o menos como los nuestros[9]. Los indios condujeron sus caballos, atados por la cabeza, por medio de una cuerda de cuero o de tela llamada *cochil*, se cubrieron con su *manuhue* o gran pieza de piel, con que se adornan; se pusieron sólo su carcaj de cuero, que ataron al cinto, con sus armas; y así, sin equipajes, estuvieron de pronto listos para partir. No sucedió lo mismo con sus mujeres, que tenían mucho más que hacer: habían comenzado la víspera a empaquetar los diversos objetos que necesitaban, pero les faltaban todavía los hijos y las tiendas de cuero. Aprovecharon el rocío de la noche, que hizo más flexibles a éstas, para sacar sus postes, enrollarlas y hacer fardos, a los cuales ataron los sostenes. Esa operación exigió mucho tiempo; ellas ensillaron luego los caballos que debían llevar, junto con su equipaje. Su montura, llamada *chelesca*, es muy distinta de la de los hombres: consiste en dos rodillos de juncos, cubiertos de un cuero muy delgado y adornados de variados dibujos. Esos rodillos, atados entre sí por una correa, son colocados sobre el lomo del caballo, encima de algunas pieles que reemplazan al chabrás. Cuando una india desea sólo pasearse, no pone, sobre su caballo, más que un pedazo de cuero, sobre el cual se sienta: su rienda es igual a la del hombre y únicamente lleva un estribo, de lo más original, en el cual vuelca todo el lujo que le permite su posición. Ese estribo, llamado *kekénkénohué* en la lengua patagona y común a todas las indias de las regiones australes de las pampas, consiste en una gran pieza de tejido de lana, adornada de colores vivos y ancha de tres a seis pulgadas, cuyas dos extremidades, unidas entre sí y fijadas al mismo tejido, se separan luego para formar dos franjas en la parte exterior de su unión. Es pasado por el cuello del caballo y pende de su pecho; cuando una india quiere montar, pone un pie, asiendo al mismo tiempo un mechón de crin de la cruz, y se halla así, de un salto, sobre el lomo de su cabalgadura, donde queda como encajonada entre los dos rodillos, las rodillas muy levantadas y las piernas pendientes adelante, posición de lo más incómoda, que no les impide galopar tan ligero como los hombres. Por lo general, se cubren en sus paseos con un sombrero de viaje, que parece un plato al revés

9 En la corta descripción de los patagones que da el capitán King, en el relato del *Beagle* y del *Adventure*, habla de esas espuelas, lo que prueba que son los mismos hombres. Wallis dijo lo mismo en su relato de 1767. Véase traducción francesa, t. III, p. 24.

muy ancho, formado de tiernos retoños de sauce y de lana artísticamente cruzados, y que adornan, a veces, con placas de plata o de cobre, de acuerdo a sus riquezas; ese sombrero raro, llamado *joa*, reservado casi siempre para los viajes, está fijado detrás de la cabeza por dos hilillos atados a los cabellos y por un barboquejo que pasa bajo la garganta.

Cuando se trata de una larga marcha o un cambio de campamento, como el que iba a realizarse, los caballos de las mujeres son cargados de otro modo. Sobre la montura, de que acabo de hablar, colocan sucesivamente todo lo que tienen de pieles y hasta, a veces, los cueros de sus tiendas; y cuando tienen varios pies de altura los equipajes, montan encima, con una pierna a un lado y la otra del otro, llevando además sus hijos, que conducen de la manera más original. Colocan al más pequeño delante y al otro en la grupa, asiéndose de la ropa de su madre para sostenerse, o atado alrededor de su cintura, por medio de un pedazo de cuero; por lo general, hacen dos paquetes sólidamente atados y unidos entre sí por una correa que deja entre ellos un espacio de algunos pies, y esa preciosa carga es como un fardo, puesto sobre el caballo de manera que los niños cuelguen de cada lado y no incomoden en lo mínimo a la madre para que se siente. Este modo de transporte se emplea cuando los niños no son muy pequeños y el viaje es largo. Cuando vi, arriba de una elevada carga, a una mujer colocar a sus hijos y ponerse ella misma, quedé realmente sorprendido, porque el caballo estaba demasiado cargado y la india, así encaramada sobre ese andamio, no podía tener ninguna estabilidad. Al hacer esa observación, el cacique me dijo que esa práctica tenía lugar cuando se iba a corta distancia y que irían por un camino donde no faltaban ni agua ni pastos, como son las orillas del Río Negro, que iban a remontar. Las pobres mujeres estaban obligadas, además, a tirar con una mano, tras de ellas, de otro caballo que llevaban el resto de sus efectos. Vi así desfilar sucesivamente a algunas familias. Sufría al ver a las indias sobrecargadas con tantos objetos, como si fueran bestias de carga, mientras que el indio no llevaba absolutamente nada más que sus armas y aun sólo las de caza o más livianas, quedando las armas defensivas en el equipaje. Ni siquiera tenían que arrear delante de ellos su ganado, porque era también una tarea reservada a las mujeres o a los niños.

Vi varias tiendas que, por ser demasiado viejas para transportarse, fueron quemadas. No atribuí al hecho ninguna importancia, pero mi intérprete, al corriente de las costumbres de esas naciones, me dijo que era una mala señal y el anuncio de una declaración de guerra contra nosotros. Me puse a reír y pregunté al cacique Churlakin si tenía la intención de atacarnos, después de los servicios que habíamos prestado a los suyos, durante su permanencia en



1: *Garrulus viridicyanus*; 2: *Dedrocolaptes procuruvus*; 3-4: Huevos.

Indios y mestizos de la nación Aymara, de La Paz y sus alrededores, Bolivia.

Carmen. Pareció asombrarse de mi pregunta, y su aspecto, bastante embarazado, me hizo pensar que los temores eran fundados, tanto más cuanto que, al observarle de que tal vez no regresaría, puesto que quemaba sus tiendas, me dijo: "¿Quién sabe si no regresaré pronto?". Supe, más tarde, que constituye una señal infalible de ruptura que una tribu destruya todo lo que no puede llevarse. Fue sólo entonces que me di cuenta de mi situación. En realidad, si hubiera convenido a los indios considerarme un enemigo y apoderarse de mí, la cosa les habría sido de lo más fácil, porque solo, armado de un fusil., cargado, por lo general, de perdigones para los pájaros, ¿habría podido librarme de la esclavitud? Debí, pues, más tarde, cuando recordé que, lejos de toda ayuda, me mezclaba continuamente confiado con los enemigos más crueles, estimarme bien feliz por no haber tenido que deplorar mi imprudencia, tanto más cuanto muchos gauchos, que estaban con sus armas junto a los indios, y en quienes confiaba como cristianos y amigos, desertaron con ellos y fueron luego los más crueles enemigos de sus hermanos. Esos hombres sin ninguna creencia religiosa, sin virtudes sociales, sin apego a nadie, aman, por encima de todo, su independencia y la vida indolente y perezosa que hallan entre las hordas indias, cuyas costumbres comparten; por eso, todas esas hordas están hoy repletas de asesinos escapados de las prisiones de Buenos Aires y de Chile, así como de todos los establecimientos de cristianos. Sucede, por lo general, que esos hombres, que no tienen familia, se deciden a vivir con los indios, porque allí no están sometidos a ningún freno. Entre los que estaban conmigo en la toldería de Churlakin, dos tenían sus mujeres, que abandonaron para seguir a los emigrantes. Antes de 1824, la mayoría de las naciones de las pampas, cuando estaban en guerra, mataban indistintamente a todos los blancos de que se podían apoderar. Entonces eran menos temibles que en la época en que comenzaron a recibir, en su seno, gran número de desertores de las repúblicas vecinas, porque desde entonces los indios se familiarizaron con las armas de fuego y fueron siempre ayudados por hombres semejantes a aquellos que atacaban y tan bien armados como ellos.

El cacique Churlakin fue uno de los últimos en partir y antes se despidió de mí. Le hice notar que dejaba todavía, tras de sí, dos toldos, uno de una pobre viuda con dos hijos y el otro de un indio enfermo. Me respondió que la viuda del primer toldo era tan pobre que no tenía caballos para acompañar a la nación y que, además, iría a vivir con los cristianos. En cuanto al indio del segundo toldo, era loco y enfermo a la vez, siendo *absolutamente inútil*, y me pidió que le hiciera el servicio de matarlo, porque no hacía más que sufrir y podía transmitir a otros su enfermedad: era sobre todo por esta última razón

que lo había abandonado. El temor a los contagios hace a menudo a los patagones, así como a las otras naciones australes, de lo más inhumanos, ¿pero no puede perdonárseles, después de haber visto a la mitad de los suyos perecer por las viruelas, a causa de sus relaciones con los blancos? Consideran a esta enfermedad, importada de Europa, como un efecto particular del espíritu maligno que pasa sucesivamente de un cuerpo a otro; por eso, cuando temen una epidemia y un miembro de sus familias les hace suponer que la tiene, de inmediato lo alejan de la tienda, dejan al enfermo algo de carne cocida y agua y van a establecerse lejos. Si un segundo individuo muere, y otras personas son atacadas de los mismos síntomas, entonces no cabe la menor duda... La tribu entera abandona el lugar y a los enfermos, con los pobres recursos que acabo de indicar, y a fin de que la enfermedad no los acompañe, los indios se van dando al aire, de tanto en tanto, grandes golpes con sus armas cortantes, con el objeto de cortar el hilo del mal y de destruir toda comunicación con él, arrojando, al mismo tiempo, agua al espacio, para conjurar al dios del mal o Achekenat-kanet. Después de algunas jornadas de marcha, bastante lejos como para no temer la enfermedad, colocan también, por el motivo señalado más arriba, todos sus instrumentos cortantes en dirección al lugar que abandonaron. Si en esa nueva residencia algunas personas son atacadas de la enfermedad, huyen de nuevo, con las mismas supersticiones, sembrando así de enfermos todos los lugares donde se detienen. Sus huidas no son, sin embargo, bastante precipitadas como para llegar al extremo de los mahas de las llanuras del Missouri, que abandonan el lugar donde vivían sus antepasados y aterrorizados queman sus cabañas y matan a sus hijos[10]. Se concibe que muy pocos de ellos escapen, porque si una crisis afortunada salva a los que han sido abandonados, consumen, durante los primeros días de la convalecencia, todas sus provisiones y mueren después de hambre y de miseria, solos, a pie, en medio del desierto, sin fuerza, sin ayuda, sin esperanza de regresar adonde viven los suyos, a menudo alejados más de cien leguas, sobre todo cuando efectúan fugas sucesivas. Podemos imaginarnos cuáles deben ser las angustias de ese pobre desdichado, vuelto a la vida, que no ve alrededor suyo más que el espectáculo de cadáveres que son presa de millares de pájaros, que despedazan las carnes de sus hermanos, durante su agonía. Temen entregarse al sueño, porque pueden ser víctimas de esos monstruos alados, aun antes de la muerte. Si esos hombres no fueran tan indiferentes a los sufrimientos físicos y si se dieran cuenta de su situación, no habría uno solo que pudiera resistir a la idea de lo que les espera y que no tratara de abreviar sus sufrimientos.

---

10 Véanse los Viajes de Clark y Lewis.

Cacería de avestruces. Primera invasión de los indios. Estado crítico de Carmen. Complot de los Gauchos

El 10 de mayo, después de doce días de permanencia en San Javier, no me quedaba absolutamente nada por hacer. Había recogido casi todos los animales que frecuentan los alrededores y había visto alejarse hasta el último de los patagones. Hasta la viuda se encaminó hacia Carmen, donde iba a reunirse con los indios parásitos hasta mejor ocasión, viviendo a expensas de los habitantes. No había otro más que el indio loco y enfermo, y como no pude convencerlo de que abandonara esos lugares, me limité con aumentar su ración de víveres, rogando a los exploradores del puesto que continuaran proporcionándole alimentos, pero ese desdichado no debía necesitarlos mucho tiempo, porque, pocos días más tarde, fue ultimado por las hordas indígenas, durante la invasión a nuestro territorio. Cazando en el trayecto, regresé a Carmen, donde reinicié mis trabajos de costumbre. Al llegar, supe que Pincheira, ese famoso jefe de los indios, había escrito pidiendo la paz, y siguiendo la costumbre de los araucanos, quería venderse por vino y harina, que exigía como prenda, queriendo, decía, hacer rezar una misa por su capellán. El capitán, aunque suponía que no se trataba más que de un pretexto, no quiso negarse, a fin de no echarse encima un enemigo tan temible. Un portugués, prisionero de Pincheira desde hacía seis meses, halló el medio de huir, y lo que nos dijo confirmó lo acertado de nuestra decisión. Reinicié mi existencia monótona, continuando mis cacerías, cada día más fructíferas, porque aumentaba el frío y gran número de pájaros del polo sur llegaban a orillas del Río Negro. Puedo decir que la abundancia de caza era tal que ese placer se hizo demasiado fácil; y no era raro traer sesenta a ochenta piezas de una sola cacería de algunas horas, lo que me ponía con frecuencia en condiciones de abastecer a los habitantes del fuerte.

10 de mayo

Numerosos caballos robados a los exploradores de San Javier renovaron nuestros temores y todo nos llevaba a creer que la invasión sería por ese lado del río. Se sintió la necesidad de organizar a todos los pobladores en regimientos y se ordenó a todos aquellos cuyas moradas estaban esparcidas por el campo reunirse en el villorrio apenas oyeran tres cañonazos de alarma. Los gauchos fueron divididos en dos compañías, encargadas de la defensa exterior; se impuso a los comerciantes y extranjeros la obligación de dormir en el fuerte; de esa manera no podíamos temer ser sorprendidos. Se colocaron en todas partes barreras, para impedir una de esas cargas de los indios que, como un torrente que rompe sus diques, invaden los lugares habitados; se duplicó el

número de exploradores y se aguardó a pie firme. Esa circunstancia no postergó mis proyectos de exploraciones.

Recorriendo los alrededores de la estancia del señor Alvarez, noté que algo más abajo, junto a las orillas del Río Negro, había siempre gran número de avestruces o ñandúes, y no dejaba de pensar en ir a cazar esas aves. Con ese propósito trataba, desde hacía algún tiempo, de interesar en esa caza a algunos de los habitantes de Carmen, presentándoles el asunto como una partida de placer. El señor Alvarez quiso ayudarme en la ejecución, y pronto, aprovechando la reunión de todos los estancieros en Carmen, todos los jóvenes, propietarios de los mejores caballos de carrera, y los mejores cazadores con boleadoras, se ofrecieron; nos pusimos de acuerdo y se convino la partida para el 19 de mayo.

El día fijado al amanecer monté a caballo, me dirigí al lugar de cita y me encontré con catorce personas armadas de boleadoras, que previamente habían enviado adelante sus mejores corceles. Lleno de esperanzas de poseer pronto hermosos ejemplares de ñandúes, me regocijaba por adelantado de una cacería que deseaba efectuar desde hacía mucho tiempo y que, para mí, no podía dejar de ser nueva y curiosa. Franqueamos pronto las cinco leguas que separan Carmen del lugar donde debíamos atravesar el río, frente a la estancia del señor Alvarez. Los caballos pasaron con facilidad, por medio de barquitos que los remolcaron y les ayudaron a nadar; y del otro lado al ocuparse de los preparativos, cada uno se hizo traer a sus caballos. Durante largo tiempo se comentó la hermosura de un caballo, la bondad del otro; después, finalmente, todos los cazadores, vestidos a la ligera, con dos o tres pares de boleadoras atados a la cintura, colocaron las monturas, y partimos.

A una legua abajo de la estancia nos dividimos. Unos se dirigieron hacia la campaña, formando un círculo muy grande, de manera de obligar, por así decirlo, a la caza a ir hacia un callejón sin salida donde resultaba más fácil apoderarse de ella, mientras las demás formaban una línea frontal a una distancia bastante grande unos de otros, con el propósito de no dejar pasar nada y de cerrar la otra parte del círculo. Hacía algún tiempo que todos marchábamos en silencio, cuando se mostró una pequeña familia de avestruces; de inmediato, todos los cazadores se lanzaron al galope tras de sus rastros. Se ofreció entonces un espectáculo de lo más animado. Las pobres aves apresuraban su paso lo más posible y franqueaban en un segundo una gran distancia. Los cazadores experimentados, sabiendo que si no se acercaban al ave en el primer momento de ímpetu del caballo, debían perder la esperanza de alcanzarla más tarde y lanzaron sus corceles a toda la velocidad posible. Cuando están a doce

o quince pasos, y sin dejar de galopar, se inclinan hacia adelante para estimular a su cabalgadura con las espuelas, hacer girar el arma sobre la cabeza y arrojarla luego para alcanzar al animal: si yerran, bajan, sin detenerse, recogen sus boleadoras y las arrojan otra vez; pronto diez de esas armas, lanzadas por varios cazadores, rodean el cuello y las alas del avestruz, el que, cercado por los caballos, aparece en medio de los cazadores, y hace entonces continuas fintas, zigzag, para sustraerse a la persecución y a los tiros de boleadoras, tratando así, por medio de aletazos, a derecha e izquierda, de picar al caballo con una especie de una terminal de que está armada su ala, y de espantarlo, lo que sucede a menudo, porque se siente en situación desesperada, se precipita entre las patas del caballo, el cual de miedo arroja a veces a su jinete a tierra. El ave huye, entonces, en línea recta, pero otros cazadores la esperan, y acosada de boleadoras, termina por recibir una que, arrollándose alrededor de sus patas, la hace caer. El vencedor desmonta en seguida, y como signo de su victoria, la mata y le corta las alas, que ata al pescuezo de su caballo, reiniciando su carrera. El campo de caza presenta un raro aspecto: los avestruces espantados huyen como el viento delante de los cazadores; éstos galopan en todas direcciones; los gritos de alegría de unos, los aplausos de otros, animan, momentáneamente, ese campo un instante antes tan calmo y apacible.

Ya más de diez avestruces habían caído en nuestro poder; en el ardor de la acción, en su alegría, los cazadores mutilaron a todos, según su costumbre, sacándoles las alas, para adornar sus caballos. Comenzaba a temer no lograr ninguno de esos animales enteros, cuando todos los cazadores se dividieron de nuevo. No habían hasta entonces perseguido más que a los avestruces que estaban fuera del callejón de salida, reservándose para este último, como lugar más fácil. En efecto, los corceles, lanzados en persecución de muchas familias de esas aves que estaban pacíficamente reunidas y que huyeron, reanimaron la escena y se hizo una caza por lo menos tan abundante como la anterior. Pude entonces elegir y tuve, en un instante, todo lo que podía desear para el Museo de París.

El avestruz llamado impropiamente de Magallanes[11] habita casi toda la América meridional, en todos los lugares donde las grandes llanuras le permiten vivir; por eso se encuentra en todo el Alto Perú, en todo el Brasil y principalmente en las pampas; es aquí donde abunda sobre todo y se lo caza con mayor frecuencia. Vive generalmente en pequeñas familias, de ocho a diez,

---

11 Estoy convencido de que el avestruz que llega al estrecho de Magallanes es mi *Rhea pennata* y no el ñandú.

diseminadas en los lugares próximos a las aguas y donde puede pastar, porque se alimenta de hierba fresca, que corta con su pico. Esas tropillas, repartidas en todos los lugares entrecruzados de arroyos o de lagos, se alejan poco del lugar donde nacen; por eso están siempre en los mismos sitios y no residen nunca en medio de los desiertos áridos, que carecen de agua. En el mes de octubre o noviembre, van a depositar sus huevos en los sitios más salvajes en medio del campo y los empollan sólo de noche. Esos huevos, en número de cincuenta o sesenta, son empollados por los machos y por las hembras. Los pobladores aseguran que, cuando la incubación llega a su término, el que empolla rompe los huevos no fecundados, a fin de que las moscas, que pronto los cubren, puedan servir de alimento a los recién nacidos, que comienzan a andar desde que ven la luz y siguen a la madre como nuestros polluelos, buscando insectos con qué alimentarse. Crecen pronto, y los que escapan a las aves de rapiña, siguen siempre a su tropilla, hasta que ella es demasiado numerosa. ¿Cuántas veces al amanecer me he interesado por esas familias, que pacían tranquilamente en perfecta unión y he sentido pena al asustarlas con mi presencia? El macho hace de centinela y advierte los peligros que amenazan a la familia, que se pone de inmediato en fuga, en línea recta, sin mirar hacia atrás, y solamente cuando es perseguido hace fintas y marcha en zigzags, sin duda para engañar o asustar al cazador. Uno de los rasgos más originales de este animal es su curiosidad extrema. En estado doméstico, a menudo se ubica en medio de las personas que conversan, para mirarlas; en estado salvaje, su curiosidad le es a menudo fatal, porque va al encuentro de todo lo que le parece raro y los pobladores dicen que los astutos pumas aprovechan esta circunstancia: se acuestan en tierra, moviendo la cola, y dejan que los avestruces se acerquen lo suficiente como para saltar sobre ellos y hacerlos sus presas. Los indios los cazan como excelentes manjares, que les gustan mucho. Algunos gauchos los persiguen también para comerles el pecho, que llaman *picanilla*, el único trozo que les gusta; es, en efecto, un plato muy bueno, y no cabe la menor duda de que si no les gustara tanto la carne roja, lo buscarían para alimentarse, como lo hacen ya en época de carestía, así como lo hacían los habitantes de la provincia de Entre Ríos en 1828. Sus huevos son muy apreciados por los habitantes de las campañas, y se venden a menudo en los mercados de Buenos Aires y Montevideo.

Durante mucho tiempo, los indios de las pampas llevaban continuamente a Buenos Aires gran cantidad de plumas de ñandús, que compraban los pulperos y enviaban luego a Europa; hoy algunos gauchos siguen practicando ese comercio, y en la Patagonia vi grandes depósitos. Es sabido que esas plu-

mas no poseen ninguna hermosura y que se las emplea para confeccionar plumeros, transportándolas con tal propósito a Europa. En América se emplean en los mismos usos. En Buenos Aires y entre los indios moxos se las pinta de colores brillantes y constituyen el lujo de las casas. Así, el avestruz americano sólo sirve a los pobladores por sus huevos, algo por su carne y por sus plumas; algunos prefieren hacerse bolsas con la piel de su cuello. Es de lo más común encontrar ñandúes domésticos en las estancias de la República Argentina y hasta en la misma capital; es fácil criarlos, y el animal es tan dulce, que se lo busca mucho. Pone huevos en estado de domesticidad, pero no se reproducen, sin duda porque le impiden empollar, comiéndoles los huevos.

Fue una de las jornadas más agradables que pasé en la Patagonia y no me cansaba de seguir a los cazadores: éstos estaban tan contentos de su correría, que decidieron regresar al día siguiente, lo que me hizo permanecer en la estancia del señor Alvarez. En efecto, algunos cazaron otra vez y pude obtener algunos otros avestruces; y con todos los cazadores, volví a Carmen. En el camino, galopando en una pendiente, mi caballo cayó y dio una vuelta; por casualidad, el choque fue tan fuerte que, lanzado al aire, debía romperme el cuello, pero, al levantarme, me hallé sobre mis dos pies, frente a mi caballo, sin sentir otra cosa que el efecto de una violenta sacudida. Me asombró mucho sentirme aplaudido por mis compañeros de viaje, que consideraron mí caída una prueba de equitación, del género que les es bastante familiar[12] y, aunque me rehusé, adquirí en la región la fama de parador, lo que es una de las cualidades que más aprecian los gauchos.

21 de mayo

Durante todo el día 21 un viento bastante fuerte trajo del sudoeste un humo espeso que impedía distinguir de lejos a los objetos, el que era causado por el incendio de los campos. Como sabíamos, por su lugar de origen, que sólo podía prevenir de la acción de los indios, no dejábamos de sentirnos inquietos. Es un medio que emplean las naciones australes a menudo, cuando quieren invadir el territorio de los cristianos. Cubriendo toda la región de humo, impiden que los exploradores puedan verlos de lejos y facilitan así su sistema de ataque por sorpresa. Ese día los indios consiguieron muy bien su propósito, si tal era su intención, puesto que el viento traía el humo a las llanuras y apenas podía verse a diez pasos de distancia. Es comprensible que en medio de un suelo llano, que no presenta ningún punto que oculte una marcha y donde, desde lejos, puede verse al enemigo, es muy ingenioso, de parte de esos guerreros,

12 Véase capítulo XIV.

emplear un medio tan sencillo. El momento era tanto mejor elegido por cuanto estábamos en luna llena, y de acuerdo a muchos indicios debíamos esperar ser atacados. A la tarde siguiente vimos nuestros temores cumplidos. Nuestros exploradores de la orilla norte del Río Negro llegaron a toda carrera a decirnos que por la mañana, a unas veinte leguas arriba del establecimiento, en la otra orilla, gran número de indios aparecieron en marcha, descendiendo al río y viniendo, sin duda, con intenciones hostiles; que el número les había parecido muy considerable; y como los habían visto, más lejos, detenerse para cambiar de caballos, habían podido, sin ser vistos, tomar la delantera para informar, no dudando de que el enemigo llegaría esa misma noche a Carmen. Parecía ser una coalición de patagones y aucas. El capitán hizo poner de inmediato a todos los hombres bajo las armas. Se dispararon los tres cañonazos convenidos para avisar a los habitantes dispersos en granjas y estancias que se pusieran en seguridad; se hicieron pasar algunos voluntarios a la población del sur y se esperó. Los pobladores estaban en la mayor consternación. Todas las mujeres se refugiaron en el fuerte con sus hijos, mientras los hombres, sin excepción, ocuparon sus puestos; unos como exploradores, los otros alrededor del villorrio y en las baterías del fuerte.

23 de mayo

Hasta las cuatro de la mañana todo estaba en calma, pero a esa hora los indios enemigos se presentaron, en silencio, en el villorrio del sur; por suerte, las barreras que se habían colocado en todas partes los retuvieron un momento, mientras los voluntarios, colocados en sus puestos, hicieron una descarga sobre ellos, que los obligó a retroceder inmediatamente. Se tiraron también al azar varios cañonazos, tanto para asustarlos como para informar, de nuevo, a los chacareros que se salvaran, si todavía tenían tiempo. Los indios, a fin de burlarse y demostrarnos que no tenían miedo, daban continuamente vueltas alrededor del villorrio, haciendo sonar la trompeta[13]; y así, hasta el día, nos hallamos en una posición bastante desagradable. Ignorábamos quién era realmente nuestro enemigo y cuáles eran sus fuerzas; y todos los habitantes, cuya fortuna consistía sólo en ganado esparcido en el campo, se veían de golpe arruinados para siempre. Sin embargo, nadie quería salir del cerco del villorrio de sur; habría sido muy imprudente intentarlo y toda nuestra defensa se reducía a nada. Hasta el comandante que ocupaba el puesto interinamente, deseaba poco, según creo, medirse con los salvajes; por eso se quedó lamentándose con las familias reunidas

13 Era la que habían robado a los desdichados soldados de Bahía Blanca, al morir el teniente coronel Morel. Capítulo XVII

en el fuerte, y sólo cuando llegó el día pasó a la otra orilla. Desde los bastiones, con un buen largavista, yo seguía todos los movimientos del enemigo. Las llanuras del sur, una vez que la claridad del día permitió distinguir desde lejos los objetos, presentaban un aspecto raro. Allí, una tropa de indios, arreando caballos y vacas robadas; más cerca, gran número de guerreros, la lanza en alto, acampaban para enfrentar a quienes podían presentarse; algo más lejos, las mujeres y los niños arreaban las tropillas de bueyes y vacas, que, no queriendo abandonar sus pastos, hacían resonar los alrededores con sus mugidos. Toda la llanura estaba animada; en todas partes los salvajes a caballo, en pequeños grupos, conducían su botín, o protegían, en la retaguardia, a los suyos, que se dirigían tranquilamente hacia la Cuchilla, con sus presas. Finalmente, se envió a veinte de los nuestros, armados de carabinas, pistolas y sables, para tratar de recuperar nuestro ganado, pero apenas se aproximaron a los indios, un destacamento de éstos fue a su encuentro y se entabló una lucha que habría sido funesta para los voluntarios, si no se hubieran salvado precipitadamente. Un gaucho aislado, que había avanzado algo más que los otros, recibió tres lanzazos en la espalda. Ese destacamento no hizo otra cosa que masacrar, sin provecho, a tres indias indefensas, que se pasaron a los enemigos, abandonándonos, so pretexto de ir a informar a los enemigos nuestra posición defensiva. Desde ese momento, viendo que nuestras fuerzas no eran iguales, se dejó a los asaltantes llevarse su presa, y durante toda la jornada desfilaron en pequeños grupos, trepando la colina sur y dirigiéndose hacia el oeste.

Los motivos que tuvieron los indios para atacarnos fueron, de acuerdo a los informes que obtuve posteriormente, los siguientes: desde hacía mucho tiempo Chaucata, jefe araucano, era enemigo implacable de Pincheira, porque éste, en una antigua guerra, lo sorprendió y venció, y mantenía a su mujer e hijos prisioneros. Sabía que nosotros manteníamos relaciones de amistad con Pincheira, al mismo tiempo que con él; había incluso aprehendido y masacrado a los últimos delegados que nosotros recibimos. Esta recepción le sirvió de pretexto. A pesar de la buena acogida dispensada a sus delegados, a pesar de los regalos de muchos particulares, decidió atacar Carmen y le resultó fácil asociar al pillaje al poderoso jefe Guaykilof, de la misma nación que él, así como a sus caciques Tranamen y Killamil; y además logró reunir a todos los patagones, lo que representaba una garantía más de éxito de su empresa. De ahí que todas las tribus australes, atraídas desde el estrecho de Magallanes mismo, y de los lugares intermedios, hasta las orillas del Río Negro, hasta su fuente, a causa de la estación de la cosecha de las manzanas y de las almendras de la araucaria que abundan en la pendiente oriental de los Andes, se reunieron

en Chaucata para esa expedición, con el primer jefe de los patagones, el cacique Vicente[14] y algunos otros caciques de esa nación, tales como Eyachu, Okénel, Zapa, Vera, Kesné y Churlakin. Este último había abandonado San Javier, cuando yo estaba, para unirse a los otros tehuelches y aumentar las fuerzas enemigas. Todas esas fuerzas combinadas no se elevaban más que a mil o mil quinientas almas, comprendiendo a las mujeres y a los jóvenes encargados de conducir el botín, mientras los guerreros hacían frente a la situación, porque únicamente vino una parte de cada tribu. Los hombres de guerra eran unos doscientos araucanos, armados de lanzas; trescientos patagones, provistos de arcos, flechas y hondas, los que constituían la caballería ligera; el resto estaba encargado de las bolas perdidas, que sólo servían, como ya he dicho, de proyectiles. Parecía que estos últimos, así como las mujeres, llevaban gran provisión de tales armas.

Todas esas naciones unidas por el interés, puesto que siempre actúan para sí mismas, estaban el día 23 por la mañana todavía a veinte leguas arriba de Carmen, cuando nuestros exploradores de la orilla norte los vieron. Continuaron andando todo el día y por la tarde estaban en San Javier, donde sorprendieron a nuestros exploradores, rodeando con sus falanges los lugares que les servían de retirada. Esos desdichados, conocidos de los indios de Churlakin, habrían sido tal vez perdonados, si diez cristianos armados, entre los cuales estaban los que habían partido con armas y bagajes, cuando yo estaba en San Javier, no hubieran exigido su muerte, a fin de que no se supiera en Carmen que ellos militaban con nuestros enemigos. Dos fueron masacrados a golpes, dichosos todavía de no haber sufrido el suplicio reservado a los caciques, que, por lo general, son quemados vivos. El tercero, ya herido de una cuchillada por uno de los cristianos, imploró piedad a varios indios a los cuales había prestado servicios, cuando ellos eran nuestros amigos; uno de los mismos dijo que quería tener el placer de matar a ese hombre, porque tenía que vengar una ofensa personal. Desde ese momento se le entregó al explorador, al cual ató fuertemente de los pies, con las manos tras de la espalda, y luego de haberlo así torturado, con la ayuda de uno de sus parientes, lo transportó lejos por el campo, y tranquilizó al pobre prisionero diciéndole que había procedido con dureza aparente para salvarlo, que le devolvería la libertad, que por el momento no podía hacerlo sin arriesgar la vida comprometiendo el éxito de la empresa de los suyos y que lo dejaba allí, prometiéndole volver a desatarlo. Ese rasgo demuestra que, aunque todos los salvajes de las llanuras del sur hayan sido trata-

14 Con ese nombre, que nada tiene de patagón, lo conocían los colonos de Carmen.

dos de bárbaros, algunos de ellos, por lo menos, guardan también el recuerdo de los servicios que les han prestado y son capaces de reconocimiento. Una vez que el prisionero se vio solo, trató de desembarazarse de las fuertes cuerdas que lo ataban, pero pasó la noche sin poder conseguirlo, en una posición de lo más incómoda. Pero, habiendo notado que el rocío aflojaba las cuerdas, se echó a rodar por la tierra, hasta un sitio donde había algo de agua; trató, corriendo el riesgo de ahogarse, de sumergir las manos; luego de largos y penosos esfuerzos, lastimándose los puños, las correas de cuero no curtido se distendieron por la humedad y consiguió desatarse primero las manos y después las piernas. Una vez en libertad, eludió a los numerosos indios que cubrían la llanura, llegó al Río Negro, lo pasó a nado y vino a informarnos lo que sabía de nuestros enemigos.

Al abandonar San Javier, los indios se desparramaron silenciosamente por toda la campaña, y cada uno, con los suyos, se ocupó de sus intereses. Se dirigieron, en pequeños grupos, a todas las estancias, mientras un destacamento, para atraer la atención sobre un solo punto, atacó la Población del Sur, haciendo sonar la trompeta. Recorriendo durante toda la noche las llanuras del sur, hasta el mar, se presentaron en la estancia del señor Alvarez, donde yo había dormido dos días antes y no la abandonaron sino después de encontrar una defensa obstinada; por lo demás, buscaban antes las vacas que las balas y desde la mañana habían arreado todo el ganado que hallaron a orillas del río. Puede juzgarse la rapidez de su marcha, cuando se sepa que el 22 estaban a veinte leguas arriba de Carmen, y el 23, después de haber robado el ganado a seis leguas abajo, estaban ya de regreso, habiendo así recorrido, en una noche y un día, una distancia de treinta y dos leguas.

En la noche del 22 al 23, en el momento en que los indios recorrían la llanura en busca de botín y masacraban a los pobres granjeros, uno de éstos debió su salvación y la de su familia a ese espíritu de observación que caracteriza a las gentes del campo. Había oído claramente el cañonazo de alarma, pero acostumbrado a las falsas alarmas, muy frecuentes, no le prestó atención y se acostó, como de ordinario, en su humilde cabaña, rodeado de su mujer y de sus hijos. Su casa estaba aislada en medio de las llanuras del sur. Las noches son, en esas regiones, por lo general muy silenciosas; los numerosos pájaros acuáticos que cubren los alrededores, asustados por lo general de día, permanecen tranquilos por la noche en sus despoblados. Las innumerables bandadas de abutardas o patos antárticos comen entonces apaciblemente, sin agitar el aire con sus gritos agudos. Acostumbrado a esa calma de la naturaleza, el hombre oyó de golpe, en la llanura, los gritos penetrantes de las abutardas, el grito

de alarma del avefría armada, centinela de la soledad. Se levantó y prestó atención; el ruido se renovaba y redoblaba de instante en instante. Puso mayor atención todavía. Los animales alados estaban aterrorizados; no cabía duda... El enemigo amenazaba la vecindad. Sin otra certidumbre, seguro de su observación, encendió una vela al pie de una virgencita, para que protegiera sus cosechas, sus muebles y su haber; seguido de su familia, llegó a las orillas del Río Negro y no tardó en verse obligado a ocultarse, para no caer en manos de los indios que encontrara; y, después de mil temores, llegó al villorrio del sur... Estaba salvado, y agradeció tanto más al cielo su suerte por cuanto halló, más tarde, su casa incendiada, sus cosechas dispersas a lo lejos en el campo, y no le quedó nada más que la vida.

24 de mayo

El día 24 la tristeza dominaba a los pobladores de Carmen, porque comenzaban a conocerse las pérdidas, y más de cincuenta familias quedaron completamente arruinadas. Se calcularon en quince a diecisiete mil las cabezas de ganado robadas; y los campos del sur, que pocos días antes estaban animados de numerosos rebaños, quedaron casi desiertos, no teniendo otros animales que aquellos que pudieron llevarse con tiempo al corral el 22 por la tarde. Ni los enemigos los recorrían y supimos que acampaban a cuatro leguas del villorrio. Parecía que trataron varias veces de atraer a los nuestros a que persiguieran las tropillas de bueyes que habían hecho escapar, emboscándose para apoderarse de la gente que corriera en su busca. El explorador que se salvó nos informó de su número y nos dijo que tenían la intención de arruinar por completo el establecimiento, y que el cacique Chanel, jefe de los puelches, entonces acampado a orillas del Colorado, llegaría pronto por el norte a atacar Carmen. Un granjero, que no se vio afectado por los indios, vino a formularnos, de su parte, las mismas amenazas. Estas noticias, junto a otras, creídas tal vez demasiado ligeramente por el comandante, estuvieron a punto de hacer cometer a los habitantes un gran error. Desde hacía mucho tiempo el cacique Lucaney, así como sus patagones, nos era tan devoto que no teníamos por qué suponer que ayudaba a nuestros enemigos; sin embargo, le soplaron a los oídos del comandante que pensaba traicionarnos, pasándose a Churlakin. A partir de tal suposición, sin tratar de verificarla, hizo poner en prisión al jefe, con su familia y algunos de sus parientes, y muchas personas propusieron matar o expulsar, sin mayor análisis, a todos los indios amigos. La mayoría se inclinaba por la primera de esas dos alternativas, y Lucaney, en pago de sus servicios pasados, iba a ser sacrificado a la pusilanimidad de los colonos, pero se contentaron con mantenerlo bajo una buena vigilancia, hasta nueva orden.

El 25 de mayo, Día de la Independencia de los argentinos, debía festejarse en forma que, dadas las circunstancias, se redujeron a una salva por la mañana, otra a mediodía y una tercera al atardecer. Nuestra situación era tanto más triste por cuanto un navío, que llegó ese mismo día de Buenos Aires, nos dio detalles de la anarquía que reinaba, más que nunca, en esa desdichada ciudad; las diferencias entre Rosas y Lavalle continuaban con mucho encarnizamiento y corría sangre fraterna a las puertas mismas de la capital argentina.

25 de mayo

Al día siguiente tuvimos la certidumbre de que la partida de los indios enemigos no era más que una maniobra, porque desde el amanecer estaban todavía junto al villorrio del sur y volvían a pasar, conduciendo el resto del ganado que encontraron en el sur. Vinieron ante nuestra vista, a medio cuarto de legua del villorrio, a robar algunos animales que pacían, sin al parecer temer nuestra oposición; eran de sesenta a ochenta, lo que impidió al comandante tomar medidas. Sorprendieron también a los exploradores que realizaban reconocimientos y mataron a dos; los otros se salvaron nadando, portadores de nuevas amenazas, que anunciaban la destrucción completa de Carmen.

26 de mayo

Nuestra posición era crítica; por eso se habló de pedir socorros a Buenos Aires, tanto más cuanto, el 27, tuvimos una alarma de lo más grave. Los exploradores que remontaron el río por la orilla norte informaron que los indios regresaban en gran número, trayendo con ellos caballos de remonta; el comandante decidió, de inmediato, que los contados animales que quedaban en la orilla sur fueran pasados enseguida al norte y que se abandonara la Población del Sur. Todos, al instante, se dedicaron a cumplir esa orden.

27 de mayo

Fue un espectáculo raro el paso del ganado. El Río Negro es, en Carmen, algo más ancho que el Sena en París, pero sus aguas corren con una rapidez del doble por lo menos, lo que aumenta las dificultades. Los animales fueron traídos a las orillas, mientras que se mantuvo un buey del otro lado, para invitar a los demás a reunirse a él. Gran número de jinetes separaron a lo sumo unos treinta, los arrearon, les impidieron retroceder y los hostigaron gritando, al acercarse a las aguas. Primero se negaron a entrar, pero asustados por los gritos, se arrojaron, sucesivamente, al río, donde la corriente los arrastró pronto; varias veces trataron de regresar, y los jinetes, nadando con sus caballos, los persiguieron, obligándolos a irse por el río. Con trabajo, ganaron la costa; a menudo eran arrastrados lejos; sin embargo, es raro que en esos casos se ahoguen. Las dificultades de la operación disminuyen una vez que la primera tropilla

pasa, porque atrae los animales con los cuales vive habitualmente, los que se deciden más fácilmente a arrojarse al río, sin necesidad de guías. Los ecos de los alrededores resonaron todo el día con los gritos de los jinetes y los berridos de las bestias, que añoraban sus buenos pastos; en otras condiciones, habría contemplado el espectáculo con placer. Al atardecer, todos esos bueyes y vacas fueron encerrados en un gran corral, ubicado en la plaza de Carmen y alrededor del fuerte, en un lugar preparado precipitadamente a ese efecto; desde ese momento, los mugidos aumentaron, haciéndose en verdad aturdidores. Los propietarios sólo hablaban de matar sus ganados, para salvar por lo menos los cueros; pero una comisión de notables resolvió conducirlos a la bahía de San Blas, donde no había más que una entrada que vigilar; se llevaron los rebaños y se dejaron en el villorrio seiscientos animales, destinados al consumo de un mes y medio, tiempo que se consideraba necesario para recibir una respuesta de Buenos Aires. Se designa un delegado para que solicitara refuerzos o, en caso de negativa, por lo menos naves, en las cuales los pobladores pudieran salvarse. Una nueva alarma hizo acudir a todas las mujeres al fuerte; se habían visto indios a algunas leguas de Carmen. Pasamos la noche en las baterías, y durante un tiempo bien largo me vi obligado a desempeñar las funciones de soldado, en vez de las de naturalista.

29 de mayo

El 29, uno de esos huracanes que se ven muy de tanto en tanto, distrajo nuestros temores acerca de los enemigos. El viento del sudeste soplaba con violencia extrema, arrastrando espesas nubes, que se abrían, y torrentes de lluvia inundaron la región. Jamás vi viento semejante y peor tiempo. Los estancieros estaban desolados, porque los ganados, durante la tempestad, abandonan sus lugares habituales, se dispersan en medio del despoblado y se pierden a lo lejos, no deteniéndose hasta que el tiempo mejora; por eso los estancieros, cuando son previsores, los encierran en el corral, pero el temor a los indios les había impedido tomar tal precaución y el viento era tan violento que un jinete no habría podido sostenerse en el caballo. La noche siguiente fue terrible; el viento siguió soplando en la misma dirección. Las aguas del mar, violentamente rechazadas en la desembocadura del río, llegaban hasta el villorrio y al amanecer se presentaba en todas partes un espectáculo desolador. Levantadas por lo menos más de quince a veinte pies sobre su nivel ordinario, las aguas cubrían todas las llanuras del sur, a tres leguas de anchura, y presentaban un vasto mar agitado, que no cesaba de aumentar, mientras una lluvia de lo más fuerte, impulsada por un viento impetuoso, apenas permitía mantenerse de pie. La Población o villorrio de la otra orilla estaba en parte bajo el agua; el ganado se ahogaba en

los corrales y los pobladores que no pudieron huir subían a los techos de sus casas; pero éstas, construidas de tierra, socavadas por las olas, se derrumbaban sucesivamente, y arrastraban, en su caída, a familias enteras, que luchando contra la corriente se asían a maderos flotantes y ganaban los techos todavía incólumes, sin que desde Carmen pudiera socorrérselas. Todas las embarcaciones estaban en la costa, así como los navíos anclados en el río, y el furor de las aguas no permitía atravesarlo. Ese estado de cosas duró hasta las nueve de la mañana, momento en que el viento se calmó poco a poco. El agua comenzó a retirarse y a apaciguarse, pudieron salvarse las familias de la otra orilla y, al atardecer, pudimos recibir algunos informes de las desgracias que teníamos que deplorar.

Varios habitantes de la Población habían desaparecido, sin que se tuvieran esperanzas, después del diluvio, de encontrarlos. No cabía duda de que había ahogados, como lo fueron algunas personas del navío recién llegado de Buenos Aires y en el cual descansaba nuestra esperanza de regresar a la capital argentina. El viento lo había arrojado del anclaje al río, en la orilla misma; y allí se había roto en mil pedazos. No solamente yo perdía así un medio de salir de Carmen, sino que mi situación y la de los pobladores se hacía más y más crítica, porque todo el ganado de la otra orilla, que no pudo ganar las alturas, pereció; todos los animales que se encaminaron hacia la bahía de San Blas se dispersaron y algunos de sus conductores murieron durante la noche. De esta manera, nos veíamos privados a la vez de navíos, y amenazados de falta de víveres, porque si los indios aprovechaban ese momento para robar los animales dispersos, les sería fácil reducirnos por hambre. Jamás vi una desolación mayor en los colonos; por eso, sin pérdida de tiempo, se apresuró el envío a Buenos Aires de la barca que se salvó milagrosamente del mal tiempo y que representaba nuestro último recurso. Era demasiado pequeña para que yo pudiera caber con mis colecciones y preferí quedarme a abandonarlas, ligando así mi suerte a la de los pobladores. Fue bajo la influencia de esa terrible situación, entre un enemigo feroz y el temor del hambre, que escribí a Francia, a mis padres y al Museo, por medio de esa frágil embarcación. Al verla partir, me estremecí pensando que dejaba tal vez escapar el único medio que me quedaba de volver a ver a mi patria.

Las desgracias presentes siempre hacen olvidar las pasadas. Durante los primeros días no pensamos en los indios, y todos los esfuerzos se concentraron en un solo objetivo: reparar, en la medida de lo posible, los daños sufridos. Todos los hombres se dedicaron a buscar los animales dispersos; luego, los exploradores enviados a todos lados nos aseguraron que los indios se retiraban.

Los del sur, hallaron muchas bolas perdidas amontonadas en el campo junto a San Javier, lo que hizo presumir que los patagones tuvieron una pelea con los aucas y se habían separado, porque tal amontonamiento de bolas es siempre, en los tehuelches, un signo de ruptura. Tal circunstancia podía hacer disminuir nuestros temores, si hubiéramos tenido la certidumbre de que así era, y para tenerla se sacó de la prisión al fiel Lucaney, manteniendo a su mujer y a sus hijos como rehenes; se lo envió con sus compatriotas, los patagones, con propuestas de paz. Algunos días más tarde, los indios aucas amigos realizaron un gran conjuro de *quecubu*. La ceremonia era, más o menos, la misma que describí en el caso de los patagones[15] y se prolongó hasta muy avanzada la noche. Su propósito era tranquilizarnos y tranquilizarse a sí mismos, confirmándonos el alejamiento de los indios, porque ellos tenían mucho que temer de los suyos si eran capturados con nosotros. Como puede pensarse, el oráculo fue favorable y la pitonisa declaró que nada debía temerse por el momento.

La existencia del famoso Pincheira, oficial chileno convertido en poderoso jefe de la reunión más importante de indios araucanos (llamados chilenos), era un motivo de emulación para muchos de nuestros gauchos, la mayoría deportados de Buenos Aires por sus crímenes. A sus ojos, nada igualaba la dicha de ese jefe. No estar sometido a ningún yugo, ni estar obligado a ningún trabajo; vivir una existencia vagabunda y errante; asaltar, sucesivamente, a todas las provincias limítrofes de las pampas; nada igualaba a tal felicidad; por eso, todos aspiraban a ser sus émulos. Por otra parte, las guerras intestinas de Buenos Aires y los éxitos obtenidos por los gauchos de las campañas sobre los ciudadanos, les hacían lamentar no ser de la partida. Habíamos notado, desde hacía algún tiempo, que muchos de los que estaban a cargo de nuestra defensa exterior asumían actitudes de extrema insolencia, hablando, en las pulperías, de robarse las mujeres del villorrio y de ir a vivir con los indios. Hasta entonces sólo fueron proyectos vagos que, no obstante, no dejaban de inquietarnos, tanto más cuanto las disputas de Buenos Aires podían servir de pretexto para una rebelión. Estábamos siempre en guardia, cuando finalmente tuvimos la certeza positiva de la existencia de un complot a punto de estallar.

21 de junio

El 21 de junio, uno de nuestros milicianos, en reconocimiento de los grandes servicios recibidos por él de uno de los propietarios de la zona, le reveló toda la trama urdida contra nosotros. Una parte de la segunda compañía de milicianos, compuesta de gauchos deportados, a los cuales se unieron los artilleros, formando, en total, un

15 Cap. XVIII.

cuerpo de treinta de los más decididos de la región, ya culpables de innumerables crímenes, debían durante la noche introducirse en el fuerte, con ayuda de los artilleros, dispuestos a facilitarles los medios; masacrar a todos los oficiales y empleados; apoderarse de las armas; deshacerse de todos los pobladores que no los reconocieran; apoderarse de todas las mujeres, y declararse en favor del partido de los sitiadores de Buenos Aires, aliándose a los indios. Estaban todos armados y los artilleros les consiguieron gran cantidad de municiones. La ejecución de ese proyecto debía haber tenido lugar unos días antes, pero los conspiradores, por motivos particulares, lo postergaron para la noche del 22. No teníamos, pues, tiempo que perder; por eso, reunidos de inmediato y bien armados, a las ocho de la noche, en el momento preciso que los conspiradores estaban en su puesto, ganamos, en silencio, el campamento, donde los sorprendimos, intimándoles la orden de entregarnos las armas, con la amenaza de hacer fuego al menor movimiento de su parte para defenderse. Se vieron, pues, en la necesidad de obedecer, y algunos no trataron de negar sus intenciones, confesando sus proyectos siniestros. Los llevamos al fuerte y los pusimos presos. Todos, sin excepción, estaban bajo nuestra vigilancia, pero la falta de espacio suficiente nos obligó a ponerlos juntos. Tuvieron, por consiguiente, tiempo de ponerse de acuerdo. Al día siguiente, se interrogó a los testigos de cargo. Muchos de ellos osaron hablar, porque nada tenían que temer de los acusados; pero cuando se interrogó a estos últimos, declararon unánimemente que nada sabían y negaron lo que habían dicho el día del arresto, atribuyendo sus confesiones al extravío de la ebriedad; tuvieron hasta la impudicia de jurar. Es sabido que la mayoría de esos hombres carece de toda creencia religiosa y, en consecuencia, la fe en el juramento es nula a sus ojos. Un gaucho, a quien se habló de Dios en el momento de ser fusilado, respondió: "¿Por qué me habláis de Dios? No conozco otra causa de todo que el dinero", y tal es en el fondo la creencia de la mayoría de esos libertinos, dispersos por las campañas de los alrededores de Buenos Aires.

Nuestra situación se agravaba día a día. Amenazados de fuera por las hordas salvajes y esquivando a los asesinos que considerábamos nuestros sostenes, estábamos obligados a un servicio activo de lo más penoso. Pasábamos la noche en las baterías y alrededores de la prisión, donde la vigilancia de nuestros prisioneros nos exigía mucho cuidado, y el día a caballo, haciendo pastar el ganado, vigilándolo de cerca, para evitar un golpe de mano de nuestros enemigos.

El 26 regresó el cacique Lucaney de la misión que le habíamos encomendado, con un hijo del jefe patagón Vera y otros dos indios de esa nación; se dirigieron de inmediato al fuerte, donde se explicaron. Los tehuelches, en efecto, habían reñido con los indios de Chau-

26 de junio

cata y de Guaykilof, y sólo pedían reconciliarse con nosotros; incluso ofrecían entregarnos los desertores cristianos que tenían con ellos, así como los animales robados; pedían que se enviaran seis hombres, a los cuales les entregarían lo que poseían de nosotros. Tales noticias eran, en cierto modo, tranquilizadoras; pero en cuanto a enviar a los nuestros para buscar lo que nos pertenecía estábamos poco dispuestos a acceder, no habiendo perdido aún los pobladores el recuerdo de esos desdichados oficiales de Buenos Aires entregados en rehenes a los indios, después de un tratado de paz y del horrible suplicio que se les hizo sufrir, contra la fe de los tratados, quemándolos lentamente. Por eso se procuró lograr de los enviados que sus caciques enviasen ellos mismos nuestro ganado y nuestros hombres, mediante una promesa de regalos; y Lucaney, encargado de esa nueva negociación, debía regresar con los delegados a su campamento, situado a siete jornadas de marcha, remontando el Río Negro, por la orilla sur. Supimos, al mismo tiempo, que había por lo menos mil tiendas en la segunda *angostura*[16] y muchas otras más arriba, lo que revelaba la existencia de una formidable reunión de indios. Los patagones que llegaron con Lucaney eran de muy buena estatura; uno de ellos, hijo de Vera, tenía cinco pies once pulgadas de alto; los otros llegaban, por primera vez, de las costas del estrecho de Magallanes. Me confirmaron su identidad perfecta con los hombres que había visto y con los cuales vivía.

Segundo Viaje al Sur. Nuevo ataque de las hordas salvajes

Viaje al sur

Envié dos veces cazadores a los lugares donde decían que había esa nueva especie de avestruz, cercana al ñandú, de la cual todos los pobladores hablaban tan a menudo, pero esas exploraciones no dieron resultado, sea porque los hombres tuvieron miedo de aventurarse, temiendo encontrar a los indios, sea porque no hubiesen visto a las aves que eran objeto de la búsqueda. Regresaron sin traer nada y yo debí gastar de nuevo inútilmente enormes sumas.

Veía con pena correr los días, y mi partida de la Patagonia, que dependía de la llegada de una nave que podía presentarse a cada instante, me hacía temer no conseguir ningún avestruz. Por otra parte, si los peligros de que estábamos rodeados en el mismo fuerte, nos ponían en situación difícil, yo la agra-

16 *Angostura* es, en español, un desfiladero o un lugar en el cual las barrancas de un río se acercan, cerrando el lecho; ésa era la segunda remontando el Río Negro.

vaba poco, al avanzar solo por lugares salvajes, porque podía ser muerto tanto defendiendo el establecimiento como recorriendo los despoblados. Resolví, pues, intentar una nueva excursión, cualquiera fuera el peligro real que se me presentara, porque la inactividad en que vivía en el fuerte me traía tedio, producido por el aburrimiento que me devoraba continuamente, y me quitaba el sueño, lo que me decidió a desafiar todo, a despecho de los consejos de las personas que, inspiradas en su interés, consideraban de lo más imprudente toda salida en esa época. Para poner en ejecución ese proyecto, tenía no solamente que exponer mi persona, sino también hallar alguien que expusiera la suya conmigo, lo que no era muy fácil; sin embargo, conocía el coraje feroz de los verdaderos gauchos y a ellos me dirigí. Hallé, primero, al capataz de una estancia, que quiso de buen grado, mediante un elevado pago, acompañarme y proporcionar a la expedición veinte caballos que había salvado del pillaje. Encontró, por su parte, tres hombres bien decididos, y desde ese momento preparé la partida. Estábamos en los días más fríos del año; sin embargo, la perspectiva de dormir al aire libre y de estar expuestos, durante varios días, a la intemperie de la estación, no me asustaba. Sabía soportar todo; me había hecho, en ese aspecto, tan duro como los habitantes de la región. Mi partida quedó decidida para el 1 de julio, que corresponde perfectamente al comienzo de enero en nuestro hemisferio. Pero no pude efectuarla hasta el día siguiente.

En el momento de montar a caballo, recibí la visita de los principales habitantes, que venían a rogarme que no me fuera, lo que no impidió que me pusiera en camino. Salí por la orilla norte, frente a la estancia de don Manuel Alvarez. Hice pasar mis caballos, lo que duró parte del día y me obligó a no avanzar. No hallé a nadie en la estancia; todo estaba en silencio; y me vi en la necesidad de instalarme en el cobertizo, cubierto a todos los vientos. ¡Qué triste espectáculo! ¡Ni siquiera un perro venía a ladrarme! Esos lugares que durante mi primera estadía se hallaban llenos de obreros ocupados en la salazón, permanecían tristes y fríos; no quedaba de esa vida, de ese alboroto cotidiano, más que los esqueletos descarnados de los animales muertos, del lado de los cuales las aves de rapiña, no hallando más alimento, habían huido para siempre. Sólo algunas bandadas de gansos cubrían las orillas del río. La alta marea había depositado una espesa capa de limo, que ocultaba la hierba y contribuía a acrecentar el duelo. Ni un solo carancho... Todos esos pájaros, parásitos del hombre, se habían retirado junto con él. Pasé la noche bajo el cobertizo, donde tuve mucho frío, pero era un techo que no tendría en los días siguientes. Durante el verano, el suelo parece menos duro que en invierno y la frescura de la tierra brinda algunas

2 de julio

dulzuras, pero cuando hace frío, es difícil comunicar al suelo suficiente calor para no sentir, a través de un cuero, una impresión desagradable, que penetra incesantemente en los miembros. Nos resultó difícil reunir a nuestros caballos a la mañana siguiente; eran notables esos animales por su belleza. Los estancieros trataban de reunir por lo general tropillas de caballos del mismo color. Mi capataz también tenía esa fantasía, pero eligió el color más raro, el de los caballos picazos, y desde muchos años antes compraba a los indios, a cualquier precio, los que hallaban de esa variedad. Un aficionado apasionado los habría admirado, porque reunían todas las cualidades exigidas en el país; el aspecto parecía extraño, y muy raramente se veían caballos así manchados y nunca en tropilla. Partimos recién a las nueve; no llevábamos víveres frescos; mis gentes no quisieron cargarlos al partir, contando con el ganado oculto junto a la Cuchilla, para matar una cabeza, de la que sacarían lo requerido para el viaje; así sucedió en efecto. Fue necesario detenerse en la Cuchilla: mis gentes partieron al campo con sus lazos, y tres horas más tarde regresaron trayendo enlazado a un torito furioso. Lo sacrificaron, y en vez de desollarlo, como se hace por lo común, resolvieron llevar sólo los pedazos con el cuero, a fin de hacer esos asados tan estimados por ellos, que llaman *asado con cuero*. Sacaron, pues, con el cuero, los trozos de carne que juzgaron mejores, así como la lengua, y abandonaron el resto a las aves de rapiña, luego de extraer algunas partes grasas, que arrojaron en seguida a los carbones y comieron a medio asar. Teníamos, por toda provisión, algo de pan, queso y dos barriles, uno lleno de vino y el otro de agua; pero como mis gentes temían no tener suficiente de esta última, extrajeron, en una sola pieza, el cuero del muslo y de la pata del toro, lo ataron fuertemente e hicieron dos enormes odres, que llenaron de agua. Fue necesario dormir en la Cuchilla, porque todos esos preparativos exigieron todo el final del día. Si se quiere viajar por esas regiones hay que armarse de mucha paciencia. Los pobladores ponen tal pereza en todo lo que hacen, que se sufre mucho con su lentitud, pero como enojándose nada puede obtenerse de ellos, vale más callarse y abstenerse de toda observación. Ataron los caballos, y hasta el comienzo de la noche no cesaron de hacer asaditos, que comían con mesura, mientras conversaban sobre los indios y el temor que tenían de ser sorprendidos por ellos, sazonando la conversación con relatos de ataques de los mismos, que podían relacionarse con nuestra situación del momento; y su charla me hizo comprender que, a pesar de su promesa, tenían la intención de salvarse, si encontraban al enemigo, abandonando sus armas, para huir más ligero. Reconocí, pues, lo poco que podía confiar en ellos. A la entrada de la noche se apagó el fuego, para no ser vistos por los indios.

Huaso chileno.

1: *Hylophillus ruficeps*; 2: *Dacnis flaviventer*.

Estábamos ubicados en el fondo de un pequeño barranco, a fin de no sufrir el viento penetrante del sur que no podía ser más frío; y confieso que lo sentí mucho, sobre todo al acercarse el día, cuando todo el campo, cubierto de una espesa escarcha, anunciaba un tiempo poco seguro. El cielo estaba nublado. Todo presagiaba, para la jornada, uno de esos tiempos sombríos, que entristecen y penetran en todo el cuerpo. Poseía ropa apropiada para defenderme del frío; sin embargo, el viento me helaba de continuo la cara. Estábamos armados hasta los dientes y nuestra vestimenta nos habría hecho considerar una banda de asaltantes; podría haber desafiado a mis amigos de París que me reconocieran bajo mi atavío medio europeo y medio indio. Durante muchas leguas, franqueadas al galope, ningún rastro humano fue visto por mis gentes, pero, al fin, vi a los que marchaban delante detenerse de golpe y mirar a tierra; reconocían las huellas recientes del paso de los indios por las líneas de las lanzas arrastradas por tierra. Comprobamos que eran por lo menos veinte hombres y que se dirigían hacia el oeste. Los indios tienen la costumbre, en sus marchas, de sujetar la larga lanza cerca del hierro y dejar arrastrar el mango por tierra, hábito que facilita el reconocimiento de su número. Habían ido, sin duda, a reconocer la orilla del sur, para ver si quedaba ganado que robar y regresaron por el interior de las tierras, para no ser descubiertos. Parecía que sólo hacía un par de días que habían pasado, lo que nos inspiró temores, que la reflexión disipó pronto, porque los indios no tenían ningún motivo para ir hacia el sur, más allá de los lugares habitados. No teníamos, pues, nada que temer si no era cerca de Carmen o en los sitios donde el agua invita a los salvajes a aproximarse para sus cacerías. Seguimos, en consecuencia, caminando en medio de los despoblados, y después de franquear, de un solo tirón, la distancia de doce leguas, con el viento en el rostro y siempre al galope, llegamos finalmente, a las tres, a la ensenada de Ros. Al llegar al lugar donde acampé en mi primer viaje, vi que la fuerte marea del 30 de mayo había cambiado todo. Las olas rompieron el dique de dunas que la bordeaban, se extendieron en más de un cuarto de legua de ancho en medio de las tierras y dejaron los terrenos a tal punto movedizos, que los caballos se hundían hasta las rodillas y nos vimos obligados a dar un rodeo para llegar a la parada. El mar había golpeado con tanta furia esas costas, que muchos pájaros de alta mar, tales como *los spénisques* y los albatros, estaban muertos en la arena; y las aguas habían removido el fondo con tal violencia, que gran número de moluscos y políperos fueron arrancados y formaban una línea tupida sobre los acantilados de la costa. Fue para mí una gran suerte, que aproveché haciendo cosechas abundantes. Jamás

4 de julio

vi un efecto tan terrible de la furia del mar; en todas partes franqueó sus límites ordinarios; en todas partes modificó las formas del terreno. Grandes dunas fueron arrastradas y se extendieron por la llanura; cuartos de rocas, arrancados del barranco, rodaron a lo lejos, y gran número de derrumbamientos revelaban con qué fuerza las aguas batieron ese alto murallón. A más de cincuenta o sesenta pies de altura, se veía que el oleaje había lavado todo, luchando contra la inquebrantable barrera.

El 5 de julio quise, antes de cazar focas en la costa, avanzar mucho más lejos hacia el sur, a fin de tentar de nuevo fortuna con los avestruces patudos.

5 de julio

Recorrí con mis hombres una parte de los alrededores de la ensenada de Ros; hallé los mismos terrenos movedizos que en la primera excursión y tuve el desagrado de ver en vano correr el ave que tanto deseaba poseer. Resolví, de acuerdo a lo que me dijeron los guías, ir una docena de leguas más al sur, con la esperanza de ser más afortunado en los alrededores de la *Ensenada de los Loros*, que es más o menos semejante a la de Ros. Atravesé, pues, de un galopé los desiertos espinosos y secos que me separaban, en medio de un campo absolutamente semejante al que cubre todos los terrenos elevados. No vi ningún animal en el camino, y el tan deseado avestruz no apareció. Hasta no llegar a la bahía, no volví a verlo, pero siempre en los terrenos cribados de agujeros y arenosos, donde es imposible galopar; sin embargo, los restos de uno de esos animales, muerto y devorado por los zorros, me permitieron comprobar que su tarso está realmente emplumado hasta la mitad de su largo, lo que me ha hecho denominarlo *Rhea pennata*[17], para diferenciarlo de la *Rhea americana*, avestruz llamado impropiamente *de Magallanes*, puesto que esa especie no pasa el grado 42 de latitud sur.

La bahía que tenía a la vista era en un todo semejante a la de Ros; el mismo mar la batía de lleno y ambos extremos están limitados por la continuidad de un elevado acantilado. La costa me pareció mucho más poblada de focas y otarios que la de Ros, pero como tenía mucho camino que recorrer para llevarlos a Carmen, los dejé en paz. Permanecí algunos instantes en la playa; luego tuve que buscar un lugar donde pasar la noche. Mientras estaba ocupado a orillas del mar, uno de mis hombres fue a buscar la aguada que da su nombre a la bahía; la halló en medio de las dunas más altas, del alto de las cuales nos hizo señales para que nos acercáramos. Nos dirigimos allí y hallamos, en el fondo de una cañada, un pozo cavado en la arena, junto al cual un agua cristalina invitaba a quedarse. Nuestros pobres caballos pudieron beber a

17 Véase cap. XVII.

su antojo, y nosotros nos ocupamos del campamento. Los rastros de antiguos fuegos revelaban que los indios habían acampado allí, lo que resultaba fácil reconocer por el resto del toldo de cuero que se veía aún. Durante mucho tiempo los viajeros que iban al establecimiento fundado en el siglo pasado en la península de San José, atravesaban los despoblados sin hallar ningún sitio donde dar de beber a sus caballos; sólo el azar vino en su ayuda. Un día que un pobre viajero, detenido en la cima de una de esas dunas, se lamentaba al ver agotarse su provisión de agua, vio muchas bandadas de guacamayos patagónicos que se dirigían al mismo lado y descendían en el mismo lugar. Pensó que algo atraía a esos pájaros; se dirigió hacia allí y vio, con el mayor placer, algo de agua dulce depositada en el fondo de la cañada; informó a los otros viajeros y desde entonces se dio a esos lugares el nombre de *Agua de los Loros*. El gran número de vestigios de guanacos que observé me hizo comprender por qué los indios frecuentan el paraje. Vimos muchas tropillas de esos ligeros animales, que huían a lo lejos cuando nos veían. Pasamos una noche muy tranquila. Mis gentes pudieron, sin temor, encender fuego; no se hicieron rogar, y durante toda la velada trajeron zarzas secas para ese efecto. No estaban, empero, muy seguros, y bastaba que los indios hubieran estado antes, para que los temieran todavía; en consecuencia, a la mañana siguiente me pidieron insistentemente que regresáramos cazando.

Quienquiera haya recorrido las dunas de la costa de la Vendée, y las de los alrededores de Burdeos, podrá imaginar el aspecto de las dunas patagónicas...

6 de julio

En todas partes la misma esterilidad, la misma tristeza, la misma monotonía... Son las ondulaciones irregulares de un mar agitado; arena movediza, en las cimas de esos promontorios interrumpidos, y algo de vegetación, en el fondo de los vallecitos. Sin brújula o sin ayuda de los astros, no se puede salir de esas montañas de arena, y el hombre se halla en medio de una soledad salvaje.

Poco satisfecho de mi viaje a ese lugar, fatigado por cuatro malas noches, intenté un último esfuerzo para tener el deseado avestruz; fue en vano... La escasa solidez del suelo no me permitía acercarme: desolado, no tuve otro recurso que ponerme en camino para regresar a la ensenada de Ros, donde deseaba cazar otarios, para remplazar los cueros que el calor de la estación había gastado, durante mi primer viaje. De un galope llegué a la bahía, donde, muy cansado, no tuve para descansar otro lecho que los guijarros y otro abrigo que un triste zarzal. Para colmo de desdichas, llovió toda la noche, y el desagrado de sentirme empapado hasta los huesos vino a aumentar mis sufrimientos.

Al amanecer, ya estaba en la costa, buscando los productos marinos arrojados por el mar, y allí olvidé el universo entero, no pensando más que en los objetos interesantes que se presentaban ante mí. Fui, empero, interrumpido por mis gentes, que traían los caballos, a fin de ir a cazar los otarios. Nos dirigimos al lugar donde esos animales están generalmente y pudimos, sin mucho trabajo, matar tantos como quisimos, porque nunca vi tantos reunidos. Elegimos varios machos enormes, destinados a ser llevados con cuero y esqueleto, y dejamos después a los otros tranquilos. Cacé también cóndores, y tuve el placer de herir a uno que cayó y estuvo a punto de sacarle la mano a uno de mis hombres, cuando quiso prenderlo. Los fríos de la estación habían hecho, sin duda, huir de los hielos del Cabo de Hornos algunas de las especies de aves que le son propias, porque de pronto apareció, sobre las rocas cubiertas de almejas, una bandada de pájaros blancos como la nieve, más o menos del tamaño de las palomas, cuyas formas tenían, y el vuelo algo más ligero. Era una buena fortuna para un naturalista. Saltando, en seguida, de una roca a otra, logré acercarme, de manera de poder matarlos. Quedaron dos en el lugar, pero había que ir a recogerlos. El mar creciente había llegado ya al lugar donde cayeron. No dudé; todavía mojado por la noche anterior, entré en el agua y logré cogerlos. La bandada volvió, varias veces, volando alrededor mío, como buscando a los suyos, y cada vez su número disminuía, porque yo tiraba y alguno caía al mar, hasta que al fin se alejaron para no volver. Pude entonces atrapar algunos de los que flotaban. Ese pájaro, cuyas costumbres marinas contrastan con su aspecto general del todo terrestre, tiene un pico en forma de vaina[18]. Pájaro de río, cercano a las urracas de mar, aunque se diferencia por la forma de su pico, es el que señalan como *paloma blanca* todos los viajeros que se acercan al Estrecho de Magallanes o que pasan por el Cabo de Hornos. Fue descrito, en el siglo XVI, por los primeros navegantes españoles e ingleses que visitaron esas comarcas, e incluido durante mucho tiempo hasta nuestros días, por los zoólogos, entre las gallináceas y las zancudas, siempre de acuerdo a la forma exterior, porque sus costumbres fijaron de inmediato su lugar en la escala de los seres.

7 de julio

Regresé cargado con mi caza y todo mojado. El tiempo estuvo malo todo el día; hubo neblina, y a la noche siguiente llovió a cántaros. Como no me sequé durante dos días, sentía con más intensidad el frío.

---

18 *Chionis alba*, Forst.; *Vaginalis alba*, Gmel.

El agua siguió cayendo al día siguiente. Para desentumecerme, me fui a pie a la costa, donde el deseo de hallar algo nuevo me hizo quedar hasta las dos. Valía tanto recibir la lluvia, buscando objetos de historia natural, como permanecer ocioso junto a un zarzal. El tiempo mejoró un poco, y habiendo reunido todos nuestros caballos, nos dirigimos a Carmen. Al atardecer, el viento pasó al sur, el cielo se limpió y nos anunció buen tiempo; pero hizo, a la vez, una temperatura glacial. Nos detuvimos a mitad de camino, en medio de la llanura, y pudimos encender un fuego que nos hizo sentir más el frío, porque mojados como estábamos, nos resultaba imposible secarnos. Cuando estuve acostado, experimenté sufrimientos imposibles de describir. Helaba intensamente; mis prendas mojadas se ponían tiesas y no hallé otro medio de resistir a ese sufrimiento que pasearme sin descanso, porque temía, si permanecía inactivo, no poder moverme al día siguiente. El viento era violento y helado y puedo decir que fue, hasta ese momento, la noche más penosa que pasé. Se requería realmente toda la fuerza de la juventud de que estaba dotado para probar así la intemperie de las comarcas meridionales; muchos otros habrían muerto; yo no tuve ni siquiera el menor resfrío.

8 de julio

Siete días de dolores y fatigas continuas se deslizaron sobre mí como si siempre hubiera llevado ese género de vida; empero, deseaba regresar a Carmen. Me separaban sólo ocho leguas, pero ese resto del camino no carecía de riesgos; los indios podían estar en posesión de la orilla sur y podía caer en sus manos. Todos esos temores me asaltaron en un instante, tanto más cuanto oí, muy claramente, cañonazos, pero me tranquilicé al contar veintiuno, lo que me recordó que era el aniversario de la independencia de la República Argentina. Crucé terrenos áridos y llegué a la Cuchilla, desde donde dominaba la llanura. No vi nada que pudiera inquietarme, y para mayor seguridad, me dirigí al Río Negro, que bordeé, remontándolo, hasta la Población, de donde pasé a Carmen. Los habitantes del fuerte comenzaban a desesperar de verme y me recibieron como a una persona que vuelve del otro mundo.

9 de julio

Los indios amenazaban la orilla norte. Nuestro barquito, que llegó con trabajo a Buenos Aires, halló la ciudad presa de una guerra intestina. Los franceses que formaban parte de la milicia de la ciudad se portaron bien, y, finalmente, una especie de arreglo entre los dos partidos parecía a punto de sellarse. Rosas entró en Buenos Aires, pero no había esperanza de obtener algo para Carmen; era menester que este establecimiento se mantuviera por sí mismo, ya que la capital argentina tenía muchos males propios que reparar. Nuestra

chalupa, que regresó con esas tristes noticias, estuvo a punto de zozobrar; se le abrió una vía de agua en el mar y apenas pudo ganar las islas de la bahía de San Blas, en la cual encalló, a fin de salvar a su tripulación; así, nuestra posición no había cambiado en nada, salvo que no restaba la menor esperanza de salir de Carmen, puesto que sólo nos quedaban los viejos cascos de navíos, impropios para una navegación, y ningún otro debía venir de Buenos Aires. Hubo, pues, que resignarse.

16 de julio

El 16 de julio era la fiesta patronal, la de Nuestra Señora del Carmen. En otra época, ese día habría dado motivo a festejos; entonces sólo la iglesia lo conmemoró. Hubo gran misa y una procesión, en la cual se paseó la imagen de la Virgen. Constituía un raro contraste ver, al paso del cortejo, a gran número de indios amigos, bien embadurnados de rojo, contemplar, con aire de desprecio, nuestra ceremonia, y tratarnos de supersticiosos, devolviéndonos así nuestros sarcasmos cuando conjuran a su Gualichu. Son, tal vez, de todos los americanos, los más incrédulos en esa cuestión. Nunca un patagón, un puelche, ni un araucano de las pampas, abraza la religión católica, a no ser a la fuerza; mientras que en los países cálidos, los naturales son sometidos con facilidad y abandonan, sin pena, por lo menos en apariencia, sus antiguas creencias. Al penetrar en las llanuras del sur, los jesuitas persistieron, durante más de cuarenta años, en la prédica del cristianismo en medio de las hordas vagabundas; pero los indios no se acercaron a ellos y no parecieron plegarse a sus deseos sino cuando tenían alguna cosa que conseguir de los padres, cuya elocuencia fue siempre infructuosa. Las creencias religiosas de las naciones australes son hasta hoy las que eran en la época del descubrimiento. Esos hombres están tan apegados a sus supersticiones como a la vida vagabunda, la que parece gustarles por encima de cualquiera otra cosa, porque, hasta el presente, no se cuenta, en las pampas, con ninguna asociación de indios que sea sedentaria, aun alrededor de los lugares habitados.

18 de julio

Nuestros exploradores recorrían las campañas en todas direcciones y nosotros podíamos confiar en su vigilancia. En efecto, el 18 acudieron para informarnos que habían perseguido, en el camino del Colorado, a un indio que estaba espiando; esa información sembró la alarma, y por la noche cada uno durmió en su puesto. Se envió, al día siguiente, un destacamento a reconocer los rastros, y en vez de los de un hombre, se descubrió los de diez o doce, que no pudieron alcanzarse. Los temores aumentaron, tanto más cuanto los negros del fuerte, que hacían el servicio de infantería, se negaron formalmente a patrullar de noche, lo que

nos obligó a hacerlo nosotros mismos, porque era indispensable para evitar sorpresas. Es tan fácil, en medio de un desierto, dirigirse de un lugar a otro sin ser visto, cuando no hay senderos abiertos, que era, para nosotros, de la mayor importancia, en un fuerte cuyos muros estaban medio derruidos y eran fáciles de franquear, no ser sorprendidos; sin lo cual, ninguna defensa es posible. El 20 llegó un enviado de Lucaney y nos informó que uno de los caciques de Pincheira había atacado, de improviso, una toldería de indios de Chaucata, que todos los hombres fueron muertos y las mujeres robadas, y que un cacique subalterno fue apresado y quemado vivo. Entonces nuestros temores se hicieron más serios. Esos mismos indios vencedores podían venir también hasta nosotros, lo que no tardó en suceder.

El 22 por la mañana, después de haber pasado la noche junto a los cañones, descansábamos algo, cuando el centinela de uno de los bastiones gritó a las armas: salimos todos, y a mitad del alcance del cañón vimos a los indios, marchando sobre el fuerte, empuñando las lanzas en número de quinientos a seiscientos. De inmediato lanzamos sobre ellos una carronada de veinticuatro, pero la exagerada precipitación con que ejecutamos ese movimiento nos hizo apuntar mal y la bala pasó muy por encima de sus cabezas. Se detuvieron. Mientras tratábamos de tener mejor puntería, se envió contra ellos la infantería, que no tuvo más efecto. Los indios pidieron parlamentar, por medio de una bandera. El aspecto de una tropa de esos guerreros, armados con sus largas lanzas tiene algo de raro: esas cañas de diez y seis a diez y ocho pies de altura, plantadas de pie por todos los jinetes, los penachos de plumas de avestruz que llevan atadas y por los cuales podíamos comprobar que había gran número de jefes; todo eso revelaba que no eran más que la vanguardia de fuerzas más considerables, acampadas, sin duda, en los alrededores. Tal consideración hizo aceptar el parlamento; y cuatro caciques, entre los cuales uno de los principales jefes, vinieron al fuerte seguidos de su intérprete, con toda la seriedad que los caracteriza. No tenían armas ofensivas, pero dos de ellos estaban provistos de cotas de mallas de acero, hechas con anillitos, que, probablemente, se conservaban por esa nación desde la primera entrada de Almagro en Chile[19], o desde la de Valdivia[20]; porque, después, esas armas no fueron más usadas por los guerreros españoles. Estaban muy ricamente vestidos y sus arneses llevaban placas de plata. Entraron en el fuerte y el jefe se puso a hablar, cantando según

22 de julio

19 En 1534. Garcilaso de la Vega, *Comentario del Perú*, p. 86.
20 En 1540. Garcilaso de la Vega, *Comentario del Perú*, p. 492.

la costumbre y subrayando sus palabras con versículos. El intérprete tradujo el discurso, y supimos que venían como aliados de Pincheira a obtener noticias del correo que habían enviado unos meses antes; que, por lo demás, no tenían intenciones hostiles; que si al llegar se apoderaron de todos los animales, era para tener una garantía; pero que los devolverían de inmediato, si les dábamos cierto número de rollos de tabaco y de barriles de aguardiente. El comandante, hombre por demás pusilánime, en vez de retener a esa gente hasta que lo tratado se cumpliera de una y otra parte, reveló a los caciques que su enviado había sido matado por Chaucata y les hizo entregar lo que pedían, sin reclamar la devolución del ganado. Por eso, una vez que los caciques se unieron a los suyos, cambiaron de tono y nada devolvieron. Sólo se retiraron lejos del alcance del cañón, lo que nos obligó a mantener durante la noche una vigilancia más estricta. Fui designado para comandar una de las patrullas que debía recorrer los alrededores, en medio de las malezas, escuchando con el oído en tierra de tanto en tanto, hasta que se levantara la luna. Desempeñé esa función sin descubrir nada.

Los indios, antes de llegar a nosotros, se habían apoderado de todas las vacas y caballos que hallaron en la campaña de los alrededores, dejándonos únicamente algunos, que teníamos cerca del fuerte. Mataron a un pobre anciano, uno de los dos únicos hombres que escaparon a la masacre de los habitantes de la península de San José, por los patagones, veinte o treinta años antes. El cadáver de ese desdichado estaba irreconocible; a tal punto lo cubrieron de heridas. Había recibido más de doscientos lanzazos y su cabeza estaba destrozada por las *bolas perdidas*. Los indios mataron también a tres de nuestros soldados negros, al ir éstos a buscar madera; el cuarto, que pudo ocultarse en una madriguera de vizcachas, pudo así salvarse a favor de la noche; medio muerto de miedo, llegó al fuerte sin ser visto. Su pavor era tal que apenas podía hablar y sólo mucho tiempo después logró referir los peligros de que logró librarse. Desde ese momento, convencidos de la mala fe de los indios, perdimos toda esperanza de recobrar lo que nos robaron.

Algunos indios regresaron, sin embargo, a la mañana siguiente, pero sin traer el ganado. Esos parlamentos revelaban mucha falsedad de su parte, y desesperábamos ya, cuando se les agregaron otras tropas de indios y se hicieron todavía más intratables. Sabíamos que había entre ellos tres caciques principales: el llamado por Pincheira *Mulato*, por su color más pronunciado que los otros; *Melipan* y *Killapan*. El cacique Mulato mandaba a todos. Parecía tener de setecientos a ochocientos guerreros, que estaban acampados en los alrededores, lo que hizo que ninguna familia quisiera salir del fuerte; todos los habitantes de Carmen se reunieron allí.

23 de julio

Alojaba en mi pieza, aunque era muy pequeña, de diecisiete a dieciocho personas, contando los niños. Los dejé allí para pasar yo la noche bajo las armas.

El 24 de julio uno de nuestros gauchos dejó el fuerte para ir al encuentro de los indios y temimos que les hiciera conocer la estancia del señor Bibois, en lo bajo del río, la de Punta Rasa, la de la bahía de San Blas; y nuestros temores se realizaron, puesto que nos enteramos que descendían por el río. Pudimos entonces hacer salir al ganado que teníamos en los corrales; los animales no habían comido desde hacía tres días y debíamos matarlos o hacerlos pastar. Tomamos este último partido. Toda la caballada disponible fue colocada formando un gran cerco alrededor, en las inmediaciones, mientras el ganado pacía; nos vimos obligados a tomar esta precaución todos los días, para conservar algunos víveres, porque eran los únicos que teníamos, en una región donde el pan es raro; por eso pasamos la noche junto a los cañones y el día a caballo, en el campo, siempre armados.

24 de julio

El capitán Bibois, decidido corsario, no dejó su estancia, indefensa; construyó una pequeña batería que dominaba los corrales donde estaba el ganado e hizo cavar, alrededor de ella, profundos pozos que impedían salir a los animales, aunque se levantaran las barreras que cerraban los corrales.

Cuando se supo que los indios se dirigían hacia la desembocadura del río, se envió, por agua, infantería como socorro, lo que fue muy oportuno, porque el 25, hacia mediodía, muchos cañonazos nos anunciaron el ataque, del que enseguida obtuvimos detalles. Tan pronto recibió el refuerzo de nuestra infantería y supo que los indios se dirigían hacia allí, el señor Bibois hizo encerrar el ganado en los corrales y se preparó a recibir al enemigo. Apenas terminaba esos preparativos, cuando vio aparecer a los indios sobre las alturas vecinas; y algunos momentos después atacaban con la rapidez del rayo, llegando a todo galope, ocultos en parte tras el flanco de sus caballos. Casi desnudos, con los cabellos flotando, arrastrando su lanza y lanzando todos juntos el grito de guerra, a fin de asustar, llegaron así bajo la misma batería, sufriendo un fuego continuo y la metralla que llovía sobre ellos, sin perder un momento de vista el objetivo principal, porque, pronto, unos llenaron los fosos, mientras que otros desunían y arrancaban los postes del corral, para poder llevarse el ganado. No parecían inquietarse, por la defensa de los asediados, aunque la metralla había hecho ya, entre ellos, grandes estragos. La tierra estaba cubierta de caballos muertos o heridos. Una parte de los asaltantes se ocupó de llevarse sus muertos y heridos, mientras los otros comenzaban a arrear el ganado, cuando, al parecer, el jefe fue alcanzado. Hizo sonar la trompeta de retirada: todos los indios obedecieron; y, en un

25 de julio

instante, no quedaron en el campo de batalla más que caballos muertos, sangre, muchas lanzas abandonadas, el puñal[21] y el sombrero del cacique Mulato, lo que nos hizo esperar mucho, pero no encontramos un solo indio muerto. Constituye para ellos una costumbre de lo más antigua no abandonar nunca un solo cadáver, ni aun en lo más ardiente de la lucha, lo que disminuye en mucho su fuerza y les ha hecho, a menudo, perder un ataque. Durante toda la acción, la parentela se ocupa únicamente de llevarse a los suyos, por lo general medio muertos; los enlazan y los arrastran lejos. Es bastante curioso poder citar, entre quienes poseen la misma táctica militar, a los gauchos de Buenos Aires, quienes, durante la guerra de 1829 contra los ciudadanos, no dejaron nunca un muerto en el lugar, a fin de no proporcionar al enemigo los medios de calcular sus pérdidas. Los aucas, que tienen la misma costumbre, no la siguen por el mismo motivo; una idea religiosa es lo que les impide dejar profanar el cuerpo de sus parientes. Se debió, en realidad, a la herida del jefe que no se perdiera el ganado de la estancia del señor Bibois, porque cuando los indios comenzaron a alejarse, le faltaban municiones y estaba a punto de abandonar su fortín, que, por lo demás, no podía servirle más, ya que los asaltantes iban a pie, y los cañones, demasiado elevados, no podían alcanzarlos. Era, empero, urgente que se retirara antes de que le cortaran la retirada por el río, donde lo esperaban las lanchas. Al día siguiente, cuando los indios abandonaron su campamento provisional, se halló mucha sangre, que las aves de rapiña buscaban, y restos de aparatos y de tabletas destinadas a curar fracturas, que nos hicieron presumir que el cacique Mulato tenía rota la pierna, noticia que se confirmó más tarde. Habían, sin duda, llevado los muertos lejos y los enterraron en los lugares más ocultos; no hallamos ninguno en el campo. Los indios se fueron por el lado de la bahía de San Blas.

Cuando los araucanos están en guerra o dirigen expediciones hacia un punto cualquiera, escalonan a algunos de los suyos en los lugares intermedios y culminantes, a fin de advertir, a lo lejos, por medio de fuego o de humo, dispuesto de diversas maneras, sea el peligro, sea cualquier otro hecho que interesa conocer. Es un telégrafo que ellos y otras naciones australes emplean siempre[22]. Vimos esas señales casi todos los días y noches; y, por consiguiente,

---

21 Traje ese puñal, que poseo junto a las armas de las naciones australes.

22 Los Incas se servían en las guerras (véase Garcilaso de la Vega, *Comentario de los Incas*, p. 181) de medios semejantes. De día avisaban con el humo, y por la noche con fuegos; y así, a algunos centenares de leguas, podían tener noticias en algunas horas. Esa táctica de los aucas y de los patagones les fue tal vez transmitida por los incas, cuando éstos conquistaron Chile, bajo el Inca Yupanqui.

juzgamos que resultaría fácil alarmarlos alumbrando, en la orilla opuesta, fuegos en puntos distintos de los suyos. El comandante mandó indios a informar a Chaucata que el cacique Mulato nos amenazaba, a fin de hacer que éste nos viniera a sacar del atolladero; pero quería también hacer creer a los enemigos que Chaucata llegaba, a fin de decidirlos a abandonar la comarca. Envió a alumbrar grandes fuegos sobre las alturas, remontando el río, pero nos sorprendió mucho ver responder de inmediato, en la misma orilla, a la desembocadura del río, lo que nos confirmó la idea de que éramos espiados desde todos lados al mismo tiempo.

27 de julio

Los indios se hicieron presentes el 27 en la bahía de San Blas, donde fueron recibidos con un fuego de artillería que los obligó a ganar las alturas vecinas; pidieron la paz, a fin, sin duda, de introducirse en la isla de los Jabalíes y apoderarse del ganado. Se rechazó el pedido; pero, ¿qué podían hacer unos veinte hombres, la mayoría negros esclavos, contra una fuerza tan respetable? Ello hizo temer que el establecimiento fuera sorprendido y destruido. Viendo, finalmente, que nuestras fuerzas no eran suficientes como para expulsar a un enemigo poderoso, nació en la mente de un propietario de la región una idea infernal, que, a pesar de las advertencias de las personas razonables, fue recibida con entusiasmo por los pobladores. Era nada menos que tratar de matar a los indios por medio del veneno. Un médico inglés se ofreció para preparar la mezcla, hecha de arsénico y de sublimado corrosivo en ciento cincuenta panes y dos barriles de aguardiente que las gentes llevarían como víveres a los asediados de la bahía de San Blas y dejarían que cayeran en manos de los indios, los cuales, ignorando el peligro, debían infaliblemente perecer. Me creí en el deber de protestar por ese medio de defensa que no podía concebir sin avergonzarme y que nos haría odiar mortalmente por la nación araucana, demostrando la influencia que un atentado semejante tendría para el porvenir.

30 de julio

Mi voz no fue escuchada, y el 30 se enviaron dos caballos cargados de esos víveres. El proyecto estaba bien concebido, porque los enemigos comerían pan en un lugar sin agua, tendrían sed y entonces recurrirían a los barriles. Ese cruel regalo, acompañado de una carta que también debía dejarse caer en sus manos, y por la cual se informaba a los asediados que se enviaban esas provisiones para mantener sus fuerzas y prolongar su resistencia, fue escoltado por dos hombres provistos de los mejores caballos de carrera del país. Encontraron a los indios cerca de Punta Piedra; gran número de ellos los persiguieron; hicieron ver que se defendían, y, después de abandonar el convoy, regresaron a informarnos del éxito de su

misión. Todo el mundo en el villorrio se regocijó de esa medida, pensando que los enemigos estaban muertos. Nada había cambiado en el fuerte; las familias estaban siempre allí y nuestras tareas de vigilancia aumentaban, en vez de disminuir, porque nos habíamos visto obligados a distribuir las fuerzas en diversos puntos. Nunca estuve más lejos de poder cumplir mi misión. La profesión de las armas se aliaba mal con la del observador pacífico de la naturaleza.

El 1 de agosto supimos que los indios abandonaban la costa y se dirigían sobre el villorrio, pasando a dos leguas de él, precipitando su marcha hacia el lugar donde estuvieran al principio; no nos cupo la menor duda de que una parte del veneno no había producido sus terribles efectos, y que, a causa de sus creencias, abandonaban el sitio del mal, atribuyéndolo al espíritu maligno. De cualquier manera, marchaban con rapidez y se alejaban precipitadamente, no sin dejar de expresar su odio implacable y su deseo de venganza quemando todas las casas que encontraron, robando todo y matando el ganado que no podían llevarse. Los correos enviados al lugar donde estaban cuando les llegó el veneno, no descubrieron el menor indicio de mortalidad. Los dos barriles de aguardiente estaban abandonados e intactos, pero los indios, sin duda para vengar los sufrimientos ocasionados por el veneno contenido en el pan, que, en realidad, les impidió tocar los barriles, destruyeron todos los aparejos de pesca de elefantes marinos de Punto Rasa, incendiaron las carretas y los barriles, desfondaron las pipas de aceite ya llenas, arrojaron a lo lejos los cintos de hierro y diseminaron por las dunas todo lo que no pudieron destruir. Además, se llevaron los animales que encontraron; y, finalmente, se retiraron, porque varios días más tarde, a más de treinta leguas arriba de Carmen, no se los halló más.

1 de agosto

El 5 de agosto vimos una nave junto a la barra, que al día siguiente estaba en el puerto. Trajo un nuevo comandante y varios oficiales; ese comandante era el mismo que, por medio de severas medidas, logró algunos años antes hacer progresar la región. El coronel Oyuela era un tanto fanfarrón, pero era también, bajo otros aspectos, el hombre que convenía a Carmen. No cabía duda de que la pusilanimidad de nuestro comandante interino había traído una parte de los reveses que experimentamos. El recién llegado prometió reparar todos los males y se pronunciación en favor del gobierno despótico, amenazando de muerte a quienes no estuvieran de acuerdo o no le obedecieran. Yo, a pesar de algunos procedimientos poco convenientes de su parte, no me inquieté, puesto que me trajo un navío que podía sacarme de allí; por consiguiente, me preparé a partir. Pasé los días que me faltaban estudiando todavía las naciones indias, tanto las tri-

5 de agosto

bus amigas, como gran número de diputaciones que nos llegaron, sucesivamente, de todos lados. La primera fue enviada en nombre de todos los jefes puelches y araucanos vinculados al cacique Negro y establecidas entonces a orillas del Colorado; fue recibida con mucha altura y dureza por el comandante, que tenía por táctica desafiar siempre; por eso, cuando los jefes pidieron paz y amistad, Oyuela les ofreció la guerra; y, empero, no hubo ruptura, por el contrario... Una parte de los indios de esas naciones vino, algunos días después, a establecerse junto a nosotros.

El 8 de agosto regresó Lucaney de su misión ante el jefe patagón; trajo a un hermano del famoso cacique Vicente y a muchos otros indios, con los cuales quedamos en pie de amistad. Un desertor chileno, que los acompañaba, fue reconocido por nuestro explorador salvado de las manos de Chaucata[23], como el que pidió la muerte de sus camaradas. Esto bastó al comandante, que tenía necesidad de un ejemplo impresionante; le izo dar doscientos palos, lo que estuvo a punto de hacerlo morir. Hizo también fusilar a un gaucho por haber matado a una muchacha tal vez por imprudencia antes que por premeditación. Se veía fácilmente que el comandante quería hacerse temer. Otra ocasión se le brindó, pocos días más tarde, con la llegada de diez delegados del cacique Chaucata que, a pesar de la mala jugada que nos hizo el 22 de mayo, venían a pedir la paz. No se los pudo tratar peor, y un soldado chileno, que venía con ellos, fue encadenado.

8 de agosto

Todo cambió para mí en Carmen. No hallaba más esa intimidad fraternal que reinaba antes entre nosotros. Oyuela trajo la desunión, y debí felicitarme de tener que aguardar pocos días, antes de abandonar la Patagonia. No podía alejarme del fuerte, por temor a una sorpresa; por eso todos los días, como lo hacia desde mi llegada, reunía en mi habitación a los indios de diversas naciones, con los intérpretes, pasando horas enteras haciéndoles preguntas de toda clase, para enterarme de lo que me faltaba saber respecto a sus costumbres. Me decidí interrogar a indios de diversas naciones a la vez, porque así lo que ocultara determinado intérprete de las costumbres característica de su tribu, me era de inmediato revelado por los otros, a causa de la especie de rivalidad que existe entre ellas; por consiguiente, supe una serie de cosas que, sin esa precaución, habría ignorado siempre.

Fin del Tomo II.

23 Véase capítulo XX.

de apuntes científicos y una extraordinaria colección, en la que están comprendidos ejemplares de geología, de mamíferos, de pájaros, de reptiles, de peces, de moluscos, de foraminíferos, de crustáceos, de insectos, así como de criptogamas y de palmeras que permitirán dar un verdadero salto a las ciencias naturales de la época. Todo ello lo confirma, por cierto, como un naturalista fuera de serie, que nos ha dejado una herencia científica excepcional.

Si bien su formación fue esencialmente en ciencias naturales, Alcide d'Orbigny mostró durante su aventura americana, una capacidad sorprendente para la etnología. Sus observaciones sobre las costumbres, los trajes, la música, las lenguas nativas, son de una rara riqueza. Este rasgo profundamente humanista queda manifiesto en la actitud que asumió frente a las injusticias cometidas en suelo americano.

De vuelta a Francia, Alcide d'Orbigny, naturalista excepcional, precursor de la etnología, ecólogo que antecedió a la disciplina, humanista determinado nos ofrece a través de las páginas de su *Voyage dans l'Amérique Méridionale*, un documento científico, cultural y humano de un inmenso valor que alcanzó una gran resonancia en Europa y América. Paradójicamente, su difusión ha sido desgraciadamente restringida, en particular en los países que visitó como estudioso.

En el marco de la celebración del bicentenario del nacimiento de Alcide Dessalines d'Orbigny, la Embajada de Francia en Bolivia y el Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA) decidieron reeditar el diario de viaje y dar a conocer, al menos en parte, las magníficas y sabias ilustraciones de d'Orbigny, de las que ofrecemos un centenar de ellas. Esta edición no habría sido posible sin la valiosa colaboración de TotalFinaElf, del IRD, (Instituto de Investigación para el Desarrollo) y de Plural Editores.

Françoise Le Bihan y Jean-Joinville Vacher, Embajadora de Francia en Bolivia y Director del IFEA, respectivamente.

ISBN 99905-64-50-7

Enviado por el Museo de Historia Natural de París, a la edad de 23 años, el joven naturalista francés Alcide d'Orbigny recorrió durante ocho años la América meridonal (Brasil, Argentina, Paraguay, Uruguay, Chile, Perú y Bolivia) y a su regreso a Francia compuso una monumental obra publicada entre 1835 y 1847 con el título de *Voyage dans l'Amérique Méridionale* en nueve tomos y 11 volúmenes con más de 5 mil páginas y 500 ilustraciones.

A pedido del presidente boliviano José Ballivián, en 1845 se editó un fragmento de la obra de d'Orbigny y no fue sino hasta un siglo después que la editorial Futuro de Buenos Aires publicó el *diario de viaje* en cuatro tomos, cuya versión revisada se ofrece hoy a los lectores de habla castellana, al cumplir el bicentenario del nacimiento de su insigne autor.

A su vasto conocimiento de las ciencias naturales, d'Orbigny añadió la fina observación del etnólogo y el historiador y combinó la descripción científica con propuestas de desarrollo para los países que visitó. Las ilustraciones y su elegante prosa dan cuenta de sus extraordinarias cualidades como artista, con las que nos legó una visión fascinante y siempre actual de Sudamérica.

Liberté · Égalité · Fraternité
RÉPUBLIQUE FRANÇAISE
AMBASSADE DE FRANCE EN BOLIVIE

plural EDITORES

IFEA

IRD
Institut de recherche pour le développement

TOTAL FINA ELF